



Inscripcion 3380

Clasificación A-5-3

Colocacion

(Sala IGN
Estante 20
Tabla 23
Número 15)

III

44 - 2

5



BDZ-24.833

EPISODIOS NACIONALES

TOMO III

NAPOLEON EN CHAMARTIN

ZARAGOZA

Los editores se reservan todos los derechos de propiedad de esta obra ilustrada.

Madrid 1882.—Imp. y lit. de *La Guirnalda*, Pozas, 12.

EPISODIOS NACIONALES

POR B. PEREZ GALDÓS

TOMO III

Ilustrado por los SRES. MÉLIDA y LIZCANO



MADRID

Administración de LA GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES
CALLE DEL BARCO, 2 DUPLICADO





El Sr. D. Diego Hipólito Félix de Cantalicio Afan de Ribera, Alfoz, etc., etc., conde de Rumblar y de Peña Horadada, hacia en Madrid la siguiente vida:

Levantábase tarde, y después de dar cuerda á sus relojes, se ponía á disposición del peluquero, que en poco más de hora y media le arreglaba

la cabeza por fuera, que por dentro sólo Dios pudiera hacerlo. Luégo daba al reloj de su cuerpo *la cuerda del necesario alimento*, como decía Come-lla, la cual cuerda pasaba aún más allá de la media docena de bollos de Jesús, reblandecidos en dos onzas de chocolate. Incontinenti tenía lugar la operación de vestirse y calzarse, no consumada á dos tirones, sino con toda aquella pausa, aplomo, espaciosidad y mesura que la índole de los tiempos exigía. Una vez en la calle, dirigía sus pasos á cierta casa de la Cuesta de la Vega, donde es fama que habitaba aquella discreta mayorazga, con cuyo linaje la casa de Rumblar concertara genealógico y utilitario ayuntamiento. Esta visita no era de mucho tiempo, y al poco rato salía D. Diego para encaminarse ligero como un corzo á la calle de la Magdalena, donde vivía un Sr. de Mañara, de quien era devotísimo y fiel amigo. Era creencia general que comían juntos, y que luégo leían la *Gaceta*, el *Semanario patriótico*, el *Memorial Literario* y cuantos papeles impresos venían de Valencia, Sevilla ó Bayona, tarea que les entretenía hasta el anochecer; y por fin á la hora y punto en que las calles de Madrid se tapujaban con aquel manto de simpática oscuridad que el positivismo alumbrador de estos tiempos ha rasgado en mil pedazos, nuestros dos galanes salían juntos, en luengas capas embozados, y á veces con traje muy distinto del que usaban durante el día. Aquí tenía principio, según opinión de los sesudos autores que se han ocupado de D. Diego de Rumblar, la verdadera existencia de aquel insigne rapazuelo, así como también es cierto que todos los cronistas, si bién desacordes en algunos pormenores de sus escandalosas aventuras, están conformes en afirmar que siempre le acompañaba el supradicho Mañara, y que casi nunca dejaban de visitar á una altísima dama, la cual lo era sin duda por vivir en un tercer piso de la calle de la Pasión, y tenía por nombre la *Zaina* ó la *Zunga*, pues en este punto existe una lamentable discordancia entre autores, cronistas, historiógrafos y demás graves personas que de las hazañas de tan famosa hembra han tratado.

Ante el inconveniente de aplicar á Ignacia Rejoncillos los dos apodos con que le apellidaban sus amigos, yo me decido á llamar siempre la *Zaina*, y en verdad que ignoro por qué le aplicaron tal nombre, pues aunque á los caballos castaños se les llama *zainos*, no sé si esto cuadra á los cabellos del mismo color: ello es, sin embargo, que la palabreja significa también *traidor*, *falso* y *poco seguro en el trato*, y falta saber si la hija del tío Rejoncillos, álias *Mano de Mortero*, merecía aquellos dictados, y por lo tanto, el ser tenida por la flor y espejo de la *zainería*.

Pero no quiero desviarme de mi principal objeto, que ahora es decir

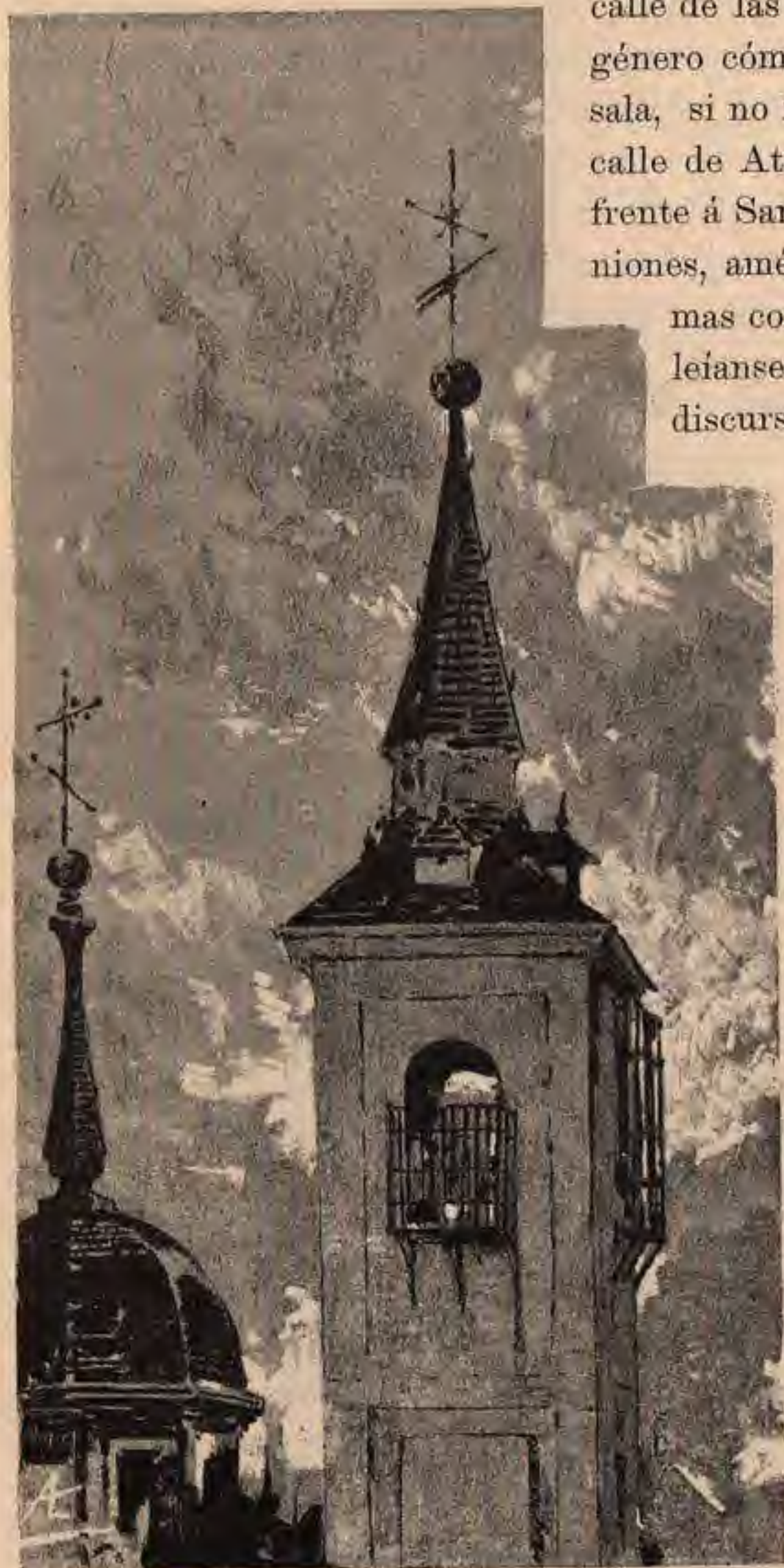
á cuáles sitios iba D. Diego y á cuáles no: y firme en tal propósito, afirmo y juro en realidad de verdad, y sin que ninguna persona honrada me pueda desmentir, que D. Diego y el Sr. de Mañara, iban de noche á una reunión de masonería incipiente del género tonto, que se celebraba en la

calle de las Tres Cruces, y á otra del género cómico fúnebre, que tenía su sala, si no me falla la memoria, en la calle de Atocha, número 11 antiguo, frente á San Sebastián; en cuyas reuniones, amén de las muchas pantomi-

mas comunes á esta órden famosa, leíanse versos y se pronunciaban discursos, de cuyas piezas literarias espero dar alguna muestra á mis pacienzudos leyentes.

Sobre todo en la calle de Atocha, donde estaba la lógia *Rosa-Cruz*, el rito era tal, que algunas veces púseme á punto de reventar conteniendo las bascas y convulsiones de mi risa, pues aquello, señores, si no era una jaula de graciosos locos, se le parecía como una berengena á otra. En una oscurísima habitación, que alumbraban macilentas luces y toda colgada de negro, se reunían los tales masones, y porque allí fuera todo misterioso, tenían á la cabecera un Santo Cristo acompañado

del compás, escuadra y llana, y á la derecha mano, como si dijéramos, al lado del Evangelio, un esqueleto muy bién puesto en su sillón, con la cabeza apoyada en la mano, en ademán meditabundo, y por bajo un letre-



rito que decía: *Aprende á morir bién*. Debo indicar que aquel año la masonería española era pura y simplemente una inocencia de nuestros abuelos, y una imitación sosa y sin gracia de lo que aquellos benditos habían oído tocante al *Grande Oriente inglés* y al *Rito Escocés*. Yo tengo para mí que antes de 1809, época en que los franceses establecieron formalmente la masonería, en España ser masón y no ser nada eran una misma cosa. Y no me digan que Carlos III, el conde de Aranda, el de Campomanes y otros célebres personajes eran masones, pues como nunca les he tenido por tontos, presumo que esta afirmación es hija del celo excesivo de aquellos buscadores de prosélitos que no hallándolos en torno á sí, llevan su banderín de recluta por los campos de la historia, para echar mano del mismo padre Adán, si le cogen descuidado.

Después de 1809 ya es otra cosa. De aquellas dos lógicas infantiles, que yo conocí en la calle de las Tres Cruces y en la de Atocha, y donde se recogijaban con candorosas ceremonias unos cuantos desocupados, salieron la famosa lógica de la *Estrella*, la de *Santa Justa, patrona de Córcega*, la sociedad de caballeros y damas *Philcoreitas*, la de los *Filadelfios* de Salamanca, la Gran lógica nacional que estuvo en el edificio ocupado antes por la Inquisición, la lógica de Santiago el Mayor en Sevilla, y las de Jaén, Orense, Cádiz y otras ciudades. Entrometiéndome en la Gran lógica nacional, oí hablar de cosas más serias y graves que los discursitos *filosóficos en verso* que le echaban al esqueleto de la *Rosa-Cruz*; oí hablar mucho de política, de igualdad, y entónces fué cuando anduvo de boca en boca, y llegó á ser muy de moda la palabra *democratismo*, que luégo desapareció para presentarse de nuevo al cabo de medio siglo, aunque reformada en su forma y tal vez en su significado. De la larva de aquellas lógicas, no es aventurado afirmar que salió al poco tiempo la crisálida de los clubs, los cuales á su vez, andando el voluble siglo, dieron de sí la mariposa de los comités.

Pero otra vez sin quererlo, me aparto de mi objeto, y no ha de ser así, sino que vuelvo atrás para deciros que el señor conde de Rumblar, luégo que esparcía su ánimo en aquello del esqueleto, y hablaba por los codos durante una hora, iba en busca de entretenimientos más agradables, y aquí es donde viene como anillo en el dedo la ocasión de nombrar á la Zaina, porque á eso de las once era cuando penetraba en sus *salones* el jóven de que me ocupo, no acompañado sólo por el citado Mañara, sino también por D. Luis de Santorcaz, que siempre se le unía en la Rosa-Cruz para seguir juntos hasta la madrugada.

Es preciso tener presente que no era la Zaina la única gran dama de

aquellos aristocráticos barrios que abría de par en par las puertas de su casa y de su alma á nuestros tres amigos, y á fé mia que si hubiera yo de enumerar todas las ilustres casas de los cuarteles de San Lorenzo y San Millán que por aquellos días obsequiaban á un pequeño número de *habitués* (¿por qué no decirlo en francés?) llenaría de seguro todo este libro y medio más. Pero, sin renunciar á ser cronista de los saraos de aquella matritense *high life* (¿por qué no decirlo en inglés?), seré muy breve por ahora, señores míos: esténme atentos y no me interrumpan con exclamaciones de admiración, que me harían perder mal de mi grado el hilo del relato.

Los salones de la *Zancuda*, en la calle de Ministriles se abrían muy temprano, y allí había cierta grave etiqueta, con poco de fandango y ménos de seguidillas, razón por la cual escaseaba la concurrencia. Era la *Zancuda* mujer de grandes atractivos, á pesar de su feísimo nombre; pero no gustaba de alborotos, porque su marido, ó lo que fuera, el señor Regodeo, era al modo de diplomático, hombre estirado, sério, ceñudo y que en esto de burlar con sutilísima perspicacia las soca-lñas de las aduanas, almojarifazgos ó arbitrios de puertas, no se cambiaría por los más famosos de Sevilla y Ronda en el tal oficio. D. Diego y sus dos amigos frecuentaban poco esta casa, donde comunmente se estaba como en misa.

En los salones de la *Pelumbres* (calle de la Torrecilla de Leal, tienda de hierro viejo), era todo animación, todo alegría, no sólo por ser la dueña de la casa una de las mujeres más malignamente graciosas, más divertidas y de mejor mano para tocar las castañuelas que han existido á principios del siglo, sino por-



que allí concurrían varios personajes célebres en varias artes y oficios, tales como el distinguido curtidor *Tres pesetas*, el Sr. *Medio diente*, uno de nuestros más esclarecidos trajineros, natural de las Tenerías de Toledo, y *Majoma*, curtidor de carne, el cual cuando contaba sus viajes por las distintas Córtes del mundo, tales como Melilla, Ceuta y el Peñón, les dejaba á todos con la boca abierta. Y como no faltaban tampoco ni la Narcisa, ni Menegilda, ni Alifonsa, todas tres estrellas esplendorosas del firmamento manolesco, la una vendedora de castañas, la otra de callos y caracoles, y la postrera de sal; como no se escatimaba el vino, ni las bo-leras, ni se ponía fin á los dichos, ni á la sabrosísima libertad en lengua y manos, D. Diego tenía sumo gusto en frecuentar aquella casa. Verdad es (y la historia no debe permanecer silenciosa en este punto) que las tertulias solían concluir con un refresco de palos, que, á oscuras y cual lluvia del cielo, caían de improviso sobre la escogida reunión; pero aquéllos más bién regocijaban que afligían á D. Diego, el cual, ocupándose ántes en darlos que en recibirlos, no se apuraba por unos cuantos cardenales más ó ménos, ni renunciaría á las fiestas de la *Pelumbres* aunque llevara á las espaldas todo el cónclave romano.

Pues ¿y qué diré de aquellas elegantísimas y suntuosas fiestas de *Rosa la Naranjera*, tan célebres en toda la redondéz de Madrid, que hay historiadores muy concienzudos que aseguran haber visto á más de un príncipe traspasar los umbrales de su bodegón, calle de las Maldonadas? Y si esta última atrevida afirmación no fuera cierta, éslo en lo tocante á duques, marqueses, condes y vizcondes, de lo cual certifico, por haberlos visto. No digo lo mismo de príncipes y reyes, pues de éstos, no recuerdo más que los de copas, bastos, oros y espadas, los cuales no faltaban ni una noche, y con toda familiaridad y franqueza se dejaban llevar de mano en mano. Eso sí: diga lo que quiera la ruin envidia y la mala fé de los que allí se quedaron limpios como patenas, el banquero Juan Candil era una persona honrada y de recomendables antecedentes en aquel oficio, y tantas veces decía la Naranjera que en su casa no se consentían trampas, razón por la cual creemos que aquel era juego de ley, y que cuanto se decía acerca de las diestras manos de Candil y de las marcas de sus mugrientos naipes era, ó cavilosas de los parroquianos ó efecto de esa calumniosa atmósfera que rodea á las grandes instituciones cuando se las plantea entre gente discola y pendenciera. ¡Y cómo gozaba D. Diego en aquella casa! ¡Y cuánto le querían y mimaban, y cómo se hacían lenguas todos en alabanza de su liberalidad, de su desprendimiento, de su nobleza, de aquel donaire con que entregaba sin muestras de aflicción la can-

tidad perdida! Á tanto afecto correspondía Rumblar con una asistencia tan puntual, que si fuera al aula le habría hecho en poco tiempo un segundo Aristóteles.

Mas en aquella casa y en las que ántes he mencionado, no se consagraba todo el tiempo á los reyes, sotas y demás real familia, pues siguiendo la general corriente de los tiempos, se hablaba mucho de política. Iba á ellas con frecuencia, y durante sus días de vagar el tío Mano de Mortero, que siempre llevaba noticias frescas. También concurría Pujitos, jóven instruídísimo y de gran erudición, pues no dejaba de saber leer (aunque con pausa y cierto dejo ó sonsonete), razón por la cual aquel exclarecido concurso estaba al tanto de las *Gacetas* y papeles nacionales y extranjeros, porque es de advertir que si el tío Mano de Mortero conocía á fondo la geografía ibérica (merced á sus frecuentes viajes *científicos* para desesperación del Estado y quebrantamiento del fisco); si por esta circunstancia conocía la posición de los ejércitos beligerantes, Pujitos iba mucho más allá; Pujitos se elevaba en alas del génio, y su pensamiento cerníase en las vertiginosas altitudes del arte militar y diplomático, como el águila sobre las eminentes cumbres.

Estas conversaciones no duraban toda la noche, y entre juego y juego solía haber bolero y manchegas, así como también algo de aquello que los eruditos llaman palos y el vulgo también; pero sabido es que los palos son para ciertas gentes gustosísimo postre, después de los manjares fuertes del amor y del vino. ¡Ay! puedo asegurar que D. Diego era muy feliz con aquella vida.

Pero el dorado alcázar, el Medina-al-Fajara, el Bagdad, la Sibaris y la Capua de sus impresionables sentidos estaban en casa de la Zaina, aquella beldad incomparable; aquella que, al aparecer por las mañanas en la esquina de la calle de San Dámaso, dentro de su cajón de verduras, daría envidia á la misma diosa Pomona, en su pedestal de frutas y hortalizas. ¿Y qué diremos de aquella gracia peculiar con que lavaba una lechuga, arrancándole las hojas de fuera con sus divinas manos, empedradas de anillos? ¿Qué del donaire con que hacía los manojitos de rábanos, que entre sus dedos racimos de orientales corales parecían? ¿Qué de aquella por nadie imitada habilidad para poner en orden los pimientos y tomates, cuya encendida grana se eclipsaba ante el rosicler de su cara? ¿Qué de aquel lindísimo gesto con que metía los cuartos en la faltriquera, olvidándose casi siempre de dar la vuelta? ¿Qué de aquella postura (digna de llamar la atención de Fidias), cuando descolgaba una sarta de ajos, que al enroscarse en sus brazos no se tomarían por otra cosa que por rosarios de

descomunales perlas? ¿Qué de la destreza y soltura con que arrojaba las hojas de col sobre los usías que iban á requebrarla? ¿Qué de su ciencia en el vender, y su labia en el regateo, y su diplomacia en el engañar, que á esto y á nada más propendían todas y cada una de las sales y monerías de su lengua y ademanes? Válgame Dios, que tuvo buén gusto D. Diego al prendarse de aquella princesa ó semidiosa, pues tal era su mérito y de tal modo y con tanta presteza la rodeaba de poéticos atributos la imaginación, que el puesto era un trono y las lechugas ramos de olorosas yerbas, y los rábanos jacintos de Holanda, y los repollos abiertas magnolias, y los ajos cerradas azucenas, y las cebollas conjunto perfumado de todas las flores, así como también podía suponerse que el agujereado mandil de la Zaina era un rico sayal de finísima puntilla de Flandes, y el cuchillo de partir, varita de oro para dar gusto y ocupación á las movibles manos, y los ochavos, desparramadas joyas que los príncipes y reyes, de remotas tierras venidos, echaban á sus piés para rendir el fuerte castillo de su honestidad.

¿Y qué direis si os aseguro que D. Diego, á pesar de sus atractivos y de su dinero, no había podido rendir á la Zaina? ¡Oh inflexible ley de los hados que en aquella ocasión dispusieron que la Zaina fuese esclava en cuerpo y alma de otro galán, al cual de antiguo mis lectores conocen, y no es otro que el propio D. Juan de Mañara, por segunda vez presentado en el escenario de estas historias! Pues sí: el Sr. de Mañara, como la muerte, lo mismo ponía el pié en *pauperum tabernas* que en *regumque turres*; y aunque era persona de alta posición por aquellos días, y estaba á punto de ser nombrado regidor de Madrid, sus preferencias en materia de costumbres y de amor, ibanse del lado de lo que Horacio llamó *tabernas*, y en castellano podemos nombrar ahora con la misma palabra.





II

Por las noches, este caballero, lo mismo que don Diego, después de salir de las lógias, se vestían de majos y... aquí viene ahora la coyuntura de describir la casa de la Zaina y su gente, con las fiestas y bailes, y el refresco aparatoso que les ponía fin; pero como aún me

resta por manifestar un poquito de lo referente á D. Diego y á su vida, principal objeto que en este comienzo del libro me propuse, dejo aquello

para después y sigo diciendo que el hijo de Doña María, bien solo, bien acompañado de Santorcaz, iba de tertulia alguna vez á las librerías principales, que era donde más se hablaba de política.

No sé si recordaré todas las tiendas de libros que había entonces en Madrid; pero sí puedo asegurar que casi igualaba su número al de las que ahora existen, y las más concurridas eran las de Hurtado, Villareal, Gomez Escribano, Bengoechea, Quiroga y Burguillos (antes Fuentenebro), en la calle de las Carretas; la de la viuda de Ramos, en la Carrera de San Jerónimo; la de Collado, en la calle de la Montera; la de Justo Sanchez, en la de las Veneras; la de Castillo, frente á San Felipe el Real, y el puesto de Casanova, en la plazuela de Santo Domingo. En estas tiendas se reunían muchos jóvenes escritores ó que pretendían serlo, poetas huecos ó con seso, aunque éstos eran los ménos; personas más aficionadas á la conversación que á los libros; gente desocupada, noticieros y muchísimos patriotas. D. Diego era patriota.

Como yo me metía bonitamente en todas partes, también me daba una vuelta por las librerías, bien acompañando á D. Diego, bien solo, echándomela de gran patriota, y en la de las Veneras, me acuerdo que dije una noche muy estupendas cosas que me valieron calurosos aplausos. ¡Ay! allí conocí al sombrerero Avrial y á Quintana, el mochuelo y el mirlo, el cisne y el ganso de aquellos tiempos literarios, tan turbados, tan confusos, tan varios y antitéticos en grandeza y pequeñez como los políticos. Parece, en verdad, mentira que Moratín y Rabadán; que Comella y Melendez hayan vivido en un mismo siglo. Pero España es así.

Tampoco dejaba D. Diego de concurrir al teatro alguna que otra vez, porque era muy de patriotas el ir á la representación de las famosas comedias de circunstancias *La alianza de España é Inglaterra, con tonadilla*, y *Los patriotas de Aragón y Bombeo de Zaragoza*, que en aquellos días se representaban con frenético éxito. Y para que nada faltase en el círculo de relaciones de aquel joven ilustre, también asomaba las narices por el cuarto de Pepilla Gonzalez, actriz famosa, si bien un día puso punto final á sus visitas porque le hicieron no sé qué ingeniosa burla.

En casa de la Zaina, en casa de la Pelumbres, en la de la Naranjera, en la lógia de Rosa-Cruz, en la librería de la calle de las Veneras, y en el teatro solíamos encontrarnos D. Diego y yo, pues como he dicho, yo tenía especial empeño en seguirle á todas partes, venciendo para entrar en algunas la repugnancia de mi conciencia. El joven se franqueaba espontáneamente conmigo, y yo, mientras más me decía, más procuraba sacarle, para que ningún escondrijo ni pliegue de su vida me fuese secreto. Sólo

cuando iba en compañía de Santorcaz, me guardaba muy bien de preguntarle ciertas cosas.

¡Pobre D. Diego, y á cuántas pruebas se vieron sujetas su impetuosa juventud é inexperiencia! Y qué de simplezas hizo, y qué terribles caídas tuvieron los atrevidos saltos de su entusiasmo, y qué porrazos se dió con las peñas del fondo al arrojarse desaforadamente en el mar de la vida, creyéndole sin arrecifes, ni sumideros, ni bajíos! ¡Y cuánto se encanalló; y de qué extraña manera el mayorazgo poderoso vióse en ocasiones pobre y miserable, con la circunstancia de que no podía ménos de sostener el pié de su lujo y representación! Como era tan maniroto, gastaba en una semana la renta de un año, y aquí de los acreedores, usureros, prestamistas, judíos y demás chupadores de sangre que se bebían la de mi condesito. Éste llegó á verse muy afligido, pues nadie le fiaba ya el valor de una peseta, y recuerdo que cierta noche cuando salíamos del Teatro del Príncipe, D. Diego me hizo una pintura horrenda de la plenitud de sus apuros y vaciedad de sus bolsillos; dijo después que se iba á suicidar, y luégo me llamó insigne varón, ilustre amigo y el más caballeroso y caritativo de los hombres, siendo de notar que todos estos rodeos, elipsis, metonimias é hipérboles terminaron con pedirmé dos reales. Díle cuatro que tenía y se despidió, suplicándome que dijese algo en su favor á cierto prestamista llamado Cuervatón, vecino mio, pues tenía pensado darle un tiento al siguiente día, aunque las cantidades adeudadas subían al sétimo cielo. Yo le prometí interceder en su favor, y deseándole las buenas noches, entré en mi casa.



III



A cual era aquella misma honrada mansión donde fui recogido, curado y asistido en mi penosa enfermedad del mes de Mayo, y vea el lector cómo de manos á boca nos encontramos de nuevo en la dulce compañía del Gran Capitán y de su esposa, y en alegre familiaridad con el Sr. de Cuervatón, con D. Roque, con el lañador y respetable familia, con la bordadora en fino y otras personas que si no gozan en la historia de celebridad apropiada á sus méritos y eminentes cualidades, tendránla en esta relación, mal que le pese á la ruin envidia, siempre empeñada en rebajar los altos caracteres.

Desde mi vuelta de Andalucía, yo moraba en casa de D. Santiago Fernandez: Santorcaz no vivía ya allí, ni tampoco Juan de Dios, ni sus antiguos patronos sabían de su paradero, pues habiendo salido cierto día de Agosto muy de mañana, hasta la fecha de lo que voy contando, que era por Noviembre, no había vuelto, lo cual hacía decir á Doña Gregoria:

—No puede por ménos sino que á ese bienaventurado Sr. de Arroiz le ha sucedido alguna desgracia, como no se haya ido al cielo en cuerpo y alma, que para eso estaba.

La casa (y aunque me parece que esto lo saben ustedes, no estará demás repetirlo) era de esas que pueden llamarse mapa universal del género humano por ser un edificio compuesto de corredores, donde tenían su puerta numerada multitud de habitaciones pequeñas para familias pobres. Á esto llamaban casas de Tócame Roque, no sé por qué. No lo indagaremos por ahora, y sepan que en aquellos días el que hubiera entrado en casa del Gran Capitán, habría visto á éste en el centro de un animado

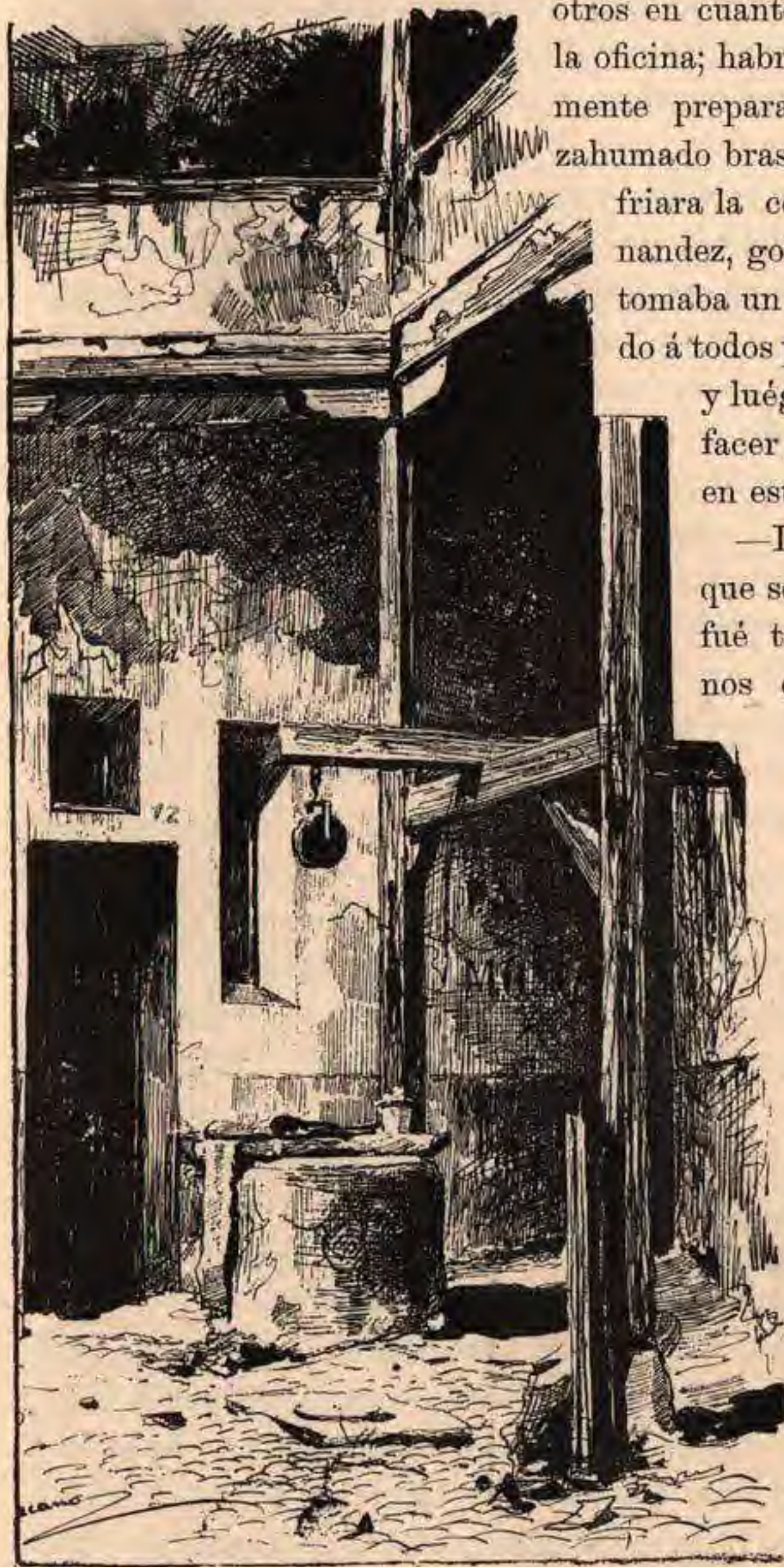
corrillo, donde estábamos hasta ocho personas, todos buenos españoles, é inflamados de patriótico afán por saber cómo iban las cosas de la guerra; habría visto con cuánta diligencia y precipitación acudían unos y

otros en cuanto Fernandez volvía de la oficina; habría visto cómo amorosamente preparaba Doña Gregoria el zahumado brasero, para que no se enfriara la concurrencia; cómo Fernandez, golpeando la caja del rapé, tomaba un polvo, sonábase mirando á todos por encima del pañuelo, y luégo se apresuraba á satisfacer la sed de su curiosidad, en estos términos:

—La cosa va mejor de lo que se creía, y lo de Lerín no fué tan desgraciado como se nos quería pintar. Señores, hay que poner en cuarentena lo que dicen los papeles impresos, porque los diaristas no se cuidan más que de sorprender al público con noticiones, y como ninguno de ellos sabe palotada de lo que nosotros llamamos el arte de la guerra...

—Pues á mí me han dicho que lo de Lerín fué un desastre muy grande—afirmó D. Roque.—¡Bah! Si tenemos unos generales... De lo que está pasando tienen

ellos la culpa, y bién sabía yo que vendríamos á parar en esto. Pues qué, si esos señores, en vez de estarse en Madrid todo el mes de Setiembre mordiéndose unos á otros; si en vez de estar aquí diciéndose “yo soy me-



jor que tú, y disputándose el mando de los cuerpos como perros que riñen por un hueso; si en vez de esto, digo, se hubieran marchado al Norte á perseguir al enemigo, ¿estarían los franceses tan envalentonados?

—Tiene razón que le sobra por los tejados el Sr. D. Roque—dijo la mujer del lañador.—Y yo, que no sé de guerra, le decía á mi marido todas las noches cuando nos acostábamos: “Mira, Norberto, los generales, en lugar de estar aquí y en Aranjuez hablando mal unos de otros y revolviéndolo todo con sus envidias y reconcomios, debieran andar por toda esa tierra de Búrgos y Rioja persiguiendo al francés. Que si Llamas manda tal tropa; que si ya no la manda Llamas, sino Pignatelli; que si Castaños se opone á que venga Cruz; que si Blake quiere ser más que Cuesta y Cuesta más que todos; que si Palafox manda este cuerpo; que si La Peña no quiere mandar el otro... en fin, cuando despues de la batalla de Bailén creimos vernos libres de franceses, y emperadores, y reyes de copas, ahora salimos con que por estarse los generales mano sobre mano en Madrid al olorillo de la Côte y de los obsequios y de las fiestas, han dejado que los otros se arreglen bién y tengan dispuesto todo para darnos un susto.

—Ha hablado usted como un padre de la Iglesia, señora Doña María Antonia—dijo con oficiosa exaltación la bordadora en fino.—Á mis niñas les dije yo eso mismo el mes pasado. ¿No es verdad, Tulita, no es verdad, Rosarito? Sí, señores, esa es la pura verdad; y lo que yo voy viendo es que desde que empezó la guerra, desde que hubo aquello de venir los franceses y caer Godoy, nadie ha sabido acertar más que nosotras, y cuando anunciábamos lo que iba á pasar, los hombres graves se reían diciendo: “¿Qué entienden las mujeres de guerras ni de historias?,” Pues vean ahora si entendemos.

—Tiene razón Doña Melchora—dijo el Sr. de Cuervatón.—También se reían de mí cuando anuncié lo que iba á pasar. Pero, señores, cuando los de arriba pierden la chaveta, como ha pasado hasta aquí, á los tontos y á las mujeres corresponde el imperio del buén sentido.

—No obstante—dijo el Gran Capitán, impaciente por poner el peso de su autorizado dictámen en aquella contienda,—aún no se puede hablar mal de esos valientes generales. Yo no les he explicado á ustedes todavía el plan de campaña. Es preciso que ustedes se penetren bién de esto. Las tropas que mandan Blake, Llamas, Castaños y Palafox, colocadas y extendidas desde el Ebro hasta Búrgos, forman un gran semicírculo. Vienen los franceses: el semicírculo se cierra, convirtiéndose en círculo, y aquí me tienen ustedes á mi Emperador cogido en una ratonera.

—Pero en resumidas cuentas, ¿viene ó no viene?—preguntó Doña Melchora.

—Yo creo que no—dijo el Gran Capitán, echándosela de malicioso.—Y tengo para mí que todo eso que dicen los papeles acerca de lo que Napoleón leyó en el Senado, es pura invención. Como que hay quien dice que Napoleón está muy enfermo de un tumor que le ha salido en el sobaco izquierdo, y que ya le han sacramentado.

—¿Y usted es de los que dan crédito á los mil desatinos que cuentan los patriotas?—exclamó D. Roque, levantándose de su asiento.—Aquí creen que se sale del paso contando mentiras y matando de calenturas ó alfombrilla á todos nuestros enemigos.

—Y qué, ¿soy hombre para tragar todas las bolas que cuentan diariamente los papeles?—dijo el Gran Capitán sin disimular el desprecio que le merecía la prensa.—Vamos á ver, ¿qué saca usted en limpio, Sr. D. Roque, de todas esas hojas que lee día y noche, y que le van á volver loco como al bueno de D. Quijote los libros de caballerías?

—Quédese cada uno en su sitio, y no se meta en los trigos ajenos—repuso D. Roque, procurando contener su irascibilidad,—que así como yo no me meto jamás en las honduras del arte de la guerra, que no entiendo, así debe usted respetar las ciencias que no están á su alcance. ¡Qué sería de la sociedad sin papeles públicos! Aquí tengo yo el *Semanario Patriótico*—añadió, sacando un voluminoso legajo de uno de los luengos bolsillos de su levitón,—que es el mejor papel que hasta ahora se ha escrito, y contiene cosas muy lindas, y en todo lo que dice no parece sino que habla por boca de Aristóteles y Platón. Desde que en el primer número ví aquello de *La opinión pública es mucho más fuerte que la autoridad malquistada y los ejércitos armados*, les digo á ustedes francamente que el tal papelito me enamoró. Yo me quito el garbanzo de la boca para ahorrar los veinte reales que me cuesta cada trimestre, y ¿cómo no hacerlo, si este manjar del espíritu es tan necesario á la vida como el alimento del cuerpo? Así es que los miércoles por la noche no duermo, y todo es dar vueltas en la cama, pensando en lo que traerá el *Semanario* al siguiente día. Los juéves son para mí días de delicia, y leyendo mi *Semanario* olvidaseme el comer y el beber, á más de todas mis penas y tristezas, que son muchas. ¡Y cómo trata todas las cuestiones! ¡Y con qué gracia le da á cada uno lo que es suyo! ¡Y qué sal tiene para decirle á la Francia todas sus picardías! ¿Pues y el paralelo que hace entre Bonaparte y Maximiliano Robespierre? No pierde ripio para decir á todos las verdades, y á los españoles les suele sacar los trapitos á la colada, como quien dice. En fin, señores, me entu-

siasma tanto, que el otro día, no pudiendo satisfacer mi deseo de conocer al autor de tan divino escrito, y averiguado que lo es un tal Manolito Quintana, me fui derecho allá, y abrazándole le dije: "Venga acá el extremo de toda discreción, el resúmen de la elocuencia y del buén decir, el dechado de la lengua castellana, el azote de los tiranos, el heraldo del patriotismo y el cisne de los derechos del hombre.", Á lo cual me contestó que él cumplía con su deber y que me agradecía tales alabanzas.

—¿Toda esa arenga le echó usted al buén autor del *Semanario Patriótico*?—dijo el Gran Capitán.—Pues en verdad digo, que si la Junta oyera mis consejos, al punto mandaría suprimir ese y todos los demás papeles. ¿Para qué se quieren papeles?

—Hombre irracional, ¿y cómo se difunden las luces y se propaga la buena doctrina, y se instruye á toda la gente del reino, chicos y grandes? Pues malitas cosas trae el *Semanario Patriótico*... Como todos dieran en leerlo con tanto fervor como yo, pronto se remediarían los males de la nación. Y no hay que darle vueltas, señores: lo que éste dice es el Evangelio. ¿Quién podrá desmentir aquello de *el tirano es un hombre que abusa de las fuerzas de la sociedad para someterla á sus pasiones propias, y así la tiranía no es otra cosa que la injusticia apoyada en la violencia*? ¿Qué tal? ¿Pues y dónde me dejan ustedes aquello de los derechos *esenciales, sagrados é imprescriptibles* que corresponden al hombre, y que le usurpa el pícaro del poder absoluto?... Nada, nada, Sr. D. Santiago, amigo Cuervatón, señoras y señoritas, tengan ustedes presentes estas palabras "La violencia, la opresión, la credulidad, llegan frecuentemente á adormecer á los pueblos, á fascinar su entendimiento, á quebrar en ellos los resortes de la naturaleza; pero cuando por favorables circunstancias abren los ojos y oyen la voz de la razón; cuando la necesidad les fuerza á salir de su letargo, entónces ven que los pretendidos derechos de sus tiranos, no son sino efectos de la injusticia, de la fuerza ó de la seducción, entónces es cuando las naciones, acordándose de su dignidad, ven que ellas no se han sometido á la autoridad sino para su bién, y que jamás han podido dar á nadie el derecho irrevocable de hacerlas felices."





IV



OTADO de maravillosa memoria, D. Roque recitaba trozos enteros de lo que había leído en sus papelitos, sin mudar una sílaba. No he conocido varón más sencillo é inofensivo que aquel fogoso lector del *Semanario*, comerciante que había venido muy á ménos, y á la sazón, sin negocios, sin familia y con poquísimo dinero, vivía en aquella casa, manteniéndose con su casi invisible renta. Así cuando el Gran Capitán oyó lo de *la opresión y la injusticia*, con los razonamientos puestos á continuación, que no entendiera ménos, si estuvieran escritos en caldeo, se encaró con su amigo, y burlonamente le dijo:

—¿Se ha acabado la jerga? Qué lástima que no viniera por aquí el pa-

dre Salmón, para que le contestase, y entre los dos se armara una marimorena de *distingo acá, distingo allá... necuaca... útiquis... reñega mayora...* y otras palabrillas que se usan en las disputas de los *tiólogos*.

—¡Teólogos á mí! ¡Á mí teólogos y con cascabeles!... ¡Y de la madera del padre Salmón!—exclamó D. Roque, guardando el *Semanario* en el almacén de sus profundas faltriqueras.

—Y ha de venir esta tarde Su Paternidad—dijo agridulcemente la menor de las hijas de Doña Melchora,—pues prometió darme una recéta para este mal de la barriga que há diez días tengo.

—Sí que vendrá—añadió la mayor,—pues quedé en pegarle dos botones en el cuello, y él dijo que traería la cinta azul.

—Pronto tendremos aquí á ese reverendo Salmón—añadió Doña Gregoria,—y ya tengo echada la llave á la despensa, porque para saqueos bastante tenemos con los de los franceses.

No había concluido estas palabras la discreta esposa de Fernandez, cuando se oyó en el patio de la casa gran ruido de voces, entre las cuales descollaba una cencerril, abajetada y bronca, que no era otra sino la de aquel lucero de la Merced, el padre Anastasio José de la Madre de Dios, vulgarmente conocido por padre Salmón, que este era su apellido, y no Salomón, como algunos le llamaban sin intención de burla.

—Ahí está, ahí está ese bendito—dijeron en coro las hembras de la reunión.—Gabriel, corre y tráele acá, porque si le cogen por su cuenta las del polvorista... ¡ay, qué pesadas son! Ya están llamándole las escofietas. Pues no, no ha de venir sino acá.

Salí para impedir que la persona del reverendo fuera secuestrada por cualquiera de las familias que salían á su reclamo por las diversas puertas que se abrían en aquellos largos corredores, y lo primero que ví fué al fraile rodeado de enjambre de chiquillos, los cuales, haciendo mil cabriolas y juegos en su derredor, le mostraban según su arte propio, la satisfacción de la casa toda por verle en ella.

—Tomad, piojosos, tomad estas almendras fallidas, que para vosotros serán bocado de ángel—les decía el padre.—¿Ya salió tu padre de la cárcel, Jacintillo? Y por fin ¿llevásteis á vuestra abuela á los Desamparados? Dime, hijo de la Canela, ¿está el oficialito en el cuarto de tu madre? ¿Con que se os murió la gallina?

Y al mismo tiempo el antepecho del vasto corredor parecía la barandilla de un teatro, pues no había un palmo vacío, sino que allí estaba la vecindad toda, aguardando á que Su Paternidad subiese.

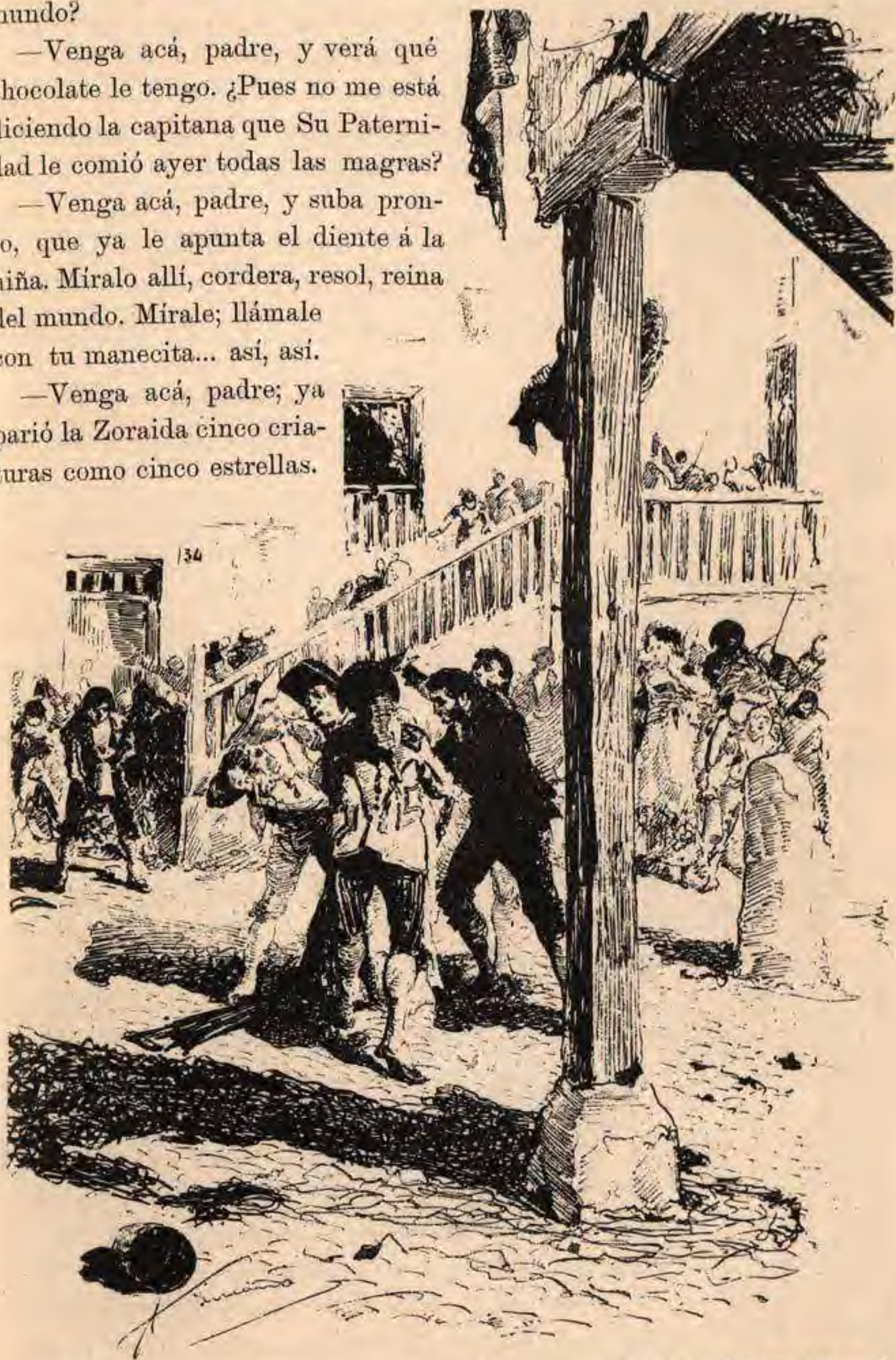
—Venga acá, padre, que este trapalón de mi marido me quiere pegar

por celos. Pero di, cabeza jilvanada, ¿no soy la mujer más honrada del mundo?

—Venga acá, padre, y verá qué chocolate le tengo. ¿Pues no me está diciendo la capitana que Su Paternidad le comió ayer todas las magras?

—Venga acá, padre, y suba pronto, que ya le apunta el diente á la niña. Míralo allí, cordera, resol, reina del mundo. Mirale; llámale con tu manecita... así, así.

—Venga acá, padre; ya parió la Zoraida cinco criaturas como cinco estrellas.



—Suba pronto, padrito, que mi abuela pregunta si se le deben dar más friegas.

Y así continuaban llamándole de distintas partes, cada uno según para aquello que le necesitaba, y todos con tan cariñosas palabras, que Salmón no sabía á qué sitio volverse, ni á cuáles solicitudes contestar más pronto; y saludando á un lado y otro como un matador de toros que en medio de la plaza hace cortesías á la redonda, mostró á sus amigos que su corazón no era insensible á tantas bondades. En esto llegué yo y besándole la correa, le dije:

—Doña Melchora y sus niñas, que están en casa del Gran Capitán, me mandan para suplicar á Su Reverencia que tenga la magnanimidad de subir, que allí le aguardan también D. Roque, el Sr. de Cuervatón y Doña María Antonia.

Pero ántes que concluyera, el padre Salmón, con gran sorpresa mia, clavó en mí sus ojos lleno de admiración, y echándome los brazos al cuello, exclamó á gritos:

—Ven acá, portento de la sabiduría, milagro de precocidad, fruta temprana de las humanas letras. ¿Con que há más de un año que te conozco y hasta hoy mismo he ignorado que eres un gran latino, autor del más famoso poema que han escrito modernas plumas? ¿Con que así te callabas tus méritos, picarón...? Á ver, muéstrame pronto ese poema... ¡Quién me había de decir, cuando te conocí paje de la Gonzalez, que bajo la montera de tal gaterilla estaba el cacúmen de un *Erasmus Roterodamensis*, de un *Picus Mirandolanus*!

Turbado y confuso le contesté que sin duda Su Paternidad se equivocaba confundiendo mi ignorancia con la sabiduría de algún desconocido de mi mismo nombre, oyendo lo cual, dijo mientras subíamos la escalera:

—No: que lo acabo de saber por el licenciado D. Severo Lobo, el cual te conoció desde el proceso del Escorial y luégo estuvo á punto de empaquelarte, cuando el Príncipe de la Paz te quiso dar una placita en la interpretación de lenguas. ¿Y tú qué culpa tenías de que el otro te quisiera colocar? Por lo que me han dicho, tu modestia iguala á tus méritos; ¡oh jóven! yo he visto la minuta en que Godoy te recomendaba; pero qué guardado te lo tenías, raposilla... ¿Y tú en qué te ocupas? ¿Por qué no pides un hábito? ¿Por qué no eres fraile? Yo me encargo de catequizarte. ¿Sabes que he hablado de tí á los padres de la Merced y todos quieren conocerte? Á ver si te pasas mañana por allí, rapaz; y vé después de la hora del refectorio. ¿Te gustan las pasas? Además tengo que conferenciar, Horacio Flacco en ciernes y Virgilio en pañales; y como al salir de esta casa se me olvide hablarte (pues ya sabes que soy muy débil de memoria), me lo recuerdas, ¿eh?

Á tal punto llegaba, cuando entramos en la sala del Gran Capitán. Levantáronse todos, y después de besarle uno tras otro la correa, diéronle el asiento del centro junto al brasero.

—Aquí está la seda azul—dijo el mercenario, dando lo indicado á Tulita.

—Mañana mismo tendrá Su Paternidad arreglado el cuello—contestó la muchacha.—Veamos ahora lo que manda para este malestar de la barriga, que es tal que ya no le puedo resistir, y todas las mañanas me dan unas arcadas, unos mareos y bascas tan fuertes, que no me pára dentro nada.

—Bendito sea el nombre de Dios—exclamó el padre, tomando un polvo de la caja del Gran Capitán.—Á fé, Doña Melchora, que si esta matutina estrella de su hija de usted fuera casada, ya sabríamos el pié de que cojea su estómago; pero no siéndolo, y tratándose ahora de una familia con quien la misma honradez no podría ponerse en parangón, ordeno y mando que con siete palitos del árbol de Santo Domingo, cocidos en baño-maría, por espacio de tres credos, rezados con pausa y por supuesto con devoción, esta niña se quedará como nueva. ¡Qué nueces frescas las de ayer, señora Doña Melchora! ¡Qué nueces frescas! Pero dígame, qué santo del Cielo le hizo tan rico presente? Yo no sabía que en montes alcarreños, asturianos ni encartados existiesen unas tan hermosas obras de Dios.

—Obsequio fué de un primo mio, que es guarda de las dehesas del señor duque de Altamira, en tierra de Cameros, y como si no de buen salario, el pobrecito disfruta de ojos listos y manos libres, siempre nos manda lo mejor de aquellos castañares y nocedales.

—Así le hicieran canónigo—añadió Salmón.—¿Y qué noticias, Sr. Don Santiago Fernandez?

—No me digan nada, ni me calienten más la cabeza—exclamó el Gran Capitán encubriendo bajo la ficción de un estudiado cansancio el placer que le causaba el ver sacado á plaza un tema tan de su gusto.—Mire Su Paternidad que estoy ya que no doy por mi cuerpo un real. ¡Qué ir y venir! ¡Qué jaleo! ¡Todo el dia poniendo nombres en la lista, y haciendo recuento de cartuchos, y examinando armas, y disponiendo, y mandando. Aquellos señores son muy remolones, y todo lo tengo que hacer yo.

—¿Y resistiremos si, como dicen, se nos viene encima ese mónstruo, ese troglodita, ese antropófago, señores, que no se sácia nunca de devorar carne humana?

—¡Pues no hemos de resistir!—dijo el Gran Capitán.—¿Hemos de ser ménos que los zaragozanos? Además de que yo creo que no viene.

—Y sabe Dios—añadió Doña María Antonia—si será cierto lo que dicen de que allá en Rusia ó Prusia le echaron unos polvitos en el cocido para que reventara.

—Como que hay quien asegura que está sacramentado y que hizo testamento, devolviendo todas las naciones que ha robado y abjurando de sus herejías.

—¡Oh gente ignorante y crédula!—exclamó de improviso D. Roque, desenvainando su cartapacio de papeles públicos.—¡Y cómo se conoce la rusticidad de los que atienden más á los dichos y simplezas del vulgo que á la palabra impresa de los hombres doctos! Vean, vean lo que dice este papel, y no hagan caso de tonterías: “Napoleón se presentó al Senado el 25 del pasado, y dijo que *bién pronto pondría sus banderas en las torres de Madrid y en las fortalezas de Lisboa.*” También cuenta la *Gaceta* que ciento sesenta mil hombres del ejército grande están sobre la frontera de España, y que el Emperador dijo que *antes de fin de año no quedará aquí ni una sola aldea en insurrección.*

—Con que ni una sola aldea...—dijo el fraile.—Pero sabe Dios la intención que llevará el que ha escrito esos papeles. Lo que es por mí, mandaría suprimir todos los que se imprimen en España, pues para envolver especias, mejor es el papel no impreso y limpio como sale de las fábricas.

—¿Pues eso qué duda tiene?—dijeron á una las dos niñas de Doña Melchora.

—Y yo—exclamó como un basilisco D. Roque—mandaría suprimir todos los frailes ó les quitaría el hábito, dando á cada uno un fusil para que fueran á limpiar á España de franceses.

—Sin fusil lo hacemos, hermano—dijo Salmón riendo.—Léjos de suprimir frailes, yo los aumentaría en grado máximo, y así la mayor parte de los españoles vivirían gordos y contentos, y no veríamos tanto vagabundo mendigo por estas calles.

—Chúpate esa y vuelve por otra—dijo á D. Roque la menor de las hijas de la bordadora en fino, suponiendo al viejo completamente apabullado bajo el peso de aquellas incontestables razones.

—¿Con que más todavía? Pues sepa mi Sr. Salmonete—dijo D. Roque, llevando al último extremo su familiaridad con el fraile,—que ahora se va á reunir la Nación en Córtes. ¿No lo quieren creer? ¡Ah! Pues no doy dos maravedises por lo que de gobierno absoluto hubiere después de la guerra. ¡Abajo los tiranos!—añadió poniéndose en pié y alzando los brazos con endemoniada exaltación.—Y si hay un frailazo chocolatero que me desmienta, alce la voz y venga delante de mí, que yo le reto á singu-

lar polémica, aunque traiga más textos que escribió Pedro Lombardo, y más latines y aforismos y comprobatorias y distingos que han erupado en diez siglos las cátedras salmantinas y complutenses.

—¿Y cómo había yo de ponerme á disputar con semejante pedazo de acebuche con nudos, más duro que roca? ¿Y de qué valdrian mis argumentos contra la asnal cerrazón de su mollera?—exclamó el padre Salmón, levantándose también de su asiento, mas no enfadado ni nervioso, sino riendo á todo reir, pues su humor de mantequillas era tal que no se le vió colérico más que una sola vez.

—Pues empecemos—dijo D. Roque, poniéndose verde.

—Empecemos—añadió Salmón, restregándose las manos y haciendo después grotescos gestos, como de quien imita los movimientos de un grave predicador.

—No quisiéramos más para reirnos de D. Roque—exclamó la mayor ó la menor (que esto no lo tengo bién presente) de las hijas de Doña Melchora.

—Pero para restaurar nuestras fuerzas, señores y señoras mías—dijo Salmón,—venga ese chocolate, que aquí mi amigo D. Roque dice que no se puede pasar sin él.

—Quien no se puede pasar sin él—contestó el aludido—es su magnificencia reverendísima, que en llegando á estas horas, como no ponga un puntal al estómago, se cae rendido.

—Pues usted lo dice, amigo papelista eminentísimo—repuso Salmón, dando otra vez rienda suelta á la risa,—así sea, y venga ese chocolate; y pues es más agradable el goce de una amena tertulia que el disputar, dejémonos de discusiones, y pelillos á la mar, y cada uno piense lo que quiera, y ruede la bola, y viva Fernando VII.

—Es lo más conveniente, toda vez que este D. Roque está chiflado—dijo Fernandez,—y un día lo hemos de ver por esas calles con una *Gaceta* en cada dedo.

—¡Pero qué graves y circunspectas están mis niñas!—añadió Salmón, dando unas palmaditas en el hombro no recuerdo bién si de la mayor ó de la menor de las hijas de Doña Melchora.—Y esos piquitos de oro, ¿por qué no echan una canción por todo lo alto, para que se nos alegren los espíritus?

—Bueno, bueno.

Y una de ellas rompió al instante á cantar de esta manera:

Con un albañillito,
madre, me caso,

porque son de mi gusto
los hombres blancos.

—Esto tiene poca gracia—Dijo Salmón.—Á ver otra.

—Pues allá va la que está de moda:

Bonaparte en los Infiernos
tiene su silla poltrona,
y á su lado está Godoy
poniéndole la corona.

Sus compañeros
van de dos en dos;
Murat, Solano,
Junot y Dupont.

—¡Bravo, magnífico! Doña Melchora, tiene usted dos niñas que enviaría cualquier princesa. Y qué tal, ¿se gana mucho?

—En estos tiempos, padrito—dijo la madre,—suele caer algún bordado de uniforme; pero ¿dónde se ven aquellos ternos de plata y oro, aquellas estolas, aquella ropa de altar que tanta ganancia nos daba ántes de estas malditas guerras? Ya sabe su grandeza que las mejores capas pluviales, las mejores casullas que se han lucido en procesiones, así como las mejores chaquetas toreras que han brillado en plazas y redondeles, pasaron por estas manos. ¡Ay, quién me lo había de decir! La que bordó los calzones que llevaba Pepe-Hillo cuando le cogió aquel enrabiscado toro; la que bordó la capa que llevaba en sus santos hombros el Eminentísimo Cardenal de Lorenzana el día que tomó posesión, está hoy consagrada á miserables letras de cuello de uniforme, y á las dos ó tres insignias de consejero, ó ropón de Niño Jesús, que caen de peras á higos! ¡Buenos están los tiempos!

—Cuando esto se acabe....—dijo el fraile.

—¿Cómo, cuando esto se acabe?—exclamó de improviso D. Roque, interrumpiendo con muy feo gesto á su amigo.—Ántes, muy ántes de que esto se acabe se reunirá el país en Córtes. ¡Y estos alcornoques no lo quieren creer!

—Que te despeñas, Roque amigo.

—¿También eso lo dicen los papeles?—preguntó con mucha sorna el Gran Capitán.

—También lo dicen, sí señor. Pues no lo han de decir. Y cómo se me ha de olvidar, si lo sé de memoria, y anoche, después que me acosté, estuve recitando en voz alta aquello de... “Después de tantos años de abatimiento y opresión en que los leales y generosos españoles han sufrido

„mayores ultrajes y vilipendios que los salvajes africanos, amanecerá el
„glorioso día en que se reúnan los pueblos por medio de sus representan-
„tes para tratar del bién común. Este es el objeto con que se instituyeron
„las sociedades civiles, no el engrandecimiento de un solo hombre con
„perjuicio de todos los demás. Reunidas aquéllas, es como puede cono-
„cerse á fondo el estado de una nación, sus necesidades y los medios que
„deben adoptarse para su bienestar y prosperidad; y donde faltan estas
„solemnnes Asambleas, los monarcas, mal aconsejados, caminarán ciega-
„mente al despotismo, tal vez contra sus buenos deseos.”

—¡Lindísimo sermón!—exclamó el Gran Capitán.—Ayer le contaba á mi compañero en la portería de Cuenta y Razón las extravagancias de mi vecino D. Roque, y me dijo que esto se llamaba el *democratismo*. ¿Es así, padre?

—Llámesese como se quiera—repuso el venerable Salmón,—lo que digo es que este chocolate que ahora nos trae la señora Doña Gregoria, y cuyo olor se adelanta hasta nosotros, anunciándonos la nobleza de lo que viene en el cangilón, me parece tal, que sólo podría servirsele igual al Sumo Pontífice.

—Y á la abadesa de las Huelgas de Búrgos,—dijo Doña Gregoria;—que ella y el Papa son las dos más altas personas de la cristiandad, y por eso se dice que si el Papa se casara, la única mujer digna de ser su esposa es la tal abadesa de las Huelgas.

—Así es—añadió Salmón, olvidándose de todo lo que no fuera el cangilón,—y por lo que hace á eso del *democratismo*, yo le aconsejo á Don Roque que se deje de tonterías y no piense en novedades, pues yo le aseguro que ahora y en muchísimos años para adelante, estamos y estaremos libres de ellas.

—Los españoles están guerreando porque no quieren que les manden los franceses—dijo la mayor de las hijas de Doña Melchora,—y también para defender los usos y *pláticas* del Reino contra las novelorías que quiere poner aquí Napoleón. Así me lo dice todos los días Paco el plamista, que es sargento de voluntarios.

—Pues á mí me dijo hace días Simplicio Panduro, ese saladísimo paje de D. Gaspar Melchor de Jovellanos—añadió la otra,—que los españoles guerrean por echar á los franceses y por mejorar la mala condición de los reinos, quitando las muchas cosas malas que hay, al modo de lo que dice D. Roque por las noches cuando predica á solas y á oscuras en su cuarto.

Estas dos opiniones dieron pié á una acalorada disputa que no copio porque nada sacarían de ella en limpio mis lectores, toda vez que es pú-

blico y notorio que en lo que va de siglo la historia, la grave y cachazuda historia no ha podido dilucidar la cuestión planteada por aquellas dos niñas, y aún hoy andan á la greña los más eminentes escritores por averiguar si decía verdad la mayor ó la menor de las hijas de Doña Melchora.

Salmón, consumido su chocolate, dijo:

—Con que, amiguitos, ¿me dan ustedes su venia para retirarme?

—¿Tan pronto, padre? ¡Que siempre nos ha de tener Vuestra Reverencia con hambre de su compañía!

—Bastante os acompaño, hijitas mías.

—Pues siempre nos sabe á poco.

—Ya sabeis que tenemos en casa desde esta tarde *octava misión y so-*

lemnes cultos para desagraviar á Jesús Nazareno y á María Santísima, de los sacrílegos insultos que han sufrido en nuestros templos, de los impíos ejércitos franceses, é implorar de la divina misericordia que robustezca y ampare á nuestros soldados y conserve y dirija en todos los negocios á los que nos gobiernan. Después habrá procesión á la Virgen de la Paloma, patrona de todo el majerío. ¿Pero no lo sabiais, pajaritas volanderas? Por supuesto que no faltareis el día en que me toque predicar.

—Antes faltará la tierra y prados en ella, como dijo el otro.

Ya estaba en pié para retirarse el padre mercenario, cuando el señor de Cuervatón, que poco antes había sido llamado de su casa, donde le esperaba una visita, volvió dando voces; y lleno de cólera, que en los ojos con fulminantes rayos le centellaba, habló así:

—¡No sé cómo no le ahogo!... ¡Vaya con el lindo currutaco, hartos de ajos!... ¡Cuando creí que vendría á pagarme, viene á pedirme más dinero!



¡Y ahora sale con que su señora mamá es muy rica! Miserable pringoso, vestido con harapos de príncipe, ¿por qué esa señora no reventó antes que os pariera?

—¿Qué hay, Sr. de Cuervatón? ¿Qué le pasa?

—Que después que me estoy arruinando por favorecer con mi pequeña hacienda á los necesitados, hé aquí que un señor condesito de Rumblar ó Barrabás con pintas, me debe más de nueve mil reales, y después de no pagarme ni un céntimo de intereses (que no son más de peseta por duro al mes), viene á pedirme más dinero. Canalla, catacaldos, ¿qué me importa que sea noble y que le vayan á caer dos mayorazgos?

—¿Don Diego de Rumblar?—dijo Salmón: y luégo volviéndose á mí añadió:—No olvides, Gabriel, que tenemos que hablar.

—Pues ó me paga—prosiguió Cuervatón,—ó el mejor día le desnudo en medio del Prado delante de las damas.

En esto salimos al corredor, y ¡oh espectáculo lamentable! se ofreció á nuestra vista el de D. Diego, azuzado en medio del patio por todos los chicos de la vecindad como novillo en plaza. Muchas mujeres habladoras habían salido por los cien agujeros de aquella colmena, y unas con cáscaras de castañas, otras con palabras picantes le mortificaban en lo moral y en lo físico. Especialmente la mujer de Cuervatón, que era una hidra con más rabos y espinas y escamas en su alma que las mitológicas en su cuerpo, poniéndose de pechos en el barandal, después de escupirle, le decía:

—Tío pingajo de oro, ¿tenemos nuestro dinero para mantener haraganes? ¿Ahorramos nosotros para daros esa agua de bergamota de que apesatais? Coma usted clavos, y si es noble y espera mayorazgos, póngase á roer sus *jicutorias*, ó coja una espuerta y vaya á vender arena, como hacen mis dos hijos, que aunque no les falta para comer y vestir como niños de príncipe, andan al trabajo de la arena desde que saben llevar la mano á la boca. Cuidado con el señorito D. Pelagatos; y dice que es conde... Conde es él como mi abuelo. Ea, muchachos, rociadle un poco con la esencia de ese fango de azahar argentino que hay en el patio... Coged también esas cáscaras de nuez y la ceniza de aquel braserillo.

Los muchachos que esto oyeron, y que se habían adelantado á poner en ejecución *auctoritate propria* lo del rociar, descargaron sobre el infeliz D. Diego, á punto que éste salía, tal lluvia de inmundas sustancias, le persiguieron tan encarnizadamente por el portal y luégo por toda la calle del Barquillo, que daba compasión ver al infeliz magnate, corrido, avergonzado y lloroso.

El padre Salmón, que era hombre caritativo, reprendió á los muchachos su grosería, y á la señora de Cuervatón su crueldad. Cuando se dispuso á bajar, todos se lo disputaban, no queriendo dejarle de la mano: éste le enseñaba los cinco perritos recién paridos por Zoraidilla; aquél le hacía tocar con el dedo el diente de la niña; uno le pedía receta para el dolor de muelas; otro le cantaba una seguidilla nueva, y todos le daban tales muestras de cariño y admiración, que bién se le podía considerar como el hombre más popular de su tiempo.

Cuando bajaba, allí eran de oír las exclamaciones, las palmadas, los vítores, y de ver los besos de correa, y el pedir y dar bendiciones.

—¿Cuándo me receta para estos desmayillos?

—Ya sé de cabo á rabo la oración á San Antonio. ¿Cuándo se la echo á Su Paternidad?

—Razón tenía el padrito en decir que el aguardiente de Chinchón da mejor gusto á los puches que el de Ocaña, y que no hay plato de lentejas sin dos ajitos machacados. Así lo hemos hecho.

—Padre, ¿las ranas son carne ó son pescado? porque mi abuela las comió el viérnes y está llena de escrúpulos.

—¿Qué nombre le pondremos á lo que ha de venir si sale macho? Pondrémosle Anastasio, como Su Reverendísima, en señal de agradecimiento por habernos ayudado á criar al mayorcito.

—Ya están compradas las dos velas para la Virgen de la Buena Dicha, y aquí Ramona las está adornando con flores y lentejuelas.

—Viva cientos de miles de años su magnitud sapientísima y empingorotadísima para alivio de estos pobres á quienes socorre.

Y así continuaban hasta que el padre salía á la calle. No: no ha existido hombre más popular que el padre Salmón. Casi, casi estoy por asegurar que su popularidad excedió dos dedos y aún tres á la de Fernando VII. ¡Desventurado Salmón! ¡Oh tú, varón felicísimo, hartó de lisonjas, de regalos y de bienestar; oh tú, teólogo de tumba y hachero, predicador burdo y de cuatro suelas; fraile mercenario, que si no redimiste ningún cautivo, tampoco hiciste daño á nadie; oh tú, hombre dichoso sobre todos los dichosos de la tierra, pues no cavilaste jamás, ni te apasionaste, ni aborreciste, ni padeciste mal alguno en muchos años, ni viste turbar tu apacible existencia! ¡quién te había de decir entónces que aquel mismo pueblo, tan solícito en vitorearte, en regalarte, en aplaudirte, en venerarte y adorarte como á persona divina, te había de coser á puñaladas veintiseis años después en la enfermería de tu santa casa, y cuando ya viejo, enfermo, inválido, y sin alientos no pensabas más que en Dios! ¡Quién te

había de decir que aquel mismo pueblo de quien fuíste ídolo, te había de echar al cuello un cordel de cáñamo para arrastrarte por los profanados cláustros, sirviendo tu ántes regalado cuerpo de horrible trofeo á indecentes mujerzuelas! ¡Ay! ¡Lo que es el mundo y qué cosas tan atroces ofrece la historia! Y así es bién que digas: si buén chocolate sorbí, buenos palos me dieron; si buenos abrazos y agasajos y besos de correa recibí, con buén pié de puñaladas se lo cobraron.





V



ERO como nada de esto viene ahora al caso, voy á dar cuenta del asombro que me causó la conversación que inmediatamente después de su salida tuve con aquel popularísimo fraile; y lo ocurrido fué que apoyándose en mi brazo para descargar sobre él parte del peso de su bién aprovechada humanidad, me dijo:

—Gabriel, ó mejor, Sr. D. Gabriel, pues á todo un Pico de la Mirandola se le debe tratar con miramiento: has de saber que necesito que me informes detenidamente de la vida de ese D. Diego de Rumblar, en cuya compañía te he visto varias veces. Tú dirás que qué me importa á mí si

el tal niño canta ó llora; pero á esto te respondo que no soy yo quien tiene interés en saber sus malas mañas, sino una elevadísima familia, cuya casa frecuenta mi inutilidad las más de las tardes. Como D. Diego está para casar con la niña, las señoras, que ya barruntan la mala vida que lleva el rapaz en Madrid, están muy disgustadas. Ayer cuando afirmé que le había visto en esta casa, me dijo la señora condesa: "Por Dios, padre Salmón, haga usted el favor de averiguar con qué hombres se junta, á qué sitios va, en qué gasta su dinero, porque si es cierto lo que sospechamos, ántes se hundirá el cielo que éntre él en nuestra familia."

—Pues el señor conde—le respondí—es un poco calavera. Cosas de la juventud... yo creo que se enmendará.

—Se enmendará. Luego es malo. Bién, Gabriel. Has dicho lo que necesitaba saber. ¿Á dónde va por las noches? ¿Con quién se junta?

—Todo lo sé perfectamente—repuse,—y no da un paso sin que yo me entere de ello.

—¿De modo que podré satisfacer á la señora condesa? ¡Oh! Bendito seas, que me proporcionas la ocasión de corresponder á las grandes finezas de la dama más guapa de España, al ménos según mi indocto parecer en asunto de mujeres. Mañana tengo que ir á su casa, porque has de saber que la señora condesa es la que ha formado la *Congregación de lavado y cosido*.

—¿Y qué es eso?

—Una junta de señoras de la nobleza para lavar y coser la ropa de los soldados en estas críticas circunstancias. Y no creas que es cosa de engañifa, sino que ellas mismas con sus divinas manos lavan y cosen. También pertenece la señora condesa á la junta de las *Buenas patricias*, en que hay damas de todas categorías, desde la duquesa á la escofietera. Pero esto no hace al caso, sino que mañana tengo que ir á esa casa, y les diré todo lo que tú me confíes. Aunque ahora me ocurre que más fácil y expedito será cogerte por la mano y plantarte en presencia de tan alta señora para que por tí mismo y con tus buenas explicaderas, le des cuenta y razón de lo que desea saber.

—Padre, no sé si estará bién que yo vaya á esa casa—dije, tratando de disimular la alegría que el anuncio de la visita me causara.

—Yendo conmigo, no tengas cuidado. Además, has de saber que la señora condesa es una persona ilustradísima, y que entiende de poesía y letras humanas, de modo que al saber tus conocimientos en la lengua latina, es seguro que te recibirá bién, y aún espero que te proporcione una buena colocación.

—Eso será lo de ménos, con tal que yo consiga prestar á tan buena señora el servicio que desea. Y dígame, padre, ¿conoce su Reverencia, por ventura, á la que va á ser mujer de D. Diego?

—¡Que si la conozco! Como que soy su amigo y su confidente, y desde que entro en la casa viene á mí saltando y brincando, y todo el día está “padre Salmón por aquí, padre Salmón por acullá.”

—¿Y es Vuestra Paternidad su confesor?

—Eso no, que lo es mi compañero y amigo el padre Castillo, el cual va también todas las tardes á la casa.

—Y ella estará tan enamorada de D. Diego, que beberá los vientos por él.

—Me figuró que no le puede ver ni en pintura. Es opinión general en la casa que la niña tiene puesto el pensamiento y el corazón en otra persona; pero aunque se vuelven locos, no ha sido posible dar con ella. El señor marqués y su hermana no piensan más que en averiguar quién podrá ser ese desconocido zascandil que ha trastornado el seso á la más discreta y bella muchacha que ha peinado azabaches y llorado perlas en el mundo; y todo se vuelve averiguaciones y acechos, y observa por aquí y husmea por allí. La condesa no se afana tanto, y suele decir: “Eso se le pasará;” pero yo conozco que no las tiene todas consigo. Hé aquí la causa de que hayan querido apresurar el casamiento; pero aquí viene lo de que Rumblarito es un perdido y un mala cabeza, y todo proyecto se desbarata, y allá va el estira y afloja de las consultás: “Padre, ¿qué haremos? Padre, ¿qué no haremos?” Á cuyo apremiante cuestionar les contesto: “Calma, señoras mías, calma, que á mucha prisa gran vagar. Que mi estrellita querida Doña Inés es el *super omnia* de la virtud, de la buena crianza, del recato, de la modestia, no queda duda alguna, y capaz soy de decirlo en el púlpito si me pinchan tanto así. Al mismo tiempo tampoco puede dudarse que algo le hace cosquillas en su pensamiento; que algo como triste recuerdo ó vago deseo le trae á mal traer, porque ¿cómo se explica aquel no hablar en dos días, aquel suspirar tan tierno, con la añadidura de mirar al suelo en ademán cogitabundo, sin que razones, ni halagos, ni aún chistes escogidos, ni mis cuentos entresacados del *Tesoro de los dichos agudos*, le hagan pestañear?” Y oyendo estas prudentes razones, la marquesa se entristece y me vuelve á consultar, y aquí viene lo de: “Averígüelo el padre Salmón, que como tiene tanto arte para el confesionario y es el mayor sacador de pecados que hemos conocido, sabrá explorarla.” Entonces el marqués añade: “Si por artes del Demonio esa muchacha durante el tiempo en que vivió léjos de nosotros tuvo el mal gusto de ena-

moriscarse de algún cabrahigo de esas calles, ¿cómo es posible que en su nueva posición no le haya olvidado? Y yo, lleno de celo por el reposo de tan ilustre familia, llamo á la niña, me la llevo á un rinconcito de la casa, ó á uno de los cenadores del jardín, y le tomo una mano, y se la acaricio y le cuento dos cuentos, y le digo tres gracias, y le doy una flor, y echando á correr con estas mis dos pesadas piernazas, le digo: "á que no me coges," y ella vuela y me coge del hábito á los tres pasos, y con estos juegos preparo su ánimo para la confesión de amigo, no de sacerdote, que de ella espero. Senta-

dos otra vez, le digo: "Niñita mia, flor de esta casa, retoñito temprano, fresa de Abril, ¿quereis decirme cuál es la causa de esa melancolía? Vamos á ver acá para entre los dos, pues esto no ha de salir de mí. Antes de que vuestro padre os recogiera, ¿amásteis á alguien?" Y al oír esto, los ojos se le llenan de lágrimas, echa á



correr, la sigo, y al poco trecho la veo [parada, mirando al suelo y mordiendo la punta del pañuelo. Vuelvo á mis preguntas y nada saco en limpio, lo cual me desespera. Entonces la marquesa y su hermano me preguntan si creo conveniente que se rompa el trato hecho con la familia de D. Diego, á lo cual les contesto: "Calma, señores: indagaremos primero si es cierto lo que del mozalvete se cuenta. Yo me encargo de hacer diligencias, pues varias veces le he visto entrar en cierta casa que frecuento, y conozco un jóven que le acompaña á menudo." Nada, hijo mio, lo dicho dicho. Mañana vas allá y les cuentas todo lo que sabes *et quibusdam alliis*, con lo cual mi encargo queda hecho y el Rumblar desenmascarado.

Gran sorpresa me causó la relación del venerable mercenario, y cuando me separé de él prometiéndole ir en su compañía al día siguiente, quedéme pensando en las extrañas cosas que había oído, y muy dudoso acerca

de si había obrado cuerdamente al comprometerme en tan arriesgada visita. Pero debo explicar la causa de mis dudas, así como el estado de mi ánimo por aquellos días, pues algo hay que mis lectores no deben ignorar, aunque les sean indiferentes las desdichas de este su humilde servidor. El palacio de mi señora la condesa (y debo advertir que á la sazón vivían todos reunidos en el de la Cuesta de la Vega), era un asilo infranqueable para mí. Desde mi vuelta de Andalucía ni por el pensamiento me pasó el poner allí los piés, teniendo como tenía la seguridad de una expulsión ignominiosa cual la de Córdoba. Entrar valiéndome de la astucia habría sido, si posible, infructuoso, pues la superchería ó ficción de que me va-



liera, no podrían durar sino hasta que la señora Amaranta me viese el rostro. Frecuentemente iba á pasear de noche por los callejones que rodean el palacio, y allá en lo alto del muro la claridad de una ventana atraía mis miradas. Falto de la imagen de su persona, aquel cuadro de débil luz se me representaba como ella misma. Largas horas pasaba allí sin más compañía que la imagen de piedra de María Santísima de la *Almudena*, con quien en mi soledad entablaba místicos diálogos. Alumbrábame con sus dos faroles y me miraba compasiva. Una noche tanto miré al palacio frontero á la Virgen, y con tanto arrobo contemplaba aquella ventana, que me en-

traron tentaciones de dar á conocer mi presencia al habitante del palacio que con semejante luz se alumbraba, habitante que, según mi capricho, era Inés y no otro alguno. Resolvíme á ello, y tomando una chinita la arrojé contra los cristales: al poco rato se dibujó en ellos una sombra; pero ésta y la luz desaparecieron pronto. Repetí el disparo á la noche siguiente, y catad la sombra otra vez. Pero cuando esperaba ver abierta la ventana y oír una voz querida ceceando dulces y temblorosas sílabas en el silencio de la noche, aparecióse en el fondo del callejón y como saliendo de las cocheras del palacio, un grupo de hombres en actitud hostil contra mi persona. Me puse en cobro á toda prisa, y no volví más.

Pasó Agosto, pasaron también Setiembre y Octubre, y aquellos noventa días, depositándose unos tras otros como noventa capas de tierra en el hoyo de mi existencia, iban sepultando ilusiones, alegrías, sueños, porvenir. De improvisto la diferencia de gerarquía social había puesto entre Inés y yo murallas inexpugnables, y para romper su jaula no bastaban mis fuerzas, pues no era la nueva como aquella de los Requejos, hecha de frágiles cañas y alambres, sino de fuertísimos barrotes, más que el diamante duros.

Entonces comprendí más claramente que antes que yo no era nada, ni valía en el mundo más que un grano de anís, y esta consideración, irritándome en sumo grado, me infundía el mayor desprecio hacia mí mismo. ¿Por qué he nacido como he nacido? me preguntaba; y según es fácil comprender, no podía acertar con la contestación.

Y después decía: El espesor y fortaleza de estas paredes es tal, que si toda mi vida la empleara en hacerme más sábio que Séneca, más valiente que el Cid y más rico que los Fúcares, aún así no podría romperlas. Sin embargo, tal rumbo pueden llevar las cosas, que venga un día en que á los Fúcares no se les pida su ejecutoria para emparentar con la nobleza. Pero vamos á ver, ¿cómo me las compondré para llegar á ser rico? ¡Oh, miserable de mí! ¿Rico quien nada tiene? Es evidente que no se pueden ganar dos sin tener uno... Pues estudiaré hasta que pierda el seso, por ver si me hago sábio... ó entraré formalmente en el ejército, por ver si de soldado raso llego á general en estos revueltos tiempos...

Y considerando esto, me golpeaba el cráneo, castigándole por su estupidez y su tardanza en dar á luz felices pensamientos. Entre tanto la idea de la imposibilidad de mi dicha, de lo inútil de mis esfuerzos, y de la inconmensurable pequeñez á que estaba reducido, iba labrando en mi alma con tanta tenacidad, que bién pronto aquel laborioso gusanito me minó de parte á parte, me socavó, llenó de agujeros los fundamentos de aquel entusiasmo y fé poderosa, y... ¡misericordia! todo yo caí al suelo.

Las dificultades insuperables, la imposibilidad evidente de destruir con el solo auxilio de mis dedos aquella montaña que Dios había puesto en mi camino, me rendían de tal suerte, que me crucé de brazos, hallándome incapaz para todo. Y desde abajo, desde la inmensa profundidad donde me encontraba, decía, mirando el pedacito de cielo que difícilmente percibía encima de mí:—¡Oh cielo! ¡Cuán léjos te veo, y qué bajo estoy después que creí tocarte con mi mano! Pero pues Dios ha dispuesto mi caída, renuncio por ahora á estar cerca de tí, y me arrastraré por estos oscuros fondajes, buscando un pedazo de pan que comer, sin más objeto

ni aspiración que dar á la bestia de mi despreciable persona el forraje que diariamente necesita.

Así dije, si bién no recuerdo si empleé las mismas palabras.

¿Qué es el hombre sin ideal? Nada, absolutamente nada: cosa viva entregada á las eventualidades de los seres extraños, y que de todo depende ménos de sí misma; existencia que, como el vegetal, no puede escoger en la extensión de lo creado el lugar que más le gusta, y ha de vivir donde la casualidad quiso que brotara, sin iniciativa, sin movimiento, sin deseo ni temor de ir á alguna parte; sér ignorante de todos los caminos que llevan á mejor paraje, y para quien son iguales todos los días, y lo mismo el ayer que el mañana. El hombre sin ideal es como el mendigo cojo que puesto en medio del camino implora un día y otro la limosna del pasajero. Todos pasan, unos alegres, otros tristes, éstos despacio, aquéllos velozmente, y él sin aspirar á seguirlos, ocúpase tan sólo del cuarto que le niegan ó del desprecio que le dan. Todos van y vienen, cuál para arriba, cuál para abajo, y él se queda siempre, pues ni tiene piernas para andar, ni tampoco deseos de ir más léjos. Es, pues, la vida un camino por donde mucha y diversa gente transita, y sobre cuyos arrecifes y descansos se encuentran también muchos que no andan: éstos, según mi entender, son los que no tienen ideal alguno en la tierra, así como aquéllos son los que lo tienen, y van tras él á prisa ó con calma, aunque los más ántes de llegar suelen hacer alto en la posada de la muerte, donde por lo pronto se acaban los viajes en este camino.

Pues bién; en aquellos tres meses yo lo había perdido todo, y me encontraba tullido y con muletas en mitad del camino. La meditación, la razón, la evidencia que tenía delante, mil poderosos estímulos me llevaron al siguiente resultado: renunciar completamente á Inés, si no en mi corazón, en lo real de la vida. Era lo justo, lo lógico, lo natural.

Y con esto queda dicho todo lo necesario para que se comprenda la impresión vivísima que experimenté cuando el padre Salmón quiso tan impensadamente y por tan raros caminos llevarme en presencia de la condesa.

—Iré y sea lo que Dios quiera—dije para mí, ocupándome en arreglar el vestido que en tan solemne ocasión debía llevar sobre mi cuerpo.—¡Oh infeliz de mí! Era el mes de Noviembre y no tenía más traje decente que uno de verano, sutilísimo, á quien cuidaba más que si fuera las telas de mi corazón, y me lo puse, con peligro de perecer helado, que á tales desperfectos están expuestos los pobres. Aquello, á más de incómodo, era ridículo; así es que al acostarme pedí fervorosamente á Dios y á los santos

que aclararan el día siguiente, haciéndolo como los de Mayo, templado y hermoso; pero los de arriba no me oyeron, ó sin duda juzgaron más atendibles la razones de los labradores, que pedían agua y más agua.

Tomando algunas cosas que creía indispensables para la visita, salí á la calle tiritando, encogido, hecho un ovillo y resguardando de los canalones la limpieza de mi ropa; pero aún así no pude salvar sino una pequeña parte de mi persona. Al fin, aprovechando los claros y alguno que

otro descanso de las llovedoras nubes, después de hacer varias paradas y estaciones en los portales, llegué al convento, y juntándome con Salmón, él muy fes-

tivo y yo más serio y pálido que si me llevaran á ajusticiar, nos dirigimos al palacio de Amaranta.

Entramos primero en



una habitación lujosísima del piso bajo, donde encontramos al señor di-

plomático en poder de su peluquero, que le arreglaba la cabeza con tenacillas, untos y menjurges. Estaba el buen marqués en traje ligero y abigarrado, que daba risa, y oía con mucha seriedad los donaires y chascarrillos del maestro, que era un redomado tunante. No me reconoció Su Excelencia. Acercósele el fraile: hablaron aparte cosas que no entendí, y después nos mandó subir, diciendo que arriba estaba Amaranta con el padre Castillo, revolviendo unos libros que le habían traído. Subimos, pues, y sin tardanza nos introdujo un paje. Al punto en que Amaranta se fijó en mí, púsose pálida y ceñuda, demostrando la cólera que por verme allí experimentaba. Pero como hábil cortesana, la disimuló al instante y recibió á Salmón con bondad, ordenándome á mí que me sentase junto á la gran copa de azofar que en mitad de la sala había, de lo cual colijo que ella debió de comprender el gran frío que, á causa del rigor de la estación y de la diafanidad de mis veraniegas ropas, me mortificaba.



VI



ESTE muchacho—dijo Salmón—enterará á usía de aquello que quería averiguar, pues todo lo sabe de la cruz á la fecha; y al mismo tiempo tengo el honor de decir á usía que aquí tenemos un portento de precocidad, un gran latino, señora, autor de cierto inédito poema, por quien S. A. el Príncipe de la Paz le destinaba á la secretaria de la Interpretación de Lenguas.

El padre Castillo volvióse á mí y dijo con afabilidad:

—En efecto, ayer nos habló de usted el licenciado Lobo. ¿Y en qué aulas ha estudiado usted? ¿Querrá leernos algo de ese famoso poema?

Yo le contesté que lo de mi ciencia latina era una equivocación, y que el licenciado Lobo me daba aquella fama usurpándola á otro.

—¡Oh, no!... que también, si mal no recuerdo, nos dijo que en usted la modestia era tanta como el talento, y que siempre que se le habla de estas cosas lo niega. Bién está la modestia en los jóvenes; mas no en tan alto grado que oscurezca el mérito verdadero.

Amaranta no dijo nada. El padre Castillo pasaba revista á varios libros, en montón reunidos sobre la mesa, y los iba examinando uno por uno para dar su parecer, que era, como á continuación verá el lector, muy discreto. Hombre erudito, culto, ilustrado, de modales finos, de figura agradable y pequeña, de ideas templadas y tolerantes, que le hacían un poco raro y hasta exótico en su patria y tiempo, Fr. Francisco Juan Nepomuceno de la Concepción, en los estrados conocido por el padre Casti-

llo, se diferenciaba de su cofrade, el padre Salmón, en muchísimas cosas que al punto se comprenden.

—Estos son los libros y papeles que han salido en los tres últimos meses—dijo Amaranta.—Buena remesa me han mandado hoy Doblado y Perez, mis dos librereros; pero no me pesa, pues entre tantas obras malas y de circunstancias como aparecen en estos revueltos días, alguna habrá buena; y hasta las impertinentes y ridículas tienen su mérito para ilustrar la historia de los actuales en los venideros tiempos.

—Así es—dijo el padre Castillo.—No hay obra, por mala que sea, que no contenga algo bueno, y hace bien vuestra grandeza en comprarlas todas.

—He leído un poco de este voluminoso papel—dijo Amaranta, tomando un folleto que parecía recién salido de la imprenta,—y me ha causado mucha risa. El título es de los de legua y media. Dice así: *Manifiesto de los íntimos afectos de dolor, amor y ternura del augusto combatido corazón de nuestro invicto monarca Fernando VII, exhalados por triste desahogo en el seno de su estimado maestro y confesor D. Juan Escoiquiz, quien por estrecho encargo de S. M. lo comunica á la Nación en un discurso.*

—Pues aquí veo otro—dijo Castillo, hojeándole,—que si no es del mismo autor, lo parece. Se titula *La inocencia perseguida ó las desgracias de Fernando VII; poesía.* Verdad que está en verso, y ahora es moda tratar en metro las más serias cuestiones, aún aquellas más extrañas al arte de la poesía, como por ejemplo este papel que ahora me viene á las manos y se llama *Explicación del capítulo IX del Apocalipsi, aplicado según su sentido literal al extraordinario acontecimiento de la pérfida irrupción de España: oda, por un capellán.*

—Y ha de saber Vuestra Reverencia que también nuestro prisionero monarca da en la flor de hablar en verso—dijo Amaranta con sorna,—pues aquí tengo la *Epístola férvida que nuestro amado soberano el Señor D. Fernando VII dirige á sus queridos vasallos desde su prisión: pieza patética, tierna y de locución majestuosa.*

—Pues ¿y qué me dice la señora condesa de este otro librito que ahora me cae en las manos, y lleva por nombre *La corte de las tres nobles artes, ideada para el inocente Fernando VII: anacreónticas?* Y la primera de estas anacreónticas se encabeza así: *Reglas que contribuyen á que un pueblo sea sano y hermoso.* Por mi hábito de la Merced que no entiendo esto del pueblo *sano y hermoso*, que se ha de conseguir por la corte de las tres nobles artes, y ha de exponerse en anacreónticas. Con permiso de vucencia me lo llevaré al convento para leerlo esta noche.

—Lleve también Su Paternidad este papel suelto que dice: *Lágrimas de un sacerdote, en dos octavas acrósticas*.

—Esto de los acrósticos y pentacrósticos es juego del ingenio, indigno de verdaderos poetas—dijo Castillo,—y más aún de un sacerdote, cuyo entendimiento parecería mejor consagrado á graves empleos. Pero démelo acá usía, que me lo llevaré, juntamente con este sermón, que se titula: *Bonaparciana, ú oración que, á semejanza de las de Cicerón, escribió contra Bonaparte un capellán celoso de su patria*. Y en verdad que no anduvo modesto el tal capellancito comparándose con Cicerón; pero en fin, eso me prueba qué tal será la dichosa Bonaparciana.

—Por Dios, señora condesa—dijo á esta sazón el padre José Anastasio de la Madre de Dios.—Ruego á vuecencia que me deje llevar al convento para leerlo esta noche, este otro graciosísimo libro que se titula: *Las Pampiroladas, letrillas en que un compadre manifiesta á su comadre que en las circunstancias actuales no debe temer á la fantasma que aterraba á todo el mundo*. ¡Qué obra más salada! Si no queda cosa que no se les ocurra...

—También puede llevarse, pues viene muy bién al ingenio y buén humor de Su Paternidad—dijo Castillo,—este otro que aquí veo, y es *Deprecación de Lucifer á su Criador contra el tirano Napoleón y sus secuaces, asustado de ver entrar tantos malvados franceses en el Infierno*. ¡Hola, hola! también está en octavas. Serán mejores que las de Juan Rufo, Ercilla y Ojeda.

—¡Oh! Este sí que es bueno. ¡Válgame nuestra santa Patrona!—exclamó Salmón.—Óiganme: *Seguidillas para cantar las muy leales y arrogantes mozas del Barquillo, Maravillas y Avapiés, el día de la proclamación de nuestro muy amado Rey*. ¿Me las llevo, señora condesa?

—Sí, padre; ya que está por seguidillas, aquí veo otras que le parecerán muy buenas. *Seguidillas que cantó el famoso Diego Lopez de la Membrilla, jefe de la Mancha, después que consiguió las gloriosas victorias contra los franceses*.

—El pueblo español—dijo Castillo—es de todos los que llenan la tierra el más inclinado á hacer chacota y burla de los asuntos serios. Ni el peligro le arredra, ni los padecimientos le quitan su buén humor; así vemos que, rodeado de guerras, muertes, miseria y exterminio, se entretiene en componer cantares, creyendo no ofender ménos á sus enemigos con las punzantes sátiras que con las cortadoras espadas. ¿Y qué me dicen usías de este *Asalto terrible que dieron los ratones á la gal'eta de los franceses, poema en dos cantos*? ¿Qué de este *Elogio del Sr. D. Napoleón, por*

un artífice de telescopios? ¿Qué de esta Gaceta del Infierno, ó sea Noticia de los nuevos amores de la Pepa Tudó con Napoleón, y celos de Josefina?

—Esas son groserías de vulgares é indecentes escritores—afirmó con enfado Amaranta,—pues todo el mundo sabe que ni la Tudó ha tenido amores con Bonaparte, ni éste ha hecho nada que menoscabe su fama de hombre de buenas costumbres.

—Cierto es—dijo Castillo,—pero si usía me lo permite, le haré una observación, y es que el pueblo no entiende de esas metafísicas, y al verse engañado y oprimido por un tirano y bárbaro intruso, no debemos extrañar que le ridiculice y aún le injurie. El pueblo es ignorante, y en vano se le exige una decencia y compostura que no puede tener, razón por la cual yo me inclino á perdonarle estas chocarrerías si conserva la dignidad de su alma, donde el grande sentimiento de la patria parece como que disimula y oscurece los rencorcillos pequeños y vituperables.

—No me defienda usted tales chocarrerías, padre—repuso Amaranta.—¿Tiene perdón de Dios este otro impreso que ahora leo? Oiga usted el título: *Lo que pueden cuatro borrachos, ó sea despique al vil dictado con que se han querido oscurecer los honrados procedimientos de un pueblo fiel á su Religión, Rey y Patria.*

—La obra—dijo riendo el fraile—tiene traza de no ser un segundo *Don Quijote*, ni mucho ménos; pero en su mismo título hallará vuecencia la explicación del llamar *borrachos* á los Bonapartes, dictado que tanto repugna á mi señora condesa. Cierto que los Bonapartes no son borrachos, y harto sabemos que el pobre rey José ni por pienso lo bebía; pero el pueblo no lo entiende así, del mismo modo que jamás dejó de llamarle *tuerto*, aunque harto bién pudo reparar la hermosura de sus dos ojos. El pueblo le llamó borracho y tuerto sin motivo, es cierto; pero ¿tienen razón los franceses en llamar *insurgentes, bandidos y ladrones de caminos* á los héroes que en los campos de batalla defienden generosamente la independencia patria?

—Convengo en ello—contestó Amaranta;—pero la cosa más justa, si se hace con malas formas, parece como que se deslustra y encanalla. Vea usted. Para hacer una pintura de las calamidades ocasionadas por la guerra, no era preciso que el autor de este papel lo titulara *Inventario de los robos hechos por los franceses en los países donde han invadido sus ejércitos.*

—Señora, convengo en que al autor se le ha ido un tanto la mano en la forma—dijo Castillo;—pero por lo poco que de este libro he leído, me parece que dice verdades como el puño.

—¡Y tan como el puño!—exclamó Salmón, alzando los ojos de un libelo cuyas páginas recorría á la ligera.—Pues lo que es este que al azar ha caído en mis manos, tiene unas explicaderas...

—¿Cuál?

—Es de lo más gracioso y bién hablado que imaginarse puede. Su anónimo autor lo titula *Carta primera de un vecino de Madrid á un su amigo, en que le cuenta lo ocurrido después de la prisión del execrable Godoy, hasta la vergonzosa fuga del tío Copas*. La agudeza de los dichos, la oportunidad de los chistes, apodos y chanzonetas es tal, que harían reir á la misma seriedad.

—¡Bonito modo de escribir la historia! Y ese palurdo vecino de Madrid, que sin duda será algún sacristán rapavelas ó bodegonero del Rastro, ¿qué entiende de execrables Godoyes ni otras zarandajas?

—¿Pues no ha de entender, señora?—dijo el padre Castillo.—Á veces en personas rudas y záfias se ve mejor sentido y criterio de las cosas que en las ilustradas y quizás por su misma ilustración desvanecidas. Lo que les falta es el decoro en la forma. Oiga mi señora condesa una observación que quiero hacerle. Entre esta multitud de papeles, que los libreros de Madrid le envían para que coleccionese todo lo publicado, hay tal balumba de despropósitos y simplezas, que sería más necio y simple que sus autores el que dejara de reconocerlo así. Pero en medio de tanta faramalla, encuentro algunos productos del ingenio que suspenden, cautivan y enamoran, por ser fruto espontáneo de la mente popular, como lo son las heroicas acciones que desde el principio de la guerra estamos presenciando. Vea vuecencia: aquí hay una *Convocatoria que á todos los pastores de España dirige un mayoral de la sierra de Soria para la formación de compañías de honderos*. Este es un hombre ignorante, cuya actividad é interés por la patria no puede ménos de elogiarse. También merece encomios lo que ha escrito esta Doña María Piquer y Pravia, con el título de *¿Qué es héroe? Exhortación á los jóvenes españoles*, pues todo lo que tienda á encender los alientos de la juventud en las actuales circunstancias, es digno de aplauso. No le negaré tampoco los mios á estos *Cargos que hace el tribunal de la razón de España al Emperador de los franceses*, porque los tales cargos están hechos con mesura; ni tampoco á este *Engaño de Napoleón descubierto y castigado*, obra en que se manifiesta con la mayor claridad la infidelidad del Emperador en sus convenios con España, porque todo cuanto se diga acerca de la manera desleal y traidora con que nos declararon la guerra, me sabe siempre á poco. No seré tan benévolo con esta *Carta del licenciado Siempre y Quando al Doctor*

Mayo de 1808, porque me repugnan las formas chocarreras en formales asuntos, ni daré dos higos por esta *Alegoría poética que descubre las iniquidades del más perjudicial y maligno hipócrita del mundo, Bonaparte*, porque ya dije que este afán de tratar en malos versos lo que está pidiendo á gritos clara y valiente prosa, me indigna y pone fuera de mí.





VII

—Gracias á Dios—dijo entonces Amaranta—que encuentro entre esta garrulería una obra de reconocida utilidad durante los tiempos de guerra. Vea Su Reverencia: *Arte universal de la guerra del príncipe Raimundo Montecuculi*.

—En efecto, señora: yo daría un par de abrazos y otros tantos apretones de mano á Quiroga y Burguillos, que son impresores y editores de esta gran obra. Y aquí veo otra á cuyo autor le pondría yo en los cuernos de la luna, pues no conozco hoy por hoy tarea más meritoria que escribir un *Prontuario en que se hallan reunidas las obligaciones del soldado*,

cabo y sargento para la pronta metódica instrucción de las compañías. Vea mi señora condesa cómo también sacamos pepitas de oro puro del escorial de este montón que tenemos delante. Aquí veo la *Higiene militar ó arte de conservar la salud del soldado en guarniciones, marchas, campamentos, hospitales, etc.* Queden á un lado, para que no se confundan con lo demás, y en su compañía vaya *El buen soldado de Dios y del Rey, libro donde se asocian las máximas militares con las cristianas.* Esto me parece muy del caso, pues será mejor soldado aquel que lleve en su corazón la fé, única fuente de toda heroica acción y de la humildad y obediencia, que mantienen la disciplina, remedo mundano del divino orden puesto por Dios á la autoridad religiosa.

—Pues hagamos aquí un apartado de los buenos libros—dijo la condesa graciosamente, reuniendo los que el fraile indicaba.

—Pero tate, señora mia—dijo éste,—que me parece que en ese departamento de las cosas buenas se ha colado *El laurel de Andalucía y sepulcro de Dupont*, que, aunque muy patriótica, es de las más necias y enfadosas comedias que se han impreso en estos tiempos. Vaya fuera, y lléveselo Salmón, si quiere leerlo, y en su lugar póngase esta *Colección de proclamas, bandos, diversos estados del ejército y relaciones de batallas*, que por ser un conjunto de documentos fehacientes, será en día no lejano de grande interés para la historia, que en tales tesoros se alimenta y bebe la verdad, sin la cual no puede vivir. ¿Pero qué libro es ese que con tanta atención vucencia lee?

—Leo—repuso la condesa—las *Poesías patrióticas de D. Manuel Josef Quintana*, que ahora salen por segunda vez á luz. Este tomo contiene la *Expedición de la vacuna, las odas á Juan de Padilla, á España libre, al panteón del Escorial y á la Invención de la imprenta.*

—¡Oh!—exclamó el padre Castillo.—Bién lo decía yo: no pepitas de oro, sino perlas orientales habían de aparecer entre esta balumba. Póngame vucencia á ese poeta sobre las niñas de mis ojos, pues no me canso nunca de leerlo, y es tan grande el encanto que en mí producen su fogosa entonación, su grave estilo, su arrebatado estro, su numerosa cadencia, la gallardía de las imágenes, la verdad de los pensamientos, la elegancia de los símiles, la escogida casta de todas las voces y frases, que me olvido del apasionamiento y saña con que ataca institutos y personas que yo, á causa de mi estado, no puedo menos de reverenciar. Pero tal es el privilegio del arte cuando da en buenas manos; y es que enamora con la forma aún á aquellos ánimos á quienes no puede conquistar con las ideas.

—Quitenmelo de delante—dijo Salmón,—y no pongan á ese autor ni

á cien leguas del de esta composición que ahora tengo en la mano: *Godoy, sátira, por D. Josef Mor de Fuentes*.

—Pues si Su Paternidad es tan entusiasta de Mor de Fuentes, nosotros se lo regalamos para que lo disfrute por los siglos de los siglos. ¿No es verdad, señora condesa? ¿Á ver qué otro volúmen es este, que parece recién publicado? *Poesías líricas ó rimas juveniles, por D. Juan Bautista Arriaza*. Este no debe ser despreciado, pero tampoco agasajado. El aprecio que conquista con su gracia y primorosa frivolidad, lo pierde por maliciente, sin que tenga como Juvenal el mérito de reprender los vicios y malas costumbres. Sus mejores obras son las que podríamos llamar *Vejámenes*, dirigidas contra cómicos y poetas; y estas *Rimas juveniles* son finas, pulcras, bonitas, pasajeras; pero carecen de aquella sal de la inspiración, sin cuyo ingrediente no hay manjar poético que se pueda traspalear. ¿Qué hacemos, señora condesa? ¿Se lo damos á Salmón ó se queda en el departamento escogido?

—Quédese aquí—dijo Amaranta,—aunque no sea sino porque me ha dedicado casi todos sus versos, llamándome Clori, Belisa, Dorila, Mirta, Dafne, Febea y Floridiana. Y para que el reverendo Salmón no se enfade, le daremos el *Napoléon rabiando, casi-comedia*, el *Bonaparte sin máscara* y la *Descomunal batalla de los invencibles gabachos contra los ratones del Retiro*, que aquí están pidiendo que Vuestra Reverencia les dé su dictámen.

—Pues vengan—dijo Salmón,—y no creo que vuestra grandeza me niegue este saladísimo papel, cuyo sólo título hace desternillar de risa, y es *El juego de Fernando VII con Napoléon y Murat al tresillo, libro en el que baxo las voces propias del tresillo, se da una idea de lo acaecido con nuestro augusto soberano, del orgullo de Napoléon, y concluye con las exclamaciones más tiernas de nuestro oprimido monarca*.

—Esto de decir en términos de tresillo lo que se puede expresar en castellano seco, me enamora—indicó Castillo.

—Precisamente en lo intrincado está el mérito de la invención—observó el otro fraile.—La prosa llana se cae de las manos, y así no comprendo cómo Vuestra Paternidad está ahora tan embebido en la lectura de ese folleto *Gobierno pronto y reformas necesarias*.

—Más que por lo que dice, me interesa por lo que todos los papeles de esta clase indican de alteraciones y disputas para lo porvenir.

—Los españoles—dijo la condesa—no se cuidan ahora de lo porvenir.

—Permítame usía que le diga que está muy equivocada—repuso Castillo.—Observando atentamente todos los impresos que salen á luz (y los

papeles impresos son quien más que otra cosa alguna da á conocer lo que piensa y anhela un pueblo cualquiera); observando, digo, esto que aquí tenemos, se ve que los españoles, bajo la aparente conformidad que nos da la guerra, estamos muy divididos, y eso se conocerá cuando con las paces venga el deseo de establecer las nuevas leyes que nos han de regir. Aquí tengo unas *Reflexiones de un español, y modo de organizar un gobierno que concluya la grande obra de la eterna libertad y prosperidad de la Nación*. No parece mal escrito, y apunta con timidez la idea que creo desarrolla atrevidamente este otro cuaderno que se intitula *Política popular acomodada á las circunstancias del día: propone la Constitución que la España necesita para cortar de raíz el despotismo*. Por el mismo estilo y con igual tendencia está hecho este otro que dice *Reflexiones de un viejo activo á un amigo suyo sobre el modo de establecer una Constitución*.

—Y por lo que veo—dijo Amaranta, leyendo la portada de otro libro,—éste trata del mismo asunto: *Manifiesto del español, ciudadano y soldado, donde se da conocimiento de nuestros anteriores padeceres y esperanzas en nosotros mismos respecto al mundo individual*.

—Por San Buenaventura y los cuatro Doctores, que no sé lo que ha querido decir ese buen hombre con lo del *mundo individual*; pero lo apartaremos para leerlo después.

—¿Y cree Vuestra Paternidad que hay divergencia de pareceres entre los diversos autores que tratan de política y de Constitución?—preguntó Amaranta.

—¡Oh!—exclamó Castillo—por aquí aparece la punta de un impreso, en quien desde luego conozco la opinión contraria. Sí, señora condesa; no hay más que leer este título: *Higiene del cuerpo político de España, ó medicina preservativa de los males con que la quiere contagiar la Francia*, para comprender que éste es amigo del despotismo. Pues, ¿y dónde me deja usía estas *Conclusiones político-morales que ofrece á público certámen contra los herejes de estos tiempos un fraile gilito*? No me gusta que los regulares se ocupen de estos asuntos, y desearía que concretándose á su ministerio de paz, aguardaran tranquilos lo que los tiempos futuros traigan de calamitoso para nuestro instituto. Pero no es posible contener esta gritería que por todos lados sale en defensa de opuestos intereses, y venga lo que viniere, que si Dios no lo remedia, será gordo y sonado. Entre tanto, póngame usía á un ladito estos libros que tratan de la Constitución y el despotismo, pues pienso examinarlos espaciosamente. ¿Pero qué veo? ¿Ha puesto vucencia en el montón escogido esos cuatro

librillos de novelas simples? Parece mentira que en esta época empleen nuestros libreros su tiempo y dinero en traducir del francés tales majaderías... ¿Á ver? *La marquesa de Brainville*, la *Etelvina*, los *Sibaritas*, el *Hipólito*. Vaya toda esta romancil caterva á deleitar al padre Salmón, y si tarda en devolverla, mejor, que así podrá vuestra grandeza entretenerse en mejores lecturas.

—En esto de novelas andamos tan descaminados—dijo Amaranta,—que después de haber producido España la matriz de todas las novelas del mundo y el más entretenido libro que ha escrito humana pluma, ahora no acierta á componer una que sea mayor del tamaño de un cañamón, y traduce esas lloronas historias francesas, donde todo se vuelve amores entre dos que se quieren mucho durante todo el libro, para luégo salir con la patochada de que son hermanos.

—Pues para mí—dijo Salmón—no hay más regocijada lectura que esa; y vengan todos para acá.

—Abulta bastante, señora condesa—indicó Castillo—el apartado de los que defienden la Constitución. Hágame vuestra merced otro con los apóstoles del despotismo, que hasta ahora parecen los ménos. Pero no: por aquí sale un libelo titulado: *Gritos de un español en su rincón*, que al instante puedo colocar entre los del despotismo.

—Y aquí hay otro—dijo Amaranta,—que si no me equivoco, también es del mismo estambre. Titúlase *Carta de un filósofo lugareño que sabe en qué vendrán á parar estas misas*.

—¡Magnífico! Desde que oí eso del *filósofo lugareño* lo diuté por enemigo de los constitucionales. Vaya al segundo montón; y los leeremos á unos y á otros para saber, como dice el encabezamiento, en qué *vendrán á parar estas misas*. Esta lucha, señora mia, ó yo me engaño mucho, ó ahora es un juego de chicós comparada con lo que ha de venir. Cuando se acabe la guerra, aparecerá tan formidable y espantosa, que no me parece podrá apaciguarla ni aún el suave transcurso de todos los años de este siglo en cuyo principio vivimos. Yo, que observo lo que pasa, veo que esa controversia está en las entrañas de la sociedad española, y que no se aplacará fácilmente, porque los males hondos quieren hondísimos remedios, y no sé yo si tendremos quien sepa aplicar éstos con aquel tacto y prudencia que exige un enfermo por diferentes partes atacado de complicadas dolencias. Los españoles son hasta ahora valientes y honrados; pero muy fogosos en sus pasiones, y si se desatan en rencorosos sentimientos unos contra otros, no sé cómo se van á entender. Mas quédese esto al cuidado de otra generación, que la mia se vá por la posta al otro

mundo, con más prisa de lo que yo deseo. Y entre tanto, guárdeme usía esos dos montones de libros, que todos los quiero leer. Aquí el departamento de la Constitución; á este otro lado el del despotismo... pero ¡pecador de mí! Á vuecencia se le ha ido la mano, dejando que se colara en estas regiones un papelillo, que desde su principio fué destinado al paladar de mi reverendo amigo. Afuera ese desvergonzado intruso.

—¡Ah!—dijo Amaranta riendo.—Es un *Retrato poético del que vende santi barati y el sartenero vitoreando al primer pepino que plantó un corso en tierra de España, y no ha prendido*.

—¡Venga acá!—exclamó con gran alegría Salmón.—¡Y cómo se escapaba esa joya! Al convento me lo llevo junto con este otro, que aunque no trata de la guerra ni de política, parece libro de recreación científica y de honestísimo entretenimiento. Es la *Pirotécnica entretenida, curiosa y agradable, que contiene el método para que cada uno pueda formarse en su casa los cohetes, carretillas y bombas, etc., con tres láminas demostrativas de todas las operaciones del sublime arte de polvorista*.

—Y ahora, señora condesa de mi alma—dijo el padre Castillo, levantándose,—ya que he molestado bastante á usía, y hecho el escrutinio que vuestra grandeza deseaba, me retiro, pues esta tarde celebra solemne rosario la hermandad del Socorro de Nuestra Señora del Traspaso, y me toca predicar.

—Yo pertenezco á la del Rescate—repuso Amaranta,—y creo que es la semana que entra cuando hacemos nuestra función de desagravios. Y Vuestra Paternidad, padre Salmón, ¿no predica en estas fiestas?

—Señora, la Real Congregación y Esclavitud de Nuestra Señora de la Soledad me ha encargado dos pláticas para la semana que entra. Veremos qué tal salgo de ellas.

El padre Castillo, que sin duda tenía prisa, se fué, y allí quedamos Salmón y yo. Desde que hubo salido su compañero, tomó aquél la palabra y dijo:

—Pues como tuve el honor de indicar á usía, este muchacho sabe todo lo concerniente á D. Diego, á sus artimañas, trapicheos y correrías, y él satisfará á Vuecencia mejor que cuanto yo, *relata referendo*, pudiera decirle. Pero ¿será cierto, señora mia, lo que al entrar me ha dicho el señor marqués D. Felipe?

—¿Qué?

—Que usía ha tenido anoche la felicísima suerte de hacer confesar á esa linda niña todo lo que de ella queríamos saber.

—Así es—dijo Amaranta.—Todo me lo ha confesado.

—La paz de Dios sea en esta ilustre casa. ¿Dónde está ese blanco lirio, que la quiero felicitar por el buén acuerdo que ha tenido?

—Esta tarde no se la puede ver, padre. Ya que su merced ha tenido la buena ocurrencia de traerme este jóven, á quien supone al tanto de lo que quiero saber, tenga la bondad de dejarme á solas con él, para que la presencia de persona tan grave y respetabilísima como Vuestra Reverencia, no le impida decirme todo lo que sabe, aunque sea lo más secreto.

—Con mil amores obedeceré á usía—dijo el padre Salmón; y con esto se retiró dejándome solo con aquella estrella de la hermosura, con aquella deslumbradora cortesana, á quien nunca me había acercado sin sacar de su trato el fruto de una gran pesadumbre.





VIII



o ha sido una simpleza de este buén religioso lo que te ha traído aquí—me dijo severamente;—esto ha sido obra de tu astucia y malignidad.

—Señora—le respondí,—por mi madre juro á usia que no pensaba volver á esta casa, cuando el padre Salmón se empeñó en traerme, con el objeto que él mismo ha manifestado.

—¿Y qué sabes tú de D. Diego?

—Yo no sé más sino aquello que no ignora nadie que le trata.

—Don Diego es jugador, francmasón, libertino; ¿no es cierto?

—Usia lo ha dicho; y si lo confirmo, no es porque me guste ni esté en mi condición el delatar á nadie, sino porque eso de D. Diego lo sabe todo el mundo.

—Bien; ¿y tú querías llevarme á mí ó á otra persona de esta casa á cualquiera de los abominables sitios que el conde frecuenta por las noches, para sorprenderle allí, de modo que no pueda negarnos su falta?

—Eso, señora, no lo haré, aunque usía, á quien tanto respeto, me lo mande.

—¿Por qué?

—Porque es una fea y villana acción. D. Diego es mi amigo, y la traición y doblez con los amigos me repugna.

—Bueno—dijo Amaranta con ménos severidad.—Pero me parece que tú eres tan necio como él, y que le llevas á la perdición, incitándole y adulando sus vicios.

—Al contrario, señora, á menudo le afeo su conducta, diciéndole que tal proceder es indigno de caballeros, y que al paso que deshonra su casa, deshonra también á aquella con quien va á emparentarse.

—Eso está muy bien dicho—exclamó con pesadumbre.—Lo que hace Rumblar no tiene perdón de Dios. ¿Y quién le acompaña en su libertinaje?

—El Sr. de Mañara y D. Luís de Santoreaz.

—¡También ese!—dijo con sobresalto y súbita transformación en su bello rostro.—¿Qué hombre es ese? ¿Le conoces tú? ¿Dónde vive? ¿En qué se ocupa?

—Si he de decir verdad, aún ignoro qué clase de hombre es. Tampoco sé dónde vive; pero he oído que es espía de los franceses, y que éstos le dan un sueldo para que les escriba todo lo que pasa. Esto me han dicho; pero no lo aseguro.

Entonces Amaranta acercó su silla á la mía, miróme como quien se dispone á entablar relaciones de confianza, y me habló así con voz dulce:

—Gabriel, está de Dios que me prestes de vez en cuando servicios de esos que no se encomiendan sino á la despierta observación y á la discreta malicia. ¿Querrás averiguar si D. Diego anda también en conspiraciones y malos pasos con ese que has llamado espía de los franceses?

—No sé si podré hacerlo, señora. Tendría que hacerme dueño de su confianza para abusar de ella. Por otro conducto podrá averiguarlo su señoría.

—Estás orgulloso. Pero ven acá, chicuelo; ¿quién eres tú? ¿Á quién sirves ahora?

—No sirvo á nadie, ni quiero servir. Por ahora soy soldado, si soldado es ser alguna cosa. Vivo de la paga que da el Ayuntamiento de Madrid á las tropas que ha levantado. Pero no tengo afición á las armas, y si las

tomo hoy es por puro patriotismo y sólo mientras dure la guerra. Después Dios dispondrá de mí; aunque como no tengo riquezas, ni padres, ni parientes, ni papeles de nobleza, ni protección alguna, espero que no saldré de esta humilde esfera en que he nacido y vivo.

—¿Quieres que te proteja yo? ¿Necesitas algo?—me preguntó con bondad.—Te buscaré un buen acomodo, te socorreré, si por acaso no estás muy desahogado.

—Aunque el recibir limosnas no deshonorra á nadie, ántes me asparían que tomarlas de vucencia.

—¿Por qué? ¿Pero qué pretendes tú? Yo sé que tú picas muy alto y no te andas por las ramas. Vamos, Gabriel, si me abres tu corazón, si me confías francamente todo lo que sientes, te prometo ser benévola contigo. ¿Crees que no estoy al tanto de tus atrevimientos? Y si no dime: ¿á qué paseas de noche por ese callejón cercano? ¿Á qué arrojas piedrecitas á las ventanas?

—¿Usía me vió?—pregunté muy confuso.

—Sí, y aunque me causó mucha ira, reconozco que nadie es dueño de borrar de un golpe lo pasado, mucho más cuando uno no es autor de la situación en que ahora ó despues se encuentra, sino que es Dios quien á ella le conduce. Tú tienes aspiraciones ridículas y absurdas, y ahora yo, renunciando á medios violentos, hablándote con templanza y sensatez, voy á quitártelas de la cabeza.

—Hable vucencia; pero debo advertirle que yo no tengo ya pretensiones ridículas, pues todo aquello que vucencia recordará de mi afán de ser generalísimo, pasó y...

—No me refiero á eso, y bien sabes á qué aludo, tunantuelo. No puedo ocultarte el disgusto que experimenté cuando en Córdoba me dijiste con mucha ingenuidad: "Señora, Inés y yo éramos novios." Tal despropósito, tratándose de mi prima, me indignó al principio; pero después me hizo reir. ¡Ay! cuánto he reído con esto. Por supuesto, no creas que ella se acuerda de tí. ¡Eres tan inferior á ella! Bien sabe Inés que si en otro tiempo y lugar, la aparente igualdad de vuestra condición permitía que os estimárais, hoy el solo pensar en tal cosa es un crimen. ¡Pues si vieras cómo se rie de tí, y cuenta tus simplezas!... Eso sí, dice que te está agradecida porque la salvaste no sé de qué peligro; pero nada más. Mi prima ha sacado tal dignidad y estimación de su linaje, que no digo yo con condes, con emperadores se casaría, y aún se juzgará rebajada.

—¡Bendito sea Dios, y cómo se mudan las personas!—dije yo, comprendiendo no ser cierto lo que oía.

—Pero si esto te digo—continuó Amaranta,—también añadido que me intereso por tí y quiero recompensar los servicios que prestaste á Inés cuando estaba en la miseria, de modo que te daré lo necesario para que hagas fortuna con tu trabajo; mas con la condición de que has de marcharte de Madrid y de España mañana mismo, para no volver nunca.

Oí con mucha calma estas razones que la condesa dijo, queriendo aparentar una tranquilidad de espíritu que no tenía, y le contesté:

—¡Ay, señora, y qué mal me ha comprendido usía! Hábleme ahora vneencia sin ninguna clase de artificio, pues yo con el corazón en la mano le digo que conozco muy bién quién soy y todo lo que puedo esperar. En mi corta vida he aprendido á conocer un poco las cosas del mundo, y sé que aspirar á lo que por mi humildad, mi ignorancia y mi pobreza está tan léjos de mí como el cielo de la tierra, sería una estupidez. No ocultaré á usía nada de lo que me ha pasado. Cuando Inés, quiero decir, la señorita Inés, estaba en casa del cura de Aranjuez, nosotros nos tuteábamos, hablando de nuestro porvenir como si nunca hubiéramos de separarnos. Después, en casa de D. Mauro Requejo, parecía como



El padre Castillo.

que nuestras desgracias nos hacían querernos más. Teníamos mil bromas, y yo le decía: “Inesilla, cuando seas condesa, ¿me querrás como ahora?” Y ella me contestaba que sí, y yo me lo creía. Después todo ha cambiado. Cuando fui á la guerra, yo no pensaba sino en ser un hombre de provecho para hacerla mi mujer; mas al mirar de cerca la esfera á donde ella había subido, al verme á mí mismo sin poder subir un solo peldaño en la escala de la sociedad, me entró una tristeza tal, que pensé morirme. Pero al fin se ha ido abriendo paso mi razón por entre este laberinto de atrevidas locuras, y he dicho para mí: “Gabriel, eres un loco en pensar que

el mundo se va á volver del revés para darte gusto. Dios lo ha hecho así, y cuando su obra ha salido con tantas desigualdades, Él se sabrá por qué. Renuncia á tus vanos sueños; que esto, y ser generalísimo de un tirón, como ántes pensabas, es todo uno., Al fin, señora condesa, he llegado á costa de grandes tristezas á adquirir una resignación profunda, con cuyo auxilio ya estoy curado de mis atrevimientos. He renunciado á lo imposible. Si así no lo hubiera hecho, sería real y efectivo lo que cuentan las malas novelas de que se reía hace poco el padre Castillo, y en las cuales se ve á una archiduquesa que se casa con un paje, y á un porquerizo enamorado de una emperatriz. No, señora; vengamos á la realidad triste; pero que dicen es lo único que no engaña. Ya no tengo las aspiraciones que usía me supone, y no es necesario que vucencia compre con dinero mi resignación ni mi alejamiento de esta casa, de Madrid y de España.

Amaranta mirábame de hito en hito durante aquel mi largo discurso, y después habló así:

—Gabriel, ó eres un hipócrita, ó en verdad en verdad que me vas pareciendo un jóven no sólo discreto, sino de honradas ideas. Ya veo que comprendes el sentido natural y templado de las cosas, y que sabes enfrenar la impetuosidad y petulancia propias de la edad.

—Señora, lo que he dicho á usía es la pura verdad; así me conceda Dios una buena muerte en mi última hora.

—Pues ya que me hablas con tanta franqueza, no quiero ser ménos contigo. ¿Serás tú hombre á quien se pueda confiar un pensamiento delicado, un pensamiento de esos que la vulgaridad no comprende ni estima en su justo valor?

—Creo que podrá vucencia confiarme lo que quiera.

—¿Lo comprenderás tú? Vamos á ver. Dices que has renunciado á que te ame mi prima, reconociendo la inmensa inferioridad de tu posición.

—Sí señora, así es.

—Muy bién; pero es el caso... no sé cómo decírtelo. Al indicarte que te daría riquezas, quise expresar que esperaba de tí un grande, un extraordinario favor.

—Si está en mí el prestarlo, no necesito que se me dé nada. ¿Quiere usía que me marche? Pediré mi licencia. Pues qué, ¿acaso la señorita Inés se acuerda alguna vez de este miserable?

—Respóndeme lo que te inspire tu buena razón, Gabriel—me dijo la condesa con grave acento.—Figúrate tú que á la señorita Inés se le pudiese en la cabeza el no querer á nadie más que á tí... no es así... pero vá como ejemplo: figúratelo.

—Ya está figurado.

—Pues bién: ¿no te parece natural que mis tios y yo nos opongamos á ello por todos los medios posibles?

—Sí señora, me parece muy natural—dije con asombro;—pero si ella se empeña...

—Ella no se empeña... no es eso... Es que... vamos, te lo diré francamente. Aunque no aseguro yo que Inés te ame, ni mucho ménos, porque esto sería un gran despropósito, ocurre que... es natural que sienta algún afecto hácia los que fueron compañeros de sus desgracias... Todo es un capricho, una obcecación pueril, que se le pasará seguramente. ¿No crees que se le pasará?

—Sí, señora, le pasará.

—Pero para que esto acabe de una vez, necesito tu ayuda. Puesto que te veo tan razonable, puesto que reconoces que sería en tí una estupidez aspirar á casarte con ella... ¡Casarte con ella! ¡qué risa! ¡un pelagatos como tú...! parece esto cosa de comedia. ¿Pero no te ríes tú también?

—Sí, señora, ya me estoy riendo—respondí, haciéndolo de muy mala gana.

—Pues decía—continuó, cesando en su afectada hilaridad,—que, en vista de tu buen sentido, espero de tí lo que vas á oír. Repito que te daré lo necesario para que en otro país léjos de España puedas hacer una fortuna; te daré la fortuna hecha si quieres...

—¿Y qué he de hacer para eso?

—Nada... vienes aquí estos días, socolor de entrar á servirme, tratas á Inés, y luégo durante algún tiempo fingirás hacer las cosas más feas, cometer las acciones más abominables y los delitos que más rebajan al hombre, de modo que ella, con el espectáculo de tu envilecimiento, vuelva en sí del trastorno que por tí tiene y todo acabe. Es sumamente fácil para tí: entras aquí en mi servicio, y á los pocos días me robas una sortija ú otra prenda cualquiera; luégo fingimos nosotros haber descubierto tu crimen y afeamos en público tu conducta; luégo si hablas con ella, me calumniarás, diciendo de mí mil heregías, y también hablarás mal de ella delante de alguna criada que venga á contárnoslo... y por este estilo harás una série de maldades de esas que más envilecen á la criatura.

—¡Señora!—exclamé, sin poder sofocar por más tiempo la ira.—Si usía me da toda esta casa llena de dinero, no haré lo que me pide. ¡Cometer delante de ella una infame acción! Me dejaré matar primero que tal haga. Cuando éramos amigos, más temía á sus censuras que á mi conciencia, y si algo bueno hice, hícelo porque ella lo viera y me aplaudiese; que más

estimaba su aprobación que todos los bienes del mundo. Huiré para ir á donde no me vuelva á ver; pero pensar que he de envilecerme delante de ella, eso jamás. Adios, señora, me voy de aquí—añadi, levantándome.—Por segunda vez quiere usía envolverme en intrigas y fingimientos cortesanos, en que es tan gran maestra.

—Aguarda—dijo, entreteniéndome.

—¿No está más en el orden natural lo que yo quiero hacer—añadi,—que es marcharme y no parecer más por Madrid?

—Eres un majadero—dijo con despecho.—¿Qué te cuesta hacer lo que te propongo? Pierdes tú algo en ello? Ven acá, truhán de las calles: ¿acaso tienes algún nombre que deslustrar ó alguna posición que perder? ¡Cuántos mejores que tú no se apresurarian á prestar ese servicio por el aliciente de la recompensa que yo te ofrezco! ¿Pues acaso podías tú ni soñar con la fortunilla que te pienso ofrecer, farsantuelo? ¡Miren el caballeron finchado, siempre á vueltas con su honor y su conciencia, y su deber acá y su reputación allá!

—Si usía me da licencia, me retiraré—dije, resuelto á poner fin á aquella conferencia.

—No, aquí has de estar todavía. Por lo que veo, crees que mi primita se acuerda alguna vez de tus simplezas y majaderías—exclamó con enfado.—Anda noramala, chicuelo andrajoso: ¿piensas que creo en tus hipócritas declamaciones? ¿Piensas que tomo en sério los generosos pensamientos que con tanto arte me has manifestado, echándotela de caballero? ¡Oh! ¡Esto me pone fuera de mí! Yo le diré á esa antojadiza quién eres tú y cuáles son tus mañas. Ó hará lo que yo le mando—añadió con creciente enojo—y pensará como yo quiero que piense, ó esa niña no es de mi sangre, no, no puede serlo. ¡Cuánta contrariedad, Dios mio!... No quiero verte más, Gabriel, vete de aquí... pero no, ven acá: tú no tienes la culpa de esto. Dime, ¿quién eres tú? ¿Dónde has nacido? ¿Tienes alguna noticia de tus padres?... Á veces suele acontecer que el que se creía humilde...

—No espere usía—repuse sonriendo—que de la noche á la mañana me caiga en herencia un gran ducado. Eso pasa algunas veces, como ha sucedido con Inés; pero de tales pasos de novela entran pocos en libra. Humilde nací y humildísimo seré toda mi vida.

—Lo digo porque si tú fueras una persona decente, te sentarian bien esos aspavientos que has hecho—me contestó.—No lo decia por otra cosa, desdichadote; no te vayas á envanecer sin motivo. Vete; estoy muy disgustada.

Y luégo olvidándose de mí para no pensar más que en sus propias contrariedades, exclamó así:

—¿Por qué, Dios mio, cuando trajiste á esa niña á nuestra casa, nos trajiste también esta gran pesadumbre?

—¿Quiere usía mucho á su hija?—le pregunté.

—Á mi prima, querràs decir.

—Eso es, me equivoqué.

—¡Que sí la quiero! Desde que entró aquí no vivo más que para ella. Es un santo delirio lo que siento, y si Inés me faltara, me moriría sin remedio. Mi desesperación consiste en que al traerla aquí no podemos ó no sabemos darle la felicidad que ella merece. ¿Pero es acaso culpa nuestra?

—¿Y persiste vucencia en casarla con D. Diego?

—¡Oh! no. D. Diego es un libertino; ya no me queda duda. Yo me opondré á que se case con él.

—Hace bién usía, y á la señorita Inés no le faltarán jóvenes de familia distinguida entre quienes elegir esposo. Por de pronto, señora, yo me atrevo á aconsejar á usía que rompa definitivamente con D. Diego. Las malas compañías de este jóven son un peligro para la tranquilidad de esta casa.

—¿Qué quieres decir? Ahora me viene á la memoria ese hombre que hace poco nombraste y que me causa miedo.

—¿Santorcaz? Sí señora; y ya que le nombro, voy á tener el valor de poner á vucencia al corriente de ciertas asechanzas para que esté prevenida. Yo asistí á la batalla de Bailén, y allí, por casualidad singular, vinieron á mis manos unas cartas...

Amaranta se inmutó.

—Señora, si he sabido casualmente alguna cosa que no debía saber, yo juro á usía que el secreto no ha salido de mis labios, ni saldrá mientras viva.

La condesa pareció poseida de nerviosa exaltación.

—¡Estás loco!—exclamó.—¡Qué majaderías me cuentas! Ni qué tengo yo que ver con esas cartas ni con ese hombre.

—En fin, señora, aunque dé á usía un mal rato, quiero entregarle las dichas cartas.

—Á ver, á ver—dijo pasando de la exaltación á un desvanecimiento y palidez intensa que la pusieron como difunta.

—Vea usted esta primera—repuse, entregándole la que ella había dirigido á Santorcaz.

—Esto parece un sueño—exclamó reconociéndola.—Pero ¿cómo ha lle-

gado á tus manos este papel? ¡Miserable chiquillo de las calles! ¿quién te mete á leer estas cosas?...

Entonces le conté el suceso que me puso en posesión de aquellas esquelas, lo cual oyó muy atentamente, y después, oprimiéndose la frente con ambas manos, exhaló lamentos dolorosos.

—Pues ahora vea usía esta otra que parece contestación á la precedente, y que no llegó á ponerse en el correo, pero que al fin viene á su poder, aunque tarde, por mi conducto.

Amaranta leyó ávidamente la carta, y á cada rato la indignación se traslucía en su hermoso semblante. Cuando la hubo leído, rompióla coléricamente en menudos pedazos, y dijo así:

—¡Ese miserable me amenaza! ¡Dice que si su hija no está hoy en su poder, lo estará mañana!

—Vuecencia recordará lo que ocurrió cuando la familia toda vino de Andalucía. Yo vine en la escolta que acompañó á sus mercedes desde Bailén hasta Santa Cruz de Mudela, y contribuí á poner en fuga á la canalla que detuvo los coches.

—Eran ladrones.

—Sí; pero su intento no era despojar á los viajeros. Usía re-

cordará que nos fué muy fácil darles una severa lección; pero lo que ignora es que allí estaba el Sr. de Santorcaz, escondido entre las cercanas malezas, pues él y no otro mandaba aquella brillante tropa de foragidos. Yo, que había leído la carta y además tenía sospechas por ciertas palabras que en Bailén oí á ese D. Luis, solicité formar parte de la escolta que al señor marqués concedió el general, y en ella fueron también algunos de mis buenos compañeros. Pero todavía falta á vuecencia el leer la más curiosa de las tres cartas que en aquella ocasión memorable vinieron á mis manos. Aquí está, y ella le hará ver la infame deslealtad de un criado.



Tomó la condesa la carta en que Román daba á Santorcaz noticia circunstanciada de lo ocurrido con motivo de la legitimación de Inés, y mientras la leía, tan pronto hacía brotar lágrimas de sus ojos la rabia, como inflamaba sus ojos con vivo resplandor.

—Ya sospechaba yo la infidelidad de ese vil, que todo nos lo debe— exclamó;—pero mi tia le tiene cariño y por eso sigue en la casa... ¡Qué infamia! Pero necio mozalvete, ¿para qué has leído estas cosas? Véte, quítate de mi presencia... no, no, ven acá: tú no eres culpable.

—Señora—respondí,—ningún nacido sabrá de mí lo que usía no quiere que se sepa. Yo esperaba una ocasión de entregar á vucencia esas cartas, y mientras han estado en mi poder, nadie, absolutamente nadie más que yo las ha leído.

—¡Oh! ya sé lo que debo hacer para defenderme y defender á mi hija de tan miserables asechanzas.

—Santorcaz es íntimo amigo de D. Diego, le acompaña á todas partes, le aconseja y le dirige. Yo he sorprendido sus conversaciones íntimas, y por ellas veo que el pérfido amigo y consejero de Rumblar no ha desistido de sus proyectos.

—Yo estoy trastornada, yo estoy confusa—exclamó Amaranta, levantándose de su asiento.—No, no, Gabriel, no te vayas. Tú eres un buen muchacho: yo quiero recompensarte de algún modo, dándote lo necesario para que vivas con el decoro que mereces... Pero no pienses en Inés, ¿sabes? Es una demencia que pienses en ella. ¡Pobre hija mia! La hemos sacado de la miseria, la hemos dado nombre, fortuna, posición y no podemos hacerla feliz. ¡Esto me vuelve loca! Cuando la veo indiferente á todas las distracciones que le proporcionamos; cuando veo la imposibilidad de hacerme amar por ella como yo quiero que me ame; cuando la observo pensativa y muda, y considero que echa de menos la apacible estrechez y contento que disfrutaba viviendo con el cura de Aranjuez, me siento morir de pena y paso llorando largas horas. ¡Pobre hija mia! ¡Ni siquiera le puedo dar este nombre, pues hasta con los de casa he de guardar secreto! ¡Ella y yo somos igualmente desgraciadas! ¿Por qué no haces lo que te propuse, Gabriel? ¿Á qué vienes con humos caballerescos? ¿Eres acaso más que un infeliz? Pero no: tienes razón, no te degrades á sus ojos; tú tienes sentimientos nobles, tú eres un caballero, aunque no lo parezcas. Tú mereces mejor suerte; Dios no es justo contigo... ¡Ay! voy viendo que tú también eres muy desgraciado.

Esto decía la condesa con muestras no sólo de gran dolor, sino también de cierta confusión mental, hija de las diversas sensaciones á que se

había visto sometida; y sentándose luego, permaneció en silencio gran rato. Así estaba cuando creí sentir un lejano ruido de voces en lo interior de la casa, rumor que apenas se percibía y que para mí hubiera pasado inadvertido, á no haber corrido Amaranta súbitamente hacia una de las puertas, prestando atención á lo que tan débilmente se oía.

—Es mi tia—dijo después de una larga pausa;—es mi tia que no cesa de reñirla. Porque no quiere someterse á las majaderías de un ridículo maestro de baile, ni hacer dengues ante los petimetres que nos visitan, la tratan de este modo. ¡Y yo no puedo impedirlo, Dios mío!—añadió juntando las manos con mucha aflicción.—¡Pero si no soy nada aquí, ni tengo autoridad alguna sobre ella! He de presenciar sus martirios, fingiendo aprobarlos, y estoy condenada á aplaudir las violencias, las intolerancias, las imposiciones, el proceder suspicaz y mezquino que la hacen tan infeliz.

Amaranta hizo ademán de salir; contúvose junto á la puerta, retrocedió luego, indicando en su marcha y ademanes una grandísima agitación. Después me miró con asombro, como si se hubiese olvidado de mi presencia y de improvisto me viera.

—Gabriel—me dijo.—Vete, vete al punto de aquí, y no vuelvas más. ¡Ay! ¿Por qué no querrá Dios que, en vez de ser quien eres, seas otra persona?

La conmoción me impedía hablar, y sin decir sino medias palabras, despedíme de ella, besándole respetuosamente las manos. Entonces Amaranta me tomó una de las mías, y mirándome con calma, derramando lágrimas de sus bellos ojos, me dijo esto, que no olvidaría aunque mil años viviese:

—Gabriel, eres un caballero; pero Dios no ha dispuesto darte el nombre y la condición que mereces. Si quieres darme una prueba de la nobleza de tus sentimientos y de la rectitud de tu juicio, prométeme que has de desaparecer para siempre de Madrid, y no presentarte jamás donde ella te vea. Se le dirá que has muerto.

—Señora—respondí,—ignoro si me permitirán salir de Madrid; pero si algo impide esta mi resolución, yo prometo á usía, por Dios que nos oye, salir de Madrid; y entre tanto que aquí esté, juro que no me presentaré á ella, ni haré por verla, ni consentiré en cosa alguna por la cual venga á conocer que estoy en el mundo. Este es mi deber.

—Tendré presente lo que me has jurado—dijo ella.—No te arrepentirás de tu conducta. Adiós.

IX



STRECHÓME entre las suyas mis manos la condesa, con muestras de mucho agradecimiento, y salí de aquella estancia y de la casa con tan profunda emoción, que no era dueño de mí mismo. Cuando llegué á mi casa, después de vagar por Madrid toda la tarde, arrojéme sobre mi lecho, donde en vela pasé la noche entera, revolviendo en mi mente las palabras del diálogo con Amaranta; llorando á veces, á veces profiriendo gritos de rabia, y tan excitado, que mis buenos patronos creyéronme atacado de violenta fiebre.

Á la mañana siguiente, después que, rendido á la fatiga, dormí con sueño irregular y espantoso durante algunas horas, Doña Gregoria llegóse á mí y me despertó diciendo:

—¿Qué es esto? Durmiendo á las diez de la mañana. Arriba, arriba, mocito. ¡Y se ha acostado vestido!... Vamos, que son las diez... Pero chiquillo, ¿qué haces, en qué piensas? Por ahí ha pasado la quinta compañía de voluntarios, tan majos y tan bien puestos con sus uniformes nuevos, que darían envidia á un piquete de guardias walonas. ¡Ay, qué monísimos iban! Á los franceses les dará miedo sólo de verlos. Nada les falta, sino es fusiles, pues como en el Parque no los había, no se los han podido dar; pero llevan todos unos palitroques grandes que les caen á las mil maravillas, y de léjos parece que llevan escopetas. Vamos, levántese el Sr. Gabrielito: ¿no eres tú de la quinta compañía? Levántate, que ya dicen que está Napoleón Bonaparte á las puertas de Madrid, montado en una mula castaña y con la lanza en el ristre para venir á atacarnos.

—Mujer, ¿qué disparates estás diciendo?—observó el Gran Capitán.—Napoleón no está en Madrid, sino que parece entró ya en España y anda sobre Vitoria. Por cierto que dicen ha habido una batallita... Pero chico, ¿no vas á coger tu fusil?

—Hoy mismo me voy de Madrid, Sr. D. Santiago.

—¿Que te vas de Madrid después de alistado? Pues me gusta el valor de este mancebo.

—Es que voy á ver si me permiten pasar al ejército del centro, que está en Calahorra, y creo que me lo permitirán.

—¡Oh! no lo esperes, porque aquí, según me dijeron en la oficina, lo

que quieren es gente y más gente, pues como algunos dan en decir que hay malas noticias... Yo creo que todo es cosa de los papeles públicos, y á mí no me digan; los papeles públicos están pagados por los franceses.

—¿Con que malas noticias?

—Paparruchas... En primer lugar, ahora salen con que lo de Zornoza, que creíamos fué una gran victoria, es una medianilla derrota, y que el general Blake ha tenido que escapar, refugiándose en las montañas. No se pueden oír estas cosas con calma, y yo mandaría

que se le arrancara la lengua á todo el que las repite.

—¡Mentiras, todo mentiras!—exclamó Doña Gregoria.—¡Si no sé cómo la Junta no manda ahorcar en la plazuela de la Cebada á todos los que se divierten con tales disparates!

—Has hablado muy bien—dijo el Gran Capitán.—Ahora han dado en decir que si en Espinosa de los Monteros ha habido ó no ha habido una batalla.

—¿En que también hemos perdido?—preguntó Doña Gregoria.

—¡Así lo dicen; pero quíá! Bonito soy yo para tragarme tales bolas.



Ahora encontré, al volver de la esquina, al Sr. de Santorcaz, el cual me lo dijo, fingiéndose muy apesadumbrado... ¡Pícaro marrullero! Como si no supiéramos que es espía de los franceses.

—¿Con que en Espinosa de los Monteros? ¿Y hemos tenido muchas pérdidas?—pregunté yo.

—¿También tú?—dijo Fernandez, sin poder disimular el pésimo humor que tenía.—Te voy descubriendo muy malas mañas, Gabriel.

—No hagas caso de este chiquillo mal criado—dijo Doña Gregoria.

—Es preciso que aprendas á tener respeto á las personas mayores—afirmó el Gran Capitán, mirándome con centellantes ojos.—¿Qué es eso de pérdidas? ¿He dicho acaso que nos han derrotado? No, mil veces, y juro que no hay tal derrota. ¿Hombres como yo pueden dar crédito á las palabras de gente desconsiderada y vagabunda?

Calléme por no irritar más á mi ingénuo amigo, y mientras me daban de almorzar, entró una visita que en mí produjo el mayor asombro. Ví que avanzaba, haciéndome pomposos saludos y mostrándome en feroz sonrisa su carnívora dentadura, un hombre de espejuelos verdes, en quien al punto reconocí al licenciado Lobo. Lo que más llamaba mi atención eran los extremos de cortesía y benevolencia que en él advertí, y el desusado respeto hácia mi persona que en todos sus gestos y palabras mostrara aquel implacable empapelador, y ántes enemigo mio.

—¿Qué bueno por aquí, Sr. de Lobo?—díjele, ofreciéndole junto á mí una silla en que se repantigó.

—Quería tener el gusto de ver al Sr. D. Gabriel.

—¿Señor Don tenemos? *Malum signum.*

—Y de poner en su conocimiento algo que le importa mucho—añadió.

—¿Pero cómo no ha ido á verme el Sr. D. Gabriel?

—Ya le he encontrado á usted muchas veces en la calle, y como no ha tenido á bién saludarme...

—Es que no habré visto á usted—me contestó melosamente.—Ya sabe el Sr. D. Gabriel que soy más que medianamente ciego... Pues bién: como decía... El Gobierno ha tenido á bién remunerar los buenos servicios de usted.

—¡Mis buenos servicios!—exclamé asombrado.—¿Y qué buenos ni malos servicios he prestado yo al Gobierno?

El Gran Capitán y su esposa, con medio palmo de boca abierta, prestaban gran atención.

—Modestito es el jóven—prosiguió Lobo con aquel artificioso sonreír que le hacía más feo, si es que cabía aumento en las dimensiones infini-

tas de su fealdad.—Yo he oído que usted se lució mucho en la batalla de Bailén, y no sé si también en la de Trafalgar, donde parece que mandó un par de fragatitas ó no sé si un navío.

Prorumpí en risas, y los dos ancianos, mis amigos, miráronse uno á otro con espontánea admiración por mis inéditas hazañas.

—Sí... algo de esto ha llegado á oídos del justiciero Gobierno que nos rige, y las comisiones ejecutivas de la Junta se disputan cuál de ellas echará el pié adelante en esto del recompensar á usía.

—Hola, hola, ¿también soy usía? Pues esto sí que me llena de asombro.

—Pero sea lo que quiera, amigo mio—continuó el leguleyo,—ello es que se ha decidido darle á usía un empleo en América, al inmediato servicio del señor virey del Perú.

—¿Trae usted mi nombramiento?—dije, comprendiendo al fin de dónde venía todo aquello.

—No; hoy sólo vengo á notificarle á usía este gran suceso, y á advertirle que cualquier cantidad que necesite para preparar su viaje, me la pida con franqueza, pues tengo orden de la... digo del gobierno, para entregar á usted lo que tenga á bién pedirme, previo recibito que me extenderá vucencia.

—¿Tambien soy vucencia?—dije, recreándome en la estupefacción de mis dos amigos.

—El nombramiento—prosiguió—lo tendrá usía dentro de dos ó tres días; pero le advierto que es voluntad de la Junta suprema que el señor D. Gabriel se haga á la vela al punto para las Américas, donde pienso que es de gran necesidad su presencia.

—Bueno—repuse;—pero entre tanto yo le ruego al Sr. de Lobo diga á la Junta que no me hace falta dinero, y que muchas gracias.

—Eso no está bién—dijo Doña Gregoria muy incomodada.—Pero tanto, si te lo dan, recíbelo y guárdalo sin averiguar de dónde viene. Estas cosas no pasan todos los días. Apuesto á que la Junta ha sabido lo de tus latines y te manda allí para que enseñes esa lengua á los salvajes, con lo cual, sin duda, se convertirán todos. ¿No es verdad, Sr. de Zorro, que así ha de ser?

—No me llamo Zorro, sino Lobo—repuso éste,—y hará muy bién el Sr. D. Gabriel en tomar lo que le haga falta, pues á su disposición lo tiene.

—Pues bién—añadí yo,—vaya usted de mi parte á la señora Junta que le dió tan buén recado para mí, y dígame que para servir á la patria y al Rey yo no pensaba pasar á América, sino al ejército del centro y de Ara-

gón, en cuyo reino pienso quedarme y no volver á Madrid mientras viva. Para este viaje no se necesitan gastos.

—¿Y qué va á hacer el Sr. D. Gabriel en el ejército de Aragón? Aquello está mal—dijo Lobo.—Por el de la izquierda no andan mejor las cosas, y después de la batalla que hemos perdido en Espinosa de los Monteros, nuestras tropas quedan reducidas á nada, y Napoleón vendrá á Madrid.

—¡Eso será lo que tase un sastre!—exclamó el Gran Capitán, echando chispas.—¿Quién hace caso de los papeles?

—Desgraciadamente—continuó Lobo—esa sensible derrota no puede ponerse en duda.

—Pues yo la pongo—afirmó Fernandez, rompiendo un plato que al alcance de la mano tenía sobre la mesa.—Sí señor, yo la pongo en duda, y es más, yo la niego.

—El señor—dijo Doña Gregoria—seguramente no sabe quién eres tú, y el cómo y cuándo de lo bién enterado que estás de todo.

—Yo sé la noticia por buén conducto, y aseguro que es indudable—indicó Lobo.—El secretario del ramo de guerra me lo ha dicho.

—Buén caso hago yo del secretario del ramo de guerra—dijo Fernandez, amoscándose en grado supino.

—Vamos, no porfies. Santiago...—añadió Doña Gregoria.—Estás más encarnado que pimiento de Calahorra, y no está bién que te dé el reuma en la cara por una batalla de más ó de menos.

—Pues que no me falten al respeto. Eso de que le insulten á uno en su propia casa—dijo Fernandez, dando un puñetazo en la mesa...—porque digan lo que quieran, donde menos se piensa salta un espía de los franceses, ¡y Madrid está lleno de traidores!

Asustado Lobo del enérgico ademán de D. Santiago, no quiso insistir en lo de la derrota, y proclamó muy alto que la batalla de Espinosa de los Monteros había sido ganada y reganada y vuelta á ganar por los españoles, oyendo lo cual se apaciguó nuestro veterano de las portuguesas campañas, y habló así:

—Me parece que tiene uno autoridad para decir quién gana y quién pierde en esto de las batallas... y todos no entienden de achaque de guerra... y una acción parece derrota de diablos hasta que viene una persona inteligente y la explica, y resulta victoria de ángeles... y no digo más, porque sé dónde me aprieta el zapato, y en Espinosa de los Monteros lo que hubo fué que todos los franceses echaron á correr, y el hi de mala mujer que me desmienta, sabrá quién es Santiago Fernandez.

Dijo y levantóse, cantando entre dientes un toquecillo de corneta; y dirigiéndose luego á donde desde lueños edades tenía su lanza, la cogió, y con un paño la empezó á limpiar del cuento á la punta, dándole repetidas friegas, pases y frotaciones, sin atender á nosotros ni cesar en su militar cantinela. En tanto Lobo, que en todo pensaba ménos en llevarle la contraria, continuó hablándome así:

—Ahora, Sr. D. Gabriel, me resta tocar otro punto, y es que me diga usted algo de su parentela y abolengo, porque es preciso sacarle una ejecutoria. Con diligencia, el Becerro en la mano, y un calígrafo que se encargue del árbol, todo está concluido en un par de días.

—Mi madre entiendo que lavaba la ropa de los marineros de guerra—le contesté,—y hágamela su merced duquesa del Lavatorio, ó para que suene mejor de *Torre-Jabonosa*, ó de *Val de Espuma*, que es un lindísimo título.

—No es broma, señor mio. Al contrario, el destino que usted lleva al Perú no se le puede dar sin una información de nobleza. Es cosa fácil. Y de su papá de usted, ¿qué noticias se pueden encontrar en la tradición ó en la historia?

—¡Oh! Mi papá, Sr. de Lobo, si no mienten los pergaminos que se guardan en el archivo de mi casa, y están todos roídos de ratones (lo cual es muestra de su mucha ranciedad), fué cocinero á bordo de la goleta *Diana*, por lo cual le cae bién un título que suene á cosa de comida... pero ahora recuerdo que un mi abuelo sirvió de alquitranero en la Carraca, y puede usted llamarle el archiduque de las *Hirvientes Breas*, ó cosa así.

—Usted se burla, y la cosa no es para burlas. ¿Su apellido?

—Los tengo de todos colores. Mi madre era Sanchez.

—¡Oh! Los Sanchez vienen de Sancho Abarca.

—Y mi padre Lopez.

—Pues ya tenemos cogido por los cabellos á D. Diego Lopez de Haro y á D. Juan Lopez de Palacios, ese famosísimo jurisconsulto del siglo xv, autor de las obras *De donatione inter virum et uxorem*, *Allegatio in materia hæresis*, *Tractatum de primogenitura*...

—Pues de ese caballero vengo yo como el higo de la higuera. También me llamo Nuñez.

—Por las alturas genealógicas de usted, debe de andar el juez de Castilla Nuño Rasura. ¿Y no hubo algún Calvo en su familia?

—¿Pues no ha de haber? Mi tío Juan no tenía un pelo en la cabeza. También me llamo *Corcho*, sí señor, yo soy nada ménos que un *Corcho* por los cuatro costados.

—Feísimo nombre, del cual no podemos sacar partido. Si al ménos fuera Corchado... pues hay en tierra de Soria un linaje de Corchados que viene de la familia romana de los *Quercullus*. En lugar del *Corcho* le podemos poner al Sr. Gabrielito un *Encina* ó *Del Encinar*, que le vendrá al pelo.

—Á mi madre la llamaban la señora María de Araceli.

—¡Oh, bonitísimo!—Esto de Araceli es bocado de príncipes, y más de cuatro se despepitarian por llevar este nombre. Suena así como Medina-celi, *Cœlico Metinensi*, que dijo el latino. No necesito más.

Á todas estas Doña Gregoria no sabía lo que le pasaba oyendo aquel diálogo de linajes; y absorta y suspensa aguardaba en silencio en qué vendría á parar todo aquel belén de mis apellidos.

—Que es de buena sangre el niño no lo puede negar—dijo al fin,—porque bién se conoce en la nobleza de su condición, que hartos hay por ahí llenos de harapos, y á lo mejor salen con la novedad de que son hijos de un duque; y aquí estoy yo que tampoco doy mi brazo á torcer, pues los Conejos de Navalagamella no son ningún saco de paja.

—¿Qué Conejos son esos, señora mia?

—El mejor linaje de toda la tierra. Yo soy Coneja por los cuatro costados. El señor licenciado sabrá de qué fuentes antiguas vendrá este arroyo genealógico de la Conejería.

—Como estos gazapos—contestó el licenciado—no vengan de aquellos tiempos remotísimos en que á España la llamaban *cunicullaria*, es decir, *tierra de los conejos*, no sé de dónde pueden venir.

—Así debe de ser. ¿Y el Sr. D. Gabriel de dónde viene?

—Eso lo dirá el Becerro. Ahora veo que este Sr. de Araceli no es cualquier cosa, y aquí en dos palotadas hemos encontrado robustas columnas donde apoyar la grandiosa fábrica de su alcurnia. Pero hablando de otra cosa, Sr. de Araceli, ¿quién me abonará los gastos de la saca de ejecutoria? Usted ó la persona que me ha dado el encargo de hacer estas diligencias y de ofrecer el dinero?... Porque los gastos son muchos. Además, esta comisión tan bién desempeñada ¿no merece alguna recompensa? Yo creo que la dará la señora cond... quiero decir, la Junta central, que es quien aquí me ha enviado.

—Más vale que el señor licenciado no se tome el trabajo de revolver papeles ni pintar árboles, pues yo no se lo he de pagar, y ese dinero que me ofrece tampoco lo he tomar.

—Eso sí que no lo consiento—exclamó Doña Gregoria.—No ha de ser así. Santiago: oye lo que dice este porro.

—Usted lo meditará mejor—dijo el leguleyo levantándose.—En cuanto á mí, espero ganar algo en estos jaleos, porque, amigo mio, ¿cómo se dá de comer á diez hijos, mujer y dos suegras? Dentro de unos días volveré á traer á usted el nombramiento, y un poco más tarde la ejecutoria. Y en cuanto al dinero, con ponerme dos letritas...

—Bueno—respondí, considerando que me convenía disimular por de pronto mis intenciones.—Yo haré lo que me parezca, y nos veremos, señor D. Severo.

—Adiós, mi querido é inolvidable amigo—dijo, deshaciéndose en cumplidos.—Que esto sirva para estrechar más los lazos de la dulce amistad que desde há tiempo nos profesamos.

—Sí, desde el Escorial.

—Justamente. Desde entónces le eché el ojo al Sr. de Araceli, y comprendiendo sus excelentes prendas, lo diuté por grande amigo mio. Venga un abrazo.

Se lo dí, y fué tan satisfecho. Entre tanto habían acudido á casa del Gran Capitán los vecinos, traídos todos por el olor de mi estupendo destino y del encumbramiento novelesco, que ninguno quiso creer, si Doña Gregoria no lo jurara en nombre de todos los Conejos navalagamellescos.

—¿Qué, no lo creen ustedes?—decía el Gran Capitán á las niñas de Doña Melchora.—Como que me lo han hecho virey del Perú.

—¡Virey del Perú!!!

—Sí... y no quedó cosa que no sacó aquí ese Sr. de Lobo, Zorro ó Leopardo—añadió Doña Gregoria.—Y ahora parece que está tan clara como la luz del sol la nobleza de este niño. ¡Si vieran ustedes la sarta de duques, condes y marqueses que han aparecido entre sus abuelos! ¡Jesús, y quién lo había de decir!... Y le dan todo el dinero que quiera pedir por esa boca... Como que pretenden que se vaya prontito para las Américas á arreglar á aquella gente, que anda toda revuelta... ¿No te lo decía yo, picaronazo? Alguna cosa gorda te tenía reservada Dios por ese tu buen natural... y que eres tú tonto en gracia de Dios... Nada, nada, toda esa parentela que te ha salido, hirviendo como garbanzos en puchero, te está muy bién merecida.

—Pues convidenos el señor perulero á piñones—exclamó Doña Melchora.

—¿De modo que ya no coges el fusil?—me dijo D. Roque.

—Y ahora hace falta—añadió Cuervatón.—Pronto tendremos aquí á ese infame *córcego*.

—Sí, porque lo de Espinosa de los Monteros ha sido un descalabro.

—¡Cómo descalabro!—exclamó furiosamente una voz que no necesito decir á quién pertenecía.

—Sí señor, un descalabro. Ya lo sabe todo el mundo. La retirada fué además desgraciadísima, y ha perecido mucha gente.

D. Santiago Fernandez, que ya estaba de muy mal humor, se puso en punto de caramelo, y después de dudar durante un rato si contestaría á tales insolencias con un abrumador desprecio ó con enérgicas negativas, decidióse por lo último, diciendo:

—En esta casa no se consiente gente perdida, porque juro y rejuro que los que hablan así de la batalla de Espinosa de los Monteros son espías de los franceses, y no digo más. Basta de disputas; cada uno meta su alma en su almario... y silencio, que aquí mando yo, y cuidadito con lo que se habla, que á mí no se me falta al respeto.

Conticueve omnes.



X



QUIERE el buén orden de esta narración que ahora deje á un lado la gran figura del Gran Capitán, con cuyas eminentes dimensiones se llena toda la historia de aquellos tiempos; que también pase en silencio por ahora no sólo las hazañas que piensa hacer, sino sus admirables sentencias y el dictámen profundo que sobre los asuntos de la guerra daba; y que poniendo punto en todas estas cosas, pase á ocuparme de D. Diego de Rumblar. Es el caso que una noche encontréle camino de la calle de la Pasión, y al instante me cosí á su capa, resuelto á seguirle hasta la mañana, si preciso era.

—¡Oh, Gabriel! ¡Qué caro te vendes! Chico, toma tus dos reales. No me gustan deudas.

—¿Ya ha salido usted de apuros? No será por lo que le haya dado el Sr. de Cuervatón.

—¡Miserable usurero! No pienso pedirle más, porque ahora tengo todo lo que me hace falta. ¿Á que no sabes quién me lo da? Pues me lo da Santorcaz.

—Eso es raro, porque yo suponía al Sr. D. Luis más en el caso de recibir que de dar.

—Pues ahí verás tú. Ahora tiene mucho dinero, sin que yo sepa de dónde le viene. Parece un potentado el tal Santorcaz. ¡Cuánto me quiere y con cuánto talento me indica todo lo que debo hacer! Habías de verle cómo me ofrece dinero y más dinero, por supuesto, dándole un recibito en toda regla. Ayer me prestó mil y quinientos reales que necesitaba para comprarle un collar de corales á la Zaina.



La Zaina.

—¿Y es posible que gaste usted su dinero en tales obsequios, cuando tiene una tan linda novia con quien se ha de casar?...

—Qué quieres, chico: una cosa es el noviazgo, y otra es tener uno una mujer... pues. La Zaina me vuelve loco.

—¿Pero no se casa usted?

—¿Pues no me he de casar? Por de contado. Me parece que alguien de la familia se opone; pero no me apuro mientras tenga de mi parte á la marquesa. El casamiento es indispensable, porque es cosa de conveniencia. Mi madre me dice en todas sus cartas que si no me caso pronto, me abrirá en canal. La boda sobre todo; pero lo cortés no quita lo valiente. ¿Has conocido mujer más salada, más seductora que la Zaina?

—Pues yo he oído, y esto lo digo para que usted se ande con tiento, que el Sr. de Mañara es el cortejo de la Zaina.

—Así se dice... pero á mí con esas... Puede que en un tiempo mi amigo D. Juan tuviera ese capricho; pero ya no hay tal cosa.

—Y que D. Juan salía al amanecer de casa de la Zaina, cierto es, porque yo lo he visto.

—Nada de eso hace al caso—repuso D. Diego con petulancia.—Lo que es hoy, Ignacia se está muriendo por el que está dentro de esta capa. Ya verás esta noche cómo no me quita los ojos de encima. Además, yo sé que Mañara bebe los vientos por otra mujer.

—¿Por otra?

—Mejor dicho, por dos. Mañara ha vuelto á enredarse con la señora aquella que fué causa de un escándalo el año pasado, según oí contar, y además anda en tratos con la María Sanchez, hermana de la Pelumbres. Y que con la Zaina no tiene nada, lo prueba que anoche se pusieron de vuelta y media en casa de ésta. ¡Bonito pañuelo de encajes y bonita mantilla blanca lució en los novillos de anteayer la Pelumbres! Todo es regalo de Mañara, y anoche estuvieron juntos en la cazuela del Príncipe, y fueron después á cenar en casa de la Gonzalez. De modo que nadie me disputa á mi Zainita de mi alma.

En esto llegamos á casa de la semidiosa de las coles, lechugas y tomates, y vímosla trasegando de un pequeño tonel á media docena de botellas una buena porción de aguardiente, al cual, como católica cristiana, administraba el primer sacramento con el Jordán de un botijo de agua que allí cerca tenía. Léjos de ella, y á otro extremo de la salita, se calentaban junto á un braserillo el tío Mano de Mortero, padre de la Zaina, Pujitos y el simpático cortador de carne, á quien llamaban Majoma, los tres muy enredados en una calurosa conversación sobre los negocios pú-

blicos. Sin hacer caso de aquel grupo, que á su vez no lo hacía de los visitantes, D. Diego y yo nos fuimos derechamente á la Zaina, y aquí me corresponde hacer de ella la más exacta pintura que esté á mis cortos alcances.

Era Ignacia Rejoncillos la más hermosa escultura de carne humana que he visto; y digo esto, no porque yo la viese jamás en aquel traje que suelen usar la Venus de Médicis, la de Milo ni otras marmóreas damas por el mismo estilo, sino porque claramente se le traslucían, á favor de los vestidos de entónces, la corrección, elegancia y proporcional forma de las distintas partes de su cuerpo; que el traje, léjos de afeitar estas femeninas esculturas, ántes bién las hermosea, y más admirables son supuestas que vistas.

Guapísima de rostro, tenía un blanco nacarado, sin que jamás se hubiese puesto otro afeitado que el del agua clara, y unos ojos chispos, pardos, adormecidillos, tan pronto lánguidos como enardecidos, de esos medio santurrones y medio borrachos, que suelen encontrarse viajando por tierra de España detrás del cajón de una plazuela, al través de las rejas de un convento, y para decirlo todo de una vez, lo mismo en cualquier paraje público que privado. Aunque algo chatilla, sus dientes de marfil, su linda boca, que era puerta de las insolencias, su garganta y cuello alabastrino bastaban á oscurecer aquel defecto. Las manos no eran finas como es de suponer; pero sí los piés, dignos de reales escarpines, y tenía además otro encanto particularísimo, cual era el de una voz suave, pastosa y blanda, cuyo son no es definible, y á quien daba mayor gracia lo incorrecto de la pronunciación y los solecismos que embutía en el discurso.

—Querida Zaina—le dijo amorosamente D. Diego,—anoche soñé contigo.

—Y yo con las monas del Retiro—contestó ella.

—Soñé que me querías mucho, y cuando desperté estuve llorando media hora al ver que todo era sueño.

—¿Y cuánto me quiere su merced? Lo que hace yo, estoy toda muerta y tengo el corazón hecho un ginovesado de tanto quererle.

—¡Si dijese verdad, ingrata Proserpina, orgullosa Juno, artificiosa Circe! Tu corazón es de duro diamante ó risco, y en vano mi amor quiere traspasarle con los acerados dardos de su carcaj.

—¿Qué motes son esos que me ha puesto, señor conde?—exclamó la Zaina, riendo á carcajada tendida.—¡Puerco-espina yo! ¿Y qué es eso de los carcajales y de los diamantes duros?

—Esto lo he oído en una poesía que leyeron esta noche en la Rosa-

Cruz, y á tí te viene de molde. Díme: ¿por qué no me contestaste á la tiernísima carta que te escribí el otro día?

—¿Yo contestar, hombre de Dios? Así cuervos se lo coman. ¿Cómo he de contestar si no sé escribir? Allí leyeron el papé los amigos y tuvieron dos horas de fiesta y risa con aquello del llagado corazón de su merced, y que yo era una paloma torcaz y una ruiñeira, y que me tiene un amor

edial y pantás-mico.

—¡Ideal y fantástico! decía la carta, lo cual significa que te quiero con amor puro y platónico, sin mezcla de ningún liviano apetito.

—¡Ande y que le den garrote! No me hable usía en lengua gringa, que no comprendo.

—¿Y qué te han parecido los corales?

—¿Los corales? Mazníficos, como ahora se dice. Sólo que ya podía



Mano de Mortero.

usía haberlos acompañado de la friolera de un par de zarcillos y de una peineta de carey de las que hoy se usan. Y no se olvide mi condito del alma que me ha prometido un coche para dir el lúnes á los novillos, ni de aquellas doce varas de cotonia para hacerme lo que llaman ahora un *saville*. Si no, manque se güelva irmitaño y alacoreta, como dice en su cartapacio, no le he de querer.

—Todo eso tendrás y aún mucho más—dijo D. Diego, tomándole un brazo.

—En el ínterin, manos quietas, Sr. D. Diego, que quien es platano y pantásmico, como usía dice, no ha de gustar de pelliscar carne fofa como la mía. Pero venga acá y contésteme. ¿Se afirma en lo que anoche me contó el Sr. de Mañara?

—Punto por punto, Zainilla de mis entrañas.

—No es que me importe nada de lo que hace ese calaverilla—añadió la verdulera,—sino que una amiga mía quiere saberlo.

—Pues dile á tu amiga que el Sr. de Mañara no la quiere ya, porque está enamorado de una cierta duquesa y de la Pelumbres, entrambas á dos.

—¡Duquesitas á mí!—exclamó Ignacia, haciendo un gesto aterrador con su derecha mano.—Si es la señora que usía nombró anoche... ya, ya la conozco bién. Hace dos años solía ir en ca la Primorosa con otra amiguita suya, condesa ó no sé qué, alta y morena, y con la Pepilla Gonzalez, comicastra del trato del Príncipe. ¡Pues no armaban mal jaleo entre las tres!... ¿Y también está con la Pelumbres?

—No: con su hermana Mariquilla; me equivoqué. Eso todo el barrio lo sabe. ¡Pues no está poco satisfecha Mariquilla! Pero deja eso, que nada te importa, Zaina. ¿Me quieres mucho?

—¡Pues no le he de querer, niño—respondió la Zaina, sin mirar á Don Diego,—si tengo el corazón que no parece sino que en él me enclavan alfileres!... ¿Vendrá D. Juan esta noche?

—¿Á tí qué te va ni te viene, capullito de rosa?

Diciendo esto, D. Diego volvió á extender los alevosos dedos para pellizcarla el brazo; pero en esto alzó la voz el tío Mano de Mortero, diciendo:

—¿Ya estamos de secreticos? Á bién que el Sr. D. Diego es un caballero muy apersonado y principal, y viene acá con buenos fines. Nacia, no seas ortiguilla, ni te pongas tan piconá con mi señor conde; que si su grandeza te quiere dar un pellizco es por ver lo que vas engordando, y no con intención de ser pesado. Sí, que yo iba á consentir otra cosa en esta casa de la mesma honradez. Pero ¿dónde están, señor conde, las espuelas de plata que me prometió?

—Mañana, si Dios quiere, las acabará el platero—dijo D. Diego, acercándose al grupo.

—¿No sabe usía las noticias que corren?

—Que se ha perdido una batalla en Espinosa de los Monteros.

—Y parece que también anda mal el ejército de Castaños, y que ya Napoleón va sobre Búrgos.

—Todo eso es misa rezada—dijo Pujitos,—porque ya tenemos en Portugal obra de veinte mil inglesones, que manda uno á quien llaman el tío *Mor*.

—Buén tiempo viene ahora para el comercio, tío Mano—dijo Majoma.—Con esto de la guerra, los franceses por el lado de acá y los ingleses por el lado de allá, la fardería corre que es un primor.

—Dices bién, niño. La raya de Portugal está hoy que es un bocado de ángeles, y los comerciantes de Madrid me traen ahora en palmitas. Además de que no falta género inglés muy barato puesto en Portugal, por la frontera y en todas las sierras de Gata y Peña de Francia no se ve un pícaro guarda, porque todos se han juntado á los ejércitos, de modo

que viva mi señora la guerra mil años, y abajo Napoleón.

—Como venga á Madrid el infame *córcego*—dijo Pujitos,—se va á quedar asombrado al ver los batallones que hemos formado

acá en un rás-cate ahí. ¿Han dido ustés al enjercicio de hoy? ¡Válgame mi Dios y qué tropa! Aquello metía miedo, y si en vez de palos llegamos á tener fusiles, nosotros mes-



Majoma.

mos nos hubiéramos asustado de nosotros mismos, echando á correr por todo el campo de Guardias palante.

—Pues yo no me he querido enganchar—exclamó Majoma,—porque una peseta es poco, y si el tío Mano de Mortero me lleva á la raya, mejor estoy allí que en Flandes, y dejémonos de coger las armas, que por haberlas tomado una vez contra un alguacil, me han tenido diez años mi-

rando á la Puntilla (*) y á los Farallones (**), con una cuenta de rosario en los piés; que si no es por la jura de mi D. Fernando VII, allá me comen los cinifes otros diez.

—Eso no debe apesadumbrarte, Majomilla—dijo Mano de Mortero;—que es de personas cabales el pasear la vista por los Farallones, y testigo soy yo, que aunque no fuí allá por el aquel de ninguna sangría mal dada, como tú, echáronme dos años por mor de un paseo á caballo en compañía de cuarenta quintales de hilo de patente, con su *Londón* y todo, que metí allá por Alcañices. Pero hijo, acá estamos todos, y Dios y la Virgen nos acompañen para no tener que llevar en los tobillos aquellas telarañas de á dos arrobas, que es el peor corte de polainas que he calzado en toda mi vida.

Tocaron en esto á la puerta, y vimos entrar al Sr. de Mañara y á Santorcaz, el primero vestido elegantísimamente de majo, con capa de grana y sombrero apuntado.

—Gracias á Dios que parece su eminencia por acá—dijo el padre de la Zaina, acercándole una silla á Mañara.

—Ya sabrán ustedes que le tenemos de regidor de Madrid—gritó Santorcaz.

—¡Regidor el Sr. de Mañara!

—¡Que viva mil años!—exclamaron todos.

—Así es. La sala de alcaldes me ha nombrado—respondió D. Juan,—y es probable que acepte.

—¿Y no se suspenderán los novillos del lúnes?—preguntó con mucho interés Majoma.

—Como yo mande, habrá novillos, aunque tengamos á las puertas de la plaza á todos los emperadores del mundo.

—¡Viva el regidor!

—Y dígame usía, angelito de mi alma—preguntó el tío Mano de Mortero con visible enternecimiento,—esos pobrecitos que hace dos meses están en la cárcel de Villa porque jugaron á la pelota con seis pellejos de vino por sobre la tapia de Gilimón; esos pobrecitos corderos, que son más buenos que el buén pan y más caballeros que el Cid, ¿no merecerán de su generosidad que les quite del mal recaudo en que se hallan? ¡Ay, mis queridos niños! ¡y cómo se me aguan los ojos y se me arruga el corazón al verlos entre rejas! ¿Cómo no, excelentísimo señor, si les he criado á

(*) Cabo en la entrada de Melilla.

(**) Peñasco en la entrada de Melilla.

mis pechos y enstruido con mis liciones y enderezado con mis palos? No parece sino que su carne es mi carne, y mal haya el que los vió tan listos de piernas como de ojos por Peña de Francia y ahora les ve con los brazos cruzados, entre alguaciles, carceleros y toda esa canalla, que debería estar frita en aceite para que el mundo anduviera en regla.

—Sosiéguese el buén Mortero—dijo Mañara,—que si de algo vale mi influjo, abrazará pronto á sus amigos.

—¡Que suba al quinto cielo el Sr. D. Juan, y juro que le he de traer la mejor muda de camisas en pieza que ha tapado carne de corregidor desde que el mundo es mundo! Ea, á bailar, á cantar. Nacia, trae aquello blanco del barrilito que apandamos en este viaje.

—¿No han venido Menegilda, ni Alifonsa, ni Narcisa?—preguntó Mañara.—Esto está más triste que un entierro. Tú, Zainilla, echa unas boleras para hacer boca.

—¡Yo, yo boleras!—repuso la Zaina con tono desapacible y mal humorado.—No me pide el cuerpo boleras.

—Échalas, por amor de Dios.

—Digo que no me da la gana. ¿Soy figurilla de tutilimundi?

—Nacia—dijo gravemente el padre de la consabida,—no se contesta de esa manera, y pues el señor regidor de mi alma lo manda, cantarás, aunque te pudras.

—Un par de seguidilllas al ménos.

—La Zaina cambió de parecer, y rasgueando una guitarra, cantó:

Todas las duquesitas
de los Madriles
no sirven pa calzarme
los escarpines.

Dale que dale,
y póngame esa liga
que se me cae.

—¡Otra, otra! Tiene en el cuerpo esta maldita Zaina toda la gracia del mundo.

La Zaina continuó:

Señora principesa
de panza en trote,
las sobras que yo dejo
usted las coge.

Viva quien vive,
le regalo ese peine
que no me sirve.

Aquí fué el batir palmas y el patear suelos y el romper sillas, con tanto estruendo y algazara, que no parecía sino que la casa se venía al suelo. La Zaina arrojó después léjos de sí la guitarra con tal fuerza, que aquel sensible instrumento, al dar violentamente contra una silla, lanzó un quejido lastimero y se le saltaron dos cuerdas. Acto continuo sentóse junto á D. Diego. Pero la exactitud de esta narración exige que ahora los deje en su amoroso coloquio, ella hecha toda lenguas y él embobado y suspenso, para que pase á decir cómo entraron metiendo mucho ruido la Menegilda, la Alifonsa y la Narcisa, que con ser sólo tres, no parecía sino que entraban por las puertas todos los demonios del Infierno.

—Tarde venís, ninflas—dijo Mano.

—Sí, hemos estado picando lomo para las salchichas. Como esta tarde no lo pudimos hacer por ir al rosario...—contestó una de ellas.

—Pos yo, por no perder el rosario, cerré mi almacén de hierro—dijo otra,—y desde prima noche he tenido que andar desapartando los clavos de herradura de los clavos de puerta.

—¡Ay qué bueno ha estado el rosario! ¿Lo has visto, Majomilla?

—¡Qué había de ver, si me entretuve en el puente de Toledo, esperando un cinco de copas que no quería salir, y gancheando á dos payos de Valmojado, que malditos de ellos si sudaban dos cuartos! Pero lo rezaré mañana, que para el bien nunca es tarde.

—Ende que lo supimos—dijo la Narcisa,—nos plantamos allá. Yo le mandé al pariente que pusiera el puchero y cuidara de los chicos, y piés para qué vos quiero. Este rosario lo ha sacado la congregación de María Santísima del Cármén de la pirroquia de San Ginés, en rogativa de las presentes calamidades. Salió á las dos. ¡Qué lucimiento, qué devoción! Allí iban todos, desde el señor más estirado hasta el último comiquín, y todos con su vela. ¿No ha estado usted, Mano de Mortero?

—¿Qué había de ir, mujer—respondió,—si estoy aquí con el corazón traspasado por la pena de no haber metido mi cucharada en este rosario? Pero pues mi alma lo necesita, mañana tengo de asistir á la función que da la cofradía de María Santísima de los Dolores, á quien tengo ley por los malos pasos de que me ha sacado en bien, intercediendo con su Divino Hijo. Creo que predica mi grande amigote el padre Salmón.

—Esa función—añadió Pujitos—es en el convento de padres dominicos, y se celebra para implorar el divino auxilio por la felicidad de las armas de esta monarquía, salud de nuestro S. P. Pio VII y libertad de nuestro amado monarca.

—Justo y cabal—prosiguió Mano de Mortero;—y pues hay procesión,

pienso asistir con vela, que todos, el que más y el que ménos, estamos llenos de pecados, y aún yo, que no hago mal á nadie, allá me voy con los demas; porque el justo peca tres veces, cuanti más los que no lo son. Por lo que á mí hace, no tengo comeniente en que Su Divina Majestad saque en bién los ejércitos, que españoles somos y lo debemos desear; ni tampoco en que le dé mucha salud y años mil de vida á ese Sr. D. Pio VII;



pero en lo de poner en libertad á Fernando, que es, como si dijéramos, acabarse la guerra, por allí me lo tenga un par de añitos más; pues esto de la guerra, y los franceses por acá, y los ingleses por allá, es una bendición de Dios y un rocío celestial que el Señor manda á los probecitos que no tienen dónde ganarlo, si no es poniendo la vida en un trís y escondiendo las piezas de hilo dentro de las sacas de carbón, para ver de engañar al fisco, que es el demonio enemigo de nuestras almas.

—Mal patriota es el Sr. Mano—dijo enfáticamente Pujitos,—pues ni coge el fusil, ni ruega por la libertad de nuestro amado monarca.

—Diez fusiles, que no uno cogeré si es preciso, pues hartos agujeros, raspones y abolladuras hay en los cuerpos de los

guardas, que podrán dar fé de cómo manejo el gatillo. También quiero y reverencio á mi querido Rey, pues no puedo olvidar que me apretó la mano el día que entró, viniendo de Aranjuez, ni que le alabó á mi Zainilla el garbo para tocar el pandero; pero los probes somos probes, y yo pondría á mi Fernando en siete tronos... Hijo, dame pan y llámame tonto, y como dijo el otro, el abad de lo que canta yanta.

—Hoy no ví al Sr. de Pujitos en la formación—dijo Santorcaz, acercándose al grupo.

—Cómo había de ir, compañero—respondió el maestro de obra prima, que al oírse interpelado sobre aquel asunto recibió más gusto que si le regalaran tres tronos europeos.—Cómo había de ir, si todo el día he estado en el Parque apartando fusiles, contando piedras de chispa y repasando cartuchos; tan atareado, jeñores, que tengo en los lomos una puntada que no me deja respirar.

—¿Y se defenderá Madrid?

—Pues ya. No hay muchos fusiles que digamos; pero se han reunido un sin fin de sables viejos, muchas lanzas, cascos antiguos del tiempo del rey que rabió por gachas, cacerolas que pueden servir de escudos, mazas que para partir cabezas de franceses serán una bendición de Dios, guanteletes, pinchos, asadores, llaves viejas y otras mil armas mortíficas.

—De nada servirá nuestro valor—dijo Santorcaz,—si ántes no acabamos con los traidores que hay en Madrid.

—Lo mismo digo—afirmó Mortero.

—Por todas partes no se ven sino espías de los franceses, y ahora es ocasión de que este regidor que aquí tenemos se luzca.

—Así es la verdad—exclamé yo.—Sé de muchos que se fingen muy patriotas, y están vendidos á los franceses. Los que hacen más aspavientos y dan más gritos, y más gallardean de patriotas, son los peores. ¿No es verdad, Santorcaz?

—Pues acabar con ellos.

—Para eso nos bastamos y nos sobramos—añadió Majoma.—Y vengan malos patriotas y gabachones para dar cuenta de ellos.

—Personajes conozco yo—dijo Mañara—que han de morir arrastrados, si Dios no lo remedia; y si llego á ser regidor, ya nos veremos las caras, señores afrancesados.

—Esa es la gente más mala—afirmó Santorcaz con mucho desparpajo,—más desvergonzada y más traidora que hay; y si no ponemos mano en ellos, no saldremos bién de esta guerra. Porque yo sé que hay quien está tramando abrir las puertas de Madrid si nos ponen asedio.

—Pues despacharlos y se acabó la junción—dijo Pujitos.—En mi compañía están tan rabiosos, que sólo con decir “ese es gabacho,” se le van encima y le quieren despedazar.

—Los peores—repetí yo, teniendo el gusto de que el tío Mano apoyara enérgicamente mi opinión,—son los que chillan y enredan, y están á todas horas hablando de traidores; y si no aquí está Santorcaz, que conoce á la gente y lo puede decir.

—Así es en efecto—repuso éste;—pero que hay traidores no tiene duda.

XI



ON Diego, la Zaina y las otras tres damas, no ménos que ésta famosas, habían entablado animada conversación, formando otro corrillo.

—No se olvide el señor condito—dijo Menegilda, —que nos prometió traer una noche á su novia.

—Si yo no tengo novia.

—Sí que la tiene. ¿No es verdad, Gabriel, que tiene novia?

—Y más bonita que el sol—respondí acercándome.

—Vamos, la tengo—dijo Rumblar;—pero no la quiero, Zainilla. No te vayas á poner celosa.

—Ya estoy frita con los tales celos, niño mio—contestó la maja.—Pero ¿por qué no la trae aquí una noche?

—Ántes traerá una estrella del cielo—afirmó Mañara, acercándose al grupo femenino.

—D. Diego me ha prometido traerla y la traerá—dijo Santorcaz, atraído también por aquel coloquio.

—Sí—indicó Mañara,—la familia de ese señorito iba á permitir que una tan delicada doncella viniera á estas casas.

—¡Á estas casas!—exclamó la Zaina.—¿Estamos en algún presillo? Más honrada es mi casa, Sr. D. Juan, que muchas de señoras amadamadas, por donde usía anda en malos pasos.

—Calla, tonta—dijo Mañara de mal humor.

—Y buenas princesas ha traído usted á esta casa y á la de Pelumbres y de la Primorosa—añadió Ignacia.—Toas semos unas, y no lo igo por

esa duquesa y con quien fué hace dos noches en ca la Pelumbres. Alfonsa, ¿sabes quién es? ¿Te acuerdas de aquella duquesilla amojamada, que parece un almacén de huesos? Si D. Juan la trae por aquí, pondremos una frábica de botones.

—¿Qué hablas ahí, zafiota, animal sin pluma?—exclamó Mañara con vivo arretrato de ira.—Habla mejor, si no quieres que con tu lengua haga una pantufla para azotarte la cara.

—¡Á mí con esas el asno regidor!—vociferó la Zaina.—Después que le he despreciao, después que he tenido que escupirle en la cara para que no anduviera tras de mí chupándose la tierra que yo pisaba, ¿ahora viene con esa? Con las barbas de un usía friego yo los cacharros de la cocina, y tripas de caballero le echo á mi gato.

—¡Condenada manola!—dijo Mañara, cada vez más encolerizado.—La culpa tiene quien te ha dado esas alas y quien con personas bajas se entretiene. ¿Para qué tomas en tu ruín boca el nombre de señoras respetables, de quien no mereces besar la suela del zapato? ¡Cuidado con los celitos de la niña!

—¿Celos yo?—exclamó la maja, más encendida que la grana.—¡Por Dios, que me quiera usted, so pringoso: tomélo por estera y se creyó cortejo.

Y diciendo esto, lanzó un salivazo en medio del corrillo.

—¡Miserable mujerzuela! ¡La culpa tiene quien se arrima á tí, por hacerte gente siquiera un día!

—Eh, eh, poquito á poco—gritó á este punto el tío Mano de Mortero, que de espectador indiferente de aquella escena se trocaba en actor de ella.—Eso de mujerzuela es de gente mal hablada, y aquí no se habla mal de nadie, y lo que es mi hija tiene su siempre y cuando como cualquier otra. Que el señor D. Juan no nos toque á la honor, porque á mí no me falta un saco de onzas de oro ensayadas para apedrear á cualquiera. Y tú, princesa mia, ¿á qué le haces tantos cocos ahora al Sr. de Mañara, cuando há pocos días te chiflabas por él, y si alguna noche faltaba su señoría á hacerte compañía ó á ayudarte á rezar el rosario, ponías en el cielo unos suspiros como catedrales? Anda, que todos son buenos, y váyase lo uno por lo otro.

—¿Suspiritos tenemos?—preguntó Mañara con presunción.

—Y si hubo suspiros—dijo Mortero—mi hija es una persona de etiqueta, y los puede echar como cualquier otra, aunque sea por el rey; que si está en el cajón de verduras, es porque quiere; que su padre ya le ha prometido varias veces ponerla al frente de una casa de bebidas finas.

—¡Yo suspirar por ese animal!—exclamó la Zaina.—Por lástima le he mirao una vez cuando iba al cajón á echarme flores.



Y diciendo esto, lanzó un salivazo en medio del corrillo,

—Eso quisieras tú; pero no se estila echar margaritas á puercos.

La Zaina hizo un movimiento. El Demonio fué sin duda quien llevó á sus irritadas manos una botella de las que en la mesa contigua había, y disparóla con tanta fuerza contra Mañara, que á no apartarse éste vivamente, viéramos allí partida en dos la cabeza más dura que ha gastado presunto regidor en el mundo. Levantóse éste furioso para castigar el descomedimiento de la Zaina; pero con tanta presteza acudió D. Diego en defensa de la verdulera, que sobre él cayeron lo primeros golpes. Lleno de rabia al verse aporreado, arremetió contra Mañara, á punto que el tío Mano de Mortero empezaba á probar la exactitud de su apodo, reparciendo algunos puñetazos sobre tirios y troyanos. Las majas Narcisa, Menegilda y Alifonsa, declaráronse también en guerra, por dar gusto á las inquietas manos, y bién pronto de todos los allí presentes no quedó uno que no llevase su óbolo á tal colecta de golpes y gritos. Era aquello una bendición de Dios, y juro que jamás habría yo metido mis manos en aquel fregado, si no me incitara á ello una caricia que sentí en mitad de la espalda, hecha por mano desconocida. Y lo peor fué que Majoma, hombre ingenioso, inclinado siempre á sacar partido de tales alteraciones del órden privado, descargó varios palos sobre el candil que la escena iluminaba, y al punto nos vimos todos de un color. Aquí fué el arreciar de los puñetazos, y el esfuerzo de los gritos y el rodar unos sobre otros, y si bién el peso de un cuerpo nos oprimía á veces, también el nuestro caía en humanas blanduras, de cuyos choques provenían los pellizcos, arañazos y demás proyectiles menudos. Por aquí se oían voces lastimeras, por allá gritos de venganza, y sobre toda especie de rumores, descollaba la voz estentórea del tío Mano de Mortero, diciendo:

—En mi casa no ha de haber escándalos, y el que diga que aquí se siente el vuelo de una mosca, miente. Vamos, amiguitos; no meter tanto ruido ni pegar tan recio. Esto es una broma: con que paz y pan, y divirtámonos.

Y á todas estas la vecindad se alborotaba, y en la calle deteníase la gente curiosa, no porque le hiciera novedad aquel ruido, sino por gozar de él, y se temió la intervención de la justicia, lo cual hería al Sr. Mano en lo más delicado de su dignidad, y por fin hubo uno que pudo dar con la puerta y abrirla y echarse fuera, con lo cual, habiendo entrado un poco de luz, pudimos vernos. Todo indicaba que íbamos á tener una visita alguacilesca, lo que me impulsó á coger por un brazo á D. Diego y echarlo conmigo afuera, y bajar á saltos la escalera hasta dar con nuestros cuerpos en la calle, por la que nos escurrimos, sin miedo á la corchetería.

Cuando nos vimos léjos, acertamos el paso, contemplándonos uno á otro. D. Diego había padecido más averías que yo en la refriega, y ostentaba en la cara un verdugón hecho por buena mano.

—¡Maldito de mí!—exclamó tentándose los bolsillos de sus calzones.—¿Sabes que me han quitado mis dos relojes? ¡Pues también el dinero, todo el dinero que llevaba!

—Era de suponer, Sr. D. Diego—le respondí, registrándome también,—pues no salimos de ninguna misa cantada. Y por lo que veo, á mí también me han desplumado.

—¿Te quitaron el reloj?

—No señor; el reloj no me lo han quitado, ni me lo quitarán todos los cacos del mundo, porque no lo tengo; pero sí perdí un dinerillo... bién poco por cierto.

—¡Dios mio! ¡Sin relojes, sin dinero!...—exclamó doloridamente Don Diego.—¿Con qué compraré ahora las diez y siete varas de cotonía que quiere la Zaina? ¿Con qué alquilaré el coche para que vaya el lunes á los novillos? Si Santorcaz no me presta, me moriré.

—Diez y siete varas de fresno, que no de cotonía, es lo que merece esa gentuza—le contesté;—pues es necesario estar loco ó enamorado para poner los piés en tales casas.



XII



omo ántes indiqué, no pude obtener licencia para salir de Madrid, porque la Villa, viéndose pronto en gran aprieto, cayó en la cuenta de que necesitaba de toda su gente para defenderse. ¿Por qué no me marché? ¿Quién me lo impidió? ¿Quién torció el camino de mi resolución? ¿Quién había de ser, sino aquel que por entónces era el trastornador de todos los proyectos, el brazo izquierdo del destino, el que á los grandes y á los pequeños extendía el influjo de su invasora voluntad? Sí: el baratero de Europa, el destronador de los Borbones y fabricante de reinos nuevos; el que tenía sofocada á Inglaterra, y suspensa á la Rusia, y abatida á la Prusia, y amedrentada al Austria, y oprimida á la hermosa Italia, osó también poner la mano en mi suerte, impidiéndome pasar á otro ejército.

Es, pues, el caso que el D. Quijote imperial y real, como algunos de nuestros paisanos le llamaban, no sin fundamento, había entrado en España á principios de Noviembre, con ánimos de instalar en Madrid la botellesca corte. Á él se le importaba poco que los españoles llamasen tuerto á su hermano, y fijo en el número y fuerza de nuestros soldados, no atendía á lo demás. Una vez puesto el pié en tierra de España, no le agradó mucho que el mariscal Lefebvre ganase la batalla de Zornoza, porque sabido es que no era de su gusto que se adquiriese gloria sin su presencia y consentimiento. Mandó, sin embargo, al mariscal Víctor que persiguiese á nuestro desgraciado Blake, cuyas tropas se habían reforzado con las del marqués de la Romana, escapadas de Dinamarca, y aquí tienen ustedes

la batalla de Espinosa de los Monteros, dada en los días 10 y 11, y perdida por nosotros, por más que el Gran Capitán, con más celo que buen sentido, se empeñe en negarlo. ¡Ay! No hagan ustedes caso de aquel mi honradísimo y optimista amigo, y crean á pié juntillas que lo de Espinosa fué una gran derrota, aunque no sin gloria para nuestras hambrientas, desnudas y fatigadas tropas. Valientes oficiales perecieron en ella, y



grandes apuros y privaciones pasaron todos, sin un pedazo de pan que llevar á la boca, ni una venda que poner en sus heridas.

Así sucumbió el ejército de la izquierda, cuyos restos, salvándose por las fragosidades de Liébana, recalaron por tierra de Campos, para ser mandados por el marqués de la Romana. No fué más dichoso el ejército de Extremadura en Gamonal, cerca de Búrgos, pues Bessieres y Lasalle lo destrozaron también el mismo fatal día 10 de Noviembre, y el 12 entraba en la capital de Castilla el azotador del mundo, publicando allí su

traidor decreto de amnistía. Aún nos quedaba un ejército, el del centro, que ocupaba la ribera del Ebro por Tudela: mandábalo Castaños; pero nadie confiaba que allí fuéramos más afortunados, porque una vez abierta la puerta á las calamidades, éstas habían de venir unas tras otras á toda prisa, como suele suceder siempre en el pícaro mundo. También nos preparaba el Cielo en el Ebro otra gran desgracia; pero á mediados de Noviembre, cuando corrieron por Madrid las tristes nuevas de Espinosa y Gamonal, aún no se había dado la batalla de Tudela.

El pánico en Madrid era inmenso, y se creía segura la pronta presentación del corso en las inmediaciones de la capital. ¿Qué podía oponérsele? No quedaba más ejército que el del centro, situado allá arriba orillas del Ebro. ¿Quién detendría al invasor en su marcha terrible? La Junta se

desesperaba y los madrileños creían acudir á remediar la gravedad de las circunstancias entusiasmándose. ¡Ay! Después de mandar algunas tropas á los pasos de Somosierra y Navacerrada, ¿qué ejército de línea quedaba para defender á Madrid? Da pena el decirlo. Quinientos soldados.

Los paisanos armados eran ciertamente muchos; pero habia muy pocos fusiles, y de éstos la mitad eran inútiles por falta de cartuchos, y ¿con qué se hacían los cartuchos, si no habia pólvora? Á esto habíamos llegado cuatro meses después de la victoria de Bailén. Todo al revés. Ayer barriendo á los franceses, y hoy dejándonos barrer; ayer poderosos y temibles, hoy impotentes y desbandados. Contrastes y antítesis y viceversas, propias de la tierra, como el paño pardo, los garbanzos, el buén vino y el buén humor.

¡Oh España, cómo se te reconoce en cualquier parte de tu historia, á donde se fije la vista! Y no hay disimulo que te encubra, ni máscara que te oculte, ni afeite que te desfigure, porque á donde quiera que aparezcas, allí se te conoce desde cién leguas con tu media cara de fiesta y la otra media de miseria, con la una mano empuñando laureles y con la otra rascándote tu lepra.

—¡Hola, Gabriel, ¿tú por aquí?—me dijo Pujitos en la Puerta del Sol el día 20 de Noviembre.—Ya sabes que tenemos de regidor á nuestro amigo D. Juan de Mañara. Él es el encargado de la cartuchería. ¿Tienes fusil?

—Y bueno. ¿Pero todavía no se dice nada de fortificar á Madrid, ni se trata de abrir fosos y levantar parapetos y abrigos, ya que á esta Villa y Corte la hicieron sin murallas ni otra defensa alguna?

—Todo eso se va á hacer. Pero lo que más falta hace es la cartuchería y armas.

—¿Dónde hacen cartuchos?

—En varias partes. Allá junto al colegio de niñas de la Paz hay más de sesenta personas trabajando en ello noche y día.

—Pero de nada nos sirven los cartuchos sin armas, Sr. de Pujitos—le dije.—Yo conozco muchísimos hombres valientes que no tienen sino chuzos, pedreñales y espadas llenas de orín.

—Eso será nonada, y si no nos hacen traición...

—¡Traición!

—Sí; aquí hay muchos traidores.

—Ahora como la gente anda tan exaltada, es común llamar traidores á los mejores patriotas.

—Gabriel—añadió, deteniéndose en medio de la calle y asomando por

el embozo de su capa un dedo, con el cual ciceronianamente acentuaba sus palabras,—cuando yo lo digo, sabido me lo tengo. ¿Te acuerdas de lo que se habló hace noches en casa del tío Mano? ¿Te acuerdas cómo se puso furioso el Sr. de Santorcaz contra los traidores? Pues hemos descubierto que ese Sr. de Santorcaz ó D. Demonio, es espía del córcego. Velay por qué estaba tan enfoguetado.

—No es la primera vez que lo oigo.

—Él les escribe cartas de lo que aquí pasa, y con el dinero que le dan paga gente alborotadora, que arme camorras entre la tropa. Como éste hay muchos, y se dice que señores muy alcurniados están vendidos á los franceses. Pero, Gabriel, que se nos amostacen las narices, y veremos á dónde van á parar. Hay otros que, aunque no son traidores, son melindrosos, y no quieren lo que llaman *Constitución*, la cual se va á poner ahora pa acabar con el espotismo. ¿Sabes tú lo que es el espotismo? Pues el espotismo es una cosa muy mala, muy mala. Á bién que desde que acabamos con Godoy y todos los lairones que con él vivían, se acabaron todas las picardías, y ahora luégo que demos fin á esto del córcego, los reinos de España se van á gobernar de otra manera, y estaremos tan bién, que no nos cambiaremos por los ángeles del Cielo.

Y diciendo esto, dió media vuelta y marchóse léjos de mí á toda prisa. No tardé yo en acudir pronto á la formación de mi compañía.

Ante las evidentes muestras de alarma que á todas horas se observaban en Madrid, mal podía el optimismo del Gran Capitán sostenerse en las ideales regiones donde le hemos visto cernerse, como el águila de la patria á quien ni el peligro ni el miedo pueden obligar á abatir su majestuoso vuelo. Ya no era posible negar la derrota de Espinosa, ni tampoco la de Gamonal, y sólo los locos podrían suponer á Napoleón dispuesto á detenerse en su victorioso camino. Muchos días resistióse el fuerte espíritu de mi amigo á la evidencia de tantos descalabros; por muchos días sostuvo que nuestras armas victoriosas echarían á los franceses con su malhadado Emperador del otro lado del Bidasoa; por muchos días continuó atribuyendo á los papeles públicos la pérvida invención de aquellos absurdos acontecimientos que no cabían en su homérica cabeza; pero al fin la muchedumbre de las noticias malas, la agitación pública, el pánico de todos, la general zozobra y el tumulto y laberinto de los preparativos de defensa rindieron golpe tras golpe el formidable castillo de su terquedad, dando en tierra con tantas ilusiones. El héroe no aparentó desmayar con esto, ántes bién se reía, tomando la cosa como una fiesta. Lleno de confianza en la capital, siempre negaba que Napoleón se atreviera á po-

nerse delante de los madrileños, y esta fué una tenacidad que le duró contra viento y marea hasta el 25 de Noviembre, en cuya noche, al retirarse á su casa, preguntóle Doña Gregoria, como siempre, las noticias de la tarde:

—Nada, mujer—repuso, frotándose las manos, y promulgando por medio de desdeñosas sonrisas la categórica confianza que llenaba su espíritu.—Nada, mujer: emperadorcito tenemos.





XIII



el emperadorcito salió de Búrgos el 22; detúvose en Aranda el 24; el 29 estaba en Boceguillas, y por fin el 30 llegó á Somosierra.

En Madrid la alarma crecía en tales términos, que ya en 23 de Noviembre se pensaba en una defensa formal, guarneciendo el circuito de la Côte, para hacer de ella con el valor de sus habitantes una segunda Zaragoza. Era capitán general de Castilla la Nueva el marqués de Castelar, y gobernador de la plaza D. Fernando de la Vera y Pantoja; pero á éste no se le conceptuaba muy entendido en materias facultativas, y como se tratara de obras de defensa, fué nombrado para el caso el célebre D. Tomás de Morla, sucesor de Solano en Cádiz cinco meses ántes; hombre feísimo de

rostro, de carácter aparentemente enérgico aunque en realidad muy débil. Gozaba en el conocimiento de la artillería de gran reputación, que aún conserva, pues sus estudios sirven hoy para enseñanza de la juventud que á la guerra científica se consagra.

Morla dirigió las obras de defensa, que consistían en grandes fosos abiertos fuera de las puertas de Fuencarral, Santa Bárbara, Los Pozos, Atocha y Recoletos; en aspillerar toda la muralla de la parte Norte; en desempedrar las calles de Alcalá, Carrera de San Jerónimo y calle de Atocha para levantar barricadas; y por último, en fortificar el Retiro con trincheras y una mediana artillería, la única que teníamos, pues todo se reducía á unas cuantas piezas de á 6 y poquísimas de á 8. Esto se hizo precipitadamente á última hora; mas con tanto entusiasmo y determinación que la diligencia parecía suplir con creces á la previsión.

En las obras trabajaba todo el mundo, sin reparos de clase. Las señoras, no contentas con afiliarse en la congregación del *Lavado y cosido*, dirigieron á las autoridades una exposición en que se ofrecían á ayudar *ya llevando espuestas de tierra*, ya ocupándose en lo que se les mandase. No es esto invento mio, y la exposición existe impresa donde el incrédulo la podrá ver, si aún duda de la grandeza de ánimo de las señoras de aquel tiempo. Y al decir *señoras*, se comprende que no me refiero á aquellas de quienes en otro lugar de este relato tengo hecha mención, pues las del Rastro y Maravillas tenían especial gusto en pasearse por todo Madrid arrastrando un cañón entre seguidillas y chanzonetas: me refiero á las más altas hembras, á quienes ví empleadas en menesteres indignos de sus delicadas manos.

De los hombres no hay que hablar, porque todos trabajábamos á porfía día y noche, sacando tierra de los fosos para construir los espaldones de la artillería. En poco tiempo quedó la calle de Alcalá tan limpia de guijarros como tierra de sembradura, y desde las Baronesas al Cármén Calzado levantamos un parapeto formidable.

El personal de la defensa era el siguiente:

- 1.º Quinientos soldados de línea, que apenas bastaban para el servicio de las bocas de fuego.
- 2.º Las tropas colecticias, formadas por el alistamiento voluntario de 7 de Agosto, y á las cuales pertenecía un servidor de ustedes (no pasábamos de tres mil hombres).
- 3.º Los conscriptos pertenecientes á Madrid en el llamamiento de doscientos cincuenta mil hombres que hizo la Junta, y cuyo sorteo se verificó en 23 de Noviembre.
- 4.º La milicia urbana, llamada *honrada*, que se formó por enganche voluntario el 24 del mismo mes.

Voy á deciros algo de esta conscripción y de estos señores *honrados*. Hizose aquélla llamando á las armas á todos los ciudadanos desde diez y seis á cuarenta años, y declarando derogadas todas las excepciones que establecían las Reales Ordenanzas de 27 de Octubre de 1800 para el reemplazo del ejército. Se declararon útiles los viudos con hijos, los hijosdalgo de Madrid, los nobles que no tuvieran más excepción que su nobleza, los tonsurados sin beneficio que estuviesen asignados á servicio eclesiástico, para cuya determinación se cubrió con un velo el Concilio de Trento; los que disfrutaban capellanía sin estar ordenados *in sacris* (muchos de éstos eran los llamados *abates*); los novicios de órdenes religiosas; los doctores y licenciados, que no fueran catedráticos con propiedad; los retirados del servicio y los quintos que hubieran servido su tiempo; los hijos únicos de labradores; en una palabra, no se exceptuaba ni á Rey ni á Roque. Los *honrados* eran una milicia sedentaria, creada con objeto de guarnecer las ciudades para *precaver los desórdenes, reprimir los facinerosos, bandidos, desertores y díscolos, que perturbando la pública tranquilidad, intenten saciar su ambición ó su codicia*.

De modo que en Madrid tuvimos en 23 de Noviembre sorteo para el reemplazo del ejército, y algunos días después alistamiento de *milicianos honrados*. Aquella y esta operación se verificaban de diez á tres en los cláustros de la Trinidad Calzada, de los Mostenses, de San Francisco, y en los de otros conventos situados en el punto más céntrico de cada cuartel, ante un alcalde de casa y corte ó un señor regidor de Madrid, un oficial militar, un alcalde de barrio y un escribano. Bastaron, pues, pocos días para que las filas de la guarnición de Madrid se llenaran con muchos miles de hombres. Á la poca tropa de línea y al regular número de voluntarios ya disciplinados, uniósese la muchedumbre de quintos y la catterva de urbanos, gente toda muy entusiasta; pero casi en general carecían de fusiles y estaban tan ignorantes de lo que habían de hacer como la madre que los echó al mundo.

Sucedió también que los voluntarios antiguos, aquellos que desde Agosto habían paseado presuntuosamente sus fachas uniformadas por Madrid, miraron con mal ojo á los *honrados*, los cuales, llamándose así, parecían querer resumir en su instituto toda la honradez española, y hablaban pestes de los antiguos. Los *honrados* que no tenían armas, decían que éstas debían quitarse á los antiguos que las tenían: juraban éstos entregarlas ántes á Napoleón que á los *honrados*, y en tanto los quintos recién sorteados, aquellos infelices viudos, nobles, sacristanes, novicios, beneficiados sin beneficio y demás gente ántes exceptuada, miraban al cie-

lo, esperando que se les pudiese en la mano alguna cosa con que matar. En resumen: mucha, muchísima gente de última hora; pocas y malas armas, ningún concierto, falta de quien supiese mandar aunque fuese un hato de pavos; mucho mover de lenguas y de piernas; un continuo ir y venir, con la añadidura inseparable de gritos, amenazas y recelos mutuos, y la contera de los gallardetes, escarapelas, banderolas, signos, letreros y emblemas, que tanto emboban al pueblo de Madrid.

El aspecto de uno de aquellos cláustros en que se verificaba el alistamiento era digno de ser eternizado por los más diestros pinceles. Dichoso yo si con la pluma pudiera dar efímera existencia á uno de ellos. ¿Á cuál? Todos eran igualmente pintorescos, y si alguno contenía mayor número de curiosidades, era el cláustro de la Trinidad Calzada, en la calle de Atocha.



En mitad de la ancha crugia estaba la mesa, donde el regidor iba recibiendo los nombres, que asentaba un escribiente en barbudas cuartillas de papel. En su derredor resonaba tal chillería y alboroto, que no sé cómo el Sr. de Mañara (que era el regidor allí presente) podía aguantarlo; pero inútil era el imponer silencio, porque la multitud de mujeres aglomeradas á la puerta no callarían, aunque el Espíritu Santo se lo mandara. Un pobre alguacil había sido destinado á sostener la debida compostura, y nunca tal hubiera intentado el infeliz instrumento de la justicia, porque le cogieron y le magullaron, y roto y molido, dió vueltas por el arroyo.

—¿Pero qué buscan ustedes aquí?—exclamó Pujitos, abriendo los brazos en actitud amenazadora.—Fuera mujeres, que no sirven sino de estorbo. Condenáas, ¿por qué no van á sacar tierra en los Pozos?

—Ya hamos sacado tierra, ¡y lástima que no fuera de tu sepultura!

—¿Pues qué quereis, demonios?

—¿Qué hamos de querer? ¡Fusiles, piojo! ¿Te le han dado á tí pa quitar telarañas? Vengan acá pronto, que nosotras también nos alistamos.

—Afuera, afuera de aquí, canalla.

—Paz, paz—gritó desde el interior del cláustro una gruesa y campanuda voz, que al punto reconocí por la del venerable Salmón.—Haya paz, y no me levante ninguna el gallo.

Al punto el apretado grupo de mujeres se dividió en dos, dando paso á la procerosa figura del mercenario, que avanzó con majestuoso paso y risueño continente.

—Aquí está el padrito. ¡Que viva el padre Salmón! Ven, Pujitos del Demonio, á echarnos afuera.

—Arrastrao—dijo una, cogiendo á Pujitos por el cuello y mostrándole el puño.—¿Tus muelas han salido á misa esta mañana? ¿Quieres que salgan á vísperas esta tarde? Pues boquea y verás.

—Déjenlo, dejen en paz á ese pobre hombre—dijo socarronamente Salmón,—y perdónenle su gran descortesía con tan dignas señoras; que yo prometo que se enmendará. Ya os he dicho varias veces que si no sois buenas, no conteis para nada con vuestro queridito padre Salmón. Vamos á ver, señoras mias; duquesas y princesas, ¿para qué os agolpais aquí?

—También nosotras queremos alistarnos.

—Alistaros, ¡oh valientes amazonas! Pero niñas, ¿no veis que en vuestras manos mejor sienta el hilo de oro y las sartas de perlas, que el temido álfanje damasquino? Vaya, idos á rezar, que la mujer honrada la pierna quebrada y en casa.

—Todos esos son unos calzonazos. Nosotras hemos cargado ya muchas espuelas de tierra. Ahora llevamos dos cañones á Los Pozos, y queremos que nos los dejen disparar.

—Bueno, bueno, todo se hará. Cada una á su casa, y cuidado con lo que les tengo prevenido. Tú, Nicolasa, eres una tramposa, que en cada libra de carne pones dos onzas ménos de peso. Tú, Bastiana, te condenarás por la usura de prestar á dos pesetas por duro á la gente del Rastro; y tú, Alifonsa, aguardentera de todos los diablos, ten entendido que tantas docenas de éstos verás á la hora de tu muerte como cortejos has mantenido en vida, y no digo más por no escandalizar delante del público.

Con estas y otras filípicas iba Salmón despejando la puerta, en tales términos que pronto quedó practicable; mas no por eso tornóse adentro el popular fraile, sino que siguió adelante, diciendo á cada uno su palabrita y dando á besar la correa á viejos, mujeres, hombres y muchachos. Cuando me vió, echóme los brazos al cuello, saludándome con mucho afecto.

—¿Vienes á alistarte?—me preguntó.

En esto abalanzóse hácia nosotros un hombre que besó las manos á Salmón con fervoroso cariño, y luégo le habló así:

—¡Ay padrito de mi alma! ¡Gracias á Dios que este probe tiene el refrigerio de encontrarle y verle y hablarle, que es para él de más gusto que si le dieran todos los reinos del mundo limpios de fronteras! ¿Recibió Su Paternidad las siete libras de rapé y el barrilito?

—Sí, hijo mio, y gracias se os dan, pues sois el caballero más cumplidor de juramentos y palabras que conozco.

—Sí: que soy hombre para desairar á un Paternidad tan reverendo. Mande mi frailito por esa boca, que yo le traeré la Inglaterra toda, aunque gaste en pólvora y balas todo mi dinero.

—¿Y la Zainilla?

—¡Está malucha! La otra noche tuvimos junción en casa, y todo concluyó con un sainetillo de lo que llaman palos, que aquello parecía una gloria. La probecita niña de mis entrañas está desde esa noche que no come ni bebe, y manda al cielo unos suspiros que parten el corazón de bronce de su padre.

—Eres un zopenco, tio Mano—dijo Salmón.—Cuando estuve en tu casa el día de Difuntos... ¿recuerdas que me diste aquellos puches, que con el aditamento de un cierto aguardiente de Chinchón, estaban propios para que metiera en ellos las barbas el mismo Emperador del Sacro Romano Imperio?

—Me acuerdo, sí.

—Pues aquella noche te dije: “Morterillo, ándate con cuidado, que tu Zaina y el Sr. de Mañara están de mucho paliqueo, y míralos en aquel rincón con la cabeza inclinada el uno sobre el otro como dos higos maduros.” ¡Y cómo se le caía la baba á tu hija!

—Verdad es, señor; y ya sé que de ahí viene todo.

—Entonces te dije: “Morterillo, mucho ojo, que el Mañara quiere enmarañar á tu hija, y vas á perder este bocadito de ángeles que tú destinabas á un Veinticuatro.” ¿Acerté?

—¿Pues ello?... Yo no quería reñir con Mañara—dijo Mortero, rascán-

dose una oreja.—Verdad que él iba allá todas las noches... pero mi probecita niña es más inocente que una paloma.

—Apuesto á que el Demonio ha metido el rabo en tu casa, Morterillo. Dices que tu hija ni come ni bebe, y da unos suspiros... ¿suspiritos?

—Sí; y en tres días no le he podido sacar palabra de la boca, y á veces héme puesto á acecharla tras la puerta de su cuarto, y cata á mi niñita diciendo unas palabrotas... pues... así como los cómicos en los treatos... Y á ratos la veía enjugándose las lágrimas, y á ratos echando centellas por los ojos... “Díme qué tienes, serafín de tu padre,” le he preguntado algunas veces; pero no me contesta más que un poste. Anoche nos pusimos á rezar el rosario (porque yo no falto jamás amén á esta devota costumbre ni en casa, ni en campo raso), y ella empezó con mucha devoción, diciendo los santamarías con un dejo y un canticio meloso que llegaba al alma; pero de repente, padrito, empieza á dar manotadas como una loca, rompe en mil pedazos el rosario, levántase, y con las manos en la cabeza, dando paseos por el cuarto, dice así: “Virgen de la Paloma, no puedo, no puedo.” Luégo púsose el mantón y corrió á la calle, á donde la seguí... ¿Creerá su Reverencia de mi alma que fué hasta la casa donde vive ese condenado regidor, paróse en la puerta, y arrimando la cabeza contra una reja, dió á llorar como un chiquillo? Tuve que traerla en brazos á mi casa, y al día siguiente no pudo ir al cajón, porque cayó mala.

—Ya lo veo clarito. Es que Mañara le tiene sorbidos los sesos, y no es la primera, Mortero, no es la primera; pero yo iré por allí, echaréle un sermón á la niña, y veremos si te la curo... Pero calle... ¿no es aquella que asoma por allí? Sí, es ella misma. Zaina, Zainilla, ven acá.

—Sí, es mi flor temprana, es el lucero de su padre. Llégate aquí, arras-tradilla—dijo el tio Mano, llamando á su hija.—¿Dé dónde vienes?

—De llevar tierra—contestó la Zaina, en cuyo semblante fresco y animado no se veían señales de aquel hondo pesar y exaltación que acababa de referir el respetable progenitor.—Ya hemos puesto tres cañones en la puerta de Atocha, y están clavadas las estacas y armado tal ramaje de palitroques, que parece un nacimiento.

—¿Y para qué andas tú en esas faenas, solito de justicia?—Padre, échele Su Reverencia un buen sermón, ó dos, si es menester, para que se quede en casa.

—Tú no tienes buena cara, Zaina—le dijo Salmón.—Tú estás triste, te lo conozco.

—¿Qué buen barruntador tenemos! ¿Y por qué estoy triste?

—Díme, ¿has visto por ahí al Sr. D. Juan de Mañara?

La Zaina se puso pálida y cesó de reir.
—Ya está cogida—exclamó Salmón, batiendo palmas.—Esa cara no



miente. Mira, Ignacia, en la huerta de mi convento hay un pajarito que todas las mañanas viene á mi celda á contarme las picardías de las

muchachas que conozco. ¿Sabes lo que me dijo de tí?... Pues me dijo...

—Está más encarnada que un tomate—añadió Mano;—déjela Su Paternidad por ahora.

—¿Qué dejar? ¡Bueno soy yo! Con que niña, ha habido gatuperio? Mucho cuidado con los galanes que van á casa, mucho ojo, que si me enfado... Fuera pecados mortales, fuera cosas malas, que entónces no hay lo de padrito por acá, padrito por allá, sino que saco unas disciplinas y á zurriagazos enderezo yo á mis niñas. Con que ven acá, loquilla, ¿ese señor de Mañara te ha trastornado el juicio?

—¿Á mí?—exclamó Zaina con súbita expresión de despecho que la puso más arrogante y más hermosa de lo que realmente era.—¿Á mí ese pelón? Sé que se lustrea diciéndolo por ahí; pero que se aspere un poquito; que astavía tengo mucho orgullo y no me echo á perros.

—Vamos, no lo niegues.

—¿Yo? Vóime al zumo, que no á las cáscaras, y sobre que no me gustan los usirias estirados, ni los madamos que huelen á bergamota, cuantimás los malinos traidores, gabachones...

—¡El Sr. de Mañara traidor!—exclamó con asombro el mercenario.—¿Cómo hablas así de un caballero tan principal y tan buén patricio, de ese bendito regidor que ahora está allí dentro alistando soldados?

—Traidor, más traidor que Judas—afirmó la Zaina.—¿Y Su Reverencia se hace de nuevas? Pues todo el mundo lo dice, y no queda en Madrid quien no lo sabe.

—De otros lo he oído yo, pero no de Mañara—indicó Mortero.

—Está vendido á los franceses, y todo ese papel que hace es por disimular sus maldades—añadió la Zaina.—Pero se la tienen sentenciada á ese pícaro, arrastrao, endino, criado del tío Copas. ¡Viva Fernando VII!

—Yo creí que estabas embobada—dijo Salmón,—y ahora veo que estás loca.

—¡Ay mi niñita!—exclamó el tío Mano;—no hables tales cosas, que pueden llegar á las orejas del Sr. de Mañara, y ya sabes que ando en empeños con él para que ponga en libertad á aquellos dos angelitos seráficos que están en la cárcel de Villa, Agustinillo y el Manco, los cuales por diez pellejos de mal vino de Esquivias, están pasando el purgatorio en vida, aunque pienso que en la otra Dios les ha de descontar estas penas.

—¡Me han de oír hasta los sordos!—gritó la Zaina,—que aquí no queremos traidores. ¡Acabar con ellos y Napoleón es muerto!

—Cuidado, muchacha—dijo Salmón,—que palabra y piedra suelta no tienen vuelta, y palabra en boca es lo mismo que piedra en honda.

—Sea lo que Dios quiera. Á mí quien me la hace me la paga.

—¿Ves como todo es el rencorcillo que te ha quedado?

Iba á contestar Ignacia, cuando apareció D. Diego, y luégo que aquélla le vió, hízole entrar en el corro, diciéndole:

—Aquí estoy, aquí está su princesa, señor conde; no me busque con esos ojazos de pájaro bobo.

—¿También el señor conde te corteja, harpihuela?—preguntó el fraile, haciendo una reverencia á D. Diego.

—¡Y que le quiero más que á las niñas de mis ojos!—dijo la maja.—Los zarcillos son chicos, y otra vez tenga más miramiento; que á las señoras no se las ose quia con colgajitos de á cuatro duros; y un novio tuve yo, que en barras de plata y oro me llevó á casa los tesoros del Rey.

D. Diego, turbado por la presencia del mercenario, no acertaba á decir palabra. En cambio el padrito se encaró con él, y campanudamente endilgóle la siguiente homilia:

—Ya sé que anda el señor conde en malos pasos; y mis señoras la condesa y la marquesa lo saben también. ¿Con que es cortejo de la Zaina? ¡Optime! ¡Superlative! Sr. D. Diego. Y no lo digo porque ésta sea ningún guiñapo, sino porque cada oveja con su pareja. ¡Qué dirá la señora Doña María Castro de Oro, condesa de Rumblar, á quien no conozco sino para servirla! ¡Qué dirá cuando sepa los traeres de su hijo! Y pensar que á un jovenzuelo casquivano se le ha de dar por esposa aquella flor sin tacha, aquel lucero matutino, que cual oro en paño guardan donde usía sabe, es pensar en las nubes de antaño. ¡Pues no faltaba más!... ¡Un Afán de Ribera, metido en tales tapujos! ¿No le da á usted vergüenza? Y no lo digo porque frecuente la casa de este Sr. D. Mano de Mortero, que es persona honradísima, sino porque mi niño va también á casa de la Zancuda, donde se juega de lo lindo, y jóvenes muy acomodados conozco que han dejado allí los hígados.

—Verdad es—dijo Mortero.—Lo que es en mi casa nadie se deja nada, como no sea el mal humor, porque á conversaciones honestas, y á lenguas castas, y á manos quietas nadie nos gana; que á veces la casa parece un monasterio de tanto afinamiento y quinta sustancia de la comenencia.

—Pero el Sr. D. Diego no sólo frecuente esas deshonestísimas regiones—añadió Salmón,—sino que también va á las lógias de los masones, *infernalis espelunca*, donde se pasa la noche entre heregías y diabluras. Veo que es aprovechado el rapazuelo! ¡Y quería la señora marquesa que yo le trajese al buén camino con sermones y consejos! No está la Magdalena para tafetanes, Sr. D. Diego, y yo primero arrojo el hábito que llevo,

que decir á usía por ahí te pudras, y lléveselo el Diablo con sus bobadas y truhanerías.

Más que una mona corrido quedóse D. Diego con esta filípica, y de buena gana habría contestado á Salmón, vomitando todas las abominaciones que acerca de los frailes había aprendido ya, si no le detuviera la vergüenza y las muchas miradas de enojo que de distintas partes le observaban. Así es que sólo protestando á medias palabras contra el *frailazo pancista*, se escurrió bonitamente entre el gentío, llevando consigo á la Zaina y á Mortero, que no quiso dejarle escapar sin prévia entrega de las ofrecidas espuelas de plata.

Quedámonos allí Salmón y yo, y como mi amigo oyera lo de *frailazo pancista*, palabras que ya en aquellos días empezaban á menudear en bocas populares, se enfureció y quiso seguir tras el jovenzuelo para prenderle su osadía; mas el agolpamiento de la gente, junto con las muestras de simpatía que recibió, se lo impidieron.

—Temple Su Paternidad la ira—le dije,—y váyase en buén hora Don Diego.

—Tienes razón—repuso,—que *aquila non capit muscas*. Su castigo tendrá en ver que se queda sin novia.

—Pues él está tan firme en casarse—exclamé,—que lo da por hecho, y añade que llevará adelante lo del matrimonio contra viento y marea.

—¡Oh qué ilusión! Pues están contentas de él mis señoras la condesa y la marquesa. Y por lo que hace á la novia... Acompáñame á la Merced y te contaré. ¿Hablaste largo con la señora condesa? ¿Le dijiste todo lo que sabes de ese botarate?

—Un poquito, sí, señor. ¿De modo que no se casará?

—Lo dudo, porque si las personas mayores de la casa no le pueden ver, lo que es la jóven... Anda ésta trastornadilla después que se le han descubierto todos los escondrijos de su almita. Por fin lo dijo todo. Ya te conté que ni yo con mi gran autoridad y mis chistes y juegos, ni la marquesa con su mal génio, ni el marqués apedreándola á regalos y obsequios, pudimos hacerle confesar la causa de sus melancolías; pero al fin, apretada por su prima, la señora condesa, que la quiere mucho, un día entre lágrimas y suspiros le confesó todo.

—Y no resultaría nada...

—Nada más sino que todo aquel mal gesto y aquellas tristezas le venían de amar á un muchachuelo, á un perdidillo, á un cascaciruelas de esas calles, á quien conoció y tuvo por novio en toda regla, allá cuando vivía léjos de sus padres. ¡Cosas de niños! Léjos de parecerme mala, me

parece buen signo de virtud la firmeza de sus sentimientos, lo mismo en la adversa que en la próspera fortuna. Con todo, la marquesa y su hermano rabian, como es natural, viendo que no pueden desencantar á la niña, pues lo que tiene más parece encanto que otra cosa. Y todo se les vuelve decir: "Padre Salmón, ¿qué haremos? Padre Salmón, ¿qué no haremos?" Yo me voy al cuarto de la madamita, y después de decirle cuatro gracias, y de imitar el graznido de los cuervos, y el relincho de un caballo, y el rum rum de las viejas rezando en la iglesia, con lo cual ella se rie mucho, le digo: "Pero mi niña de mi corazón, ¿por qué no desecha vueseñoría todo pensamiento que no sea el de su actual grandeza? ¿Qué cosa puede apetecer ahora? ¿Le falta algo? ¿No tiene todas las comodidades, todos los miramientos, todos los mimos que una doncella puede apetecer?" Á lo que me contesta que ella no desea nada, y después se calla. Entónces le tomo las manos, se las acaricio y le digo: "El pajarito de mi convento me ha contado que amásteis á un jovenzuelo. ¿Por qué no arrojaís esta idea de la cabeza? ¿Ni comprende usía que en una tan principal casa no pueden entrar por las puertas del matrimonio personas de baja condición? Seguramente que ese zascandil que fué vuestro novio no se acuerda para nada de mi querida niña." Y ella al punto se sonrie, muda de conversación y empieza á hablar de otro asunto con tan buen tino y tanto talento, que á mí y al padre Castillo nos deja atónitos.

—Pues veo que cuando dos tan buenos predicadores no le pueden quitar con sus sermones el desencanto, encantada estará toda la vida.

—No, hijo; que se han intentado varios medios para quitarle eso de la cabeza. La condesa díjole que el zascandil ese había muerto, según sus averiguaciones, y la marquesa y su hermano, tomando otro camino, han concertado hacerla creer que el tal desconocido jovenzuelo es un pícaro ladroncillo de las calles, un tramposo, estafador, á quien persigue la justicia por sus robos, chuladas y granujerías.

—¡Vive Dios!—exclamé, sin poderme contener—que eso es mentira, y le romperé el alma al que me diga que es cierto.

—¡Cómo, muchacho!—dijo muy absorto el fraile.—¿Pero á tí qué te va ni te viene en esa cuestión para tomarla tan á pechos?

—Y á todas esas, ella ¿qué decía?

—Nada. Hasta hoy la verdad es que el ingenioso artificio no ha hecho gran efecto, y mientras la doncella sin par aparenta no darse por entendida, la señora marquesa se incomoda más cada día, y á todas horas exclama: "Esto no puede seguir así." Riñe con su sobrina; ésta suele llorar, aunque en ella todo revela más paciencia que dolor, y aquí de la conde-

sa, que se pone como un basilisco en cuanto mortifican á su prima. Tia y sobrina se dicen cuatro cosas: yo las apaciguo, y hasta el otro día, que sucede lo mismo.

En esto llegamos á la puerta de la Merced, y Salmón, deteniéndose, me dijo:

—¿Quieres subir? Te daré chocolate crudo y una copita.

—Gracias, padre; estoy rabiando, y no tengo ganas de chocolate ni de copitas.

Y sin más palabras, despedíme de aquella lumbrera de la Iglesia para irme á mi casa.



XIV



LEGÓ con el 28 de Noviembre la noticia de la batalla de Tudela, y una vez que se consideró deshecho nuestro ejército de Aragón y del centro, ya todos vimos el sombrero de Napoleón asomando por la Mala de Francia. Las fortificaciones avanzaban, y en los días 27, 28 y 29 recuerdo que menudearon bastante las que podremos llamar fortificaciones y armamentos espirituales, que eran las rogativas, rosarios, funciones de desagravios, novenas y otras devociones, para alcanzar de la divina Providencia, no que apartase los peligros, sino que enardeciera nuestros ánimos para salir victoriosos. Hubo rosario en San Ginés, jubileo en los Dominicos de la Pasión, solemnes cultos en el Cármén Calzado, y por último en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia, sita en la plazuela de la Cebada, se inauguró un novenario que fué la más popular de las devociones de aquellos días, por predicar allí popularísimos oradores. La gente piadosa, al par que patriota, no tenía tiempo para acudir á tantas partes, y vacilaba entre la iglesia y la trinchera. En los sermones había de todo, como es fácil suponer: piedad cristiana y entusiasmo bíblico en algunos pulpitos, garrulería en otros, con perdón sea dicho de mi respetable amigo el mercenario calzado, á quien ustedes conocen. Los hombres, aunque lo deseáramos, no teníamos tiempo para frecuentar las iglesias, y especialmente los armados no dábamos paz á los piés ni á las manos con el [frecuente ejercicio y ensayo de nuestra fuerza. Los soldados, los voluntarios, los conscriptos, los *honrados* que tenían armas, nos confundimos por algunos días en comunes trabajos y preparativos, dando al olvido discordias importunas. Y no estaba el tiem-

po para andarse con juegos, porque ya Napoleón se nos venia encima. La temida sombra veíase por todas partes. Miéntas existió la pueril confianza de que las tropas enviadas á Somosierra estorbarían el paso del tirano, ménos mal: íbamos viviendo, alimentando nuestro espíritu con ri-



sueñas ilusiones, y soñando con ver hecho pedazos el poder de Bonaparte en las eras del Mico.

Pero el día 1.º de Diciembre comenzaron á circular desde muy temprano rumores gravísimos acerca de la derrota del general San Juan en Somosierra. Echóse todo el mundo á la calle en averiguación de lo ocurrido, y corriendo de boca en boca las nuevas, exageradas por la ignorancia ó la mala fé, bién pronto llegó á decirse que los franceses estaban en Alcobendas, y hasta alguno aseguró haberlos visto paseándose en el Campo de Guardias. Desde el famoso 2 de Mayo no había visto á Madrid tan agitado: corrían hombres y mujeres por las calles, y en-

tónces era el lamentar la ciega confianza, el echar de ménos la actividad y previsión propias de un pueblo realmente decidido á defenderse. El Gran Capitán y yo habíamos salido desde muy temprano, él para tomar disposiciones importantes en el cuerpo de honrados á que pertenecía, y yo por acudir á mi puesto, ó curiosear en caso de que aún no se tratara de cosa formal.

—Léjos de acoquinarme yo, como estos gallinas—decía el Gran Capitán,—me animo y me gallardeo y me esponjo al saber que los tenemos tan cerca. Y á mí no me hablen de que el general San Juan ha sido derrotado. Para los que conocemos las artimañas y recobecos del arte de la

guerra, esa dispersión de las tropas de San Juan, que parece derrota, no es otra cosa que un hábil movimiento para engañar á Napoleón, dejándole pasar el puerto. Y si no, figúrate si será bonito ver á lo mejor que cuando tranquilamente avanzan los franceses, creyéndose seguros, aparecen como llovidas por el flanco derecho las tropas españolas y me los cogen sin disparar un tiro entre Alcobendas y San Agustín.

—Podrá suceder—dije yo sin manifestarle mi incredulidad;—pero figúrese el Sr. Fernandez que no pasa nada de esto, sino que viene Napoleón sano y entero y nos pone cerco. ¿Cómo saldremos de este apuro?

—Admirablemente—repuso.—Podrá suceder que si trae muchas, muchísimas tropas, vamos al decir, un par de milloncitos de hombres, dure el sitio dos ó tres años, después de cuyo tiempo tendrá que retirarse... porque pensar que Madrid se ha de rendir, es pensar en lo excusado. Y si no, pasea tus ojos por esas fortificaciones que en diferentes partes se han hecho en lo que el Diablo se restrega un ojo; espacia tu vista por esos hondos fosos, por esos gruesos parapetos, por esos inexpugnables montones de tierra, y por esas terroríficas baterías de cañones de á 6, y si la admiración te da tregua á las reflexiones, comprenderás que es imposible tomar á Madrid, aunque Napoleón trajera mejor gente que aquella que fué á Portugal con el señor marqués de Sarriá.

—Dios le oiga á usted. Por mi parte haré lo que pueda. ¿Y usted manda, ó es mandado?

—Yo mando; que á ello me han obligado antiguos amigos, cuya ciega confianza en mis conocimientos raya en fanatismo. Yo no quería mandar porque no me gustan papeles; pero he tenido que ceder, y entre todos hemos formado una compañía que ha recibido orden de operar en Los Pozos, sitio el más arriesgado y peligroso y temerario de este gran asedio que nos espera. Casi todos tenemos fusiles, y los que no, manejarán la lanza.

—¡Lanza para defender murallas!—exclamé sin poder disimular la risa.

—Sí, hijo: ¿qué entiendes tú de eso? Figúrate que á esos tontos se les ponga en la cabeza dar un asalto, ¿qué mejor cosa para impedirlo...? Por cierto que voy á reunir mi gente para ir á ocupar la posición, no sea que el señor *córrego* quiera darnos una sorpresa con su mala fé acostumbrada.

—Ahora dejémonos llevar á la Puerta del Sol con todo este gentío que allá va—dije yo,—y parece que ocurre alguna cosa grave, según gritan.

—Efectivamente; pero esa gritería es de mujeres. Sin duda esas valerosas matronas piden que se les den armas.

—Bajemos por la calle de la Montera... Por allí sube, si no me engaño,

el Sr. de Santorcaz. Llamémosle: él sabrá lo que ocurre... ¡Eh, Sr. Don Luis!

—¿Qué hay en la Puerta del Sol, que tanto chilla esa gente?—preguntóle Fernandez cuando el otro se nos acercó.

—Es que el pueblo pide armas y no se las quieren dar—repuso Santorcaz.—Es una picardía, y todos esos mandrias de la Junta deben ser arras-trados.

—¡La Junta! ¡Los señores de la Junta central!

—No hablo de la central—prosiguió Santorcaz;—que esa, si es cierto lo que dicen, ha acordado hoy retirarse de Aranjuez, buscando refugio en el Mediodía. Hablo de la juntilla que se ha formado aquí para la defensa de Madrid, y que está en permanencia en la casa de Correos. ¡Aquí hay muchos traidores—añadió en voz alta,—y algunos han cogido dinero para entregar la plaza á los franceses! Canallas de traidores. Ahora salimos con que se han acabado las armas y los cartuchos. ¡Mentira! Yo sé donde hay armas y cartuchos. ¡Nos están engañando, nos van á vender!

Diciendo esto, se apartó de nosotros, después de lo cual seguimos hácia abajo, y al llegar á la Puerta del Sol vimos que estaba de bote en bote llena de gente. Aquel hueco abierto en el apelmazado caserío de Madrid es el corazón de la antigua villa, y á él afluye con precipitada congestión la sangre toda en sus ratos de cólera, de alegría ó de miedo. La Puerta del Sol latía con furia. Hombres y mujeres hablaban á la vez y á sus voces se unían actitudes y gestos amenazadores. La masa más inquieta, más hirviente, más loca y alborotadora estaba al pié de la casa de Correos.

—Busquemos algún conocido que nos informe de lo que aquí ha pasado—dije metiéndome con el Gran Capitán por lo ménos apretado del gentío.

—Astavía no ha pasao nada—dijo un caballero que envuelto en su capa se nos apareció, y en quien al punto reconocí al Sr. de Majoma.—Astora nada; pero... ya verán.

—¿Qué pide esa gente?

—¿Qué ha de pedir? Armas y cartuchos.

—Ya están repartidos todos los que hay.

—¡Á mí con esas!—exclamó el apreciable sugeto.—Ya estamos de traidores hasta el gañote. ¡Pillos, lairones! Si no les espachamos, nos van á entregar á los franceses. ¡Perros gabachos! Les conozco bién y se la tengo sentenciada, sí señor; y el que diga que no son traidores, que se vea conmigo, porque yo soy más español que Santiago y más patriota que Fernando VII.

—Pero desde hace tiempo se sabe que la plaza tenía muy pocas armas, y en cuanto á los cartuchos, todos los que había y los fabricados en esta semana, se han repartido ya. El Sr. de Mañara ha estado ocho días ocupado en dirigir la fábrica de cartuchos y ayer tarde repartió muchos miles en el Ave-María y en la Comadre.

—¡No me lo nombres!—exclamó Majoma, afectando una indignación que más tenía de cómica que de trágica. Ahí tienes al traidor más que Judas, al gabachón más que Copas... Gabriel, ¿eres tú traidor también? ¿Estás vendido á los franceses, como ese regidorcillo hambrón? Dime que



sí y verás... miá tú... aquí mismo te pongo en pipitoria con esto que traigo debajo de la capa.

—¿La navajita? Guarda tu coraje para mejor ocasión, Majomilla—le respondí.—Me parece que estás borracho.

—¿Borracho yo? Si no lo he probao, chico... Esta mañana me convidó el Sr. de Santorcaz á beber unas copas, y... por ésta que no bebí más que

dos azumbres... ¿Qué hacer sin la calorquilla en el estómago?... Pero dí, ¿eres tú traidor? Dí que no, porque te rajo... pues yo (y se daba fuertes golpes en el pecho) tengo un corazón como un bronce, y soy más valiente que el Ciz, y nadie me tosa, si no quiere ver quién es Majoma.

Y sin oír más, nos apartamos del insigne varón.

—Esto no me gusta—dijo Fernandez,—y me parece que si la alta empresa que entre manos traemos no sale tan bién como debiera, consistirá en esta inmunda canalla motinesca, díscola y bullanguera que en circunstancias tan críticas se vuelve contra sus jefes. Gabriel, de buena gana te digo que si nuestro D. Tomás de Morla nos mandase cerrar contra esta gentuza, la meteríamos en un puño prontamente. Y has de saber que estos perdularios chillones más sirven de estorbo que de ayuda en la defensa, y verás cómo son ellos los primeros que se rinden.

Miramos al balcón de la Casa de Correos y vimos que en él aparecía un hombre alto, moreno, hosco, vestido de uniforme; le vimos accionar hablando á la multitud; pero no pudimos oír sus palabras, porque la femenil chillería de abajo habría impedido oír tiros de cañón, que no digo humanas voces. Después aquel militar, el cual no era otro que D. Tomás de Morla, encogíase de hombros y cruzaba los brazos. Este lenguaje lo entendimos mejor, y evidentemente quería decir: “No hay nada de lo que me pedís: se acabaron las armas y los cartuchos.”

Pero la multitud se enfurecía con la negativa y le silbaba, pidiendo con su omnipotente antojo y volubilidad que saliese Castelar, personaje más conocido que Morla. Salió el marqués de Castelar, habló sin poder apaciguar á sus admiradores, y repitióse el encogimiento de hombros y el gesto desconsolador. Aquí de los silbidos, de los gritos, de las amenazas: poco después el pueblo empezó á arremolinarse y á culebrear como dragón de mil colas que se dispone á emprender movimiento; y vimos que muchos se desparramaban por la calle Mayor y que otros subían hácia Santa Cruz.

—Vamos allá á ver en qué para esto—dijo Santiago, apoyándose en mi brazo y siguiendo el general torrente.—Estos majaderos primero dejarán de existir que de hacer alguna atrocidad. ¿Por qué piden armas, si con las que hay repartidas basta y sobra? ¿Á qué piden cartuchos, si no hay cartucho que mate más franceses que el entusiasmo español, ni mejor pólvora que nuestra indignación?

—Todo eso es verdad, Sr. D. Santiago—repuse;—pero no habría sido malo que la Junta central ó el Consejo en vez de ocuparse en discutir sus rivalidades, hubiera depositado en Madrid unos cuantos barriles de

indignación, de esa que se hace con salitre, carbón y azufre, que la otra sin ésta de poco sirve. Pero aquí no ha habido previsión, ni iniciativa, ni actividad, ni eminentes cabezas que dirijan, sino que la defensa ha quedado á merced de la voluntad, de la invención y del buen sentido del pueblo, Sr. D. Santiago; y no llamo pueblo á esa miserable turba gritona que de nada sirve, sino á todos nosotros, altos y bajos, grandes y chicos... ¿Pero quién es aquel que corre? Es el insigne patriota á quien llaman Pujitos. ¡Eh... lléguese acá y díganos lo que ocurre!

—Ahora va la gente hácia la calle de la Magdalena—contestó—donde vive el regidor Mañara. Esta mañana estuvimos allí: salió al balcón y nos dijo que los miles de cartuchos que ha fabricado los entregó ya, y que no hay más pólvora. ¿Van ustedes hácia el Avapiés? Por allá hay gran alboroto, y dicen que Mañara es un traidor, y que acá y allá.

—¿Y usted qué piensa de Mañara?

—Mañara es hombre cabal, porque lo igo yo—afirmó Pujitos con tono misterioso.—Los traidores son otros y andan por ahí revolviendo la gente y armando estas tramoyas; Gabriel, acuérdate de lo dicho. Los que más chillan son los piores; pero yo ando con mucho ojo, pues así me lo ha mandado el jefe, y como les eche la mano encima, verán quién es Pujitos.

Siguió á toda prisa hácia la Puerta del Sol, y nosotros, atravesando la Plaza Mayor, entramos en la calle de Toledo, arteria de toda la circulación manolesca, centro de las chulerías, metrópoli de las gracias, bazar de las bullangas, cátedra de picardías y teatro de todas las barrabasadas madrileñas. Pasando luégo á la calle de Embajadores, oímos de nuevo que hácia el Avapiés había gran marejada, por lo cual, atravesando por los Abades hácia Mesón de Paredes, nos fuimos á presenciar el tumulto, que no era flojo, según el rumor de voces



que desde léjos se oía. En efecto, habíase armado un zipizape que déjelo usted estar. De manos á boca tropezamos con el tío Mano de Mortero, que se llegó á nosotros, diciendo:

—¡Cómo nos engañan, Gabriel! ¡Quién lo había de decir en un caballero tan bueno como el Sr. de Mañara!

—¿Pero es traidor el Sr. de Mañara? Vamos, tío Mano, ¿usted también? Usted que es una persona de tantísimo talento...

—Es verdad, niño de mi alma; ¿pero qué quieres tú? Lo dicen por ahí. Á mí no me consta; pero al son que me tocan bailo. Pues dicen que hay traidores, ¡abajo los traidores!

—¿Y qué dicen de Mañara?

—Que tiene arreglado con los franceses el entregarles la puerta de Toledo.

—¿Y cómo lo saben?

—¡Qué sé yo! Pero cuando el río suena agua lleva. Yo no he de ser ménos que los demás, y pues hay traidores, ¡abajo los traidores!

—¿Y la Zaina?

—¿Pues no la oyes? ¡Si es la que más grita en medio de la plaza! ¡Santa Virgen! ¡Y no está poco furiosa esa leoncilla! Ahora se ha vuelto la patriota más patriota de todo Madrid. ¡Ay mi Dios, qué nacionala tengo á mi niña!

De rato en rato aumentaba el gentío en la plazuela del Avapiés, y los hombres de mala facha, unidos á las mujeres más desenvueltas de los cercanos barrios, menudeaban sus gritos y vociferaciones de tal modo, que ninguna persona honrada podría ante tal espectáculo permanecer tranquila.

—Acerquémonos—me dijo Fernandez.—Yo con todo mi corazón te aseguro que si Su Majestad y en su real nombre la sala de Alcaldes de casa y córte, me mandase despejar este sitio, lo haría con mil amores con dos lanzazos ó sablazos, que para el caso lo mismo daría.

—Guárdese usted de decir en alta voz tales cosas, y acerquémonos á aquel grupito de damas.

La Primorosa salió del grupo.

—Eh... Primorosa, ¿qué traes por aquí?—le pregunté.

—¡Cachiporros!—exclamó la harpía, alzando los brazos, cerrando los puños y dirigiéndose á algunos hombres que la rodeaban.—¿Pa qué estais aquí? ¿No vos quieren dar cartuchos? Pues iz ca el regidor y sacárselos de las asauras. ¡Él los tiene escondíos! Él los tiene enterraos en paquetes pa dárselos á los franceses.



XV

Entonces la Zaina, abriéndose paso, presentóse en el centro del corrillo formado en torno á la Primorosa. Estaba la hermosa verdulera amaratada y ronca, con los ojos encendidos, las ropas hechas pedazos, y con tan fiera expresión retratada en su semblante y en toda su persona, que causaba espanto. En el momento de presentarse, traía un cartucho entre

los dedos, y lo mordía y derramaba en la palma de la mano lo que debía ser pólvora y resultaba ser arena.

—Los cartuchos están llenos de arena—exclamó la muchacha, mostrando á todos aquel objeto.

Y al mismo tiempo los hombres allí presentes sacaban de sus sacos otros cartuchos, los mordían, y en efecto, en todos ó en casi todos aparecía arena.

—¡Ese traidor nos ha dado cartuchos de arena!

La terrible voz cundió por la plaza. Allí cerca había un retén de guardia de voluntarios. Sacaron el depósito de cartuchos, mordíanlos, y por cada dos ó tres con pólvora había uno con arena. Esto lo vimos el Gran Capitán y yo, y ambos nos quedamos mudos de indignación.

—Pues indudablemente ha habido traición.—dije yo.

—¡Poner arena en los cartuchos! ¡Qué alevosía! Esto es entregar la patria villanamente al extranjero.

—El que tal ha hecho—exclamé, no ocultando mi rabia,—es un miserable que debe ser castigado.

—Gabriel, no lo creí—vociferó mi amigo, derramando lágrimas de coraje;—no creí que hubiera españoles capaces de semejante vileza. No, el que tal ha hecho no es español.

Y los dos, casi sin darnos cuenta de ello, hicimos coro con la rabiosa multitud, gritando: ¡Mueran los traidores!

—¡Ese Mañara, ese ladrón!—gritaron á nuestro lado.

—¡Él ha sido! ¡Mueran los traidores y viva Fernando VII!

¡De arena! ¡Los cartuchos de arena! Esta funesta frase corrió por todo Madrid más rápidamente que si la llevara la electricidad. En muchas partes, que no en todas, pudo confirmarse la verdad de la afirmación; pero la ira era general, y el que había puesto arena en los cartuchos fué condenado á muerte por la indignación popular. Mi amigo y yo observamos que la multitud corría en todas direcciones; pero los más iban hácia la Merced. Desapareció de nuestra vista la Pelumbres, el tío Mano, y desapareció también la Zaina. Corrimos por la calle de Jesús y María, y al llegar á la de la Magdalena, la vimos completamente llena de gente: todo el vecindario estaba en los balcones, y un clamor inmenso llenaba la vasta longitud de la calle. Hácia el centro de ella existía entónces, y existe aún, una casa suntuosa; pero de bastarda y ridícula arquitectura por haber puesto en ella su mano D. Pedro de Ribera, autor de la fachada del Hospicio. Á aquella casa histórica, residencia ántes y también hoy de una respetabilísima familia, por mil títulos merecedora de la estimación pú-

blica, se dirigían las amenazas de la muchedumbre, borracha de ira. Todos querían entrar; pero las puertas estaban cerradas. Este obstáculo no tardó en desaparecer, y terribles hachazos hicieron temblar las labradas maderas de la puerta señorial, protegida por el ancho escudo que en esculpidos emblemas representaba hazañas y virtudes de otros tiempos. Mas ¿quién reparaba en esto? El pueblo, que ya había pisoteado en Aranjuez la real corona, no vacilaba en pasar por sobre la de un noble. Hicieron, pues, pedazos la puerta, y el pueblo entró desbordándose é invadiendo el palacio, como un río que rompe los diques que durante siglos le han contenido y se extiende por el llano con ímpetu destructor. Entraron todos, los que iban con algún objeto y los que no iban más que á gritar. No debía, pues, hacerse esperar mucho la satisfacción de la popular furia, y bién pronto nos quedamos helados de terror, oyendo decir: "Le han matado, ya le han matado."

¡Pobre y desgraciado Mañara! Ayer ídolo, ayer amigo, ayer compañero de la vil plebe, cuyo traje y costumbres y hablar y modos imitaba, hoy inmolado por ella con barbarie inaudita, con esa cruel presteza que ella emplea ¡la infame furia! en todas sus cosas.

Pero lo espantoso, lo abominable, y más que abominable vergonzoso para la especie humana, fué lo que ocurrió después. La plebe tiene un sistema especial para celebrar las exequias de sus víctimas, y consiste en echarles una cuerda al cuello y arrastrarlas después por las calles, paseando su obra criminal, sin duda para presentarse á los piadosos ojos en la plenitud de su execrable fealdad. Esto pasó con el cadáver del infeliz regidor, á quien conocimos amante de Lesbia, amante de la Zaina, amante de todas, pues no hubo otro que como él prodigara su hermosa persona en altas y bajas aventuras; esto pasó con el cadáver del infeliz á quien llamo D. Juan de Mañara, no porque este fuera su verdadero nombre, sino porque me cuadra designarle así, para no andar trayendo y llevando



los títulos de respetables casas por los altibajos de esta puntual historia.

Pero apartemos los ojos; no miremos, no, ese despojo sangriento que por la calle de la Magdalena, y después por la del Avapiés abajo, arrastran en inmunda estera unos cuantos mónstruos, hombres y mujeres tan sólo en la apariencia: cerremos los oídos á sus infames gritos, y sobre todo no miremos ese destrozado cuerpo, aún caliente, á quien las puñaladas, los golpes, el frecuente tropezar, van quitando la figura humana, haciendo un girón lastimoso de lo que fué, de lo que era pocos minutos ántes hombre gallardo y gentil, y lo que es más digno de consideración, hombre dichoso y amable. Y mientras pasa esa salvaje bacanal, ese río de sangre, de infamia y de crimen, meditemos sobre las mudanzas mundanas, y especialmente sobre las cosas populares, las más dignas de meditación y estudio.

¿Era Mañara autor de la traición indudable descubierta en los cartuchos de arena? Histórica, no hija de nuestra invención, es la persona de Mañara; histórica es también su vida licenciosa, sus hábitos manolescos, sus aventuras y trato con la gente de los barrios bajos; histórica es también la Zaina, y tan históricos como la jura en Santa Gadea y el compromiso de Caspe, son sus amores con el regidor, su abandono, sus celos, su despecho, su ira, su sed de venganza y el descubrimiento, fatalmente hecho por ella, de los cartuchos de arena. Para saber todo esto basta leer media página de la historia mejor y más conocida que sobre aquellos tiempos se ha escrito. Pero ni en ese eminente libro, ni en otro alguno, ni en boca de ningún viejo oiréis razones para contestar categóricamente á la pregunta que ántes hice. ¿Fué Mañara traidor? ¿Intervino él en la obra criminal de los cartuchos de arena?

Os diré francamente que yo tampoco lo sé; pero debo advertiros que nunca tuve á aquel desgraciado por capaz de acción tan fea. Mañara pecaba de libertino, de ligero, de vano, y más que nada de enamorado. Jamás se distinguió en otras maldades que en las del amor, por cierto bien perdonables. Le conocí alevoso y traidor en cuestiones de faldas; pero no supe nunca que en asuntos graves faltara á las leyes del honor. Con estos antecedentes casi puede asegurarse que no fué Mañara autor de la superchería de los cartuchos. ¿Pues quién lo fué entónces? Esto sí que ni la historia, ni la tradición, ni los viejos, ni yo podemos decíroslo. ¿No habeis observado que todos los movimientos populares llevan en su seno un gérmen de traición, cuyo misterioso origen jamás se descubre? En todo aquello que hace la plebe por sí y de su propio brutal instinto llevada, se ve tras la apariencia de la pasión un tejido de alevosías, de menguados

intereses ó de criminales engaños; pero ningún sutil dedo puede tocar ni determinar los hilos de esta tela escondida, en cuyas mallas quedan enredados y cogidos mil bárbaros incautos.

¿Quién hizo correr la voz de la traición de Mañara? ¿Fué todo obra deliberada de la Zaina? La historia dice que sí; pero yo creo haber oído tachar de sospechoso al pobre regidor en parajes muy distantes de la calle de la Pasión. Sin duda el frecuente roce con la plebe había desconceptuado mucho á D. Juan en la opinión de sus iguales. Carecía en absoluto de respetabilidad, y el que la pierde entre los de arriba, queriendo sustituirla con bajas amistades, que son siempre inconstantes, está expuesto á perderlo todo en un momento, y á que cualquier chispa fugaz incendie de improviso la fábrica de una reputación que no se funda en nada sólido.

Mañara había adulado á la plebe imitándola. Con este animal no se juega. Es como el toro que tanto divierte, y de quien tantos se burlan; pero que cuando acierta á coger á uno, lo hace á las mil maravillas. Vimos caer á Godoy, favorito de los reyes, y ahora hemos visto caer á Mañara, favorito del pueblo. Todas las privanzas que no tienen por fundamento el mérito ó la virtud, suelen acabar lo mismo. Pero nada hay más repugnante que la justicia popular, la cual tiene sobre sí el anatema de no acertar nunca, pues toda ella se funda en lo que llamaba Cervantes *el vano discurso del vulgo, siempre engañado*.

—Pero vámonos de aquí—dije á mi amigo.—¿No oye usted lo que dicen esos que pasan? Dicen que los franceses han aparecido por Fuen-carral.

—Vamos, vamos á cumplir con nuestro deber—repuso el Gran Capitán, siguiéndome por la calle de las Urosas.—Pero me temo que lo que debía ser gloriosísima jornada, va á ser cualquier cosa, gracias á esa vil gentualla. La traición mina la plaza. Eso de los cartuchos de arena me ha puesto triste y el miserable canalla que tal hizo merece mil muertes.

Madrid, después de inmolado Mañara, continuaba inquieto, como presagiando grandes males, mientras los frailes agonizantes arrancaban de manos del pueblo el cadáver informe. La noticia de que los franceses estaban á las puertas de la Villa, lo hizo sin embargo olvidar todo, y corría la gente azorada y medrosa, creyendo ver asomar al volver de una esquina la figura característica del azote de Europa.



XVI



El cuerpo de voluntarios á que yo pertenecía fué destinado á defender la Puerta de los Pozos (la misma que después se llamó de Bilbao, al extremo de la calle de Fuencarral), y el inmediato jardín de Bringas. Consistía su fortificación en un foso, no muy profundo, en un gran espaldón de tierra y piedras, á toda prisa levantado, y en seis cañones de á seis. La tapia, que no tenía fama de inexpugnable, como recordarán los que han alcanzado alguno de sus heróicos trozos, había sido aspillerada en toda su extensión. Iguales, poco más ó menos, eran las fortificaciones de las vecinas puertas de Santa Bár-

bara y Fuencarral. El sitio donde se habían levantado otras más considerables era la puerta de Recoletos, monumento que ha durado hasta ayer y que no necesito designar topográficamente, con su costanilla de la Veterinaria, ni su convento de Agustinos, porque los mozuelos barbilampiones los han conocido.

Pero volvamos á los Pozos, puerta destinada á ser teatro de nuestro heroismo, y empecemos diciendo que en la noche del 1.º de Diciembre nos situamos allá, tan convencidos de que íbamos á ser atacados, que estuvimos largas horas sobre las armas, dispuestos á vender caras nuestras vidas. La fuerza se componía de estos elementos: unos sesenta soldados, que aunque no todos artilleros, hacían de tales por necesidad imprescindible; cuatro compañías de voluntarios antiguos, con los cuales mezclábase un número irregular de conscriptos, y como ochenta hombres de la milicia *honrada*, á quien mandaba ó quería mandar el Gran Capitán, no sé si con el título de sargento, coronel ó general, pues cualquiera de estos grados le cuadraría. Los soldados estaban fríos y con poco ánimo; los voluntarios inflamados de patriotismo y llenos de ilusiones, pero tan inexpertos, que no daban pié con bola, como vulgarmente se dice, á pesar de estar entre ellos el gran Pujitos; y finalmente los *honrados* no cabían en sí de entusiasmo, no obstante ser todos ellos personas de paz, y tener algunos buena carga de años á la espalda, especialmente los de la compañía, ó mejor, los del grupito en que alzaba el gallo D. Santiago, cuya hueste se componía de respetables porteros y criados de la oficina de Cuenta y Razón. En cuanto á jefes, debo decir que allí no existían en todo el rigor de la palabra, pues si bién entre la tropa había oficiales valientes y entendidos, no sabían ó no querían hacerse obedecer de los paisanos, de cuya desconformidad resultaba que allí cada cual hacía lo que le daba la gana y según su propia inspiración; y aunque mi amigo tenía pretensiones de imponer su autoridad, esto no pasó nunca de un conato de dictadura que más se inclinaba á lo cómico que á lo trágico.

En cambio reinaba gran fraternidad, y cuando avanzada la noche tuvimos la certeza de que no había tales franceses por los alrededores, nos reunimos en el jardín de Bringas, y encendida una gran hoguera, celebramos agradable tertulia, donde se habló de temas patrióticos con la verbosidad, facundia y exageración propia de españolas lenguas. Cuál encomiaba la defensa de Zaragoza, cuál ponía la defensa de Valencia contra Moncey por cima de todos los hechos de armas antiguos y modernos; quién decía que nada podía igualarse á lo del Bruch; quién encomió hasta las nubes la vuelta de las tropas de la Romana; por último no faltó uno

que, sin quitar su mérito á estas gloriosas acciones, pusiera sobre los cuernos de la luna cierta campaña famosa de Portugal en 1762.

Disipado todo temor, muchas mujeres fueron á visitarnos, y entre ellas no faltó Doña Gregoria, ni Doña Melchora con las niñas, ni tampoco la señora de Cuervatón, pues ha de saberse que su marido formaba en las filas de los *honrados*. Para que no se crea que todos éramos gente de poco más ó menos, añadiré que algunas altísimas damas fueron á visitar á sus hijos, hermanos ó maridos, que allí se andaban mano á mano con nosotros,

ó como voluntarios ó como sorteados.

Cenamos, bebimos, cantamos, hablamos, y por último, á todos nos vino el deseo de llevar adelante alguna hazaña aquella misma noche. El primero que emitió la idea fué Don Santiago, y al punto se la aceptó con alborozo, determinando hacer una exploración camino arriba hasta Fuencarral, por ver si realmente estaban los franceses tan cerca como se creía. Á toda prisa se preparó la salida, y á eso de las dos de la madrugada nos pusimos en marcha unos doscientos hombres, en buen orden, y mandados por un coronel de ejército.

—¡Qué bueno fuera—me decía Fernandez—que tropezáramos con una

avanzada enemiga y la derrotáramos en un abrir y cerrar de ojos, volviendo á Madrid con unos cuantos miles de prisioneros!

—Todo podría ser, amigo mio—le respondí,—que para la voluntad de Dios no hay nada imposible.



—Más gracioso aún sería—prosiguió—que el bergante del Emperador se anduviera paseando por ahí, mirando desde léjos la gran ciudad que aspira á ganar, y le sorprendiéramos de sopetón, echándole mano para llevarlo á Madrid sobre un asno foncarralero.

—También es posible—repuse,—y pongamos que ese señor se haya aburrido de estar en su campamento, y tomando una escopeta, á pesar de la oscuridad de la noche, se venga con un par de generales y un par de perros por esos trigos á levantar y correr perdices; que todos los monarcas suelen ser cazadores.

—Eso no me parece verosímil—dijo;—pero bién podría suceder que ese hombre, conociendo que no puede vencernos por la fuerza, intente dar al traste con la astucia á nuestro poderío, y se disfrace con el traje de un payo huevero de Alcobendas, para acercarse á nuestras formidables fortificaciones y estudiarlas cómodamente.

Con estos y otros coloquios rebasamos más allá de la venta, situada en lo que hoy se llama Cuatro Caminos, sin hallar alma viviente ni sentir rumor alguno; pero cuando estábamos cerca del camino que á mano derecha conduce á Chamartín, percibimos un ruido lejano que á todos nos dejó suspensos, pues no parecía sino que temblaba la tierra al galopar de millares de caballos.

—¡Es una avanzada de caballería!—gritó nuestro coronel.—Retirémonos.

—¿Qué es eso de retirarse?—exclamó con enojo el Gran Capitán.—¿Somos españoles ó qué somos?

—No tenemos más que cuatro caballos—le dijo el jefe.—Si nos dan una carga, ¿qué va á ser de nosotros?

—¡Qué cargas ni cargas! ¡Buenos son ellos para meterse en cargamentos! Ea, muchachos, el que quiera seguirme que me siga; yo voy adelante.

Los *muchachos*, cuyo patriotismo invocaba Fernandez, eran seis ó siete vejestorios como él, compañeros en la portería y servicio interior de las oficinas de Cuenta y Razón. Pero aquellos valentísimos militares, más duchos en el manejo de la escoba que en el de otra arma alguna, profesaban aquel principio tan sábio como famoso, de que una retirada á tiempo es una gran victoria, y todos á una manifestaron al Gran Capitán que no le seguirían en tan temeraria empresa, pues hazañas sin cuento podrían realizar tras las fortificaciones.

El escuadrón francés avanzaba, á juzgar por el acrecentamiento del ruido, pero no veíamos cosa alguna. Se dió orden de retirada, y para hacerla más á salvo, nos desviamos del camino, escurriéndonos por una hon-

donada que caía hácia la dehesa de Amanuel. D. Santiago renunció á regaña dientes á los peligros de una lucha con los dragones, que á toda prisa avanzaban, y me decía:

—Pensar que de esta manera hemos de vencer, es una necedad. En la guerra ha de fiarse todo á lo imprevisto, á la sorpresa y á los golpes de mano. ¿Qué nos costaba esperar esos caballos, sorprenderlos, matar á los ginetes y entrar en Madrid caballeros los que salieron peones?

En esto vimos un bulto, un hombre, que saliendo precipitadamente de detrás de unos tejares, corrió hácia la carretera, al parecer huyendo de nosotros.

—¡Eh! ¡Un hombre! ¡Un espía!... ¡Quién vive!—gritamos, corriendo algunos en su persecución.

Detúvose el hombre ante nosotros con muestras de tener mucho miedo, y entónces advertimos que su traje era el de un paleta, con ancho sombrero y una manta por capa. Cuando nos llegábamos á él, pareció vacilante é indeciso; pero al fin oyéndonos hablar, abalanzóse hácia nosotros, diciendo:

—¡Ah! Sois españoles. Gracias á Dios: ya me he salvado.

Acabando de decir esto, cayó de rodillas. Pero en el mismo instante llegóse á él con aire resuelto el Gran Capitán, y poniéndole en el pecho la boca del fusil, exclamó con voz exaltada y furiosa:

—Dése á prisión Vuestra Majestad Imperial y Real. Bién lo decía yo; pero á mí no me la da usted... digo Vuestra Majestad; que soy perro viejo, y harto se ve que disfrazado con traje de paleta, se acerca Vuestra Majestad Imperial á nuestra gran plaza para estudiar las fortificaciones.

—Hombre de Dios—dijo el payo,—usted es loco, ó me toma por el Emperador Napoleón.



—¡Por quién le he de tomar, hermano! Á mí no se me engaña con palabras. Es Vuestra Majestad mi prisionero, y no le he de soltar aunque me dé siete reinos. ¡Viva España y viva Fernando VII!

Todos los circunstantes nos reímos, lo cual desconcertó á D. Santiago, y al punto el prisionero dijo levantándose:

—Yo, señores, soy oficial del ejército de D. Benito San Juan, y he asistido al desastre más funesto de esta campaña. Perdí en la acción de Somosierra á mi padre y á dos hermanos, y vengo huyendo de las guerrillas francesas que persiguen á los dispersos. Tuve que disfrazarme en Roblegordo para evitar que me cogieran, y á pié he llegado hasta aquí. Pero si quieren que les diga más, dénme algo que me sustente, pues con dos días de no probar bocado, estoy cayéndome muerto por instantes.

Un compañero nuestro le dió á beber un trago de aguardiente, con lo cual tomó fuerzas y pudo seguirnos, reanimado también moralmente por verse en nuestra compañía. El Gran Capitán, corrido y confuso, marchaba silenciosamente á su lado, pero no las tenía todas consigo, y todo se le volvía mirarle y remirarle, sospechando que si no el mismo Emperador, podía ser algún generalazo ó cualquier archipámpano de la corte imperial.

—Con ser tantas mis personales desdichas—dijo el desconocido,—pues en el campo de batalla quedaron mis dos hermanos y mi buen padre (que somos de un antiguo solar de tierra de Sepúlveda), todavía abrumba mi ánimo más que nada la catástrofe nacional de que he sido testigo. Nosotros acudimos á tomar las armas en defensa de la patria. Felices mil veces los que murieron por tan santo objeto, y mal hayan los que quedamos para contar tan gran desventura. ¿Se sabe ya en Madrid la derrota de San Juan? ¿Cómo se cuenta? ¿Qué se dice? ¿Se nos tachará de medrosos ó cobardes? ¡Oh, señores! Yo no creo que sea posible llevar más adelante el heroismo. Nuestros soldados se han conducido con bravura portentosa, y si no vencieron, fué porque la superioridad de los enemigos y su mucho número lo han hecho imposible.

—Eso será lo que tase un sastre—exclamó el Gran Capitán.—¿Por dónde anda ahora San Juan? Porque yo entiendo que fingió retirarse para atacar después por mejor posición.

—¡Qué ha de fingir, hombre, qué ha de fingir!—repuso el oficial.—San Juan, si es que vive, andará fugitivo como yo y sin un solo soldado.

—Eso no puede ser, caballero. ¿Cómo se entiende? Si eso fuera cierto, señor mio, significaría ni más ni menos una especie de derrota.

—Pues ya lo creo. Pero les contaré punto por punto. San Juan tomó

buenas posiciones en el paso de Somosierra y puso una vanguardia en Sepúlveda. Atacaron ésta los franceses anteayer de madrugada; mas no pudieron romper su línea y tuvieron que retirarse.

—¿Los franceses? bién—dijo el Gran Capitán.—Pues si se retiraron, ¿cómo se entiende nuestra derrota?

—Paciencia, señor mio, paciencia. Sepa usted que sin aparente motivo,



aunque es fácil comprender que ha habido algo de traición; la vanguardia de Sepúlveda, á pesar de quedar victoriosa, se retiró á Segovia. Avanzaron los franceses, y nos atacaron en nuestras posiciones de Somosierra. Nosotros no teníamos bastantes fuerzas para defender el paso, y mucho ménos después de la defección, ó no sé cómo llamarlo, de la vanguardia. Sin embargo, nos resistimos toda la mañana de ayer, aglomerando nuestra gente en el camino, y sin disponer de fuerzas ligeras que flanquearan las alturas. Los franceses, que traen muchos soldados y cuerpos de todas clases, dispusieron guerrillas de cazadores, que en un instante tomaron las alturas, y con un cuerpo de caballería polaca nos cargaron en la carretera de un modo espantoso. No puede formarse idea de aquel ataque sino viéndolo. Escuadrones enteros se estrellaban contra nuestra batería y centenares de ginetes caían despeñados á los abismos que costean el camino; pero sus recursos son inmensos: tras un escuadrón inútilmente sacrificado, lanzaban otro y otro, sin que se les importara ver morir oficiales á centenares y generales por docenas. Con este ataque incesante combinaban el fuego de las tropas ligeras, desparramadas por los altos, y al fin sucumbimos al número, que no al valor. Los franceses se abrieron paso á costa de inmensas pérdidas, y luégo persiguieron á los restos de nuestra tropa con tanto encarnizamiento, que dudo hayan podido sobrevivir muchos. La mayor parte, pereciendo en aquellas fragosidades, han cumplido con su deber, que era defenderlas miéntras tuvieran cuerpo vivo en que recibir una bala. No fué posible más, por-

que más habría sido hacer milagros, y éstos únicamente Dios los hace.

Calló el oficial, y todos los que le oíamos estábamos tan apesadumbrados y tristes con su relato, que no le contestamos nada. Tampoco él habló más, y así silenciosos y taciturnos llegamos á Madrid y á nuestra puerta de los Pozos, donde el desgraciado tráfuga halló una hoguera en que calentarse, y un bocado con que reanimar las fuerzas. Todos le prodigaban solícitos cuidados, ménos D. Santiago Fernandez, el cual no podía desear cierta comezón y desasosiego.

—Gabriel—me dijo, llevándome aparte.—No insisto por no parecer pesado; pero digan lo que quieran los demás, ese hombre que hemos encontrado no me gusta, y quiera Dios no tengamos que sentir; porque yo sé, y sabráslo tú también, que en las guerras es muy común eso de disfrazarse para visitar el campo enemigo y examinar á mansalva las fortificaciones, así como también es cosa corriente sobornar á algún infeliz para que, fingiéndose amigo, penetre en la plaza y haga circular noticias falsas que desalienten á los sitiados.

Amaneció el 2 de Diciembre, y á favor de las primeras luces del día se distinguieron fuertes columnas de caballería francesa en los cerros del Norte. Ya estaban allí, y no eran pocos ciertamente.



XVII



QUELLA mañana fué muy alegre para nosotros, porque sin motivo alguno que lo justificara, nos sentíamos tan animados, que no nos cambiáramos por los sitiadores. El peligro había acallado por el momento todas las discordias, y nuestro patriotismo nos achicaba las circunstancias desfavorables, aumentando considerablemente las ventajosas. Todo se volvía gritar, dando vivas y mueras, pues nada cuesta triunfar de esta manera con las fáciles armas de la lengua.

Nos desayunamos muy contentos con lo que las mujeres del barrio, altas y bajas, bonitas y feas, nos traían en repletas cestas. También fué con la suya Doña Gregoria; mas del contenido de ella no probó bocado D. Santiago, porque, según decía, en los momentos supremos no debe embrutecerse el cuerpo con viciosos regalos.

Léjos de asentir á la más mínima concupiscencia del paladar, increpó D. Santiago á los glotones, y luego, pasando revista á sus compañeros, que todos desiguales en estatura, armamento y vestido, no tenían más uniformidad que la de su vejez, ni otro aspecto respetable que el de sus canas, les arengó así:

—Muchachos, acordaos de que todos sois unos buenos chicos, y de que todos os habeis cubierto de gloria en los reales ejércitos. Ha llegado la ocasión suprema, y desde el momento en que se presenta á las puertas de Madrid ese mónstruo infame, ya no perteneceis á vuestros hogares; ya no perteneceis á la oficina de Cuenta y Razón; ya no perteneceis sino á la patria. Compañeros: todos sois hombres experimentados, no como estos mocosos rapazuelos que no saben coger un fusil. ¡Ya se ve! ¡Cuándo las

han visto más gordas! Y basta de sermones, que ahora obras y no palabras, y más vale una buena puntería que cien discursos; con que, compañeros, ¡Viva Fernando VII! y sepan que los estima su amigo y seguro servidor Santiago Fernandez.

Esta alocución del veterano hizo reír á muchos de sus amigos, y casi, casi... si no fuera por temor á denigrar la memoria de varón tan insigne, diría que la recibieron con chistes, jácaras y todas las zandunguerías que son propias de los españoles, aún en las más apretadas ocasiones de la vida; pero Fernandez, sin hacer caso de bromas, seguía tomando enérgicas disposiciones. Quiso también meter su cucharada en la artillería, echándosela de gran balístico; pero le mandaron que fuera á rezar el rosario, cuyo insulto le exasperó de tal manera, que, á no reparar en consideraciones patrióticas de gran peso, habríale abierto en dos tajadas la cabeza al descomedido y grosero que tal dijo.

En confianza revelaré á mis lectores que el deslenguado y procaz que de tal modo prohibió á nuestro Gran Capitán que se acercase á los cañones, fué el insigne Pujitos, flor y espejo de los entrometidos, personaje de todas las ocasiones y de todos los sitios, á quien la suerte nos deparó también por compañero en aquella gran jornada.

Á eso de las doce nos visitó el capitán general con D. Tomás de Morla, y aunque los vitoreamos hasta quedar roncos, no me pareció que estaban ellos muy satisfechos. Aún permanecían allí cuando distinguimos un gran tropel de franceses por la Mala de Francia abajo y flanqueando el camino. Era la avanzada del cuerpo de Bessieres que venía á intimarnos la rendición. Cuando el parlamentario llegó á los Pozos, poco faltó para que los más belicosos y trapisondistas le despidieran á puntapiés; pero al fin fué recibido decorosamente, y se le contestó que no nos daba gana de rendirnos.

—Como no sea por medio de artimañas, embaucamientos ó pérfidas tretas, semejantes á aquella del caballo de Troya, no nos rendiremos—me dijo Fernandez.—Mira qué cabizbajo se va el oficial á dar la infausta nueva á su Emperador. Me parece que veo á éste pateando y arrancándose los pelos de rabia al saber nuestra respuesta.

Durante aquella tarde no volvieron parlamentarios, ni se presentó fuerza alguna francesa; pero á lo léjos distinguíamos el movimiento de las columnas, tomando posiciones y estableciendo trincheras para la artillería, lo cual indicaba que los franceses diferían la función para el día 3. Durante la noche el mariscal Ney hizo otra intimación, pero fué hácia la parte de Recoletos ó puerta de Alcalá.

—¿Ves cómo no se atreven á volver acá, ni quieren más cuentas con nosotros?—dijo el Gran Capitán cuando lo supo;—pero allá les habrán contestado lindezas. Ya se ve, comprendiendo que por las armas no pueden nada, ponen en juego melosidades, agasajos y socaliñas. Pero durmamos, Gabriel, con toda tranquilidad, pues me parece que mañana ß tampoco habrá nada, y sabe Dios si al ver el aparato de estas intomables

fortalezas, habrán decidido retirarse del lado allá de la sierra.

No necesito decir que de todo en todo se engañaba mi optimista amigo, pues cuando dormíamos á pierna suelta en la huerta de Bringas al calor de una hermosísima hoguera, nos despertaron unos tremendos cañonazos, que retumbaban en todo Madrid con pavoroso ruido.

—¡Á las armas!—gritó Fernandez.—Levántense todos, y si cae una granada, arrojarla al punto de barriga. Yo soy de opinión de que hagamos una salida para ver de ponerle las peras á cuarto á esos de los cañoncitos. Mirad, chicos, hácia Chamberí hay una batería.



Al punto nuestros artilleros, que eran mitad de línea y mitad paisanos, se dispusieron á la defensa, y como dos de las piezas hicieran fuego,

no quisimos ser ménos los infantes, y allá fué una descarga sin saber contra quién.

Densa niebla envolvía la tierra, y no se percibían los léjos, lo cual hizo que figurándonos nosotros tener en frente un formidable ejercito, disparásemos cañones y fusiles en ruidosísima salva sin resultado alguno, pues los franceses no soñaban con atacar los Pozos, y las detonaciones oídas eran las de la artillería que empezaba á embestir la puerta de Recoletos.

—Cese el fuego—dijo nuestro jefe.—No nos atacan, ni hay enemigos en la Mala de Francia.

—¿Pues cómo ha de haber?—repuso el Gran Capitán, dando fuerte patada en el suelo.—¿Cómo ha de haber, si han huido todos?

—No hay tal trinchera ni cosa que lo valga en Chamberí. Los franceses están hácia la Fuente Castellana.

—Á mí que no me vengan con músicas—exclamó el Gran Capitán, preparando su arma.—Favorecidos de la niebla, esos miserables quieren engañarnos. Haré fuego miéntras me quede un cartucho.

Seguía disparando como si quisiera acribillar la espesa cortina de niebla, por cuyo insensato acaloramiento pronto se quedó sin municiones. Y como continuaran oyéndose tiros de cañón hácia nuestra derecha, Fernandez exclamaba, volviéndose á sus amigos:

—Van en retirada, valientes compañeros míos. Gracias á vuestro arrojo temerario, todo se acabará felizmente.

Por largo tiempo estuvimos quietos y mudos, esperando con la mayor ansiedad á que de una vez se nos atacara; pero pasaban horas, y como no fuera D. Santiago, nadie veía enemigos en frente, ni léjos ni cerca. Entre ocho y nueve el fuego de cañón y de fusilería arreció tanto por Recoletos que no dudamos era este sitio teatro de una vigorosa lucha; y al mismo tiempo como comenzara á disiparse la niebla, vimos que cesaba poco á poco aquel desdeñoso abandono en que el Emperador nos tenía, porque corrían de Oriente á Poniente algunas columnas con apariencia de tener en respeto á las cuatro puertas septentrionales.

—Gracias á Dios—dijo Fernandez—que se atreven á atacarnos. Por detrás del parador del Norte me parece que avanza un cuerpo de artillería de batalla.

No tardaron en romper el fuego contra las trincheras de los Pozos, y nuestros seis cañones, que ya rabiaban por tomar formalmente la palabra, contestaron con precisión; mas para que todo fuera desastroso, miéntras que la bala rasa de sus piezas nos deterioraba los espaldones, nuestros

proyectiles, lanzados por la carretera adelante ó hácia la derecha, apenas llegaban hasta ellos: tan inferior era la artillería española en aquel trance. Entónces comenzó una lucha, que ántes que lucha debería llamarse simulacro, harto deslucida para nosotros, pues más nos hubiera valido ser destrozados por el enemigo, que soportar tan cruel situación; y fué que los franceses nos cañoneaban desde muy léjos con sus piezas de superior calibre, y miéntras recibíamos cada poco rato la visita de una bala rasa ó de una granada, á nosotros no nos era posible hacerles daño alguno.

—Pero esos cobardes canallas, ¿por qué no se acercan?—decía Fernandez, bufando de cólera.—

Eso no es de caballeros, no señor; cañonearnos sin piedad, destruyendo los parapetos con tanto trabajo levantados, y ponerse en donde no alcanzan las balas de aquí, eso no es de gente hidalga, y bién dicen que Napoleón ha hecho siempre la guerra de mala fé.

—¡Malditos sean!—dijo el oficial que nos mandaba. Esta era ocasión para hacer una salida, si tuviéramos un puñado de gente de la buena que yo conozco.

—¿Pues y nosotros, pues y mis amigos, todos estos bravos muchachos de la compañía de *honrados*?—dijo el Gran Capitán, dando un fuerte golpe en el suelo con la culata.—¿Pues qué

desean ellos, sino es salir para que esa canalla se marche de ahí ó se ponga al alcance de nuestros fuegos?

—Lo que es eso, buenos tontos serán si lo hacen, pudiendo foguearnos á pecho descubierto.

—Saldremos, sí, saldremos—insistió mi amigo.—Muchachos, os conozco en la cara el ardor sublime y el generoso patriotismo que os infla-



ma. Rabiando estais por cebaros en esa gentuza. ¿Salimos, señor coronel?

El coronel se rió con lástima y pena al ver la bravura del anciano. Uno de los honrados, á quienes Fernandez llamaba *muchiachos*, aseguró que no podía dar un paso porque el reuma se lo impedía; otro dijo que el ruido de los cañonazos le había vuelto completamente sordo, y un tercero se tendió en el suelo de largo á largo, lamentándose de haber cogido una pulmonía por razón del mucho frio y desabrigo en que toda la noche estuvieran. Entre los demás *honrados*, había alguna gente fuerte y valerosa; pero casi todos los del grupito que rodeaba á D. Santiago, se componía de unos Matusalenes tan mandados recoger, que daba compasión verles. Cuando algunas mujeres de Maravillas y del Barquillo vinieron tumultuosamente á los Pozos y pidieron con gritos y chillidos que les dieran las armas de los ancianos, yo creo que se hizo mal en no acceder á su petición, y aunque todos ellos rechazaron indignados tan deshonrosa propuesta, sospecho que alguno pedía interiormente á la Virgen Santísima que logran su objeto aquellas valientes semidiosas de San Antón y de la Chispería.

La defensa de aquella posición continuó por espacio de más de una hora, sin más accidentes que los que he referido. Hacíamos fuego de cañón ineficazmente, y lo sufríamos de los franceses sin poder causarles daño. Indudablemente su intención era entretenernos, mientras se verificaba el ataque formal por Recoletos; y seguros de su triunfo, no querían sacrificar hombres inútilmente, lanzándolos contra posiciones que al fin se habían de rendir. Cerca de las diez, el que nos mandaba recibió aviso de enviar á Recoletos la gente de infantería que no necesitase, y así lo hizo, tocándome á mí marchar entre los cien hombres destinados á aquella operación.

Por el camino, mientras atravesamos las calles de San Opropio y de las Flores hasta llegar á la plazuela de las Salesas, encontramos mucha gente que corría alarmadísima, dando á entender con sus gritos y agitación que la cosa iba mal. Extendiéndonos luego por la calle de los Reyes Alta (*), bajamos por la del Almirante á la ronda de Recoletos, donde reinaba gran confusión. Fuerte cañoneo se oía por detrás de la Veterinaria, edificio que ustedes habrán conocido en el solar de la comenzada Biblioteca, y también por detrás de los Hornos de Villanueva y del Pósito, hacía la puerta de Alcalá. El convento de Recoletos estaba ocupado por tropa española; pero en el momento en que nosotros llegamos casi

(*) Hoy de las Salesas.

toda la fuerza salía, por ser más necesaria fuera que dentro. En el principio del ataque, la batería puesta detrás de la Veterinaria rechazó con tanta energía el empuje de los franceses, mandados en persona por el mismo Emperador, que éste tuvo que retroceder á toda prisa.

Suprimid con la imaginación el barrio de Salamanca y todos los jardines y palacios del costado oriental de la Castellana: figuráos aquella casi desnuda planicie poblada por numerosas tropas francesas de todas armas, con dos frentes que operaban uno contra el Retiro y la Plaza de Toros, otro contra la Veterinaria y Recoletos, y tendréis completa idea de la situación. En el centro de aquellas tropas y en lo que hoy es parte de la calle de Serrano, poco más ó ménos entre el jardín llamado del Pajarito y las casas de Maroto, estaba Napoleón sereno y tranquilo, montado en aquel caballejo blanco, que había pateado el suelo de las principales naciones del continente; allí estaba disponiendo los movimientos de sus soldados, y sin quitarse del ojo derecho el catalejo con que alternativamente miraba ya á este punto ya al otro. Como es fácil comprender, yo no le ví en aquella ocasión; pero me lo figuraba y me lo figuro por lo que me contara quien lo vió muy de cerca: y por cierto que aquel testigo ocular observó detenidamente algunos pormenores muy curiosos de su persona, que no nombra la historia, cuales eran ciertos monosílabos ó gruñiditos que emitía miéntras miraba por el anteojo, un movimiento maquinal de apretarse el vientre con la mano izquierda, repentinos fruncimientos de cejas y algunas veces una sonrisa dirigida á su mayor general Berthier. Con su anteojo, su tosecilla, sus mugidos, sus golpes en la barriga, sus polvos de tabaco y sus delgadas y finas sonrisas, el *ogro de Córcega* nos estaba partiendo de medio á medio.



XVIII



Y digo esto porque la batería de la Veterinaria, después de una defensa heroica, caía en poder de los franceses, precisamente en el momento en que llegamos, refuerzo tardío, los de la puerta de los Pozos. Ya no había nada que hacer allí. ¿Podía prolongarse aún la resistencia en el Retiro? Así lo creimos en el primer momento; pero no tardamos en perder esta ilusión, porque atacado aquel sitio por treinta cañones, no tardó en entregar sus débiles tapias, que lo eran de jardín y no de fortaleza. Así es que mientras un regimiento de voluntarios y otro de ejército recibían á tiros con admirable arrojo en Recoletos á la primer columna francesa que se destacó á apoderarse de la puerta, los defensores del Retiro, faltos de recursos, de armas y de jefes, retrocedían al Prado, fiando la defensa á las barricadas de la calle de Alcalá. El momento aquel lo fué de gran pánico y de consternación; pero la verdad es que entre mucha gente apocada, la hubo también resuelta y decidida.

Perdido al fin Recoletos, corrimos todos por la calle del Barquillo hacia la de Alcalá, y cuando llegamos, ya los franceses eran dueños del Pósito, del palacio de San Juan, y procuraban apoderarse de San Fermín y de la casa de Alcañices. Fué muy mala idea la de construir la gran barricada más arriba del Carmen Calzado, dejando al descubierto la calle del Turco y todos los edificios del extremo de aquella gran vía; así es que los imperiales, apoderándose fácilmente de éstos y abriéndose paso después por el interior á la citada calle del Turco, dominaron de tal modo la

posición, que al cabo de un cuarto de hora de estéril tiroteo, vimos que era preciso buscar la nuestra un poco más arriba, entre Vallecas y el callejón de Sevilla. Se hacía fuego tenazmente desde los balcones de ambos lados de la calle, y no había casa alguna que no fuese improvisada fortaleza, pues la tenacidad de nuestros paisanos era tanta, que no les acobardaba ver la creciente ventaja del enemigo, su inmensa fuerza y arrogancia.

La población, ántes indecisa, cobraba ánimos al verse invadida, y un furor parecido al del 2 de Mayo inflamaba el pecho de sus habitantes. Escenas parciales de encarnizada y cruel lucha se repetían á cada rato en las casas invadidas; batíanse con ferocidad á arma blanca los que no la tenían de fuego, y el Emperador pudo ver de cerca aquella enajenación popular y aquel divino estro de la guerra, que varias veces mostró no comprender en paisanos y ménos en mujeres.

En medio de esta refriega se hizo la tercera intimación, y cuando creímos que nuestros jefes contestarían á ella mandando redoblar el fuego, observamos que éste cesaba en la gran barricada y que á todo escape corría á caballo el marqués de Castelar hácia la casa de Correos, donde estaba la Junta permanente.

—¿Qué hay, Sr. D. Diego?—pregunté á éste, viéndole venir hácia mí con su escarapela de *honrado*.—No sabía que también estaba usted entre nosotros.

—He estado en el Retiro desde el amanecer—me contestó.—Pero ¿qué se había de hacer con tan mala y tan poca artillería?

—¿Pero por qué ha cesado el fuego?

—El marqués de Castelar ha pedido una tregua para consultar á la Junta. Creo que habrá capitulación. ¿Has visto á Santorcaz?

—¿Yo?... Ni ganas.

—Pues te andaba buscando ayer tarde con mucho empeño.

—¿También se ha batido D. Luis?

—Vaya: en el Retiro estaba hace poco gritando como un furioso y jurando matar á los que nos han hecho traición. Pero luégo nos ha aconsejado que nos retiremos á nuestras casas, porque es imposible pelear contra los franceses.

Subían la calle arriba mucha gente del bronce, gran número de honrados, voluntarios y algunas mujeres, y según las imprecaciones que oí en boca de todos, se comprendía que los defensores de Madrid no habían recibido bién la suspensión de armas.

—¡Como que les han untao!—decía un majo de trabuco y charpa.

—¡Que nos han vendió!—exclamaba una mujer, en quien me pareció reconocer á la viuda de Chinitas.

—Si cojo á Castelar por delante, me lo como.

—Ya me percataba yo que el Tomasillo Morla estaba vendido al Tuer-to. ¿Cuánto va á que él puso los cartuchos de arena?

—¡Más vale morir que rendirse! Canallas, cobardes: si teneis miedo quitaos de en medio y dejadnos á nosotros.

—Compañeros, ántes que la Côte de las Españas y la mapa del mundo, que es Madrid, caiga en poder de los gabachones, tuertos, botelludos, dejémonos matar tras esas piedras.

—¡Que hayamos vivido para ver esto!

—Ni la Junta, ni el Consejo, ni los generales, ni el corregidor, ni ninguno de esos Caifases tienen tanto así de vergüenza.

De este modo, en diversos estilos, expresaba el pueblo de Madrid su rabia, no tanto por verse casi vencido, como por echar de ménos el amparo de las autoridades, y encontrarse solo entre un enemigo formidable y un poder débil, incapaz de imitar las desesperadas sublimidades de Zaragoza y Valencia. Así es que desde la suspensión de la lucha, cundió el desaliento tan rápidamente, y la idea de una capitulación indispensable se apoderó tan pronto de todos los espíritus, que las armas se caían de las manos.

Cercados por poderoso enemigo, ¿qué podía hacerse sin entusiasmo, y qué entusiasmo cabía allí donde los jefes no contaban para nada con lo extraordinario, con lo divino, con aquella táctica ideal y no aprendida, que ó detiene las catástrofes ó las hace gloriosas, no dejando al vencedor sino lo material de la victoria, la posición topográfica, aquello que podrá ser lo principal en los hechos de un día, pero que es lo secundario y lo último en la historia?

El pueblo español, que con presteza se inflama, con igual presteza se apaga, y si en una hora es fuego asolador que sube al cielo, en otra es ceniza que el viento arrastra y desparrama por el bajo suelo. Ya desde ántes del sitio se preveía un mal resultado por la falta de precaución; la escasez de recursos y la excesiva confianza en las propias fuerzas, hija de recuerdos gloriosos á todas horas evocados, y que suelen ser altamente perjudiciales, porque todo lo que aumenta la petulancia, lo hace quitándoselo al verdadero valor.

Lo que habían preparado las discordias, la impremeditación y la soberbia, rematólo la excesiva prudencia de autoridades timoratas, que además de no ver dos palmos más allá de sí mismas, no comprendieron

que la capital no debía rendirse con ménos aparato que la última aldea de Castilla. La presencia de Napoleón traía á aquellos pobres señores muy azorados, y tanto se preocuparon de sus togas, de sus posiciones, de sus fajas y de sus sueldos, que con todas estas telarañas ante los ojos, era imposible que pudieran ver otra cosa.



XIX



Dióse orden de que los cuerpos ocuparan sus primitivas posiciones, y partí otra vez á los Pozos, contemplando por el camino el espectáculo de Madrid abatido y desilusionado. En algunas partes escenas de escandalosa protesta contra las autoridades y amenazas y gritos: en otras, vergonzoso silencio y raras manifestaciones de la general angustia. Cuando llegué á la puerta de los Pozos, los soldados y voluntarios estaban en actitud un tanto sediciosa. El Gran Capitán, que continuaba en el jardín de Bringas, no quería creer la noticia de la próxima y ya inevitable capitulación.

—Gabriel—me dijo,—eso que cuentan no puede ser cierto, y sin duda es alguna estratagema de D. Tomás de Morla. ¡Cómo se miente! ¿Creerás que unas desvergonzadas mujeres llegaron aquí diciendo que el Prado y media calle de Alcalá estaban en poder de la Francia? Me dió tal enfado, que si no estuviera mi mujer entre las que tal insolencia decían, las habría atravesado de parte á parte.

No quise darle un disgusto, y callé.

—Aquí hemos tenido un combate terrible—continuó.—Se atrevieron á acercarse, y esa compañía de voluntarios salió y les hizo tan terrible fuego, que no han vuelto á asomar las narices. En tan grande acción no tuvimos más que cinco muertos y once heridos.

Ví, en efecto, que Pujitos se ocupaba en acomodar estos últimos en las casas inmediatas con auxilio del generoso vecindario, y que en torno á los cinco primeros una multitud de mujeres entonaban estrepitoso mi-

serere de imprecaciones y lamentos. En las cuatro puertas septentrionales no había ocurrido otra lucha importante que aquella que Fernandez me refería.

El cual prosiguió así:

—Pensar que aquí nos rendiremos, es pensar en lo imposible. Ríndase todo Madrid, mas no se rendirán los Pozos. ¿No es verdad, muchachos?

Los *muchachos*, sentados en el suelo del citado jardín, y á la redonda,



despachaban unas sopas, acompañados de mujeres y chiquillos; y con tanta gana comían, y tal era su pachorra y tranquilidad, que no me parecieron dispuestos á secundar los gigantescos planes del portero de la oficina de Cuenta y Razón. Antes bién, el uno con su reumatismo, el otro con sus toses, y aquél con sus escalofríos, tenían cara de satisfechos por el fin de una aventura que empezó con visos de ser broma pesada.

—Pues si está de Dios que nos rindamos, nos rendiremos—dijo un bravo, que lo ménos tenía á cuentas sesenta años y pico.

—Hemos hecho todo lo que exigía el honor. No es posible más—dijo otro.—Cuando los jefes han acordado la rendición, ya sabrán que es imposible resistir.

—Yo—añadió un tercero—he cumplido con mi deber. Lo ménos he disparado tres tiros.

—Y yo, aunque no he disparado ninguno, le cargaba la escopeta á aquel soldadillo del bigote rubio.

—Esto no se puede oír—exclamó bramando de ira D. Santiago.—Pero ¿qué se puede esperar de unos hombres que se ponen á comer sopas, cuando tenemos á cién varas de nosotros al vencedor de Europa? ¡Fuera de aquí, almas de mazapán, cuerpos momios y sangre de arroyo! ¿De qué os sirven esas canas que estais deshonrando? ¿De qué vuestros años, hasta ahora no envilecidos? ¿De qué el haber asistido á aquellas gloriosas campañas...? Nada, lo dicho dicho. Se rendirá Madrid; pero no se rendirán los Pozos.

—Mira, marido mio—dijo á esta sazón Doña Gregoria, que en unión de otras vecinas había venido con un canastillo y algo de bebida para Don Santiago,—ya has cumplido con tu deber; ya te has portado como un valiente, y tan es así, que por todo Madrid andan contando las hazañas que has hecho, y hasta el capitán general dicen que echó un discurso poniéndote por modelo de los buenos patriotas. Basta ya, y puesto que todo se acabó, y no hay más guerra por ahora, no seas testarudo. ¿Qué vas á hacer tú solo?

El Gran Capitán no contestaba y paseo arriba, paseo abajo, con el arma al brazo, atendía tan sólo á sus agitados pensamientos.

—Dejémonos de tonterías, marido mio—añadió Doña Gregoria,—y vamos á despachar este cocidito y esta botella de vino. ¿Acaso puede Napoleón decir que te ha vencido? Eso no, porque buen cuidado tuvo de no asomar por aquí; que si tú lo llegas á coger...

—Quítate de mi vista, vete de aquí—exclamó de improviso el veterano;—y no me seduzcas con tu cocidito y tu bebida, que no soy hombre que se entrega á la molicie en días de peligro. Afuera los cantos de sirena, y las seducciones del amor y los ricos manjares. No como: he dicho que no como, y basta. He dicho que no volveré á mi casa vencido, y no volveré. Se rendirá Madrid; pero yo no me rindo.

—¿Hay hombre más cabezudo?

Entonces el Gran Capitán llamó á su mujer y llevándola aparte con-

migo á un rincón de la huerta de Bringas, que era donde estábamos, le habló así muy gravemente:

—Señora Doña Gregoria Conejo, ¿cuánto hace que nos casamos?

—Cuarenta y cinco años, tres meses y nueve días, si no cuento mal—respondió absorta la anciana, sin comprender en qué pararía aquello.

—En estos cuarenta y cinco años, tres meses y nueve días, ¿le he dado algún disgusto á la señora Doña Gregoria Conejo?

—No, marido mio—respondió algo conmovida.

—Pues bién: si le he dado alguno, le ruego que me lo perdone, y está dicho todo.

—Tú estás loco, Santiaguillo. ¿Á qué dices esas necesidades?

—¿Tiene usted alguna queja de su marido?

—Yo no; como él no la tenga de mí...

—Pues por mi parte—dijo el Gran Capitán, con alguna emoción,—yo le digo á Doña Gregoria Conejo que la quiero hoy lo mismo que el día en que nos



El Gran Capitán.

casamos, y que todavía me parece tan guapa, tan mona y tan salada como cuando éramos novios, y que no tengo ninguna queja de ella, más que la de no haberme dado hijos, lo cual en verdad ha sido voluntad de Dios.

—Sí, niñito mio—respondió la vieja;—¿pero á dónde va tanto hablar?

—Esto va á que te retires y me dejes, porque si no reñimos por primera

vez. Pero te has de ir perdonándome todo agravio que te haya hecho en el discurso de nuestra común vida. En mi testamento te dejo todo cuanto poseo, que no es mucho, y además de las ocho misas que dejo mandadas, harás que me digan otras ocho. Y quiero que me entierren con mi lanza y con los dos reales que me dió D. Luis Daoiz, cuando le llevé las botas á la calle de la Ternera, y basta ya de palabras.

—¡Ay, Santa Virgen de Maravillas, que mi marido está loco y se quiere matar!—exclamó Doña Gregoria, echándole los brazos al cuello.—Santiago, no digas tales simplezas... ¿Me quieres dejar viuda? ¿Qué es eso de testamentos y de misas?

—He dicho que si Madrid se rinde, no se rendirán los Pozos, y si los Pozos se rinden, no se rendirá el jardín de Bringas—afirmó secamente el anciano, deshaciéndose de los brazos de su esposa.—¡Atrás, seductora; atrás, sirena; atrás, flaqueza de mi valor!

—¡Bárbaro, animal!—dijo llorando la buena mujer.—¡Este pago me das; así tratas á la que te ha querido tanto! Si fué ayer cuando nos casamos, y me parece que te estoy viendo venir con tu gorra de cuartel, tan garboso y tan chusco, á la reja de la casa donde yo servía... Á ver, chiquillo, si te acuerdas de aquellas coplitas que me cantabas...

—Yo no estoy para coplitas, señora. Retírese usted.

—¡Y estar una queriendo á un hombre cincuenta años, estar una enamorada toda la vida y mirándose en los ojos de su marido, para recibir este pago!... Santiago, mira que me enfado. Vámonos á casa, y maldito sea el Emperador, causante de mis desgracias, y á quien vea yo comido de perros.

Ni los ruegos, ni las amenazas, ni los artificios de su mujer quebrantaron la entereza de mi ilustre amigo, el cual, resistiéndose á tomar alimento por no caer en la molicie, rechazando toda idea de descanso, volvió á pasearse de largo á largo en la extensión de la huerta, arma al brazo.

Y sucedió que una infinidad de chiquillos del barrio, á quienes ántes se había prohibido introducirse allí, vencieron por fin con la gran fuerza de su curiosidad y travesura los rigores de la guardia; se colaron repentinamente y en tropel, recorrieron la fortificación, metiendo las narices por todas partes y tocando con sus manos los cañones y cureñas, gozosos de ver tan de cerca todo aquel tremendo aparato. Como el asedio se daba por concluido, nadie se cuidaba de estorbar su impertinentísima inspección y entrometimiento. Luégo que en todo pusieron las manos, las narices y los ojos, empezaron á echárselas de soldados, dando gritos de guerra

y marchando á compás, todo según en las personas mayores habían visto, y con estos militares aspavientos entráronse por la huerta de Bringas adelante, batiendo cajas, disparando tiros, soplando cornetas y relinchando al modo de caballos, todo hecho con la boca, en mil discordes sonos que atronaban el espacio. Y en cuanto divisaron á D. Santiago Fernandez, á quien los más conocían, fueron derechos á él y le rodearon, gritando entre saltos, brincos, cabriolas y corcovos: "¡Viva el Gran Capitán, viva el Grandísimo Capitán!",

Visto y oído lo cual por nuestro insigne veterano, paróse, y quitándose el sombrero, hizo varios saludos y cortesías, diciendo:

—Gracias, mil gracias, señores míos. Ya he dicho que si Madrid se rinde, yo no me rindo.

Las aclamaciones y los chillidos, siempre acompañados de zapatetas, cabriolas y vueltas de carnero, tocaron los límites del delirio.

—Todos vosotros sois grandes patriotas, ¿no es verdad?—prosiguió mi amigo;—y no como estos cobardes, corrompidos por los placeres. Ya veo que la juventud vale más que la edad madura, y á mi lado os quisiera ver, valientes españoles, defendiendo á nuestro amado monarca.

La algazara y jaleo de los muchachos al oír esto fué tal, que no cabe en descripción ni en pintura, pues no parecía sino que cuantos angelitos engendraron los matrimonios de un siglo estaban allí haciendo de las suyas. Allí viérais el correr, el atropellarse, el darse de coscorriones, el cantar y gritar, el batir palmas, el tirar coces, el correr y dar vueltas arremolinándose en torno de mi amigo, cuyas piernas por largo tiempo estuvieron sin movimiento en medio de aquel zumbador enjambre.

—Tantas muestras de afecto, señores—dijo al fin,—me conmueven, y no las puedo considerar sino como una prueba de lo bién acogida que ha sido en Madrid mi conducta. Pero digan ustedes por ahí que el cumplimiento del deber no merece alabanzas, pues éstas sólo son para lo extraordinario y heroico. Mi deber es defender este sitio, y le defenderé. Con que basta ya de aclamaciones y aplausos.

Pero que si quieres. Buena familia era aquella para hacer caso de amonestaciones. Fué preciso que uno de los jefes diera orden de echarlos afuera, y aún así costó trabajo librar á D. Santiago de tan ruidosa ovación. Además quiso nuestro coronel que todas las personas extrañas desalojaran el recinto fortificado, y al fin no sin esfuerzo hicimos salir á las mujeres, inclusa Doña Gregoria, que se fué llorosa y entristecida, encargándome que no perdiese de vista á su buen marido.

No sé si he dicho que por los Pozos había pasado poco antes á caballo

D. Tomás de Morla, camino de Chamartín, donde el corso tenía su cuartel general. Largo rato duró la conferencia con el Emperador, porque el regreso de Morla fué muy tarde, y por cierto que al volver, su rostro demudado y tenebroso demostraba que en la entrevista había habido sapos y culebras. Aquel gigante con corazón de niño fué tratado por Napoleón como un muchacho de escuela. Después se supo que el vencedor le puso cual no digan dueñas, sacándole á relucir el haber permitido que no se cumpliera la capitulación de Bailén, y amenazándole con fusilarle á él y á sus tropas, si la población no se rendía ántes de las seis de la mañana del día siguiente.

La tarde pasó sin ningún acontecimiento militar digno de contarse. Los franceses ocupaban sus posiciones sin hacer fuego, y nosotros, seguros de que todo se daría por concluido, estábamos también quietos y en expectativa. La agitación en el interior de la villa persistía; y según oí, numeroso gentío, nada tranquilo por cierto, llenaba la Puerta del Sol, con la atención fija en la casa de Correos, residencia de la Junta.

Rendido de cansancio, el gran Pujitos tendióse en el suelo junto á mí y me dijo:

—Ya esperaba yo esto que ha pasado. ¿No te dije que los traidores iban á vendernos á los franceses?

—Más que á la traición—respondí con mucha tristeza,—debemos atribuir este mal resultado á la falta de recursos para la defensa.

—¿Qué?—exclamó el héroe con mucho enojo.—¿Qué falta de recursos, ni qué niño muerto! Con los voluntarios basta y sobra. Pero hijo, contra traidores nada podemos, y así los vea yo podridos, y mala sarna se los coma. Hace poco estuvo aquí el malcarado y peor chapado Santorcaz, y no lo despabilé por aquello de que uno no quiere meter bulla en estas ocasiones; pero...

Y dió un resoplido amenazador que anunciaba exterminadores proyectos contra los enemigos de la patria.

—¿Y á qué vino acá ese charlatán embaucador?

—Á buscarte, muchacho. ¿Sabes que debes andarte con cuidado! Cuando le dijimos que no estabas, dió la gran patá en el suelo y apretó los dientes. Venían con él Majoma, Tres Pesetas y otros perdidos que ahora le hacen la comitiva, junto con un tal Román, que fué criado de una casa rica. Éste, cuando oyó que no estabas y vió que Santorcaz daba aquella gran patá, le dijo: "Pues esta noche no se nos escapará.", ¿Qué tal? Mala gente es esa, Gabriel, y ya te dije que están vendidos en cuerpo y alma á los franceses. De modo que ahora hay que huir de ellos como de la sar-

na, porque los meterán en lo que llaman la pulicía, que es al modo de alguaciles, para prender al que se les antoje.

—No me prenderán á mí—dije,—por lo ménos miéntras sea soldado. Después de la rendición, yo buscaré medios de que no me cojan, aunque



la verdad, amigo Pujitos, no sé por qué me quieren mal esos señores, ni por qué hablan de si me escaparé ó no me escaparé.

—Te digo que son más malos que Judas, y que ahora harán ellos migas con los franceses, como que todos son unos, lobos y zorros... pués, y á todo el que tengan entre ojos le molerán á palos, si no es que me le ar-

man un tremontorio de otrosís, y me lo empapelan y me lo ponen á la sombra.

—En todo eso que ha dicho el amigo Pujitos—respondí—hay mucho de verdad. Quiera Dios no nos den que sentir esos bergantes; y si en Madrid no podemos vivir, afuera todo el mundo y combatamos allí donde sepan morir ántes que rendirse á los franceses.

Levantóse el héroe, y poniéndose la mano en el pecho, hizo exclamaciones del más ardiente patriotismo, después de lo cual nos separamos.

Al avanzar la noche, la tropa de línea que estaba en los Pozos, recibió orden perentoria de internarse, y fué que cuando la Junta acordó formalmente la capitulación, no queriendo el marqués de Castelar presenciar este hecho, ni tampoco que se rindiera la tropa, discurrió el escapar con ella por la puerta de Segovia, lo que verificó con toda felicidad á media noche. Solos los paisanos, ¿qué esperanza quedaba? Para que la rendición de Madrid fuera honrosa, la diplomacia, no las armas, debía hacer un esfuerzo.

Yo conté al Gran Capitán lo que pasaba, con la esperanza de que, desalentado, se retirase á su casa, como habían hecho otros pobres veteranos, convencidos de su inutilidad. Él juró y perjuró que era imposible una capitulación acordada por la Junta; pero contra lo que yo esperaba, de repente dijo:

—Tengo que ir á mi casa, Gabriel: ¿quieres acompañarme?

—Al instante—le contesté.

Y pedimos permiso al jefe, que nos le concedió de buen grado. Era ya muy entrada la noche.



XX



RONTO llegamos á nuestra morada de la calle del Barquillo. Abrió mi amigo la puerta de su casa, con llave que consigo llevaba, subimos, abrió la entrada de su domicilio de la misma manera, y encontrámonos dentro de la salita, donde tantas veces me ha visto el discreto lector en compañía de mis amables vecinos. En la pared del fondo, donde desde inmemoriales tiempos tenía asiento la lanza consabida, había una especie de altarejo, sobre cuya tabla, dos velas de cera, puestas en candeleros de azofar, alumbraban una imágen de la Virgen de los Dolores, un San Antozio y otros muchos santos de estampa, que de los cuatro testers habían sido descolgados para congregarlos allí. Algunas cintas y lazos, á falta de flores, servían de adorno al improvisado tabernáculo, con varios jarros y cacharros antaño lujosos y bonitos, pero ya perniquebrados, mancos y heridos. Delante de todo esto estaba el sillón de cuero, y sentada en él Doña Gregoria, profundamente dormida. La pobre mujer, que de tal modo se había rendido al cansancio, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, aún humedecida la cara por recientes lágrimas, y sus cruzadas manos indicaban que el sueño la había sorprendido en lo mejor de su fervorosa oración.

Quedóse suspenso el esposo al verla, y después me dijo:

—Gabriel, no hagamos ruido, porque no se despierte; que más vale que descanse la pobrecita.

Después, llegándose á una cómoda vieja que en un rincón había, añadió en voz muy baja:

—Aquí en la tercera gaveta está mi testamento, y en esta otra todo el dinero que tengo ahorrado, con el cual mi mujer puede mantenerse en lo que le quedare de vida, que no será mucho. Voy á escribir mis últimas disposiciones. No chistes, ni me respondas nada.

Y acto continuo sentóse junto á la mesilla, y con una pluma de ganso mal cortada, trazó sobre un papel dos docenas de torcidas líneas.

—Aquí dispongo—añadió, alzando la vista del papel,—que las misas me las digan en San Marcos, donde está enterrado D. Pedro Velarde, ese valiente entre todos los valientes. En cuanto á mis huesos, no dispongo nada, porque no sé dónde caerán.

—¿Todavía está usted con esas manías?—dije.—Hablaré en voz alta, para que despierte Doña Gregoria y le ponga á usted las peras á cuarto.

—No harás tal, porque te estrangularé; que no quiero que ella abandone su blando sueño para pasar amarguras. Aquí en esta primera gaveta dejo mi última disposición.

Y luego levantándose y acercándose de puntillas á su mujer, la contempló un buen espacio, pálido y conmovido: después de un rato, llevóme á la alcoba inmediata, y sentándose en la cama en sitio desde el cual, al través de la mampara medio abierta, se veía el rostro de Doña Gregoria, iluminado por las luces del altar, hablóme así:

—Si algo enflaquece mi ánimo, es la vista de mi inocente esposa, á quien voy á dejar viuda. Te confieso que al considerar esto, se me nublan los ojos, se me oprime el corazón y estoy á punto de dar al traste con toda mi fiereza. ¿No la ves desde aquí? Parece que fué ayer cuando nos casamos; parece que no han pasado cuarenta y cinco años, y se me representa con la misma celestial figura que tenía allá por los tiempos de Maricastaña, cuando yo iba á la reja, llevándole media libra de peras en el pañuelo ó un par de mantecadas de Astorga. En todo este tiempo no me ha dado que sentir, y hemos vivido como dos palomos, queriéndonos lo mismo que el primer día. ¿No la ves desde aquí? ¿No ves su hermosa cara tan serena y tranquila, á pesar de su tristeza? Yo la estoy viendo con sus cabellos de oro, con su boquita encarnada como un casco de granada, con sus dulces ojos azules, que al mirarte parece que se abre el cielo delante de los tuyos; estoy viendo el nácar de su tez y su airoso y gentil cuerpecito, lo mismo que su garganta alabastrina. ¡Oh, Dios mio! ¡Tan hermosa, tan buena y tan desgraciada!

Bién por efecto de la imaginación, ofuscada por aquellas palabras, bién porque la situación diese á Doña Gregoria ideales encantos, lo cierto fué que, á pesar de sus blancos cabellos, de su tez arrugada y de su en

tantas partes notoria vejez, la estaba viendo tan hermosa como el Gran Capitán decía. ¡Milagroso efecto del pensamiento!

—Mira, Gabriel; desde que nos vimos hace cincuenta años, nos quisimos: vernos y querernos fué todo uno, lo mismísimo que cuentan de los amantes de Teruel. Un lustro duró nuestro noviazgo, porque yo no tenía posibles; pero desde el primer día concertamos la boda. Durante aquel tiempo, ni riñas, ni bromicas, ni celillos. Nunca hemos tenido celos el uno del otro, porque desde el primer día la confianza fué nuestro norte. Todos me tenían envidia. ¡Ay! Cuando nos casamos fuimos tan felices, que no

hubiéramos cambiado nuestra casa por siete imperios. Y desde entónces, hijo, esta felicidad no se ha alterado. ¡Ay! se me parte el corazón al pensar que desde mañana se acostará sola en esta cama, que por cuarenta y cinco años nos ha visto juntitos.

Al decir esto, el Gran Capitán se llevó el pañuelo á los ojos para secar sus lágrimas.

—Vamos, amigo—le dije;—de veras no sé si

reirme ó enfadarme, oyendo lo que usted dice. ¿Está loco por ventura?

—Si tú no comprendes esto—contestó D. Santiago Fernandez,—es porque eres un simplón y un majadero egoista. ¿Tú sabes lo que significa cumplir con su deber? ¿Tú sabes lo que significa el honor? y si sabes todo esto, ¿ignoras lo que es la honra de la patria, que vale más que la propia honra? Escúchame bién: si me causa angustia y pesar la consideración de la viudez de Gregorilla, mayor, mucho mayor pena me causa el considerar que la capital de España se entrega á los franceses. Esto es terrible, esto es espantoso, y no vacilaría en dar mil vidas y sufrir todos los tormentos por impedirlo. ¡España vencida por Francia! ¡España vencida por Napoleón! Esto es para volverse uno loco; ¡y Madrid, Madrid, la cabeza de todas las Españas, en poder de ese perdido! De modo que una nación como esta, que ha tenido debajo de la suela del zapato á todas las otras naciones, y especialmente á Francia; de modo que esta nación, que ántes



no permitía que en la Europa se dijera una palabra más alta que otra, ¿ha de rendirse á cuatro troneras hambrones? ¿Cómo puede ser eso? Eche usted á los moros, descubra y conquiste usted toda la América, invente usted las más sábias leyes, extienda usted su imperio por todo lo descubierto de la tierra, levante usted los primeros templos y monasterios del mundo, someta usted pueblos, conquiste ciudades, reparta coronas, humille países, venza naciones para luégo caer á los piés de un miserable emperadorcillo salido de la nada, tramposo y embustero. Madrid no es Madrid si se rinde. Y no me vengan acá con que es imposible defenderse. Si no es posible defenderse, deber de los madrileños es dejarse morir todos en estas fuertes tapias, y quemar la ciudad toda, como hicieron los numantinos. ¡Ay! todos mis compañeros se han portado cobardemente. España está deshonrada, Madrid está deshonrado. No hay aquí quien sepa morir, y todos prefieren la mísera vida al honor.

—Pero cuando no se puede triunfar—le dije,—es una temeridad seguir peleando, y más vale guardar la vida para emplearla con éxito en mejor ocasión.

—¡Simplezas y tonterías! El honor mandaba á los madrileños morir ántes que rendirse, y el honor nos manda á los de la puerta de los Pozos que muramos todos allí ántes que entregarla.

—Pues no creo que estén dispuestos á ello.

—Pues yo lo estoy, porque mi conciencia, que es la voz de Dios, me lo manda. Se rendirá la puerta; pero el jardín de Bringas está bajo mi mando, y el que quiera entrar en él pasará sobre mi cadáver.

—¡Temeridad loca, y hasta ridícula!

—Así será para los que no tienen idea de la honra de la patria, y para los que no ven nada más allá de esta ruín existencia, ni nada más allá del pan que comen todos los días.

—Entregarse de ese modo á la muerte es un suicidio, y el suicidio es un gran pecado.

—No es suicidio; no. La ley ineludible de la patria me ha puesto en un lugar que debo defender, aun á costa de la vida. ¿Que vienen fuerzas superiores? ¡pues vengan! La patria me manda esperar tranquilo, y la ley me veda el apartar los piés de aquel sitio. ¿No morían los mártires por la religión? Pues la patria es una segunda religión, y ántes que faltar á su ley, el hombre debe morir. ¿Y qué es la muerte? Los necios se asustan de la muerte, porque la muerte les quita el comer y el gozar. ¡Mentecatos! ¿Por ventura no son mejor comida y mejor goce los de la bienaventuranza eterna? Ve ahí á mi esposa. Cierto que me aflige dejarla; pero sé que

la perderé de vista tan sólo por algún tiempo, y que sus virtudes la llevarán luego á donde la tenga delante de mis ojos durante todas las eternidades, sin cuya compañía creo que el mismo Cielo me sería fastidioso. ¡Morir! ¡Ahí es gran cosa morir, y apañado tienes el ojo! ¿Pues acaso el morir es mal que puede compararse siquiera al dolor de un rasguño en la tierra? Y si el morir no es nada para el miserable cuerpo, ¡cuán grande y fausto suceso no es para nuestra alma, mayormente si por la nobleza de nuestro fin nos empingorotamos sobre todas las cosas nacidas! ¡Morir por la patria, morir en el puesto que á uno le marca su deber, morir no por conquistar un pedazo de tierra, ni por un cacho de pan, ni por una baja ambición, sino por una cosa que no se ve, ni se toca, cual es una idea y un sentimiento puro! ¿No es equipararnos á los santos del Cielo y acercarnos á Dios todo lo que acercarse puede una criatura?

Dicho esto, calló. No le contesté nada, porque tanta grandeza me tenía anonadado.

Al cabo de un buen espacio volvimos de la alcoba á la sala; acercóse él con pasos muy quedos á Doña Gregoria, y le dió muchos besos, tan en flor por no despertarla, que apenas tocaban sus labios el arrugado cutis de la anciana.

Luego enjugóse las lágrimas, y dirigiendo una mirada en redondo á todos los objetos de la sala, me dijo con voz grave y entera:

—Gabriel, vamos.





XXI

No valían razones contra él, y cuanto yo pudiera decirle habría sido predicar en desierto, razón por la cual determiné cesar en mi obstinación, reservándome el emplear después cualquier estratagema para impedir una desgracia. Como durante la visita á la casa había transcurrido mucho tiempo, cuando salimos principiaba ya á clarear la aurora, y advirtiéndolo

por las calles más gente de la que en tales horas suele encontrarse, nos fuimos á curiosear un poco ántes de volver á los Pozos. Serían las seis cuando entrábamos en la calle de Fuencarral, y como era esta la hora señalada para la rendición, subían y bajaban por la citada vía numerosos grupos de hombres, armados unos, sin armas otros, pero todos puestos en mucha agitación. Había quien en alta voz declamaba contra lo capitulado, poniendo á Morla, á la Junta y á Castelar como ropa de pascua; otros se desahogaban insultando á Napoleón; muchos rompían las armas, arrojándolas al arroyo; no faltaba quien disparase al aire los fusiles, aumentando así la general inquietud; y por último, hacía el Arco de Santa María vimos algunos frailes dominicos y de la Merced que arengando á la muchedumbre procuraban calmarla.

—Vamos, corramos á nuestro puesto—dijo Fernandez,—no sea que nos tengan preparada alguna sorpresa.

—Aún no es la hora designada—repuse, procurando entretenerle de modo que llegáramos tarde.

—¿Cómo que no?—clamó con exaltación, avivando el paso.—Corramos, no sea que lleguemos tarde y entreguen los Pozos. Mal hemos hecho en abandonar nuestro puesto por una necia sensiblería. ¡Quién sabe lo que hará esa gente si no estoy yo por allí! Corramos, pues ya he dicho que se rendirá Madrid; que se rendirán los Pozos; que se rendirá el jardín de Bringas; pero que el Gran Capitán no se rinde.

Empezamos á correr, cuando detúvome de improviso un hombre que en opuesta dirección venía. Era Pujitos.

—Gabriel—me dijo muy sofocado:—vuelve atrás, no vayas á los Pozos; echa á correr y escapa como puedas.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?—preguntó mi amigo con la mayor zozobra.—¿Ha venido Napoleón en persona?

—¡Qué Napoleón ni qué Juan Lanas!—añadió Pujitos, empujándome para que retrocediera.—Corre presto, que si llegas allá te echan mano. Ahora mismo han estado esos perros por tí.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser sino D. Luis Santorcaz, ese que llaman Román y los tres ó cuatro pillos que andan con ellos?

—¿Y á mí para qué me buscan?

—Para prenderte.

—¿Y quién es él para prenderme?—exclamé lleno de ira.—¿Pero no dijeron por qué me quieren prender? ¿Qué he hecho yo?

—Sí dijeron, y es un aquel de traiciones que has hecho, y no sé qué

diabluras. Con que á correr. Mira que vienen. Aire á los piés y buenos días.

—¡Eh! basta de simplezas—dijo el Gran Capitán,—y no me detengo más, que hago falta en otra parte.

Y marchóse resueltamente hácia arriba sin decir nada más. Luégo que me quedé sólo con Pujitos, proseguimos nuestro altercado, él queriendo obligarme á que retrocediera, y yo obstinándome en seguir, pues me parecía una fábula aquello de mi prisión y la mudanza de Santorcaz y Román en alguaciles, y sobre todo en perseguidores míos por traiciones que yo no había soñado en cometer. Pero al fin logró convencerme recordando pasados hechos que podían explicar, ya que no justificar, aquel hecho como una venganza; creí prudente seguir el consejo de mi compañero de armas, hombre que no por ser tonto dejaba de ser honrado, y me escurrí á buén andar en dirección al Espíritu Santo.

Cerca de la calle Ancha tuve un feliz encuentro en la aparición de mi reverendo amigo el fraile mercenario, que seguido de mucha gente venía en dirección opuesta.

—¿Á dónde vas, Gabriel?—me dijo deteniéndome.

—Voy huyendo, padre—le respondí;—huyendo de infames enemigos que me persiguen sin motivo alguno.

—¿Quién, quién es el atrevido que te persigue?—exclamó briosamente.

—Hombres pérfidos, hombres inícuos que han sido espías de los franceses, y ahora aparecen como oficiales de la justicia.

—¿Pero de qué justicia? ¿Quién nos manda? Sepámoslo de una vez. ¿Nos manda aún nuestra sala de Alcaldes, ó nos manda un bigotudo general francés, en nombre de Napoladrón? ¿Ha capitulado ya la plaza?

—No lo sé, padre; pero es lo cierto que esos hombres me buscan para prenderme, y con autoridad ó sin ella, llevan sus reales despachos en toda regla, que maldito sea el que se los dió para que satisfagan infames venganzas personales.

—Vamos á ver qué es eso...

—No, padre, yo no pienso ver nada más que la calle por donde corro, porque conozco la clase de gente en cuyas manos voy á caer.

—Por la Santísima Virgen del Carmen, que nadie te ha de tocar al pelo de la ropa, al ménos yendo conmigo. Ea, señores—añadió Salmón, volviéndose á los que le seguían;—me voy á mi casa. Se despide de ustedes el padre Salmón, de la orden de la Merced; ya no soy nada, hijos míos; ya no teneis padrino Salmón; ya no teneis quien os predique, ni quien os aconseje, ni quien os diga cosas alegres. Se acabó todo: España

es de los franceses; adios frailes y monjas, que á todos nos van á quitar de en medio, hijos mios, y no hagais pucheros, que de nada valen ahora estos pucheros, pues no se defiende la religión con lagrimitas... No lloreis, que *tarde piache*, como dijo el otro, y sucumbamos. Adios, hijos mios, que ahora os quieren hacer á todos herejes, y los religiosos estamos de más. Yo os hecho la bendición, y cuidado, cuidadito con los pecados. Y tú, jóven desgraciado, arrímate á mí, que aún nos queda un poquillo de influjo, y nadie te hará nada yendo en mi compañía. Ven conmigo á la Merced, y allí procuraremos ponerte en salvo.

Cuando marchamos juntos hácia la calle Ancha, oímos en derredor nuestro estentóreas y acaloradas voces de hombres y mujeres que gritaban: "¡Viva el padre Salmón! ¡Muera Napoleón! ¡Muera el rey de Copas!,"

—En mi convento estarás seguro—me dijo luégo el mercenario,—hasta que puedas salir de Madrid. ¿Piensas salir?

—En cuanto me sea posible, padre; no puedo ni debo estar más aquí.

—Haces bién: algunos compañeros mios piensan marcharse también á levantar por ahí el espíritu de los pueblos. Yo no saldré de Madrid, porque mi naturaleza es tan delicada y flatulenta, que no resiste los trabajos, hambres y estrecheces de una misión. Á la casa de Madrid me atengo; ni quito ni pongo rey, y aunque dicen que el hermano de Copas nos quiere quitar, todo es filfa, hijo mio. Yo sé que andan por Madrid emisarios del Emperador que nos hacen la mamola á cencerros tapados para que le rindamos pleito homenaje y transijamos con él, con cuyo requisito prometen tratarnos á maravilla, por lo cual opino que tan bién se sirve con Pedro como con Juan, y adelante con los faroles, porque si tienes hogazas no pidas tortas, y si te dan la vaquilla acude con la soguilla, que como dijo el otro, mano que da mendrugo, buena es aunque sea de turco.

—Tan sumergido estaba yo en mis pensamientos, que no contesté á mi amigo, si bién mi silencio no fué parte á que dejara de seguir hablando por todo el trayecto, durante el cual no nos ocurrió desgracia alguna, ni tuvimos ningún mal encuentro.

—Ya estamos en casa—me dijo cuando entramos.—Sube y probarás de unas estaquitas de la olla de ayer que el refilotero me ha guardado para hoy, poniéndolas con arroz, y te advierto que en todo lo que sea de arroz, soy una especialidad, y á mí se me debe la introducción de las almejas y de la canela en la valenciana paella.

Entramos en su celda, donde me dejó, volviendo al poco rato con un cazuelillo debajo del manteo, y con esto y una botella que sacara de la alacena juntamente con una cesta llena de pedazos de pan, higos, aceitu-

nas, nueces, embutidos, queso, dátiles y otras viandas, aderezó un almuerzo que me vino de perillas.

—Esta misma celda en que estás, y que es la mía—me dijo mientras comíamos,—fué ocupada hace más de doscientos años, allá en los de 1620, por aquel insigne mercenario fray Gabriel Tellez, á quien generalmente se conoce por el maestro Tirso de Molina. Es fama que en este sitio, y quizás en esta misma mesa, escribió su célebre *Crónica de la órden*, porque comedias se cree que no hizo ninguna después de meterse á fraile.

—¿No le ha dado á Vuestra Paternidad por hacer comedias?—le pregunté.

—Hombre, algunas he hecho, y ahí están pudriéndose en aquella alacena. Mas no he intentado que se representen, porque el prior nos lo prohíbe, aunque todas son devotas. Una hice que no me parece mala, y se titula *El Santo Niño de la Guardia*. No deja de tener su sal otra que compuse con el rótulo de *La tutora de la Iglesia y doctora de la ley*, toda en sonetos arreo, entreverados con lo que se llaman sétimas reales; y me daba tanto el naípe por estas obrillas, que enjaretaba dos en una semana, y si no me lo prohibieran, le hubiera echado la zancadilla á Bustamante, que escribió trescientas veintinueve comedias de santos.

—¿Y en qué se ocupa ahora Vuestra Paternidad?

—¿En qué me he de ocupar, muchacho, sino en hacer jaulas de grillos? ¿No sabes que soy el primer jaulista de Madrid? Pues á fé que me dan poco trabajo las tales obras. Mira cuántas hay allí. Aquella que tiene tres pisos, con dos hermosísimas torres y su reloj figurado en el centro, es para las monjas de Constantinopla, y aquella otra redonda que está por concluir, para las Carmelitas Descalzas, que há un mes me tienen loco con la dichosa obra.

En efecto, todo un rincón de la celda estaba lleno de jaulas hechas y por hacer, con todos los materiales y herramientas propias de aquel oficio. De libros no ví sino los folletos y papeles que días ántes recogió en casa de Amaranta.

—Yo soy un hombre que abomina la holgazanería—continuó Salmón,—y no me parezco á otros de esta misma casa que no se ocupan en maldita la cosa, aunque hay algunos, la verdad sea dicha, como el padre Castillo, que noche y día están metidos en un mar de libros y papeles.

—Y en verdad, padre—le dije,—ya que no hay cautivos que redimir, todos ustedes deberían pasar el tiempo en algún útil menester.

—Pues los hay que como no sea tirar á la barra en la huerta y jugar al tute en la solana, no hacen nada. Y si no, en la celda de al lado tienes al

padre Rubio, que se pasa la vida haciendo acertijos y enigmas, los cuales envía á las monjas para que ellas le devuelvan la solución y nuevos problemas, y tienen establecidas ganancias y pérdidas para el que acierta y para el que yerra, las cuales ganancias y pérdidas consisten siempre en algo de condumio. ¿Pues y el padre Pacho, que se ha dedicado á hacer punto de media y labra unos primores?... Esto es andar á mujeriegas, lo cual no me gusta. Yo al ménos he hecho en lo tocante al arte eminentísimo de las jaulas adelantos admirables, y además me dedico á la medicina, para lo cual, con aquel Dioscórides que está á la cabeza de mi cama tapando la escudilla, me basta y me sobra.

Por estos caminos siguió nuestra conversación, hasta que me entró gana de dormir. Mi amigo pidió permiso al prior para que me quedase allí todo el día y aún toda la noche, refugiado contra una injusta persecución, y me llevaron á una celda vacía, donde en lecho muy blando me acomodé, rindiéndome de tal modo el sueño, que hasta el siguiente día no dí acuerdo de mí.



XXII



UANDO me levanté, y hube despachado el desayuno que con sus propias caritativas manos me llevó el padre Salmón, salí al cláustro alto, donde mi amigo me dijo:

—Hay grandes novedades. Ayer á eso de las diez se entregó la plaza á los franceses, una vez firmada la capitulación por el Emperador en su cuartel general de Chamartín.

—¿Y ha habido algo en los Pozos?—pregunté, acordándome con pesar del Gran Capitán.

—Creo que es el único punto donde hubo alguna resistencia, pues de todos los demás se apoderó sin dificultad el general Belliard, gobernador de la plaza.

Salió al encuentro de Salmón un fraile pequeño y viejo, que se apoyaba en un palo; hombre al parecer enfermo y de mal genio, que dijo:

—¿Sabe su merced, Sr. Salomón jaulista, las bases de la entrega?

—Hermano Palomeque, no las sé; pero creo que ha llegado fray Agustín del Niño Jesús, el cual dicen tiene una copia que le suministró un individuo de la Junta.

—¿Qué vuelta por el cláustro, padre Palomeque?—dijo un frailito joven, barbilindo, ancho de cuello, pulcro de rostro, arrebolado de nariz, nimio de cerquillo y con cierto aire galán, el cual de improvviso se unió á nuestro grupo.

—Lo que hay—contestó Palomeque con rabia, dando un bastonazo en el suelo,—es que anoche me han robado una gallina, de las seis que te-

nía en el corral, y ¡ay del pícaro zorrón si le descubro, que por nuestro santo hábito, si fuera cierta la sospecha que tengo de un fraile madamo y almibaradillo, yo le juro que me las ha de pagar!

—*¡Oh curas hominum! ¡Oh quantum est in rebus inane! ¡Oh cupidinitas gallinacea!* ¿Y todo ese enfado es por una polla seca y encanijada, con cuyo caldo se podía administrar el bautismo?



—Basta de bromas; y si era encanijada, no la tenía yo para ningún zángano—exclamó Palomeque.—Pero á otra, y díganme de una vez en qué terminos se ha hecho esa maldita capitulación. Por ahí asoma fray Agustín del Niño Jesús.

Llegó en efecto con paso grave el tal Niño Jesús, que era un fraile altísimo de estatura, moreno, de pelo en pecho, de aspecto temeroso, ojos fieros y una voz, por raro contraste, tan infantil y atiplada, que parecía salir de otra garganta que la suya. Seguíanle otros dos frailes.

—Vamos á ver, señor músico, ¿qué dice esa minuta?—le preguntó el fraile barbilindo.

—Ahora lo veredes, dijo Agrages—fué la contestación del padre Agustín.—Creo que

Napoleón ha aceptado todos los artículos, excepto dos ó tres de los ménos importantes.

—El primero—dijo Salmón—habla de la conservación de la religión católica, sin que se consienta otra.

—Justo—respondió el Niño Jesús, sacando un papel;—y el segundo de *la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos de Madrid*. Igualmente establece el respeto á las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes.

—Como no lo han de cumplir—indicó Palomeque,—excusado es que lo digan. Siga adelante.

—¿Para qué ha de leer más? Lo que sigue poco interés tendrá, y apuesto á que habla de si las tropas saldrán de Madrid con los honores de la guerra ó no.

—Justo—dijo fray Agustín,—y también hay otro artículo en que se

establece que no se perseguirá á persona alguna por opinión ni escritos políticos.

—Eso está muy mal pensado y peor resuelto—observó otro de los presentes, que era el padre Rubio, fabricante y artífice de acertijos,—porque si no quitan de en medio á los francmasones y diaristas...

Luégo el frailito almibarado, que era nada ménos que maestro de teología, llegóse á Salmón y le dijo:

—¿Se atreve Vuestra Paternidad á echar dos tantos á la barra esta tarde después de la siesta?

—¿Pues no me he de atrever?—contestó.—Y tú, Gabriel, ¿juegas á la barra?

—Este jóven—dijo el maestro de teología con bondad—¿es aquel portento de las humanidades, aquel consumado latinista de quien Vuestra Paternidad me habló?

—El mismo que viste y calza, ó por mejor decir, el segundo Pico de la Mirandola. Puede examinarle vuestra merced y verá lo que son castañas.

Yo repetí que no sabía palabra de latín, y que toda mi fama en dicha lengua provenía de una equivocación.

—*Modestus es*—dijo el teólogo.—Y puesto que es usted tan gran latino, contésteme á esto: ¿qué quiere decir *Vino á lo que vino*?

—Eso no es latín, sino castellano—repuso Salmón.

—¡Oh!—exclamó el otro, batiendo palmas.—Los dos se atascaron. ¿Con que castellano? Pues es tan latín como el *Arma virumque*. *Vino á lo que vino*, ó lo que es lo mismo, *vi no a lo que vino*, que traducido literalmente quiere decir *con fuerza nado y me alimento con vino*.

—Este fray Jacinto de los Traspasos de María es un pozo de ciencia—dijo Salmón.—Gabriel, te atascaste.

—Y díganme ustedes—prosiguió el otro,—¿qué quiere decir *Archiepiscopi toletani onerati sunt mulieribus*?

—Eso más claro es que el agua, mi señor don teólogo—repuso Salmón.

—Es una blasfemia y calumnia; pero valga lo que valiere, quiere decir, salva la intención, que los arzobispos de Toledo están cargados de mujeres.

—¡Oh gansos, oh acémilas! Ya les cogí otra vez—dijo fray Jacinto.—El *archiepiscopi*, que parece nominativo plural, es genitivo singular. De la palabra que suena *mulieribus* hago dos, á saber: *mulieribus*, y resulta: *los mulos del arzobispo de Toledo están cargados de riquezas*. ¡Ajajá! Pues y lo de tú comes caracoles, ¿qué significa?

—¡Oh! No estoy para quebraderos de cabeza—replicó Salmón.—Deje-

mos eso, y ya que en el latín me ha vencido, esta tarde le venceré á la barra.

—Esta tarde no—dijo Rubio,—pues fray Jacinto ha prometido venir conmigo á ver á las Constantinoplas, que están locas por conocerle.

—Y Castillo, ¿dónde está?—preguntó Palomeque.

—En misa.

—¡Oh *patres conscripti*!—exclamó otro fraile que vino á toda prisa por el claustro adelante.—¡Grandes y estupendas novedades! Han llegado tres consejeros de Castilla, y están en conferencia con el prior.

—¿Y á qué vienen esos consejeros del diantre?

—Según he oído, les manda Napoleón para que nos emboben, por ver si consigue que una diputación de regulares de todas las órdenes vaya á cumplimentarle y hacerle *randibú* en su cuartel de Chamartín.

—Antes al Demonio.

—¿Con que *randibú* al azote de los pueblos, al enemigo de la religión, al carcelero de nuestro Rey? Muy bién; tras de cornudo aporreado, y vengán palos, que con besar la mano que nos los da, todo queda concluido.

—Como se han de levantar contra Napoleón hasta las piedras, y al fin ha de marcharse con su hermano, excusado es andarse con mieles.

Á esta sazón llegó el padre Castillo, que venía de decir su misa, aquel discreto y agudo fraile que en casa de la señora condesa había hecho el espurgo de libros.

—Padre Castillo, ¿con que tenemos visita de consejeros de Castilla, para que nos humillemos ante Napoleón?

—No sé nada de esto.

—Yo estoy determinado á salir de Madrid é irme por esas provincias á predicar la guerra, juntando gente armada—dijo Rubio.

—Y yo, como me suelte por tierra del Barco de Ávila y eche allá cuatro sermones, levanto hasta las piedras—afirmó el Niño Jesús.

—Yo no me moveré de aquí—dijo Castillo.—En esta casa me mandan los estatutos que resida, y aquí residiré mientras no me echen. Fundóse nuestra orden para redimir cautivos, no para predicar guerra ni armar soldados.

—Muy bién dicho; mas tampoco se fundó para que la patearan Emperadores y la escupieran Juntas.

—Dios hará de nuestra orden lo que fuese servido—repuso Castillo.—En tanto, nosotros nos estamos mejor en nuestra casa que por montes y valles incitando á los hombres á matarse. Y no es que dejemos de ser patriotas. Más harán las oraciones de un fraile piadoso en pró de nuestros

ejércitos, que los sermones furibundos y crueles de esos desgraciados que con los hábitos al cinto se han lanzado á la guerra. Y dígame el buén Niño Jesús, ¿le parece meritoria y digna de un cristiano y de un sacerdote la conducta de ese dominico que no quiero nombrar, y que se ha señalado por sus sanguinarias excitaciones á la matanza de franceses? No, nada que sea contrario á las generales leyes de la caridad debe sacarnos de nuestra ordinaria vida.

—Con buenas retóricas se viene ahora el padre Castillo—dijo otro de



El padre Castillo.

los presentes.—No, sino hagámonos miel, para que nos papen imperiales moscas.

—Dígame—preguntó un tercero,—¿ha oído decir el Sr. D. Librote y Cata-pergaminos, que Napoleón va á reducir el número de regulares á la tercera parte? Pues sí, eso está muy bonito. Apláudalo el padre Castillo. Y nosotros veámoslo y callemos, ¿no? ¡Pues me gusta! De modo que si un conquistador atrevido pone en peligro nuestro instituto, lo daremos por bien hecho.

—¿Con que reducimos á la tercera parte?—dijo Salmón.—¡Bonita invención! Esas son las tan decantadas novedades de los filósofos y de todos esos masones á la francesa que hay ahora.

—No disputaré sobre si es conveniente ó no reducir el número de conventos—prosiguió Castillo.—Cuestión es esta delicada y sobre la que se podría hablar mucho. Lo que sí afirmo es que la reducción del número de regulares, y las ideas de poner coto á tantas fundaciones son bastante antiguas, y se han ocupado de ello mil eminentes repúblicos. Ya saben todos que en el siglo pasado se ha clamorado bastante sobre esto. ¿Y qué más? Á principios del décimo sétimo siglo, cuando aún no se soñaba en enciclopedias, ni en revoluciones, ni en lógicas, ni en filosofías, personajes respetables y entre ellos algunos españoles sapientísimos se expresaron en igual sentido. Como me dedico á buscar papeles viejos, ¡vean mis caros hermanos la casualidad! en estos días he encontrado dos que vienen como de molde á terciar en esta contienda.

Y al punto fué á su celda, que muy cerca estaba, y volviendo con dos libros viejos, los mostró á sus hermanos.

—Aquí están—dijo.—Uno es el *Memorial que al Rey D. Phelipe III dió en su Consejo de Estado fray Luis de Miranda, lector jubilado, de la orden de San Francisco, acerca de la ruyna y destrucción que amenazaba á la república y monarquía de España, si con presteza no se acude al remedio*. Las causas y razones que expone son: PRIMERA, *la muchedumbre de hacienda que de secular se está convirtiendo en eclesiástica*. SEGUNDA, *las innumerables personas, que por sus particulares fines, de seglares se hacen religiosos, sin aver de ello necesidad, ántes con daño de las mismas religiones*. Esto se escribía en los primeros años del siglo décimo sétimo, y si el mal era cierto, juzguen vuestras paternidades si habrá aumentado, no habiendo nadie acudido al remedio. El otro libro se titula *Discurso del doctor D. Gutierrez, marqués de Careaga, en que intenta persuadir que la monarquía de España se va acabando y destruyendo á causa del estado eclesiástico, fundación de Religiones, Capellanías, Aniversarios y Mayorazgos*. Esto está impreso en 1620. De modo, hermanos míos—añadió con zunga el padre Castillo,—que hace doscientos años hubo quien ya dió en la flor de decir que éramos muchos. Ahora, pues, carísimos, cada uno meta la mano en su pecho, consulte á su conciencia y pregúntese á sí mismo si cree estar de más: *intelligenti pauca*. ¿Y esas gallinas, padre Palomeque, cuántos huevos han puesto en la semana? ¿Y cómo van esas jaulas, padre Salmón? ¿Qué me dice Vuestra Paternidad de aquellos enigmillas tan reservados que le enviaron ayer las Constan-

tinoplas, padre Rubio? ¿Hálos acertado ya? ¿Y qué tal van esos toques de flauta, fray Agustín del Niño Jesús?

Y así fué dirigiendo á todos graciosas pullas, si bién ellos no se irritaban por esto, gracias al respeto que le tenían. Con esto y con la retirada de Castillo se desbarató el corro y casi todos fueron á husmear á la puerta de la celda del prior por ver si descubrían cuál era la misteriosa comisión de los consejeros de Castilla. Cuando Salmón y yo íbamos á espaciarnos un poco por la huerta, vimos un fraile anciano que, leyendo devotamente su libro de oraciones, se paseaba en el cláustro bajo. Pregunté á mi amigo quién era aquel venerable sugeto, y me dijo:

—Este es el padre Chaves, el más piadoso y recogido de todos los frailes de este convento, si bién me parece que es algo mentecato. No hace más que rezar, leer libros santos y asistir á todos los enfermos de la casa. Hace catorce años que no ha salido una sola vez á la calle. No recibe regalos, sino aquellos que puede dar á los pobres. Apenas come, y cuanto le dan aquí lo guarda para repartirlo los sábados á una chusma que viene á la portería, porque, según dice él, ya que no puede redimir cautivos, quiere redimir á los que padecen la peor esclavitud de todas, que es la miseria. Antes te dije que era un mentecato; pero la verdad, hijo, Chaves es un excelente hermano.

—Dios ha puesto de todo en el mundo—pensé yo,—y así como no hay nada perfecto, tampoco hay cosa alguna que sea rematadamente mala.



XXIII



El día siguiente Salmón me dió muy malas noticias.

—¿Sabes lo que pasa, Gabriel?—me dijo, entrando muy de mañana en la celda que se me había asignado.—Pues he sabido que el gobierno francés, que ahora nos rige, ha nombrado alguacil, ó como ahora dicen, oficial, jefe ó no sé qué de policía, á ese mismo Santorcaz que quería prenderte. Esto tiene indignados á cuantos le conocían, y prueba á las claras que ya estaba vendido á los franceses desde antes del sitio. También es indudable que en los días del sitio fué nombrado alguacil por la sala de alcaldes, sin que nadie acierte á darse cuenta de cómo consiguió tal cosa. Le acompaña hoy como antes su escuadrón de gente de mal vivir, que, como sabes, era la que días pasados acaloraba los ánimos contra los franceses en los barrios bajos, haciéndose pasar por ardientes patriotas. Pero dí, ¿qué has hecho para que te quieran prender? Porque me han dicho que él y los suyos te buscan con verdadero frenesí, registrando todos los rincones de Madrid.

—En verdad que no sé en qué fundan su persecución—respondí;—pues por más que me devano los sesos, no puedo traer al pensamiento ninguna acción mia que á cién leguas se parezca á un delito. Pero esos hombres son muy malos, y no hay que buscar fuera de ellos la causa de sus maldades.

—Pues me han dicho que en todo el día de ayer ese Santorcaz no ha

hecho más que prender gente sospechosa, es decir, gente á quien supone hostil á los franceses.

—Es una venganza personal—dije,—ó tal vez deseo de apoderarse de mí para una baja intriga.

—¡Qué inmunda canalla! ¡Y de esta manera quiere el rey de Copas y su hermano hacerse amar de los españoles! Pues no es mal chubasco el que se nos viene encima. Dicen que Napoleón ha rasgado el acta de capitulación, expidiendo con fecha de ayer varios decretos contrarios á lo estipulado.

—Pues padre mio—dije,—veo que me es preciso huir de Madrid á toda prisa.

—¡Huir de Madrid! ¿Crees que es fácil ahora? Estate unos días más en esta casa, que el prior no tendrá inconveniente en ello, y después veremos cómo te sacamos de la Villa. ¡Oh! Me han asegurado que la salida es muy difícil hasta para las ratas. Parece que la gente de los pueblos inmediatos á Madrid está levantada en armas. Temen los franceses que esto sea cosa urdida con los de aquí para favorecer un movimiento insurreccional dentro de la Corte, y han resuelto incomunicar á Madrid. La vigilancia que hay en las puertas es peor que de inquisidores; no dejan salir á alma viviente sin registrarle y darle mil vueltas; y como el viajero no lleve un papelucho que llaman *carta de seguridad*, expedida por esa bendita superintendencia de policía, á quien vea yo comida de lobos, lo someten á un consejo de guerra. Con que, hijo, estás en peligro; no puedes estar en Madrid, y la salida es muy difícil. ¡Ah! En este momento se me ocurre una cosa, y es que podemos solicitar el amparo de la señora condesa, en cuya casa estuviste el otro día, la cual me han dicho que es amiga de los franceses.

—¡La señora condesa amiga de los franceses!

—Quiero decir partidaria. Su primo, el duque de Arión, que ha pasado toda su vida en Francia, entró en España con Bonaparte, de quien es muy devoto, y actualmente está en el cuartel general de Chamartín. Anteayer estuve en casa de la condesa, y le esperaban de un día á otro. Como haya venido, no nos sería difícil que aquella bondadosa señora te consiguiese una carta de seguridad para evadirte. Entre tanto, hijo, aquí estás seguro y por sí ó por no, vamos tú y yo ahora mismo á ver al prior del convento, que es hombre de mucho mundo, y de tanta trastienda, que sería capaz de pegársela al lucero del alba. Él nos dirá si lo que me ha ocurrido es razonable ó si hay otro medio más expedito para ponerte en salvo.

Y sin más dimes ni diretes, llevóme á la celda del padre prior, que en

aquel momento había vuelto de decir su misa y despabilaba dos onzas de chocolate.

Era el padre Ximenez de Azofra un hombre pequeño, de edad madura, ojos muy vivos, sonrisa maliciosa, cortesanos modales y simpática conversación. Recibióme con mucha bondad, y cuando Salmón le expuso las apreturas en que yo me encontraba, dijo lo que sigue:

—En otras circunstancias, jóven incauto, fácil nos habría sido socorremos, poniéndoos al amparo de esta casa. Pero ahora todo está del revés. El gobierno intruso nos mira con muy malos ojos, y bastaría que le protegiéramos á usted para que se nos acusara de cómplices de la insurrección, que así llaman ellos á nuestra santa causa. En verdad que cada vez odio más á esa canalla. Ved lo que hacen ahora. Desde que Madrid se ha rendido, ya les ha faltado tiempo para quebrantar lo convenido, y si prometieron respetar las vidas, libertades y hacienda de este vecindario, ayer todo ha sido prender y encarcelar gentes honradas, á quien se acusa de auxiliar á los insurgentes de Talavera y de Cuenca. Todo es sospechar, y acusar, y asustarse hasta de vanas sombras; y como los restos del ejército de San Juan y las tropas del de Castaños que se unieron al duque del Infantado andan por estas inmediaciones levantando los pueblos contra los franceses, éstos ven un espía en cada vecino de Madrid, y han resuelto impedir toda comunicación entre los habitantes de esta villa y los de Ocaña, Toledo, Talavera é Illescás; por lo cual no permiten la entrada de los paletos, fruteros y verduleros, razón de la gran carestía que hoy tienen todos los artículos.

—Mala situación es esta—dijo Salmón.—¿De modo, señor prior de mi alma, que en buenos tiempos no recibiremos nada de nuestras granjas de Leganés, Valmojado, Casarubielos, Bayona de Tajuña y Santa Cruz del Romeral? ¡Bonito porvenir! ¿Y entónces *quid manducaverunt vel manducavere?*

—¡Oh! amigo Salmón—contestó el prior con malicia,—aquí viene bien aquello de *ventorumque regat pater*, que quiere decir *viento en panza*, según traducía aquel gilito descalzo de quien tanto nos hemos reído. Es preciso hacer penitencia.

—¡Bien, retebién—exclamó Salmón bufando.—¡Viva el Emperador de los franceses, y Rey de Italia y protector de la confederación del Rhin! De esa manera conseguirá Vuestra Majestad Imperial y Real, que asada en parrillas vea yo, conquistar las simpatías del clero regular.

—No se cuida él de nuestras simpatías, amigo Salmón.

—Pero en resumidas cuentas, señor padre prior, este muchacho, de cuya



moralidad y buen proceder respondo, necesita salir de Madrid, y no dudo que usted, con su influencia, le podrá sacar una *carta de seguridad*, con la cual y disfrazado...

—¿Qué cosas tiene Salmón!—dijo Ximenez de Azofra.—¿Qué puedo yo hacer? Con que en priesa me ve y doncellez me demanda. ¿No le he dicho que desconfían de los regulares, y especialmente han tomado entre ojos á los de esta casa?

—No sabía tal cosa. Al contrario: oí decir que Vuestra Paternidad es de los que van á Chamartín á cumplimentar á mi Sr. D. Caco imperial, rey de los pillos y protector de la congregación del Rin...conete y Cortadillo.

—¿Yo?—exclamó Ximenez con asombro.—No he nacido para besar la mano que me azota. Español soy, y español seré mientras viva. He predicado en el púlpito de la Merced contra el Emperador, y no imitaré á los que siendo primero desaforados patriotas, ahora son patriotas tibios con vislumbres, amagos y pintas de afrancesados. Cierto es que va á Chamartín una diputación de todas las clases de la sociedad; cierto es que me han invitado para ir, y vea su merced aquí la carta que sobre este punto el corregidor me ha dirigido, y que de haber justicia en la tierra, debería ser quemada por la mano del verdugo. ¿No es una vergüenza que de este modo se humillen los hombres? Ayer todo era inquina contra el *ogro de Córcega*, todo insultarle y ponerle por esos suelos; hoy todas son blanduras. El mismo señor corregidor de Madrid, que en su bando del 25 de Noviembre decía: *La España está invadida por el tirano que domina en Francia, el cual ha quebrantado pérfidamente las santas leyes, etc.*; ese mismo señor corregidor, D. Pedro de Mora y Lomas, caballero de la orden de Carlos III, del Consejo de Su Majestad, su secretario con ejercicio de decretos, intendente de los reales ejércitos y de esta provincia, corregidor de esta Villa, subdelegado de Rentas reales, intendente de la real Regalía de Casa de Aposento, superintendente general de Sisas reales y municipales de ella, y subdelegado de Montes y Pósitos, etc., etc., pues la retahíla de títulos no tiene fin; ese mismo corregidor, repito, es el que hoy dirige un llamamiento *ante diem* á todos los regidores, diputados del Común, procurador general y personero, alcaldes de la Hermandad, mesta y alguacil mayor por el estado noble, al ilustrísimo señor obispo auxiliar, vicarios eclesiástico y castrense, al venerable cabildo de señores curas y beneficiados, á los reverendos prelados de todas las religiones, al cuerpo colegiado de la nobleza, diputados de los cinco gremios mayores, y á todas las diputaciones de los sesenta y cuatro barrios de

esta población. ¿Para qué creerán ustedes? Pues nada ménos que para hacer presente *que la Villa de Madrid habrá tenido el honor de ofrecerse á los piés de S. M. I. y R. para manifestarle el reconocimiento á la bondad é indulgencia con que ha tratado esta Córte, felicitarse por tener á S. M. en su seno, y expresarle que si lograba merecer la dignación y aprecio de S. M. se contemplaría dichosa.* ¿Qué tal? ¿Es este un lenguaje digno y patriótico? Además en la convocatoria—añadió, recorriendo con la vista el papel,—se llama á Napoleón *pa tre amoroso*, y á sus atropellos *benéficas miras*, y el objeto es reunir cierto número de personas respetables que piquen espuelas hácia Chamartín para pedir á Bonaparte *se digne conceder la gracia de que vean en Madrid á su augusto hermano nuestro Rey Josef*. Vamos, vamos, no puedo leer más, porque tanta bajeza me saca los colores á la cara. Verdad es que los que esto han firmado lo han hecho cediendo á amenazas del comandante general Mr. Belliard, que les pone el puñal al pecho; pero no por eso es disculpable, pues si no traición á la patria, debe imputárseles una debilidad y flaqueza que raya en crimen.

—¿De modo que usted no va á Chamartín?

—¿Yo? Ni por pienso. He oído que van en representación de los seglares el padre Amodeo, abad de San Bernardo, y el padre Calixto Nuñez, abad de los Basiliós. Ya se ve: ¿qué se puede esperar de esos infelices Benitos, tan dejados de la mano de Dios? Caerán en el garlito los Mínimos, algunos pobres Franciscos, los desdichados Agonizantes, no pocos Agustinos, todos los Gilitos, los Hospitalarios, los Donados, los Carmelitas descalzos y esos infelices Afligidos, que son los mayores mentecatos de la cristiandad; pero la Merced sostendrá su bandera, la Merced no adulará Emperadores, la Merced, en unión con los Dominicos, desafiará el poder del tirano, contra franceses ladrones y empecatados españoles.

—Y los víveres por esas nubes, y las puertas de Madrid cerradas al buen vino, al rico aceite, á los huevos, á las coles, al extremeño tocino y á los jamones de Candelario. Bueno, bueno, comamos ensalada de perejil y cañutillos de monjas mojados en agua de limón. ¡Viva la patria, señor Ximenez; viva el orgullito, que nos pondrá como espátulas!

—Pues bién: lo que he dicho á usted—continuó el prior—lo he dicho á los que vinieron á sonsacarme, y oidas mis palabras, tratáronme con tal acritud, que espero grandes desdichas para nuestra órden y nuestra casa. De modo que nada puedo hacer por este jóven.

Á esto llegaban, cuando entró el padre Castillo, acompañado de otros

dos frailes. El uno supe después que se llamaba el padre Vargas, y aunque del mismo hábito y orden, pertenecía al convento de la Trinidad Calzada, también de mercenarios redentores de cautivos, y el otro era dominico, del convento de Santo Tomás, y tenía por nombre el padre Luceño de Frías.

—Ya, ya pareció aquello—exclamó Vargas con estrepitosa voz.—Ya no podemos dudar de la veracidad de esos decretos, porque por ahí los reparten impresos y aquí tengo un ejemplar. Todos los decretos llevan la fecha del 4, y son tales que podrían arder en un candil en noche de aquelarre.

—Veámoslos. ¿Es cierto que nos reducen á la tercera parte?

—Tan cierto que...—afirmó el dominico—no nos reducen á la tercera parte, sino que nos parten por el eje, Sr. D. Ximenez de Azofra.

—Atención, que leo—dijo Vargas, poniendo ante los ojos de verdes antiparras armados, un papel impreso.—Los decretos rezan lo siguiente: *En nuestro Campo Imperial de Madrid, á 4 de Diciembre de 1808. Napoleón, Emperador de los etc... Considerando que el Consejo de Castilla se ha comportado en el ejercicio de sus funciones con tanta debilidad como superchería... que después de haber reconocido y proclamado nuestros derechos legítimos al trono, ha tenido la baja de declarar que había suscrito á estos diversos actos con restricciones secretas y pérfidas, hemos decretado y decretamos lo siguiente: Art. 1.º Los individuos del Consejo de Castilla quedan destituidos como cobardes é indignos de ser magistrados de una nación brava y generosa.*

—Pues digo—exclamó Ximenez—que eso está muy lindísimamente hecho.

—Es verdad—dijo el dominico,—porque esos señores han estado jugando á dos juegos, y con todo el mundo quieren comer. Adelante.

—Otro—prosiguió Vargas.—*En nuestro Campo Imperial, etc... Napoleón, etc... Este no hace exposición de motivos, ni considerando alguno, sino que dice simplemente: Art. 1.º El Tribunal de la Inquisición queda suprimido como atentatorio á la soberanía y á la autoridad civil.—Art. 2.º Los bienes pertenecientes á la Inquisición se secuestrarán y reunirán á la corona de España.*

—Ya se ve—exclamó el dominico, sin disimular su enojo.—Sin eso no se podía pasar. Afuera Inquisición, y vengan herejes, y lluevan masones, ¿qué les importa esto á los que no se cuidan de lo espiritual?

—Poco significa esto—dijo Castillo;—porque el Santo Tribunal casi no existe ya de hecho, abolido por la suavidad de las costumbres.

—Pero se conservan las fórmulas, señor mio—contestó con aspereza el dominico,—y las fórmulas tienen gran fuerza. Verdad es que no se quema, que no se descuartiza (lo cual, dicho sea de paso, es excesiva blandura, según estamos hoy comidos de heregía); pero hay todavía degradaciones y simulados tormentos, que tienen muy buen ver para los malos.

—*Item* —prosiguió Vargas—*Art. 1.º Un mismo individuo no puede poseer sino una sola encomienda.*

—Adelante, que eso nos interesa poco.

—*Item.*—*Art. 1.º El derecho feudal queda abolido en España.—Art. 2.º Toda carga personal, todos los derechos exclusivos de pesca, de almadrabas ú otros derechos de la misma naturaleza, en rios grandes y pequeños; todos los derechos sobre hornos, molinos y posadas, quedan suprimidos, y se permite á todos, conformándose á las leyes, dar una extensión libre á su industria.*

—Eso no es nuevo—dijo Castillo,—y es lástima que nuestros gobernantes con su indolencia hayan permitido á los franceses el jactarse de promulgar una ley tan buena.

—Eso es, eso es, ¡hágale su merced la mamola!—dijo Luceño de Frías con el mayor desabrimiento, sentándose á horcajadas en una silla para apoyar los brazos en el respaldo.—Me gustan las ideas del padre Castillo. Si para eso pasa Vuestra Paternidad la vida entre la polilla de los libros, buenas nos las dé Dios.

Y sacando su tabaquera y alargando la mano hácia el padre prior, añadió:

—Señor Ximenez, un polvito, que los duelos con rapé son menos.

—No lo gasto—repuso el prior.

—Vamos, amigo Vargas, un polvito.

—No lo gasto, que eso es cosa de viejas. Aquí tengo unos cigarritos de la Habana, que merecen ser chupados por los ángeles del Cielo. Si el señor prior me da su permiso...

—Vengan—exclamó Salmón—esos tabaquíferos incensarios y pebetes de Oriente, que tan bien matan el fastidio.

—Allá van—dijo Vargas.—Son regalo de la señora marquesa del Fresno, y fuéronme remitidos poniéndolos en la mano de un niño Jesús, que me envió para que le diera una mano de pintura.

—Pues en lo relativo á ese decreto que acaba de leerse—dijo Castillo,—mi conciencia no me dicta sino alabanzas, y alabanzas le daré, aunque lo haya escrito el gran Tamerlán. ¿Por ventura no son esas las mismas

ideas que han hecho célebre en toda la redondez de la tierra á nuestro gran Jovellanos? El mismo conde de Floridablanca, ¿no intentó algo en ese asunto? Y los sábios consejeros de Carlos III, ¿no se dieron de cabezadas por quitar esas trabas á la industria? Todos sabemos que á aquel eminente Rey se le pasaron ganas de promulgar este decreto.

—¡Cosas de los jesuitas!—exclamó el dominico, meciéndose en la silla. —Pero esos pelanduscas andan también al retortero de Napoleón, por ver si sacan tajada. Adelante con la lectura.

—Pues adelante—continuó Vargas.—*Considerando que uno de los establecimientos que perjudican á la prosperidad de España son las aduanas y registros existentes de provincia á provincia, hemos decretado lo siguiente: Desde 1.º de Enero próximo, las aduanas y registros de provincia á provincia quedan suprimidos. Las aduanas se colocarán y establecerán en las fronteras.*

—Tampoco eso tiene pero—dijo Castillo,—y la Junta central, ya que pensó decretarlo, no debió esperar á que lo hicieran los franceses.

—También esto le parece bocadito de ángeles al reverendo Castillo—añadió Luceño.—Medrados estamos. ¿Tratan de esto los libros de vuestra merced.

—Atención—indicó Vargas, haciendo un gesto dramático,—que ahora viene lo gordo. *Considerando que los religiosos de las diversas órdenes monásticas en España se han multiplicado con exceso; que si un cierto número es útil para ayudar á los ministros del altar en la administración de los Sacramentos, la existencia de un número demasiado considerable es perjudicial á la prosperidad del Estado, decretamos lo siguiente: Art. 1.º El número de los conventos actualmente existentes en España se reducirá á una tercera parte. Esta reducción se ejecutará reuniendo los religiosos de muchos conventos de la misma orden en una sola casa. Art. 2.º No se admitirá ningún novicio ni permitirá que profese ninguno, hasta que el número de religiosos se reduzca á una tercera parte. Art. 3.º Los regulares que quieran renunciar á la vida común y vivir como eclesiásticos seculares, quedan en libertad de salir de sus conventos. Art. 4.º Los que renuncien á la vida común, gozarán de una pensión que se fijará en razón de su edad, y que no podrá ser menor de tres mil reales ni mayor de cuatro mil. Art. 5.º Del fondo de los bienes de los conventos que se supriman, se tomará la suma necesaria para aumentar la cóngrua de los curas. Art. 6.º Los bienes de los conventos suprimidos quedarán incorporados al dominio de España y aplicados á la garantía de los vales y otros efectos de la Deuda pública.*

Durante la lectura de este decreto, no se oyó en la celda de Ximenez de Azofra otro rumor que el producido por el vuelo de una mosca, que andaba á vueltas tras los restos del chocolate prioral, como Bonaparte tras los reinos de España. Después de leído, aún duró una buena pieza el silencio.



XXIV



¡OQUEN castañuelas, repiquen panderos, machaquen al-
mireces, punteen vihuelas y aporreen zambombas
para celebrar el talento del sabio legislador, harto de
bazofia y comido de piojos, que sacó de su cabeza ese
pomposo y coruscante decreto!—exclamó al fin Lu-
ceño, dando un fuerte porrazo en el respaldo de la
silla y levantándose de ella.

—¿Con que á la tercera parte?—dijo Salmón.—¿De modo que de cada
tres no ha de quedar más que uno?

—Eso es, y los demás á la calle, á pedir limosna, porque una pensión
de tres mil reales para personas que han de vivir decentemente, es aquello
de hártate, comilón, con pasa y media.

—Y afuera novicios.

—¡Y no más profesar!

—Y con los bienes se aumentará la cóngrua de los curas.

—También eso está bién—exclamó el dominico.—Alábelo su merced,
padre Castillo.—¡Que nos quiten lo nuestro para darlo á los curas! ¿Quié-
nes son los curas, ni qué hacen esos zanguangos en bién de la cristian-
dad? Ya... como los curas son tan tibios patriotas... ¡Estoy que bufo!

—Lo mejorcito es que los bienes de los conventos suprimidos pasen al
dominio de España.

—¿Qué tiene que ver España, ni San España, ni Marizápalos, con esos
bienes?

—¿De modo que nuestras granjas de Leganés, de Valmojado...?—pre-
guntó Salmón.

—¡Ya se ve! De esto se rien todos esos infelices Mínimos, Gilitos y Franciscos, que nada tienen. Á ellos, ¿qué les importa? Por eso van á hacerle el *como la porta bu*. Bién, retebién. Y lo mismo hacen los Afligidos, que son la cáfila de majaderos más desaforados que he visto.

—No murmurar, hermano—dijo Castillo.

—Dios me perdone—repuso Luceño,—y no lo digo por nada malo, que hay Afligidos de todas clases. ¿Pero creen vuestras mercedes que se llevará á cabo esto de las terceras partes?

—Yo creo que va á ser difícilillo.

—Pues yo temo que lo llevarán adelante—dijo Luceño;—que esta mañana me ha dicho en confianza un regidor que va á Chamartín, que ya tienen hecho su plan, y que dentro de pocos días comenzará el restar y dividir, para dar principio á la demolición de los conventos.

—¡La demolición!

—Sí: que todas estas casas las destinan á oficinas del Estado, y la primera que va á caer hecha pedazos es este monasterio de la Merced en que ahora estamos.

—¡Cómo la Merced! ¡Se atreverán á ello!—exclamó Ximenez de Azofra, dando un golpe en el brazo de la silla.—¡Cómo! ¿Se atreverán á derribar esta casa, que lo fué del gran Tirso de Molina? ¿Y la gran devoción que inspira la Virgen de los Remedios que está en una de nuestras capillas? ¿Pues y el sepulcro de los nietos de Hernan-Cortés? No, no puede ser. Derriben en buén hora otras casas de religiosos; pero no ésta por tantos títulos, además de su antigüedad, venerable.

—Y también está amenazada la Trinidad Calzada—dijo Luceño,—si no de que la derriben, al ménos de que la vacien.

—Eso no puede ser—exclamó Vargas,—que más glorias encierra mi casa que todos los demás cláustros de Madrid reunidos. Díganlo si no, el Beato Simón de Rojas y el padre Hortensio de Paravicino, autor del libro *De locis theologicis*.

—Autor de las *Oraciones evangélicas*, de la *Historia de Felipe III* y de la *España probada*, querrá decir Vuestra Paternidad—indicó Castillo con malicia,—que el libro *De locis theologicis*, hasta los chicos de las calles saben que es de Melchor Cano.

—Tiene razón Castillo; me equivoqué. Pero sea lo que quiera, también tiene mi convento la honra de haber rescatado, mediante los padres Bella y Gil, al inmortal Cervantes, autor del *Quijote*, Sr. Castillo, pues yo también entiendo algo de autores. En caso de desalojar conventos para oficinas, ahí está Santo Tomás, donde caben todas.

—¡Cómo es eso! ¡Santo Tomás! ¡Desalojar á Santo Tomás, el más ilustre de los conventos de Madrid!—exclamó impetuosamente el dominico.

—¿Y qué sería de este pueblo si le quitaran el espectáculo de las procesiones que de allí han salido con motivo de las funciones del Santo Oficio? Á fé que hartas casas hay en Madrid, si quieren hacer plazuelas, como dicen, aunque más vale que no se toque á ninguna, porque *setenta y dos* conventos para una población de 160.000 almas, me parece que no es mucho. Las casas de religiosos apenas ocupan un poco más de la mitad del perímetro de esta gran villa, lo cual no es nada desmedido, y de todas las casas que se alzan en ella sólo *cuatro quintas partes* pertenecen á conventos, memorias pías, capellanías y otras fundaciones.

—Y dígame, Luceño—preguntó Ximenez,—¿van dominicos á la reunión que convoca el corregidor?

—Creo que no. Según he oído, sólo se prestan á ir á Chamartín el preposito de San Cayetano, el abad de Monserrat, dos Agonizantes, un par de Franciscos, un rector de Niñas de la Paz y un Afligido.

—Pues esos sacarán tajada, no lo duden vuestras mercedes. Sobre nosotros lloverán los decretos y las terceras partes.

—Mi opinión es—dijo Salmón—que, pues cuesta bien poco ir de aquí á Chamartín, nada se pierde con que vayan un par de padres, y yo me brindo á ello, que bueno es estar bien con todos, y el orgullo es pecado, y quien al cielo escupe en la cara le cae.

—No en mis días: de esta casa no irá nadie—aseguró Ximenez de Azofra,—y en cuanto á este jóven nada podemos hacer. Indigno sería pedir favores á quien nos trata mal, amenazándonos con terciarnos y partirnos como si fuéramos aranzadas de tierra. Con que busque usted quien le proporcione la *carta de seguridad* para salir de Madrid.

—Dificilillo es—afirmó Luceño,—pues entiendo que se miran mucho para dar las tales *cartas*, y sin ellas no es posible dar un paso de puertas á fuera.

—Sin embargo, dijo el discreto Castillo,—hay multitud de personas que, por estar bien con los franceses, pueden socorrer á este jóven. ¿No conoce usted ninguna persona de alta posición y de influencia?

—Sí, ya me ocurrió acudir á la señora condesa—repuso Salmón,—y confío en que su generosidad sacará á este jóven del mal empeño en que se ve. El señor marqués se ha afrancesado, y dicen que va á entrar en la alta servidumbre del Rey José.

—El Sr. D. Felipe bebe los vientos porque cualquier gobierno se acuerde de él—dijo Castillo.—Algo debe haber de cierto en eso, pues hace tres

días, después de haberse presentado á Belliard, fuése al Pardo, donde se ha instalado con su hija. Ayer creo que debió llegar á dicho real sitio el Rey José. Á pesar del influjo que en la botellesca corte tiene el señor marqués, yo no me fiaría de él para ningún delicado asunto. De más eficacia me parece en el caso presente el señor duque de Arión, pariente de esta familia y que goza de gran poder en el cuartel general.

—¡Admirable idea! Veremos al señor duque.

—No ha llegado aún á Madrid, y como no sea exponiéndose á los peligros de un viaje á Chamartín, éste jóven no podría verle.

—Lo mejor—añadió Salmón,—es que veamos hoy mismo á la señora condesa. ¿Va hoy allá la Paternidad del Sr. Castillo?

—Dentro de un rato, pues la señora marquesa me ha mandado llamar hoy con toda premura. Si quiere este jóven venir conmigo, le llevaré.

—Oportunísimo—afirmó Salmón.—Yo iré también. Pero hijo, si en la calle acertamos á pasar por junto á esos cafres...

—Pues bién—dijo Ximenez;—para que vaya más seguro, yo les presto mi coche, que con sus dos gallardas mulas, debe de estar ya en la huerta.

—Muy bién—exclamó Salmón batiendo palmas.—Me parece buena idea la del coche; pero para mayor seguridad, te vestiremos de novicio. Venga la carroza prioral y á casa de la condesa.

—Pues entraréme también en ella, y me dejarán de paso en Santo Tomás—añadió Vargas.

—Pues allá voy también—dijo Luceño,—si me dejan en las Descalzas Reales.

Y así acabó la conferencia, sin más resultas que las de mi improvisado disfraz de novicio y mi viaje á casa de la condesa, donde me pasó lo que el lector verá á continuación, si tiene paciencia para seguir leyendo.



XXV



A condesa mostró mucho asombro al verme. Hallábase en la misma habitación donde algunos días antes me había recibido, y cuando entramos, apartóse del secreter donde escribía, para venir á nuestro lado. Castillo principió preguntándole por la salud de todos, y luégo en breves palabras le expuso los motivos de mi visita y de mi nuevo vestido. Cumplida esta misión, y añadiendo que necesitaba ver á la señora marquesa, pidió á Amaranta venia para pasar adentro; y con esto nos quedamos Salmón y yo solos con ella.

—Por ahí se dice que yo soy afrancesada—dijo Amaranta,—pero no es cierto. Mi tío sí ha abrazado la causa del Rey José con tanto entusiasmo, que cuando le contradecimos en algún punto relativo á estas cosas, nos quiere comer á todos. Vive en el Pardo con su hija desde hace tres días en el mismo Palacio Real, pues el rey intruso se ha empeñado en incluirle en su alta servidumbre. Está mi tío loco de contento, y si viene esta tarde á Madrid, como decía, yo le rogaré que me proporcione una *carta de seguridad* para este mancebo.

—Ya estás salvo, Gabriel—exclamó el mercenario.—¿No te dije que esta excelsa señora te sacaría de tan mal paso?

—Aún mejor puedo conseguirla por mi primo el duque de Arión, el cual, más que afrancesado, es francés puro, y si viene mañana á Madrid, como espero, no olvidaré este encargo.

—Vaya, no hay que pensar en que te echen mano—dijo Salmón, levantándose.—Ya estás salvado, chiquillo; prostérnate ante Su Grandeza y

dale un millón de gracias por tantas mercedes. Y ahora, señora condesa, si usía me da su licencia, voy á pasar á ver á mi señora la marquesa, que el otro día me habló de unos requesones, acerca de cuyo mérito quería saber mi voto.

Nos quedamos solos Amaranta y yo, lo cual me agradó, pues deseaba hablar con ella sin testigos.

—Señora—le dije,—¡cuánto agradezco á vuecencia esta nueva bondad! Ahora me cumple pedir perdón á usía por no haber salido de Madrid, como hubiera sido mi deseo.

—Estarías alistado.

—Justamente, y ahora que el desarme me permite salir, una persecución injusta, cuya razón no me puedo explicar, me detiene en Madrid, oculto en el convento de la Merced.

En seguida contéle el incidente de Santorcaz, añadiendo que el antiguo desleal mayordomo de la casa andaba á la zaga del flamante jefe de la policía.

—Ya lo sé—me dijo Amaranta,—y he tenido miedo de que algún peligro amenazara nuestra casa. Por eso me alegro mucho de que Inés esté con mi tío en el palacio del Pardo, donde no puede ocurrirle nada malo. El primer día sentía yo mucha zozobra; pero nosotros tenemos antiguas amistades y relaciones con las primeras personas del partido francés, y ya estoy tranquila. Nada temo de esos miserables.

—Me falta—continué—dar las gracias á vuecencia por los otros favores de que me dió cuenta el licenciado Lobo. No los necesitaba para llevar adelante mi resolución, y sin destino en el Perú, sin ejecutoria de nobleza y sin promesas de dinero, sabré hacer de modo que usía no tenga queja alguna de mí.

—No—me dijo sonriendo,—el destino que solicité de la Junta, espero que ahora me lo conceda también el gobierno francés, y de todas estas diligencias está encargado Lobo, á quien he dado cartas para Cabarrús y para Urquijo. Irás al Perú, tendrás tu ejecutoria de nobleza, y con esto y con la ayuda de Dios, podrás llegar á ser un hombre de provecho. La conciencia me impulsa á hacer esto en pró de una persona desvalida que tiene derecho á mi consideración. En cambio no olvidaré que me has hecho una promesa, y cuanto hago por tí no es más que la recompensa anticipada que ganas cumpliendo lo pactado.

—Señora condesa, yo cumpliré religiosamente lo prometido—le contesté con resolución,—y no puedo admitir la recompensa. Mi dignidad no me lo permite.

—¿Pues acaso tú tienes dignidad?—me dijo riendo.—Pero no, no debo reirme. ¿Por qué no habías de tenerla como otro cualquiera? La verdad es que los que estamos en cierta posición no vemos más que á nosotros mismos. En cuanto á la determinación de no aceptar nada, yo arreglaré las cosas de modo que aceptes.

Así hablábamos, cuando regresó Salmón á nuestro lado, y al punto cortó el hilo de nuestro coloquio, diciendo:

—Gran satisfacción, señora condesa, me ha causado la noticia que en este momento acabo de oír de los autorizados labios de mi poderosa la marquesa. La paz sea en esta casa, señora, y pues todo parece en camino de arreglo, bendigamos la mano de Dios.

—¿Habla Su Paternidad del asunto de mi prima?—dijo Amaranta.—Sí, ya creo que la tenemos en vías de curación.

—Veo que el ingeniosísimo recurso ideado por el gran entendimiento de vuestra merced, ha surtido su efecto. ¿Y cómo recibió la noticia? Se turbó, derramó muchas lágrimas...? Porque en realidad, señora, decir de buenas á primeras que el jóven ese...

Y Salmón se detuvo como hombre prudente, temiendo hablar de negocio tan delicado delante de un extraño.

—Puede Vuestra Paternidad hablar sin reticencias—indicó Amaranta, con un tonillo que me pareció algo intencionado,—porque no estando en antecedentes la única persona que nos oye, poco importa...

—Pues preguntaba, señora, si cuando se le dijo y se le probó la muerte de ese jóven, no mostró su pena de un modo ruidoso, con desmayos, gritos, lloros y demás desahogos propios de la debilidad femenina.

—Nada de eso, padre—repuso Amaranta con muestras de satisfacción.—Al principio no lo quería creer; luégo cuando se le probó de un modo irrecusable, con los papelotes que trajo el licenciado Lobo, pareció dudar, y por último, cuando yo se lo dije, aparentando sentirlo y doliéndome mucho de la muerte de ese infeliz, empezó á creerlo. Lo que más le ha convencido fué el artificio verdaderamente teatral que yo puse en práctica para hacérselo creer. Estaban todos hablándole de este asunto, cuando entré de improviso, fingiendo mucho enojo porque sin preparación alguna le daban tan tristes noticias; arranqué de las manos de Lobo aquellos papeluchos que fingían ser partidas de defunción, copias del libro del hospital ó no sé qué, y los hice pedazos delante de ella. Al mismo tiempo empecé á disponer que se le dieran cordiales y otros remedios del caso, asegurando que tenía ella mucha razón en sentir la muerte de aquel con quien tuvo tan honesta amistad. Esto hizo efecto, y después, cuando

encerrándonos las dos en mi alcoba, le dije: "Sosiégate, todavía puede ser que se salve. Yo te prometo que si vive, le verás, y quién sabe, primita mia... Puede ser, puede ser..." Ella se afligió mucho, y yo añadí: "Es preciso tener resignación; es preciso aprender á padecer. Yo no quiero contrariar ya una inclinación tan decidida, porque ántes que todo es tu felicidad. Desgraciadamente Dios quiere resolver la cuestión de otro modo y llamar á ese jóven á su seno. Esta mañana he estado en el hospital, le he visto, y la verdad... había pocas ó ningunas esperanzas." Y con esto aumentaba su tristeza; pero sin llantos ni exclamaciones. Luégo yo también me puse á llorar, y la abracé y le dí mil besos, diciéndole: "Ya ves cómo no está en mi mano hacerte feliz. Te aseguro que por mi parte no repararía en nada para conseguirlo; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo. Procura calmarte y ten resignación." Cuando esto le dije, la dejé convencida. ¡Ay! Después su aspecto era el de la resignación. Hablaba poco y parecía meditar. Se ha desmejorado mucho en pocos días; pero esto se le pasará indudablemente. Ahora ha ido al Pardo, pues la variación de localidad es muy buen remedio para estas enfermedades del espíritu. Su manía caprichosa y ciega nos ha disgustado mucho; pero me parece que dentro de algún tiempo estará todo concluido.

—¡Oh! ¡qué felicidad!—exclamó el padre Salmón—hay un gran médico del dolor, que se llama el doctor tiempo. Perdida con la idea de la muerte la esperanza, ese señor médico hace maravillas en un par de semanas.

Yo oía este diálogo y admiraba la extremada habilidad artística de aquella encantadora cortesana, tan maestra en engaños y ficciones.

—Ha hecho muy bien usía—continuó Salmón—en poner en juego esos ingeniosos ardides que prueban su grandísimo talento. Era una cosa que daba vergüenza ver á mi niña enamoriscada de un haraposito de las calles, que sin duda es de lo más arrastrado y despreciable que han echado madres al mundo.

—¡Oh! no—dijo Amaranta con cierto énfasis jovial.—Nosotros nos esforzábamos en pintárselo así; pero no tiene nada de despreciable. Yo tengo noticias ciertas de sus antecedentes y conducta. Además de que ha demostrado en varias ocasiones una nobleza de sentimientos que no puede caber sino en personas bien nacidas, su posición es más que regular. Ciertamente que por desgracias de familia, tan comunes en estos tiempos, vióse reducido á la indigencia; pero está probado que procede de una nobilísima familia de los mejores solares de Andalucía, como lo acredita la ejecutoria que posee, y además, figúrese Su Paternidad si tendrá méritos personales,

cuando la Junta central le dió espontáneamente un gran destino en el Perú, cuyo destino parece le confirmará ahora el gobierno francés.

Tuve que hacer un esfuerzo para contener la risa que asomaba á mis labios.

—Pues eso sí que no lo sabía yo. De modo que la discreta ninfa no había puesto sus ojos en ningún piruétano. De todos modos, bueno es que se haya quitado de en medio por una ingeniosa ficción la importuna memoria del empleado del Perú. Por supuesto, señora, no hay que pensar en D. Diego.

—¡Oh! no... estamos decididas. D. Diego no será de modo alguno su esposo, aunque renunciemos á la buena amistad de la de Rumblar. Al fin he convencido á mi tía, y pronto hasta impediremos á ese jóven que entre en esta casa. Aún viene aquí; pero tanto nos disgusta su presencia, que de un día á otro le vedaremos la entrada.

—Y ese pariente de vueseñorías —preguntó el mercenario,—ese duque de Arión, á quien se tiene por un jóven instruidísimo, ¿no estará destinado á ser esposo de la joya de esta casa? Perdone usía mi curiosidad.

—No lo sé—respondió Amaranta.—No hay nada proyectado. Mi primo ha vivido catorce años en Paris; apenas nos conoce.

Así continuó la conversación por un buen espacio de tiempo, cuando sentimos ruido de voces, y vimos que con gran estrépito y barahunda entraba el diplomático, en traje de camino, y tan alegre, tan festivo, tan charlatán, que al punto le tuvimos por poseedor de los más altos secretos de Estado.

—Sobrina—exclamó al entrar,—aquí me tienes. Pero soy el juego de la correhuela, cástate dentro y cástate fuera. Ahora mismo tengo que salir, pues si no miente mi lista, son ciento dos las personas que he de ver de aquí á las cuatro de la tarde. ¡Si me vuelvo loco! Si no es mi cabeza para tantos negocios. Que vaya el señor marqués á explorar el ánimo del duque de Alba, para ver si cede ó no cede; que forme el señor marqués una lista de las personas de la grandeza que están dispuestas á acatar á José; que vea el señor marqués al corregidor de Madrid; que se dé una vuelta por los Cinco Gremios á ver si anticipan ó no anticipan fondos; que vaya, que venga, que corra, que escriba, que aconseje, que consulte, que tanteé... ¡Jesús, María, José! Esto no es vivir. Yo no quería meterme en tales faenas; pero me han obligado, me han cogido, me han puesto el cordel al cuello. Cuando el Rey José dice que no puede hacer nada sin mí; cuando me presenta á su hermano, elogiándome con frases que no repito por no parecer jactancioso, no es posible evadirse... ¡Oh! ¡Qué belén, qué ir y ve-

nir! Nada se ha de hacer sin que yo diga hágase. Y usted, señor Salmón, ¿qué dice de estas cosas?

—Qué he de decir, sino que Dios le conserve á usía mil años al lado de ese Rey, para ver si evita lo de las terceras partes con que nos han amenazado.

—Todo se arreglará, hombre, todo se arreglara. Á pesar del decreto de proscripción, hemos salvado la vida á Infantado, Alba, Santa Cruz del Viso, Medinaceli, Híjar, Fernan-Núñez, Altamira, Castel-Franco, Cevallos y al obispo de Santander, sentenciados á muerte por el decreto dado en Búrgos el 12 de Noviembre. Se les envía á Francia simplemente. Otras muchas cosas ha dispuesto el Emperador, modificando sus primitivas determinaciones; pero no las puedo decir, no; no te diré una palabra, sobrina, de estos delicados negocios; ya te veo sonreír... Ya te veo á punto de emplear las armas de tu seducción para poner sitio á la fortaleza de mi secreto; pero no te diré nada, no, ni una sílaba; ni tampoco á usted, padre Salmón, que me mira con esos ojazos, que revelan toda la concupiscencia de la curiosidad.

—No quiero saber nada de eso—dijo Amaranta.—¿Y mi primita?

—Contentísima.

—¿Cómo contentísima?

—No, no, quiero decir tristísima. En dos días creo que no habrá dicho seis palabras. Se ocupa en sus labores con una asiduidad que me asombra, y no hay quien la haga presentarse en el gran salón de Palacio.

—Ha hecho usted muy mal en dejarla sola—murmuró la condesa con cierto enfado.

—¿Y qué le ha de pasar? ¿No quedan allí los criados? ¿No está con tu doncella y con Serafina, que ni un instante se separa de su lado?

—Pero ya le dije á usted que Inés no debe quedarse sola con doncellas y criadas en ninguna parte—añadió Amaranta, notoriamente contrariada.

—¿Estamos viviendo en despoblado?—exclamó el marqués riendo.—En el Pardo, en el mismo palacio del Pardo, donde vive un Rey con numerosa servidumbre y guardia, ¿no puede quedarse sola mi hija por cuatro ó cinco horas? ¡Si vieras qué habitación tan magnífica me han destinado en el piso bajo! Dan sus balcones al jardín del Mediodía, y se goza allí de una deliciosa vista. Ayer y hoy por la mañana Inés salió á dar un paseo por el jardín. ¡Buén rato pasó la pobrecita!... ¿Pero cuándo vienes al Pardo? Por Dios y María Santísima, que sea pronto. Allí se pasan las noches deliciosamente, y no puedes figurarte cuán amable, cuán discreto, cuán

bondadoso es el Rey José... ¡Cuánto nos reimos anoche! Él me preguntó: "¿Por qué dicen los españoles que soy borracho, cuando no bebo más que agua?" Yo me quedé un tanto cortado; pero disculpé á mis paisanos como pude.

—Mañana—dijo Amaranta—nos iremos mi tia y yo, pues ya á fuerza de sermones, voy logrando vencer su repugnancia á los franceses. Y ahora que me acuerdo, tío, tiene usted que procurarme una *carta de seguridad* para que pueda escaparse de Madrid una persona injustamente perseguida.

—¡Oh, no, de ningún modo!—exclamó el diplomático.—Yo no oculto insurgentes, ni favorezco de modo alguno la insurrección. ¿Cartitas de seguridad? Nada, nada, sobrina, no ampare pícaros, ni protejas á los que se obstinan en aumentar los males de la patria. Sometanse todos á ese bendito soberano, que no bebe más que agua, y entónces se acabarán las precauciones. Es preciso sofocar la insurrección que hierve en los alrededores de Madrid, y hacen muy bien en no dejar salir ni una mosca.

—Bueno—repuso Amaranta.—Mañana ha de llegar mi primo el duque de Arión, y él me dará cuantas cartas de seguridad se me antoje pedirle!

—¡Que viene mañana!—dijo el marqués.—Yo le esperaba esta noche. Me han dicho que ya cumplió la misión que le dió el Emperador en Búrgos y ha regresado al cuartel general. Entrará también en la servidumbre del Rey José. Si llega mañana, inmediatamente os marcharéis todos juntos al Pardo. ¡Cuánto deseo verle! Era tamañito así cuando su madre se fué á vivir á París, hace catorce años. Era muy travieso; yo, jugando á todas horas con él, le inculcaba los rudimentos de la historia patria. ¿Me deparará Dios un excelente yerno?

—Veremos—contestó Amaranta.—No puedo dar mi opinión mientras no le trate. El duque de Arion se ha educado en París.

—Educación á la francesa—prorumpió el padre Salmón.—*Vade retro.*



¿Apostamos á que viene mi señor duque hecho un filosofillo de tomo y lomo?

—¡Oh, no!—exclamó el diplomático.—Desde que supe que se había afiliado al bando napoleónico, le tuve por muy discreto. Su entrada en España con el Emperador, las difíciles comisiones que éste le ha dado para entrar en tratos con las ciudades rebeldes, prueban... ¿pero qué veo? Las dos, y yo aquí de conversación, olvidando las mil comisiones... adios, sobrina; adiós, padre Salmón y la compañía. Yo me vuelvo loco con tanto ir y venir... Es terrible que esos señores no puedan hacer nada sin uno... adios, adios.

Y sin cesar de hablar salió de la habitación y de la casa apresuradamente.



XXVI



EFERIDOS estos curiosos diálogos, me cumple ahora contar de qué medio se valió la condesa para facilitarme la deseada fuga. Mandóme, pues, que volviera al día siguiente, prometiéndome tener todo concertado y en regla, de modo que pudiese sin pérdida de tiempo emprender la marcha, desafiando la vigilancia ejercida en las matritenses puertas. Hicimos Salmón y yo lo que se nos mandaba, y al otro día, cuando nos disponíamos á volver de nuevo á casa de Amaranta, llamónos el padre prior y nos dijo:

—Este jóven no puede estar aquí ni un día más, y esta noche misma, si no encuentra medio de escaparse, es fuerza que busque un asilo más seguro.

—¿Más seguro que la Merced?

—Sí—añadió Ximenez de Azofra.—Han venido á avisarme que se sospecha de los conventos; que se nos acusa de ocultar á los conspiradores y á los espías de los insurgentes, y parece que mañana mismo registrarán todas estas casas, principiando por la Merced.

—Por fortuna la señora condesa te amparará hoy mismo—dijo Salmón.
—Vamos allá sin perder un instante.

Vestido de novicio y en coche, como el día anterior, fuimos á casa de Amaranta, y desde que nos vió entrar, díjome con semblante alegre:

—Mi primo el duque de Arión ha llegado anoche, y me ha prometido conseguir la carta de seguridad ántes de tres días.

—Es que yo quisiera partir esta misma noche, señora condesa—dije:

—¿Esta misma noche?

—Tememos que esos hotentotes registren mañana nuestra casa—añadió Salmón.

—Pues es preciso hacer un esfuerzo y salir de este mal paso—indicó Amaranta.—La principal contrariedad consiste en que no puede uno fiarse de nadie. Me han asegurado que la policía francesa ha extendido sus ramificaciones á muchas casas principales, y que sobornando lacayos y pajes tiene bajo su vigilancia á las familias que juzga desafectas. No quisiera poner en el secreto á ningún criado, y... ¡Ah! ¿no podría salir con ese mismo traje de novicio?

—Mal vestido es, señora, para estas circunstancias—objetó Salmón.—Tengo entendido que el registro que se hace en las puertas es tan escrupuloso, que hace difícil toda superchería. Á unos les hacen desnudar, no librándose de este vejámen ni aún las pudorosas doncellas y las que no lo son. Examinan con farolitos las facciones, confrontándolas con las notas de la carta; hacen vaciar las faltriqueras, y esta ceremonia se repite en dos ó tres puntos, y ante los ojos de distintos esbirros.

—Un criado de casa—observó la condesa—tiene carta de seguridad. Con ella y disfrazándose de paleta, ¿no sería fácil burlar la suspicacia de esa gente?

—Los paletos—dije yo—son los más perseguidos y á los que primero detienen, porque se teme que comuniquen á los conspiradores de aquí con los insurgentes de fuera.

—En este momento—exclamó Amaranta—me ocurre una idea salvadora.

Diciendo esto, llamó á un criado y mandóle un recado al duque de Arión, que vino sin tardanza alguna, pues residía en la propia casa. El cual duque de Arión, á quien llamo así porque se me antoja, callando su verdadero título, que es de los más conocidos entre los de España, era un jóven de veintidos á veintitres años, delgado, de regular estatura, semblante frío y sin expresión, de modales elegantes y comedidos, como de persona habituada á la alta etiqueta, y sin otra cosa notable en su persona que la atildada perfección del vestir. Digo mal, pues también llamaba la atención en él un acento francés tan marcado y un tan incorrecto uso de nuestro lenguaje, que á veces no era posible oírle con seriedad. Hijo único de una señora que no nombro, y que fué mujer muy corrida y muy tomada en lenguas allá por los últimos años del siglo antecedente, marchó con ella á París á los siete años de edad y en tiempo del Directorio; allí se educó, permaneciendo tres lustros fuera de su patria. Era primo no

no sé si en segundo ó tercer grado de los que yo llamo de Leiva; pero la marquesa, que le había criado, casi le consideraba como hijo. Ya saben ustedes que este jóven, á quien no faltaba cierta discreción y muy buenas luces, era partidario decidido de Bonaparte, más que por aficiones políticas, por la amistad que le unía al mariscal Berthier. Cuando verificó el Emperador su expedición á España, trájole consigo, dándole no sé qué puesto en la casa imperial. Desde Somosierra fuéle encargada una comisión confidencial cerca de los vecinos acomodados de Búrgos; desempeñóla bién, según entendí después, y al venir á Chamartín, después de un día de descanso, pasó á Madrid con objeto de abrazar á aquellos sus parientes, y con ánsia también de visitar su posesión de Parla donde había nacido. Llegó Arión por la noche, y al siguiente día tuve el honor de verle y ocurrieron sucesos muy notables, á consecuencia de un diálogo que no puedo ménos de copiar, reuniendo los más oscuros recuerdos que almacena en sus antros sin fin mi memoria.

—Primito—díjole Amaranta,—me vas á hacer un favor.

—¡Oh! mi querida prima—repuso Arión,—*de tout mon cœur*.

—Préstame, ó mejor dicho, dame tu carta de seguridad. No dudo que me harás este obsequio, ya que has mostrado tantos deseos de complacerme.

—¡Oh, *ma belle contesse!*—dijo el currutaco, llevándose la mano al corazón.—Yo estoy muy obligado á vuestras bondades, y si pudiera expresar lo que siento... Mi deseo fuera que me demandaríais *quelque chose* de más difícil, extraordinario y peligroso, para probaros que...

—Gracias por la condescendencia, primo, y excusemos galanterías. Yo soy una vieja. ¿Se usa en Francia que los petimetres galantéen á las viejas? Por aquí no ha llegado todavía esa moda; pero me parece que tú traes los primeros figurines de ella.

—¡Oh, oh!

—¿Y no te enfadarás si tomo tu nombre para una obra de caridad? Deseo facilitar la evasión de Madrid á un jóven desgraciado, á quien persiguen miserables polizontes por satisfacer una ruín venganza.

—¡Oh, oh, *volontiers!* *Ma belle contesse* es dueña de hacer lo que querrá con mi nombre.

—También me darás uno de tus vestidos, primito, ¿no es verdad—dijo Amaranta con encantadora gracia y examinándose rápidamente de piés á cabeza,—uno de esos magníficos trajes que has traído de París, hechos conforme á las últimas modas, y que servirán de desconsuelo á todos los petimetres de por acá.

—¡Oh, oh! yo soy *tres* contento de daros mi *hábito*.

—Pues bién—dijo Amaranta con satisfacción.—Creo que podré salir adelante con mi invento. Al anochecer escapará este jóven de Madrid con el menor riesgo posible.

Y tomando de mano de Arión la carta de seguridad, me la dió, diciéndome:

—Esta tarde, ántes de marchar al Pardo con mi tia y mi primo, lo dejaré arreglado todo. Puede este jóven retirarse tranquilo, y si el discreto Salmón tiene la bondad de pasar por aquí esta tarde, yo le daré las necesarias instrucciones para que todo marche á pedir de boca.

—Señora—dijo el fraile,—volveré al anochecer ó cuando usía quiera; que tan á pechos he tomado este negocio como el mismo interesado.

—Vuelva su merced ántes de las tres, pues hemos de salir para el Pardo temprano, por sernos preciso visitar de paso en la Moncloa á mi madrina, que allí reside y está enferma, aunque no de gravedad.

Dí las gracias á la condesa por sus muchas bondades; rogóme ella que si salía en bién, como esperaba, se lo comunicase, indicándole el sitio de mi residencia para enviarme nuevos testimonios de su protección, y con esto salimos el mercenario y yo muy satisfechos para tomar el camino del convento.

Más tarde, cuando el fraile regresó de su segundo viaje á la misma casa, conocí en conjunto el plan maravilloso de Amaranta, que era digno ciertamente de su habilidoso y enredador talento.

—No he visto más graciosa invención—dijo mi amigo.—Te pones el vestido que te mandarán, para que puedas pasar por persona principal, y como tú y el señor duque teneis la misma estatura y talle, quedarás que ni pintado. Con esto y la carta de seguridad que ya tienes, esta noche no eres Gabriel, ni Pico de la Mirandola, sino el señor duque de Arión, que sale por la Puerta de Toledo para ir á su posesión de Parla. Así mismo estará á tu disposición un coche... ¡pero qué coche! La señora condesa tiene sospechas de que alguno de su servidumbre está sobornado por esos indignos corchetes, y teme confiarles el secreto. Para quitar de en medio esta dificultad ha solicitado de una amiga que le facilite un *bombé*... ¡Con que en *bombé* nada ménos, chiquillo! Te advierto que al cochero y lacayo se les dice que eres el propio duque de Arión; y como no conocen á éste, es imposible que te vendan, aunque alguno fuese bastante malo para hacerlo. Tendrán orden de llevarte á donde tú les digas; pero se te aconseja que no pases más allá de Navalcarnero si sales por la puerta de Segovia, ó de Leganés si vas por la de Toledo, en cuyos puntos no creo que haya

peligro. Con que, señor duque, beso á usía las manos. Es imposible que sospechen nada al ver tu empaque y tu carta de seguridad... Ya verás cómo léjos de ponerte reparos esos gahnápiros, se quitarán los sombreros ante tí y áun se brindarán á acompañarte hasta tu palacio de Parla. ¡Que las tenga vucencia muy felices!

La idea de Amaranta era de éxito casi seguro, y no tropezando con Santorcaz, con Román ó con otro cualquiera que personalmente me conociese, era inevitable mi escapatoria, siendo, como era, el nombre de mi carta de seguridad el de una principalísima persona, reputada por muy adicta á la causa francesa. Con esta confianza estuve todo el día, y ántes del anochecer llegó un criado con el traje, el cual me caía que ni pintado. Era elegantísimo y de mucho lujo por la finura del paño, el primor de los adornos y lo exquisito de todos sus accesorios; mas no era traje de corte, sino de diario traer, si bién de esos que por sí solos hacen resaltar por sobre el vulgo á cualquiera que se los pone, aunque más los lleve colgados que puestos. Consistía en casaca, chupa y calzón de paño verde muy oscuro, con medias del mismo color, cuello blanco, de infinidad de randas compuesto, y un redingot blanco con vueltas y solapas de pieles. Esta prenda tenía algún uso, mas aún conservaba muy buén ver.

Cuando me encajé sobre mi cuerpo aquellas prendas, todos los frailes vinieron á verme, y todos á porfía dijeron que nada podía pedirse en el arte y buén parecer; que el sastre, autor de tales ropas, por fuerza había adivinado las medidas de mi cuerpo, y que de tan linda manera vestido, podía echarme á buscar aventuras por las altas casas de Madrid, seguro de encontrar en alguna quien me mirase con agrado. Á estas alabanzas contestaba yo con risas y bromas; pero la verdad era (y en conciencia no quiero ocultar esto, aunque me desfavorezca), que yo estaba un poquillo envanecido con mi traje, y todo se me volvía dar vueltas ante un pequeño espejo; pues también en los conventos había espejos. El más satisfecho de todos era Salmón, que no cesaba de hacer reverencias ante mí llamándome *señor duque*; y por fin lleváronme como en jubileo á la celda del prior, el cual se rió mucho, alabando con exageración mi buén empaque.

Vestido ya, vinieron á decir al fraile que un jóven le buscaba con mucho empeño. Salimos los dos, y en el cláustro bajo hallamos á D. Diego, pálido, azorado, inquieto, el cual llegóse impacientemente al mercenario y le habló así:

—Padre, la Zaina se muere y quiere confesarse.

—¡Pobre Zainilla!—exclamó el mercenario.—¿Y qué es ello?

—Un mal que nadie conoce, ni se ha visto otro parecido, pues unos lo tienen por locura, otros por consunción, otros por reumatismo y otros por melancolía. Lo cierto es que se muere sin remedio, y ahora ha dado en llorar después de dos días en que no ha hecho más que morderse, arrancarse los cabellos é insultar á todos, á mí principalmente, llamándome necio y mentecato.

—¡Era usted su cortejo!—dijo con desabrimiento Salmón.—¡Oh, entre qué gente anda metido el señor conde de Rumblar!

—Padre, dejémonos de discusiones, y vaya pronto á confesar á la Zaina, que se muere, pues ahora á ratos llora mucho y habla con razón diciendo que quiere confesar sus pecados á Dios para irse al Cielo, y á ratos le entra un delirio en que dice mil disparates, y manda á todos que laven las piedras de la calle, que están manchadas de sangre, y luégo pregunta que cuándo acaba de pasar la estera, que ya lleva tantos años y tantos siglos de estar pasando por delante de sus ojos: en fin, mil desatinos que no son para contados.

—Pues allá voy al momento; pero ántes pediré licencia al prior, por ser ya de noche.

—Gabriel—preguntóme Rumblar cuando nos quedamos solos en el claustro,—¿qué traje es ese? ¿Te has vuelto caballero?

—Amigo D. Diego—le contesté,—de ménos nos hizo Dios.

—¿Y qué es de tí? No se te ve por ninguna parte. ¿Qué traes á vueltas con estos frailuchos?

—Más respeto, Sr. D. Diego, para esta buena gente—le dije,—siquiera porque estamos en su casa.

—No les puedo ver. Santorcaz, que todo lo sabe, me ha contado mil cuentos indecentísimos que prueban lo mala que es esta canalla. Es preciso acabar con ellos. De veras te digo que desde que veo un fraile me horripilo. Especialmente á este Salmón, á quien llamo el padre Tragaldabas, no le puedo ver ni en estampa. Verdad es que él tampoco me adora, y seguramente es quien intrigando en casa de la marquesa ha hecho fracasar mi proyectado casamiento.

—¿Ya no se casa el señor conde? Eso no le será penoso, porque me parece haber oído decir á usted que no amaba mucho á la novia.

—Verdad es que la tal Inés no me hace mucha gracia; pero yo estoy decidido á que sea mi esposa, porque así conviene á mis intereses. ¿Sabes? Santorcaz me ha dicho que todo hombre debe mirar por sus intereses, porque sin esto no se puede tener representación alguna en el mundo. Además él, que todo lo sabe y es más listo que el Demonio, me asegura

que yo tengo talento, disposición y estoy llamado á muy grandes cosas, por lo cual me dice: "D. Diego, á usted le es necesaria una buena posición, que le permita desplegar sus dotes."

—¿Pero usted no tiene por sí una desahogada posición?

—Bicoca: el patrimonio de Rumblar es de esos que hacen en las ciudades chicas un mediano papel; pero aquí apenas puedo presentarme en quinta fila. Nuestra casa ha vivido desde hace tiempo con la esperanza de que se le incorpore ese mayorazgo de Leiva, que es uno de los primeros de España. Si cuando apareció Inés, como legítima heredera, mi señora mamá se disgustó mucho, luégo que se concertó el casarnos para evitar pleitos y cuestiones, quedóse muy satisfecha. Con que figúrate cuál será su rabia y la mia, ahora que las señoras marquesa y condesa me han dicho terminantemente que no hay nada de lo convenido. Mi madre, á quien lo escribí, me contesta furiosa, llamándome tonto y necio y estúpido, y amenazándome con venir á darme mil palmetazos si no llevo adelante el negocio de la boda, como puede hacerlo un caballero resuelto y de pesquis. Á mí, francamente, no se me ocurre nada; pero para dicha mia tengo ahí á ese bendito Santorcaz, que me aconseja como un padre de la Iglesia, y últimamente ha discurrido el más ingenioso arbitrio para que las de Leiva no se burlen de mí.

—Yo creo que al señor conde no le será difícil llegar al casamiento, y con el casamiento á la posesión del mayorazgo, con tal que esa jóven esté dispuesta á darle su mano.

—Eso no, porque no estoy loco por ella, que digamos, y de buena gana renunciaría á todo, si exclusivamente de mí dependiera. Has de saber, compañero, que yo, más que todos los mayorazgos del mundo, apetezco una libertad sin límites para hacer lo que me dé la gana; ir á las lógias, dar gritos en las calles cuando hay alborotos, cortejar á las mozas del Avapiés, echar un par de pesetas á un caballo de oros, y divertirme en paz y en gracia de Dios; pero Santorcaz, que es mi mejor amigo y mi mentor, como él dice, me tiene sujeto, y me hinca las espuelas en esto del mayorazgo, afeándome mi descuido en cuestión tan importante. Como además le debo enormes cantidades, que no sé de qué modo pagarle, aquí tienes el siempre y cuando de esta mi resolución mayorazguil. Te advierto que lo que me deslumbra y me vuelve lelo es la esperanza de poseer una renta de esas que le permiten á uno gastar y gastar todo lo que se le antoja. ¿Hay mayor gusto, muchacho, que ir un día por casa de todos los amigos y convidarles á una merienda en el Canal, poniendo comida para más de cuatrocientas bocas, con tanta abundancia como en aquellas célebres

bodas de Camacho? ¿Hay mayor gusto que tomar del brazo á la Pelumbres, que es, después de la Zaina, la primer moza de Madrid, y salir de bureo tapaditos, y acompañarla luégo á su casa? ¿Hay mayor gusto que visitar los interiores del Teatro del Príncipe ó de los Caños, y saber que no habrá entre aquellos lienzos pintados actriz española, cantarina italiana, ni bailarina francesa que no se le rinda á uno de toda voluntad? ¿Hay mayor satisfacción que dar una corrida de toros, permitiendo la entrada gratis á todo el pueblo, pagando con doble sueldo á los lidiadores y lidiando uno mismo con un traje fino, bordado de plata y oro? Pues esto y



La Pelumbres.

aún más espero tener, si sale bién lo que hemos tramado.

Quedéme absorto y mudo, meditando en la incommensurable degradación á que en pocos meses había caído aquel jóven tan estrecha y meticulosamente educado bajo la inspección de su rigurosa madre; instruido tan sólo en cosas aparentemente buenas, en el temor excesivo á los superiores, en el desprecio de las novedades, en el aborrecimiento de las cosas mundanas, en el respeto á la tradición, en el encogimiento del espíritu; educado para ser gran señor y representante de todas las virtudes patriarcales. Ved á dónde había ido á parar su imaginación atada durante la infancia con cién cadenas;

ved por qué derrumbaderos tenebrosos se despeñaba salvajemente su voluntad, criada en el respeto; ved qué clase de pájaro atrevido salía de aquel huevo empollado al calor de las mezquinas ideas del siglo pasado.

Verdad es que cuando aquella inocente gallina sacó al mundo su echadura, se encontró que de los rotos cascarones salían en vez de pollos otras mil alimañas desconocidas, y la infeliz cacareó con angustia, sin saber quién las había engendrado.

—Pero si ella no le quiere á usted tampoco—dije á D. Diego,—lo que proyecta no sera tan fácil.

—Eso me parecía á mí; pero Santorcaz, que sabe más que siete, me ha llenado la cabeza de catálogos, principiando por decirme que yo era un papanatas, y burlándose de mí con tal zunga, que al fin me enfadé y dije: “Pues yo seré más osado que Judas, y me atreveré á cuanto hay que atreverse, pues ni las de Leiva, ni usted ni nadie se reirán de mí.”

—¿Y qué hace ahora el Sr. de Santorcaz?

—Le han hecho los franceses jefe de la policía menuda, cuyo cargo desempeña á las mil maravillas. Á todos los desafectos al nuevo gobierno me les echa mano lindamente. Verdad es que hoy le critican mucho, llamándole traidor; pero él se rie de todo y dice que no hay mejor rey que José, y que los españoles son unos animales. Esto al principio me enfadaba mucho; pero ya me he acostumbrado á oírsele decir, y yo mismo, que era ántes más español que Fernando VII, ya no doy dos higos por España, y al son que me tocan bailo... Pero verás lo que tenemos proyectado. Para probarle á él y á todos sus amigos que no merezco esas bur-las, he decidido que si Inés no se quiere casar conmigo voluntariamente, se casará por fuerza.

—Eso me parece difícil.

—Así lo parece; pero no lo es. Tú no tienes grandes ideas ni un corazón osado, como yo lo voy á tener ahora, de modo que no podrás comprender esto. Figúrate que yo consigo engañar á la muchacha, y sacarla á hurtadillas de su casa, sin que lo adviertan tías ni primas, y llevármela bonitamente á donde me diese la gana por unos días...

—Pero eso no podrá ser—dije interrumpiéndole,—porque esa honesta jóven no saldrá con usted de su casa, y mucho ménos si, como dice, no le quiere ni pizca.

—Tú eres memo, por lo que veo—me contestó con petulancia truhanesca.—Eso mismo me parecía á mí; pero Santorcaz y sus amigos me llamaron el Papamoscas de Búrgos. Te advierto que es preciso tener el corazón echado para adelante, como dicen ellos, y atreverse á todo. Con tal que Inés salga conmigo... llévela yo á una casa que tenemos preparada al efecto, y después su misma familia nos echará la bendición. El siglo lo tiene dispuesto así.

Tuve que hacer un esfuerzo para refrenar la indignación que tanta bajeza me producía.

—Poco me importa—añadió—que Inés no me ame en este momento. Yo estoy seguro de que se volverá loca por mí en cuanto nos tratemos con cierta intimidad. Todos dicen que tengo yo cierto atractivo... así... pues.. un gancho para pescar muchachas... Desde que se le pase la tristeza... No sé si te he contado que allá en los tiempos en que mi novia andaba abandonada por el mundo, tuvo por novio á un perdido, un raterillo, un granuja... ¡Qué cosas se ven en el mundo! Lo más raro de todo es que le ha guardado á su galán zarrapastroso una fidelidad de novela sentimental, que causa vergüenza á todos los de la casa. Como que han tenido que hacerla creer que ese jóven ha muerto, para que no deshonrara á la familia pensando en él.

—Pero nada de eso hace al caso, y cada vez veo más difícil que usted pueda sacar de su casa á tan honrada jóven.

—Animal, claro es que no saldrá, si le digo á dónde la llevo; pero como no lo he de decir, sino que tenemos preparado un cierto artificio...

—¿Cuál?

—Ya he sobornado á Serafina, su doncella, á quien he tenido que dar una buena suma, y es seguro que mañana muy temprano saldrán las dos á dar un paseo por los jardines de Palacio, encontrándose en cierto sitio solitario, donde es lo más fácil del mundo poner en ejecución mi pensamiento. Santorcaz asegura que esto saldrá muy bien, y él es quien lo dispone todo, quien prepara los coches, quien ha buscado la casa, quien ha dado el dinero para sobornar á la criada. ¡Si vieras qué interés tan grande se toma!

—Lo creo.

—Mañana temprano queda todo hecho. Á esa hora la marquesa estará entregada á sus devociones, la condesa no se habrá levantado aún, y el marqués estará en el primer sueño.

—Sr. D. Diego—dije, disimulando la ira cuanto me fué posible,—¿y usted no ve en eso una série de repugnantes bajezas, infamias y desvergüenzas, indignas, no digo de un caballero, sino del más desarrapado chalán? El que es capaz de hacer esto, está destinado á acabar sus días en un presidio.

—Te hablaré francamente. Cuando Santorcaz y sus amigos me manifestaron su plan, sentí aquí dentro cierta repugnancia y no la oculté. Pero se rieron mucho de mí, y allí fué el llamarme zanguango, corazón de mirlo, hombre de alfeñique y otras injurias que me indignaron mucho. Al

mismo tiempo, por otro lado Santorcaz me apremia para que le pague las grandes sumas que le debo, y que ya exceden á cinco años de renta de mi patrimonio. Además de esto, mi madre me manda desde Bailén unas cartitas en que me pone como chupa de dómine. Dice que si no llevo adelante por cualquier medio este casamiento, soy un necio y un badulaque, y que pierdo y arruino á mi familia con mi dejadez y pazjuatería. Hasta D. Paco me escribe diciéndome que seré para siempre indigno del *altísono* nombre de Rumblar, si no pesco ese mayorazgo, y ahí tienes... No hay más remedio que hacerlo. Fuera, pues, escrúpulos de monja, y adelante. Ahora voy á probar que soy un hombre hasta allí, capaz de todo y dispuesto á las más atrevidas cosas. ¿Qué te parece? ¿No apruebas mi conducta? ¿No te entusiasmas oyéndome?

—¿De modo que mañana temprano...?—pregunté con más interés que D. Diego en aquel asunto.

—Al rayar el día. No sé si te he dicho que ella madruga mucho. Santorcaz dice que cuanto más pronto mejor. Ninguno de la familia se enterará del caso hasta que estemos en Madrid. Ya he escrito una carta á la marquesa, fingiéndome muy enamorado, y diciéndole que la fuerza irresistible de mi pasión me impele á obrar así, y otras muchas cosas muy bien puestas: como que la ha escrito Santorcaz... Pero chico, es tarde y me retiro; quiero ver en qué pára esta pobre Zaina, y si se muere ó no se muere. La verdad es que me quería bastante; y sabe Dios si habrá influido en su enfermedad... Como ahora me tiene vuelto loco la hermana de la Pepa Ramos... ¿La conoces tú? ¡Qué guapa y qué mona es! Adios, me voy allá. ¿Quieres venir? ¿Qué haces aquí con esos frailucos? Pero dime: ¿has heredado por ventura? No te conozco. Mira que los frailes son muy intrigantes... adios, adios, que aún tengo algo que arreglar para mi viaje al Pardo á la madrugada.

Y diciendo esto, se marchó, dejándome solo en el claustro. En éste me paseaba yo, presa de la más grande agitación, cuando me avisaron la llegada del co-



che enviado por Amaranta para mi fuga. Al instante corrí á la calle, y entrando en él, pregunté al lacayo:

—La señora condesa, ¿dónde está?

—Esta tarde ha marchado al Pardo—me contestó respetuosamente, sombrero en mano.—¿Á dónde quiere usía que le llevemos?

—Al Pardo—respondí con resolución.

—Dijo la señora condesa que saldríamos por la puerta de Toledo, camino de Illescas, ¿es que quiere usía dar un rodeo?

—Al Pardo, majadero, al Pardo derecho y sin rodeos—exclamé con furia.—¿No he dicho que al Pardo? Á toda prisa.

Las mulas partieron á escape, llevándome camino del Real Sitio.



XXVII



Fué detenido el coche en la puerta de San Vicente, abrieron la portezuela, presenté mi carta de seguridad, y después de abrumarme con cumplidos y cortesías, me dejaron pasar. Sufrí nueva detención hacia San Antonio, y una tercera en la puerta de Hierro, de cuyas repetidas molestias deduje que era arriesgadísimo salir disfrazado, y enteramente imposible sin el documento prescrito. Pero yo pasé el camino felizmente, y ninguno de los que echaron su mirada importuna dentro de mi coche, sospechó el papel que un servidor de ustedes estaba representando.

Yo iba en un estado de agitación indefinible, y la marcha de las mulas me parecía tan desproporcionada á mi febril impaciencia, que sentía impulsos de bajar y correr á pié, creyendo de este modo llegar más pronto. Arrastrado por una ciega é invencible determinación, yo la había formulado en estos términos sencillísimos: "Llegaré, haré por ver á la condesa, informaréla de la alevosa intención de D. Diego, y partiré después. No es preciso nada más." Yo no pensaba en dificultades de ninguna clase, y las contrariedades subalternas eran despreciadas entónces por mi impetuosa voluntad. Tampoco atendía en manera alguna á mi proyectada fuga, ni me cuidaba de si iba vestido de esta ó de la otra manera. Caer en poder de la policía, una vez llevado á efecto mi pensamiento, me importaba poco.

Por fin, en poco más de una hora llegamos á la plaza de Palacio, donde vi una gran escolta de caballería y muchos coches. El cochero del mío azotó las mulas y las hizo penetrar por la ancha puerta hasta el vestíbulo

de donde arranca la gran escalera. Todo lo ví iluminado; todo lleno de guardias españolas y francesas. Una música militar tocaba el himno imperial en la galería que domina la escalera. Napoleón, que había ido á comer con su hermano, estaba allí todavía.

Figuráos que uno se muere y despierta en otro planeta, en otro mundo, encontrándose con forma distinta, en atmósfera diversa, en un medio diferente, donde crecen Fauna y Flora que no se parecen á la Flora y Fauna del mundo donde nació. Esta fué mi impresión: yo estaba aturdido y atontado. Sin embargo, saliendo precipitadamente del coche, pregunté



al primer criado que se me apareció, por los aposentos del señor marqués de X. En el mismo instante, el lacayo me decía:—“Venga vuecencia por aquí, que es en este piso bajo á la izquierda.”

Dos ó tres, no sé cuántos se apresuraron á franquearme la entrada, y mi lacayo, entrando delante de mí, dijo á los criados que salían á su encuentro:

—Ya está aquí el señor duque; avisad que ha llegado el señor duque de Arión.

Yo no sé por dónde me llevaron; yo no sé por dónde entré; yo no sé en qué sitio me encontraba; yo sólo sé que me ví en un recinto muy alumbrado y caliente, y que el diplomático, estrechándome en sus brazos, exclamaba:

—¡Picarón, gracias á Dios que te vemos!...

Pero ¿por qué has venido tan tarde? Ya se ha acabado la comida... ¡Ah picarón, qué alto estás!

Yo balbucí algunas excusas; pero comprendiendo al punto que era preciso disipar aquel engaño, dije:

—¿No está la señora condesa?

—No ha venido. Estoy solo con mi hija. Pero chico, no tienes acento francés, y me dijeron que hablabas como un amolador. Ven, ven al instante; te voy á presentar al Rey José, que tanto desea verte. Ahí está el Emperador. ¡Albricias!... Ha convenido en que su hermano vuelva á ser rey de España, y ya están zanjadas todas las diferencias. Con que ven... ven... Pero sobrino, ¿cómo es eso?—añadió, examinando mi traje.—¿Cómo no has venido de etiqueta? Pues oiga... también te has venido sin relojes... Pues ¿y tus cruces, tu Legión de Honor, tu Cristo de Portugal, y

tu Carlos III, y tu San Mauricio y San Lázaro, y tu Águila negra?...

—Déjese usted de bromas—exclamé, sin poder disimular mi impaciencia.—Ahora vengo para un asunto urgente y del cual depende...

—¿La suerte de Europa?—dijo interrumpiéndome.—Corro, corro al instante á ponerlo en conocimiento de Urquijo. ¿Vienes del cuartel general? ¿Ha llegado allí algún correo de Francia con noticias del Austria?

—No, no es eso—repuse, sin atreverme á disipar el engaño.—¿Pero dice usted que no está aquí mi señora la condesa?

—¿Tu prima? Esta tarde la esperábamos; debía pasar por la Moncloa á ver á su madrina, y como ésta se halla *in articulo mortis*, presumo que Amaranta y mi hermana habrán determinado quedarse allí toda la noche. ¿Vienes tú de Madrid, ó directamente de Chamartín?

—Siento mucho—repuse con la mayor zozobra—que no esté aquí la señora condesa.

—Te presentaré á mi hija, ven. Pues es lástima que no hayas venido de etiqueta. Verdad es que tú tienes familiaridad con el Emperador, y si te anuncias, puedes pasar á verle con ese traje... Pero dime, ¿qué noticias traes? ¿Ha llegado algún correo al cuartel general? Á que me he salido yo con la mia?... Apostamos á que el Austria?... Á mí puedes contármelo. Ya sabes que el Emperador me consulta todo... Pero chico, ¿sabes que tienes una arrogante figura? Á mí me habían dicho que eras... así... un poco cargado de espaldas, y... la nariz chata, y un ojo un poco... pero no... veo que me habían engañado. Eres mejor de lo que yo suponía, y lo que es tu cara... casi juraría que no me es desconocida... pues... que te he visto en alguna parte.

Estábamos en un lujoso salón, con magníficos muebles alhajado. Sentíase ruido de voces en las habitaciones inmediatas; pero allí no había nadie más que nosotros dos. El diplomático, asiendo las solapas de mi casaquín, me sacudía, me sofocaba, me volvía loco con su charlar inacabable. En vano era que yo pretendiese quitarle la palabra, hablando de otras cosas, y principalmente indicando algo del móvil de mi viaje. Aquel insensato me quitaba la palabra de la boca, ávido y hambriento de hablárselo él todo, y con sus gesticulaciones, su cotorreo sempiterno, semejante al son de una matraca, me tenía aturdido, colérico, nervioso.

—¡Ay, sobrinillo de mi alma!—continuó.—Si me confiaras las noticias que traes... Ya habrá llegado á tu conocimiento que yo soy la misma reserva... Porque no me queda duda de que tú traes algo, sí señor, algo grave. Si hubieras venido á la comida, habríaslo hecho más temprano y con otro traje. Y no es más sino que estabas en el cuartel general, y el

mayor general Berthier te envió á toda prisa con una comisión. Á ver, dímelo á mí solo, á mí solo... ¿Vas ahora mismo á ver al Emperador? Si quieres pasaré aviso al gentil-hombre para que te introduzca. Ya han concluido de comer, y están conferenciando juntos el Emperador, el Rey José, el secretario Hugues Maret, Urquijo y Monseñor de Pradt, ex-arzobispo de Malinas. Anda, anúnciate, subamos...

—Señor mio—dije bruscamente, sin poder disimular ya mi impaciencia y desasosiego.—Yo no vengo á hablar con el Emperador, ni con el Rey José, ni con el arzobispo, ni tengo nada que ver con ninguno de esos señores. Yo vengo á...

Y callé, sin atreverme á decirle el objeto de mi visita.

—¿Con que no está aquí la señora condesa?—volví á preguntar después de una pequeña pausa.

—Dale con la condesa. Que no, que no está. La esperábamos esta tarde; pero, según entiendo, se ha detenido en la Moncloa á acompañar á su

madrina, que se muere por momentos. Puede ser que llegue antes de media noche.

—Pues la esperaré—dije resueltamente, sentándome en un sillón.

—Veo que Amaranta te interesa más, y es para tí de mayor importancia que la suerte del mundo. ¿Pero no querrás decírmelo?... Aquí en confianza, á mí solo —dijo sentándose junto á mí y poniéndome la mano en el muslo.

—¿Qué, hombre de Dios, qué le he de decir, si no sé nada?

—Pesado estás, sobrino. Para mí sería muy satisfactorio saberlo antes que el mismo Emperador y poderlo decir á todos esos que están ahí muertos de sed por una noticia.



—¿Dice usted que la condesa vendrá ántes de media noche? ¿Cuánto hay de aquí á la Moncloa?

—¿Pero qué traes tú con la Amarantilla?... Todo eso es para disimular. Pero ven... quiero que conozcas á mi hija. Ya tendrás noticias de ella. ¡Pobrecita! La he recogido y reconocido... Es preciso reparar de algún modo los errores de nuestra juventud. En Paris habrás oído hablar mucho de mí. Bastantes ruinas hay allí todavía de mi ímpetu destructor en materias amorosas. Pero ven... conocerás á Inés... es guapísima. No se ha recogido aún, y si está acostada, haré que se levante.

—No—dije yo,—la veré mañana.

Mi situación, queridos señores míos, era bastante comprometida. La condesa, á quien necesitaba ver y hablar, no estaba allí. Yo no quería faltar al solemne compromiso contraído con ella, cuando le prometí no presentarme jamás á su hija; y en verdad, si Amaranta me hubiera sorprendido allí en compañía de Inés, todas mis explicaciones le habrían parecido artificios y malas artes, y la aventura de mi disfraz un ardid alevoso para arrebatarse aquel tesoro de su familia, que por la sociedad y por otras mil consideraciones me estaba tan implacablemente vedado. En todo esto pensé, mientras D. Felipe de Pacheco y Lopez de Barrientos me volvía loco para que le contara las noticias del cuartel general. Discurriendo rapidísimamente sobre aquella situación, vine á deducir que era preciso valerme del mismo diplomático para mi objeto, no estando en Palacio ninguna otra persona de la familia; mas para esto era también preciso no perder el disfraz, ni correr el velo de aquel gracioso engaño, pues si esto ocurría, todo acaba con echarme á la calle ó ponerme á disposición de un alguacil. Meditando en breves términos mi plan, dí principio á su ejecución de la siguiente manera:

—Después, mi querido tío, informaré á usted de todo lo que se dice en el cuartel general. Por ahora quiero hablarle á usted de otro asunto importante.

—¿Importante? Vamos á ver—dijo en voz baja y tan impaciente como un niño.

—Importantísimo.

—Ya adivino. La Inglaterra, el enemigo común...

—No es nada de eso. Lo que digo es que ese condesito de Rumblar... ¡oh! es un jóven de malísimas costumbres.

—Ya lo sabemos; pero dejemos ahora á D. Diego, ¡qué majadería!—exclamó con desagrado.

—Es preciso que usted esté prevenido, por si...

Entraron en aquel momento en la sala dos personajes vestidos de uniforme, uno de los cuales era español y el otro francés; pero los dos se expresaban en nuestra lengua. Levantámonos, y el diplomático me presentó gravemente á ellos, diciendo después:

—Por más que le pincho, nada, no suelta una palabra. Viene del cuartel general con noticias importantísimas.

—¿Sube usted á ver al Emperador?—me preguntó uno de ellos.

—No señor—respondí, obligado á llevar adelante la farsa.—No necesito ver por ahora á S. M. I.

—En el cuartel general—me dijo el otro,—¿qué se dice de la actitud del Emperador respecto á su hermano?

—¡Oh! exclamé yo, dándome importancia,—se dicen muchas, muchas cosas.

—¡Muchas cosas!—exclamó el marqués, haciendo aspavientos.

—Aún no está decidido—añadió el que parecía francés—que el Emperador, nuestro señor, ceda el reino de España á su hermano. ¿Qué ha oído usted en Chamartín? ¿Insiste el Emperador en la idea de considerar á España como país conquistado?

—Sí, señores, como país conquistado—dije con mucho aplomo, metiendo mi cucharada en los arreglos y desarreglos del mundo.

—La verdad es—afirmó otro—que los dos hermanos no están muy acordes. ¿Va tomando cuerpo la idea de agregar la España al territorio de la Francia?

—Sí, señores—respondí, condoliéndome de la suerte de mi país.—España se unirá á Francia.

—¡Oh! ¡qué calamidad!—exclamó D. Felipe.—No podemos en modo alguno seguir al servicio de la causa francesa. ¿Y se insiste en dividir á nuestro país en cinco vireinatos?

—¿Pues qué duda tiene, señores?—repuse en tono de hombre listo.—Pero aún se duda si serán cinco ó seis.

—Sin embargo—dijo el que parecía francés,—yo creo que esta noche se reconciliarán.

—Por supuesto que si el Emperador se decide á tratar á España como país conquistado, le mueven á ello las intrigas de Inglaterra.

—De Inglaterra, justo—repuse yo vivamente.—Me lo ha quitado usted de la boca.

—Y la insensata resistencia del pueblo español.

—Exactamente... la insensata resistencia...

—Á pesar de todo—dijo el español,—yo dudo mucho que el Emperador

pueda llevar adelante tan atrevido pensamiento, y ménos ahora cuando corren rumores de que el Austria...

—¿Qué dicen los últimos despachos?—Parece que el Austria se arma.

—Sí, señores—respondí yo en tono profético, misterioso y sibilítico.—El Austria se arma y... no diré más.

—Pero hombre—indicó el diplomático,—si aquí somos todos amigos.—Dí de una vez todo lo que sabes.

—Dispénsenme ustedes, señores—indiqué cortesmente.—De buena gana lo haría por complacer á personas tan amables; pero ántes que mi deseo está mi deber, ántes que la satisfacción de un capricho amistoso, la conciencia de mi discreción, cuyo inexpugnable baluarte en vano atacan galantes sujestiones ó arteras amabilidades. Callaré por ahora; pero tengan ustedes entendido que el Austria... el Austria...

Los tres cortesanos se miraron mutuamente, y yo examiné las pinturas del techo.

De improviso entraron otros dos, á quienes igualmente me presentó mi augusto tío; pero aquí fuí ménos afortunado, porque uno de ellos, al saludarme, me dijo con cierta malicia:

—Es muy particular. Hace tres años ví en Paris al señor duque de Arión y no reconozco su fisonomía en la de usted. Ó yo estoy trascordado, ó usted ha variado considerablemente.

Por mi suerte, el diplomático se había apartado un poco, y además yo tuve buen cuidado de no engolfarme en conversaciones con aquel caballero. También quiso mi buena estrella que viniese á sacarme de apuros otro que llegó de repente y con gran prisa, á decir:

—Señores, la conferencia va tomando carácter de altercado. Alzan mucho la voz, y desde el corredor de Poniente se oyen los gritos. Vamos allá y oiremos algo.

Viérais allí cómo aquellos cortesanos corrían por los pasillos; cómo se escurrían por los laberintos de Palacio; cómo se precipitaban unos delante de otros disputándose cuál llegaba primero á pescar una noticia, una voz perdida, un gesto visto al través de un resquicio, un accidente, un destello de reales miradas, cualquier mezquindad que les fuera favorable. Yo seguí tras ellos y salí también; atravesamos un gran salón, donde había hasta una veintena de personas de distintos uniformes; internáronse en nuevos pasillos, pasaron de sala en sala, llegando por último á un largo y oscurísimo corredor que tenía ventanas á un angosto patio. Allí había otros cinco ó seis, asomados á las ventanas, y muy atentos á no sé qué, pues yo no veía nada digno de llamar la atención. Todos se acercaban

con pasos quedos, chicheando muy por lo bajo, y atendían y miraban; pero qué miraban y á qué atendían?

El patio á que me refiero era muy estrecho. En la pared de en frente había una gran ventana cuyas hojas de cristal, cerradas y por dentro cubiertas con una cortina de gasa, daban paso á la luz interior. Los gruesos cortinones de invierno estaban recogidos á un lado y otro, de modo que quedaba un triángulo de luz, con el ángulo más agudo en la parte superior. En este triángulo se dibujaban varias sombras; pero con toda precisión una sola, efecto de linterna mágica producido por la presencia de un hombre entre la luz que iluminaba aquella pieza y el hueco de la ventana. Movíase la sombra al tenor de los diversos grados de animación de la palabra, y en esta sombra y en sus irregulares movimientos fijaban la vista y el oído y la atención y el alma toda los cortesanos allí reunidos.

—Ahora hablan más bajo—dijo muy quedamente uno de ellos;—pero hace poco se han oído con claridad algunas palabras.

Y alargaban los cuerpos fuera del corredor, por ver si sus pabellones auriculares cogían al vuelo alguna sílaba. Yo también atendí; pero la verdad es que allí se oía tanto como en un desierto. Lo que sí excitó mucho mi curiosidad, fué la sombra que ocupaba el centro del triángulo. Era la de un hombre rechoncho y de cabeza redonda, con pelo corto. Notábase el movimiento pausado de sus brazos al hablar, el de su cabeza al atender; notábanse claramente las señales de asentimiento, las negaciones vagas y las fuertes; notábanse la tenacidad, la duda, el ademán de la pregunta, el de la respuesta, y tanta era la verdad con que aquella silueta reproducía á la persona misma, que hasta se creía observar en ella la sonrisa, el fruncimiento de cejas, el asombro y cuantos modos de lenguaje posee y usa el rostro humano. Unas veces la cabeza puesta de frente, proyectaba en la vidriera una forma redonda, otras volviéndose proyectaba su perfil; luego veíamos que á su altura subía una mano y distinguíamos perfectamente el dedo índice afianzando y dando energía á la palabra; después desaparecían las manos; y los brazos, juntándose á la masa del cuerpo, indicaban que se habían cruzado; luego transcurría mucho tiempo sin que la figura hiciese ademán alguno, señal de que oía ó de que meditaba, hasta que de nuevo volvía á ponerse en acción.

—Miren ustedes ahora—dijo uno de los cortesanos—cómo dice que no, que no y que no con la cabeza.

En efecto, la sombra movió su cabeza, haciendo la señal negativa.

—De seguro está diciendo que no cederá á nadie sus derechos á la corona de España—indicó uno.

—Lo que indudablemente estará diciendo—habló otro—es que pasará por todo, ménos porque los ingleses se metan aquí.

—¡Quiá!—exclamó un tercero.—Lo que debe de estar diciendo es que los españoles no podrán resistir mucho tiempo.

Entónces la sombra movió la cabeza en señal afirmativa repetidas veces y con mucha insistencia, acentuando con la mano aquel movimiento.

—Pues ahora dice que sí, que sí y que sí—indicó uno.

—Sin duda habla de que son indudables sus derechos de conquista—observó otro.

—Y de que puede disponer del trono de España como se le antoje.

—¡Patarata! Apuesto á que no es nada de eso, sino que asegura vencerá á los ingleses.

Poco después la sombra se llevó la mano á la nariz.

—Toma tabaco—dijeron los cortesanos.

—Ya van tres veces desde que estamos aquí.

Luégo la sombra acercó un bulto á su cara, inclinándola después, y se oyó desde nuestro observatorio un lejano ronquido.

—¡Se suena!—exclamaron los cortesanos.

—¡Buena señal!—dijo uno.

—¡No, sino muy mala!—añadió otro.

Después la sombra se levantó, y al instante confundióse entre otras sombras. Un momento después, separadas las demás, volvió á destacarse; pero ya estaba transfigurada, porque la cabeza redonda había desaparecido en otra mayor sombra trapezoidal. Una vez puesto el sombrero, se hubiera distinguido de cuantas sombras suele engendrar la noche, y de cuantas pueden volver de los Elíseos Campos ó de los cristianos cementerios á pasearse por el mundo.

—Ya sale...—exclamaron los cortesanos.

—Corramos al salón.

Y aquello no fué correr sino volar á la desbandada.

—¿No vienes al salón?—me preguntó el diplomático.

—¿No ve usted que no he venido de etiqueta?

—Es verdad; pero tú... Te advierto que el Emperador se marcha. ¿Acaso vienes á hablar con el Rey José?

—Yo no quiero ver al Emperador esta noche—le respondí.—Aunque él me trata con bastante intimidación, y solemos jugar un poco al tute...

—¡Al tute!... hombre... eso sí que no lo sabía.

—Sí... pues decía que aunque tenemos mucha confianza, y nos tratamos

como dos amigotes, no puedo presentarme así en el salón, cuando los demás van de etiqueta. Usted no irá tampoco...

—¡Oh, sí! Yo voy al salón... porque te advierto que el Emperador al entrar me miró, y después preguntó quién era yo. De modo que ahora...

—¿Pero no le ha hablado usted nunca?

—Te diré; lo que es hablarle... así... pues... así como estoy hablando ahora contigo, no... pero hemos cambiado notas, y no creas... en ocasiones con la pluma en la mano nos hemos puesto como ropa de pascuas.

—¿Usted se retirará á su aposento? Hablaremos un poco, y luego me marcharé.

—¡Á estas horas! No... aquí te has de quedar. No dudes que vendrá la condesa mañana temprano. Hablaremos todo lo que quieras; pero después que yo vaya al salón, y haga por ver si S. M. I. me mira otra vez, y me entere de todo lo que se dice... ¿Qué sabes tú si el Rey José querrá llamarme, como anoche, para que le dé un poco de conversación?

—Antes hablemos los dos de un asunto que nos interesa... es cosa de pocas palabras.

—Entremos en mi cuarto—dijo cuando llegamos al salón donde me recibió la vez primera.

—No, aquí mismo—repuse. Ahora caigo en que tengo que marcharme en cuanto hablemos dos palabras.

—¡Qué singular! Hombre, aquí me hieló de frío. Entremos en mi cuarto.

En efecto, pasamos á otra pieza y nos sentamos; pero aún no se habían arrellanado nuestros cuerpos en el sofá, cuando entró un criado diciendo:

—Aquí está un gentil-hombre que viene á decir á usía que el señor conde de Cabarrús quiere verle al momento.

—Al instante, corro al instante. ¡Oh, ministro amabilísimo!—exclamó el diplomático con súbita é inmensa alegría.—Primo, ahí te quedas. Vendrá Inés á hacerte compañía.

—No... que no se moleste—repuse yo con inquietud.—Esperaré solo.

—Que venga la señorita Inés—dijo el diplomático al criado.

El criado me miraba atentamente.

—Que venga mi hija—repitió el marqués.—Díle que está aquí el señor duque de Arión, su pariente; que venga al instante á hacerle compañía, porque el Emperador... digo, el Rey José... digo, el ministro Cabarrús, me ha mandado llamar, para consultarme un grave asunto.

Y sin esperar más, porque su impaciencia era febril, salió dejándome solo. Yo estaba tan agitado, que no me era posible apreciar la extensión

del tiempo que iba pasando, mientras permanecía en la soledad de aquel cuarto, sin percibir otro ruido que el tic-tac de un reloj de chimenea, y el chisporrotear de los leños que en ella se quemaban. Yo no cabía en mí mismo de inquietud, de ansiedad y desasosiego, y juntamente se me representaban en espantosa lucha, la inefable felicidad de ver á Inés y el pesar de mi conciencia turbada por quebrantar una leal promesa. Á veces me parecía que los minutos corrían con inconcebible rapidez, y á veces que se estaban quietos delante de mí, mirándome como geniecillos desvergonzados. Mi espíritu, á ratos impaciente y lleno de amorosas ansias, me impulsaba á penetrar en las habitaciones interiores, buscando á la que no parecía; y á ratos me venían deseos de abrir la ventana, echarme por ella al jardín inmediato, y huir para siempre de aquella casa. Sentado estaba mal, y mal estaba en pié, y mal también paseándome de un ángulo á otro en la reducida estancia. El pulso y las sienes me latían con furia, y aquel violento y acompasado golpear determinó bien pronto en mí una viva calentura, que me inflamaba todo. Inés tardaba mucho. "Si no viene, me muero," dije para mí, olvidándome al fin de todas las consideraciones que al principio me habían hecho temer su llegada. Pasaron no sé si horas ó minutos; sólo sé que muchas ideas mías se iban quedando atrás y que venían otras á sustituirlas, para marcharse luégo. De este modo apreciaba el transcurso del tiempo. El reloj avanzó mucho sin que Inés pareciese. Aquella soledad empezó á hacérseme insoportable, y la idea de que ella no vendría, se representó en mi pensamiento, produciéndome un dolor inmenso. Después de mis primeras dudas, habíase entregado mi espíritu al gozo de suponer que vendría, y su tardanza me ponía en estado febril.

Arrastrado por una fuerza irresistible, sin reparar en mi situación ni en circunstancia alguna, casi ignorando lo que hacía, abrí la pequeña puerta que comunicaba aquella pieza con la inmediata. Al pasar á ésta, halléme en una sala sin luz; pero como entraba alguna claridad por la puerta recién abierta, pude ver por dónde andaba. Con pasos muy quedos atravesé aquella sala, y al ver reflejada oscuramente mi imágen en los espejos, sentía miedo de mí mismo. En el testero del fondo ví otra puerta que cedió al punto á mi mano, y encontréme en una tercera sala más pequeña. Profunda oscuridad reinaba en ella; pero al poco tiempo de estar allí, distinguí en el fondo negro una perpendicular raya de luz. Al mismo tiempo creí que sonaban voces de mujer por aquel lado, y esto, con la débil claridad, impelióme más hácia allí. Andaba muy lentamente, extendiendo las manos para no tropezar con los muebles; andaba como un la-

drón, conteniendo el aliento, apagando el ruido de los pasos, creyendo que hasta las oscilaciones del aire á mi tránsito iban á delatar mi presencia á los de la casa. Yo había perdido todo dominio sobre mí mismo, y en nada reparaba más que en llegar pronto á aquella raya luminosa, tras la cual sentía más claramente ya la voz de Inés. Al fin llegué. Por la estrecha rendija no se veía nada; pero se oía. Dos mujeres hablaban.

Al poco rato una de las voces dijo algo como despidiéndose; sentí el ruido de una puerta, y todo quedó en completo silencio. Aguardé un po-



co. Puse luego la mano en el picaporte, y con mucha, muchísima lentitud, lo fui levantando de modo que no hiciera ruido. Cuando me pareció bastante, empujé, y la puerta cedió: empujé más, y la fui abriendo poco á poco, cuidando de que no rechinara. Durante esta operación, toda mi sangre se paró dentro de mí. Á medida que la puerta se abría, iba viendo todo lo que había dentro de aquella estancia. Primero ví un lecho con cortinas blancas, luego una mesa con labores de mujer, y por último, ví una figura puesta de rodillas delante de un reclinatorio, con la cabeza inclinada y oculta entre las manos en actitud de profundo recogimiento. Vuelta hacia mí aquella figura, que apoyaba la frente

contra el reclinatorio, no era fácil reconocerla, pues de su cabeza no se veía sino el cabello; pero yo la reconocí, y era ella misma, era Inés.

Avanzando resueltamente, pero siempre con pasos muy quedos, entré y me dirigí hacia ella.



XXVIII



UANDO Inés alzó la cabeza y me vió delante, tras un estremecimiento que indicaba el mayor espanto, quedóse atónita, sin habla, con disposición á perder el sentido. La emoción me impedía al mismo tiempo pronunciar algunas palabras para tranquilizarla. Mi presencia le causaba terror; iba á gritar sin duda.

—Inés, Inesilla—exclamé al fin,—no te asustes, soy yo, soy yo mismo. ¿Creías tú que me había muerto? No; mírame bién, estoy vivo. No me tengas miedo.

Diciendo esto la abrazaba, estrechándola contra mi pecho.

—¿Creías tú no volverme á ver más?—proseguí.—Te dijeron que me había muerto. Pícaros, cómo te engañan. Aquí estoy; no me preguntes cómo he venido. Yo no lo sé. Creo que Dios me ha traído por la mano para que nos veamos.

Inés tardaba mucho en volver de aquel estupor que por algunos minutos pareció quitarla el conocimiento; mirábame con ojos asombrados, derramó algunas lágrimas, y su rostro, fluctuando entre el llanto y la sonrisa, revelaba en cada segundo una sensación distinta. Pasado un rato, fijando la atención en mi vestido, pareció profundamente asombrada, volvió á reír y me interrogó con los ojos. Sus manos, sus brazos temblaban entre los míos de un modo alarmante; y temiendo que la impresión producida en su organismo por tan fuerte sorpresa fuera demasiado lejos, la tomé en brazos, púsela con el mayor cariño sobre el sofá cercano y sentéme junto á ella, procurando calmarla y explicándole en términos precisos mi inesperada aparición.

—¿Pero dónde estabas tú?—me dijo.

—En la habitación de tu padre. Allá me dejó cuando le llamaron, y allí te estaba esperando. ¿Por qué no fuiste? Mi impaciencia era tanta, que no pude resistir, y como un ratero me metí por esas habitaciones hasta llegar aquí.

—¿Y cómo entraste en Palacio?

—Eso es largo de contar. Me han pasado muchas cosas, Inesilla de mi corazón. Yo no sé cómo he venido aquí. Había prometido no verte ni hablarte; pero yo no sé por qué me encuentro á tu lado y te veo y te hablo ¿Con que me creías muerto?

—Sí, ¡muerto!—dijo con tristeza.—Sin embargo, yo confiaba en que fuera mentira, y muchas veces he tenido el pensamiento de que ibas á venir. Anoche, ayer, ahora mismo he estado pensando en esto, y al quedarme sola he sentido mucha zozobra, creyendo verte en los espejos, ó salir de detrás de esos armarios, ó entrar por cualquiera de esas puertas como un fantasma. ¿Pero cómo has venido aquí? ¿De qué invención te has valido? Si te descubren... Estás vestido como un caballero.

—Sí, Inesilla—respondí, besándole las manos.—Pero aunque me ves vestido de caballero, no creas que lo soy. Soy lo mismo que era ántes, cuando estábamos en casa de D. Mauro, es decir, no soy nada. Tú estás tan por encima de mí, que debes avergonzarte de mirarme.

Al oír esto, todo cambió en su espíritu, y la ví sonreír de un modo espontáneo y festivo, perdida ya la emoción dolorosa del primer momento.

—Yo no pensaba verte más—continué;—pero la casualidad ó la Providencia han querido que te vea. ¡Qué desgraciados somos, ó mejor dicho, qué desgraciado soy! Porque yo tengo que renunciar á tí, tengo que marcharme para no volver más. ¿No comprendes tú que ha de ser así, que no puede ser de otra manera? Para mí valiera más no haber nacido. ¿Por qué te conocí? ¿Por qué te volviste gran señora? ¿Por qué Dios, que á tí te sacó de la humildad para traerte á los palacios, me dejó á mí en la miseria y en la oscuridad de mi nombre?

—No me has dicho todavía por qué estás vestido así—indicó con el mayor asombro.

—Nada de esto es mio, Inesilla—exclamé con profundo dolor.—Estas ropas son como las que se ponen los cómicos cuando salen á la escena vestidos de reyes. Después se las quitan y quedan hechos unos mendigos; lo mismo soy yo. Si ahora se descubre la farsa que me ha traído aquí, tus criados me echarán del Palacio ignominiosamente. No soy nadie, no

soy nada. Yo creí que no te vería más; pero algún poder superior nos ha puesto esta noche juntos, y yo, que he jurado ante la condesa tu prima no verte ni hablarte más en la vida, estoy ahora á tu lado para decirte que te quiero y te adoro y me muero por tí. Seré un malvado, un tramposo, un miserable que se burla de todas las conveniencias de la sociedad; pero siendo todo esto, y aún más, insisto en decir que no puedo dejar de quererte aunque me lo prohiban todas las potencias de la tierra, y aunque entre los dos se pongan con la espada en la mano todos tus parientes y antecesores desde que el mundo es mundo.

Inés parecía meditar. Después de un rato de silencio, me dijo con mucha tristeza:

—Mis parientes son muy crueles conmigo.

—No, hijita mia; considera tú su posición, su nombre, lo que deben á la sociedad, y comprenderás que no pueden hacer otra cosa. ¿Cómo han de admitirme en su familia? La idea de que me amas les causa horror, y se creen deshonrados con sólo mirarme. Tu prima la condesa es muy buena. Si tuviera tiempo para contarte los beneficios que le debo y el afecto que me muestra, te asombrarías.

—Ha llegado el caso de que yo devuelva á mi familia todo lo que me ha dado, y tome por mí misma lo que no ha querido darme—dijo Inés.

—Tú tendrás prudencia y esperarás.

—Hablaré francamente á mi prima. Ella me ha dicho que quiere verme feliz á toda costa, y es la que me defiende de las impertinencias de mis cinco maestros, y la que me salva de la etiqueta, que es lo que más aborrezco. Yo le diré que has estado aquí...

—No, no, por Dios, no le digas que he estado aquí—exclamé.—Yo debo marcharme ahora mismo, Inés; yo no puedo estar más aquí.

—No te has de ir—me dijo, asiendo mis dos brazos para detenerme.—Yo se lo diré todo á mi prima; le diré que no te has muerto; que yo sé que no te has muerto; que nos hemos visto, y que has de volver.

—No, no le digas eso; desde este momento ya no merezco la benevolencia que me has manifestado.

—¡Oh!—exclamó Inés con mucha pena.—Pues entonces, ¿qué recurso nos queda? ¿Qué podemos hacer? ¿Cuándo vuelves tú?

—Nunca—le respondí, sin reparar en lo que decía, pues mi exaltación no me permitía formular ideas concretas sobre nada.

—¿Cómo nunca?

—Sí, volveré cuando quieras—dije, estrechándola contra mi corazón.

—Si tú me mandas que vuelva, si tú, despreciando las resoluciones de tu

familia, insistes en quererme lo mismo que cuando éramos dos pobres criaturas desamparadas, volveré, quebrantaré las promesas que hice á tu prima, porque ¡ay! sin duda tu prima no sabe cuánto te quiero, cuánto te adoro, y de qué manera nosotros nos hemos dado un juramento que está por encima de todos los demás. Dile que no me he muerto, ni me moriré, mientras tú vivas, porque no quiero ni debo morirme; dile que aquí estaré mientras tú no me echas, y que ántes que fueras condesa, y duquesa y princesa, habías resuelto casarte conmigo, que no soy caballero ni soy nada, aunque teniendo tu cariño no me cambio por todos los nobles de la tierra.

Inés al oírme se animaba mucho. Encendiéronse sus mejillas, y el vivo resplandor de sus ojos indicó una irrupción de sensaciones agradables y de ideas de felicidad, que de improviso se apoderaban de su abatido espíritu. Tomándome la mano, me dijo:

—Juro que no me he de casar sino contigo, cualquiera que sea tu suerte, cualquiera que sea tu posición. Dicen que yo soy rica, y que soy noble. ¿No es esto bastante? Yo les diré que si no me quieren de este modo, me quiten todo lo que me han dado. Les diré que tú eres para mí más caballero que todos los demás; y por último, que ninguna fuerza humana me obligará á dejarte de querer, porque Dios lo ha ordenado así. Tengamos confianza en Dios y esperemos. Lo que parece más difícil, se hace de pronto fácil. Yo sé, sin que nadie me lo haya enseñado, que cuando las cosas deben pasar, pasan, y que la voluntad de los pequeños suele á veces triunfar de la de los grandes.

Al decir estas palabras, que indicaban junto con un firme amor, un profundo sentido, Inés me mostraba la superioridad de su alma, bastante fuerte para poner las leyes inmortales del corazón sobre todas las conveniencias, preocupaciones y artificiosas leyes de la sociedad.

—¡Inés!—le dije, prodigándole las más tiernas muestras de cariño.—Á pesar de estar tan alta, tú eres hoy tan desgraciada como yo; pero para los dos vendrán días felices y tranquilos.

Yo había olvidado todo temor, las causas de mi presencia en aquel sitio, lo avanzado de la hora; no me acordaba de su familia, ni de mi fuga, ni de la policía, ni de nada; no veía más mundo que aquel pequeño, ¡qué digo pequeño!... aquel mundo infinito que mediaba entre nuestros ojos.

—Tú sabes y sientes mejor que yo—exclamé;—tú me señalas el camino que debo seguir, y lo seguiré. Te amo tanto, que querría morirme aquí mismo, si supiera que habías de ser para otro. Y vengan contrariedades,

vengan orgullos, vengan obstinaciones de familia, vengan obstáculos, venga todo, que todo lo desprecio. ¿Qué valen cien mil coronas condales, y las mayores riquezas del mundo? Todo eso no será suficiente razón para quitarme lo que es mio, mi Inesilla de mi alma y de mi corazón. Si soy pobre y miserable, que lo sea: nada importa, puesto que miserable y pobre quieres tú más uno de mis cabellos que las coronas y tesoros de todos los duques de la tierra. ¿No es cierto? Y que venga ahora toda la sociedad, y toda Europa, y toda la historia, y el mundo todo á decirme que no podrás ser mia. Que vengan, y yo les diré que se vayan á paseo, porque nosotros no necesitamos de ellos para nada, y nosotros valemos más que todo eso. ¿No es verdad? Cuando prometí á tu prima renunciar á tí, prometí lo absurdo y lo imposible, lo que no estaba en mi mano hacer, porque el amor que nos tenemos es obra de Dios, es como la vida, y sólo puede quitarlo el mismo que lo da.

Así me expresé yo; y en este tono hablamos un poco más, y luego cambiamos de asunto, y seguimos departiendo en serio y en broma sobre mil cosas que nos ocurrían, sin acordarnos de nada que no fuera nosotros mismos, y ménos del tiempo que iba transcurriendo á toda prisa. De tema en tema vino á mi pensamiento el objeto que allí me había llevado, y le conté el incidente de D. Diego con sus torpes y abominables planes. Ella se sorprendió de esto, y me dijo que nunca había supuesto á Rumblar tan rematadamente malo. Seguimos luego hablando de otros asuntos, y ella se reía de mi traje, y yo de lo que ella me contaba al referir las ceremonias palaciegas á que había asistido. Repetidas veces pasó por mi mente la idea del gran peligro que allí corría; pero era tan feliz, que yo propio arrojaba lejos de mí aquella idea importuna. Al fin entró de pronto una criada, y dijo:

—¿Se le ofrece á la señorita alguna cosa?

Contestóle Inés que no, y se fué; pero me observó de soslayo todo el tiempo que allí estuvo.



Continuamos hablando, y al poco rato apareció otra criada, que me miró mucho también, preguntando:

—¿Ha llamado la señorita?

Y luego que ésta se retiró, parecióme sentir cuchicheos y ruido de pasos tras de la puerta. Comuniqué á Inés mi recelo, y al punto convenimos en que me debía retirar. ¡Qué escándalo! Era mucho más de la media noche. Ella misma me llevó al cuarto donde ántes me había dejado el diplomático, y después de discutir un rato sobre lo más conveniente para salir bien de aquel paso, acordamos que esperaría al Sr. D. Felipe, continuando, cuando volviera, el mismo papel de duque de Arión, y que con cualquier pretexto saliese después, poniéndome en salvo ántes de la ma-

ñana y hora en que necesariamente habían de llegar Amaranta ó su tia. Despidióse Inés de mí, dándome muchas esperanzas, y prometiéndome que nos veríamos cuando ménos lo pensase, y me quedé solo otra vez donde antes estaba.

Cansado de esperar, quise salir; pero encontré la puerta cerrada por fuera, y en el mismo instante en que lo advertía, sentí que una mano desconocida, cerraba también la que me había dado paso hácia la habitación de Inés. Estaba preso.

Presté atención á ciertos ruidos cercanos, y percibí otra vez cuchicheo de voces diversas, como risas y chacota de criados y gente menuda, cuya circunstancia acabó de revelar-

me el peligro en que me encontraba, y la proximidad de un lance desastroso. Á esto había venido á parar el duque de Arión.

Oí á poco también la voz del diplomático, que algo turbada decía:—Id á avisar al cuerpo de guardias. ¿Estais seguros de que no lleva armas?

Luego los rumores se extinguieron para resonar de nuevo hácia el cuarto de Inés, con voces de hombre y de mujer, confundidas en viva disputa. Y la voz de Inés se oyó muy cerca, aunque fué imposible entender lo que decía. Lleno de congoja, mas también colérico ante la idea de que se me tomase por un ladrón, di golpes en la puerta con piés y ma-



nos, pidiendo que se me abriera, lo cual aumentó las risas del exterior.

—Es muy posible que lleve pistolas—dijo el diplomático.—No abrais, mientras no venga un pelotón de la guardia.

Pero el criado á quien tan prudentes advertencias se dirigían no hizo caso de ellas, abrióme la puerta, y abalanzándose hácia mí con otros dos de su misma estofa, dijo:

—No te escaparás, no. Á ver, registradle bién los bolsillos, y sacadle todo lo que lleve.

—Canallas—exclamé, luchando con ellos.—Yo no me llevo nada. Ladrones y rateros seréis vosotros, que no yo.

—Creo que debeis amarrarle, muchachos—dijo el diplomático, entrando con gran arrojo.—Desde luégo sospeché que este jóven no era mi pariente. Por fuerza ha de tener los bolsillos llenos de alhajas: registradle bién. ¿Decís que estuvo en el cuarto de mi hija más de tres horas? Eso no puede ser, caballero—añadió, encarándose conmigo.—¿Quién es usted? Vive Dios que esto es algo misterioso.

—Éste es el que en el Escorial sirvió de paje á la señora condesa—dijo uno de los criados, empujándome con tal fuerza que me hizo caer al suelo.

—Éste estaba en Córdoba hace seis meses, y todos los días venía á la puerta de casa—añadió otro, dándome con el pié, una vez que me vió en el suelo.

—Y es, si no me engaño, el que tiraba chinitas á la ventana—afirmó una criada, hundiendo sus uñas en mi carne.

—Me parece que le he visto en casa vestido de fraile—observó otra, dándome en la cabeza con las tenazas de la chimenea.

—Ya le conozco, y sé muy bién lo que le trae por aquí—indicó una tercera, tirándome fuertemente del cabello.

—¿Con que nada ménos que duque de Arión?—dijo un lacayo, dándome una manotada en la chupa con tanta fuerza, que me la rasgó de arriba abajo.

—¡Miren el duque de papelón! ¡Pues no vino poco finchado!—exclamó otro, anudándome la corbata tan violentamente, que pensé morir estrangulado.

—Desnudadle en el acto.

—No: aguardad á que venga la autoridad—ordenó el marqués.—¿Con que es un paje de Amaranta que fué á Córdoba, y que arrojaba chinitas vestido de fraile? Bién decía yo que esta cara no me era desconocida. En el Escorial, en Córdoba... ¿Te llamas tú Gabriel? ¡Gabriel, Gabriel!... Con que Gabriel...

Y diciendo esto, D. Felipe de Pacheco y Lopez de Barrientos dió algunas vueltas por la estancia, revolviendo sin duda en su mente contradictorios pensamientos. Juzgue el lector de mi martirio al verme entre aquellos soeces criados, cuyas almas experimentaban la más deliciosa fruición en degradar al que creyeron duque, y en pisotear mi supuesta nobleza y caballerosidad. Defendíme al principio rabiosamente de sus groseros insultos; mas nada podían contra tantos mis fuerzas por momentos enflaquecidas, y me entregué á las vengativas manos de aquella pequeña plebe irritada, que no podía tolerar el encumbramiento ficticio de uno de los suyos. Yo creo que me habrían roto los huesos; que me habrían arrastrado en tropel por la casa; que me habrían arrancado pedazo á pedazo los vestidos, y con los vestidos la carne; que me habrían desecho á pellizcos, pinchazos y rasguños, si la llegada de la condesa no hubiera puesto fin de repente á la dolorosa escena de mi crucifixación. La ví aparecer cuando ya iluminaban completamente la habitación las primeras luces del día, y parecióme un ángel salvador. La sorpresa que tal espectáculo le causó, junto con lo que á su llegada le contaron, habíanla puesto como fuera de sí. La ira y la compasión se sucedían rápidamente una tras otra en su semblante. Parecía no dar crédito á sus ojos; me miraba casi exánime y maltratado, y reconocía en mis ropas las del duque de Arión, que ella me diera para fugarme. Por de pronto, á pesar de su enojo, me libró de toda aquella canalla, y haciendo que los criados saliesen fuera, quedóse sola conmigo, mientras su tío iba en busca de quien me llevase á la cárcel.



XXIX



SEÑORA—exclamé, comprendiendo con rápida penetración sus pensamientos en aquel instante,—no me condene vucencia sin oirme; no me juzgue ingrato, desleal y mentiroso si tan impensadamente me encuentra aquí.

—¡De qué indigna manera me has engañado!—repuso con voz turbada por la ira.—Jamás lo creí: yo pensé que tenías en tu baja é innoble alma una chispa del fuego del honor. No: tu abyecta condición se revela en tus actos, y no es posible esperar del miserable pilluelo de las calles sino doblez y maldad. Hipócrita, ¿dónde has aprendido á fingir? ¿Cómo tu despreciable carácter, formado de todas las perfidias y malos intentos, ha podido disimularse con la apariencia de la sencillez honrada y de los sentimientos nobles?

—Señora—respondí,—usía me tratará de otro modo cuando sepa qué motivos me han traído aquí.

—No quiero saber nada. ¿Has visto á mi hija? ¿Le has hablado?

—Sí, señora.

—¡Oh! No es posible que viéndote haya dejado de comprender qué clase de persona eres. ¿Dónde está Inés? Que venga aquí, y si al ver este pillastre desarrapado, que se disfraza de gran señor para llegar hasta ella, si al ver una palpable muestra de tu bajeza y vil condición en esta lastimosa figura de duque magullado y roto, que se arrastra por el suelo pidiendo misericordia, persiste en creerte digno de un recuerdo, Inés no es lo que yo quiero que sea, no es mi hija, no es de mi sangre.

Y en efecto, yo me arrastraba por el suelo magullado y roto, y con-

fundido por el anatema de la condesa, imploraba con inconexas palabras que me perdonase, indicando á medias frases los hechos que atenuaban mi falta.

—Señora—exclamé, prosternándome hasta tocar con mis labios los pies de Amaranta,—verdad es que he faltado á mi palabra. Arrójeme usía de aquí; entrégume á los alguaciles; permita que me lleven á la cárcel, al presidio; mándeme matar si gusta, pero no me pida, no, de ningún modo me pida que deje de amar á Inés, porque es pedirme lo imposible y lo que no está en mi mano prometer. Usía me hablará de su casa y de todas las casas. Yo confieso mi pequeñez, yo reconozco que al lado de la grandeza de vucencia soy como un grano de arena comparado con el tamaño de todo el mundo; yo no soy nadie, yo soy un insensato, un malvado, un miserable y todo lo que usía quiera que sea; pero yo no puedo dejar de amar á Inés. Cuando sus padres la abandonaban, yo la amé; cuando estaba sola en el mundo, yo fui su amigo; cuando era pobre, yo trabajaba para ella. Creí que su repentino cambio de fortuna la apartaría de mí para siempre; prometí en falso, prometí lo que no podía ni debía cumplir, lo que estaba fuera de mi albedrío; prometí renunciar á lo que siempre ha sido mio, y mi ceguera y mi error han durado hasta esta noche, en que la he visto y la he hablado, señora condesa; hasta esta noche, en que he comprendido que Inés no puede, no puede de modo alguno resistir el peso abrumador de su nobleza.

Amaranta golpeó mi humillado rostro con sus pies. Sentí las suelas de sus zapatos hiriendo mi cabeza, y los encajes de sus faldas barrieron mi frente. La condesa estaba frenética y cruel en su desbordada ira.

—¿Qué has dicho?—exclamó.—¿Que no renuncias?... ¿Sabes que un miserable como tú puede desaparecer del mundo sin que el mundo lo advierta? ¡Despreciable gusano! ¡No te aplasto por compasión, y te levantas para insultarme!

—Yo no insulto á usía—repuse.—Yo respeto y venero á la que tantos deseos de favorecerme ha manifestado. Vucencia puede hacerme desaparecer del mundo si gusta; sin duda lo merezco. Yo prometí á usía no verla más y no he cumplido mi palabra; soy un truhán y un miserable. Vine á este palacio sin intención de verla; encontréme solo y una fuerza irresistible, una fiebre que me devoraba lleváronme á su cuarto, donde la ví y nos hablamos largo rato. ¡Oh! ¿Me pide usía que deje de amarla? No puede ser. ¿Me pide usía que no la vea mas? Pues haga su grandeza de modo que me den la muerte, porque mientras tenga un solo aliento de vida y mientras me quede fuerza para arrastrarme, correré tras ella, la

buscaré, penetraré en lo más escondido y subiré á lo más alto, sin ceder en esta persecución hasta que Inés no me diga que se ha concluido la guerra á muerte trabada entre ella y sus nobles parientes.

—¡Oh! Quiero concluir de una vez—dijo, sin poder resistir su agitación;—que venga aquí mi hija; la traeré aquí, te verá delante de mí, y si todavía... No, no puede ser. ¡Dios mío! ¿Qué aberración, qué absurdo es este que presenciamos? Miserable mendigo—añadió, volviéndose á mí,—vete. La culpa tiene quien te ha dado más importancia de la que mereces. Inés te desprecia: si has creído otra cosa te equivocas. ¿Por qué no hiciste lo que te mandé? ¿Por qué viniste aquí? Mereces la muerte, sí, la muerte. No soy cruel; pero ¿acaso la vida de un indigno sér, que se perdería en el mundo sin que nadie lo echara de ménos, debe estorbar la felicidad de toda una familia, debe estorbar mi reposo y echar por tierra la grandeza de una casa como la mia? No, no puede ser. Vete de aquí; que te lleven, que te arrastren preso como infame ladrón que eres. Si ella lo siente que lo sienta; si padece que padezca. Así no se puede vivir. Seré inflexible; yo enseñaré á mi hija cuáles son sus deberes; le enseñaré el respeto que debe tener á su nombre, y me obedecerá, cueste lo que cueste.

—Deje usía—le dije—que la maten los demás; y cuando haya sucumbido á las violencias, á las vejaciones y á la tiranía de sus parientes, quédele á la madre el consuelo de no haber puesto las manos en ella.

—¿Qué dices? ¿Qué has dicho?—preguntó Amaranta, mirándome fijamente y cambiando por completo en un instante de tono, de actitud, de expresión.—¿Qué has dicho?

—He dicho que usía no debe, no puede contribuir á matarla.

—¡Á matarla!—exclamó con estupor y como vacilando entre admitir ó rechazar aquella idea.

—Sí, señora. Bién sabe usía que Inés es muy desgraciada.

Ví entónces cómo se disipaba la ira en el rostro de Amaranta; cómo se aclaraba su semblante; cómo todo aparato de indignación y de biliosidad y de tirantez nerviosa desaparecía, sucediendo á aquella tempestad aplacada una quietud reflexiva en que al instante se sumergió su espíritu, lanzado desde las cimas de la cólera á los abismos de la meditación. Me miró largo rato y yo la miré. Estaba profundamente pensativa. Estaba en poder de uno de esos invasores pensamientos que vienen de repente y ocupan toda el alma, y suspenden todas las sensaciones, y envuelven y embargan las facultades todas. Al fin, sin pestañear, sin apartar los ojos de mí, sin hacer movimiento alguno, exhaló profundo suspiro y después dijo:

—Sí, mi hija es muy desgraciada.

No era sin duda la primera vez que á sí misma se decía aquellas palabras.

Sentada en el sofá, apoyó la barba en los dedos pulgar é índice, y el codo en el brazo del asiento, y así estuvo largo espacio de tiempo. Me parece que la estoy mirando. ¡Cuán hermosa y cuán imponente y subyugadora! *¡Digna concha de tal perla!* como ha dicho, no por cierto refiriéndose á ésta, sino á otra, un gran poeta contemporáneo.

Alzó luego la vista y me examinó atentamente; ¡pero de qué modo, con cuánto interés me miraba! De sus ojos había desaparecido el rayo de la indignación que ántes la hacía tan terrible. Yo no me atrevía á decir nada. Dulce sensibilidad embargaba mi espíritu.

Amaranta, esclava de su pensamiento, volvió á repetir:

—¡Oh! sí: mi hija es muy desgraciada, y yo no puedo hacerla feliz.

Dicho esto, me miró con cierta perplejidad. En sus ojos se retrataba una viva compasión hácia mi persona, quizás algún sentimiento más favorable. Al principio creí engañarme, pero mi corazón con su misterioso lenguaje me indicó que habían cambiado de súbito los sentimientos de la condesa respecto á mí. De mi pecho pugnaban por desbordarse los míos.

Acerquéme á ella y me dijo:

—¿Qué has hablado con Inés? ¿Qué te ha dicho?

No le pude contestar de otro modo que arrojándome de rodillas á sus piés. Pero ella repitió la pregunta, intentando con sus manos alzar mi frente, que se había adherido con fuerza á sus rodillas.

—Señora—le contesté al fin,—me ha dicho la verdad; me ha dicho que á nadie puede querer más que á mí.

Yo besaba sus manos y la sentí llorar.

Duró poco tiempo aquella situación. Sentimos gran ruido de voces, abrióse la puerta y en el dintel apareció la marquesa, terrorífica, abrumadora de cólera y de severidad. Con ella venían el diplomático, D. Diego, el verdadero duque de Arión, algunos criados y soldados de la guardia. Amaranta no dijo nada ni yo tampoco. La actitud en que nos encontraron debió sorprenderles más que la noticia de que había un ladrón en la casa, y estoy seguro de que cada individuo de la familia interpretaba de un modo distinto aquella escena. En cuanto á esto, mis lectores verán más adelante algo que les interesará.

Como era opinión general que yo era un ladronzuelo, vino gente de la policía, y cuando Santorcaz penetró en la habitación y ordenó á los suyos que se apoderaran de mí, huyeron con el rápido paso del terror las

dos nobles damas. La algazara de aquel momento no me impidió percibir lejanos gritos y alteradas voces de mujer en las cuadras interiores. Un oficial de la guardia francesa, llamado á última hora no sé por quién, echó de Palacio de un modo algo despreciativo á alguaciles y alguacilado, tratándonos á todos como á gente de perversa ralea.



XXX



o tengais compasión de mí al verme en esta cuerda ignominiosa, enracimado con otros veinte infelices. No somos ladrones, ni asesinos, ni falsificadores; somos patriotas, insurgentes de aquella gran epopeya, y nos llevan á Francia. Felizmente no se cumplió en nosotros aquel consejo del capitán del siglo, que decía á su hermano: *Ahorcad unos cuantos pillos y esto hará mucho efecto*. Por lo que pasó después, se ha venido á conocer que también Álvarez el de Gerona entraba en el número de los pillos. No nos ahorcaron, pues aún vivo para contarlo, y cuando digo que no me tengais compasión, es porque después de preso, la policía no me supuso otra criminalidad que la de traición á la causa francesa, y me juzgó bastante castigado con el destierro.

—Bién sé yo que no eres ladrón—me dijo Santorcaz en Madrid, cuando me ponían en la cuerda que estrechaba en cordial apretón las cuarenta manos de los insurgentes;—pero eres un vil soplón y entrometido, á quien es preciso poner á cién leguas de Madrid. Si te dieras á partido y quisieras ser mi amigo, yo te conseguiría un puesto en la policía, con tal que me sirvieses bién en este negocio.

No con palabras, porque no las merecía, sino con una mirada de desprecio le contesté, y estuve después meditando sobre mi suerte, hasta que la cuerda se movió y los cuarenta piés de aquella serpiente humana se pusieron en marcha. Éramos los *pillos*, que el gobierno francés, demasiado generoso, no había querido ahorcar, y se nos mandaba á Francia. Con nosotros iba el gran poeta Cienfuegos. Isidoro Maiquez y Sanchez Barbero fueron poco después, aunque no ensartados.

Al dar los primeros pasos, miré al que iba á mi derecha, atado su codo al mio. ¡Oh ventura sin igual! Era D. Roque, el lector de periódicos.

—¡Ah, Sr. D. Roque!—le dije,—¿también habla de esto el *Semanario Patriótico*?

—¡Queridísimo Gabriel! Dios nos ha puesto juntos en la desgracia como en la prosperidad. Paciencia, y que la Virgen nos deje ver algún día á nuestra inolvidable villa.

—¿Por qué le destierran á usted?

—Hijo, por una calaverada. Cometí la indiscreción de decir en un paraje público que nuestro desgraciado vecino D. Santiago Fernandez era un héroe no ménos grande que los de la antigüedad, y podía compararse á Codro, Leónidas, Horacio Cocles, Mucio Scévola y al mismo Catón, por la entereza de su ánimo. ¿No lo crees tú así?

—¿Murió nuestro amigo?

—Sí; cuando el general Belliard fué á tomar posesión de los Pozos, todos entregaron las armas. D. Santiago continuaba encerrado en el jardín de Bringas. ¿Qué pensarás que hizo?

Pues por la mañana, al volver de su casa, amontonó toda la leña puesta allí para calentarnos. Ya recordarás que también había una gran cantidad de madera vieja de la casa que han derribado en la esquina.

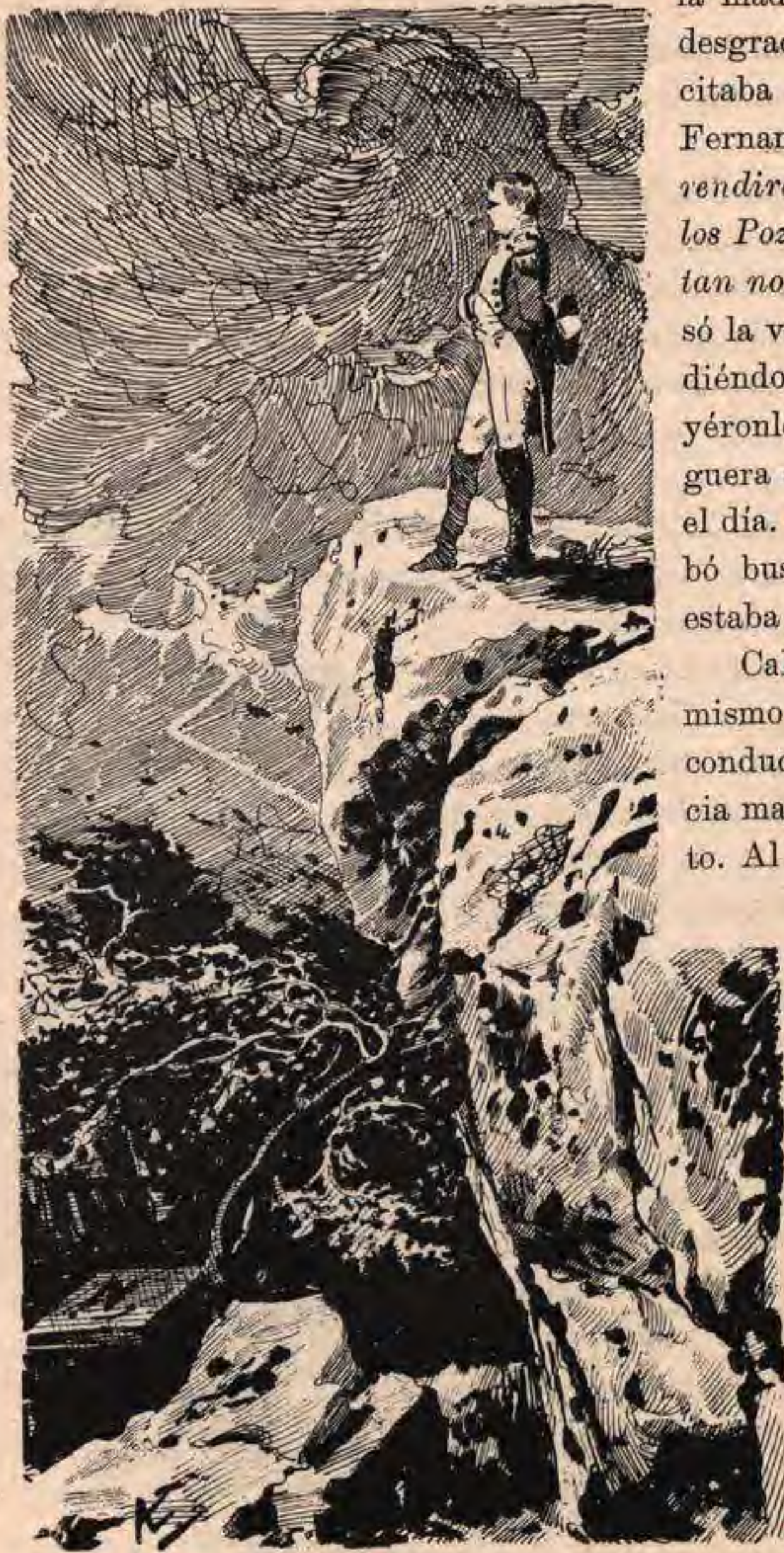
Pues con aquellos materiales y la leña hizo un gran parapeto en el rincón del fondo, donde estaba el gallinero vacío, y púsose dentro de su improvisada fortaleza. Derribaron los franceses la puerta del jardín, y cuando vieron aquel monte de madera, de cuyo interior salía una hueca voz diciendo:

Se rendirá Madrid, se rendirán los Pozos; pero el Gran Capitan no se rinde, tuvieron al que tal decía por loco y diéronse á reir. Pero Fernandez había puesto dentro una buena cantidad de cartuchos, y dale que le das, empieza á hacer fuego por las aberturas y resquicios de su montón de leña.

Los franceses, que se vieron heridos (y alguno de ellos murió), arremetieron contra el gallinero, destruyendo los parapetos de madera vieja. Fernandez no cesaba de hacerles fuego desde adentro. Pero cádate que á



lo mejor empieza á salir humo y luégo llamas que crecieron rápidamente, y la ronca voz del defensor del gallinero gritaba: *¡Viva España! ¡Mueran los franceses y el granuja de Napoleón!* Mandó el oficial que se apartase



la madera para sacar á aquel desgraciado, que sin duda excitaba su admiración; pero Fernandez gritó de nuevo: *Se rendirá Madrid, se rendirán los Pozos; pero el Gran Capitán no se rinde*, hasta que cesó la voz; y las llamas, extendiéndose vorazmente, destruyéronlo todo. La inmensa hoguera estuvo humeando todo el día. Cuando aquello se acabó buscaron el cuerpo; pero estaba hecho ceniza.

Calló D. Roque, y en el mismo instante el que nos conducía por la Mala de Francia mandó que hiciéramos alto. Al detenernos vimos que por el camino y hacia Chamartín venían algunos coches y gran número de ginetes con deslumbradores uniformes. Era el Emperador que volvía de su visita al palacio de Madrid y caminaba hacia su cuartel. Iba en coche, y al pasar, nuestro guía y los soldados que nos custodiaban mandáronnos que le diéramos *vivas*.

—Tarde ó temprano te llegará tu expiación—pensé, y D. Roque me dijo que había pensado lo mismo al ver pasar al dominador de los pueblos.

Insistían nuestros conductores en que nos entusiasmáramos. Fué preciso repartir algunos culatazos para que obedeciéramos, y cuando el grande hombre pasó, algunos le saludaron. Sin duda por estas y otras ovaciones de la misma clase, escribía con fecha 17 de Diciembre: *En las poblaciones por donde paso me manifiestan mucha simpatía y admiración.*

—Acabe usted de contarme la muerte de nuestro amigo—dije á Don Roque una vez que pasó la procesión.

—Ya no queda nada—repuso,—sino que con toda su grandeza y poder el hombre que acaba de pasar, no llega, ni con mucho, bajo el punto de vista del tesón cívico, á la inmensa altura del Gran Capitan. Algunos han dicho que nuestro amigo estaba loco; pero ese que ahí va, ¿está en su sano juicio?

Enero de 1874.

FIN DE NAPOLÉON EN CHAMARTÍN





I

Me parece que fué al anochecer del 18 cuando avistamos á Zaragoza. Entrando por la puerta de Sancho, oimos que daba las diez el reloj de la Torre Nueva. Nuestro estado era excesivamente lastimoso en lo tocante

á vestido y alimento, porque las largas jornadas que habíamos hecho desde Lerma por Salas de los Infantes, Cervera, Agreda, Tarazona y Borja, escalando montes, vadeando rios, franqueando atajos y vericuetos hasta llegar al camino real de Gallur y Alagón, nos dejaron molidos, extenuados y enfermos de fatiga. Con todo, la alegría de vernos libres endulzaba todas nuestras penas.

Éramos cuatro los que habíamos logrado escapar entre Lerma y Cogollos, divorciando nuestras inocentes manos de la cuerda que enlazaba á tantos patriotas. El día de la evasión reuníamos entre los cuatro un capital de once reales; pero después de tres días de marcha, y cuando entramos en la metrópoli aragonesa, hizose un balance y arqueo de la caja social, y nuestras cuentas sólo arrojaron un activo de treinta y un cuartos. Compramos pan junto á la Escuela Pía, y nos lo distribuimos.

D. Roque, que era uno de los expedicionarios, tenía buenas relaciones en Zaragoza; pero aquella no era hora de presentarnos á nadie. Aplazamos para el día siguiente el buscar amigos, y como no podíamos alojarnos en una posada, discurrimos por la ciudad buscando un abrigo donde pasar la noche. Los portales del Mercado no nos parecían tener las comodidades y el sosiego que nuestros cansados cuerpos exigían. Visitamos la torre inclinada, y aunque alguno de mis compañeros propuso que nos guareciéramos al amor de su zócalo, yo opiné que allí estábamos como en campo raso. Sirviéndonos, sin embargo, de descanso aquel lugar, y también de refectorio para nuestra cena de pan seco, la cual despachamos alegremente, mirando de rato en rato la mole amenazadora, cuya desviación la asemeja á un gigante que se inclina para mirar quién anda á sus piés. Á la claridad de la luna, aquel centinela de ladrillo proyecta sobre el cielo su enjuta figura, que no puede tenerse derecha. Corren las nubes por encima de su aguja, y el espectador que mira desde abajo, se extremece de espanto, creyendo que las nubes están quietas y que la torre se le viene encima. Esta absurda fábrica, bajo cuyos piés ha cedido el suelo cansado de soportarla, parece que se está siempre cayendo, y nunca acaba de caer.

Recorrimos luégo el Coso desde la casa de los Gigantes hasta el Seminario; nos metimos por la calle Quemada y la del Rincón, ambas llenas de ruinas, hasta la plazuela de San Miguel, y de allí, pasando de callejón en callejón, y atravesando al azar angostas é irregulares vías, nos encontramos junto á las ruinas del monasterio de Santa Engracia, volado por los franceses al levantar el primer sitio. Los cuatro lanzamos una misma exclamación que indicaba la conformidad de nuestros pensamien-

tos. Habíamos encontrado un asilo y excelente alcoba donde pasar la noche.

La pared de la fachada continuaba en pié con su pórtico de mármol, poblado de innumerables figuras de santos, que permanecían enteros y tranquilos como si ignoraran la catástrofe. En el interior vimos arcos incompletos, machones colosales, irguiéndose aún entre los escombros, y que al destacarse negros y deformes sobre la claridad del espacio, semejaban criaturas absurdas, engendradas por una imaginación en delirio; vimos recortaduras, ángulos, huecos, laberintos, cavernas y otras mil obras de esa arquitectura del acaso trazada por el desplome. Había hasta pequeñas estancias abiertas entre los pedazos de la pared con un arte semejante al de las grutas en la Naturaleza. Los trozos de retablo, podridos á causa de la humedad, asomaban entre los restos de la bóveda, donde aún subsistía la roñosa polea que sirvió para suspender las lámparas, y precoces yerbas nacían entre las grietas de la madera y de la piedra. Entre tanto destrozo había objetos completamente intactos, como algunos tubos del órgano y la reja de un confesonario. El techo se confundía con el suelo, y la torre mezclaba sus despojos con los del sepulcro. Al ver semejante aglomeración de escombros, tal multitud de trozos caídos sin perder completamente su antigua forma, las masas de ladrillo enyesado que se desmoronaban como objetos de azúcar, creeríase que los despojos del edificio no habían encontrado posición definitiva. La informe osamenta parecía palpar aún con el estremecimiento de la voladura.

D. Roque nos dijo que bajo aquella iglesia había otra, donde se veneraban los huesos de los Santos Mártires de Zaragoza; pero la entrada del subterráneo estaba obstruida. Profundo silencio reinaba allí; mas internándonos, oímos voces humanas que salían de aquellos misteriosos antros. La primera impresión que al escucharlas nos produjo fué como si hubieran aparecido las sombras de los dos famosos cronistas, de los mártires cristianos y de los patriotas sepultados bajo aquel polvo, y nos increparan por haber turbado su sueño. En el mismo instante, al resplandor de una llama que iluminó parte de la escena, distinguimos un grupo de personas que se abrigaban unas contra otras en el hueco formado entre dos machones reunidos. Eran mendigos de Zaragoza que se habían arreglado un palacio en aquel sitio, resguardándose de la lluvia con vigas y esteras. También nosotros nos pudimos acomodar por otro lado, y tapándonos con manta y media, llamamos el sueño. D. Roque me decía:

—Yo conozco á D. José de Montoria, uno de los labradores más ricos de Zaragoza. Ambos somos hijos de Mequinenza, fuimos juntos á la es-

cuela y juntos jugábamos al truco en el altillo del Corregidor. Aunque hace treinta años que no le veo, creo que nos recibirá bien. Como buen aragonés, todo él es corazón. Le veremos, muchachos; veremos á ese D. José de Montoria...-Yo también tengo sangre de Montoria por la línea materna. Nos presentaremos á él; le diremos...

Durmióse D. Roque y también me dormí.





II

Qu el lecho en que yacíamos no convidaba por sus blanduras á dormir perezosamente la mañana, antes bién, colchón de guijarros hace buenos madrugadores. Despertamos, pues, con el día, y como no teníamos que entretenernos en melindres de tocador, bién pronto estuvimos en disposición de salir á hacer nuestras visitas. Á los cuatro nos ocurrió simultáneamente la idea de que sería muy bueno desayunarnos; pero al punto convenimos con igual unanimidad en que no era posible por carecer de los fondos indispensables para tan alta empresa.

—No os acobardeis, muchachos—dijo D. Roque,—que al punto os he de llevar á todos á casa de mi amigo, el cual nos amparará.

Cuando esto decía, vimos salir á dos hombres y una mujer de los que fueron durante la noche nuestros compañeros de posada, y parecían gente habituada á dormir en aquel lugar. Uno de ellos era un infeliz lisiado, un

hombre que acababa en las rodillas y se ponía en movimiento con ayuda de muletas ó bién andando á cuatro remos, viejo, de rostro jovial y muy tostado por el sol. Como nos saludara afablemente al pasar, dándonos los buenos días, D. Roque le preguntó hácia qué parte de la ciudad caía la casa de D. José de Montoria; oyendo lo cual repuso el cojo:

—¿Don José de Montoria? Le conozco más que á las niñas de mis ojos. Hace veinte años vivía en la calle de la Albardería; después se mudó á la de la Parra; después... Pero ustés son forasteros por lo que veo.

—Sí, buén amigo, forasteros somos, y venimos á afiliarnos en el ejército de esta valiente ciudad.

—¿De modo que no estaban ustés aquí el 4 de Agosto?

—No, amigo mio—le respondí;—no hemos presenciado ese gran hecho de armas.

—¿Ni tampoco vieron la batalla de las Eras?—preguntó el mendigo, sentándose frente á nosotros.

—Tampoco hemos tenido esa felicidad.

—Pues allí estuvo D. José de Montoria: fué de los que llevaron arrastrando el cañón hasta enfilarlo... pues. Veo que ustés no han visto nada. ¿De qué parte del mundo vienen ustés?

—De Madrid—dijo D. Roque.—¿Con que usted nos podrá decir dónde vive mi gran amigo D. José?...

—Pues no he de poder, hombre, pues no he de poder?—repuso el cojo, sacando un mendrugo para desayunarse.—De la calle de la Parra se mudó á la de Enmedio. Ya saben ustés que todas las casas volaron... pues. Allí estaba Estéban Lopez, soldado de la décima compañía del primer tercio de voluntarios de Aragón, y él sólo con cuarenta hombres hizo retirar á los franceses.

—Eso sí que es cosa admirable,—dijo D. Roque.

—Pero si no han visto ustés lo del 4 de Agosto, no han visto nada—continuó el mendigo.—Yo ví también lo del 4 de Junio, porque me fui arrastrando por la calle de la Paja, y ví á la *artillera* cuando dió fuego al cañón de 24.

—Ya, ya tenemos noticia del heroismo de esa insigne mujer—repuso D. Roque.—Pero si usted nos quisiera decir...

—Pues sí; D. José de Montoria es muy amigo del comerciante D. Andrés Guspide, que el 4 de Agosto estuvo haciendo fuego desde la visera del callejón de la Torre del Pino, y por allí llovían granadas, balas, metralla, y mi D. Andrés fijo como un poste. Más de cién muertos había á su lado, y él solo mató cincuenta franceses.

—Gran hombre es ese; ¿y es amigo de mi amigo?

—Sí señor—respondió el cojo.—Y ambos son los mejores caballeros de toda Zaragoza, y me dan mi limosna todos los sábados. Porque han de saber ustés que yo soy Pepe Pallejas, y me llaman por mal nombre *Sursum Corda*, pues como fui hace veintinueve años sacristán de Jesús, y cantaba... pero esto no viene al caso, y sigo diciendo que yo soy *Sursum Corda*, y *pué* que hayan ustés oído hablar de mí en Madrid.

—Sí—dijo D. Roque, cediendo á un generoso impulso de amabilidad; —me parece que allá he oído nombrar al Sr. de *Sursum Corda*. ¿No es verdad, muchachos?

—Pues ello... prosiguió el mendigo.—Y sepan también que antes del sitio yo pedía limosna en la puerta de este monasterio de Santa Engracia, volado por los bandidos el 13 de Agosto. Ahora pido en la puerta de Jerusalén, donde me podrán hallar siempre que gusten... Pues como iba diciendo, el día 4 de Agosto estaba yo aquí, y ví salir de la iglesia á Francisco Quilez, sargento primero de la primera compañía del primer batallón de fusileros, el cual ya saben ustés que fué el que con treinta y cinco hombres echó á los bandidos del convento de la Encarnación... Veo que se asombran ustés... ya. Pues en la huerta de Santa Engracia, que está aquí detrás, murió el subteniente D. Miguel Gila. Lo ménos había doscientos cadáveres en la tal huerta, y allí perniquebraron á D. Felipe San Clemente y Romeu, comerciante de Zaragoza. Verdad es que si no hubiera estado presente D. Miguel Salamero... ¿ustés no saben nada de esto?

—No, amigo y señor mio—dijo D. Roque,—nada de esto sabemos, y aunque tenemos el mayor gusto en que usted nos cuente tantas maravillas, lo que es ahora más nos importa saber dónde encontraremos al don José mi antiguo amigo, porque padecemos los cuatro de un mal que llaman hambre y que no se cura oyendo contar sublimidades.

—Ahora mismo les llevaré donde quieren ir—repuso *Sursum Corda*, después de ofrecernos parte de sus mendrugos.—Pero antes les quiero decir una cosa, y es que si D. Mariano Cereso no hubiera defendido la Aljafería como la defendió, nada se habría hecho en el Portillo. ¡Y que es hombre de mantequillas en gracia de Dios el tal D. Mariano Cereso! En la del 4 de Agosto andaba por las calles con su espada y rodela antigua y daba miedo verle. Esto de Santa Engracia parecía un horno, señores. Las bombas y las granadas llovían; pero los patriotas no les hacían más caso que si fueran gotas de agua. Una buena parte del convento se desplomó; las casas temblaban, y todo esto que estamos viendo parecía un

barrio de naipes, según la prontitud con que se incendiaba y se desmoronaba. Fuego en las ventanas, fuego arriba, fuego abajo: los franceses caían como moscas, señores, y á los zaragozanos lo mismo les daba morir que nada. D. Antonio Quadros embocó por allí, y cuando miró á las baterías francesas, se las quería comer. Los bandidos tenían sesenta cañones echando fuego sobre estas paredes. ¿Ustés no lo vieron? Pues yo sí, y los pedazos del ladrillo de las tapias y la tierra de los parapetos salpicaban como miajas de un bollo. Pero los muertos servían de parapeto, y muertos arriba, muertos abajo, aquello era una montaña. D. Antonio Quadros echaba llamas por los ojos. Los muchachos hacían fuego sin parar; su alma era toda balas, ¿ustés no lo vieron? Pues yo sí, y las baterías francesas se quedaban limpias de artilleros. Cuando vió que un cañón enemigo había quedado sin gente, el comandante gritó: “¡Una charretera al que clave aquel cañón!”, y Pepillo Ruiz echa á andar como quien se pasea por un jardín entre mariposas y flores de Mayo; sólo que aquí las mariposas eran balas y las flores bombas. Pepillo Ruiz clava el cañón y se vuelve riendo. Pero velai que otro pedazo de convento se viene al suelo. El que fué aplastado, aplastado quedó. D. Antonio Quadros dijo que aquello no importaba nada, y viendo que la artillería de los bandidos había abierto un gran boquete en la tapia, fué á taparlo él mismo con una saca de lana. Entonces una bala le dió en la cabeza. Retiráronle aquí; dijo que tampoco aquello importaba nada, y espiró.

—¡Oh!—dijo D. Roque con impaciencia.—Estamos encantados, señor *Sursum Corda*, y el más puro patriotismo nos inflama al oírle contar á usted tan grandes hazañas; pero si usted nos quisiera decir dónde...

—Hombre de Dios—contestó el mendigo,—¿pues no se lo he decir? Si lo que más sé y lo que más visto tengo en mi vida es la casa de D. José de Montoria. Como que está cerca de San Pablo. ¡Oh! ¿Ustés no vieron lo del hospital? Pues yo sí: allí caían las bombas como el granizo. Los enfermos, viendo que los techos se les venían encima, se arrojaban por las ventanas á la calle. Otros se iban arrastrando y rodaban por las escaleras. Ardían los tabiques; oíanse lamentos, y los locos mugían en sus jaulas como fieras rabiosas. Otros se escaparon y andaban por los cláustros riendo, bailando y haciendo mil gestos graciosos que daban espanto. Algunos salieron á la calle como en día de Carnaval, y uno se subió á la cruz del Coso, donde se puso á sermonear, diciendo que él era el Ebro, y que anegando la ciudad iba á sofocar el fuego. Las mujeres corrían á socorrer á los enfermos, y todos eran llevados al Pilar y á la Seo. No se podía andar por las calles. La Torre Nueva hacía señales para que se supiera cuándo

venía una bomba; pero el griterío de la gente no dejaba oír las campanas. Los franceses avanzan por esta calle de Santa Engracia; se apoderan del hospital y del convento de San Francisco; empieza la guerra en el Coso y en las calles de por allí. D. Santiago Sas, D. Mariano Cereso, D. Lorenzo Calvo, D. Marcos Simonó, Renovales, el albéitar Martin Albantos, Vicente Codé, D. Vicente Marraco y otros atacan á los franceses á pecho descubierto; y detrás de una barricada hecha por ella misma, les espera llena de furor y fusil en mano, la señora condesa de Bureta.

—¿Cómo, una mujer, una condesa—preguntó con entusiasmo D. Roque,—levantaba barricadas y apuntaba fusiles?

—¿Ustés no lo sabían?—dijo *Sursum*.—¿Pues en dónde viven ustés? La señora María Consolación Azlor y Villavicencio, que vive allá por el Ecce-Homo, andaba por las calles, y á los desanimados les decía mil lindezas, y luégo, haciendo cerrar la entrada de la calle, se puso al frente de una partida de paisanos, gritando: “¡Aquí moriremos todos antes que dejarles pasar!”

—¡Oh, cuánta sublimidad!—exclamó D. Roque, bostezando de hambre. —Y cuánto me agradaría oír contar hazañas de esa naturaleza con el estómago lleno. Con que decía usted, buen amigo, que la casa de D. José cae hácia...

—Hácia allá—repuso el cojo.—Ya saben ustés que los franceses se enredaron y se atascaron en el arco de Cineja. ¡Virgen mia del Pilar, aquello era matar franceses, lo demás es aire! En la calle de la Parra, en la plazuela de Estrevedes, en la calle de los Urreas, en la de Santa Fé y en la del Azoque los paisanos despedazaban á los franceses. Todavía me zumban en las orejas el cañoneo y el gritar de aquel día. Los gabachos quemaban las casas que no podían defender, y los zaragozanos hacían lo mismo. Fuego por todos lados... Hombres, mujeres, chiquillos... bastaba tener dos manos para trabajar contra el enemigo. ¿Ustés no lo vieron? Pues no han visto nada. Pues como les iba diciendo, aquel día salió Palafox de Zaragoza para...

—Basta, amigo mio—dijo D. Roque, perdiendo la paciencia;—estamos encantados con su conversación; pero si no nos guía al instante á casa de mi paisano ó nos indica cómo podemos encontrar su casa, nos iremos solos.

—Al instante, señores, no apurarse—repuso *Sursum Corda*, echando á andar delante de nosotros con toda la agilidad de sus muletas.—Vamos allá, vamos con mil amores. ¿Ven ustés esta casa? Pues aquí vive Antonio Laste, sargento primero de la compañía del cuarto tercio, y ya sabrán que

salvó de la tesorería los diez y seis mil cuatrocientos pesos, y quitó á los franceses la cera que habían robado.

—Adelante, adelante, amigo—dije, viendo que el incansable hablador se detenía para contar de un modo minucioso las hazañas de Antonio Laste.

—Ya pronto llegaremos,—repuso *Sursum*.—Por aquí iba yo en la mañana del 1.º de Julio, cuando encontré á Hilario Lafuente, cabo primero de la compañía de escopeteros del presbítero Sas, y me dijo: “Hoy van á atacar el Portillo.” Entonces yo me fuí á ver lo que había y...

—Ya estamos enterados de todo—le indicó D. Roque.—Vamos aprisa, y después hablaremos.

—Esta casa que ven ustés toda quemada y hecha escombros—continuó el cojo, volviendo una esquina,—es la que ardió el día 4, cuando D. Francisco Ipas, subteniente de la segunda compañía de escopeteros de la parroquia de San Pablo, se puso aquí con un cañón, y luégo...

—Ya sabemos lo demás, buén hombre—dijo D. Roque.—Adelante y más que de prisa.

—Pero mucho mejor fué lo que hizo Codé, labrador de la parroquia de la Magdalena, con el cañón de la calle de la Parra—prosiguió el mendigo deteniéndose otra vez.—Pues al ir á disparar, los franceses se echan encima; huyen todos; pero Codé se mete debajo del cañón; pasan los franceses sin verlo, y después, ayudado de una vieja que le dió una cuerda, arrastra la pieza hasta la boca-calle. Vengan ustés y les enseñaré.

—No, no queremos ver nada: adelante, adelante en nuestro camino.

Tanto le azuzamos, y con tanta obstinación cerramos nuestros oídos á sus historias, que al fin, aunque muy despacio, nos llevó por el Coso y el Mercado á la calle de la Hilarza, donde la persona á quien queríamos ver tenía su casa.





III

PERO ¡ay! D. José de Montoria no estaba en ella, y nos fué preciso buscarle en los alrededores de la ciudad. Dos de mis compañeros, aburridos de tantas idas y venidas, se separaron de nosotros, aspirando á buscar con su propia iniciativa un acomodo militar ó civil. Nos quedamos solos D. Roque y un servidor, y así emprendimos con más desembarazo el viaje á la torre de nuestro amigo (llaman en Zaragoza *torres* á las casas de campo), situada á Poniente, lindando con el camino de Muela y á poca distancia de la Bernardona. Un paseo tan largo á pié y en ayunas no era lo más á propósito para nuestros fatigados cuerpos; pero la necesidad nos obligaba á tan inoportuno ejercicio, y por bién servidos nos dimos encontrando al deseado zaragozano, y siendo objeto de su cordial hospitalidad.

Ocupábase Montoria cuando llegamos en talar los frondosos olivos de su finca, porque así lo exigía el plan de obras de defensa establecido por los jefes facultativos con motivo de la inminencia de un segundo sitio. Y no era sólo nuestro amigo el que por sus propias manos destruía sin piedad la hacienda heredada: todos los propietarios de los alrededores se ocupaban en la misma faena, y presidían los devastadores trabajos con

tanta tranquilidad como si fuera un riego, un replanteo ó una vendimia. Montoria nos dijo:

—En el primer sitio talé la heredad que tengo al lado allá de Huerva; pero este segundo asedio que se nos prepara dicen que será más terrible que aquél, á juzgar por el gran aparato de tropas que traen los franceses.

Contámosle la capitulación de Madrid, lo cual pareció causarle mucha pesadumbre, y como elogiáramos con exclamaciones hiperbólicas las ocurrencias de Zaragoza desde el 15 de Junio al 14 de Agosto, encogióse de hombros y contestó:

—Se ha hecho lo que se ha podido.

Acto continuo D. Roque pasó á hacer elogios de mi personalidad, militar y civilmente considerada, y de tal modo se le fué la mano en este capítulo, que me hizo sonrojar, mayormente considerando que algunas de sus afirmaciones eran estupendas mentiras. Díjole primero que yo pertenecía á una de las alcurniadas familias de *la baja Andalucía, en tierra de Doñana*, y que había asistido al glorioso combate de Trafalgar en clase de guardia marina. Le dijo también que la Junta me había concedido un destino en el Perú, y que durante el sitio había hecho prodigios de valor en la puerta de los Pozos, siendo tanto mi ardor, que los franceses, después de la rendición, creyeron conveniente deshacerse de tan terrible enemigo, enviándome con otros patriotas á Francia. Añadió que mis ingeniosas invenciones habían proporcionado la fuga á los cuatro compañeros refugiados en Zaragoza, y puso fin á su panegírico asegurando que por mis cualidades personales era yo acreedor á las mayores distinciones.

Montoria en tanto me examinaba de piés á cabeza, y si llamaba su atención mi mal traer y las infinitas roturas de mi vestido, también debió advertir que éste era de los que usan las personas de calidad, revelando su finura, buén corte y aristocrático origen en medio de la multiplicidad abrumadora de sus desperfectos. Luégo que me examinó, me dijo:

—¡Porra! No le podré afiliar á usted en la tercera escuadra de la segunda compañía de escopeteros de D. Santiago Sas, de cuya compañía soy capitán; pero entrará en el cuerpo en que está mi hijo; y si no quiere usted, largo de Zaragoza, que aquí no se quiere gente haragana. Y á usted, D. Roque amigo, puesto que no está para coger el fusil ¡porra! le haremos practicante de los hospitales del ejército.

Luégo que esto oyó D. Roque, expuso por medio de circunlocuciones retóricas y de graciosas elipsis la gran necesidad en que nos encontrábamos y lo bién que recibiríamos sendas magras y un par de panes cada

uno. Entonces vimos que frunció el ceño el gran Montoria, mirándonos de un modo severo, lo cual nos hizo temblar, y pareciónos que íbamos á ser despedidos por la osadía de pedir de comer. Balbucimos tímidas excusas, y entonces nuestro protector, con rostro encendido, nos habló así:

—¿Con que tienen hambre? ¡Porra, váyanse al Demonio con cien mil pares de porras! ¿Y por qué no lo habían dicho? ¿Con que yo soy hombre capaz de consentir que los amigos tengan hambre, porra? Sepan que no me faltan diez docenas de jamones colgados en el techo de la despensa, ni veinte cubas de lo de Rioja, sí señor; y tener hambre y no decírmelo en mi cara sin retruécanos, es ofender á un hombre como yo. [Ea, muchachos, entrad adentro y mandad que frían obra de cuatro libras de lomo, y que estrellen dos docenas de huevos, y que maten seis gallinas, y saquen de la cueva siete jarros de vino, que yo también quiero almorzar.] Vengan todos los vecinos, los trabajadores y mis hijos si están por ahí. Y ustedes, señores, prepárense á hacer penitencia conmigo. ¡Nada de melindres, porra! Comerán de lo que hay sin dengues ni boberías. Aquí no se usan cumplidos. Usted, Sr. D. Roque, y usted, Sr. de Araceli, están en su casa hoy y mañana y siempre, ¡porra! José de Montoria es muy amigo de los amigos. Todo lo que tiene es de los amigos.

La brusca generosidad de aquel insigne varón nos tenía anonadados. Como recibiera muy mal los cumplimientos, resolvimos dejar á un lado el formulario artificioso de la Côte, y viérais allí cómo la llaneza más primitiva reinó durante el almuerzo.

—¿Qué, no come usted más?—me dijo D. José.—Me parece que es usted un boquirrubio que se anda con enjuagues y finuras. Á mí no me gusta eso, caballerito; me parece que me voy á enfadar y tendré que pegar palos para hacerles comer. Ea, despache usted este vaso de vino. ¿Acaso es mejor el de la Côte? Ni á cien leguas. Con que ¡porra! beba usted, ¡porra! ó nos veremos las caras.

Esto fué causa de que comiera y bebiera mucho más de lo que cabía en mi cuerpo; pero había necesidad de corresponder á la generosa franqueza de Montoria; y no era cosa de que por una indigestión más ó menos se perdiera tan buena amistad.

Después del almuerzo siguieron los trabajos de tala, y el rico labrador los dirigía como si fuera una fiesta.

—Veremos—decía,—si esta vez se atreven á atacar el castillo. ¿No ha visto usted las obras que hemos hecho? Menudo trabajo van á tener. Yo he dado doscientas sacas de lana, una friolera, y daré hasta el último mendrugo.

Cuando nos retirábamos á la ciudad, llevónos Montoria á examinar las obras defensivas que á la sazón se estaban construyendo en aquella parte occidental. Había en la puerta del Portillo una gran batería semicircular que enlazaba las tapias del convento de los Fecetas con las del de los Agustinos descalzos. Desde este edificio al de Trinitarios corría otra muralla recta, aspillerada en toda su extensión y con un buen reducto en el centro, todo resguardado por profundo foso que se abría hácia el famoso campo de las Eras ó del Sepulcro, teatro de la heroica jornada del 15 de Junio. Más al Norte y hácia la puerta de Sancho, que da paso al pretil del Ebro, seguían las fortificaciones, terminando en otro baluarte. Todas estas obras, como hechas á prisa, aunque con inteligencia, no se distinguían por su solidez. Cualquier general enemigo, ignorante de los acontecimientos del primer sitio y de la inmensa estatura moral de los zaragozanos al ponerse detrás de aquellos montones de tierra, se habría reído de fortificaciones tan despreciables para un buen material de sitio; pero Dios ha dispuesto que alguien escape de vez en cuando á las leyes físicas establecidas por la guerra. Zaragoza, comparada con Amberes, Dantzic, Metz, Sebastopol, Cartagena, Gibraltar y otras célebres plazas fuertes tomadas ó no, era entonces una fortaleza de cartón. Y sin embargo...



IV

EN su casa, Montoria se enfadó otra vez con D. Roque y conmigo porque no quisimos admitir el dinero que nos ofrecía para nuestros primeros gastos en la ciudad; y aquí se repitieron los puñetazos en la mesa y la lluvia de *porras* y otras palabras que no cito; pero al fin llegamos á una transacción honrosa para ambas partes. Y ahora caigo en que me ocupo demasiado de hombre tan singular sin haber anticipado algunas observaciones acerca de su persona. Era D. José un hombre de sesenta años, fuerte, colorado, rebosando salud, bienestar, contento de sí mismo, conformidad con la suerte y conciencia tranquila. Lo que le sobraba en patriarcales virtudes y en costumbres ejemplares y pacíficas (si es que esto puede estar de sobra en algún caso), faltábale en educación, es decir, en aquella educación atildada y distinguida que entonces empezaban á recibir algunos hijos de familias ricas. D. José no conocía los artificios de la etiqueta, y por carácter y por costumbre era refractario á la mentira discreta y á los amables embustes que constituyen la base fundamental de la cortesía. Como él llevaba siempre el corazón en la mano, quería que asimismo lo llevarsen los demás, y su bondad salvaje no toleraba las coqueterías frecuentemente falaces de la conversación fina. En los momentos de enojo era impetuoso y dejábase arrastrar á muy violentos extremos, de que por lo general se arrepentía más tarde.

En él no había disimulo, y tenía las grandes virtudes cristianas en crudo y sin pulimento, como un macizo canto del más hermoso mármol,

donde el cincel no ha trazado una raya siquiera. Era preciso saberlo entender, cediendo á sus excentricidades, si bién en rigor no debe llamarse excéntrico el que tanto se parecía á la generalidad de sus paisanos. No¹ ocultar jamás lo que sentía era su norte, y si bién esto le ocasionaba algunas molestias en el curso de la vida ordinaria y en asuntos de poca monta, era tesoro inapreciable siempre que se tratase con él un negocio grave, porque puesta á la vista toda su alma, no había que temer malicia alguna. Perdonaba las ofensas, agradecía los beneficios y daba gran parte de sus cuantiosos bienes á los menesterosos.

Vestía con aseo; comía abundantemente, ayunando con todo escrúpulo la Cuaresma entera, y amaba á la Virgen del Pilar con fanático amor de familia. Su lenguaje no era, según se ha visto, modelo de comedimiento, y él mismo confesaba como el mayor de sus defectos lo de soltar á todas horas *porra* y más *porra*, sin que viniese al caso; pero más de una vez le oí decir que, conocedor de la falta, no la podía remediar, porque aquello de las *porras* le salía de la boca sin que él mismo se diera cuenta de lo que hablaba.

Tenía mujer y tres hijos. Era aquélla Doña Leocadia Sarriera, navarra de origen. De los vástagos, el mayor y la hembra estaban casados y habían dado á los viejos algunos nietos. El más pequeño de los hijos llamábase Agustín y era destinado á la Iglesia, como su tío, del mismo nombre, arcediano de la Seo. Á todos les conocí en el mismo día, y eran la mejor gente del mundo. Fuí tratado con tanto miramiento, que me tenía absorto su generosidad, y si me conocieran desde el nacer no habrían sido más rumbosos. Sus obsequios, espontáneamente sugeridos por corazones generosos, me llegaban al alma, y como yo siempre he sido fácil en dejarme querer, les correspondí desde el principio con muy sincero afecto.

3 bis [Sr. D. Roque—dije aquella noche á mi compañero cuando nos acostábamos en el cuarto que nos destinaron,—yo jamás he visto gente como esta. ¿Son así todos los aragoneses?

—Hay de todo—me respondió;—pero hombres de la madera de D. José de Montoria, y familias como esta familia abundan mucho en esta tierra de Aragón.]

Al siguiente día nos ocupamos en mi alistamiento. La decisión de aquella gente me entusiasmaba de tal modo, que nada me parecía tan honroso como seguir tras ella, aunque fuera á distancia, husmeando su rastro de gloria. Ninguno de ustedes ignora que en aquellos días Zaragoza y los zaragozanos habían adquirido un renombre fabuloso; que sus

hazañas enardecían las imaginaciones, y que todo lo referente al sitio famoso de la inmortal ciudad, tomaba en boca de los narradores las proporciones y el colorido de una leyenda de los tiempos heróicos. Con la distancia, las acciones de los zaragozanos adquirirían dimensiones mayores aún, y en Inglaterra y en Alemania, donde les consideraban como los numantinos de los tiempos modernos, aquellos paisanos medio desnudos, con alpargatas en los piés y un pañizuelo enrollado en la cabeza, eran figuras de coturno.—*Capitulad y os vestiremos*—decían los franceses en el primer sitio, admirados de la constancia de unos pobres aldeanos vestidos de harapos.—*No sabemos rendirnos*—contestaban,—*y nuestras carnes sólo se cubren de gloria.*

Estas y otras frases habían dado la vuelta al mundo.

Pero volvamos á lo de mi alistamiento. Era un obstáculo para éste el manifiesto de Palafox de 13 de Diciembre, en que ordenaba la expulsión de forasteros, mandándoles salir en el término de veinticuatro horas, acuerdo tomado en razón de la mucha gente que iba á alborotar, sembrando discordias y desavenencias; pero precisamente en los días de mi llegada se publicó otra proclama llamando á los soldados dispersos del ejército del Centro, desbaratado en Tudela, y en esto hallé una buena coyuntura para afiliarme, pues aunque no pertencí á dicho ejército, había concurrido á la defensa de Madrid y á la batalla de Bailén, razones que, con el apoyo de mi protector Montoria, me valieron el ingreso en las huestes zaragozanas. Diéronme un puesto en el batallón de voluntarios de las Peñas de San Pedro, bastante mermado en el primer sitio, y recibí un uniforme y un fusil. No formé, como había dicho mi protector, en las filas de mosen Santiago Sas, fogoso clérigo, puesto al frente de un batallón de escopeteros, porque esta valiente partida se componía exclusivamente de vecinos de la parroquia de San Pablo. Tampoco querían gente moza en su batallón, por cuya causa ni el mismo hijo de D. José de Montoria, Agustín Montoria, pudo servir á las órdenes de Sas, y se afilió como yo en el batallón de las Peñas de San Pedro. La suerte me deparaba un buen compañero y un excelente amigo.

Desde el día de mi llegada, oí hablar de la aproximación del ejército francés, pero esto no fué un hecho incontrovertible hasta el 20. Por la tarde una división llegó á Zuera, en la orilla izquierda, para amenazar el arrabal; otra, mandada por Suchet, acampó en la derecha sobre San Lamberto. Moncey, que era el general en jefe, situóse con tres divisiones hácia el Canal y en las inmediaciones de la Huerva. Cuarenta mil hombres nos cercaban.



Sabido es que, impacientes por vencernos, los franceses comenzaron sus operaciones el 21 desde muy temprano, embistiendo con gran furor y simultáneamente el monte Torrero y el arrabal de la izquierda del Ebro, puntos sin cuya posesión era excusado pensar en someter la valerosa ciudad; pero si bien tuvimos que abandonar á Torrero, por ser peligrosa su defensa, en el arrabal desplegó Zaragoza tanto y tan temerario arrojo, que es aquel día uno de los más brillantes de su brillantísima historia.

Desde las cuatro de la madrugada el batallón de las Peñas de San Pedro fué destinado á guarnecer el frente de fortificaciones desde Santa Engracia hasta el convento de Trinitarios, línea que me pareció la ménos endeble en todo el circuito de la ciudad. Á espaldas de Santa Engracia estaba la batería de los Mártires: corría luégo la tapia aspillerada hasta el puente de la Huerva, defendido por un reducto; desviábase luégo hácia Poniente, formando un ángulo obtuso y enlazándose con otro reducto levantado en la torre del Pino, seguía casi en línea recta hasta el convento de Trinitarios, dejando dentro la puerta del Cármén. El que haya visto á Zaragoza comprenderá perfectamente mi ligera descripción, pues todavía existen las ruinas de Santa Engracia, y la puerta del Cármén ostenta aún no lejos de la Glorieta su despedazado umbral y sus sillares carcomidos.

Estábamos, como he dicho, guarneciendo la extensión descrita, y parte de los soldados teníamos nuestro vivac en una huerta inmediata al colegio del Cármén. Agustín Montoria y yo no nos separábamos, porque su apacible carácter, el afecto que me mostró desde que nos conocimos, y cierta conformidad, cierta armonía inexplicable en nuestras ideas, me hacían muy agradable su compañía. Era él un jóven de hermosísima figura, con ojos grandes y vivos, despejada frente y cierta gravedad melancólica en su fisonomía. Su corazón, como el del padre, estaba lleno de aquella generosidad que se desbordaba al menor impulso; pero tenía sobre él la ventaja de no lastimar al favorecido, porque la educación le había quitado gran parte de la rudeza nacional. Agustín entraba en la edad viril con la firmeza y la seguridad de un corazón lleno, de un entendimiento rico y no gastado, de un alma vigorosa y sana, á la cual no faltaban sino ancho mundo, ancho espacio para producir bondades sin cuento. Estas cualidades eran realzadas por una imaginación brillante, pero de vuelo seguro y derecho, no parecida á la de nuestros modernos geniecillos, que las más de las veces ignoran por dónde van, sino serena y majestuosa, como educada en la gran escuela de los latinos.

Aunque con gran inclinación á la poesía (pues Agustín era poeta), había aprendido la ciencia teológica, descollando en ella como en todo. Los padres del Seminario, que eran hombres bastante sabios y muy carifiosos con la juventud, le tenían por un prodigio en las letras humanas y en las divinas, y se congratulaban de verle con un pié dentro de la Iglesia docente. La familia de Montoria no cabía en sí de gozo, y esperaba el día de la primera misa como el santo advenimiento.

Sin embargo (me veo obligado á decirlo desde el principio), Agustín

no tenía vocación para la Iglesia. Su familia, lo mismo que los buenos padres del Seminario, no lo comprendían así, ni lo comprendieran aunque bajara á decírselo el Espíritu Santo en persona. El precoz teólogo, el humanista, que tenía á Horacio en las puntas de los dedos, el dialéctico, que en los ejercicios semanales dejaba atónitos á los padres con la intelectual gimnasia de la ciencia escolástica, no tenía más vocación para el sacerdocio que la que tuvo Mozart para la guerra, Rafael para las matemáticas ó Napoleón para el baile.



V

GABRIEL—me decía aquella mañana,—¿tienes ganas de batirte?
 —Agustín, ¿tienes tú ganas de batirte?—le respondí. (Como se ve, nos tuteábamos á los tres días de conocernos.)

—No muchas—dijo.—Figúrate que la primera bala nos matara...

—Moriríamos por la patria, por Zaragoza, y aunque la posteridad no se acordara de nosotros, siempre es un honor caer en el campo de batalla por una causa como esta.

—Dices bién—repuso con tristeza;—^ypero es una lástima morir. Somos jóvenes. ¿Quién sabe lo que nos está destinado en la vida?

—La vida es una miseria, y para lo que vale, mejor es no pensar en ella.

—Eso que lo digan los viejos; pero no nosotros, que empezamos á vivir. Francamente, yo no quisiera ser muerto en este terrible cerco que nos han puesto los franceses. En el otro sitio también tomamos las armas todos los alumnos del Seminario, y te confieso que estaba yo más valiente que ahora. Un fuego particular enardecía mi sangre, y me lanzaba á los puestos de mayor peligro sin temer la muerte. Hoy no me pasa lo mismo: estoy medroso y el disparo de un fusil me hace estremecer.

—Eso es natural—contesté.—El miedo no existe cuando no se conoce el peligro. Por eso dicen que los más valientes soldados son los bisoños.

—No es nada de eso. Francamente, Gabriel, te confieso que esto de morir sin más ni más me sabe muy mal. Por si muero, voy á hacerte un encargo, que espero cumplirás con la solicitud de un buen amigo. Atiende bién á lo que te digo. ¿Ves aquella torre que se inclina de un lado y parece alongarse hácia acá para ver lo que aquí pasa ú oir lo que estamos diciendo?

—La Torre Nueva. Ya la veo; ¿qué encargo me vas á dar para esa señora?

Amanecía, y entre los irregulares tejados de la ciudad, entre las es-



padañas, minaretes, miradores y cimborrios de las iglesias, se destacaba la Torre Nueva, siempre *vieja* y nunca derecha.

—Pues oye bien—continuó Agustín.—Si me matan á los primeros tiros en este día que ahora comienza, cuando acabe la acción y rompan filas, te vas allá...

—¿Á la Torre Nueva? Llego, subo...

—No, hombre, subir no. Te diré: llegas á la plaza de San Felipe, donde está la Torre... Mira hácia allá: ¿ves que junto á la gran mole hay otra torre, un campanario pequeñito? Parece un monaguillo delante del señor canónigo, que es la torre grande.

—Sí, ya veo el monaguillo. Y si no me engaño, es el campanario de San Felipe. Y ahora toca el maldito.

—Á misa, está tocando á misa—dijo Agustín con grande emoción.—¿No oyes el esquilón rajado?

—Pues bien, sepamos lo que tengo que decir á ese señor monaguillo que toca el esquilón rajado.

—No, no es nada de eso. Llegas á la plaza de San Felipe. Si miras al campanario, verás que está en una esquina; de esta esquina parte una calle angosta; entras por ella, y á la izquierda encontrarás al poco trecho otra ca-

lle angosta y retirada, que se llama de Antón Trillo. Sigues por ella hasta llegar á espaldas de la iglesia. Allí verás una casa: te paras.

—Y luego me vuelvo.

—No: junto á la casa de que te hablo hay una huerta, con un portalón pintado de color de chocolate. Te paras allí...

—Me paro allí, y allí me estoy.

—No hombre: verás...

—Estás más blanco que la camisa, Agustinillo. ¿Qué significan esas torres y esas paradas?

—Significan—continuó mi amigo con más embarazo cada vez,—que en cuanto estés allí... Te advierto que debes ir de noche... Bueno; llegas, te paras, aguardas un poquito, luego pasas á la acera de en frente, alargas el cuello y verás por sobre la tapia de la huerta una ventana. Coges una piedrecita y la tiras contra los vidrios de modo que no haga mucho ruido.

—Y en seguida saldrá ella.

—No, hombre; ten paciencia. ¿Qué sabes tú si saldrá ó no saldrá?

—Bueno: pongamos que sale.

—Antes te diré otra cosa; y es que allí vive el tío Candiola. ¿Tú sabes quién es el tío Candiola? Pues es un vecino de Zaragoza, hombre que, según dicen, tiene en su casa un sótano lleno de dinero. Es avaro y usurero, y cuando presta saca las entrañas. Sabe de leyes y moratorias y ejecuciones más que todo el Consejo y Cámara de Castilla. El que se mete en pleito con él está perdido. Es riquísimo.

—De modo que la casa del portalón pintado de color de chocolate será un magnífico palacio.

—Nada de eso: verás una casa miserable, que parece se está cayendo. Te digo que el tío Candiola es avaro. No gasta un real aunque lo fusilen, y si le vieras por ahí le darías una limosna. Te diré otra cosa, y es que en Zaragoza nadie le puede ver, y le llaman tío Candiola por mofa y desprecio de su persona. Su nombre es D. Jerónimo de Candiola, natural de Mallorca, si no me engaño.

—Y ese tío Candiola tiene una hija.

—Hombre, espera. ¡Qué impaciente eres! ¿Qué sabes tú si tiene ó no tiene una hija?—me dijo, disimulando con estas evasivas su turbación.—Pues, como te iba contando, el tío Candiola es muy aborrecido en la ciudad por su gran avaricia y mal corazón. Á muchos pobres ha metido en la cárcel después de arruinarlos. Además, en el otro sitio no dió un cuarto para la guerra, ni tomó las armas, ni recibió heridos en su casa, ni le pudieron sacar una peseta; y como un día dijera que á él lo mismo le daba Juan que Pedro, estuvo á punto de ser arrastrado por los patriotas.

—Pues es una buena pieza el hombre de la casa de la huerta del por-

talón color de chocolate. ¿Y si cuando arroje la piedra á la ventana, sale el tío Candiola con un garrote y me da una solfa por hacerle chicoleos á su hija?

—No seas bestia y calla. ⁵¿No sabes que desde que oscurece, Candiola se encierra en un cuarto subterráneo y se está contando su dinero hasta más de media noche? ¡Bah! Ahora va él á ocuparse... Los vecinos dicen que sienten un cierto rumorcillo ó sonsonete como si estuvieran vaciando sacos de onzas.

—Bién; luego, arrojo la piedra, espero, ella sale y le digo...

—Le dices que he muerto... no, no seas bárbaro. Le das este escapulario... no, le dices... no, más vale que no le digas nada.

—Entonces le daré el escapulario.

—Tampoco: no le lleves el escapulario.

—Ya, ya comprendo. Luégo que salga, le daré las buenas noches y me marcharé cantando *La Virgen del Pilar dice*...

—No: es preciso que sepa mi muerte. Tú haz lo que yo te mando.

—Pero si no me mandas nada.

—¿Pero qué prisa tienes? Deja tú. Todavía puede ser que no me maten.

—Ya. ¡Cuánto ruido para nada!

—Es que me pasa una cosa, Gabriel, y te la diré francamente. Tenía muchos, muchísimos deseos de confiarte este secreto que se me sale del pecho. ¿Á quién lo había de revelar sino á tí, que eres mi amigo? Si no te lo dijera, me reventaría el corazón como una granada. Tengo mucho miedo á decirlo de noche en sueños, y por este temor no duermo. Si mi padre, mi madre ó mi hermano lo supieran, me matarían.

—¿Y los padres del Seminario?

—No nombres á los padres. Verás: te contaré lo que me ha pasado. ¿Conoces al padre Rincón? Pues el padre Rincón me quiere mucho, y todas las tardes me sacaba á paseo por la ribera ó hacía Torrero ó camino de Juslibol. Hablábamos de teología y de letras humanas. Rincón es tan entusiasta del gran poeta Horacio, que suele decir: "Es lástima que ese hombre no haya sido cristiano para canonizarlo." Lleva siempre consigo un pequeño Elzevirius, á quien ama más que á las niñas de sus ojos, y cuando nos cansamos en el paseo, él se sienta, lee y entre los dos hacemos los comentarios que se nos ocurren... Bueno... ahora te diré que el padre Rincón era pariente de Doña María Rincón, difunta esposa de Candiola, y que éste tiene una heredad en el camino de Monzalbarba, con una torre miserable, más parecida á cabaña que á torre, pero rodeada de frondosos árboles y con deliciosas vistas al Ebro. Una tarde, después que lei-

mos el *Quis multa gracilis te puer in rosa*, mi maestro quiso visitar á su pariente. Fuimos allá, entramos en la huerta, y Candiola no estaba. Pero nos salió al encuentro su hija, y Rincón le dijo:—Mariquilla, da unos melocotones á este jóven y saca para mí una copita de lo que sabes.

—¿Y es guapa Mariquilla?

—No preguntes eso. ¿Que si es guapa? Verás... El padre Rincón le tomó la barba, y haciéndole volver la cara hácia mí, me dijo:—“Agustín, confiesa que en tu vida has visto una cara más linda que esta. Mira qué ojos de fuego, qué boca de ángel y qué pedazo de cielo por frente.” Yo temblaba, y Mariquilla, con el rostro encendido como la grana, se reía. Luégo Rincón continuó diciendo:—“Á tí que eres un futuro padre de la Iglesia, y un jóven ejemplar, sin otra pasión que la de los libros, se te puede enseñar esta divinidad. Jóven, admira aquí las obras admirables del Supremo Creador. Observa la expresión de ese rostro, la dulzura de esas miradas, la gracia de esa sonrisa, el frescor de esa boca, la suavidad de esa tez, la elegancia de ese cuerpo, y confiesa que si es hermoso el cielo, y la flor, y las montañas, y la luz, todas las creaciones de Dios se oscurecen al lado de la mujer, la más perfecta y acabada hechura de las inmortales manos.” Esto me dijo mi maestro, y yo, mudo y atónito, no cesaba de contemplar aquella obra maestra, que era sin disputa mejor que la *Eneida*. No puedo explicarte lo que sentí. Figúrate que el Ebro, ese gran río que baja desde Fontibre hasta dar en el mar por los Alfaques, se detuviera de improviso en su curso y empezase á correr hácia arriba, volviendo á las Astúrias de Santillana: pues una cosa así pasó en mi espíritu. Yo mismo me asombraba de ver cómo todas mis ideas se detuvieron en su curso sosegado, y volvieron atrás, echando no sé por qué nuevos caminos. Te digo que estaba asombrado y lo estoy todavía. Mirándola sin saciar nunca la ansiedad tanto de mi alma como de mis ojos, yo me decía:—“La amo de un modo extraordinario. ¿Cómo es que hasta ahora no había caído en ello?” Yo no había visto á Mariquilla hasta aquel momento.

—¿Y los melocotones?

—Mariquilla estaba tan turbada delante de mí como yo delante de ella. El padre Rincón se puso á hablar con el hortelano sobre los desperfectos que habían hecho en la finca los franceses (pues esto pasaba á principios de Setiembre, un mes después de levantado el primer sitio), y Mariquilla y yo nos quedamos solos. ¡Solos! Mi primer impulso fué echar á correr, y ella, según me ha dicho, también sintió lo mismo. Pero ni ella ni yo corrimos, sino que nos quedamos allí. De pronto sentí una grande y extra-

ña energía en mi cerebro. Rompiendo el silencio, comencé á hablar con ella: dijimos varias cosas indiferentes al principio; pero á mí me ocurrían pensamientos que, según mi entender, sobresalían de lo vulgar, y todos, todos los dije. Mariquilla me respondía poco; pero sus ojos eran más elocuentes que cuanto yo le estaba diciendo. Al fin llamónos el padre Rincón, y nos marchamos. Me despedí de ella, y en voz baja le dije que pronto nos volveríamos á ver. Volvimos á Zaragoza. ¡Ay! Por el camino los árboles, el Ebro, las cúpulas del Pilar, los campanarios de Zaragoza, los transeuntes, las casas, las tapias de las huertas, el suelo, el rumor del viento, los perros del camino, todo me parecía distinto; todo, cielo y tierra habían cambiado. Mi buen maestro volvió á leer á Horacio, y yo dije que Horacio no valía nada. Me quiso comer, y amenazóme con retirarme su amistad. Yo elogíé á Virgilio con entusiasmo, y repetí aquellos versos

*Est mollis flamma medullas
interea, et tacitum vicit sub pectore vulnus.*

—Eso pasó á principios de Setiembre — le dije. — ¿Y de entonces acá?

—Desde aquel día ha empezado para mí la nueva vida. Comenzó por una inquietud ardiente que me quitaba el sueño, haciéndome aborrecible todo lo que no fuera Mariquilla. La propia casa paterna me era odiosa, y vagando por los alrededores de Zaragoza sin compañía alguna, buscaba en la soledad la paz de mi espíritu. Aborrecí el colegio, los libros todos y la Teología, y cuando llegó Octubre y me querían obligar á vivir encerrado en la santa casa, me fingí enfermo para quedarme en la mía. Gracias á la guerra, que á todos nos ha hecho soldados, puedo vivir libremente, salir á todas horas, incluso de noche, y verla y hablarle con frecuencia. Voy á su casa, hago la seña convenida, baja, abre una ventana con reja, y hablamos largas horas. Los transeuntes pasan; pero como estoy embozado en mi capa hasta los ojos, con esto y la oscuridad de la noche nadie me conoce. Por eso los muchachos del pueblo se preguntan unos á otros: “¿Quién será el novio de la Candiola?”. De algunas noches á esta parte, recelando que nos descubran, hemos suprimido la conversación por la reja, María baja, abre el portalón de la huerta y entro. Nadie puede descubrirnos, porque D. Jerónimo, creyéndola acostada, se retira á su cuarto á contar el dinero, y la criada vieja, única que hay en la casa, nos protege. Solos en la huerta, nos sentamos en una escalera de piedra que allí existe, y al través de las ramas de un álamo negro y corpulento, vemos á pedacitos la claridad de la luna. En aquel silencio majestuoso, nuestras almas comprenden lo divino, y sentimos con un sentimiento in-

menso, que no puede expresarse por el lenguaje. Nuestra felicidad es tan grande, que á veces es un tormento vivísimo; y si hay momentos en que uno desearía centuplicarse, también los hay en que uno desearía no existir. Pasamos allí largas horas. Anteanoche estuve hasta cerca del día, pues como mis padres me creen en el cuerpo de guardia, no tengo prisa por retirarme. Cuando principiaba á clarear la aurora, nos despedimos. Por encima de la tapia de la huerta se ven los techos de las casas inmediatas y el pico de la Torre Nueva. María, señalándole, me dijo:

—Cuando esa torre se ponga derecha, dejaré de quererte.

No dijo más Agustín, porque sonó un cañonazo del lado de Monte Torrero, y ambos volvimos hácia allá la vista.



VI

Los franceses habían embestido con gran empeño los posiciones fortificadas de Torrero. Defendían éstas diez mil hombres, mandados por D. Felipe Saint-March y por O'Neill, ambos generales de mucho mérito. Los voluntarios de Borbón, de Castilla, del Campo Segorbino, de Alicante y el provincial de Soria; los cazadores de Fernando VII, el regimiento de Murcia y otros cuerpos que no recuerdo, rompieron el fuego. Desde el reducto de los Mártires vimos el principio de la acción y las columnas francesas que corrían á lo largo del Canal para flanquear á Torrero. Duró gran rato el fuego de fusilería; mas la lucha no podía prolongarse mucho tiempo, porque aquel punto no se prestaba á una defensa enérgica, sin la ocupación y fortificación de otros inmediatos, como Buenavista, Casa-Blanca y el cajero del Canal. Sin embargo, nuestras tropas no se retiraron sino muy tarde y con el mayor orden, volando el puente de América y trayéndose todas las piezas, ménos una, que había sido desmontada por el fuego enemigo.

Entre tanto sentíamos fuertísimo estruendo que resonaba á lo lejos, y como por allí casi había cesado el fuego, supusimos trabada otra acción en el arrabal.

—Allá está el brigadier D. José Manso—me dijo Agustín,—con el regimiento suizo de Aragón, que manda D. Adriano Walker, los voluntarios de Huesca, de que es jefe D. Pedro Villacampa, los voluntarios de Cataluña y otros valientes cuerpos. ¡Y nosotros aquí, mano sobre mano! Por este lado parece que ha concluido. Los franceses se contentarán hoy con la conquista de Torrero.

—Ó yo me engaño mucho—repuse,—ó ahora van á atacar á San José.

Todos miramos al punto indicado, edificio de grandes dimensiones, que se alzaba á nuestra izquierda, separado de Puerta Quemada por la hondonada de la Huerva.

—Allí está Renovales—indicó Agustín,—el valiente D. Mariano Renovales, que tanto se distinguió en el otro sitio, y manda ahora los cazadores de Orihuela y de Valencia.

En nuestra posición todo estaba preparado para una defensa enérgica. En el reducto del Pilar, en la batería de los Mártires, en la torre del Pino, lo mismo que en Trinitarios, los artilleros aguardaban con mecha encendida, y los de infantería escogíamos tras los parapetos las posiciones que nos parecían más seguras para hacer fuego, si alguna columna intentaba asaltarnos. Se sentía mucho frío, y los más tiritábamos. Alguien hubiera creído que era de miedo; pero no, era de frío, y quien dijese lo contrario, miente.

No tardó en verificarse el movimiento que yo había previsto, y el convento de San José fué atacado por una fuerte columna de infantería francesa, mejor dicho, fué objeto de una tentativa de ataque ó más bién sorpresa. Al parecer, los enemigos tenían mala memoria, y en tres meses se les había olvidado que las sorpresas eran imposibles en Zaragoza.

Llegaron, sin embargo, con mucha confianza hasta tiro de fusil, y sin duda aquellos desgraciados creían que sólo con verlos caerían muertos de miedo nuestros guerreros. Los pobrecitos acababan de llegar de la Silesia y no sabían qué clase de guerra era la de España. Además, como ganaran á Torrero con tan poco trabajo, creyéronse en disposición de tragarse el mundo. Ello es que avanzaban, como he dicho, sin que San José hiciera demostración alguna, hasta que hallándose á tiro de fusil ó poco ménos, vomitaron de improviso tan espantoso fuego las troneras y aspilleras de aquel edificio, que mis bravos franceses tomaron soleta con precipitación. Bastantes, sin embargo, quedaron tendidos, y al ver este desenlace de su valentía, los que contemplábamos el lance desde la batería de los Mártires, prorumpimos en exclamaciones, gritos y palmadas. De este modo celebra el feroz soldado en la guerra la muerte de sus se-



DON JOSEF MANSO

mejantes, y el que siente instintiva compasión al matar un conejo en una cacería, salta de júbilo viendo caer centenares de hombres robustos, jóvenes y alegres que, después de todo, no han hecho mal á nadie.

Tal fué el ataque de San José; una intentona rápidamente castigada. Desde entonces debieron comprender los franceses que si se abandonó á Torrero fué por cálculo y no por flaqueza. Sola, aislada, desamparada, sin baluartes exteriores, sin fuertes ni castillos, Zaragoza alzaba de nuevo sus murallas de tierra, sus baluartes de ladrillos crudos, sus torreones de barro amasado la víspera para defenderse otra vez contra los primeros soldados, la primera artillería y los primeros ingenieros del mundo. Grande aparato de gente, formidables máquinas, enormes cantidades de pólvora, preparativos científicos y materiales, la fuerza y la inteligencia en todo su esplendor, traen los invasores para atacar el recinto fortificado que parece juego de muchachos, y aún así es poco. Todo sucumbe y se reduce á polvo ante aquellas tapias que se derriban de una patada. Pero detrás de esta deleznable defensa material está el acero de las almas aragonesas, que no se rompe, ni se dobla, ni se funde, ni se hiende, ni se oxida, y circunda todo el recinto como una barra indestructible por los medios humanos.

La campana de la Torre Nueva suena con clamor de alarma. Cuando esta campana da al viento su lúgubre tañido, la ciudad está en peligro y necesita de todos sus hijos. ¿Qué será? ¿Qué pasa? ¿Qué hay?

—En el arrabal—dijo Agustín,—debe andar mala la cosa.

—Mientras nos atacan por aquí para entretener mucha gente de este lado, embisten también por la otra parte del río.

—Lo mismo fué en el primer sitio.

—¡Al arrabal, al arrabal!

Y cuando decíamos esto, la línea francesa nos envió algunas balas rasas para indicarnos que teníamos que permanecer allí. Felizmente Zaragoza tenía bastante gente en su recinto y podía acudir con facilidad á todas partes. Mi batallón abandonó la cortina de Santa Engracia y púsose en marcha hácia el Coso. Ignorábamos á dónde se nos conducía; pero era probable que nos llevaran al arrabal. Las calles estaban llenas de gente. Los ancianos, las mujeres salían impulsados por la curiosidad, queriendo ver de cerca los puntos del peligro, ya que no les era posible situarse en el peligro mismo. Las calles de San Gil, de San Pedro y la Cuchillería (*), que son camino para el puente, estaban casi intransitables; inmensa mul-

(*) Esta calle, unida á las de San Pedro y la Cuchillería, se llama hoy de D. Jaime I.

titud de mujeres las cruzaba, marchando todas á prisa en dirección al Pilar y á la Seo. El estrépito del lejano cañón más bién animaba que entristecía al fervoroso pueblo, y todo era gritar disputándose el paso para llegar más pronto. En la plaza de la Seo ví la caballería, que con el gran gentío casi obstruía la salida del puente, lo cual obligó á mi batallón á buscar más fácil salida por otra parte. Cuando pasamos por delante del pórtico de este santuario, sentimos desde fuera el clamor de las plegarias con que todas las mujeres de la ciudad imploraban á la santa patrona. Los pocos hombres que querían penetrar en el templo eran expulsados por ellas.

Salimos á la orilla del río por junto á San Juan de los Panetes y nos situaron en el malecón esperando órdenes. En frente y al otro lado del río se divisaba el campo de batalla. Veíase en primer término la arboleda de Macanaz; más allá y junto al puente el pequeño monasterio de Albás; más allá el de San Lázaro, y á continuación el de Jesús. Detrás de esta decoración, reflejada en las aguas del gran río, la vista distinguía un fuego horroroso, un cruzamiento interminable de trayectorias, un estrépito ronco, de las voces del cañón y de humanos gritos formado, y densas nubes de humo que se renovaban sin cesar y corrían á confundirse con las del cielo. Todos los parapetos de aquel sitio estaban contruídos con ladrillos de los cercanos tejares, formando con el barro y la tierra de los hornos una masa rojiza. Creeríase que la tierra estaba amasada con sangre.

Los franceses tenían su frente desde el camino de Barcelona al de Juslibol, más allá de los tejares y de las huertas que hay á mano izquierda de la segunda de aquellas dos vías. Desde las doce habían atacado con furia nuestras trincheras, internándose por el camino de Barcelona y desafiando con impetuoso arrojlo los fuegos cruzados de San Lázaro y del sitio llamado el Macelo. Consistía su empeño en tomar por audaces golpes de mano las baterías, y esta tenacidad produjo una verdadera hecatombe. Caían muchísimos; clareábanse las filas, y llenadas al instante por otros, repetían la embestida. Á veces llegaban hasta tocar los parapetos, y mil luchas individuales acrecían el horror de la escena. Iban delante los jefes blandiendo sus sables, como hombres desesperados que han hecho cuestión de honor el morir ante un montón de ladrillos, y en aquella destrucción espantosa que arrancaba á la vida centenares de hombres en un minuto, desaparecían, arrojados por el suelo el soldado y el sargento y el alférez y el capitán y el coronel. Era una verdadera lucha entre dos pueblos, y mientras los furores del primer sitio inflamaban los corazones de los nuestros, venían los franceses frenéticos, sedientos de venganza,

con toda la saña del hombre ofendido, peor acaso que la del guerrero.

Precisamente este prematuro encarnizamiento les perdió. Debieron principiar batiendo cachazudamente con su artillería nuestras obras; de-



bieron conservar la serenidad que exige un sitio, y no desplegar guerrillas contra posiciones defendidas por gente como la que habían tenido ocasión de tratar el 15 de Julio y el 4 de Agosto; debieron haber reprimido aquel sentimiento de desprecio hácia las fuerzas del enemigo, sentimiento que ha sido siempre su mala estrella, lo mismo en la guerra de España que en la moderna contra Prusia; debieron haber puesto en ejecución un plan calmoso, que produjera en el sitiado antes el fastidio que la exaltación. Es seguro que de traer consigo la mente pensadora de su inmortal jefe, que vencía casi siempre con su lógica admirable lo mismo que con sus cañones, habrían empleado en el sitio de Zaragoza no poco del conocimiento del corazón humano, sin cuyo estudio la guerra, la brutal guerra, ¡parece mentira! no es más que una carnicería salvaje. Napoleón, con su penetración extraordinaria, hubiera comprendido el carácter zaragozano y se habría abstenido de lanzar contra él columnas descubiertas, haciendo alarde de valor personal. Esta es una cualidad de difícil y peligroso empleo, sobre todo delante de gentes que se baten por un ideal, no por un ídolo.

No me extenderé en pormenores sobre esta espantosa acción del 21 de Diciembre, una de las más gloriosas del segundo sitio de la capital de Aragón. Sobre que no la presencié de cerca, y sólo podría dar cuenta de ella por lo que me contaron, me mueve á no ser prolijo la circunstancia de que son tantos y tan interesantes los encuentros que más adelante habré de narrar, que conviene cierta sobriedad en la descripción de estos sangrientos choques. Baste saber por ahora, que los franceses, al caer de la tarde, creyeron oportuno desistir de su empeño, y que se retiraron dejando el campo cubierto de cadáveres. Era la ocasión muy oportuna para perseguirlos con la caballería; pero después de una breve discusión, según se dijo, acordaron los jefes no arriesgarse en una salida que podía ser peligrosa.



VII

LLEGADA la noche, y cuando parte de nuestras tropas se replegaron á la ciudad, todo el pueblo corrió hácia el arrabal para contemplar de cerca el campo de batalla, ver los destrozos hechos por el fuego, contar los muertos y regocijar la imaginación, representándose una por una las heróicas escenas. La animación, el movimiento y bulla hácia aquella parte de la ciudad eran inmensas. Por un lado grupos de soldados cantando con febril alegría; por otro las cuadrillas de personas piadosas que transportaban á sus casas los heridos, y en todas partes una general satisfacción, que se mostraba en los diálogos vivos, en las preguntas, en las exclamaciones jactanciosas y con lágrimas y risas, mezclando la jovialidad al entusiasmo.

Serían las nueve cuando rompimos filas los de mi batallón, porque faltos de acuartelamiento, se nos permitía dejar el puesto por algunas horas, siempre que no había peligro. Corrimos Agustín y yo hácia el Pilar, donde se agolpaba un gentío inmenso, y entramos difícilmente. Qué déme sorprendido al ver cómo forcejeaban unas contra otras las personas allí reunidas, para acercarse á la capilla en que mora la Virgen del Pilar. Los rezos, las plegarias y las demostraciones de agradecimiento formaban un conjunto que no se parecía á los rezos de ninguna clase de fieles. Más que rezo era un hablar continuo, mezclado de sollozos, gritos, palabras tiernísimas y otros de íntima é ingénua confianza, como suele usarlas el pueblo español con los santos que le son queridos. Caían de rodillas, besaban el suelo, se asían á las rejas de la capilla, se dirigían á la santa imágen, llamándola con los nombres más familiares y más patéticos del lenguaje. Los que por la aglomeración de la gente no podían acer-

carse, hablábanle desde lejos, agitando sus brazos. Allí no había sacristanes que prohibieran los modales descompuestos y los gritos irreverentes, porque éstos y aquéllos eran hijos del desbordamiento de la devoción, semejante á un delirio. Faltaba el silencio solemne de los lugares sagrados, y todos estaban allí como en su casa; como si la casa de la Virgen querida, la madre, ama y reina de los zaragozanos, fuese también la casa de sus hijos, siervos y súbditos.

Asombrado de aquel fervor, á quien la familiaridad hacía más interesante, pugué por abrirme paso hasta la reja, y ví la célebre imagen. ¿Quién no la ha visto, quién no la conoce al ménos por las innumerables esculturas y estampas que la han reproducido hasta lo infinito de un extremo á otro de la Península? Á la izquierda del pequeño altar que se alza en el fondo de la capilla, dentro de un nicho adornado con lujo oriental, estaba entonces como ahora la pequeña escultura. Gran profusión de velas de cera la alumbraban, y las piedras preciosas pegadas á su vestido y corona, despiden deslumbradores reflejos. Brillan el oro y los diamantes en el cerquillo de su rostro, en la ajorca de su pecho, en los anillos de sus manos. Una criatura viva rendiríase sin duda al peso de tan gran tesoro. El vestido sin pliegues, rígido y estirado de arriba á abajo como una funda, deja asomar solamente la cara y las manos; y el niño Jesús, sostenido en el lado izquierdo, muestra apenas su carita morena entre el brocado y las pedrerías. El rostro de la Virgen, bruñido por el tiempo, es también moreno. Posee una apacible serenidad, emblema de la beatitud eterna. Diríjese al exterior, y su dulce mirada escruta perpétuamente el devoto concurso. Brilla en sus pupilas un rayo de las cercanas luces, y aquel artificial fulgor de los ojos remeda la intención y fijeza de la mirada humana. Era difícil, cuando la ví por primera vez, permanecer indiferente en medio de aquella manifestación religiosa, y no añadir una palabra al concierto de lenguas entusiastas que hablaban en distintos tonos con la Señora.

Yo contemplaba la imagen, cuando Agustín me apretó el brazo, diciéndome:

—Mírala, allí está.

—¿Quién, la Virgen? Ya la veo.

—No, hombre, Mariquilla. ¿La ves? Allá en frente junto á la columna.

Miré y sólo ví mucha gente. Al instante nos apartamos de aquel sitio, buscando entre la multitud un paso para transportarnos al otro lado.

—No está con ella el tío Candiola—dijo Agustín.—Viene con la criada.

Y diciendo esto, codeaba á un lado y otro para hacerse camino, estropeando pechos y espaldas, pisando piés, chafando sombreros y arrugando vestidos. Yo seguía tras él, causando iguales estragos á derecha é izquierda, y por fin llegamos junto á la hermosa jóven, que lo era realmente, según pude reconocerlo en aquel momento por mis propios ojos. La entusiasta pasión de mi buén amigo no me engañó, y Mariquilla valía la pena de ser desatinadamente amada. Llamaban extraordinariamente la atención en ella su tez morena y descolorida, sus ojos de profundo negror, la nariz correctísima, la boca incomparable y la frente hermosa, aunque pequeña. Había en su rostro, como en su cuerpo delgado y ligero, cierto abandono voluptuoso; cuando bajaba los ojos parecíame que una dulce y amorosa oscuridad envolvía su figura, confundiéndola con las nuestras. Sonreía con gravedad, y cuando nos acercamos sus miradas revelaban temor. Todo en ella anunciaba la pasión circunspecta y reservada de las mujeres de cierto carácter, y debía de ser, según me pareció en aquel momento, poco habladora, falta de coquetería y pobre de artificios. Después tuve ocasión de comprobar aquel mi prematuro juicio. Resplandecía en el rostro de Mariquilla una calma platónica y cierta seguridad de sí misma. Á diferencia de la mayor parte de las mujeres, y conforme al menor número de las mismas, aquella alma se alteraba difícilmente; pero al verificarse la alteración, la cosa iba de veras. Blandas y sensibles otras como la cera, ante un débil calor sin esfuerzo se funden; pero Mariquilla, de durísimo metal compuesta, necesitaba la llama de un gran fuego para perder la compacta conglomeración de su carácter, y si este momento llegaba, había de ser como el metal derretido, que abrasa cuanto toca.

Además de su belleza, me llamó la atención la elegancia y hasta cierto punto el lujo con que vestía, pues acostumbrado á oír exagerar la avaricia del tío Candiola, supuse que tendría reducida á su hija á los últimos extremos de la miseria en lo relativo á traje y tocado. Pero no era así. Según Montoria me dijo después, el tacaño de los tacaños no sólo permitía á su hija algunos gastos, sino que la obsequiaba de peras á higos con tal cual prenda, que á él le parecía el *non plus ultra* de las pompas mundanas. Si Candiola era capaz de dejar morir de hambre á parientes cercanos, tenía con su hija condescendencias de bolsillo verdaderamente escandalosas y fenomenales. Aunque avaro, era padre: amaba regularmente, quizás mucho, á la infeliz muchacha, hallando por esto en su generosidad el primero, tal vez el único agrado de su árida existencia.

Algo más hay que hablar en lo referente á este punto, pero irá salien-

do poco á poco durante el curso de la narración, y ahora me concretaré á decir que mi amigo no había dicho aún diez palabras á su adorada María, cuando un hombre se nos acercó de súbito, y después de mirarnos un instante á los dos con centelleantes ojos, dirigióse á la jóven, la tomó por el brazo, y enojadamente le dijo:

—¿Qué haces aquí? Y usted, tia Guedita, ¿por qué la ha traído al Pilar á estas horas? Á casa, á casa pronto.

Y empujándolas á ambas, ama y criada, llevólas hácia la puerta y á la calle, desapareciendo los tres de nuestra vista.

Era Candiola. Lo recuerdo bién, y su recuerdo me hace estremecer de espanto. Más adelante sabreis por qué. Desde la breve escena en el templo del Pilar, la imágen de aquel hombre quedó grabada en mi memoria, y no era por cierto su figura de las que prontamente se olvidan. Viejo, encorvado, con aspecto miserable y enfermizo, de mirar oblicuo y desapacible, flaco de cara y hundido de mejillas, Candiola se hacía antipático desde el primer momento. Su nariz corva y afilada como el pico de un pájaro lagartijero, la barba igualmente picuda, los largos pelos de las cejas blanquinegras, la pupila verdosa, la frente vasta y surcada por una pauta de paralelas arrugas, las orejas cartilaginosas, la amarilla tez, el ronco metal de la voz, el desaliñado vestir, el gesto insultante, toda su persona, desde la punta del cabello, mejor dicho, desde la bolsa de su peluca hasta la suela del zapato, producía repulsión invencible. Se comprendía que no tuviera amigos.



Candiola.

Candiola no tenía barbas; llevaba el rostro, según la moda, completamente rasurado, aunque la navaja no entraba en aquellos campos sino una vez por semana. Si D. Jerónimo hubiera tenido barbas, le compararía por su figura á cierto mercader veneciano que conocí mucho después, viajando por el vastísimo continente de los libros, y en quien hallé ciertos rasgos de fisonomía que me hicieron recordar los de aquel que bruscamente se nos presentó en el templo del Pilar.

—¿Has visto qué miserable y ridículo viejo?—me dijo Agustín cuando nos quedamos solos, mirando á la puerta por donde las tres personas habían desaparecido.

—No gusta que su hija tenga novios.

—Pero estoy seguro de que no me vió hablando con ella. Tendrá sospechas; pero nada más. Si pasara de la sospecha á la certidumbre, María y yo estaríamos perdidos. ¿Viste qué mirada nos echó? ¡Condenado avaro, alma negra hecha de la piel de Satanás!

—Mal suegro tienes.

—Tan malo—dijo Montoria con tristeza,—que no doy por él dos cuartos con cardenillo. Estoy seguro de que esta noche la pone de vuelta y media, y gracias que no acostumbra á maltratarla de obras.

—Y el Sr. Candiola—le pregunté,—¿no tendrá gusto en verla casada con el hijo de D. José de Montoria?

—¿Estás loco? Sí... ve á hablarle de eso. Además de que ese miserable avariento guarda á su hija como si fuera un saco de onzas, y no parece dispuesto á darla á nadie, tiene un resentimiento antiguo y profundo contra mi buen padre, porque éste libró de sus garras á unos infelices deudores. Te digo que si él llega á descubrir el amor que su hija me tiene, la guardará dentro de una arca de hierro en el sótano donde tiene los pesos duros. Pues no te digo nada, si mi padre lo llega á saber... Me tiemblan las carnes sólo de pensarlo. La pesadilla más atroz que puede turbar mi sueño, es aquella que me representa el instante en que mi señor padre y mi señora madre se enteren de este inmenso amor que tengo por Mariquilla. ¡Un hijo de D. José de Montoria enamorado de la hija del tío Candiola! ¡Qué horrible pensamiento! ¡Un jóven que formalmente está destinado á ser obispo... obispo, Gabriel, yo voy á ser obispo, en el sentir de mis padres!

Diciendo esto, Agustín dió un golpe con su cabeza en el sagrado muro en que nos apoyábamos.

—¿Y piensas seguir amando á Mariquilla?

—No me preguntes eso—respondió con energía.—¿La viste? Pues si la viste, ¿á qué me dices si seguiré queriéndola? Su padre y los míos antes me quieren ver muerto que casado con ella. ¡Obispo, Gabriel; quieren que yo sea obispo! Compagina tú el ser obispo y el amar á Mariquilla durante toda la vida terrenal y la eterna; compagina tú esto y ten lástima de mí.

—Dios abre caminos desconocidos.

—Es verdad. Yo tengo á veces una confianza sin límites. ¡Quién sabe lo que nos traerá el día de mañana! Dios y la Virgen del Pilar me sacarán adelante.

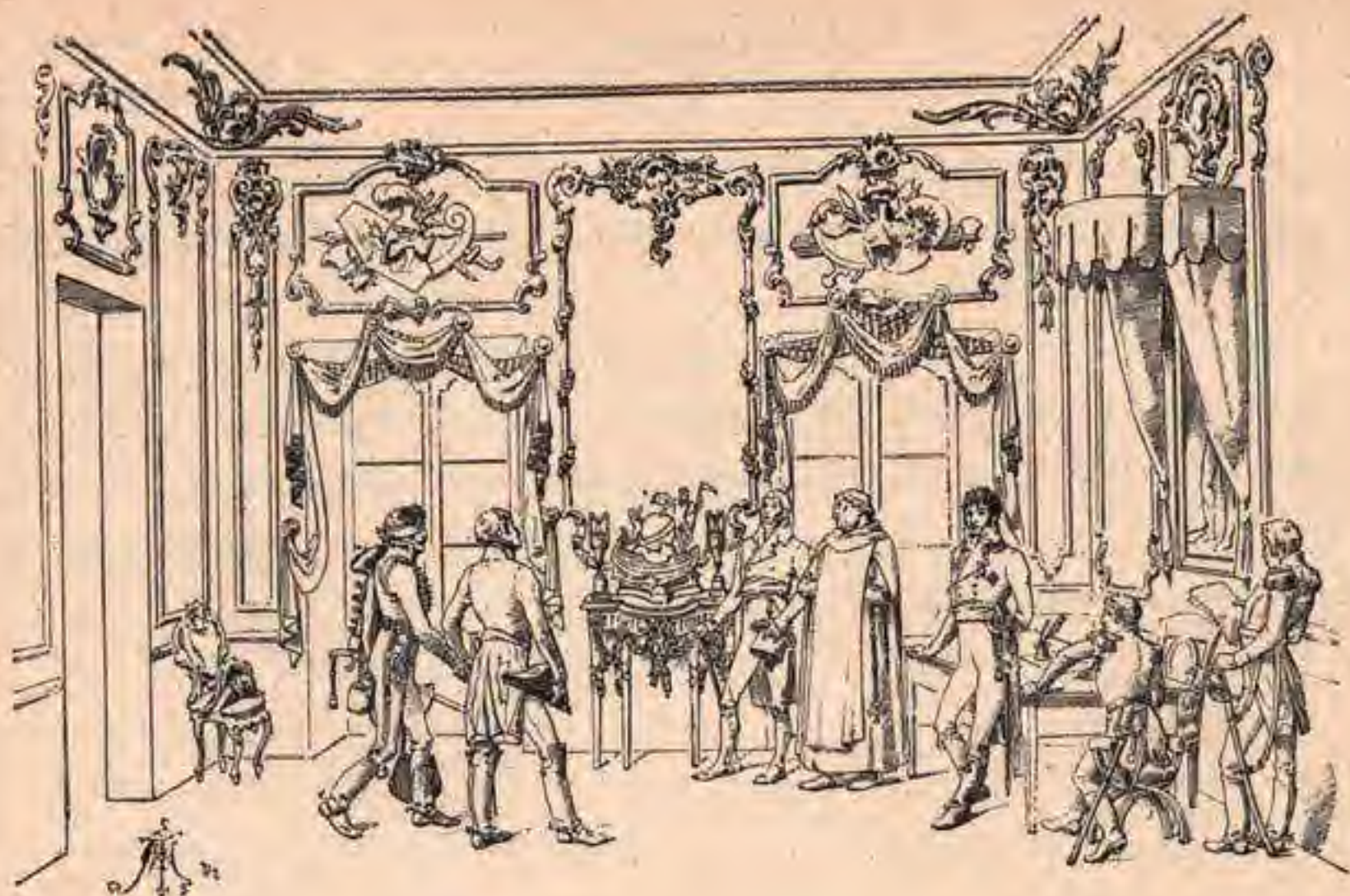
—¿Eres devoto de esta imagen?

—Sí. Mi madre pone velas á la que tenemos en casa, para que no me

hieran en las batallas; y yo la miro y para mis adentros le digo:—"Señora, que esta ofrenda de velas sirva también para recordaros que no puedo dejar de amar á la Candiola!

Estábamos en la nave á que corresponde el ábside de la capilla del Pilar. Hay allí una abertura en el muro, por donde los devotos, bajando dos ó tres peldaños, se acercan á besar el pilar que sustenta la venerada imágen. Agustín besó el mármol rojo: besélo también, y luego salimos de la iglesia para ir á nuestro vivac.





VIII

AL día siguiente, 22, fué cuando Palafox dijo al parlamentario de Moncey que venía á proponerle la rendición: *No sé rendirme: después de muerto hablaremos de eso.* Contestó en seguida á la intimación en un largo y elocuente pliego, que publicó la *Gaceta* (pues también en Zaragoza había *Gaceta*); pero, según opinión general, ni aquel documento ni ninguna de las proclamas que aparecían con la firma del capitán general eran obra de éste, sino de la discreta pluma de su maestro y amigo el padre Basilio Boggiero, hombre de mucho entendimiento, á quien se veía con frecuencia en los sitios de peligro, rodeado de patriotas y jefes militares.

Excusado es decir que los defensores estaban muy envalentonados con la gloriosa acción del 21. Era preciso para dar desahogo á su ardor, disponer alguna salida. Así se hizo en efecto; pero ocurrió que todos querían tomar parte en ella al mismo tiempo, y fué preciso sortear los cuerpos. Las salidas, dispuestas con prudencia, eran convenientes, porque los franceses, extendiendo su línea en derredor de la ciudad, se preparaban para un sitio en regla, y habían comenzado las obras de su primera para-

lela. Además, el recinto de Zaragoza encerraba mucha tropa, lo cual á los ojos del vulgo era una ventaja, pero un gran peligro para los inteligentes, no sólo por el estorbo que ésta causaba, sino porque el gran consumo de víveres traería pronto el hambre, ese terrible general que es siempre el vencedor de las plazas bloqueadas. Por esta misma causa del exceso de gente eran oportunas las salidas. Hizo una Renovales el 24 con las tropas del fortín de San José, y cortó un olivar que ocultaba los trabajos del enemigo; por el arrabal salió el 25 D. Juan O'Neill con los voluntarios de Aragón y de Huesca, y tuvo la suerte de coger desprevenido al enemigo, matándole bastante gente, y el 31 se hizo la más eficaz de todas por dos puntos distintos y con considerables fuerzas.

Durante el día, en los anteriores, habíamos divisado perfectamente las obras de su primera paralela, establecida como á ciento sesenta toesas de la muralla. Trabajaban con mucha actividad, sin descansar de noche, y notamos que se hacían señales en toda la línea con farolitos de colores. De vez en cuando disparábamos nuestros morteros; pero les causábamos muy poco daño. En cambio si se les antojaba destacar guerrillas para un reconocimiento, eran despachadas por las nuestras en ménos que canta un gallo. Llegó la mañana del 31, y á mi batallón le tocó marchar á las órdenes de Renovales, encargado de mortificar al enemigo en su centro, desde Torrero al camino de la Muela, mientras el brigadier Butrón lo hacía por la Bernardona, es decir, por la izquierda francesa, saliendo con bastantes fuerzas de infantería y caballería por las puertas de Sancho y del Portillo.

Para distraer la atención de los franceses, el jefe mandó que un batallón se desplecase en guerrillas por las Tenerías, llamando hácia allí la atención del enemigo, y entre tanto, con algunos cazadores de Olivenza y parte de los de Valencia, avanzamos por el camino de Madrid, derechos á la línea francesa. Desplegadas guerrillas á un lado y otro del camino, cuando los enemigos se percataron de nuestra presencia, ya estábamos encima veloces como gamos, y arrollábamos la primera tropa de infantería francesa que nos salió al paso. Tras una torre medio destruída se hicieron fuertes algunos, y dispararon con encarnizamiento y buena puntería. Por un instante permanecimos indecisos, pues flanqueábamos la torre unos veinte hombres, mientras los demás seguían por la carretera persiguiendo á los fugitivos; pero Renovales se lanzó delante y nos llevó, matando á boca de jarro y á bayonetazos á cuantos defendían la casa. En el momento en que pusimos el pié dentro del patiecillo delantero, advertí que mi fila se clareaba, ví caer exhalando el último gemido á algunos

compañeros; mire á mi derecha, temiendo no encontrar entre los vivos á mi querido amigo; pero Dios le había conservado. Montoria y yo salimos ilesos.

No podíamos emplear mucho tiempo en comunicarnos la satisfacción que experimentábamos al ver que vivíamos, porque Renovales dió orden de seguir adelante en dirección hácia la línea de atrincheramientos que estaban levantando los franceses; pero abandonamos la carretera y torcimos hácia la derecha con intento de unirnos á los voluntarios de Huesca, que acometían por el camino de la Muela.

Se comprende por lo que llevo referido, que los franceses no esperaban aquella salida y que, completamente desprevenidos, sólo tenían allí, además de la escasa fuerza que custodiaba los trabajos, las cuadrillas de ingenieros ocupados en abrir las zanjás de la primera paralela. Les embestimos con ímpetu, haciéndoles un fuego horroroso, aprovechando muy bién los minutos antes que llegasen fuerzas temibles; cogíamos prisioneros á los que encontrábamos sin armas; matábamos á los que las tenían; recogíamos los picos y azadas; todo esto con una presteza sin igual, animándonos con palabras ardientes, y exaltados, más que por otra cosa, por la idea de que nos estaban viendo desde la ciudad...

En aquel lance todo fué afortunado, porque mientras nosotros destruíamos tan sin piedad á los trabajadores de la primera paralela, las tropas que por la izquierda habían salido á las órdenes del brigadier Butrón, empeñaban un combate muy feliz contra los destacamentos que tenía el enemigo en la Bernardona. Mientras los voluntarios de Huesca, los granaderos de Palafox y las guardias walonas arrollaban la infantería francesa, aparecieron los escuadrones de caballería de Numancia y Olivenza, cautelosamente salidos por la puerta de Sancho, y que describiendo una gran vuelta, habían venido á ocupar el camino de Alagón por una parte y el de la Muela por otra, precisamente cuando los franceses retrocedían de la izquierda al centro, en demanda de mayores fuerzas que les auxiliaran. Hallándose en su elemento aquellos briosos caballos, lanzáronse por el arrecife, destruyendo cuanto encontraban al paso, y allí fué el caer y el atropellarse de los desgraciados infantes que huían hácia Torrero. En su dispersión muchos fueron á caer precisamente entre nuestras bayonetas, y si grande era su ansiedad por huir de los caballos, mayor era nuestro anhelo de recibirlos dignamente á tiros. Unos corrían, arrojándose en las acequias por no poder saltarlas; otros se entregaban á discrecion, soltando las armas; algunos se defendían con heroismo, dejándose matar antes que rendirse, y por último, no faltaron unos pocos que,

encerrándose dentro de un horno de ladrillos, cargado de ramas secas y de leña, le pegaron fuego, prefiriendo morir asados á caer prisioneros.

Todo esto que he referido con la mayor concisión posible, pasó en brevísimo tiempo, y sólo mientras pudo el cuartel general, harto imprevisor en aquella hora, destacar fuerzas suficientes para contener y castigar nuestra atrevida expedición. Tocaron á generala en Monte Torrero, y vimos que venía contra nosotros mucha caballería. Pero los de Renovales, lo mismo que los de Butrón, habíamos conseguido nuestro deseo, y no teníamos para qué esperar á aquellos caballeros que llegaban al fin de la función; así es que nos retiramos, dándoles desde lejos los buenos días con las frases más pintorescas y más agudas de nuestro repertorio. Tuvimos aún tiempo de inutilizar algunas piezas de las dispuestas para su colocación al día siguiente; recogimos multitud de herramientas de zapa, y destruimos á toda prisa lo que pudimos en las obras de la paralela, sin dejar de la mano las docenas de prisioneros á quienes habíamos echado el guante.

Juan Pirli, uno de nuestros compañeros en el batallón, traía al volver á Zaragoza un morrión de ingeniero, que se puso para sorprender al público, y además una sartén, en la cual había aún restos de almuerzo, comenzado en el campamento frente á Zaragoza y terminado en el otro mundo.

Habíamos tenido en nuestro batallón nueve muertos y ocho heridos. Cuando Agustín se reunió á mí, cerca ya de la puerta del Cármén, noté que tenía una mano ensangrentada.

—¿Te han herido?—le dije, examinándole.—No es más que una rozadura.

—Una rozadura es —me contestó;—pero no de bala, ni de lanza, ni de



sable, sino de dientes, porque cuando le eché la zarpa á aquel francés que alzó el azadón para descalabrarme, el condenado me clavó los dientes en esta mano como un perro de presa.

Cuando entrábamos en la ciudad, unos por la puerta del Cármén, otros por el Portillo, todas las piezas de los reductos y fuertes del Mediodía hicieron fuego contra las columnas que venían en nuestra persecución. Las dos salidas combinadas habían hecho bastante daño á los franceses. Sobre que perdieron mucha gente, se les inutilizó una parte, aunque no grande, de los trabajos de su primera paralela, y nos apoderamos de un número considerable de herramientas. Además de esto, los oficiales de ingenieros que llevó Butrón en aquella osada aventura habían tenido tiempo de examinar las obras de los sitiadores y explorarlas y medirlas, para dar cuenta de ellas al capitán general.

La muralla estaba invadida por la gente. Habíase oído desde dentro de la ciudad el tiroteo de las guerrillas, y hombres, mujeres, ancianos y niños, todos acudieron á ver qué nueva acción gloriosa era aquella entablada fuera de la plaza. Fuimos recibidos con exclamaciones de gozo, y desde San José hasta más allá de Trinitarios, la larga fila de hombres y mujeres mirando hácia el campo, encaramados sobre la muralla y batiendo palmas á nuestra llegada, ó saludándonos con sus pañuelos, presentaba un golpe de vista magnífico. Después tronó el cañón, los reductos hicieron fuego á la vez sobre el llano que acabábamos de abandonar, y aquel estruendo formidable parecía una salva triunfal, según se mezclaban con él los cantos, los vítores, las exclamaciones de alegría. En las cercanas casas, las ventanas y balcones estaban llenos de mujeres; y la curiosidad, el interés de algunas eran tales, que se les veía acercarse en tropel á los fuertes y á los cañones para regocijar sus varoniles almas y templar sus acerados nervios con el ruido, á ningún otro comparable, de la artillería. En el fortín del Portillo fué preciso mandar salir á la muchedumbre. En Santa Engracia la concurrencia daba á aquel sitio el aspecto de un teatro, de una fiesta pública. Cesó al fin el fuego de cañón, que no tenía más objeto que proteger nuestra retirada, y sólo la Aljafería siguió disparando de tarde en tarde contra las obras del enemigo.

En recompensa de la acción de aquel día se nos concedió en el siguiente llevar una cinta encarnada en el pecho á guisa de condecoración; y haciendo justicia á lo arriesgado de aquella salida, el padre Boggiero nos dijo entre otras cosas, por boca del capitán general: "Ayer sellásteis el último día del año con una acción digna de vosotros... Sonó el clarín, y á un tiempo mismo los filos de vuestras espadas arrojaban al suelo las

altaneras cabezas, humilladas al valor y al patriotismo. ¡Numancia! ¡Olivenza! ¡Ya he visto que vuestros ligeros caballos sabrán conservar el honor de este ejército y el entusiasmo de estos sagrados muros!... ¡Ceñid esas espadas ensangrentadas, que son el vínculo de vuestra felicidad y el apoyo de la patria!...»



IX

DESDE aquel día, tan memorable en el segundo sitio como el de las Eras en el primero, empezó el gran trabajo, el gran frenesí, la exaltación ardiente, en que vivieron por espacio de mes y medio sitiadores y sitiados. Las salidas verificadas en los primeros dos días de Enero no fueron de gran importancia. Los franceses, concluida la primera paralela, avanzaban en zig-zag para abrir la segunda, y con tanta actividad trabajaron en ella, que bién pronto vimos amenazadas nuestras dos mejores posiciones del Mediodía, San José y el reducto del Pilar, por imponentes baterías de sitio, cada una con diez y seis cañones. Excusado es decir que no cesábamos en mortificarles, ya enviándoles un incesante fuego, ya sorprendiéndoles con audaces escaramuzas; pero así y todo, Junot, que por aquellos días sustituyó á Moncey, llevaba adelante los trabajos con mucha diligencia.

Nuestro batallón continuaba en el reducto, obra levantada en la cabecera del puente de la Huerva y á la parte de fuera. El radio de sus fuegos abrazaba una extensión considerable, cruzándose con los de San José. Las baterías de los Mártires, del Jardín Botánico y de la torre del Pino, más internadas en el recinto de la ciudad, tenían ménos importancia que aquellas dos sólidas posiciones avanzadas, y le servían de auxiliares. Nos acompañaban en la guarnición muchos voluntarios zaragozanos, algunos soldados del resguardo y varios paisanos armados, de los que espontáneamente se adherían al cuerpo más de su gusto. Ocho cañones tenía el reducto. Era su jefe D. Domingo Larripa; mandaba la artillería D. Francisco Betbezé, y hacía de jefe de ingenieros el gran Simonó, oficial de

este distinguido cuerpo, y hombre de tal condición, que se le puede citar como modelo de buenos militares, así en el valor como en la pericia.

Era el reducto una obra, aunque de circunstancias, bastante fuerte, y no carecía de ningún requisito material para ser bién defendida. Sobre la puerta de entrada, al extremo del puente, habían puesto sus constructores una tabla con la siguiente inscripción: *Reducto inconquistable de Nuestra Señora del Pilar. ¡Zaragozanos: morir por la Virgen del Pilar ó vencer!*

Allí dentro no teníamos alojamiento, y aunque la estación no era muy cruda, lo pasábamos bastante mal. El aprovisionamiento de boca se hacía por una junta encargada de la administración militar; pero esta junta, á pesar de su celo, no podía atendernos de un modo eficaz. Por nuestra fortuna, y para honor de aquel magnánimo pueblo, de todas las casas vecinas nos mandaban diariamente lo mejor de sus provisiones, y frecuentemente éramos visitados por las mismas mujeres caritativas que desde la acción del 31 se habían encargado de cuidar en su propio domicilio á nuestros pobres heridos.

No sé si he hablado de Pirli. Pirli era un muchacho de los arrabales, labrador, como de veinte años, y de condición tan festiva, que los lances peligrosos desarrollaban en él una alegría nerviosa y febril. Jamás le ví triste: acometía á los franceses cantando, y cuando las balas silbaban en torno suyo, sacudía manos y piés, haciendo mil grotescos gestos y cabriolas. Llamaba al fuego graneado *pedrisco*, á las balas de cañón *las tortas calientes*, á las granadas *las señoras*, y á la pólvora *la harina negra*, usando además otros terminachos de que no hago memoria en este momento. Pirli, aunque poco formal, era un cariñoso compañero.

No sé si he hablado del tio Garcés. Era éste un hombre de cuarenta y cinco años, natural de Garrapinillos, fortísimo, atezado, con semblante curtido y miembros de acero, ágil cual ninguno en los movimientos, é imperturbable como una máquina ante el fuego; poco hablador y bastante desvergonzado cuando hablaba, pero con cierto gracejo en su garrulería. Tenía una pequeña hacienda en los alrededores y casa muy modesta; mas con sus propias manos había arrasado la casa y puesto por tierra los perales, para quitar defensas al enemigo. Oí contar de él mil proezas hechas en el primer sitio, y ostentaba bordado en la manga derecha el *escudo de premio y distinción* de 16 de Agosto. Vestía tan mal, que casi iba medio desnudo, no porque careciera de traje, sino por no haber tenido tiempo para ponérselo. Él y otros como él fueron, sin duda, los que inspiraron la célebre frase de que antes he hecho mención. Sus carnes sólo se vestían

de gloria. Dormía sin abrigo y comía ménos que un anacoreta, pues con dos pedazos de pan acompañados de un par de mordiscos de cecina, dura como cuero, tenía bastante para un día. Era hombre algo meditabundo, y cuando observaba los trabajos de la segunda paralela, decía, mirando á los franceses:—*Gracias á Dios que se acercan, ¡cuerno!... ¡Cuerno! esta gente le acaba á uno la paciencia.*

—¿Qué prisa tiene usted, tío Garcés?—le decíamos.

—¡Recuerno! Tengo que plantar los árboles otra vez antes que pase el invierno—contestaba,—y para el mes que entra quisiera volver á levantar la casita.

En resumen, el tío Garcés, como el reducto, debía llevar un cartel en la frente que dijera: *Hombre inconquistable.*

Pero ¿quién viene allí, avanzando lentamente por la hondonada de la Huerva, apoyándose en un grueso bastón, y seguido de un perrillo travieso, que ladra á todos los transeuntes por pura fanfarronería y sin intención de morderles? Es el padre fray Mateo del Busto, lector y calificador de la orden de Mínimos, capellán del segundo tercio de voluntarios de Zaragoza, insigne varón, á quien, á pesar de su ancianidad, se vió durante el primer sitio en todos los puestos de peligro socorriendo heridos, auxiliando



El tío Garcés.

moribundos, llevando municiones á los sanos y animando á todos con el acento de su dulce palabra.

Al entrar en el reducto, nos mostró una cesta grande y pesada que trabajosamente cargaba, y en la cual traía algunas vituallas algo mejores que las de nuestra ordinaria mesa.

—Estas tortas—dijo, sentándose en el suelo y sacando uno por uno los

objetos que iba nombrando,—me las han dado en casa de la excelentísima señora condesa de Bureta, y esta en casa de D. Pedro Ric. Aquí to-neis también un par de lonjas de jamón, que son de mi convento, y se destinaban al padre Loshollos, que está muy enfermito del estómago; pero él, renunciando á este regalo, me lo ha dado para traéroslo. ¿Á ver qué os parece esta botella de vino? ¿Cuánto darían por ella los gabachos que tenemos en frente?

Todos miramos hácia el campo. El perrillo, saltando denodadamente á la muralla, empezó á ladrar á las líneas francesas.

—También os traigo un par de libras de orejones, que se han conservado en la despensa de nuestra casa. Íbamos á ponerlos en aguardiente; pero primero que nadie sois vosotros, valientes muchachos. Tampoco me he olvidado de tí, querido Pirli—añadió, volviéndose al muchacho de este nombre,—y como estás casi desnudo y sin manta, te he traído un magnífico abrigo. Mira este lío. Pues es un hábito viejo que tenía guardado para darlo á un pobre; ahora te lo regalo para que cubras y abrigues tus carnes. Es vestido impropio de un soldado; pero si el hábito no hace al monje, tampoco el uniforme hace al militar. Póntelo y estarás muy holgadamente con él.

El fraile dió á nuestro amigo su lío, y éste se puso el hábito entre risas y jácara de una y otra parte, y como conservaba aún, llevándolo constantemente en la cabeza, el alto sombrero de piel que el día 31 había cogido en el campamento enemigo, hacía la figura más extraña que puede imaginarse.

Poco después llegaron algunas mujeres también con cestas de provisiones. La aparición del sexo femenino transformó de súbito el aspecto del reducto. No sé de dónde sacaron la guitarra; lo cierto es que la sacaron de alguna parte: uno de los presentes empezó á rasguear graciosamente los compases de la incomparable, de la divina, de la inmortal jota, y en un momento se armó gran jaleo de baile. Pirli, cuya grotesca figura empezaba en ingeniero francés y acababa en fraile español, era el más exaltado de los bailarines, y no se quedaba atrás su pareja, una muchacha graciosísima, vestida de serrana, y á quien desde el primer momento oí que llamaban Manuela. Representaba veinte ó veintidos años, y era delgada, de tez pálida y fina. La agitación del baile inflamó bién pronto su rostro, y por grados avivaba sus movimientos, insensible al cansancio. Con los ojos medio cerrados, las mejillas enrojecidas, agitando los brazos al compás de la grata cadencia, sacudiendo con graciosa presteza las faldas, cambiando de lugar con ligerísimo paso, presentándose era de frente

ora de espaldas, Manuela nos tuvo encantados durante largo rato. Viendo su ardor coreográfico, más se animaban el músico y los demás bailarines, y con el entusiasmo de éstos aumentábase el suyo, hasta que al fin, cortado el aliento y rendida de fatiga, aflojó los brazos y cayó sentada en tierra sin respiración y encendida como la grana.

Pirli se puso junto á ella, y al punto formóse un corrillo cuyo centro era la cesta de provisiones.

—Á ver qué nos traes, Manuelilla—dijo Pirli.—Si no fuera por tí y el padre Busto, que está presente, nos moriríamos de hambre. Y si no fuera por este poco de baile con que quitamos el mal gusto de *las tortas calientes* y de *las señoras*, ¡qué sería de estos pobres soldados!

—Os traigo lo que hay—repuso Manuela, sacando las provisiones.—Queda poco, y si esto dura comereis ladrillos.

—Comeremos metralla amasada con harina negra—dijo Pirli.—Manuelilla, ¿ya se te ha quitado el miedo á los tiros?

Al decir esto, tomó con presteza su fusil, disparándolo al aire. La muchacha dió un grito y sobresaltada huyó de nuestro grupo.

—No es nada, hija—dijo el fraile.—Las mujeres valientes no se asustan del ruido de la pólvora, antes al contrario, deben encontrar en él tanto agrado como en el son de las castañuelas y bandurrias.

—Cuando oigo un tiro—dijo Manuela, acercándose llena de miedo,—no me queda gota de sangre en las venas.

En aquel instante los franceses, que sin duda querían probar la artillería de su segunda paralela, dispararon un cañón, y la bala vino á rebotar contra la muralla del reducto, haciendo saltar en pedazos mil los deleznales ladrillos.

Levantáronse todos á observar el campo enemigo; la serrana lanzó una exclamación de terror, y el tío Garcés púsose á dar gritos desde una tronera contra los franceses, prodigándoles los más insolentes vocablos, acompañados de mucho *cuerno* y *recuerno*. El perrillo, recorriendo la cortina de un extremo á otro, ladraba con exaltada furia.

—Manuela, echemos otra jota al son de esta música, y ¡viva la Virgen del Pilar!—exclamó Pirli, saltando como un insensato.

Manuela, impulsada por la curiosidad, alzábase lentamente, alargando el cuello para mirar el campo por encima de la muralla. Luégo al extender los ojos por la llanura, parecía disiparse poco á poco el miedo en su espíritu pusilánime, y al fin la vimos observando la línea enemiga con cierta serenidad y hasta con un poco de complacencia.

—Uno, dos, tres cañones—dijo, contando las bocas de fuego que á lo

lejos se divisaban.—Vamos, chicos, no tengais miedo. Eso no es nada para vosotros.

Oyóse hácia San José estrépito de fusilería, y en nuestro reducto sonó



el tambor, mandando tomar las armas. Del fuerte cercano había salido una pequeña columna que se tiroteaba de lejos con los trabajadores franceses. Algunos de éstos, corriéndose hácia su izquierda, parecían próxi-

mos á ponerse al alcance de nuestros fuegos; corrimos todos á las aspílleras, dispuestos á enviarles un poco de *pedrisco*, y sin esperar la orden del jefe, algunos dispararon sus fusiles con gran algazara. Huyeron en tanto por el puente y hácia la ciudad todas las mujeres, excepto Manuela. ¿El miedo le impedía moverse? No: su miedo era inmenso y temblaba, dando diente con diente, desfigurado el rostro por repentina amarillez; pero una curiosidad irresistible la retenía en el reducto, y fijaba los atónitos ojos en los tiradores y en el cañón, que en aquel instante iba á ser disparado.

—Manuela—le dijo Agustín.—¿No te vas? ¿No te causa temor esto que estás mirando?

La serrana, con la atención fija en aquel espectáculo, asombrada, trémula, con los labios blancos y el pecho palpitante, ni se movía ni hablaba.

—Manuelilla—dijo Pirli, corriendo hácia ella,—toma mi fusil y páralo.

Contra lo que esperábamos, Manuelilla no hizo movimiento alguno de terror.

—Tómalo, prenda—añadió Pirli, haciéndole tomar el arma;—pon el dedo aquí, apunta afuera y tira. ¡Viva la segunda artillera Manuela Sancho y la Virgen del Pilar!

La serrana tomó el arma, y á juzgar por su actitud y el estupor inmenso revelado en su mirar, parecía que ella misma no se daba cuenta de su acción. Pero alzando el fusil con mano temblorosa, apuntó hácia el campo, tiró del gatillo é hizo fuego.

Mil gritos y ardientes aplausos acogieron este disparo, y Manuela soltó el arma. Estaba radiante de satisfacción, y el júbilo encendió de nuevo sus mejillas.

—¿Ves? ya has perdido el miedo—dijo el mínimo. Si á estas cosas no hay como tomarlas el gusto. Lo mismo debieran hacer todas las zaragozanas, y de ese modo la Agustina y Casta Álvarez fueron una gloriosa excepción entre las de su sexo.

—Venga otro fusil—exclamó la serrana,—que quiero tirar otra vez.

—Se han marchado ya, prenda. ¿Te ha sabido á bueno?—dijo Pirli, preparándose á hacer desaparecer algo de lo que contenían las cestas.—Mañana, si quieres, estás convidada á un poco de *torta caliente*. Ea, sentémonos, y á comer.

El fraile, llamando á su perrillo, le decía:

—Basta, hijo, no ladres tanto, ni lo tomes tan á pechos, que vas á quedarte ronco. Guarda ese arrojo para mañana: por hoy no hay en qué em-

plearlo, pues, si no me engaño, van á toda prisa á guarecerse detrás de sus parapetos.

En efecto, la escaramuza de los de San José había concluído, y por el momento no teníamos franceses á la vista. Un rato después sonó de nuevo la guitarra, y regresando las mujeres, comenzaron los dulces vaivenes de la jota, con Manuela Sancho y el gran Pirli en primera línea.



X

QUANDO desperté al amanecer del día siguiente, ví á Montoria, que se paseaba por la muralla.

—Creo que va á empezar el bombardeo—me dijo.—Se nota gran movimiento en la línea enemiga.

—Empezarán por batir este reducto—indiqué yo, levantándome con pereza.—¡Qué feo está el cielo, Agustín! El día amanece muy triste.

—Creo que atacarán por todas partes á la vez, pues tienen hecha su segunda paralela. Ya sabes que Napoleón, hallándose en París, al saber la resistencia de esta ciudad en el primer sitio, se puso furioso contra Lefebvre Desnouettes, porque había embestido la plaza por el Portillo y la Aljafería. Luégo pidió un plano de Zaragoza; se lo dieron, é indicó que la ciudad debía ser atacada por Santa Engracia.

—¿Por aquí? Pronto lo veremos. Mal día se nos prepara si se cumplen las órdenes de Napoleón. Dime, ¿tienes por ahí algo que comer?

—No te lo enseñé antes porque quise sorprenderte—me dijo, mostrándome un cesto que servía de sepulcro á dos aves asadas fiambres, con algunas confituras y conservas finas.

—¿Lo has traído anoche?... Ya. ¿Cómo pudiste salir del reducto?

—Pedí licencia al jefe, y me la concedió por una hora. Mariquilla tenía preparado este festín. Si el tío Candiola sabe que dos de las gallinas de su corral han sido muertas y asadas para regalo de los defensores de la ciudad, se lo llevarán los demonios. Comamos, pues, Sr. Araceli, y esperemos ese bombardeo... ¡Eh! ¡Aquí está... una bomba, otra, otra!...

Las ocho baterías que embocaban sus tiros contra San José y el reducto del Pilar, empezaron á hacer fuego; ¡pero qué fuego! ¡Todo el mun-

do á las troneras, ó al pié del cañón! ¡Fuera almuerzos, fuera desayunos, fuera melindres! Los aragoneses no se alimentan sino de gloria. El fuerte inconquistable contestó al insolente sitiador con orgulloso cañoneo, y bién pronto el gran aliento de la patria dilató nuestros pechos. Las balas rasas, rebotando en la muralla de ladrillo y en los parapetos de tierra, destrozaban el reducto, cual si fuera un juguete apedreado por un niño; las granadas, cayendo entre nosotros, reventaban con estrépito, y las bombas, pasando con pavorosa majestad sobre nuestras cabezas, iban á caer en las calles y en los techos de las casas.

¡Á la calle todo el mundo! No haya gente cobarde ni ociosa en la ciudad. Los hombres á la muralla, las mujeres á los hospitales de sangre, los chiquillos y los frailes á llevar municiones. No se haga caso de esas terribles masas inflamadas que agujerean los techos, penetran en las habitaciones, abren las puertas, horadan los pisos, bajan al sótano, y al reventar desparraman las llamas del Infierno en el hogar tranquilo, sorprendiendo con la muerte al anciano inválido en su lecho y al niño en su cuna. Nada de esto importa. Á la calle todo el mundo, y con tal que se salve el honor, perezca la ciudad, y la casa, y la iglesia, y el convento, y el hospital, y la hacienda, que son cosas terrenas. Los zaragozanos, despreciando los bienes materiales como desprecian la vida, viven con el espíritu en los infinitos espacios de lo ideal.

En los primeros momentos nos visitó el capitán general, con otras muchas personas distinguidas, tales como D. Mariano Cereso (*), el cura Sas, el general O'Neilly, San Genis y D. Pedro Ric. También estuvo allí el bravo, generoso y campechano D. José de Montoria, que abrazó á su hijo, diciéndole:—“Hoy es día de vencer ó morir. Nos veremos en el Cielo.” Tras de Montoria se nos presentó D. Roque, el cual estaba hecho un valiente, y como empleado en el servicio sanitario, desde antes que existieran heridos, había comenzado á desplegar de un modo febril su actividad, y nos mostró un mediano montón de hilas. Varios frailes se mezclaron asimismo entre los combatientes durante los primeros disparos, exhortándonos con un furor místico, inspirado en el libro de los Macabeos.

Á un mismo tiempo y con igual furia atacaban los franceses el reducto del Pilar y el fortín de San José. Éste, aunque ofrecía un aspecto más formidable, había de resistir ménos, quizás por presentar mayor blanco al fuego enemigo. Pero allí estaba Renovales con los voluntarios de Huesca, los voluntarios de Valencia, algunos guardias walonas y varios

(*) Se llamaba Cereso y no Cerezo, como en muchas historias se estampa, y aún en el letrero de la calle que en Zaragoza lleva su nombre.

individuos de milicias de Soria. El gran inconveniente de aquel fuerte



consistía en estar construido al amparo de un vasto edificio, que la artillería enemiga convertía paulatinamente en ruinas; y desplomándose de rato en rato pedazos de paredón, muchos defensores morían aplastados. Nosotros estábamos mejor; sobre nuestras cabezas no teníamos más que cielo, y si ningún techo nos guarecía de las bombas, tampoco se nos echaban encima masas de piedra y ladrillo. Batían la muralla por el frente y los costados, y era un dolor ver cómo aquella frágil masa se desmoronaba, poniéndonos al descubierto. Sin embargo, después de cuatro

horas de fuego incesante con poderosa artillería, apenas pudieron abrir una brecha practicable.

Así pasó todo el día 10, sin ventaja alguna para los sitiadores por nuestro lado. Sin embargo, desde la mozárabe torre de San Miguel de los Navarros, que nos servía de atalaya, vimos que hacía San José habían logrado acercarse y abrir una

brecha espantosa, lo cual, unido al estado ruinoso del edificio, anunciaba la dolorosa necesidad de su rendición. No obstante, mientras el fuerte no estuviese reducido á polvo y muertos ó heridos sus defensores, había esperanza. Renováronse allí las tropas, porque los batallones que trabajaban desde por la mañana estaban diezmados, y cuando anocheció, después de abierta la brecha é intentado sin fruto un asalto, aún se sostuvo

Renovales sobre las ruinas empapadas en sangre, entre montones de cadáveres y con la tercera parte tan sólo de su artillería.

No interrumpió la noche el fuego, antes bien siguió con encarnizamiento en los dos puntos. Nosotros habíamos tenido buen número de muertos y muchos heridos. Éstos eran al punto recogidos y llevados á la ciudad por los frailes y las mujeres; pero aquéllos aún prestaban el último servicio con sus helados cuerpos, porque estóicamente los arrojábamos á la brecha abierta, que luego se acababa de tapar con sacos de lana y tierra.

Durante la noche no descansamos ni un solo momento, y la mañana del 11 nos vió poseídos del mismo frenesí, ya apuntando las piezas contra la trinchera enemiga, ya acribillando á fusilazos á los pelotones que venían á flanquearnos, sin abandonar ni un instante la operación de tapar la brecha, que de hora en hora iba agrandando su horroroso espacio vacío. Así nos sostuvimos toda la mañana, hasta el momento en que dieron el asalto á San José, ya convertido en un montón de ruinas y con gran parte de su guarnición muerta. Aglomerando contra los dos puntos numerosas fuerzas, mientras caían sobre el convento, dirigieron sobre nosotros un atrevido movimiento; y fué que con objeto de hacer practicable la brecha que nos habían abierto, avanzaron por el camino de Torrero con dos cañones de batalla, protegidos por una columna de infantería.

En aquel instante nos consideramos perdidos: temblaron los endebles muros, y los ladrillos mal pegados se desbarataban en mil pedazos. Acudimos á la brecha, que se abría y se abría cada vez más, y nos abrasaron con fuego espantoso, porque viendo que el reducto se deshacía pedazo á pedazo, cobraron ánimo, llegando al borde mismo del foso. Era una locura tratar de tapar aquel hueco formidable; y hacerlo á pecho descubierto era ofrecer víctimas sin fin al furioso enemigo. Abalanzáronse muchos con sacos de lana y paletadas de tierra, y más de la mitad quedaron yertos en el sitio. Cesó el fuego de cañón, porque ya parecía innecesario; hubo un momento de pánico indefinible; se nos caían los fusiles de las manos; nos vimos destrozados, deshechos, aniquilados por aquella lluvia de disparos que parecían incendiar el aire, y nos olvidamos del honor, de la muerte gloriosa, de la patria y de la Virgen del Pilar, cuyo nombre decoraba la puerta del baluarte inconquistable. La confusión más espantosa reinó en nuestras filas. Rebajado de improviso el nivel moral de nuestras almas, todos los que no habíamos caído, deseamos unánimemente la vida, y saltando por encima de los heridos y pisoteando los cadáveres

huimos hácia el puente, abandonando aquel horrible sepulcro antes que se cerrara enterrándonos á todos.

En el puente nos agolpamos con pavor y desórden invencibles. Nada hay más frenético que la cobardía: sus vilezas son tan vehementes como las sublimidades del valor. Los jefes nos gritaban:—"Atrás, canallas. El reducto del Pilar no se rinde." Y al mismo tiempo sus sables azotaron de plano nuestras viles espaldas. Nos revolvimos en el puente sin poder avanzar, porque otras tropas venían á contenernos, y tropezamos unos con otros, confundiendo la furia de nuestro miedo con el ímpetu de su bravura.

—¡Atrás, canallas!—gritaban los jefes, abofeteándonos.—¡Á morir en la brecha!

El reducto estaba vacío: no había más que muertos y heridos. De repente vimos que entre el denso humo y el espeso polvo, y saltando sobre los exánimes cuerpos, y los montones de tierra, y las ruinas, y las cureñas rotas, y el material deshecho, avanzaba una figura impávida, pálida, grandiosa, imagen de la serenidad trágica; era una mujer que se había abierto paso entre nosotros, y penetrando en el recinto abandonado, marchaba majestuosa hasta la horrible brecha. Pirli, que yacía en el suelo, herido en una pierna, exclamó con terror:

—Manuela Sancho, ¿á dónde vas?

Todo esto pasó en mucho ménos tiempo del que empleo en contarlo. Tras de Manuela Sancho se lanzó uno, luego tres, luego muchos, y al fin todos los demás, azuzados por los jefes que, á sablazos, nos llevaron otra vez al puesto del deber. Ocurrió esta transformación portentosa por un simple impulso del corazón de cada uno, obedeciendo á sentimientos que se comunicaban á todos, sin que nadie supiera de qué misterioso foco procedían.

Ni sé por qué fuimos cobardes, ni sé por qué fuimos valientes unos cuantos segundos después. Lo que sé es que, movidos todos por fuerza extraordinaria, poderosísima, sobrehumana, nos lanzamos á la brecha tras la heroica mujer, á punto que los franceses intentaban con escalas el asalto; y sin que tampoco sepa decir la causa, nos sentimos con centuplicadas fuerzas, y aplastamos, arrojándoles en lo profundo del foso, á aquellos hombres de algodón, que antes nos parecieron de acero. Á tiros, á sablazos, con granadas de mano, á paletadas, á golpes, á bayonetazos; murieron muchos de los nuestros para servir de defensa á los demás con sus fríos cuerpos; defendimos el paso de la brecha, y los franceses se retiraron, dejando mucha gente al pié de la muralla. Volvieron á



hacer fuego los cañones, y el reducto inconquistable no cayó el día 11 en poder de la Francia.

Cuando la tempestad de fuego se calmó, no nos conocíamos: estábamos transfigurados, y algo nuevo y desconocido palpitaba en lo íntimo de nuestras almas, dándonos una ferocidad inaudita. Al día siguiente decía Palafox con mucha elocuencia: *Las bombas, las granadas y las balas no mudan el color de nuestros semblantes, ni toda la Francia lo alteraría.*



XI

El fuerte de San José se había rendido, mejor dicho, los franceses entraron en él cuando la artillería lo hubo reducido á polvo, y cuando yacían entre los escombros uno por uno todos sus defensores. Los imperiales, al penetrar, encontraron inmenso número de cuerpos destrozados, y montones de tierra y guijarros amasados con sangre. No podían aún establecerse allí, porque eran flanqueados por la batería de los Mártires y la del Jardín Botánico, y continuaron las operaciones de zapa para apoderarse de estos dos puntos. Las fortificaciones que conservábamos estaban tan destrozadas, que urgía una composición general, y se dictaron órdenes terribles convocando á todos los habitantes de Zaragoza para trabajar en ellas. La proclama dijo que todos debían llevar el fusil en una mano y la azada en la otra.

El 12 y el 13 se trabajó sin descanso, disminuyendo bastante el fuego, porque los sitiadores, escarmentados, no querían arriesgarse en nuevos golpes de mano, y comprendiendo que aquello era obra de paciencia y estudio, más que de arrojo, abrían despacio y con toda seguridad zanjás y caminos cubiertos que les trajesen á la posesión del reducto sin pérdida de gente. Casi fué preciso hacer de nuevo las murallas, mejor dicho, sustituirlas con sacos de tierra, operación en que, además de toda la tropa, se ocupaban muchos frailes, canónigos, magistrados de la audiencia, chicos y mujeres. La artillería estaba casi inservible, el foso casi cegado, y era preciso continuar la defensa á tiro de fusil. Así nos sostuvimos todo el 13 protegiendo los trabajos de recomposición, padeciendo mucho, y viendo que cada vez mermábamos en número, aunque entraba gente nueva á cubrir las considerables bajas. El 14 la artillería enemiga empezó á

desbaratar de nuevo nuestra muralla de sacos, abriéndonos brechas por el frente y los costados; mas no se atrevían á intentar un nuevo asalto, contentándose con seguir abriendo su zanja en tal dirección, que no podíamos de modo alguno enfilarla con nuestro fuego, ni con los de las baterías inmediatas.

El valeroso, el provocativo fuerte de tierra, iba á estar bién pronto bajo los fuegos cubiertos de baterías cercanas, que arrojarían á los cuatro vientos el polvo de que estaba formado. En esta situación le era forzoso rendirse más tarde ó más temprano, pues se hallaba á merced de los tiros del francés, como un barco á merced de las olas del Océano. Flanqueado por caminos cubiertos y zig-zags, por cuyos huecos discurría sin peligro un enemigo inteligente y lleno de fuerza material y con todos los recursos de la ciencia, el baluarte era como un hombre cercado por un ejército. No teníamos cañones servibles, ni podíamos traer otros nuevos, porque las murallas no los hubieran resistido.

Nuestro único recurso era minar el reducto para volarlo en el momento en que entraran en él los franceses, y destruir también el puente para impedir que nos persiguieran. Así se hizo, y durante la noche del 14 al 15 trabajaban sin descanso en la mina, y pusimos los hornillos del puente, esperando que los enemigos se echasen encima al día siguiente por la mañana. Con todo, no fué así, porque no atreviéndose á dar un asalto sin todas las precauciones y seguridades posibles, continuaron sus trabajos de zapa hasta muy cerca del foso. En esta faena, nuestra infatigable fusilería les hacía poco daño. Estábamos desesperados; pero sin poder hacer nada, sin que la misma desesperación nos sirviera para la defensa. Era una fuerza inútil, como la cólera de un loco en su jaula.

Desclavamos también el tablón que decía *Reducto inconquistable*, para llevarnos aquel testimonio de nuestra justificada jactancia, y al anochecer fué abandonado el fuerté, quedando sólo cuarenta hombres para custodiarlo hasta el fin y *matar lo que se pudiera*, como decía nuestro capitán, pues no debía perderse ninguna ocasión de hacer un par de bajas al enemigo. Desde la torre del Pino presenciábamos la retirada de los cuarenta, á eso de las ocho de la noche, después de haberla emprendido á bayonetazos con los ocupadores y batiéndose en retirada con bravura. La mina del interior del reducto hizo muy poco efecto; pero los hornillos del puente desempeñaron tan bién su cometido, que el paso quedó roto y el reducto aislado en la otra orilla de la Huerva. Adquirido este sitio y San José, los franceses tenían el apoyo suficiente para abrir su tercera paralela y batir cómodamente todo el circuito de la ciudad.

Estábamos tristes, y un poco, un poquillo desanimados. ¿Pero qué importaba un decaimiento momentáneo, si al día siguiente tuvimos una fiesta divertidísima? Después de batirse uno como un frenético, no venía



mal algo de jolgorio y bullanga, precisamente cuando faltaba tiempo para enterrar los muchos muertos y acomodar en las casas el inmenso número de heridos. Verdad es que para todo había manos, gracias á Dios; y el motivo de la general alegría fué que empezaron á circular noticias

estupendas sobre ejércitos españoles que venían á socorrernos, sobre derrotas de los franceses en distintos puntos de la Península y otras zarandajas.

Agolpábase el pueblo en la plaza de la Seo, ó frente al arco de la Magdalena, esperando que saliese la *Gaceta*, y al fin salió á regocijar los ánimos y hacer palpar de esperanza todos los corazones. No sé si efectivamente llegaron á Zaragoza tales noticias, ó si les sacó de su cacúmen el redactor principal, que era D. Ignacio Asso: lo cierto es que en letras de molde se nos dijo que Reding venía á socorrernos con un ejército de sesenta mil hombres; que el marqués de Lazán, después de derrotar á la canalla en el Norte de Cataluña, había entrado en Francia *llevando el espanto por todas partes*; que también venía en nuestro auxilio el duque del Infantado; que entre Blake y la Romana habían derrotado á Napoleón, *matándole veinte mil hombres*, incluso Berthier, Ney y Savary, y que á Cádiz habían llegado *diez y seis millones de duros*, enviados por los ingleses para gastos de guerra. ¿Qué tal? ¿Se explicaba la *Gaceta*?

Á pesar de ser tantas y tan gordas, nos las tragamos, y allí fueron las demostraciones de alegría, el repicar campanas, y el correr por las calles cantando la jota, con otros muchos excesos patrióticos que por lo ménos tenían la ventaja de proporcionarnos un poco de aquel refrigerio espiritual que necesitábamos. No crean ustedes que por consideración á nuestra alegría había cesado la lluvia de bombas. Muy lejos de eso, aquellos condenados parecían querer mofarse de las noticias de nuestra *Gaceta*, repitiendo la dosis.

Sintiendo un deseo vivísimo de reirnos en sus barbas, fuimos á la muralla, y allí las músicas de los regimientos tocaron con cierta afectación provocativa, cantando todos en inmenso coro, el famoso tema:


*La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa.*

También ellos estaban para burlas, y arreciaron el fuego de tal modo, que la ciudad recibió en ménos de dos horas mayor número de proyectiles que en el resto del día. Ya no había asilo seguro; ya no había un palmo de suelo ni de techo libre de aquel satánico fuego. Huían las familias de sus hogares, ó se refugiaban en los sótanos; los heridos, que abundaban en las principales casas, eran llevados á las iglesias, buscando reposo bajo sus fuertes bóvedas; otros salían arrastrándose; algunos más ágiles

llevaban á cuestas sus propias camas. Los más se acomodaban en el Pilar, y después de ocupar todo el pavimento, tendíanse en los altares y obstruían las capillas. Á pesar de tantos infortunios, se consolaban con mirar á la Virgen, la cual sin cesar, con el lenguaje de sus brillantes ojos, les estaba diciendo *que no quería ser francesa*.



XII

 I batallón no tomó parte en las salidas de los días 22 y 24, ni en la defensa del Molino de aceite y de las posiciones colocadas á espaldas de San José, hechos gloriosos en que se perdió bastante gente, pero donde se les sentó la mano con firmeza á los franceses. Y no era porque éstos se descuidaran en tomar precauciones, pues en la tercera paralela, desde la embocadura de la Huerva hasta la puerta del Cármén, colocaron cincuenta cañones, los más de grueso calibre, dirigiendo sus bocas con mucho arte contra los puntos más débiles. De todo esto nos reíamos ó aparentábamos reirnos, como lo prueba la vanagloriosa respuesta de Palafox al mariscal Lannes (que desde el 22 se puso al frente del ejército sitiador), en la cual le decía: *“La conquista de esta ciudad „hará mucho honor al señor mariscal si la ganase á cuerpo descubierto, „no con bombas y granadas, que sólo aterran á los cobardes.”*

Por supuesto, en cuanto pasaron algunos días se conoció que los refuerzos esperados y los poderosos ejércitos que venían á libertarnos eran puro humo de nuestras cabezas, y principalmente de la del diarista que en tales cosas se entretenía. No había tales auxilios, ni ejércitos de ninguna clase andaban cerca para ayudarnos.

Yo comprendí bien pronto que lo publicado en la *Gaceta* del 16 era una filfa, y así lo dije á D. José de Montoria y á su mujer, los cuales en su optimismo atribuyeron mi incredulidad á falta de sentido común. Yo había ido con Agustín y otros amigos á la casa de mis protectores para ayudarles en una tarea que les traía muy apurados, pues destruído por las bombas parte del techo y amenazada de ruina una pared maestra, es-

taban mudándose á toda prisa. El hijo mayor de Montoria, herido en la acción del Molino de aceite, se había albergado con su mujer é hijo en el sótano de una casa inmediata, y Doña Leocadia no daba paz á los piés y á las manos para ir y venir de un sitio á otro, trayendo y llevando lo que era menester.

—No puedo fiarme de nadie—me decía.—Mi genio es así. Aunque tengo criados, no quedo contenta si no lo hago todo yo misma. ¿Qué tal se ha portado mi hijo Agustín?

—Como quien es, señora—le contesté.—Es un valiente muchacho, y su disposición para las armas es tan grande, que no me asombraría verle de general dentro de un par de años.

—¡General ha dicho usted!—exclamó con sorpresa.—Mi hijo va á cantar misa en cuanto se acabe el sitio, pues ya sabe usted que para eso le hemos criado. Dios y la Virgen del Pilar le saquen en bién de esta guerra, que lo demás irá por sus pasos contados. Los padres del Seminario me han asegurado que veré á mi hijo con su mitra en la cabeza y su báculo en la mano.

—Así será, señora, no lo pongo en duda. Pero al ver cómo maneja las armas, no puede acostumbrarse uno á considerar que con aquella misma mano que tira del gatillo ha de echar bendiciones.

—Verdad es, Sr. de Araceli; y yo siempre he dicho que á la gente de iglesia no le cae bién esto del gatillo; pero qué quiere usted... Ahí tenemos hechos unos guerreros que dan miedo á D. Santiago Sas, á D. Manuel Lasartesa, al beneficiado de San Pablo, D. Antonio La Casa, al teniente cura de la parroquia de San Miguel de los Navarros, D. José Martinez, y también á D. Vicente Casanova, que tiene fama de ser el primer teólogo de Zaragoza. Pues los demás lo hacen, guerree también mi hijo, aunque supongo que él estará rabiando por volver al Seminario y meterse en la balumba de sus estudios. Y no crea usted... últimamente estaba estudiando en unos libros tan grandes, tan grandes, que pesan dos quintales. Válgame Dios con el chico. Yo me quedo boba cuando recita una cosa larga, muy larga, toda en latín por supuesto, y que debe ser algo de nuestro divino Señor Jesucristo y el amor que tiene á su Iglesia, porque hay mucho de *amorem* y de *formosa*, y *pulcherrima*, *inflammavit* y otras palabrillas por el estilo.

—Justamente—le respondí;—y se me figura que lo que recita es el libro cuarto de una obra eclesiástica, que llaman la *Eneida*, que escribió un tal Fray Virgilio, de la orden de Predicadores, y en cuya obra se habla mucho del amor que Jesucristo tiene á su Iglesia.

—Eso debe ser—repuso Doña Leocadia.—Ahora, Sr. de Araceli, veamos si me ayuda usted á bajar esta mesa.

—Con mil amores, señora mia; la llevaré yo solo—contesté, cargando el mueble, á punto que entraba D. José de Montoria echando porras y cuernos por su bendita boca.

—¿Qué es esto, porra?—exclamó.—¡Los hombres ocupados en faenas de mujer! Para mudar muebles y trastos no se le ha puesto á usted un fusil en la mano, Sr. de Araceli. Y tú, mujer, ¿para qué distraes de este modo á los hombres que hacen falta en otro lado? Tú y las chicas ¡porra! ¿no podeis bajar los muebles? Sois de pasta de requeson. Mira, por la calle abajo va la condesa de Bureta con un colchón á cuestas, mientras sus dos doncellas transportan un soldado herido en una camilla.

—Bueno—dijo Doña Leocadia,—para eso no es menester tanto ruido.

Váyanse fuera, pues, los hombres. Á la calle todo el mundo, y déjennos solas. Afuera tú también, Agustín, hijo mio, y Dios te conserve sano en medio de este infierno.

—Hay que transportar veinte sacos de harina del convento de Trinitarios al almacén de la junta de abastos—dijo Montoria.—Vamos todos.

Y cuando llegamos á la calle añadió:

—La mucha tropa que hay dentro de Zaragoza, hará que pronto no podamos dar sino media ración. Verdad es, amigos míos, que hay muchos víveres escondidos, y aunque se ha mandado que todo el mundo declare lo que tiene, muchos no hacen caso, y están acaparando para vender á precios fabulosos. ¡Mal pecado! Si les descubro y caen bajo mis manos, les haré entender quién es Montoria, presidente de la junta de abastos.

Llegábamos á la parroquia de San Pablo, cuando nos salió al encuentro el padre fray Mateo del Busto, que venía muy fatigado, forzando su débil paso, y le acompañaba otro fraile, á quien nombraron el padre Luengo.



—¿Qué noticias nos traen sus paternidades?—les preguntó Montoria.

—Efectivamente, D. Juan Gallart tenía algunas arrobas de embutidos, que pone á disposición de la Junta.

—Y D. Pedro Pizcueta, el tendero de la calle de las Moscas, entrega generosamente sesenta sacos de lana y toda la harina y la sal de sus almacenes—añadió Luengo.

—Pero acabamos de librar con el tío Candiola—dijo el otro fraile,—una batalla, que ni la de las Eras se le compara.

—Pues qué—preguntó D. José con asombro,—¿no ha entendido ese miserable cicatero que le pagaremos su harina, ya que es el único de todos los vecinos de Zaragoza que no ha dado ni un higo para el abastecimiento del ejército?

—Váyale usted con esos sermones al tío Candiola—repuso Luengo.—Ha dicho terminantemente que no volvamos por allá, si no le llevamos ciento y veinticuatro reales por cada costal de harina, de sesenta y ocho que tiene en su almacén.

—¡Hay infamia igual!—exclamó Montoria, soltando una serie de porras que no copio por no cansar al lector.—¡Con que á ciento veinticuatro reales! Es preciso hacer entender á ese avaro empedernido cuáles son los deberes de un hijo de Zaragoza en estas circunstancias. El capitán general me ha dado autoridad para apoderarme de los abastecimientos que crea necesarios, pagando por ellos la cantidad establecida.

—¿Pues sabe usted lo que dice, Sr. D. José de mis pecados?—indicó Busto.—Pues dice que el que quiera harina que la pague. Dice que si la ciudad no se puede defender, que se rinda, y que él no tiene obligación de dar nada para la guerra, porque él no la ha traído.

—Corramos allá—dijo Montoria lleno de enojo, que dejaba traslucir en el gesto, en la alterada voz, en el semblante demudado y sombrío.—No es esta la primera vez que le pongo la mano encima á ese canalla, lechuzo, chupador de sangre.

Yo iba detrás con Agustín, y observando á éste, le ví pálido y con la vista fija en el suelo. Quise hablarle; pero me hizo señas de que callara, y seguimos esperando á ver en qué pararía aquello. Pronto nos hallamos en la calle de Antón Trillo, y Montoria nos dijo:

—Muchachos, adelantaos, tocad á la puerta de ese insolente judío; echadla abajo si no os abren, entrad y decidle que baje al punto y venga delante de mí, porque quiero hablarle. Si no quiere venir, traedle de una oreja; pero cuidado que no os muerda, que es perro con rabia y serpiente venenosa.

Cuando nos adelantamos, miré de nuevo á Agustín, y le observé lívido y tembloroso.

—Gabriel—me dijo en voz baja,—yo quiero huir... yo quiero que se abra la tierra y me trague. Mi padre me matará, pero yo no puedo hacer lo que nos ha mandado.

—Ponte á mi lado, y haz como que se te ha torcido un pié y no puedes seguir—le contesté.

Y acto continuo los otros compañeros y yo empezamos á dar porrazos en la puerta. Asomóse al punto la vieja por la ventana y nos dijo mil insolencias. Transcurrió un breve rato, y después vimos que una mano muy hermosa levantaba la cortina, dejando ver momentáneamente una cara inmutada y pálida, cuyos grandes y vivos ojos negros dirigieron miradas de terror hácia la calle. Era en el momento en que mis compañeros y los chiquillos que nos seguían gritaban en pavoroso concierto:

—¡Que baje el tío Candiola, que baje ese perro Caifás!

Contra lo que creímos, Candiola obedeció; mas lo hizo creyendo háberselas con el enjambre de muchachos vagabundos que solían darle tales serenatas, y sin sospechar que el presidente de la junta de abastos con dos vocales de los más autorizados estaban allí para hablar de un asunto de importancia. Pronto tuvo ocasión de dar en lo cierto, porque al abrir la puerta, y en el momento de salir, corriendo hácia nosotros con un palo en la mano, y centellando de ira sus feos ojos, encaró con Montoria, y se detuvo amedrentado.

—¡Ah! es usted, Sr. de Montoria—dijo con muy mal talante.—Siendo usted, como es, individuo de la junta de seguridad, ya podría mandar retirar á esta canalla que viene á hacer ruido en la puerta de la casa de un vecino honrado.

—No soy de la junta de seguridad—dijo Montoria,—sino de la de abastos, y por eso vengo en busca del Sr. Candiola y le hago bajar; que no entro yo en esa casa oscura, llena de telarañas y de ratones.

—Los pobres—repuso Candiola con desabrimiento,—no podemos tener palacios como el Sr. D. José de Montoria, administrador de bienes del común y por largo tiempo contratista de arbitrics.

—Debo mi fortuna al trabajo, no á la usura—exclamó Montoria.—Pero acabemos, Sr. D. Jerónimo; vengo por esa harina... ya le habrán enterado á usted estos dos buenos religiosos...

—Sí, la vendo—contestó Candiola con taimada sonrisa;—pero ya no la puedo dar al precio que indicaron esos señores. Es demasiado barato. No la doy ménos de ciento sesenta y dos reales costal de á cuatro arrobas.

—Yo no pido precio—dijo D. José, conteniendo la indignación.

—La junta podrá disponer de lo suyo; pero en mi hacienda no manda nadie más que yo—contestó el avaro,—y está dicho todo... con que cada uno á su casa, que yo me meto en la mía.

—Ven acá, hartos de sangre—exclamó Montoria, asiéndole del brazo y obligándole á dar media vuelta con mucha presteza.—Ven acá, Candiola de mil demorios; he dicho que vengo por la harina, y no me iré sin ella. El ejército defensor de Zaragoza no se ha de morir de hambre, ¡reporra! y todos los vecinos han de contribuir á mantenerlo.

—¡Á mantenerlo, á mantener el ejército!—dijo el avariento, rebosando veneno.—¿Acaso yo lo he parido?

—¡Miserable tacaño! ¿No hay en tu alma negra y vacía ni tanto así de sentimiento patrio?

—Yo no mantengo vagabundos. Pues qué, ¿teníamos necesidad de que los franceses nos bombardearan, destruyendo la ciudad? ¡Maldita guerra! ¿Y quieren que yo les dé de comer? Veneno les daría.

—¡Canalla, sabandijo, polilla de Zaragoza y deshonor del pueblo español!—exclamó mi protector, amenazando con el puño la arrugada cara del avaro.—Más quisiera condenarme, ¡cuerno! quemándome por toda la eternidad en las llamas del Infierno, que ser lo que tú eres, que ser el tío Candiola por espacio de un minuto. Conciencia más negra que la noche, alma perversa, ¿no te avergüenzas de ser el único que en esta ciudad ha negado sus recursos al ejército libertador de la patria? El odio general que por esta vil conducta has merecido, ¿no pesa sobre tí más que si te hubieran echado encima todas las peñas del Moncayo?

—Basta de músicas y déjenme en paz—dijo D. Jerónimo, dirigiéndose á la puerta.

—Ven acá, reptil inmundo—gritó Montoria deteniéndole.—Te he dicho que no me voy sin la harina. Si no la das de grado, como todo buen español, la darás por fuerza, y te la pagaré á razón de cuarenta y ocho reales costal, que es el precio que tenía antes del sitio.

—¡Cuarenta y ocho reales!—exclamó Candiola con expresión rencorosa.—Mi pellejo daría por ese precio antes que la harina. La compré yo más cara. ¡Maldita tropa! ¿Me mantienen ellos á mí, Sr. de Montoria?

—Dale gracias, execrable usurero, porque no han puesto fin á tu vida inútil. La generosidad de este pueblo ¿no te llama la atención? En el otro sitio y cuando pasábamos los mayores apuros por reunir dinero y efectos, tu corazón de piedra permaneció insensible, y ni se te pudo arrancar una camisa vieja para cubrir la desnudez del pobre soldado, ni un pedazo de

pan para matar su hambre. Zaragoza no ha olvidado tus infamias. ¿Recuerdas que después de la acción del 4 de Agosto, se repartieron los heridos por la ciudad, y á tí te tocaron dos, que no lograron traspasar el umbral de esa puerta de la miseria? Yo me acuerdo bién: en la noche del 4 llegaron á tu puerta, y con sus débiles manos tocaron para que les abrieras. Sus ayes lastimosos no conmovían tu corazón de corcho: saliste á la puerta, y golpeándoles con el pié, les lanzaste en medio de la calle, diciendo que tu casa no era un hospital. Indigno hijo de Zaragoza, ¿dónde tienes el alma, dónde tienes la conciencia? Pero tú no tienes alma ni eres hijo de Zaragoza, sino que naciste de un mallorquín con sangre de judío.

Los ojos de Candiola echaban chispas; temblábale la quijada, y con sus dedos convulsos apretaba en la mano derecha el palo que le servía de bastón.

—Sí, tú tienes sangre de judío mallorquín; tú no eres hijo de esta noble ciudad. Los lamentos de aquellos dos pobres heridos ¿no resuenan todavía en tus orejas de murciélago? Uno de ellos, desangrado rápidamente, murió en este mismo sitio en que estamos. El otro, arrastrándose, pudo llegar hasta el Mercado, donde nos contó lo ocurrido. ¡Infame espantajo! ¿No te asombraste de que el pueblo zaragozano no te despedazara en la mañana del 5? Candiola, Candiolla, dame la harina y tengamos la fiesta en paz.

—Montoria, Montorilla—repuso el otro,—con mi hacienda y mi trabajo no engordan los vagabundos holgazanes. ¡Ya! ¡Háblenme á mí de caridad y de generosidad y de interés por los pobres soldados! Los que tanto hablan de esto son unos miserables gorriones que están comiendo á costa de la cosa pública. La junta de abastos no se reirá de mí. ¡Como si no supiéramos lo que significa toda esta música de los socorros para el ejército! Montoria, Montorilla, algo se queda en casa, ¿no es verdad? Buenas cochuras se harán en los hornos de algún patriota con la harina que dan los sandios bobalicones que la junta conoce. ¡Á cuarenta y ocho reales! ¡Lindo precio! ¡Luego en las cuentas que se pasan al capitán general se le ponen como compradas á sesenta, diciendo que *la Virgen del Pilar no quiere ser francesa!*

D. José de Montoria, que ya estaba sofocado y nervioso, luego que oyó lo anterior, perdió los estribos, como vulgarmente se dice, y sin poder contener el primer impulso de su indignación, fuése derecho hácia el tío Candiola con apariencias de aporrearle la cara; mas éste, que sin duda con su hábil mirada estratégica preveía el movimiento y se había prepa-

rado para rechazarlo, tomó rápidamente la ofensiva, arrojándose con salto de gato sobre mi protector, y le echó ambas manos al cuello, clavándole en él sus dedos huesosos y fuertes, mientras apretaba los dientes con tanta violencia cual si tuviera entre ellos la persona entera de su enemigo. Hubo una brevísima lucha, en que Montoria trabajó por deshacerse de aquella zarpa felina que tan súbitamente le había hecho presa, y en un instante vióse que la fuerza nerviosa del avaro no podía nada contra la fuerza muscular del patriota aragonés. Sacudido con violencia por éste, Candiola cayó al suelo como un cuerpo muerto.

Oímos un grito de mujer en la ventana alta, y luégo el chasquido de la celosía al cerrarse. En aquel momento de dramática ansiedad busqué en torno mio á Agustín; pero había desaparecido.

D. José de Montoria, frenético de ira, pateaba con saña el cuerpo del caído, diciéndole al mismo tiempo con voz atropellada y balbuciente:

—Vil ladronzuelo, que te has enriquecido con la sangre de los pobres, ¿te atreves á llamarme ladrón, á llamar ladrones á los de la junta de abastos? Con mil porras, yo te enseñaré á respetar á la gente honrada y agradéceme que no te arranco esa miserable lengua para echarla á los perros.

Todos los circunstantes estábamos mudos de terror. Al fin sacamos al infeliz Candiola de debajo de los piés de su enemigo, y su primer movimiento fué saltar de nuevo sobre él; pero Montoria se había adelantado hácia la casa, gritando:

—Ea, muchachos, entrad en el almacén y sacad los sacos de harina. Pronto, despachemos pronto.

La mucha gente que se bía reunido en la calle impidió al viejo Candiola entrar en su casa. Rodeándole al punto los chiquillos, que en gran número de las cercanías habían acudido, tomá-

ronle por su cuenta. Unos le empujaban hácia adelante; otros hácia atrás; hacíanle trizas el vestido, y los más, tomando la ofensiva desde lejos, le arrojaban en grandes masas el lodo de la calle. En tanto, á los que pene-



tramos en el piso bajo, que era el almacén, nos salió al encuentro una mujer, en quien al punto reconocí á la hermosa Mariquilla, toda demudada, temblorosa, vacilando á cada paso, sin poderse sostener ni hablar, porque el terror la paralizaba. Su miedo era inmenso, y á todos nos dió lástima cuando la vimos, incluso Montoria.

—¿Usted es la hija del Sr. Candiola?—dijo éste, sacando del bolsillo un puñado de monedas, y haciendo una breve cuenta en la pared con un pedazo de carbón que tomó del suelo.—Sesenta y ocho costales de harina, á cuarenta y ocho reales, son tres mil doscientos sesenta y cuatro. No valen ni la mitad, y me dan mucho olor á húmedo. Tome usted, niña; aquí está la cantidad justa.

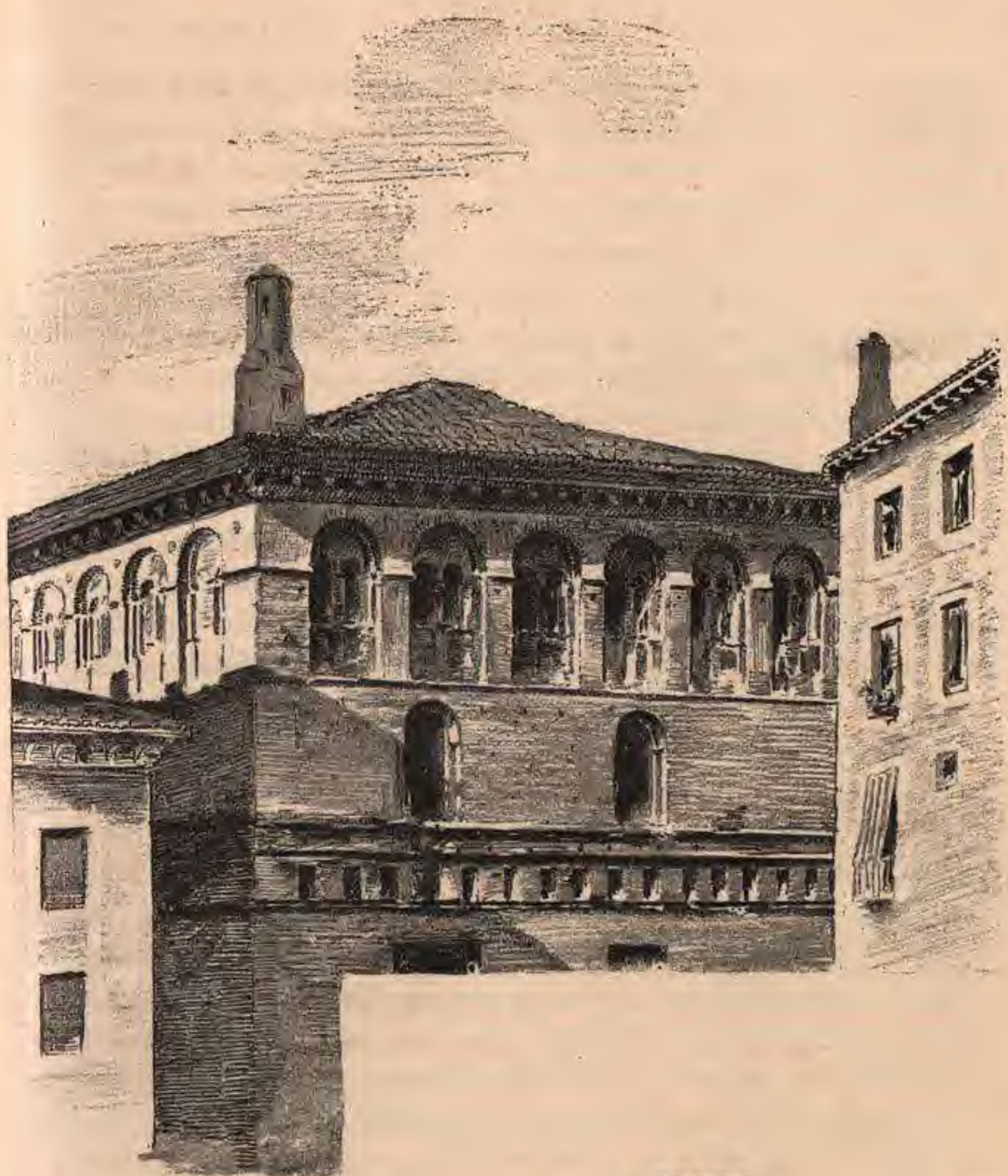
¶ [María Candiola no hizo movimiento alguno para tomar el dinero, y Montoria lo depositó sobre un cajón, repitiendo:

—Ahí está.

Entonces la muchacha con brusco y enérgico movimiento, que parecía, y lo era ciertamente, inspiración de su dignidad ofendida, tomó las monedas de oro, de plata y de cobre, y las arrojó á la cara de Montoria, como [quien apedrea]. Desparramóse el dinero por el suelo y en el quicial de la puerta, sin que se haya podido averiguar en lo sucesivo dónde fué á parar.

Inmediatamente después la Candiola, sin decirnos nada, salió á la calle, buscando con los ojos á su padre entre el apiñado gentío, y al fin, ayudada de algunos mozos, que no sabían ver con indiferencia la desgracia de una mujer, rescató al anciano del cautiverio infame en que los muchachos lo tenían.





XIII

ENTRARON padre é hija por el portalón de la huerta, cuando empezábamos á sacar la harina para llevarla á la Lonja, donde estaba uno de los depósitos de víveres. Concluída la conducción, busqué á Agustín; pero no le encontraba en ninguna parte, ni en casa de su padre, ni en el almacén de la junta de abastos, ni en el Coso, ni en Santa Engracia. Al fin halléle á la caída de la tarde en el molino

de pólvora, hacía San Juan de los Panetes. He olvidado decir que los zaragozanos, atentos á todo, habían improvisado un taller donde se elaboraban diariamente de nueve á diez quintales de pólvora. Ayudando á los operarios que ponían en sacos y en barriles la cantidad fabricada en el día, ví á Agustín Montoria trabajando con actividad febril.

—¿Ves este enorme montón de pólvora?—me dijo cuando me acerqué á él.—¿Ves aquellos sacos y aquellos barriles llenos todos de la misma materia? Pues aún me parece poco, Gabriel.

—No sé lo que quieres decir.

—Digo que si esta inmensa cantidad de pólvora fuera del tamaño de Zaragoza me gustaría aún más. Sí, y en tal caso, quisiera yo ser el único habitante de esta gran ciudad. ¡Qué placer! Mira, Gabriel, si así fuera, yo mismo le pegaría fuego, volaría hasta las nubes escupido por la horrosa erupcion, como la piedrecilla que lanza el cráter del volcan á cien leguas de distancia. Subiría al quinto cielo, y de mis miembros despedazados al caer después esparcidos en diferentes puntos no quedaría memoria. La muerte, Gabriel, la muerte es lo que deseo. Pero yo quiero una muerte..... no sé cómo explicártelo. Mi desesperación es tan grande, que morir de un balazo, morir de una estocada no me satisface. Quiero estallar y difundirme por los espacios en mil inflamadas partículas; quiero sentirme en el seno de una nube flamígera y que mi espíritu saboree, aunque sólo sea por un instante de inconmensurable pequeñez, las delicias de ver reducida á polvo de fuego la carne miserable. Gabriel, estoy desesperado. ¿Ves toda esta pólvora? Pues supón dentro de mi pecho todas las llamas que pueden salir de aquí..... ¿La viste cuando salió á recoger á su padre? ¿Viste cuando arrojó las monedas.....? Yo estaba en la esquina observándolo todo. María no sabe que aquel hombre que maltrató á su padre es el mio. ¿Viste cómo los chicos arrojaban lodo al pobre Candiola? Yo conozco que Candiola es un miserable; pero ella, ¿qué culpa tiene? Ella y yo, ¿qué culpa tenemos? Nada, Gabriel, mi corazón destrozado anhela mil muertes: yo no puedo vivir; yo correré al sitio de mayor peligro y me arrojaré á buscar el fuego de los franceses, porque después de lo que he visto hoy, yo y la tierra en que habito somos incompatibles.

Le saqué de allí llevándole á la muralla, y tomamos parte en las obras de fortificacion que se estaban haciendo en las Tenerías, el punto más débil de la ciudad despues de la pérdida de San José y de Santa Engracia. Ya he dicho que desde la embocadura de la Huerva hasta San José había cincuenta bocas de fuego. Contra esta formidable línea de ataque ¿que valía nuestro circuito fortificado?

El arrabal de las Tenerías se extiende al Oriente de la ciudad, entre la Huerva y el recinto antiguo, perfectamente deslindado aún por la gran vía que se llama el Coso. Componíase á principios del siglo el caserío de edificios endebles, casi todos habitados por labradores y artesanos, y las construcciones religiosas no tenían allí la suntuosidad de otros monumentos de Zaragoza. La planta general de este barrio es aproximadamente un segmento de círculo, cuyo arco da al campo y cuya cuerda le une al resto de la ciudad, desde Puerta Quemada á la subida del Sepulcro. Corrían desde esta línea hácia la circunferencia varias calles, unas interrumpidas, como las de Añón, Alcober y las Arcadas, y otras prolongadas, como las de Palomar y San Agustín. Con éstas se enlazaban sin plan ni concierto ni simetría alguna, estrechas vías, como la calle de la Diezma, Barrio Verde, de los Clavos y de Pabostre. Algunas de éstas se hallaban determinadas, no por hileras de casas, sino por largas tapias, y á veces faltando una cosa y otra; las calles se resolvían en informes plazuelas, mejor dicho, corrales ó patios donde no había nada. Digo mal, porque en los días á que me refiero, los escombros ocasionados por el primer sitio sirvieron para alzar baterías y barricadas en los puntos donde las casas no ofrecían defensa natural.

Cerca del pretil del Ebro existían algunos trozos de muralla antigua, con varios cubos de mampostería, que algunos suponen hechos por manos de gente romana, y otros juzgan obra de los árabes. En mi tiempo (no sé cómo estará actualmente) estos trozos de muralla aparecían empujados en las manzanas de casas, mejor dicho, las casas estaban empujadas en ellos, buscando apoyo en los recodos y ángulos de aquella obra secular, ennegrecida, mas no quebrantada, por el paso de los siglos. Así lo nuevo se había edificado sobre y entre los restos de lo antiguo en confuso amasijo, como la gente española se desarrolló y crió sobre despojos de otras gentes con mezcladas sangres, hasta constituirse como hoy lo está.

El aspecto general del barrio de las Tenerías traía á la imaginación, acompañados de cierta idealidad risueña, los recuerdos de la dominación arábica. La abundancia del ladrillo, los largos aleros, el ningún orden de las fachadas, las ventanuchas con celosías, la completa anarquía arquitectural, aquello de no saberse dónde acababa una casa y empezaba otra; la imposibilidad de distinguir si ésta tenía dos pisos ó tres, si el tejado de aquélla servía de apoyo á las paredes de las de más allá; las calles, que á lo mejor acababan en un corral sin salida, los arcos que daban entrada á una plazuela, todo me recordaba lo que en otro pueblo de España, de allí muy distante, había visto.

Pues bién: esta amalgama de casas que os he descrito muy á la ligera, este arrabal fabricado por varias generaciones de labriegos y curtidores, según el capricho de cada uno y sin orden ni armonía, estaba preparado para la defensa, ó se preparaba en los días 24 y 25 de Enero, una vez que se advirtió la gran pompa de fuerzas ofensivas que desplegó el francés por aquella parte. Y he de advertir que todas las familias habitadoras de las casas del arrabal, procedían á ejecutar obras, según su propio instinto estratégico, y allí había ingenieros militares con faldas, que dieron muestras de profundo saber de guerra al tabicar ciertos huecos y abrir otros á la luz y al fuego. Los muros de Levante estaban en toda su extensión aspillerados. Los cubos de la muralla *cesaraugustana*, hechos contra las flechas y las piedras de honda, sostenían cañones.

Si la zona de acción de alguna de estas piezas era estrechada por cualquier tejado colindante, azotea ó casa entera, al punto se quitaba el obstáculo. Muchos pasos habían sido obstruidos, y dos de los edificios religiosos del arrabal, San Agustín y las Mónicas, eran verdaderas fortalezas. La tapia había sido reedificada y reforzada; las baterías se enlazaban unas con otras, y nuestros ingenieros habían calculado hábilmente las posiciones y el alcance de las obras enemigas para acomodar á ellas las defensivas.

Dos puntos avanzados tenía la línea, y eran el molino de Goicoechea y una casa, que por pertenecer á un D. Victoriano Gonzalez, ha quedado en la historia con el nombre de *Casa de Gonzalez*. Recorriendo dicha línea desde Puerta Quemada, se encontraba primero la batería de Palafox, luégo el Molino de la ciudad, luégo las eras de San Agustín, en seguida el molino de Goicoechea, colocado fuera del recinto, después la tapia de la huerta de las Mónicas, y á continuación las de San Agustín; más adelante una gran batería y la casa de Gonzalez. Esto es todo lo que recuerdo de las Tenerías. Había por allí un sitio que llamaban el Sepulcro, por la proximidad de una iglesia de este nombre. Al arrabal entero, mejor que á una parte de él, cuadraba entonces el nombre de *sepulcro*. Y no os digo más por no cansaros con estas menudencias descriptivas, que en rigor son innecesarias para quien conoce aquellos gloriosísimos lugares, é insuficientes para el que no ha podido visitarlos.



A

XIV

GUSTÍN Montoria y yo hicimos la guardia con nuestro batallón en el Molino de la ciudad, hasta después de anohecido, hora en que nos relevaron los voluntarios de Huesca, y se nos concedió toda la noche para estar fuera de las filas. Mas no se crea que en estas horas de descanso estábamos

mano sobre mano, pues cuando concluía el servicio militar, empezaba otro no ménos penoso en el interior de la ciudad, ya conduciendo heridos á la Seo y al Pilar, ya desalojando casas incendiadas, ó bién llevando material á los señores canónigos, frailes y magistrados de la Audiencia, que hacían cartuchos en San Juan de los Panetes.

Pasábamos Montoria y yo por la calle de Pabostre. Yo iba comiéndome con mucha gana un mendrugo de pan. Mi amigo, taciturno y sombrío, regalaba el suyo á los perros que encontrábamos al paso, y aunque hice esfuerzos de imaginación para alegrar un poco su ánimo contristado, él, insensible á todo, contestaba con tétricas expresiones á mi festivo charlar. Al llegar al Coso, me dijo:

—Dan las diez en el reloj de la Torre Nueva. Gabriel, ¿sabes que quiero ir allá esta noche?

—Esta noche no puede ser. Esconde entre ceniza la llama del amor mientras atraviesan el aire esos otros corazones inflamados que llaman bombas y que vienen á reventar dentro de las casas, matando medio pueblo.

En efecto, el bombardeo, que no había cesado durante todo el día, continuaba en la noche, aunque un poco ménos recio; y de vez en cuando caían algunos proyectiles, aumentando las víctimas que ya en gran número poblaban la ciudad.

—Iré allá esta noche—me contestó.—¿Me vería Mariquilla entre el gentío que tocó á las puertas de su casa? ¿Me confundiría con los que maltrataron á su padre?

—No lo creo: esa jóven sabrá distinguir á las personas formales. Ya averiguarás eso más adelante, y ahora no está el horno para bollos. ¿Ves? De aquella casa piden socorro, y por aquí van unas pobres mujeres. Mira, una de ellas no se puede arrastrar y se arroja en el suelo. Es posible que la señorita Doña Mariquilla Candiola ande también socorriendo heridos en San Pablo ó en el Pilar.

—No lo creo.

—Ó quizá esté en la cartuchería.

—Tampoco lo creo. Estará en su casa y allá quiero ir, Gabriel; vé tú al transporte de heridos, á la pólvora ó á donde quieras, que yo voy allá.

Diciendo esto, se nos presentó Pirli, con su hábito de fraile, ya en mil partes agujereado, y el morrión francés tan lleno de abolladuras y desperfectos en el pelo, chapa y plumero, que el héroe, portador de tales prendas, más que soldado parecía una figura de Carnaval.

—¿Van ustedes al acarreo de heridos?—nos dijo.—Ahora se nos murieron dos que llevábamos á San Pablo. Allá quieren gente para abrir la zanja en que van á enterrar los muertos de ayer; pero yo he trabajado bastante, y voy á descabezar un sueño en casa de Manuela Sancho. Antes bailaremos un poco: ¿quereis venir?

—No: vamos á San Pablo—contesté,—y enterraremos muertos, pues todo es trabajar.

—Dicen que los muchos difuntos envenenan el aire, y que por eso hay tanta gente con calenturas, las cuales despachan para el otro barrio más pronto que los heridos. Yo más quiero el *pastel caliente* que la epidemia, y una *señora* no me da miedo; pero el frío y la calentura sí. Con que ¿vais á enterrar muertos?

—Sí—dijo Agustín.—Enterremos muertos.

—En San Pablo hay lo ménos cuarenta, todos puestos en una capilla —añadió Pirli,—y al paso que vamos, pronto seremos más los muertos que los vivos. ¿Quereis divertiros? Pues no vayais á abrir la zanja, sino á la cartuchería, donde hay unas mozas... Todas las muchachas principales del pueblo están allí, y de cuando en cuando echan algo de canto y bailoteo para alegrar las almas.

—Pero allí no hacemos falta. ¿Está también Manuela Sancho?

—No: todas son señoritas principales, que han sido llamadas por la Junta de seguridad. Y también hay muchas en los hospitales. Ellas se brindan á este servicio, y la que falta es mirada con tan malos ojos, que no encontrará novio con quien casarse en todo este año ni en el que viene.

Sentimos detrás de nosotros pasos precipitados, y volviéndonos, vimos mucha gente, entre cuyas voces reconocimos la de D. José de Montoria, el cual, al vernos, muy encolerizado nos dijo:

—¿Qué haceis, papanatas? Tres hombres sanos y rollizos se están aquí mano sobre mano, cuando hace tanta falta gente para el trabajo. Vamos, largo de aquí. Adelante, caballeritos. ¿Veis aquellos dos palos que hay junto á la subida del Trenque, con una viga cruzada encima, de la que penden seis dogales? ¿Veis la horca que se ha puesto esta tarde para los traidores? Pues es también para los holgazanes. Á trabajar, ó á puñetazos os enseñaré á mover el cuerpo.

Seguimos tras ellos y pasamos junto á la horca, cuyos seis dogales se balanceaban majestuosamente á impulso del viento, esperando gargantas de traidores ó cobardes.

Montoria, cogiendo á su hijo por un brazo, mostróle con enérgico ademán el horrible aparato, y le habló así:

—Aquí tienes lo que hemos puesto esta tarde; ¡mira qué buen regalo para los que no cumplen con su deber! Adelante: yo, que soy viejo, no me canso jamás, y vosotros jóvenes, llenos de salud, pareceis de manteca. Ya se acabó aquella gente invencible del primer sitio. Señores, nosotros los viejos demos ejemplo á estos pisaverdes, que desde que llevan siete días sin comer, se quejan y empiezan á pedir caldo. Caldo de pólvora os daría yo, y una garbanzada de cañón de fusil, ¡cobardes! Ea, adelante, que hace falta enterrar muertos y llevar cartuchos á las murallas.

—Y asistir á los enfermos de esta condenada epidemia que se está desarrollando—dijo uno de los que acompañaban á Montoria.

—Yo no sé qué pensar de esto que llaman epidemia los facultativos, y

que yo llamo miedo, sí, señores, puro miedo—añadió D. José,—porque eso de quedarse uno frío, y entrarle calambres y calentura, y ponerse verde y morirse, ¿qué es sino efecto del miedo? Ya se acabó la gente templada, sí, señores; ¡qué gente aquella la del primer sitio! Ahora, en cuanto hacen fuego nutrido y lo reciben por espacio de diez horas, ¡una friolera! ya se caen de fatiga y dicen que no pueden más. Hay hombre que sólo por perder pierna y media se acobarda y empieza á llamar á gritos á los Santos Mártires, diciendo que lo lleven á la cama. ¡Nada, cobardía y pura cobardía! Como que hoy se retiraron de la batería de Palafox varios soldados, entre los cuales había muchos que conservaban un brazo sano y mondo. Y luégo pedían caldo... ¡Que se chupen su propia sangre, que es el mejor caldo del mundo! ¡Cuando digo que se acabó la gente de pecho, aquella gente, ¡porra, mil porras!

—Mañana atacarán los franceses las Tenerías—dijo otro.—Si resultan muchos heridos, no sé donde los vamos á colocar.

—¡Heridos!—exclamó Montoria.—Aquí no se quieren los heridos. Los muertos no estorban, porque se hace con ellos un montón, y... pero los heridos... Como la gente no tiene ya aquel arrojo, pues... apuesto á que defenderán las posiciones mientras no se vean reducidos á la décima parte; pero las abandonarán desde que encima de cada uno se echen un par de docenas de franceses... ¡Qué debilidad! En fin, sea lo que Dios quiera, y pues hay heridos y enfermos, asistámosles. ¿Qué tal? ¿Se ha recogido hoy mucha gallina?

—Como unas doscientas, de las cuales más de la mitad son de donativo, y las demás se han pagado á seis reales y medio. Algunos no las quieren dar.

—Bueno. ¡Que un hombre como yo se ocupe de gallinas en estos días!... Han dicho ustedes que algunos no las querían dar, ¿eh? El señor capitán general me ha autorizado para imponer multas á los que no contribuyan á la defensa, y sin ruido ni violencia arreglaremos á los tibios y á los traidores... Alto, señores. Una bomba cae por las inmediaciones de la Torre Nueva. ¿Veis? ¿Oís? ¡Qué horroroso estrépito! Apuesto á que la divina Providencia, más que los morteros franceses, la ha dirigido contra el hogar de ese judío empedernido y sin alma, que ve con indiferencia y hasta con desprecio las desgracias de sus convecinos. Corre la gente hácia allá: parece que arde una casa ó que se ha desplomado... No, no corrais, infelices; dejadla que arda; dejadla que caiga al suelo en mil pedazos. Es la casa del tío Candiola, que no daría una peseta por salvar al género humano de un nuevo diluvio... ¡Eh, Agustín! ¿dónde vas? ¿Tú también co-



rres hácia aquel sitio? Ven acá y sígueme, que hacemos más falta en otra parte.

Íbamos por junto á la Escuela Pía. Agustín, impulsado sin duda por un movimiento de su corazón, tomó á toda prisa la dirección de la plazuela de San Felipe, siguiendo á la mucha gente que corría hácia este sitio; pero detenido enérgicamente por su padre, continuó mal de su grado en nuestra compañía. Algo ardía indudablemente cerca de la Torre Nueva, y en ésta los preciosos arabescos y las facetas de los ladrillos brillaron enrojecidos por la cercana llama. Aquel monumento elegante, aunque cojo, descollaba en la negra noche, vestido de púrpura, y al mismo tiempo su colosal campana lanzaba al aire prolongados lamentos.

Llegamos á San Pablo.

—Ea, muchachos, haraganes—nos dijo D. José,—ayudad á los que abren esta zanja. Que sea holgadita, crecederita; es un traje con que se van á vestir cuarenta cuerpos.

Y emprendimos el trabajo, sacando tierra de la zanja que se abría en el patio de la iglesia. Agustín cavaba como yo, y á cada instante volvía sus ojos á la Torre Nueva.

—Es un incendio terrible—me dijo.—Mira, parece que se extingue un poco, Gabriel; yo me quiero arrojar en esta fosa que estamos abriendo.

—No haya prisa—le respondí,—que tal vez mañana nos echen en ella sin que lo pidamos. Con que dejarse de tonterías, y á trabajar.

—¿No ves? Parece que se extingue el fuego.

—Sí; se habrá quemado toda la casa. El tío Candiola habrase encerrado en el sótano con su dinero, y allí no llegará el fuego.

—Gabriel, voy un momento allá; quiero ver si ha sido su casa. Si sale mi padre de la iglesia, le dirás que... le dirás que vuelvo en seguida.

La repentina salida de D. José de Montoria impidió á Agustín la fuga que proyectaba, y los dos continuamos cavando la gran sepultura. Comenzaron á sacar cuerpos, y los heridos ó enfermos que eran traídos á cada instante, veían el cómodo lecho que se les estaba preparando, quizás para el día siguiente. Al fin se creyó que la zanja era bastante honda, y nos mandaron suspender la excavación. Acto continuo fueron traídos uno á uno los cadáveres y arrojados en su gran sepultura, mientras algunos clérigos, puestos de rodillas y rodeados de mujeres piadosas, recitaban lúgubres responsos. Cayeron dentro todos, y no faltaba sino echar tierra encima. D. José Montoria, con la cabeza descubierta y rezando en voz alta un Padre Nuestro, echó el primer puñado, y luego nuestras palas y azadas empezaron á cubrir la tumba á toda prisa. Concluida esta opera-

ción, todos nos pusimos de rodillas y rezamos en voz baja. Agustín Montoria me decía al oído:

—Iremos ahora... mi padre se marchará. Dile que hemos quedado en relevar á dos compañeros que tienen un enfermo en su familia y quieren pasar á verle. Díselo por Dios; yo no me atrevo... y en seguida nos iremos allá.



XV

ENGAÑAMOS al viejo y fuimos, ya muy avanzada la noche, porque la inhumación que acabo de mencionar duró más de tres horas. La luz del incendio por aquella parte había dejado de verse; la masa de la torre perdíase en la oscuridad de la noche, y su gran campana no sonaba sino de tarde en tarde para anunciar la salida de una bomba. Pronto llegamos á la plazuela de San Felipe, y al observar que humeaba el techo de una casa cercana en la calle del Temple, comprendimos que no fué la del tío Candiola, sino aquella la que tres horas antes habían invadido las llamas.

—Dios la ha preservado—dijo Agustín con mucha alegría,—y si la ruindad del padre atrae sobre aquel techo la cólera divina, las virtudes y la inocencia de Mariquilla la detienen. Vamos allá.

En la plazuela de San Felipe había alguna gente; pero la calle de Antón Trillo estaba desierta. Nos detuvimos junto á la tapia de la huerta y pusimos atento el oído. Todo estaba tan en silencio, que la casa parecía abandonada. ¿Lo estaría realmente? Aunque aquel barrio era de los menos castigados por el bombardeo, muchas familias le habían desalojado, ó vivían refugiadas en los sótanos.

—Si entro—me dijo Agustín,—tú entrarás conmigo. Después de la escena de hoy, temo que D. Jerónimo, suspicaz y medroso como buen avaro, esté alerta toda la noche y ronde la huerta, creyendo que vuelven á quitarle su hacienda.

—En ese caso—le respondí,—más vale no entrar, porque además del peligro que trae el caer en manos de ese vestiglo, habría gran escándalo,

y mañana todos los habitantes de Zaragoza sabrían que el hijo de Don José Montoria, el jóven destinado á encajarse una mitra en la cabeza, anda en malos pasos con la hija del tío Candiola.

Pero esto y algo más que le dije era predicar en desierto, y así sin atender razones, insistiendo en que yo le siguiera, hizo la señal amorosa, aguardando con la mayor ansiedad que fuera contestada. Transcurrió algún tiempo, y al cabo, después de mucho mirar y remirar desde la acera de en frente, percibimos luz en la ventana alta. Sentimos luégo descorrer muy quedamente el cerrojo del portalón, y éste se abrió sin rechinar, pues sin duda el amor había tenido la precaución de engrasar sus viejos goznes. Los dos entramos, topando de manos á boca, no con la deslumbradora hermosura de una perfumada y voluptuosa doncella, sino con una avinagrada cara, en la que al punto reconocí á Doña Guedita.

—Vaya unas horas de venir acá—dijo gruñendo,—y viene con otro. Caballeritos, hagan ustedes el favor de no meter ruido. Anden sobre las puntas de los piés, y cuiden de no tropezar ni con una hoja seca, que el señor me parece que está despierto.

Esto nos lo dijo en voz tan baja, que apenas lo entendimos, y luégo marchó adelante, haciendo señas de que la siguiéramos, y poniendo el dedo en los labios para intimarnos un absoluto silencio. La huerta era pequeña: pronto le dimos fin, tropezando con una escalerilla de piedra que conducía á la entrada de la casa, y no habíamos subido seis escalones cuando nos salió al encuentro una esbelta figura, arrebuja en una manta, capa ó cabriolé. Era Mariquilla. Su primer ademán fué imponernos silencio, y luégo miró con inquietud una ventana lateral que también caía á la huerta. Después mostró sorpresa al ver que Agustín iba acompañado; pero éste supo tranquilizarla, diciendo:

—Es Gabriel, mi amigo, mi mejor, mi único amigo, de quien me has oído hablar tantas veces.

—Habla más bajo—dijo María.—Mi padre salió hace poco de su cuarto con una linterna, y rondó toda la casa y la huerta. Me parece que no duerme aún. La noche está oscura. Ocultémonos en la sombra del ciprés, y hablemos en voz muy baja.

La escalera de piedra conducía á una especie de corredor ó balcón con antepecho de madera. En el extremo de este corredor un ciprés corpulento, plantado en la huerta, proyectaba gran masa de sombra, formando allí una especie de refugio contra la claridad de la luna. Las ramas desnudas del olmo se extendían sin sombrear por otro lado, y garabateaban con mil rayas el piso del corredor, la pared de la casa y nuestros cuer-

pos. Al amparo de la sombra del ciprés sentóse Mariquilla en la única silla que allí había; púsose Montoria en el suelo y junto á ella, apoyando las manos en sus rodillas, y yo sentéme también sobre el piso, no lejos de la hermosa pareja. Era la noche, como de Enero, serena, seca y fria; quizás los dos amantes, caldeados en el amoroso rescoldo de sus corazones, no sentían la baja temperatura; pero yo, criatura ajena á sus incendios, me envolví en mi capote, para resguardarme de la frialdad de los ladrillos. La tía Guedita había desaparecido. Mariquilla entabló la conversación abordando desde luego el punto difícil.

—Esta mañana te ví en la calle. Cuando sentimos Guedita y yo el gran

ruido de la mucha gente que se agolpaba en nuestra puerta, me asomé á la ventana, y te ví en la acera de en frente.

—Es verdad—respondió Montoria con turbación.—Allí estuve; pero tuve que marcharme al instante, porque se me acababa la licencia.

—¿No viste cómo aquellos bárbaros atropellaron á mi padre?—
—dijo Mariquilla conmovida.—
Cuando aquel hombre cruel le castigó, miré á todos lados, esperando que tú saldrías en su defensa; pero ya no te ví por ninguna parte.

—Lo que te digo, Mariquilla de mi corazón—repuso Agustín,

—es que tuve que marcharme antes... Después me dijeron que tu padre había sido maltratado, y me dió un coraje... quise venir...

—¡Á buenas horas! Entre tantas, entre tantas personas—añadió la Candiola llorando,—ni una, ni una sola hizo un gesto para defenderle. Yo me moría de miedo aquí arriba, viéndole en peligro. Miramos con ansiedad á la calle. Nada, no había más que enemigos... Ni una mano generosa, ni una voz caritativa... [Entre todos aquellos hombres uno, más cruel que todos, arrojó á mi padre en el suelo... ¡Oh! Recordando esto, no sé lo que me pasa. Cuando lo presencié, un gran terror me tuvo por momentos paralizada. Hasta entonces no conocí yo la verdadera cólera, aquel fuego



interior, aquel impulso repentino que me hizo correr de aposento en aposento buscando... [Mi pobre padre yacía en el suelo, y el miserable le pisoteaba como si fuera un reptil venenoso. Viendo esto, yo sentía la sangre hirviendo en mi cuerpo. Como te he dicho, corrí por la habitación buscando un arma, un cuchillo, un hacha, cualquier cosa.] No encontré nada... Desde lo interior oí los lamentos de mi padre, y sin esperar más bajé á la calle. Al verme en el almacén entre tantos hombres, sentí de nuevo invencible terror, y no podía dar un paso. El mismo que le había maltratado me alargó un puñado de monedas de oro. No las quise tomar, pero luego se las arrojé á la cara con fuerza. Me parecía tener en la mano un puñado de rayos, y que vengaba á mi padre lanzándolos contra aquellos viles. Salí después, miré otra vez á todos lados buscándote, pero nada ví. Sólo entre la turba inhumana, mi padre se encontraba sobre el cieno pidiendo misericordia.

—¡Oh! María, Mariquilla de mi corazón—exclamó Agustín con dolor, besando las manos de la desgraciada hija del avaro,—no hables más de ese asunto, que me destrozas el alma. Yo no podía defenderle... tuve que marcharme... no sabía nada... creí que aquella gente se reunía con otro objeto. Es verdad que tienes razón; pero deja ese asunto que me lastima, me ofende y me causa inmensa pena.

—Si hubieras salido á la defensa de mi padre, éste te hubiera mostrado gratitud. De la gratitud se pasa al cariño. Habrías entrado en casa...

—Tu padre es incapaz de amar á nadie—respondió Montoria.—No esperes que consigamos nada por ese camino. Confiemos en llegar al cumplimiento de nuestro deseo por caminos desconocidos, con la ayuda de Dios y cuando ménos lo parezca. No pensemos en lo ordinario ni en lo que tenemos delante, porque todo lo que nos rodea está lleno de peligros, de obstáculos, de imposibilidades; pensemos en algo imprevisto, en algún medio superior y divino, y llenos de fé en Dios y en el poder de nuestro amor, aguardemos el milagro que nos ha de unir, porque será un milagro, María, un prodigio como los que cuentan de otros tiempos y nos resistimos á creer.

—¡Un milagro!—exclamó María con melancólica estupefacción.—Es verdad. Tú eres un caballero principal, hijo de personas que jamás consentirían en verte casado con la hija del señor Candiola. Mi padre es aborrecido; mi padre es odiado en toda la ciudad. Todos huyen de nosotros, nadie nos visita; si salgo me señalan, me miran con insolencia y desprecio. Las muchachas de mi edad no gustan de alternar conmigo, y los jóvenes del pueblo que recorren de noche la ciudad, cantando mú-

sicas amorosas al pié de las rejas de sus novias, vienen junto á las mías á decir insultos contra mi padre, llamándome á mí misma con los nombres más feos. ¡Oh! ¡Dios mío! Comprendo que ha de ser preciso un milagro para que yo sea feliz... Agustín, nos conocemos hace cuatro meses, y aún no has querido decirme el nombre de tus padres. Sin duda no serán tan odiados como el mío. ¿Por qué lo ocultas? Si fuera preciso que nuestro amor se hiciera público, te apartarías de las miradas de tus amigos, huyendo con horror de la hija del tío Candiola.

—¡Oh! No, no digas eso—exclamó Agustín, abrazando las rodillas de Mariquilla y ocultando el rostro en su regazo.—No digas que me avergüenzo de quererte, porque al decirlo insultas á Dios. No es verdad. Hoy nuestro amor permanece en secreto, porque es necesario que así pase; pero cuando sea preciso descubrirlo, lo descubriré, arrostrando la cólera de mi padre. Sí, María, mis padres me maldecirán, arrojándome de su casa. Pero mi amor será más fuerte que su enojo. Hace pocas noches me dijiste, mirando ese monumento que desde aquí se descubre: “Cuando esa torre se ponga derecha, dejaré de quererte.” Yo te juro que la firmeza de mi amor excede á la inmovilidad, al grandioso equilibrio de esa torre, que podrá caer al suelo, pero jamás ponerse á plomo sobre la base que la sustenta. Las obras de los hombres son variables; las de la Naturaleza son inmutables y descansan eternamente sobre su inmortal asiento. ¿Has visto el Moncayo, esa gran peña que, escalonada con otras muchas, se divisa hácia Poniente, mirando desde el arrabal? Pues cuando el Moncayo se canse de estar en aquel sitio, y se mueva, y venga andando hasta Zaragoza, y ponga uno de sus piés sobre nuestra ciudad, reduciéndola á polvo, entonces, sólo entonces dejaré de quererte.

De este modo hiperbólico y con este naturalismo poético expresaba mi amigo su grande amor, correspondiendo y halagando así la imaginación de la hermosa Candiola, que propendía con impulso ingénito al mismo sistema. Callaron ambos durante un momento, y luégo los dos, mejor dicho, los tres proferimos una exclamación y miramos á la torre, cuya campana había lanzado al viento dos toques de alarma. En el mismo instante un globo de fuego surcó el espacio negro, describiendo rápidas oscilaciones.

—¡Una bomba! ¡Es una bomba!—exclamó María con pavor, arrojándose en brazos de su amigo.

La espantosa luz pasó velozmente por encima de nuestras cabezas, por encima de la huerta y de la casa, iluminando á su paso la torre, los techos vecinos, hasta el rincón donde nos escondíamos. Luégo sintióse el

estallido. La campana empezó á clamar, uniéndose á su grito el de otras más ó ménos lejanas, agudas, graves, chillonas, cascadas, y oímos el tropel de la gente que corría por las inmediatas calles.

—Esa bomba no nos matará—dijo Agustín, tranquilizando á su novia.

—¿Tienes miedo?

—¡Mucho, muchísimo miedo!—respondió ésta,—aunque á veces me parece que tengo mucho, muchísimo valor. Paso las noches rezando y pidiéndole á Dios que aparte el fuego de mi casa. Hasta ahora ninguna desgracia nos ha ocurrido, ni en este ni en el otro sitio. Pero ¡cuántos infelices han perecido, cuántas casas de personas honradas y que nunca hicieron mal á nadie han sido destruidas por las llamas! Yo deseo ardientemente ir como los demás á socorrer á los heridos; pero mi padre me lo prohíbe, y se enfada conmigo siempre que se lo propongo.

Esto decía, cuando en el interior de la casa sentimos ruido vago y lejano en que se confundía con la voz de la señora Guedita la desapacible del tío Candiola. Los tres, obedeciendo á un mismo pensamiento, nos estrechamos en el rincón y contuvimos el aliento, temiendo ser sorprendidos. Luégo sentimos más cerca la voz del avaro, que decía:

—¿Qué hace usted levantada á estas horas, señora Guedita?

—Señor—contestó la vieja, asomándose por una ventana que daba al corredor,—¿quién puede dormir con este horroroso bombardeo? Si á lo mejor se nos mete aquí una señora bomba y nos coge en la cama y en paños menores, y vienen los vecinos á sacar los trastos y apagar el fuego... ¡Oh, qué falta de pudor! No pienso desnudarme mientras dure este endemoniado bombardeo.

—Y mi hija, ¿duerme?—preguntó Candiola, que al decir esto se asomaba por un ventanillo al otro extremo de la huerta.

—Arriba está durmiendo como una marmota—repuso la dueña.—Bién dicen que para la inocencia no hay peligros. Á la niña no le asusta una bomba más que un cohete.

—Si desde aquí se divisara el punto donde ha caído ese proyectil...—dijo Candiola, alargando su cuerpo fuera de la ventana para poder extender la vista por sobre los tejados vecinos, más bajos que el de su casa.—Se ve claridad como de incendio; pero no puedo decir si es cerca ó lejos.

—Ó yo no entiendo nada de bombas—dijo Guedita desde el corredor,—ó esta ha caído allá por el Mercado.

—Así parece. Si todas cayeran en las casas de los que sostienen la defensa, y se empeñan en no acabar de una vez tantos desastres... Si no me engaño, señora Guedita, el fuego luce hácia la calle de la Tripería. ¿No

están por allá los almacenes de la Junta de abastos? ¡Ah! ¡Bendita bomba, que no cayera en la calle de la Hilarza y en la casa del malvado y miserable ladrón!... Señora Guedita, estoy por salir á la calle á ver si el regalo ha caído en la calle de la Hilarza, en la casa del orgulloso, del entrometido, del canalla, del asesino D. José de Montoria. Se lo he pedido con tanto fervor esta noche á la Virgen del Pilar, á las Santas Masas y á Santo Dominguito del Val, que al fin creo que han oído.

—Sr. D. Jerónimo—dijo la vieja,—déjese usted de correrías, que el frío de la noche traspasa, y no vale la pena de coger una pulmonía por ver dónde paró la bomba, que harto tenemos ya con saber que no se nos ha metido en casa. Si la que pasó no ha caído en casa de ese bárbaro sayón, otra caerá mañana, pues los franceses tienen buena mano. Con que acuéstese su merced, que yo me quedo rondando la casa, por si ocurriera algo.

Candiola, respecto á la salida, varió sin duda de parecer, en vista de los buenos consejos de la criada, porque cerrando la ventanilla, metióse dentro, y no se le sintió más en el resto de la noche. Mas no porque desapareciera rompieron los amantes el silencio, temerosos de ser escuchados ó sorprendidos; y hasta que la vieja no vino á participarnos que el señor roncaba como un labriego, no se reanudó el diálogo interrumpido.

—Mi padre desea que las bombas caigan sobre la casa de su enemigo—dijo María.—Yo no quisiera verlas en ninguna parte; pero si alguna vez se puede desear mal al prójimo, es en esta ocasión, ¿no es verdad?

Agustín no contestó nada.

—Tú te marchaste—continuó la jóven;—tú no viste cómo aquel hombre, el más cruel, el más malvado y cobarde de todos los que vinieron, le arrojó al suelo, ciego de cólera, y le pisoteó. Así patearán su alma los demonios en el Infierno, ¿no es verdad?

—Sí—contestó lacónicamente el mozo.

—Esta tarde, después que todo aquello pasó, Guedita y yo curábamos las contusiones de mi padre. Él estaba tendido sobre su cama, y loco de desesperación, se retorció mordiéndose los puños y lamentándose de no haber tenido más fuerza que el otro. Nosotras procurábamos consolarle; pero él nos decía que calláramos. Después me echó en cara ¡tal era su rabia! que hubiese yo arrojado á la calle el dinero de la harina; enfadóse mucho conmigo, y me dijo que pues no se pudo sacar otra cosa, los tres mil reales y pico no debían despreciarse; y que yo era una loca despilfarrada que le estaba arruinando. De ningún modo podíamos calmarle. Cerca ya del anochecer sentimos otra vez ruido en la calle. Creímos que

volvían los mismos y el mismo del medio día. Mi padre quiso arrojarse del lecho, lleno de furia. Yo tuve al principio mucho miedo; después me reanimé, considerando que era necesario mostrar valor. Pensando en tí, dije: "Si él estuviera en casa, nadie nos insultaría." Como el rumor de la calle aumentara, llenéme de valor, cerré bién todas las puertas, y rogando á mi padre que continuase quieto en su cama, resolví esperar. Mientras Guedita rezaba de rodillas á todos los santos del Cielo, yo registré la casa buscando un arma, y al fin pude hallar un gran cuchillo. La vista de esta arma siempre me ha causado horror; pero hoy la empuñé con decisión. ¡Oh! estaba fuera de mí, y aún ahora mismo me causa espanto el pensar en aquello. Frecuentemente me desmayo al mirar un herido; me asusto y tiemblo sólo de ver una gota de sangre, casi lloro si castigan á un perro delante de mí, y jamás he tenido fuerzas para matar una mosca; pero esta tarde, Agustín, esta tarde, cuando sentí ruido en la calle, cuando creí oír de nuevo los golpes en la puerta, cuando esperaba por momentos ver delante de mí á aquellos hombres... Te juro que si llega á salir verdad lo que temí, si cuando yo estaba en el cuarto de mi padre, junto á su cama, llega á entrar el mismo hombre que le maltrató algunas horas antes, te juro que allí mismo... sin vacilar... cierro los ojos y le parto el corazón.

—Calla por Dios—dijo Montoria con horror.—Me causas miedo, María, y al oírte me parece que tus propias manos, estas divinas manos, clavan en mi pecho la hoja fría. No maltratarán otra vez á tu padre. Ya ves cómo lo de esta noche fué puro miedo. No, no hubieras sido capaz de lo que dices; tú eres una mujer, y una mujer debil, sensible, tímida, incapaz de matar á un hombre, como no le mates de amor. El cuchillo se te hubiera caído de las manos, y no habrías manchado tu pureza con la sangre de un semejante. Esos horrores se quedan para nosotros los hombres, que nacemos destinados á la lucha, y que á veces nos vemos en el triste caso de gozar arrancando hombres á la vida. Mariquilla, no hables más de ese asunto, no recuerdes á los que te ofendieron; olvídalos, perdónalos, y sobre todo no mates á nadie, ni aún con el pensamiento.



XVI

Mientras esto decían, observé el rostro de la Candiola; que en la oscuridad parecía modelado en pálida cera, y tenía el tono pastoso y mate del marfil. De sus negros ojos, siempre que los alzaba al cielo, partía un ligero rayo. Sus negras pupilas, sirviendo de espejo á la claridad del cielo, producían en el fondo donde nos encontrábamos dos rápidos puntos de luz, que aparecían y se borraban, según la movilidad de su mirada. Y era curioso observar en aquella criatura, toda ella pasión, la borrascosa crisis que removía y exaltaba su sensibilidad hasta ponerla en punto de bravura. Aquel abandono voluptuoso, aquel arrullo (pues no hallo nombre más propio para pintar-

la), aquel tibio agasajo que había en la atmósfera junto á ella, no se avenía bién aparentemente con los alardes de heroísmo en defensa del ultrajado padre; pero una observación atenta podía descubrir que ambas corrientes aflúan de un mismo manantial.

—Yo admiro tu exaltado cariño filial—prosiguió Agustín.—Ahora oye otra cosa. No disculpo á los que maltrataron á tu padre; pero no debes olvidar que tu padre es el único que no ha dado nada para la guerra. D. Jerónimo es una persona excelente; pero no tiene en su alma ni una chispa de patriotismo. Le son indiferentes las desgracias de la ciudad, y hasta parece alegrarse cuando no salimos victoriosos.

La Candiola exhaló algunos suspiros, elevando los ojos al cielo.

—Es verdad—dijo después.—Todos los días y á todas horas le estoy suplicando que dé algo para la guerra. Nada puedo conseguir, aunque le pondero la necesidad de los pobres soldados y el mal papel que estamos haciendo en Zaragoza. Él se enfada cuando me oye, y dice que el que ha traído la guerra que la pague. En el otro sitio me alegraba en extremo cuando tenía noticia de una victoria, y el 4 de Agosto salí yo misma sola á la calle, no pudiendo resistir la curiosidad. Una noche estaba en casa de las de Urries, y como celebraran la acción de aquella tarde, que había sido muy brillante, empecé á alabar yo también lo ocurrido, mostrándome muy entusiasmada. Entonces una vieja que estaba presente, me dijo en alta voz y con muy mal tono:—“Niña loca, en vez de hacer esos aspavientos, ¿por qué no llevas al hospital de sangre siquiera una sábana vieja? En casa del Sr. Candiola, que tiene los sótanos llenos de dinero, ¿no hay un mal pingajo que dar á los heridos? Tu papaito es el único, el único de todos los vecinos de Zaragoza que no ha dado nada para la guerra.”—Todos se rieron mucho al oír esto, y yo me quedé corrida, muerta de vergüenza, sin atreverme á hablar. En un rincón de la sala estuve hasta el fin de la tertulia, sin que nadie me dirigiera la palabra. Mis pocas amigas, que tanto me querían, no se acercaban á mí entre el tumulto de la reunión, oí á menudo el nombre de mi padre con comentarios y apodos muy denigrantes. ¡Oh! Se me partía con esto el corazón. Cuando me retiré para venir á casa, apenas me saludaron friamente, y los amos de la casa me despidieron con desabrimiento. Vine aquí; era ya de noche; me acosté, y no pude dormir ni cesé de llorar hasta por la mañana. La vergüenza me requemaba la sangre.

—Mariquilla—exclamó Agustín con amor,—la bondad de tus sentimientos es tan grande, que por ella olvidará Dios las crueldades de tu padre.

—Después—prosiguió la Candiola,—á los pocos días, el 4 de Agosto, vinieron los dos heridos que nombró hoy en la reyerta el enemigo de mi padre. Cuando nos dijeron que la Junta destinaba á casa dos heridos para que los asistiéramos, Guedita y yo nos alegramos mucho, y locas de contento empezamos á preparar vendas, hilas y camas. Les esperábamos con tanta ansiedad, que á cada instante nos poníamos á la ventana por ver si venían. Por fin vinieron. Mi padre, que había llegado momentos antes de la calle con muy negro humor, quejándose de que habían muerto muchos de sus deudores, y que no tenía esperanza de cobrar, recibió muy mal á los heridos. Yo le abracé llorando, y le pedí que les diera alojamiento; pero no me hizo caso, y ciego de cólera les arrojó en medio del arroyo, atrancó la puerta y subió diciendo: “Que los asista quien los ha parido.” Era ya de noche. Guedita y yo estábamos muertas de desolación. No sabíamos qué hacer, y desde aquí sentíamos los lamentos de aquellos dos infelices que se arrastraban en la calle pidiendo socorro. Mi padre, encerrándose en su cuarto á hacer cuentas, no se cuidaba ya ni de ellos ni de nosotras. Pasito á pasito para que no nos sintiera, fuimos á la habitación que da á la calle, y por la ventana les echamos trapos para que se vendaran; pero no los podían coger. Les llamamos, nos vieron y alargaban sus manos hácia nosotras. Atamos un cestillo á la punta de una caña y les dimos algo de comida; pero uno de ellos estaba exánime, y al otro sus dolores no le permitían comer nada. Les animábamos con palabras tiernas, y pedíamos á Dios por ellos. Por último, resolvimos bajar por aquí y salir afuera para asistirles, aunque sólo un momento; pero mi padre nos sorprendió y se puso furioso. ¡Qué noche, Santa Virgen! Uno de ellos murió en medio de la calle, y el otro se fué arrastrando á buscar misericordia en otra parte.

Agustín y yo callamos, meditando en las monstruosas contradicciones de aquella casa.

—Mariquilla—exclamó al fin mi amigo,—¡qué orgulloso estoy de quererte! La ciudad no conoce tu corazón de oro, y es preciso que lo conozca. Yo quiero decir á todo el mundo que te amo, y probar á mis padres cuando lo sepan, que he hecho una elección acertada.

—Yo soy como otra cualquiera—dijo con humildad la Candiola,—y tus padres no verán en mí sino la hija del que llaman *el judío mallorquín*. ¡Oh, me mata la vergüenza! Quiero salir de Zaragoza y no volver más á este pueblo. Mi padre es de Palma, es cierto; pero no descende de judíos, sino de cristianos viejos, y mi madre era aragonesa y de la familia de Rincón. ¿Por qué somos despreciados? ¿Qué hemos hecho?

Diciendo esto, los labios de Mariquilla se contrajeron con una sonrisa entre incrédula y desdeñosa. Agustín, atormentado sin duda por dolorosos pensamientos, permaneció mudo, con la frente apoyada sobre las manos de su novia. Terribles fantasmas se alzaban con amenazador ademán entre uno y otro. Con los ojos del alma él y ella les estaban mirando llenos de espanto.

Después de un largo rato, Agustín alzó el rostro, y dijo:

—María, ¿por qué callas? Dí algo.

—¿Por qué callas tú, Agustín?—preguntó á su vez la muchacha.

—¿En qué piensas?

—¿En qué piensas tú?

—Pienso—dijo el mancebo,—en que Dios nos protegerá. Cuando concluya el sitio nos casaremos. Si tú te vas de Zaragoza, yo iré contigo á donde vayas. ¿Tu padre te ha hablado alguna vez de casarte con alguien?

—Nunca.

—No impedirá que te cases conmigo. Yo sé que los míos se opondrán; pero mi voluntad es irrevocable. No comprendo la vida sin tí, y perdiéndote no existiría. Eres la suprema necesidad de mi alma, que sin tí sería como el universo sin luz. Ninguna fuerza humana nos apartará mientras tú me ames. Esta convicción está tan arraigada dentro de mí, que si alguna vez pienso que nos hemos de separar en vida para siempre, se me representa esto como un trastorno en la Naturaleza. ¡Yo sin tí! Esto me parece la mayor de las aberraciones. ¡Yo sin tí! ¡Qué delirio y qué absurdo! Es como el mar en la cumbre de las montañas y la nieve en las profundidades del Océano vacío; como los ríos corriendo por el cielo y los astros hechos polvo de fuego en las llanuras de la tierra; como si los árboles hablaran y el hombre viviera entre los metales y las piedras preciosas en las entrañas de la tierra. Yo me acobardo á veces, y tiemblo pensando en las contrariedades que nos abruma; pero la confianza que ilumina mi espíritu, como la fé de las cosas santas, me reanima. Si por momentos temo la muerte, después una voz secreta me dice que no moriré mientras tú vivas. ¿Ves todo este estrago del sitio que soportamos? ¿Ves cómo llueven bombas, granadas y balas, y cómo caen para no levantarse más infinitos compañeros míos? Pues pasada la primera impresión de miedo, nada de esto me hace estremecer, y creo que la Virgen del Pilar aparta de mí la muerte. Tu sensibilidad te tiene en comunicación constante con los ángeles del Cielo; tú eres un ángel del Cielo, y el amarte, el ser amado por tí, me da un poder divino, contra el cual nada pueden las fuerzas del hombre.

Así habló largo rato Agustín, desbordándose de su llena fantasía los pensamientos de la amorosa superstición que le dominaba.

—Pues yo—dijo Mariquilla,—también tengo cierta confianza en lo mismo que has dicho. Temo mucho que te maten; pero no sé qué voces me suenan en el fondo del alma, diciéndome que no te matarán. ¿Será porque he rezado mucho, pidiendo á Dios conserve tu vida en medio de este horroroso fuego? No lo sé. Por las noches, como me acuesto pensando en las bombas que han caído, en las que caen y en las que caerán, sueño con las batallas, y no ceso de oír el zumbido de los cañones. Deliro mucho, y Guedita, que duerme junto á mí, dice que hablo en sueños, diciendo mil desatinos. Seguramente diré alguna cosa, porque no ceso de soñar, y te veo en la muralla y hablo contigo y me respondes. Las balas no te tocan, y me parece que es por los Padre Nuestros que rezo despierta y dormida. Hace pocas noches soñé que iba á curar á los heridos con otras muchachas, y que curábamos muchos, muchísimos, poniéndoles buenos en el acto, casi resucitándoles con nuestras hilas. También soñé que de vuelta á casa te encontré aquí; estabas con tu padre, que era un viejecito muy amable y risueño, y ese tu padre hablaba con el mío, sentados ambos en el sofá de la sala, y los dos parecían muy amigos. Después soñé que tu padre me miraba sonriendo, y empezó á hacerme preguntas. Otras veces sueño con cosas tristes. Cuando despierto, pongo atención, y si no siento el ruido del bombardeo, digo: “puede que los franceses hayan levantado el sitio.” Si oigo cañonazos, miro á la imágen de la Virgen del Pilar, que está en mi cuarto, le pregunto con el pesamiento, y me contesta que no has muerto, sin que yo pueda decir qué signo emplea para responderme. Paso el día pensando en las murallas, y me pongo en la ventana para oír lo que dicen los mozos al pasar por la calle. Algunas veces siento tentaciones de preguntarles si te han visto... Llega la noche, te veo y me quedo tan contenta. Al día siguiente Guedita y yo nos ocupamos en preparar alguna cosa de comer á escondidas de mi padre; si vale la pena, te la guardamos á tí, y si no, se la lleva para los heridos y enfermos ese frailito que llaman el padre Busto, el cual viene por las tardes con pretexto de visitar á Doña Guedita, de quien es pariente. Nos otras le preguntamos que cómo va la cosa, y él nos dice: “Perfectamente. Las tropas están haciendo grandes proezas, y los franceses tendrán que retirarse como la otra vez.” Estas noticias de que todo va bien nos vuelven locas de gozo. El ruido de las bombas nos entristece después; pero rezando recobramos la tranquilidad. Á solas en nuestro cuarto de noche, hacemos hilas y vendas, que se lleva también á escondidas el padre Bus-

to, como si fueran objetos robados, y al sentir los pasos de mi padre, lo guardamos todo con precipitación y apagamos la luz, porque si descubre lo que estamos haciendo se pone muy furioso.

Contando sus sustos y sus alegrías con sencillez divina, Mariquilla estaba risueña y algo festiva. El encanto especial de su voz no es descriptible, y sus palabras, semejantes á una vibración de notas cristalinas, dejaban eco armonioso en el alma.

Cuando concluyó, el primer resplandor de la aurora empezaba á alumbrar su semblante.

—Despunta el día, Mariquilla—dijo Agustín,—y tenemos que marcharnos. Hoy vamos á defender las Tenerías; hoy habrá un fuego horrible y morirán muchos; pero la Virgen del Pilar nos amparará, y podremos gozar de la victoria. María, Mariquilla, no me tocarán las balas.



—No te vayas todavía repuso la hija de Candiola.—Comienza el día, es verdad; pero aún no haceis falta en la muralla.

Sonó la campana de la torre.

—Mira qué pajaros cruzan el espacio anunciando la aurora—dijo Agustín, con amarga ironía.

Una, dos, tres bombas atravesaron el cielo, debilmente aclarado todavía.

—¡Qué miedo!—exclamó María, dejándose abrazar por Montoria.—¿Nos preservará Dios hoy como nos ha preservado ayer?

—¡Á la muralla!—exclamé yo, levantándome á toda prisa.—¿No oyes que tocan á llamada las campanas y las cajas? ¡Á la muralla!

Mariquilla, poseída de un pánico imposible de pintar, lloraba, queriendo detener á Agustín Montoria. Yo, resuelto á partir, pugnaba por llevármele.

Estruendo de tambores y campanas sonaba en la ciudad convocando á las armas, y si en el instante mismo no acudíamos á las filas, corríamos riesgo de ser arcabuceados ó tenidos por cobardes.

—Me voy, me voy, María—dijo mi amigo con profunda emoción.—¿Temes al fuego? No; esta casa es sagrada, porque tú la habitas; será respetada por el fuego enemigo, y la crueldad de tu padre no la castigará Dios en tu santa cabeza. Adios.

Apareció bruscamente Doña Guedita, diciendo que su amo se estaba levantando á toda prisa. Entonces la misma María nos empujó hácia lo bajo de la huerta, ordenándonos que saliéramos al instante. Agustín estaba traspasado de pena; y en la puerta hizo movimientos de perplejidad y dió algunos pasos para volver al lado de la infeliz Candiolla, que muerta de miedo, derramando lágrimas y con las manos cruzadas en disposición de orar, nos miraba partir, aún envuelta en la sombra del ciprés que nos había dado abrigo.

En el momento en que abríamos la puerta, oyóse un grito en la parte superior de la casa, y vimos al tío Candiola que, saliendo á medio vestir, se dirigía hácia nosotros en actitud amenazadora. Quiso Agustín volver atrás; pero le empujé hácia afuera, y salimos.

—¡Al momento á las filas! ¡Á las filas!—exclamé.—Nos echarán de menos, Agustín. Deja por ahora á tu futuro suegro que se entienda con tu futura esposa.

Y velozmente corrimos hasta dar en el Coso, donde observamos el sin número de bombas arrojadas sobre la infeliz ciudad. Todos acudían con presteza á distintos sitios; cual á las Tenerías, cual al Portillo, cual á Santa Engracia ó á Trinitarios. Al llegar al arco de Cineja, tropezamos con D. José Montoria, que seguido de sus amigos, corría hácia el Almudí. En el mismo instante un terrible estampido, resonando á nuestra espalda, nos anunció que un proyectil enemigo había caído en paraje cercano. Agustín, al oír esto, volvió hácia atrás, disponiéndose á tornar al punto de donde veníamos.

—¿Á dónde vas? ¡porra!—le dijo su padre deteniéndole.—Á las Tenerías, pronto á las Tenerías.

La gente que iba y venía supo al momento el lugar del desastre, y oímos decir:

—Tres bombas han caído juntas en la casa del tío Candiola.

—Los ángeles del Cielo apuntaron sin duda los morteros—exclamó D. José de Montoria con estrepitosa carcajada.—Veremos cómo se las compone ese judío mallorquín, si es que ha quedado vivo, para poner en salvo su dinero.

—Corramos á salvar á esos desgraciados—dijo Agustín con vehemencia.

—Á las filas, cobardes—exclamó el padre, sujetándole con férrea mano.—Esa es obra de mujeres. Los hombres á morir en la brecha.

Era preciso acudir á nuestros puestos, y fuimos, mejor dicho, nos llevaron, nos arrastró la impetuosa oleada de gente que corría á defender el barrio de las Tenerías.



XVII



MIENTRAS los morteros situados al Mediodía arrojaban bombas en el centro de la ciudad, los cañones de la línea oriental dispararon con bala rasa sobre la debil tapia de las Mónicas y las fortificaciones de tierra y ladrillo del Molino de aceite y de la batería de Palafox. Bién pronto abrieron tres grandes brechas, y el asalto era inminente. Apoyábanse en el molino de Goicoechea, que tomaron el día anterior, después de ser abandonado é incendiado por los nuestros.

Seguras del triunfo, las masas de infantería recorrían el campo, ordenándose para asaltarnos. Mi batallón ocupaba una casa de la calle de Pabostre, cuya pared había sido en toda su extensión aspillerada. Muchos paisanos y compañías de varios regimientos aguardaban en la cortina, llenos de furor y sin que les arredrara la probabilidad de una muerte segura, con tal de escarmentar al enemigo en su impetuoso avance.

Pasaron largas horas: los franceses apuraban los recursos de la artillería por ver si nos aterraban, obligándonos á dejar el barrio; pero las tapias se desmoronaban, estremecíanse las casas con espantoso sacudimiento, y aquella gente heroica, que apenas se había desayunado con un zoquete de pan, gritaba desde la muralla, diciéndoles que se acercasen. Por fin, contra la brecha del centro y la de la derecha avanzaron fuertes columnas, sostenidas por otras á retaguardia, y se vió que la intención de los franceses era apoderarse á todo trance de aquella línea de pulverizados ladrillos, que defendían algunos centenares de locos, y tomarla á cualquier precio, arrojando sobre ella masas de carne, y haciendo pasar la columna viva por encima de los cadáveres de la muerta.

No se diga para amenguar el mérito de los nuestros, que el francés luchaba á pecho descubierto; los defensores también lo hacían, y detrás de la desbaratada cortina no podía guarecerse una cabeza. Allí era de ver cómo chocaban las masas de hombres, y cómo las bayonetas se cebaban con saña más propia de fieras que de hombres en los cuerpos enemigos. Desde las casas hacíamos fuego incesante, viéndoles caer materialmente en montones, heridos por el plomo y el acero al pié mismo de los escombros que querían conquistar. Nuevas columnas sustituían á las anteriores, y en los que llegaban después, á los esfuerzos del valor se unían ferozmente las brutalidades de la venganza.

Por nuestra parte el número de bajas era enorme; los hombres quedaban por docenas estrellados contra el suelo en aquella línea que había sido muralla, y ya no era sino una aglomeración informe de tierra, de ladrillos y cadáveres. Lo natural, lo humano habría sido abandonar unas posiciones defendidas contra todos los elementos de la fuerza y de la ciencia militar reunidos; pero allí no se trataba de nada que fuese humano y natural, sino de extender la potencia defensiva hasta límites infinitos, desconocidos para el cálculo científico y para el valor ordinario, desarrollando en sus inconmensurables dimensiones el genio aragonés, que nunca se sabe á dónde llega.

Siguió, pues, la resistencia, sustituyendo los vivos á los muertos con entereza sublime. Morir era un accidente, un detalle trivial, un tropiezo del cual no debía hacerse caso.

Mientras esto pasaba, otras columnas igualmente poderosas trataban de apoderarse de la casa de Gonzalez, que he mencionado arriba; pero desde las casas inmediatas y desde los cubos de la muralla se les hizo fuego tan terrible de fusilería y cañón, que desistieron de su intento. Iguales ataques se verificaban, con mejor éxito de parte suya, por nuestra derecha, hácia la huerta de Camporeal y baterías de los Mártires, y la inmensa fuerza desplegada por los sitiadores á una misma hora y en una línea de poca extensión no podía menos de producir resultados.

Desde la casa de la calle de Pabostre, inmediata al Molino de la ciudad, hacíamos fuego, como he dicho, contra los que daban el asalto, cuando hé aquí que las baterías de San José, antes ocupadas en demoler la muralla, enfilaron sus cañones contra aquel viejo edificio, y sentimos que las paredes retemblaban; que las vigas crujían como cuadernas de un buque conmovido por las tempestades; que las maderas de los tapiales estallaban destrozándose en mil astillas; en suma, que la casa se venía abajo.

—¡Cuerno, recuerno!—exclamó el tío Garcés.—Que se nos viene la casa encima.

El humo, el polvo no nos permitían ver lo que pasaba fuera ni lo que pasaba dentro.

—¡Á la calle, á la calle!—dijo Pirli, arrojándose por una ventana.

—¡Agustín, Agustín! ¿Dónde estás?—grité yo, llamando á mi amigo.

Pero Agustín no parecía. En aquel momento de angustia, y no encontrando en medio de tal confusión ni puerta para salir, ni escalera para bajar, corrí á la ventana para arrojarme fuera, y el espectáculo que se ofreció á mis ojos obligóme á retroceder sin aliento ni fuerzas. Mientras los cañones de la batería de San José intentaban por la derecha sepultarnos entre los escombros de la casa, y parecían conseguirlo sin esfuerzo, por delante, y hácia las eras de San Agustín, la infantería francesa había logrado penetrar al fin por las brechas, rematando á los infelices que ya apenas eran hombres, y acabándoles de matar, pues su agonía desesperada no puede llamarse vida. De los callejones cercanos se les hacía un fuego horroroso, y los cañones de la calle de Diezma sustituían á los de la batería vencida. Pero asaltada la brecha, se aseguraban en la muralla. Era imposible conservar en el ánimo una chispa de energía ante tamaño desastre.

Huí de la ventana hácia adentro, despavorido, fuera de mí. Un trozo de pared estalló, reventó, desgajándose en enormes trozos, y una ventana cuadrada tomó la figura de un triángulo isósceles: el techo dejó ver por una esquina la luz del cielo, y los trozos de yeso y las agudas astillas salpicaron mi cara. Corrí hácia el interior, siguiendo á otros, que decían:

—¡Por aquí, por aquí!

—¡Agustín, Agustín!—grité de nuevo, llamando á mi amigo.

Por fin le ví entre los que corríamos, pasando de una habitación á otra y subiendo la escalerilla que conducía á un desván.

—¿Estás vivo?—le pregunté.

—No lo sé—repuso,—ni me importa saberlo.

En el desván rompimos fácilmente un tabique, y pasando á otra pieza, hallamos una empinada escalera; la bajamos, y nos vimos en una pequeña habitación. Unos y otros siguieron adelante, buscando salida á la calle, y otros detuviéronse allí.

Se ha quedado fijo en mi imaginación, con líneas y colores indelebles, el interior de aquella mezquina pieza, bañada por la copiosa luz que entraba por una ventana abierta á la calle. Cubrían las paredes irregulares estampas de vírgenes y santos. Dos ó tres cofres viejos, forrados de piel

de cabra, ocupaban un testero. Veíase en otro ropa de mujer, colgada de clavos y alcayatas, y una cama altísima de humilde aspecto, aún con las sábanas revueltas. En la ventana había tres grandes tiestos de yerbas, y parapetadas tras ellos, dirigiendo por los huecos la rencorosa visual de su puntería, dos mujeres hacían fuego sobre los franceses, que ya ocupaban la brecha. Tenían dos fusiles. Una cargaba y otra disparaba; agachábase la fusilera para enfilear el cañón entre los tiestos, y suelto el tiro, alzaba la cabeza por sobre las matas para mirar el campo de batalla.

—Manuela Sancho—exclamé, poniendo la mano sobre el hombro de la heroica muchacha.—Toda resistencia es inútil. Retirémonos. La casa inmediata es destruída por las baterías de San José, y en el techo de ésta empiezan á caer las balas. Vámonos.

Pero no hacía caso, y seguía disparando. Al fin la casa, que era debil, como la vecina, y aún ménos que ésta podía resistir al choque de los proyectiles, experimentó una fuerte sacudida, cual si temblara la tierra en que arraigaba sus cimientos. Manuela Sancho arrojó el fusil. Ella y la mujer que la acompañaba penetraron precipitadamente en una inmediata alcoba, de cuyo oscuro recinto sentí salir angustiosas lamentaciones. Al entrar, vimos que las dos muchachas abrazaban á una anciana tullida que, en su pavor, quería arrojarse del lecho.

—Madre, esto no es nada—le dijo Manuela, cubriéndola con lo primero que encontró á mano.—Vámonos á la calle, que la casa parece que se quiere caer.

La anciana no hablaba, no podía hablar. Tomáronla en brazos las dos mozas; mas nosotros la recogimos en los nuestros, encargándoles á ellas que llevaran nuestros fusiles y la ropa que pudieran salvar. De este modo pasamos á un patio, que nos dió salida á otra calle, donde aún no había llegado el fuego.



XVIII

Los franceses habíanse apoderado también de la batería de los Mártires, y en aquella misma tarde fueron dueños de las ruinas de Santa Engracia y del convento de Trinitarios. ¿Se concibe que continúe la resistencia de una plaza después de perdido lo más importante de su circuito? No; no se concibe, ni en las previsiones del arte militar ha entrado nunca que, apoderado el enemigo de la muralla por la superioridad incontrastable de su fuerza material, ofrezcan las casas nuevas líneas de fortificaciones, improvisadas por la iniciativa de cada vecino; no se concibe que, tomada una casa, sea preciso organizar un verdadero plan de sitio para tomar la inmediata, empleando la zapa, la mina y ataques parciales á la bayoneta, desarrollando contra un tabique ingeniosa estrategia; no se concibe que, tomada una acera, sea

preciso para pasar á la de en frente poner en ejecución las teorías de Vauban, y que para saltar un arroyo sea necesario hacer paralelas, zig-zags y caminos cubiertos.

Los generales franceses se llevaban las manos á la cabeza, diciendo: "Esto no se parece á nada de lo que hemos visto." En los gloriosos anales del Imperio se encuentran muchos partes como este: "Hemos entrado en Spandau; mañana estaremos en Berlin." Lo que aún no se había escrito era lo siguiente: "Después de dos días y dos noches de combate, hemos tomado la casa número 1 de la calle de Pabostre. Ignoramos cuándo se podrá tomar el número 2."

No tuvimos tiempo para reposar. Los dos cañones que enfilaban la calle de Pabostre, en el ángulo de Puerta Quemada, se habían quedado sin gente. Unos corrimos á servirlos, y el resto del batallón ocupó varias casas en la calle de Palomar. Los franceses dejaron de hacer fuego de cañón contra los edificios que habíamos abandonado, ocupándose precipitadamente en repararlos como pudieron. Lo que amenazaba ruina lo demolían, y tapiaban los huecos con vigas, cascajo y sacas de lana.

Como no podían atravesar sin riesgo el espacio intermedio entre los restos de muralla y sus nuevos alojamientos, comenzaron á abrir una zanja en zig-zag, desde el Molino de la ciudad á la casa que antes ocupáramos nosotros, la cual sólo conservaba en buén estado para alojamiento la planta baja.

Al punto comprendimos que, una vez dueños de aquella casa, procurarían, derribando tabiques, apoderarse de toda la manzana, y para evitarlo, la tropa disponible fué distribuída en guarniciones que ocuparon todos los edificios donde había peligro. Al mismo tiempo se levantaban barricadas en las boca-calles, aprovechando los escombros. Nos pusimos á trabajar con ardor frenético en distintas faenas, entre las cuales la ménos penosa era seguramente la de batirnos. Dentro de las casas arrojábamos por los balcones todos los muebles; fuera transportábamos heridos, ó arrimábamos los muertos al zócalo de los edificios, pues las únicas honras fúnebres que por entonces podían hacerseles, consistían en quitarlos de donde estorbaban.

Quisieron también los franceses ganar á Santa Mónica, convento situado en la línea de las Tenerías, más al Norte de la calle de Pabostre; pero sus paredes ofrecían buena resistencia, y no era fácil tomarlo como aquellas endebles casas, que el estruendo tan sólo de los cañones hacía estremecer. Los voluntarios de Huesca la defendían con gran arrojo, y después de repetidos ataques, los sitiadores dejaron la empresa para otro

día. Posesionados tan sólo de algunas casas, permanecían en ellas á la caída de la tarde como en escondida madriguera, y ¡ay de aquel que asomaba la cabeza fuera de las ventanas! Las paredes cercanas, los tejados, las bohardillas y tragaluces abiertos en distintas direcciones, estaban llenos de atentos ojos que observaban el menor descuido del soldado enemigo para soltarle un tiro.

Cuando anocheció empezamos á abrir huecos en los tabiques para comunicar todas las casas de una misma manzana. Á pesar del incesante ruido del cañón y la fusilería, en el interior de los edificios pudimos percibir el golpear de las piquetas enemigas, ocupadas en igual tarea que nosotros. También ellos establecían comunicaciones. Como aquella arquitectura era frágil y casi todos los tabiques de tierra, en poco tiempo abrimos paso por entre varias casas.

Á eso de las diez de la noche nos hallábamos en una que debía de ser muy inmediata á la de Manuela Sancho, cuando sentimos que por conductos desconocidos, por sótanos, pasillos ó subterráneas comunicaciones, llegaba á nuestros oídos el rumor de las voces del enemigo. Una mujer subió azorada por una escalerilla, diciéndonos que los franceses estaban abriendo un boquete en la pared de la cuadra, y bajamos al instante; pero aún no estábamos todos en el patio frío, estrecho y oscuro de la casa, cuando á boca de jarro se nos disparó un tiro, y un compañero fué levemente herido en el hombro.

Á la escasa claridad percibimos varios bultos que sucesivamente se internaron en la cuadra, é hicimos fuego, avanzando después con brío tras ellos.

Al ruido de los tiros acudieron otros compañeros nuestros que habían quedado arriba, y penetramos denodadamente en la lóbrega pieza. Los enemigos no se detuvieron en ella, y á todo escape repasaron el agujero abierto en la pared medianera, buscando refugio en su primitiva morada, desde la cual nos enviaron algunas balas. No estábamos completamente á oscuras, porque ellos tenían una hoguera, de cuyas llamas algunos débiles rayos penetraban por la abertura, difundiendo rojiza claridad sobre el teatro de aquella lucha.

Yo no había visto nunca cosa semejante, ni jamás presencié combate alguno entre cuatro negras paredes y á la luz indecisa de una llama lejana, cuya oscilación proyectaba movibles sombras y espantajos en nuestro derredor.

Adviértase que la claridad era perjudicial á los franceses, porque á pesar de guarecerse tras el hueco, nos ofrecían blanco seguro. Nos tiro-





teamos un breve rato, y dos compañeros cayeron muertos ó mal heridos sobre el húmedo suelo. Á pesar de este desastre, hubo otros que quisieron llevar adelante aquella aventura, asaltando el agujero é internándose en la guarida del enemigo; pero aunque éste había cesado de ofendernos, parecía prepararse para atacar mejor. De repente se apagó la hoguera y quedamos en completa oscuridad. Dimos repetidas vueltas buscando la salida y chocábamos unos con otros. Esta situación, junto con el temor de ser atacados con elementos superiores ó de que arrojaran en medio de aquel sepulcro granadas de mano, nos obligó á retirarnos al patio confundidamente y en tropel.

Tuvimos tiempo, sin embargo, para buscar á tientas y recoger á los dos camaradas que habían caído durante la refriega, y luégo que salimos, cerramos la puerta, tabicándola por dentro con piedras, escombros vigas, toneles y cuanto en el patio se nos vino á las manos. Al subir, el que nos mandaba repartió algunos hombres en distintos puntos de la casa, dejando un par de escuchas en el patio para atender á los golpes de la zapa enemiga, y á mí me tocó salir fuera con otros, para traer un poco de comida, que á todos nos hacía muchísima falta.

En la calle, nos pareció que de una mansión de tranquilidad pasábamos al mismo Infierno; porque en medio de la noche continuaba el fuego entre las casas y la muralla. La claridad de la luna permitía correr sin tropiezo de un punto á otro, y las calles eran á cada instante atravesadas por escuadrones de tropa y paisanos, que iban á donde, según la voz pública, había verdadero peligro. Muchos, sin entrar en fila, y guiados de su propio instinto, acudían aquí y allí, haciendo fuego desde el punto que mejor les venía á cuento. Las campanas de todas las iglesias tocaban á la vez con lúgubre algazara, y á cada paso se encontraban grupos de mujeres transportando heridos.

Por todas partes, especialmente en el extremo de las calles que remataban en la muralla de Tenerías, se veían hacinados los cuerpos, y el herido se confundía con el cadáver, no pudiendo determinarse de qué boca salían aquellas voces lastimosas que imploraban socorro. Yo no había visto jamás desolación tan espantosa; y más que el espectáculo de los desastres causados por el hierro, me impresionó ver en los dinteles de las casas ó arrastrándose por el arroyo en busca de lugar seguro, á muchos atacados de la epidemia y que se morían por momentos sin tener en las carnes la más ligera herida. El horroroso frío les hacía dar diente con diente, é imploraban auxilio con ademanes de desesperación, porque no podían hablar.

Á todas estas, el hambre nos había quitado por completo las fuerzas, y apenas nos podíamos tener.

—¿Dónde encontraremos algo de comida?—me dijo Agustín.—¿Quién se va á ocupar de semejante cosa?

—Esto tiene que acabarse pronto de una manera ó de otra—respondí. Ó se rinde la ciudad, ó perecemos todos.

Al fin hacía las piedras del Coso encontramos una cuadrilla de administración que estaba repartiendo raciones, y ávidamente tomamos las nuestras, llevando á los compañeros todo lo que podíamos cargar. Ellos lo recibieron con gran algarabía y cierta jovialidad impropia de las circunstancias; pero el soldado español es y ha sido siempre así. Mientras comían aquellos mendrugos tan duros como el guijarro, cundió por el batallón la opinión unánime de que Zaragoza no podía ni debía rendirse *nunca*.

Era la media noche cuando empezó á disminuir el fuego. Los franceses no conquistaban un palmo de terreno fuera de las casas que ocuparon por la tarde, aunque tampoco se les pudo echar de sus alojamientos. Esta epopeya se dejaba para los días sucesivos; y cuando los hombres influyentes de la ciudad, los Montoria, los Cereso, los Sas, los Salamero y los San Clemente volvían de las Mónicas, teatro aquella noche de grandes prodigios, manifestaban una confianza enfática y un desprecio del enemigo, que enardecía el ánimo de cuantos le oían.

—Esta noche se ha hecho poco—decía Montoria.—La gente ha estado algo floja. Verdad que no había para qué echar el resto, ni debemos salir de nustro ten con ten mientras los franceses nos ataquen con tan poco brío... Veo que hay algunas desgracias... poca cosa. Las monjas han baido bastante aceite con vino, y todo es cuestión de aplicar unos cuantos parches... Si hubiera tiempo, bueno sería enterrar los muertos de ese montón; pero ya se hará más adelante. La epidemia avanza un poco... es preciso dar muchas friegas... friegas y más friegas; es mi sistema. Por ahora bién pueden pasarse sin caldo; el caldo es un brevaie repugnante. Yo les daría un trago de aguardiente, y en poco tiempo podrían tomar el fusil. Con que, señores, la fiesta parece acabarse por esta noche; descabezaremos un sueño de media hora, y mañana... mañana se me figura que los franceses nos atacarán formalmente.

Luégo encaró con su hijo, que en mi compañía se le acercaba, y continuó así:

—¡Oh, Agustínillo! Ya había preguntado por tí, porque en acciones como la de hoy, suele suceder que muere alguna gente. ¿Estás herido?

No, no tienes nada; á ver... un simple rasguño... ¡Ah! Chico, se me figura que no te has portado como un Montoria. Y usted, Araceli, ¿ha perdido alguna pierna? Tampoco; parece que los dos acaban de salir de la fábrica: no les falta ni un pelo. Malo, malo. Me parece que tenemos aquí un par de gallinas... Ea, á descansar un rato, nada más que un rato. Si se sienten ustedes atacados de la epidemia, friegas y más friegas... es el mejor sistema... Con que, señores, quedamos en que mañana se defenderán estas casas tabique por tabique. Lo mismo pasa en todo el contorno de la ciudad; pero en cada alcoba habrá una batalla. Vamos á la Capitanía General, y veremos si Palafox ha acordado lo que pensamos. No hay otro camino: ó entregarles la ciudad, ó disputarles cada ladrillo como si fuera un tesoro. Se aburrirán. Hoy han perdido seis ú ocho mil hombres. Pero vamos á ver al Excmo. Sr. D. José... Buenas noches, muchachos, y mañana tratad de sacudir esa cobardía...

—Durmamos un poco—dije á mi amigo cuando nos quedamos solos.—Vamos á la casa que estamos guarneciendo, donde me parece que he visto algunos colchones.

—Yo no duermo—me contestó Montoria, siguiendo por el Coso adelante.

—Ya sé á dónde vas. No se nos permitirá alejarnos tanto, Agustín.

Mucha gente, hombres y mujeres, en distintas direcciones, discurrían por aquella gran vía. De improviso una mujer corrió velozmente hácia nosotros y abrazó á Agustín sin decirle nada, porque profunda emoción ahogaba la voz en su garganta.

—Mariquilla, Mariquilla de mi corazón—exclamó Montoria, abrazándola con júbilo.—¿Cómo estás aquí? Iba ahora en busca tuya.

Mariquilla no podía hablar, y sin el sostén de los brazos del amante, su cuerpo desmadejado y flojo hubiera caído al suelo.

—¿Estás enferma? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Es cierto que las bombas han derribado tu casa?

Cierto debía ser, pues la desgraciada jóven mostraba en su desaliñado aspecto una gran desolación. Su vestido era el que le vimos la noche anterior. Tenía suelto el cabello, y en sus brazos magullados observamos algunas quemaduras.

—Sí—dijo al fin con apagada voz.—Nuestra casa no existe: no tenemos nada, lo hemos perdido todo. Esta mañana, cuando saliste de allá, una bomba hundió el techo. Luégo cayeron otras dos...

—¿Y tu padre?

—Mi padre está allá, y no quiere abandonar las ruinas de la casa. Yo

he estado todo el día buscándote para que nos dieras algún socorro. Me he metido entre el fuego; he estado en todas las calles del arrabal; he subido á algunas casas. Creí que habías muerto.

Agustín se sentó en el hueco de una puerta, y abrigando á Mariquilla con su capote, la sostuvo como se sostiene á un niño. Repuesta de su desmayo, pudo seguir hablando, y entonces nos dijo que no habían podido salvar ningún objeto,



y que apenas tuvieron tiempo para huir. La infeliz temblaba de frío, y poniéndole mi capote sobre el que ya tenía, tratamos de llevarla á la casa que guarnecíamos.

—No—dijo.—Quiero volver al lado de mi padre. Está loco de desesperación y dice mil blasfemias, injuriando á Dios y á los santos. No le he podido arrancar de aquello que fué nuestra casa. Carecemos de alimento. Los vecinos no han querido darle nada. Si ustedes no quieren llevarme allá, me iré yo sola.

—No, Mariquilla; no, no irás allá—exclamó Montoria;—te pondremos en una de estas casas, donde, al ménos por esta noche, estarás segura, y entre tanto Gabriel irá en busca de tu padre, y llevándole algo de comer, de grado ó por fuerza le sacará de allí.

Insistió la Candiola en volver á la calle de Antón Trillo; pero como apenas tenía fuerzas para moverse, la llevamos en brazos á una casa de la calle de los Clavos, donde estaba Manuela Sancho.



XIX

CESADO el fuego de cañón y de fusil, un gran resplandor iluminaba la ciudad. Era el incendio de la Audiencia, que comenzado cerca de la media noche, había tomado terribles proporciones y devoraba por sus cuatro costados aquel hermoso edificio.

Sin atender más que á mi objeto, seguí presuroso hasta la calle de Antón Trillo. La casa del tío Candiola había estado ardiendo todo el día, y al fin, sofocada la llama entre los escombros de los techos hundidos, de entre las paredes agrietadas salía negra columna de humo. Los huecos, perdida su forma, eran unos agujeros irregulares, por donde se veía el cielo, y el ladrillo desmoronado formaba una dentelladura desigual en lo que fué arquitrabe. Parte del lienzo de pared que daba frente á la huerta se había venido al suelo, obstruyendo ésta en términos que había desaparecido el antepecho y la escalerilla de piedra, llegando el cascajo hasta la misma tapia de la calle. En medio de estas ruinas subsistía incólume el ciprés, como el pensamiento, que permanece vivo al sucumbir la materia, y alzaba su negra cima como un monumento conmemorativo.

El portalón estaba destrozado á hachazos por los que en el primer momento acudieron á contener el fuego. Cuando penetré en la huerta ví que hacía la derecha y junto á la reja de una ventana había alguna gente. Aquella parte de la casa era la que se conservaba mejor, pues el piso bajo no había sufrido casi nada, y el desplome del techo sobre el principal no había conmovido á éste, aunque era de esperar que con el gran peso se rindiera más ó ménos pronto.

Acerquéme al grupo, creyendo encontrar á Candiola, y en efecto, allí

estaba sentado junto á la reja, con las manos en cruz, inclinada la cabeza sobre el pecho y lleno el vestido de girones y quemaduras. Era rodeado por una pequeña turba de mujeres y chiquillos, que cual abejorros zumaban en su alrededor, prodigándole toda clase de insultos y vejámenes. No me costó gran trabajo ahuyentar tan molesto enjambre, y aunque no se fueron todos, y persistían en husmear por allí, creyendo encontrar entre las ruinas el oro del rico Candiola, éste se vió al fin libre de los tirones, pedradas, y de las crueles agudezas con que era mortificado.

—Señor militar—me dijo,—le agradezco á usted que ponga en fuga á esa vil canalla. Aquí se le quema á uno la casa y nadie le da auxilio. Ya no hay autoridades en Zaragoza. ¡Qué pueblo, señor, qué pueblo! No será porque dejemos de pagar gabelas, diezmos y contribuciones.

—Las autoridades no se ocupan más que de las operaciones militares—le dije;—y son tantas las casas destruidas, que es imposible acudir á todas.

—¡Maldito sea mil veces—exclamó, llevándose la mano á la cabeza desnuda,—quien nos ha traído estos desastres! Atormentado en el Infierno por mil eternidades no pagaría su culpa. Pero qué demonios busca usted aquí, señor militar? ¿Quiere usted dejarme en paz?

—Vengo en busca del Sr. Candiola—respondí,—para llevarle á donde se le puda socorrer, curando sus quemaduras, y dándole un poco de alimento.

—¡Á mí!... yo no salgo de mi casa exclamó con voz lúgubre.—La Junta tendrá que reedificármela. ¿Y á dónde me quiere llevar usted? Ya... ya... ya estoy en el caso de que me den una limosna. Mis enemigos han conseguido su objeto, que era ponerme en el caso de pedir limosna; pero no la pediré, no. Antes me comeré mi propia carne y beberé mi sangre, que



humillarme ante los que me han traído á semejante estado. ¡Ah, miserables, y le quitan á uno su harina para ponerla después en las cuentas como adquirida á noventa ó cién reales! Como que están vendidos á los franceses, y prolongan la resistencia para redondear sus negocios... luégo les entregan la ciudad y se quedan tan frescos.

—Deje usted todas esas consideraciones para otro momento—le dije,—y sígame ahora; que no está el tiempo para pensar en eso. Su hija de usted ha encontrado donde guarecerse, y á usted le daremos asilo en el mismo lugar.

—Yo no me muevo de aquí. ¿En dónde está mi hija?—preguntó con pena.—¡Ah! Esa loca no sabe permanecer al lado de su padre en la desgracia. La vergüenza la hace huir de mí. ¡Maldita sea su liviandad y el momento en que la descubrí! Señor, Jesús de Nazareno, y tú, mi patrono Santo Dominguito del Val, decidme: ¿qué he hecho yo para merecer tantas desgracias en un mismo día? ¿No soy bueno, no hago todo el bién que puedo, no favorezco á mis semejantes, prestándoles dinero con un interés módico, pongo por caso, la miseria de tres ó cuatro reales por peso fuerte al mes? Y si soy un hombre bueno á carta cabal, ¿á qué llueven sobre mí tantas desventuras? Y gracias que no pierdo lo poco que á fuerza de trabajos he reunido, porque está en paraje á donde no pueden llegar las bombas; pero ¿y la casa, y los muebles, y los recibos y lo que aún queda en el almacén? Maldita sea yo, y cómanme los demonios, si cuando esto se acabe y cobre los piquillos que por ahí tengo, no me marchó de Zaragoza para no volver más.

—Nada de eso viene ahora al caso, Sr. de Candiola—dije con impaciencia.—Sígame usted.

—No—dijo con furia,—no, no es desatino. Mi hija se ha envilecido. No sé cómo no la maté esta mañana. Hasta aquí yo había supuesto á María un modelo de virtudes y de honestidad; me deleitaba su compañía, y de todos los buenos negocios destinaba un real para comprarle monerías. Mal empleado dinero! Dios mío, tú me castigas por haber despilfarrado un gran capital en cosas superfluas, cuando colocado á interés compuesto hubiérase ya triplicado. Yo tenía confianza en mi hija. Esta mañana levantéme al amanecer: acababa de pedir con fervor á la Virgen del Pilar que me librara del bombardeo, y tranquilamente abrí la ventana para ver cómo estaba el día. Póngase usted en mi caso, señor militar, y comprenderá mi asombro y pena al ver dos hombres allí... allí, en aquel corredor junto al ciprés... me parece que les estoy viendo. Uno de ellos abrazaba á mi hija. Ambos vestían uniforme; no pude verles el rostro, porque aún

era escasa la claridad del día... Precipitadamente salí de mi cuarto; pero cuando bajé á la huerta ya los dos estaban en la calle. Quedóse muda mi hija al ver descubierta su liviandad, y leyendo en mi cara la indignación que tan vil conducta me producía, se arrodilló delante de mí pidiéndome perdón. "Infame—le dije, ciego de ira,—tú no eres hija mía; tú no eres hija de este hombre honrado, que jamás ha hecho mal á nadie. Muchacha loca y sin pudor, no te conozco, tú no eres mi hija, vete de aquí... ¡Dos



hombres, dos hombres en mi casa, de noche, contigo! ¿No has reparado en las canas de tu anciano padre? ¿No has reparado que esos hombres pueden robarme? ¿No has reparado que la casa está llena de mil objetos de valor, que caben fácilmente en una faltriquera?... ¡Mereces la muerte! Y si no me engaño, aquellos dos hombres se llevaban alguna cosa. ¡Dos hombres! ¡Dos novios! ¡Y recibirlos de noche en mi casa, deshonrando á tu padre y ofendiendo á Dios! ¡Y yo desde mi cuarto miraba la luz del tuyo, creyendo con esto que velabas allí, haciendo alguna labor...! De

modo, miserable chicuela; de modo, hembra despreciable, que mientras tú estabas en la huerta, en tu cuarto se estaba gastando inútilmente una vela...„ ¡Oh, señor militar! no pude contener mi indignación, y luego que esto le dije, cogíla por un brazo y la arrastré para echarla fuera. En mi cólera ignoraba lo que hacía. La infeliz me pedía perdón, añadiendo: “Yo le quiero, padre, yo no puedo negar que le quiero..” Oyéndola, se redobló mi furor, y exclamé así:—“¡Maldito sea el pan que te he dado en diez y nueve años! ¡Meter ladrones en mi casa! ¡Maldita sea la hora en que naciste y malditos los lienzos en que te envolvimos en la noche del 3 de Febrero del año 91! Antes se hundirá el cielo ante mí, y antes me dejará de su mano la Señora Virgen del Pilar, que volver á ser para tí tu padre, y tú para mí la Mariquilla á quien tanto he querido..” Apenas dije esto, señor militar, cuando pareció que todo el firmamento reventaba en pedazos, cayendo sobre mi casa. ¡Qué espantoso estruendo y qué conmoción tan horrible! Una bomba cayó en el techo, y en el espacio de cinco minutos cayeron otras dos. Corrimos adentro: el incendio se propagaba con voracidad, y el hundimiento del techo amenazaba sepultarnos allí. Quisimos salvar á toda prisa algunos objetos; pero no nos fué posible. Mi casa, esta casa que compré el año 87, casi de balde, porque fué embargada á un deudor que me debía cinco mil reales con trece mil y un pico de intereses, se desmoronaba, se deshacía como un bollo de mazapán, y por aquí cae una viga, por allí salta un vidrio, por acullá se desploma una pared. El gato maullaba; Doña Guedita me arañó el rostro al salir de su cuarto; yo me aventuré á entrar en el mío para coger un recibito que había dejado sobre la mesa, y estuve á punto de perecer.

Así habló el tío Candiola. Su dolor, además de profunda afección moral, era como un desórden nervioso, y al instante se comprendía que aquel organismo estaba completamente perturbado por el terror, el disgusto y el hambre. Su locuacidad, más que desahogo del alma, era un desbordamiento impetuoso, y aunque aparentaba hablar conmigo, en realidad dirigíase á entes invisibles, los cuales, á juzgar por los gestos de él, también le devolvían alguna palabra. Por esto, sin que yo le dijera nada, siguió hablando en tono de contestación, y respondiendo á preguntas que sus interlocutores le hacían.

—Ya he dicho que no me marcharé de aquí mientras no recoja lo mucho que aún puede salvarse. Pues qué, ¿voy á abandonar mi hacienda? Ya no hay autoridades en Zaragoza. Si las hubiera, se dispondría que vinieran aquí cien ó doscientos trabajadores á revolver los escombros para sacar alguna cosa. Pero, Señor, ¿no hay quien tenga caridad, no hay

quien tenga compasión de este infeliz anciano que nunca ha hecho mal á nadie? ¿Ha de estar uno sacrificándose toda la vida por los demás, para que al llegar un caso como este no encuentre un brazo amigo que le ayude? No, no vendrá nadie, y si vienen es por ver si entre las ruinas encuentran algún dinero... ¡Já, já, já!—decía esto riendo como un demente. —¡Buén chasco se llevan! Siempre he sido hombre precavido, y ahora, desde que empezó el sitio, puse mis ahorros en lugar tan seguro, que sólo yo puedo encontrarlo. No, ladrones; no, tramposos; no, egoistas: no encontrareis un real aunque levanteis todos los escombros y hagais menudos pedazos lo que queda de esta casa; aunque piqueis toda la madera haciendo con ella palillos de dientes; aunque reduzcais todo á polvo, pasándolo luégo por un tamiz.

—Entonces, Sr. de Candiola—le dije tomándole resueltamente por un brazo para llevarle fuera,—si las peluconas están seguras, ¿á qué viene el estar aquí de centinela? Vamos fuera.

—¿Cómo se entiende, señor entrometido?—exclamó, desasiéndose con fuerza.—Vaya usted noramala, y déjeme en paz. ¿Cómo quiere usted que abandone mi casa, cuando las autoridades de Zaragoza no mandan un piquete de tropa á custodiarla? Pues qué, ¿cree usted que mi casa no está llena de objetos de valor? ¿Ni cómo quiere que me marche de aquí sin sacarlos? ¿No ve usted que el piso bajo está seguro? Pues quitando esta reja, se entrará fácilmente, y todo puede sacarse. Si me aparto de aquí un solo momento, vendrán los rateros, los granujas de la vecindad, y ¡ay de mi hacienda, ay del fruto de mi trabajo, ay de los utensilios que representan cuarenta años de laboriosidad incesante! Mire usted, señor militar, en la mesa de mi cuarto hay una palmatoria de cobre, que pesa lo ménos tres libras. Es preciso salvarla, sí, salvarla á toda costa. Si la Junta mandara aquí, como es su deber, una compañía de ingenieros... Pues también hay una vajilla que está en el armario del comedor, y que debe permanecer intacta. Entrando con cuidado y apuntalando el techo se la puede salvar. ¡Oh! sí; es preciso salvar esa desgraciada vajilla. No es esto solo, señor militar, señores. En una caja de lata tengo los recibos: espero salvarlos. También hay un cofre donde guardo dos casacas antiguas, algunas medias y tres sombreros. Todo esto está aquí abajo y no ha padecido deterioro. Lo que se pierde irremisiblemente es el ajuar de mi hija. Sus trajes, sus alfileres, sus pañuelos, sus frascos de agua de olor podrían valer un dineral, si se vendieran ahora. ¡Cómo se habrá destrozado todo! ¡Jesús, qué dolor! Verdad es que Dios quiso castigar el pecado de mi hija, y las bombas se fueron derechas á los frascos de olor.

Pero en mi cuarto quedó sobre la cama mi chupa, en cuyo bolsillo hay siete reales y diez cuartos. ¡Y no tener yo aquí veinte hombres con piquetas y azadas...! ¡Dios justo y misericordioso! ¿En qué están pensando las autoridades de Zaragoza...? El candil de dos mecheros estará intacto. ¡Oh, Dios! Es la mejor pieza que ha llevado aceite en el mundo. Le encontraremos por ahí, levantando con cuidado los escombros del cuarto de la esquina. Traiganme una cuadrilla de trabajadores, y verán qué pronto despacho... ¿Cómo quieren que me aparte de aquí? ¡Si me aparto, si me duermo un solo instante, vendrán los ladrones... sí... vendrán y se llevarán la palmatoria!

La tenacidad del avaro era tal, que resolví marcharme sin él, dejándole entregado á su delirante inquietud. Llegó Doña Guedita á toda prisa, trayendo una piqueta y una azada, juntamente con un canastillo en que ví algunas provisiones.

—Señor—dijo, sentándose fatigada y sin aliento.—Aquí está la piqueta y el azadón que me ha dado mi sobrino. Ya no hacen falta, porque no se harán más fortificaciones... Aquí están estas pasas medio podridas y algunos mendrugos de pan.

La dueña comía con avidez. No así Candiola, que, despreciando la comida, cogió la piqueta y resueltamente, como si en su cuerpo hubieran infundido súbita robustez y energía, empezó á desquiciar la reja. Trabajando con ardiente actividad, decía:

—Si las autoridades de Zaragoza no me quieren favorecer, Doña Guedita, entre usted y yo lo haremos todo. Coja usted la azada y prepárese á levantar el cascajo. Mucho cuidado con las vigas que todavía humean. Mucho cuidado con los clavos.

Luégo volviéndose á mí, que fijaba la atención en las señas de inteligencia hechas por el ama de llaves, me dijo:

—¡Eh! Vaya usted noramala. ¿Qué tiene usted que hacer en mi casa? ¡Fuera de aquí! Ya sabemos que viene á ver si puede pescar alguna cosa. Aquí no hay nada. Todo se ha quemado.

No había, pues, esperanza de llevarle á las Tenerías para tranquilizar á la pobre Mariquilla, por cuya razón, no pudiendo detenerme más, me retiré. Amo y criada proseguían con gran ardor su trabajo.



ORMÍ desde las tres al
amanecer, y por la ma-

ñana oímos misa en el Coso. En el gran
balcón de la casa llamada de las Monas, há-
cia la entrada de la calle de las Escuelas
Pías, ponían todos los domingos un altar y

allí se celebraba el oficio divino, pudiéndose ver el sacerdote, por la si-
tuación de aquel edificio, desde cualquier punto del Coso. Semejante es-
pectáculo era muy conmovedor, sobre todo en el momento de alzar, y
cuando puestos todos de rodillas, se oía un sordo murmullo de extremo á
extremo.

Poco después de terminada la misa, advertí que venía como del Mer-
cado un gran grupo de gente alborotada y gritona. Entre la multitud al-
gunos frailes pugnaban por apaciguarla; pero ella, sorda á las voces de la
razón, más rugía á cada paso, y en su marcha arrastraba una víctima sin
que fuerza alguna pudiera arrancársela de las manos. Detúvose el pueblo
irritado junto á la subida del Trenque donde estaba la horca, y al poco
rato uno de los dogales de ésta suspendió el cuerpo convulso de un hom-
bre, que se sacudió en el aire hasta quedar exánime. Sobre el madero
apareció bién pronto un cartel que decía: *Por asesinato del género huma-
no, á causa de haber ocultado veinte mil camas.*

Era aquel infeliz un D. Fernando Estallo, guarda-almacén de la Casa-utensilios. Cuando los enfermos y los heridos espiraban en el arroyo y sobre las frías baldosas de las iglesias, encontróse un gran depósito de camas, cuya ocultación no pudo justificar el citado Estallo. Desencadenóse impetuosamente sobre él la ira popular, y no fué posible contenerla. Oí decir que aquel hombre era inocente. Muchos lamentaron su muerte; pero al comenzar el fuego en las trincheras nadie se acordó más de él.

Palafox publicó aquel día una proclama, en que trataba de exaltar los ánimos, y ofrecía el grado de capitán al que se presentara con cien hombres, amenazando con *pena de horca y confiscación de bienes al que no acudiese prontamente á los puntos ó los desamparase*. Todo esto era señal del gran apuro de las autoridades.

Aquel día fué memorable por el ataque á Santa Mónica, que defendían los voluntarios de Huesca. Durante el anterior y gran parte de la noche, los franceses habían estado bombardeando el edificio. Las baterías de la huerta estaban inservibles, y fué preciso retirar los cañones, operación que nuestros valientes llevaron á cabo, sufriendo á descubierto el fuego enemigo. Éste abrió al fin brecha, y penetrando en la huerta, quiso apoderarse también del edificio, olvidando que había sido rechazado dos veces en los días anteriores. Pero Lannes, contrariado por la extraordinaria y nunca vista tenacidad de los zaragozanos, había mandado reducir á polvo el convento, lo cual, teniendo morteros y obuses, era más fácil que conquistarlo. Efectivamente, después de seis horas de fuego de artillería, una gran parte del muro de Levante cayó al suelo, y allí era de ver el regocijo de los franceses, que sin pérdida de tiempo se abalanzaron á asaltar la posición, auxiliados por los fuegos oblicuos del Molino de la ciudad. Viéndoles venir, Villacampa, jefe de los de Huesca, y Palafox, que había acudido al punto del peligro, trataron de cerrar la brecha con sacos de lana y unos cajones vacíos que habían venido con fusiles. Llegando los franceses, asaltaron con furia loca, y después de un breve choque cuerpo á cuerpo, fueron rechazados. Durante la noche siguieron cañoneando el convento.

Al siguiente día resolvieron dar otro asalto, seguros de que no habría mortal que defendiese aquel esqueleto de piedra y ladrillo que por momentos se venía al suelo. Embistiéronlo por la puerta del locutorio; pero durante la mañana no pudieron conquistar ni un palmo de terreno en el claustro.

Desplomóse al caer de la tarde el techo por la parte oriental del convento. El piso tercero, que estaba muy quebrantado, no pudo resistir el

peso y cayó sobre el segundo. Éste, que era aún más endeble, dejóse ir sobre el principal, y el principal, incapaz por sí solo de sostener encima todo el edificio, hundiéndose sobre el claustro, sepultando centenares de hombres. Parecía natural que los demás se acobardaran con esta catás-



D. Pedro Villacampa.

trofe; pero no fué así. Los franceses dominaron una parte del claustro, pero nada más, y para apoderarse de la otra necesitaban franquearse camino por entre los escombros. Mientras lo hicieron, los de Huesca, que aún existían, fijaban su alojamiento en la escalera, y agujereaban el piso

del claustro alto, para arrojar granadas de mano contra los sitiadores.

Entre tanto nuevas tropas francesas logran penetrar por la iglesia, pasan al techo del convento, extendiéndose por el interior del maderamen abohardillado, bajan al claustro alto, y atacan á los valientes voluntarios. Con la algazara de este encuentro animanse los de abajo, redoblan sus esfuerzos, y sacrificando multitud de hombres, consiguen llegar á la escalera. Los voluntarios se encuentran entre dos fuegos, y si bién aún pueden retirarse por uno de los agujeros practicados en el claustro alto, casi todos juran morir antes que rendirse. Corren buscando un lugar estratégico que les permita defenderse con alguna ventaja, y son cazados á lo largo de las crujías. Cuando sonó el último tiro fué señal de que había caído el último hombre. Algunos pudieron salir por un portillo que habían abierto en los más escondidos aposentos del edificio junto á la ciudad; por allí salió también D. Pedro Villacampa, comandante del batallón de voluntarios de Huesca, y al hallarse en la calle, miraba maquinalmente en torno suyo, buscando á sus muchachos.

Durante esta jornada, nosotros nos hallábamos en las casas inmediatas de la calle de Palomar, haciendo fuego sobre los franceses que se destacaban para asaltar el convento. Antes de concluída la acción, comprendimos que en las Mónicas ya no había defensa posible, y el mismo Don José Montoria, que estaba con nosotros, lo confesó.

—Los voluntarios de Huesca no se han portado mal—dijo.—Se conoce que son buenos chicos. Ahora les emplearemos en defender estas casas de la derecha... Pero se me figura que no ha quedado ninguno. Allí sale solo Villacampa. ¿Pues y Mendieta, y Paul, y Benedicto, y Oliva? Vamos, veo que todos han quedado en el sitio.

De este modo el convento de las Mónicas pasó al poder de Francia.



XXI

Al llegar á este punto de mi narración, ruego al lector que me dispense, si no puedo consignar precisamente las fechas de lo que refiero. En aquel período de horrores comprendido desde el 27 de Enero hasta la mitad del siguiente mes, los sucesos se confunden, se amalgaman y se eslabonan en mi mente de tal modo, que no puedo distinguir días ni noches, y á veces ignoro si algunos lances de los que recuerdo ocurrieron á la luz del sol. Me parece que todo aquello pasó en un largo día, ó en una noche sin fin, y que el tiempo no marchaba entonces con sus divisiones ordinarias. Los acontecimientos, los hombres, las diversas sensaciones se reúnen en mi memoria, formando un cuadro inmenso donde no hay más líneas divisorias que las que ofrecen los mismos grupos, el mayor espanto de un momento, la furia inexplicable ó el pánico de otro momento.

Por ésta razón no puedo precisar el día en que ocurrió lo que voy á narrar ahora; pero fué, si no me engaño, al día siguiente de la jornada de las Mónicas, y, según mis conjeturas, del 30 de Enero al 2 de Febrero. Ocupábamos una casa de la calle de Pabostre. Los franceses eran dueños de la inmediata, y trataban de avanzar por el interior de la manzana hasta llegar á Puerta Quemada. Nada es comparable á la expedición laboriosa por dentro de las casas; ninguna clase de guerra, ni las más sangrientas batallas en campo abierto, ni el sitio de una plaza, ni la lucha en las barricadas de una calle pueden compararse á aquellos choques sucesivos entre el ejército de una alcoba y el ejército de una sala; entre las tropas que ocupan un piso y las que guarnecen el superior.

Sintiendo el sordo golpe de las piquetas por diversos puntos, nos causaba espanto el no saber por qué parte seríamos atacados. Subíamos á las bohardillas; bajábamos á los sótanos, y pegando el oído á los tabiques, procurábamos indagar la intención del enemigo, según la dirección de sus golpes. Por último, advertimos que se sacudía con violencia el tabique de la misma pieza donde nos encontrábamos, y esperamos á pié firme en la puerta después de amontonar los muebles formando una barricada. Los franceses abrieron un agujero, y luego, á culatazos hicieron saltar maderos y cascajo, presentándose en actitud de querer echarnos de allí. Éramos veinte. Ellos eran ménos, y como no esperaban ser recibidos de aquella manera, retrocedieron, volviendo al poco rato en número tan considerable, que nos hicieron gran daño, obligándonos á retirarnos, después de dejar tras los muebles cinco compañeros, dos de los cuales estaban muertos. En el angosto pasillo topamos con una escalera por donde subimos precipitadamente, sin saber á dónde íbamos; pero luego nos hallamos en un desván, posición admirable para la defensa. Era estrecha la escalera, y el francés que intentaba pasarla moría sin remedio. Así estuvimos un buen rato, prolongando la resistencia y animándonos unos á otros con vivas y aclamaciones, cuando el tabique que teníamos á la espalda empezó á estremecerse con fuertes golpes, y al punto comprendimos que los franceses, abriendo una entrada por aquel sitio, nos cogerían irremisiblemente entre dos fuegos. Éramos trece, porque en el desván habían caído dos gravemente heridos.

El tío Garcés, que nos mandaba, exclamó furioso:

—¡Recuerno! No nos cogerán esos perros. En el techo hay un tragaluz. Salgamos por él al tejado. Que seis sigan haciendo fuego... al que quiera subir partirlo. Que los demás agranden el agujero, y fuera miedo y ¡viva la Virgen del Pilar!

Se hizo como él mandaba. Aquello iba á ser una retirada en regla, y mientras parte de nuestro ejército contenía la marcha invasora del enemigo, los demás se ocupaban en facilitar el paso. Este hábil plan fué puesto en ejecución con febril rapidez, y bien pronto el hueco de escape tenía suficiente anchura para que pasaran tres hombres á la vez, sin que durante el tiempo empleado en esto ganaran los franceses un solo peldañ. Velozmente salimos al tejado. Éramos nueve. Tres habían quedado en el desván y otro fué herido al querer salir, cayendo vivo en poder del enemigo.

Al encontrarnos arriba saltamos de alegría. Paseamos la vista por los techos del arrabal, y vimos á lo lejos las baterías francesas. Á gatas avan-

zamos buen trecho, explorando el terreno, después de dejar dos centinelas en el boquete con orden de descerrajar un tiro al que quisiese escurrirse por él; y no habíamos andado veinte pasos, cuando oímos gran ruido de voces y risas, que al punto nos parecieron de franceses. Efectivamente: desde un ancho bohardillón nos miraban riendo aquellos malditos. No tardaron en hacernos fuego; pero parapetados tras las chimeneas y tras los ángulos y recortaduras que allí ofrecían los tejados, les contestamos á los tiros con tiros y á los juramentos y exclamaciones con otras mil invectivas, que nos inspiraba el fecundo ingenio del tío Garcés.

Al fin nos retiramos saltando al tejado de la casa cercana. Creímosla en poder de los nuestros, y nos internamos por la ventana de un chiribitil, considerando fácil el bajar desde allí á la calle, donde unidos y reforzados con más gente, podíamos proseguir aquella aventura al través de pasillos, escaleras, tejados y desvanes. Pero aún no habíamos puesto el pié en firme, cuando sentimos en los aposentos que quedaban bajo nosotros el ruido de repetidas detonaciones.

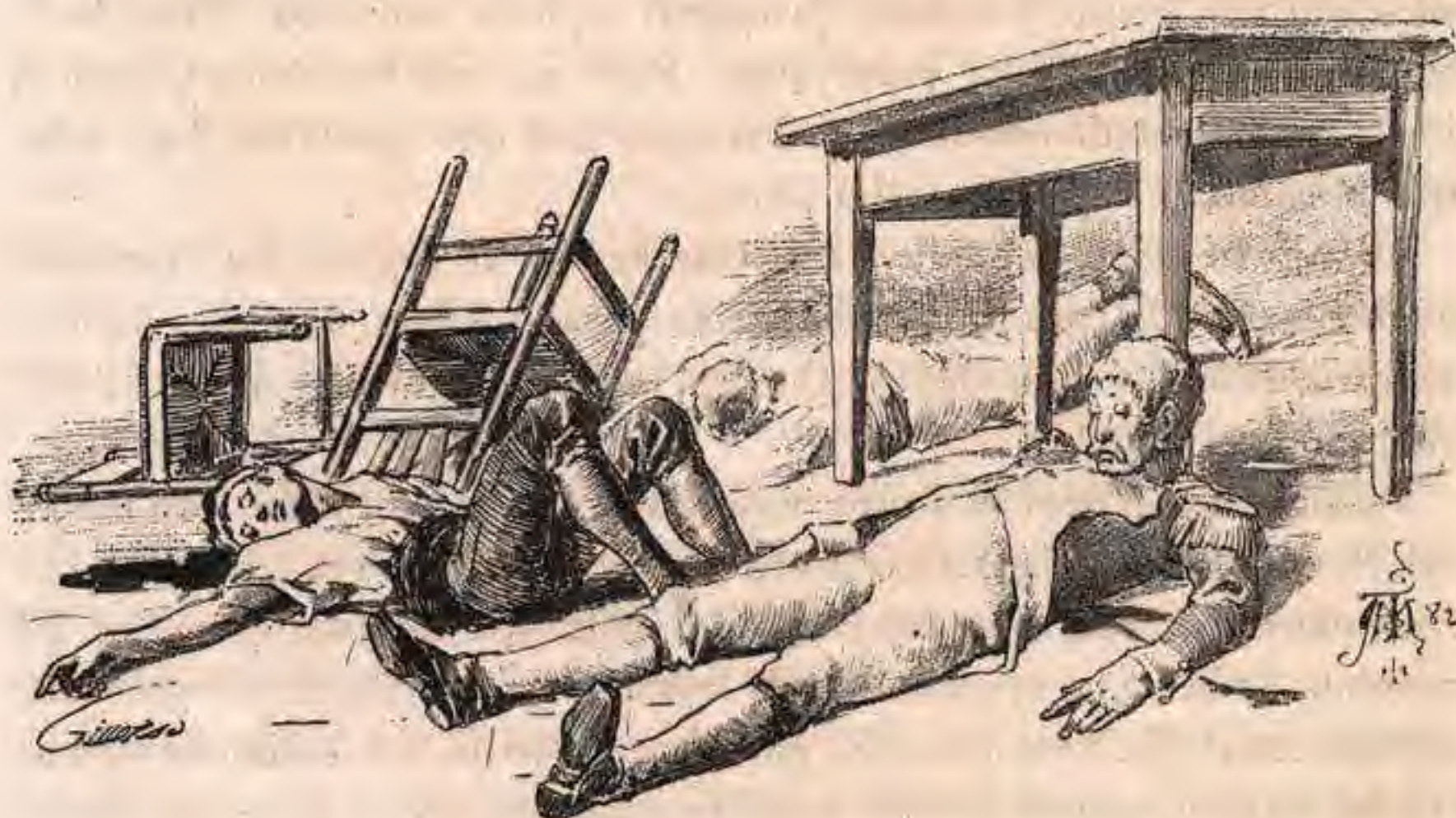
—Abajo se están batiendo—dijo Garcés,—y de seguro los franceses que dejamos en la casa de al lado se han pasado á ésta, donde se habrán encontrado con los compañeros. ¡Cuerno, recuerno! Bajemos ahora mismo ¡Abajo todo el mundo!

Pasando de un desván á otro, vimos una escalera de mano que facilitaba la entrada á un gran aposento interior, desde cuya puerta se oía vivo rumor de voces, destacándose principalmente algunas de mujer. El estruendo de la lucha era mucho más lejano, y por consiguiente procedía de punto más bajo. Franqueando, pues, la escalerilla, nos hallamos en una gran habitación, materialmente llena de gente, la mayor parte ancianos, mujeres y niños, que habían buscado refugio en aquel lugar. Muchos, arrojados sobre jergones, mostraban en su rostro las huellas de la terrible epidemia, y algún cuerpo inerte sobre el suelo tenía todas las trazas de haber exhalado el último suspiro pocos momentos antes.

Otros estaban heridos, y se lamentaban sin poder contener la crueldad de sus dolores; dos ó tres viejas lloraban ó rezaban. Algunas voces se oían de rato en rato, diciendo con angustia, “agua, agua.” Desde que bajamos distinguí en un extremo de la sala al tío Candiola, que ponía cuidadosamente en un rincón multitud de baratijas, ropas y objetos de cocina y de loza. Con gesto disculpicente apartaba á los chicos curiosos que querían poner sus manos en aquella despreciable quincalla, y lleno de inquietud, diligente en amontonar y resguardar su tesoro, sin que la última pieza se le escapase, decía:

—Ya me han quitado dos tazas. Y no me queda duda; alguien de los que están aquí las ha de tener. No hay seguridad en ninguna parte; no hay autoridades que garanticen á uno la posesión de su hacienda. Fuera de aquí, muchachos mal criados. ¡Oh! Estamos bién... ¡Malditas sean las bombas y quien las inventó! Señores militares, á buena hora llegan ustedes. ¿No podrían ponerme aquí un par de centinelas para que guardaran estos objetos preciosos que con gran trabajo logré salvar?

Como es de suponer, mis compañeros se rieron de tan graciosa pretensión. Ya íbamos á salir, cuando ví á Mariquilla. La infeliz estaba transfigurada por el insomnio, el llanto y el terror; pero tanta desolación



en torno suyo y en ella misma aumentaba la dulce expresión de su hermoso semblante. Ella me vió, y al punto fué hácia mí con viveza, mostrando deseo de hablarme.

—¿Y Agustín?—le pregunté.

—Está abajo—repuso con voz temblorosa. Abajo están dando una batalla. Las personas que nos habíamos refugiado en esta casa, estábamos repartidas por los distintos aposentos. Mi padre llegó esta mañana con Doña Guedita. Agustín nos trajo de comer, y nos puso en un cuarto donde había un colchón. De repente sentimos golpes en los tabiques... venían los franceses. Entró la tropa, nos hicieron salir, trajeron los heridos y los enfermos á esta sala alta... aquí nos han encerrado á todos, y

luégo, rotas las paredes, los franceses se han encontrado con los españoles y han empezado á pelear... ¡Ay! Agustín está abajo también..

Esto decía, cuando entró Manuela Sancho, trayendo dos cántaros de agua para los heridos. Aquellos desgraciados se arrojaron frenéticamente de sus lechos, disputándose á golpes un vaso de agua.

—No empujar, no atropellarse, señores—dijo Manuela riendo.—Hay agua para todos. Vamos ganando. Trabajo ha costado echarles de la alcoba, y ahora están disputándose la mitad de la sala, porque la otra mitad está ya ganada. No nos quitarán tampoco la cocina ni la escalera. Todo el suelo está lleno de muertos.

Mariquilla se estremeció de horror.

—Tengo sed—me dijo.

Al punto pedí agua á la Sancho; pero como el único vaso que trajera estaba ocupado en aplacar la sed de los demás, y andaba de boca en boca, por no esperar, tomé una de las tazas que en su montón tenía el tío Candiola.

—Eh, señor entrometido—dijo, sujetándome la mano,—deje usted ahí esa taza.

—Es para que beba esta señorita—contesté indignado.—¿Tanto valen estas baratijas, Sr. Candiola?

El avaro no me contestó, ni se opuso á que diera de beber á su hija; mas luégo que ésta calmó su sed, un herido tomó ávidamente de sus manos la taza, y hé aquí que ésta empezó á correr también, pasando de boca en boca. Cuando yo salí para unirme á mis compañeros, D. Jerónimo seguía con la vista, y de muy mal talante, el extraviado objeto que tanto tardaba en volver á sus manos.

Tenía razón Manuela Sancho al decir que íbamos ganando. Los franceses, desalojados del piso principal de la casa, habíanse retirado al de la contigua, donde continuaban defendiéndose. Cuando yo bajé, todo el interés de la batalla estaba en la cocina, disputada con mucho encarnizamiento; pero lo demás de la casa nos pertenecía. Muchos cadáveres de una y otra nación cubrían el ensangrentado suelo; algunos patriotas y soldados, rabiosos por no poder conquistar aquella cocina funesta, desde donde se les hacía tanto fuego, lanzáronse dentro de ella á la bayoneta, y aunque perecieron bastantes, este acto de arrojo decidió la cuestión, porque tras ellos fueron otros, y por fin todos los que cabían.

Aterrados los imperiales con tan ruda embestida, buscaron salida precipitadamente por el laberinto que de pieza en pieza habían abierto. Persiguiéndoles por pasillos y aposentos, cuya serie inextricable volvería

loco al mejor topógrafo, les rematabamos donde podíamos alcanzarles, y algunos de ellos se arrojaban desesperadamente á los patios. De este modo, después de reconquistada aquella casa, reconquistamos la vecina, obli-

gándoles á contenerse en sus antiguas posiciones, que eran por aquella parte las dos casas primeras de la calle de Pastore.

Después retiramos los muertos y heridos, y tuve el sentimiento de hallar entre éstos al hijo de Montoria, aunque no era de gravedad el balazo reci-

bido en el brazo derecho. Mi batallón quedó aquel día reducido á la mitad.

Los infelices que se refugiaban en la habitación alta de la casa quisieron acomodarse de nuevo en los distintos aposentos; pero esto no se juzgó conveniente, y fueron obligados á abandonarla, buscando asilo en lugares más lejanos

del peligro. Cada día, cada hora, cada instante las dificultades crecientes de nuestra situación militar se agravaban con el obstáculo que ofrecía número tan considerable de víctimas, hechas por el fuego y la epidemia.



¡Dichosos mil veces los que eran sepultados en las ruinas de las casas minadas, como aconteció á los valientes defensores de la calle de Pomar, junto á Santa Engracia! Lo verdaderamente lamentable estaba allí donde se hacinaban unos sobre otros, sin poder recibir auxilio, multitud de hombres destrozados por horribles heridas. Había recursos médicos para la centésima parte de los pacientes. La caridad de las mujeres, la diligencia de los patriotas, la multiplicación de la actividad en los hospitales, nada bastaba.

Llegó un día en que cierta impasibilidad, cierta espantosa y cruel indiferencia se apoderaron de los defensores, y nos acostumbramos á ver un montón de muertos cual si fuera un montón de sacas de lana; nos acostumbramos á ver sin lástima largas filas de heridos arrimados á las casas, curándose cada cual como mejor podía. Á fuerza de padecimientos parece que las necesidades de la carne habían desaparecido, y que no teníamos más vida que la del espíritu. La familiaridad con el peligro había transfigurado nuestra naturaleza, infundiéndole al parecer un elemento nuevo, el desprecio absoluto de la materia y total indiferencia hácia la vida. Cada uno esperaba morir *dentro de un rato*, sin que esta idea le conturbara.

Recuerdo que oí contar el ataque dado al convento de Trinitarios para arrebatarlo á los franceses; y las fabulosas hazañas, la inconcebible temeridad de esta empresa, me parecieron un hecho natural y ordinario.

No sé si he dicho que inmediato al convento de las Mónicas estaba el de Agustinos observantes, edificio de bastante capacidad, con una iglesia no pequeña y muy irregular, vastas crujías y un claustro espacioso. Era, pues, indudable que los franceses, dueños ya de las Mónicas, habrían de poner gran empeño en poseer también aquel otro monasterio, para establecerse sólida y definitivamente en el barrio.

—Ya que no tuvimos la suerte de hallarnos en las Mónicas—me dijo Pirli,—hoy nos daremos el gustazo de defender hasta morir las cuatro paredes de San Agustín. Como no basta Extremadura para defenderlo, nos mandan también á nosotros. ¿Y qué hay de grados, amigo Araceli? ¿Con que es cierto que este par de caballeros que están aquí son un par de sargentos?

—No sabía nada, amigo Pirli—le respondí;—y verdad era que ignoraba aquel mi ascenso á las alturas gerárquicas del sargentazgo.

—Pues sí, anoche lo acordó el general. El Sr. de Araceli es sargento primero y el Sr. de Pirli sargento segundo. Harto bién lo hemos ganado, y gracias que nos ha quedado cuerpo en que poner las charreteras. Tam-

bién me han dicho que á Agustín Montoria le han nombrado teniente por lo bién que se portó en el ataque dentro de las casas. Ayer tarde al anocheecer, el batallón de las Peñas de San Pedro no tenía más que cuatro sargentos, un alférez, un capitán y doscientos hombres.

—Á ver, amigo Pirli, si hoy nos ganamos un par de ascensos.

—Todo es ganar el ascenso del pellejo—repuso.—Los pocos soldados que viven del batallón de Huesca, creo que van para generales. Ya tocan llamada. ¿Tienes qué comer?

—No mucho.

—Manuela Sancho me ha dado cuatro sardinas; las partiré contigo. Si quieres un par de docenas de garbanzos tostados... ¿Te acuerdas tú del gusto que tiene el vino? Dígolo porque hace días no nos dan una gota... Por ahí corre el rum rum de que esta tarde nos darán un poco cuando acabe la guerra de San Agustín. Ahí tienes tú: sería muy triste cosa que le mataran á uno antes de saber qué color tiene eso que van á repartir esta tarde. Si siguieran mi consejo, lo darían antes de empezar, y así el que muriera, eso se llevaba... Pero la Junta de abastos habrá dicho: "hay poco vino; si lo repartimos ahora apenas tocarán tres gotas á cada uno. Esperemos á la tarde, y como de los que defienden á San Agustín será milagro que quede la cuarta parte, les tocará á trago por barba."

Y con este criterio siguió discurrendo sobre la escasez de vituallas. No tuvimos tiempo de entretenernos en esto, porque apenas nos dábamos la mano con los de Extremadura que guarneían el edificio, cuando ved aquí que una fuerte detonación nos puso en cuidado, y entonces un fraile apareció diciendo á gritos:

—Hijos míos, han volado la pared medianera del lado de las Mónicas, y ya les tenemos en casa. Corred á la iglesia; ellos deben haber ocupado la sacristía; pero no importa. Si vais á tiempo sereis dueños de la nave principal, de las capillas, del coro. ¡Viva la Santa Virgen del Pilar y el batallón de Extremadura!

Marchamos á la iglesia con serenidad.



XXII

Los buenos padres nos animaban con sus exhortaciones, y alguno de ellos, confundíendose con nosotros en lo más apretado de las filas, nos decía:

—Hijos míos, no desmayéis. Previendo que llegaría este caso, hemos conservado un mediano número de víveres en nuestra despensa. También tenemos vino. Sacudid el polvo á esa canalla. Ánimo, jóvenes queridos. No temais el plomo enemigo. Más daño haceis vosotros con una de vuestras miradas que ellos con una descarga de metralla. Adelante, hijos míos. La Santa Virgen del Pilar es entre vosotros. Cerrad los ojos al pe-

ligro, mirad con serenidad al enemigo, y entre las nubes vereis la santa figura de la Madre de Dios. ¡Viva España y Fernando VII!

Llegamos á la iglesia; pero los franceses, que habían entrado por la sacristía, se nos adelantaron y ya ocupaban el altar mayor. Yo no había visto jamás una mole churrigueresca, cuajada de esculturas y follajes de oro, sirviendo de parapeto á la infantería; yo no había visto nunca que vomitasen fuego los mil nichos, albergue de mil santos de ebanistería; yo no había visto nunca que los rayos de madera dorada, que fulminan su llama inmóvil desde los huecos de una nube de cartón poblada de angelitos, se confundieran con los fogonazos, ni que tras los piés del Santo Cristo y tras el nimbo de oro de la Virgen María, el ojo vengativo del soldado atisbara el blanco de su mortífera puntería.

Baste decir que el altar mayor de San Agustín era una gran fábrica de entalle dorado, cual otras que habreis visto en cualquier templo de España. Este armatoste se extendía desde el piso á la bóveda, y de machón á machón, representando en sucesivas hileras de nichos como una serie de gerarquías celestiales. Arriba el Cristo ensangrentado abría sus brazos sobre la cruz; abajo y encima del altar, un pequeño templete encerraba el símbolo de la Eucaristía. Aunque la mole se apoyaba en el muro del fondo, había pequeños pasadizos interiores destinados al servicio casero de aquella república de santos, y por ellos el lego sacristán podía subir desde la sacristía á mudar el traje de la Virgen, á encender las velas del altísimo Crucifijo, ó á limpiar el polvo que los siglos depositaban sobre el antiguo tisú de los vestidos y la madera bermellonada de los rostros.

Pues bién, los franceses se posesionaron rápidamente del camarín de la Virgen, de los estrechos tránsitos que he mencionado; y cuando nosotros llegamos, en cada nicho, detrás de cada santo, y en innumerables agujeros abiertos á toda prisa, brillaba el cañón de los fusiles. Igualmente establecidos detrás del ara santa, que á empujones adelantaron un poco, se preparaban á defender en toda regla la cabecera de la iglesia.

Nosotros no estábamos enteramente á descubierto, y para resguardarnos del gran retablo, teníamos los confesonarios, los altares de las capillas y las tribunas. Los más expuestos éramos los que entramos por la nave principal; y mientras los más atrevidos avanzaron resueltamente hácia el fondo, otros tomamos posiciones en el coro bajo, y tras el facistol, tras las sillas y bancos amontonados contra la reja, molestábamos desde allí con certera puntería á la nación francesa, posesionada del altar mayor.

El tío Garcés, con otros nueve de igual empuje, corrió á posesionarse del púlpito, otra pesada fábrica churrigueresca, cuyo guarda-polvo, coronado por una estatua de la Fé, casi llegaba al techo. Subieron, ocupando la cátedra y la escalera, y desde allí, con singular acierto, dejaban seco á todo francés que, abandonando el presbiterio, se adelantaba á lo bajo de la iglesia.

También sufrían ellos bastante, porque les abrasaban los del altar mayor, deseosos de quitar de en medio aquel obstáculo. Al fin se destacaron unos veinte hombres, resueltos á tomar á todo trance aquel reducto de madera, sin cuya posesión era locura intentar el paso de la gran nave. No he visto nada más parecido á una gran batalla, y así como en ésta la atención de uno y otro ejército se reconcentra á veces en un punto, el más disputado y apetecido de todos, y cuya pérdida ó conquista decide el éxito de la lucha, así la atención de todos se dirigió al púlpito, tan bién defendido como bién atacado.

Los veinte tuvieron que resistir el vivísimo fuego que se les hacía desde el coro, y la explosión de las granadas de mano que los de las tribunas les arrojaban; pero á pesar de sus grandes pérdidas, avanzaron resueltamente á la bayoneta sobre la escalera. No se acobardaron los diez defensores del fuerte, y defendiéronse á arma blanca con aquella superioridad infalible que siempre tuvieron en este género de lucha. Muchos de los nuestros, que antes hacían fuego parapetados tras los altares y los confesonarios, corrieron á atacar á los franceses por la espalda, representando de este modo en miniatura la peripecia de una acción campal; y trabóse la contienda cuerpo á cuerpo á bayonetazos, á tiros y á golpes, según como cada cual cogía á su contrario.

De la sacristía salieron mayores fuerzas enemigas, y nuestra retaguardia, que se había mantenido en el coro, salió también. Algunos que se hallaban en las tribunas de la derecha, saltaron fácilmente al cornisamento de un gran retablo lateral, y no satisfechos con hacer fuego desde allí, desplomaron sobre los franceses tres estatuas de santos que coronaban los tres ángulos del ático. En tanto el púlpito se sostenía con firmeza, y en medio de aquel infierno, ví al tío Garcés ponerse en pié, desafiando el fuego, y accionar como un predicador, gritando desaforadamente con voz ronca. Si alguna vez viera al Demonio predicando el pecado en la cátedra de una iglesia, invadida por todas las potencias infernales en espantosa bacanal, no me llamaría la atención.

Aquello no podía prolongarse mucho tiempo, y Garcés, atravesado por cien balazos, cayó de improviso, lanzando un ronco aullido. Los france-

ses, que en gran número llenaban la sacristía, vinieron en columna cerrada, y en los tres escalones que separan el presbiterio del resto de la igle-



sia, nos presentaron un muro infranqueable. La descarga de esta columna decidió la cuestión del púlpito, y quintados en un instante, dejando sobre las baldosas gran número de muertos, nos retiramos á las capillas. Perecieron los primitivos defensores del púlpito, así como los que luego acudieron á reforzarlos, y al tío Garcés, acribillado á bayonetazos, después de muerto, le arrojaron en su furor los vencedores por encima del antepecho. Así concluyó aquel gran patriota que no nombra la historia.

El capitán de nuestra compañía quedó también inerte sobre el pavimento. Retirándonos desordenadamente á distintos puntos, separados unos de otros, no sabíamos á quién obedecer; bien es verdad que allí la iniciativa de cada uno ó de cada grupo de dos ó tres era la única organización posible, y nadie pensaba en compañías ni en gerarquías militares.

Había la subordinación de todos al pensamiento común, y un instinto maravilloso para conocer la estrategia rudimen-

taria que las necesidades de la lucha á cada instante nos iba ofreciendo. Este instintivo golpe de vista nos hizo comprender que estábamos perdidos desde que nos metimos en las capillas de la derecha, y era temeridad persistir en la defensa de la iglesia ante las enormes fuerzas francesas que la ocupaban.

Algunos opinaron que con los bancos, las imágenes y la madera de un retablo viejo, que fácilmente podía ser hecho pedazos, debíamos levantar una barricada en el arco de la capilla y defendernos hasta lo último; pero dos padres Agustinos se opusieron á este esfuerzo inútil, y uno de ellos nos dijo:

—Hijos míos, no os empeñéis en prolongar la resistencia, que os llevaría á perder vuestras vidas sin ventaja alguna. Los franceses están atacando en este instante el edificio por la calle de las Arcadas. Corred allí á ver si lograis atajar sus pasos; pero no penseis en defender la iglesia, profanada por esos cafres.

Estas exhortaciones nos obligaron á salir al claustro, y todavía quedaban en el coro algunos soldados de Extremadura tiroteándose con los franceses, que ya invadían toda la nave.

Los frailes sólo cumplieron á medias su oferta en lo de darnos algún *gaudeamus*, como recompensa por haberles defendido hasta el último extremo su iglesia, y fueron repartidos algunos trozos de tasajo y pan duro, sin que viéramos ni oliéramos el vino en ninguna parte, por más que alargamos la vista y las narices. Para explicar esto dijeron que los franceses, ocupando todo lo alto, se habían posesionado del principal depósito de provisiones, y lamentándose del suceso, procuraron consolarnos con alabanzas de nuestro buen comportamiento.

La falta del vino prometido hizome acordar del gran Pirli, y entonces caí en la cuenta de que le había visto al principio del lance en una de las tribunas. Pregunté por él; pero nadie me sabía dar razón de su paradero.

Los franceses ocupaban la iglesia y también parte de los altos del convento. A pesar de nuestra desfavorable posición en el claustro bajo, estábamos resueltos á seguir resistiendo, y traíamos á la memoria la heroica conducta de los voluntarios de Huesca, que defendieron las Mónicas hasta quedar sepultados bajo sus escombros. Estábamos delirantes, ébrios: nos creíamos ultrajados si no vencíamos, y nos impulsaba á las luchas desesperadas una fuerza secreta, irresistible, que no me puedo explicar sino por la fuerte tensión erectiva del espíritu y una aspiración poderosa hácia lo ideal.

Nos contuvo una orden venida de fuera, y que dictó sin duda en su buen sentido práctico el general Saint-March.

—El convento no se puede sostener—dijeron.—Antes que sacrificar gente sin provecho alguno para la ciudad, salgan todos á defender los puntos atacados en la calle de Pabostre y Puerta Quemada, por donde el

enemigo quiere extenderse, conquistando las casas de que se le ha rechazado varias veces.

Salimos, pues, de San Agustín. Cuando pasábamos por la calle del mismo nombre, paralela á la de Palomar, vimos que desde la torre de la iglesia arrojaban granadas de mano sobre los franceses, establecidos en la plazoleta inmediata á la última de aquellas dos vías. ¿Quién lanzaba aquellos proyectiles desde la torre? Para decirlo más brevemente y con más elocuencia, abramos la historia y leamos: “En la torre se habían situado y pertrechado siete ú ocho paisanos con víveres y municiones para hostigar al enemigo, y subsistieron verificándolo por unos días sin querer rendirse.”

Allí estaba el insigne Pirli. ¡Oh, Pirli! Más feliz que el tío Garcés, tú ocupas un lugar en la historia.



XXIII

INCORPORADOS al batallón de Extremadura, se nos llevó por la calle de Palomar hasta la plaza de la Magdalena, desde donde oímos fuerte estrépito de combate hacia el extremo de la calle de Puerta Quemada. Como nos habían dicho, el enemigo procuraba extenderse por la calle de Pabostre para apoderarse de Puerta Quemada, punto importantísimo que le permitía enfilarse con su artillería la calle del mismo nombre hasta la plaza de la Magdalena; y como la posesión de San Agustín y las Mónicas les permitía amenazar aquel punto céntrico por el fácil tránsito de la calle de Palomar, ya se conceptuaban dueños del arrabal. En efecto, si los de San Agustín lograban avanzar hasta las ruinas del Seminario, y los de la calle de Pabostre hasta Puerta Quemada, era imposible disputar á los franceses el barrio de Tenerías.

Después de una breve espera, nos llevaron á la calle de Pabostre, y como la lucha era combinada entre el interior de los edificios y la vía pública, entramos por la calle de los Viejos á la primera manzana. Desde las ventanas de la casa en que nos situaron no se veía más que humo, y apenas podíamos hacernos cargo de lo que allí estaba pasando; mas luego advertí que la calle estaba llena de zanjás y cortaduras de trecho en trecho, con parapetos de tierra, muebles y escombros.

Desde las ventanas se hacía un fuego horroroso. Recordando una frase del mendigo cojo *Sursum Corda*, puedo decir que nuestra alma era toda balas. En el interior de las casas corría la sangre á torrentes. El empuje de la Francia era terrible; y para que la resistencia no fuese menor, las campanas convocaban sin cesar al pueblo; los generales dictaban órdenes

cruelles para castigar á los rezagados; los frailes reunían gente de los otros barrios, trayéndoles como en trailla, y algunas mujeres heroicas daban el ejemplo, arrojándose en medio del peligro, fusil en mano.

Día horrendo, cuyo rumor pavoroso retumba sin cesar en los oídos del que lo presencié, cuyo recuerdo le persigue, pesadilla indeleble de toda la vida. Quien no vió sus excesos, quien no oyó su vocerío y estruendo, ignora con qué aparato externo se presenta á los sentidos humanos el ideal del horror. Y no me digais que habeis visto el crater de un volcán en lo más recio de sus erupciones, ó una furiosa tempestad en medio del Océano, cuando la embarcación, lanzada al cielo por una cordillera de agua, cae después al abismo vertiginoso; no me digais que habeis visto eso, pues nada de eso se parece á los volcanes y á las tempestades que hacen estallar los hombres, cuando sus pasiones les llevan á eclipsar los desórdenes de la Naturaleza.

Era difícil contenernos, y no pudiendo hacer gran hostilidad desde allí, bajamos á la calle unos tras otros, sin hacer caso de los jefes que querían contenernos. El combate tenía sobre todos una atracción irresistible, y nos llamaba como llama el abismo al que le mira desde el vértice de elevada cima.

Jamás me he considerado héroe; pero es lo cierto que en aquellos momentos ni temía la muerte, ni me arredraba el espectáculo de las catástrofes que á mi lado veía. Verdad es que el heroismo, como cosa del momento é hijo directo de la inspiración, no pertenece exclusivamente á los valerosos, razón por la cual suele encontrarse con frecuencia en las mujeres y en los cobardes.

Por no parecer prolijo no referiré aquí las peripecias de aquel combate de la calle de Pabostre. Se parecen mucho á las que antes he contado, y si en algo se diferenciaron fué por el exceso de la constancia y de la energía, llevadas á un grado tal que allí acababa lo humano y empezaba lo divino. Dentro de las casas pasaban escenas como las que en otro lugar he referido; pero con mayor encarnizamiento, porque el triunfo se creía más definitivo. La ventaja adquirida en una pieza perdíanla los imperiales en otra; la acción trabada en la bohardilla descendía peldaño por peldaño hasta el sótano, y allí se remataba al arma blanca, con ventaja siempre para los paisanos. Las voces de mando con que unos y otros dirigían los movimientos dentro de aquellos laberintos, retumbaban de pieza en pieza con espantosos ecos.

En la calle usaban ellos artillería y nosotros también. Varias veces trataron de apoderarse con rápidos golpes de mano de nuestras piezas;

pero perdían mucha gente sin conseguirlo nunca. Acobardados al ver que el esfuerzo empleado otra vez para ganar una batalla no bastaba entonces para conquistar dos varas de calle, se negaban á batirse, y sus oficiales les sacudían á palos la pereza.

Por nuestra parte no era preciso emplear tales medios, y bastaba la persuasión. Los frailes, sin dejar de prestar auxilio á los moribundos



Manuela sancho. (*)

atendían á todo, y al advertir debilidad en un punto, volaban á llamar la atención de los jefes.

En una de las zanjaas abiertas en la calle, una mujer, más que ninguna valerosa, Manuela Sancho, después de hacer fuego de fusil, disparó va-

(*) Fac-símil de un retrato de la heroína á la edad de sesenta años, ejecutado por el distinguido pintor aragonés D. Eduardo Lopez del Plano.

rios tiros en la pieza de á 8. Mantúvose ilesa, durante gran parte del día, animando á todos con sus palabras, y sirviendo de ejemplo á los hombres; pero serían las tres de la tarde cuando cayó en la zanja, herida en una pierna, y durante largo tiempo confundióse con los muertos, porque la hemorragia la puso exánime y con apariencia de cadáver. Más tarde, advirtiéndole que respiraba, la retiramos, y fué curada, quedando tan bien, que muchos años después tuve el gusto de verla viva aún. La historia no ha olvidado á aquella valiente jóven, y además la calle de Pabostre, cuyas mezquinas casas son más elocuentes que las páginas de un libro, lleva el nombre de *Manuela Sancho*.

Poco después de las tres, una horrisona explosión conmovió las casas que los franceses nos habían disputado tan encarnizadamente durante la mañana, y entre el espeso humo y el polvo, más espeso aún que el humo, vimos volar en pedazos mil las paredes y el techo, cayendo todo al suelo con un estruendo de que no puede darse idea. Los franceses empezaban á emplear la mina para conquistar lo que por ningún otro medio podía arrancarse de las manos aragonesas. Abrieron galerías, cargaron los hornillos, y los hombres cruzáronse de brazos, esperando que la pólvora lo hiciera todo.

Cuando reventó la primera casa, nos mantuvimos serenos en las inmediatas y en la calle; pero cuando con estallido más fuerte aún vino á tierra la segunda, inicióse el movimiento de retirada con bastante desorden. Al considerar que eran sepultados entre las ruinas ó lanzados al aire tantos infelices compañeros que no se habrían dejado vencer por la fuerza del brazo, nos sentimos débiles para luchar con aquel elemento de destrucción, y parecíanos que en todas las demás casas y en la calle, minadas ya también, iban á estallar horribles cráteres que en pedazos mil nos salpicarían desgarrados en sangrientos girones.

Los jefes nos detenían diciendo:

—Firmes, muchachos. No correr. Eso es para asustaros. Nosotros también tenemos pólvora en abundancia, y abriremos minas. ¿Creeis que eso les dará ventaja? Al contrario. Veremos cómo se defienden entre los escombros.

Palafox se presentó á la entrada de la calle, y su presencia nos contuvo algún tanto. El mucho ruido impidióme oír lo que nos dijo; pero por sus gestos comprendí que quería impelernos á marchar sobre las ruinas.

—Ya oís, muchachos, ya oís lo que dice el capitán general—vociferó á nuestro lado un fraile de los que venían en la comitiva de Palafox.—

Dice que si haceis un pequeño esfuerzo más, no quedará vivo un solo francés.

—¡Y tiene razón!—exclamó otro fraile.—No habrá en Zaragoza una mujer que os mire, si al punto no os arrojaís sobre las ruinas de las casas y echais de allí á los franceses.

—Adelante, hijos de la Virgen del Pilar—añadió un tercer fraile.—Allí hay un grupo de mujeres. ¿Las veis? Pues dicen que si no vais vosotros irán ellas. ¿No os da vergüenza vuestra cobardía?

Con esto nos contuvimos un poco. Reventó otra casa á la derecha, y entónces Palafox se internó en la calle. Sin saber cómo ni por qué, nos llevaba tras sí. Y ahora es ocasión de hablar de este personaje eminente, cuyo nombre va unido al de las célebres proezas de Zaragoza. Debía en gran parte su prestigio á su gran valor; pero también á la nobleza de su origen, al respeto con que siempre fué mirada allí la familia de Lazan, y á su hermosa y arrogante presencia. Era jóven. Había pertenecido al cuerpo de Guardias, y se le elogiaba mucho por haber despreciado los favores de una muy alta señora, tan famosa por su posición como por sus escándalos. Lo que más que nada hacía simpático al caudillo zaragozano era su indomable y serena valentía, aquel ardor juvenil con que acometía lo más peligroso y difícil, por simple afán de tocar un ideal de gloria.

Si carecía de dotes intelectuales para dirigir obra tan árdua como aquella, tuvo el acierto de reconocer su incompetencia, y rodeóse de hombres insignes por distintos conceptos. Éstos lo hacían todo, y Palafox quedábase tan sólo con lo teatral. Sobre un pueblo en que tanto prevalece la imaginación, no podía ménos de ejercer subyugador dominio aquel jóven general, de ilustre familia y simpática figura, que se presentaba en todas partes, reanimando á los débiles y distribuyendo recompensas á los animosos.

Los zaragozanos habían simbolizado en él sus virtudes, su constancia, su patriotismo ideal con ribetes de místico y su fervor guerrero. Lo que él disponía todos lo encontraban bueno y justo. Como aquellos monarcas á quienes las tradicionales leyes han hecho representación personal de los principios fundamentales del gobierno, Palafox no podía hacer nada malo: lo malo era obra de sus consejeros. Y en realidad, el ilustre caudillo reinaba y no gobernaba. Gobernaban el padre Basilio, O'Neilly, Saint-March y Butron, clérigo escolapio el primero, generales insignes los otros tres.

En los puntos de peligro aparecía siempre Palafox como la expresión humana del triunfo. Su voz reanimaba á los moribundos, y si la Virgen

del Pilar hubiera hablado, no lo habría hecho por otra boca. Su rostro expresaba siempre una confianza suprema, y en él la triunfal sonrisa infundía coraje como en otros el ceño feroz. Vanagloriábase de ser el impulsor de aquel gran movimiento. Como comprendía por instinto que parte del éxito era debido más que á lo que tenía de general á lo que tenía de actor, siempre se presentaba con todos sus arreos de gala, entorchados, plumas y veneras; y la atronadora música de los aplausos y los vivas le halagaban en extremo. Todo esto era preciso, pues ha de haber siempre algo de mútua adulación entre la hueste y el caudillo para que el enfático orgullo de la victoria arrastre á todos al heroismo.





XXIV

Como he dicho, Palafox nos detuvo, y aunque abandonamos casi toda la calle de Pabostre, nos mantuvimos firmes en Puerta Quemada.

Si encarnizada fué la batalla hasta las tres, hora en que nos concen-

tramos hacia la plaza de la Magdalena, no lo fué menos desde dicha ocasión hasta la noche. Los franceses empezaron á hacer trabajos en las casas arruinadas por los hornillos, y era curioso ver cómo entre las masas de cascote y vigas, se abrían pequeñas plazas de armas, caminos cubiertos y plataformas para emplazar la artillería. Aquella era una guerra que cada vez se iba pareciendo menos á las demás guerras conocidas.

De esta nueva fase de batalla resultó una ventaja y un inconveniente para los franceses, porque si la demolición de las casas les permitía colocar en ellas algunas piezas, en cambio los hombres quedaban á descubierto. Por nuestra desgracia no supimos aprovecharnos de esto al presenciar las voladuras. El terror nos hizo ver una centuplicación del peligro, cuando en realidad lo disminuía, y no queriendo ser menos que ellos en aquel duelo á fuego, los zaragozanos empezaron á incendiar las casas de la calle de Pabostre que no podían sostener.

Sitiadores y sitiados, deseosos de rematarse pronto, y no pudiendo conseguirlo en la laberíntica guerra de las madrigueras, empezaron á destruirlas, unos con la mina, otros con el incendio, quedándose á descubierto como el impaciente gladiador que arroja su escudo.

¡Qué tarde, qué noche! Al llegar aquí me detengo cansado y sin aliento, y mis recuerdos se nublan, como se nublaron mi pensar y mi sentir en aquella tarde espantosa. Hubo, pues, un momento, en que no pudiendo resistir más, mi cuerpo, como el de otros compañeros que habían tenido la suerte ó la desgracia de vivir, se arrastraba sobre el arroyo tropezando con cadáveres insepultos ó medio inhumados entre los escombros. Mis sentidos, salvajemente lanzados á los extremos del delirio, no me representaban claramente el lugar donde me encontraba, y la noción del vivir era un conjunto de vagas confusiones, de dolores inauditos. No me parecía que fuese de día, porque en algunos puntos, lóbrega oscuridad envolvía la escena; mas tampoco me consideraba en medio de la noche, porque llamas semejantes á las que suponemos en el Infierno, enrojecían la ciudad por otro lado.

Sólo sé que me arrastraba pisando cuerpos, yertos unos, con movimiento otros, y que más allá, siempre más allá, creía encontrar un pedazo de pan y un buche de agua. ¡Qué desfallecimiento tan horrible! ¡Qué hambre! ¡Qué sed! Ví correr á muchos con ágiles movimientos, les oí gritar; ví proyectadas sus inquietas sombras formando espantajos sobre las paredes cercanas; iban y venían no sé á dónde ni de dónde. No era yo el único que, agotadas las fuerzas del cuerpo y del espíritu, después de tantas horas de lucha, se había rendido. Otros muchos, que no tenían la ace-

rada entereza de los cuerpos aragoneses, se arrastraban como yo, y nos pedíamos unos á otros un poco de agua. Algunos, más felices que los demás, tuvieron fuerza para registrar entre los cadáveres, y recoger menudrugos de pan, piltrafas de carne fría y envuelta en tierra, que devoraban con avidez.

Algo reanimados, seguimos buscando, y pude alcanzar una parte en las migajas de aquel festín. No sé si estaba yo herido: algunos de los que hablaban conmigo comunicándome su gran hambre y sed, tenían horribles golpes, quemaduras y balazos. Por fin encontramos unas mujeres que nos dieron á beber agua fangosa y tibia. Nos disputamos el vaso de barro, y luego en las manos de un muerto descubrimos un pañuelo liado que contenía dos sardinas secas y algunos bollos de aceite. Alentados por los repetidos hallazgos seguimos merodeando, y al fin, lo poco que logramos comer, y más que nada el agua sucia que bebimos, nos devolvió en parte las fuerzas.

Yo me sentí con algún brío y pude andar, aunque difícilmente. Advertí que todo mi vestido estaba lleno de sangre, y sintiendo un vivo escozor en el brazo derecho, juzguéme gravemente herido; pero aquel mal-estar era de una contusión insignificante, y las manchas de mis ropas provenían de haberme arrastrado entre charcos de fango y sangre.

Volví á pensar sin confusiones, volví á ver sin oscuridad, y oí distintamente los gritos, los pasos precipitados, los cañonazos cercanos y distantes en pavoroso diálogo. Sus estampidos aquí y allí parecían preguntas y respuestas.

Los incendios continuaban. Había sobre la ciudad una densa niebla, formada de polvo y humo, la cual con el resplandor de las llamas, formaba perspectivas horrorosas que jamás se ven en el mundo; en sueños sí. Las casas despedazadas, con sus huecos abiertos á la claridad como ojos infernales, las recortaduras angulosas de las ruinas humeantes, las vigas encendidas eran espectáculo ménos siniestro que el de aquellas figuras saltonas é incansables, que no cesaban de revolotear allí delante, allí mismo, casi en medio de las llamas. Eran los paisanos de Zaragoza que aún se estaban batiendo con los franceses, y les disputaban ferozmente un palmo de Infierno.

Me encontraba en la calle de Puerta Quemada, y lo que he descrito se veía en las dos direcciones opuestas del Seminario y de la entrada de la calle de Pabrostre. Dí algunos pasos, pero caí otra vez rendido de fatiga. Un fraile, viéndome cubierto de sangre, se me acercó y empezó á hablarme de la otra vida y del premio eterno destinado á los que mueren

por la patria. Díjele que no estaba herido; pero que el hambre, el cansancio y la sed me habían postrado, y que creía tener los primeros síntomas de la epidemia. Entonces el buen religioso, en quien al punto reconocí al padre Mateo del Busto, se sentó á mi lado y dijo exhalando un hondo suspiro:

—Yo tampoco me puedo tener, y creo que me muero.

—¿Está Vuestra Paternidad herido?—le pregunté, viendo un lienzo atado á su brazo derecho.

—Sí, hijo mío; una bala me ha destrozado el hombro y el brazo. Siento grandísimo dolor; pero es preciso aguantarlo. Más padeció Cristo por nosotros. Desde que amaneció no he cesado de curar heridos, y encaminar moribundos al Cielo. En diez y seis horas no he descansado un solo momento, ni comido ni bebido cosa alguna. Una mujer me ató este lienzo en el brazo derecho, y seguí mi tarea. Creo que no viviré mucho... ¡Cuánto muerto, Dios mío! ¿Y estos heridos que nadie recoge...? Pero ¡ay! yo no puedo tenerme en pié, yo me muero. ¿Has visto aquella zanja que hay al fin de la calle de los Clavos? Pues allí yace sin vida el desgraciado Coridón. Fué víctima de su arrojo. Pasábamos por allí para recoger unos heridos, cuando vimos hácia las eras de San Agustín un grupo de franceses que pasaban de una casa á otra. Coridón, cuya sangre impetuosa le impele á los actos más heroicos, se lanzó ladrando sobre ellos. ¡Ay! ensartándolo en una bayoneta, lo arrojaron exánime dentro de la zanja... ¡Cuántas víctimas en un solo día, Araceli! ¡Pues no tiene usted poca suerte en haber salido ileso! Pero se morirá usted de la epidemia, que es peor. Hoy he dado la absolución á sesenta moribundos de la epidemia. Á usted también se la daré, amigo mío, porque sé que no comete pecadillos y que se ha portado valientemente en estos días... ¿Qué tal? ¿Crece el mal? Efectivamente, está usted más amarillo que esos cadáveres que nos rodean. Morir de la epidemia, durante el horroroso cerco, también es morir por la patria. Jóven, ánimo: el Cielo se abre para recibirle á usted, y la Virgen del Pilar le agasajará con su manto de estrellas. La vida no vale nada. ¡Cuánto mejor es morir honrosamente y ganar con el padecer de un día la eterna gloria! En nombre de Dios le perdono á usted todos sus pecados.

Después de murmurar la oración propia del caso, pronunció, bendiciéndome, el *ego te absolvo*, extendióse luego cuan largo era sobre el suelo. Su aspecto era tristísimo, y aunque yo no me encontraba bien, juzguéme en mejor estado de salud que el buen fraile. No era aquella la primera ocasión en que el confesor caía antes que el moribundo, y el mé-

dico antes que el enfermo. Llamé al padre Mateo, y como no me respondiera sino con lastimeros quejidos, apartéme de allí para buscar quien fuese en su ayuda. Encontré á varios hombres y mujeres, y les dije:—Ahí está el padre fray Mateo del Busto que no puede moverse.

Pero no me hicieron caso, y siguieron adelante. Muchos heridos me llamaban á su vez, pidiéndome que les diese auxilio; pero yo tampoco les hacía caso. Junto al Coso encontré un niño de ocho ó diez años, que marchaba solo y llorando con el mayor desconsuelo. Le detuve; le pre-



gunté por sus padres, y señaló un punto cercano donde había gran número de muertos y heridos.

Más tarde encontré al mismo niño en diversos puntos, siempre solo, siempre llorando, y nadie se cuidaba de él.

No se oía otra cosa que las preguntas *¿has visto á mi hermano? ¿Has visto á mi hijo? ¿Has visto á mi padre?* Pero mi hermano, mi hijo y mi padre no parecían por ninguna parte. Ya nadie se cuidaba de llevar los enfermos á las iglesias, porque todas ó casi todas estaban atestadas. Los sótanos y cuartos bajos, que antes se consideraron buenos refugios, ofre-

cían una atmósfera infecta y mortífera. Llegó el momento en que donde mejor se encontraban los heridos era en medio de la calle.

Me dirigí hacia el centro del Coso, porque me dijeron que allí se repartía algo de comer; pero nada alcancé. Iba á volver á las Tenerías, y al fin frente al Almudí me dieron un poco de comida caliente. Al punto me sentí mejor, y lo que creía síntomas de epidemia, desapareció poco á poco, pues mi mal hasta entonces era de los que se curan con pan y vino. Acorréme al punto del padre Mateo del Busto, y con otros que se me juntaron fuimos á prestarle auxilio. El desgraciado anciano no se había movido, y cuando nos acercamos, preguntándole cómo se encontraba, nos contestó así:

—¡Cómo! ¿Ha sonado la campana de maitines? Todavía es temprano. Déjenme ustedes descansar. Me hallo fatigadísimo, padre Gonzalez. He estado durante diez y seis horas cogiendo flores en la huerta... Estoy rendido.

Á pesar de sus ruegos, le cargamos entre cuatro; pero al poco trecho se nos quedó muerto en los brazos.

Mis compañeros acudieron al fuego, y yo me disponía á seguirlos, cuando alcancé á ver un hombre cuyo aspecto llamó mi atención. Era el tío Candiola, que salió de una casa cercana con los vestidos chamuscados y apretando entre sus manos un ave de corral que cacareaba sintiéndose prisionera. Le detuve en medio de la calle preguntándole por su hija y por Agustín, y con gran agitación me dijo:

—¡Mi hija!... No sé... Allá, allá está... ¡Todo, todo lo he perdido! ¡Los recibos! ¡Se han quemado los recibos!... Y gracias que al salir de la casa tropecé con este pollo, que huía como yo del horroroso fuego. ¡Ayer valía una gallina cinco duros!... Pero mis recibos, ¡Santa Virgen del Pilar, y tú Santo Dominguito de mi alma! ¿por qué se han quemado mis recibos?... Todavía se pueden salvar... ¿Quiere usted ayudarme? Debajo de una gran viga ha quedado la caja de lata en que los tenía... ¿Dónde hay por ahí media docena de hombres?... ¡Dios mío! Pero esa Junta, esa Audiencia, ese capitán general, ¿en qué están pensando?..

Y luego siguió, gritando á los que pasaban:

—¡Eh, paisano, amigo, hombre caritativo... á ver si levantamos la viga que cayó en el rincón!... ¡Eh! buenos amigos, dejen ustedes ahí en un lado ese enfermo moribundo que llevan al hospital, y vengan á ayudarme. No hay un alma piadosa. Parece que los corazones se han vuelto de bronce... Ya no hay sentimientos humanitarios... ¡Oh! Zaragozanos sin piedad, ¡ved cómo Dios os está castigando!

Viendo que nadie le amparaba, entró de nuevo en la casa; pero salió al poco rato, gritando con desesperación:

—¡Ya no se puede salvar nada! ¡Todo está ardiendo! Virgen mía del Pilar, ¿por qué no haces un milagro? ¿Por qué no me concedes el don de aquellos prodigiosos niños del horno de Babilonia, para que pueda penetrar dentro del fuego y salvar mis recibos?





XXV

LUEGO se sentó sobre un montón de piedras, y á ratos se golpeaba el cráneo, á ratos, sin soltar el gallo, llevábase la mano al pecho, exhalando profundos suspiros. Preguntéle de nuevo por su hija, con objeto de saber de Agustín, y me dijo:

—Yo estaba en aquella casa de la calle de Añón, donde nos metimos ayer. Todos me decían que allí no había seguridad, y que mejor estaríamos en el centro del pueblo; pero á mí no me gusta ir allí donde van todos, y el lugar que prefiero es el que abandonan los demás. El mundo está lleno de ladrones y rateros. Conviene, pués, huir del gentío. Nos acomodamos en un cuarto bajo de aquella casa. Mi hija tenía mucho miedo al cañoneo, y quería salir afuera. Cuando reventaron las minas en los edificios cercanos, ella y Guedita salieron despavoridas. Quedéme solo, pensando en el peligro que corrían mis efectos, y de pronto entraron unos soldados con teas encendidas, diciendo que iban á pegar fuego á la casa. Aquellos canallas miserables no me dieron tiempo á recoger nada, y lejos de compadecer mi situación, burláronse de mí. Yo escondí la caja de los recibos, por temor á que, creyéndola llena de dinero, me la quisieran quitar; pero no me fué posible permanecer allí mucho tiempo. Me abrasaba con el resplandor de las llamas, y me ahogaba con el humo; á pesar de todo, insistí en salvar mi caja... ¡Cosa imposible! Tuve que huir. Nada pude traer, ¡Dios poderoso! nada más que este pobre animal, que había quedado olvidado por sus dueños en el gallinero. Buén trabajo me costó el cogerle. ¡Casi se me quemó toda una mano! ¡Oh! ¡Maldito sea el

que inventó el fuego! ¡Que pierda uno su fortuna por el gusto de estos héroes!... Yo tengo dos casas en Zaragoza, además de la en que vivía. Una de ellas, la de la calle de la Sombra, se me conserva ilesa, aunque sin inquilinos. La otra, que llaman Casa de los Duendes, á espaldas de San Francisco, está ocupada por las tropas, y toda me la han destrozado. ¡Ruinas, nada más que ruinas! Es feliz la ocurrencia de quemar las casas sólo por impedir que las conquisten los franceses!

—La guerra exige que se haga así—le respondí,—y esta heroica ciudad quiere llevar hasta el último extremo su defensa.

—¿Y qué saca Zaragoza con llevar hasta el último extremo su defensa? Á ver, ¿qué van ganando los que han muerto? Hábleles usted á ellos de la gloria, del heroismo y de todas esas zarandajas. Antes que volver á vivir en ciudades heroicas, me iré á un desierto. Concedo que haya alguna resistencia; pero no hasta ese bárbaro extremo. Verdad es que los edificios valían poco, tal vez ménos que esta gran masa de carbón que ahora resulta. Á mí no me vengan con simplezas. Esto lo han ideado los pájaros gordos, para luégo hacer negocio con el carbón.

Esto me hizo reir. No crean mis lectores que exagero, pues tal como lo cuento, me lo dijo él punto por punto, y pueden dar fé de mi veracidad los que tuvieron la desdicha de conocerle. Si Candiola hubiera vivido en Numancia, habría dicho que los numantinos eran negociantes de carbón disfrazados de héroes.

—¡Estoy perdido, estoy arruinado para siempre!—añadió después, cruzando las manos en actitud dolorosa.—Esos recibos eran parte de mi fortuna. Vaya usted ahora á reclamar las cantidades sin documento alguno, y cuando casi todos han muerto y yacen en putrefacción por esas calles. No, lo digo y lo repito; no es conforme á la ley de Dios lo que han hecho esos miserables. Es un pecado mortal, es un delito imperdonable dejarse matar, cuando se deben piquillos que el acreedor no podrá cobrar fácilmente. Ya se ve... esto de pagar es muy duro, y algunos dicen: “muramos y nos quedaremos con el dinero...,” Pero Dios debiera ser inexorable con esta canalla heroica, y en castigo de su infamia, debiera resucitarlos para que se las vieran con el alguacil y el escribano. ¡Dios mío, resucítalos! ¡Santa Virgen del Pilar, Santo Dominguito del Val, resucítalos!

—Y su hija de usted—le pregunté con interés,—¿ha salido ilesa del fuego?

—No me nombre usted á mi hija—repuso con desabrimiento.—Dios ha castigado en mí su culpa. Ya sé quién es su infame pretendiente. ¿Quién podía ser sino ese condenado hijo de D. José Montoria, que estudia para

clérigo? María me lo ha confesado. Ayer estaba curándole la herida que tiene en el brazo. ¿Háse visto muchacha más desvergonzada? ¡Y esto lo hacía delante de mí, en mis propias barbas!

Esto decía, cuando Doña Guedita, que buscaba afanosamente á su amo, apareció trayendo en una taza algunas provisiones. Él se las comió con voracidad, y luégo á fuerza de ruegos logramos arrancarle de allí, conduciéndole al callejón del Órgano, donde estaba su hija, guarecida en

un zaguán con otras infelices. Candiola, después de regañarla, se internó con el ama de llaves.

—¿Dónde está Agustín?

—pregunté á Mariquilla.

—Hace un instante estaba aquí; pero vinieron á darle la noticia de la muerte de un hermano suyo, y se fué. Oí decir que estaba su familia en la calle de las Rufas.

—¡Que ha muerto su hermano, el primogénito!

—Así se lo dijeron, y él corrió allí muy affigido.

Sin oír más, yo también corri á la calle de la Parra para aliviar en lo posible

la tribulación de aquella generosa familia á quien tanto debía, y antes de llegar á ella encontré á D. Roque, que con lágrimas en los ojos se acercó á hablarme.

Gabriel—me dijo.—Dios ha cargado hoy la mano sobre nuestro buen amigo.

—¿Ha muerto el hijo mayor, Manuel Montoria?

—Sí; y no es esa la única desgracia de la familia. Manuel era casado, como sabes, y tenía un hijo de cuatro años. ¿Ves aquel grupo de mujeres? Pues allí está la mujer del desgraciado primogénito de Montoria, con su hijo en brazos, el cual, atacado de la epidemia, agonizaba hace un momento. ¡Qué horrible situación! Ahí tienes á una de las primeras familias de Zaragoza reducida al más triste estado, sin un techo en que gua-



recerse, y careciendo hasta de lo más preciso. Toda la noche ha estado esa infeliz madre en la calle y á la intemperie con el enfermo en brazos, aguardando por instantes que exhale el último suspiro; y en realidad, mejor está aquí que en los pestilentes sótanos, donde no se puede respirar. Gracias á que yo y otros amigos la hemos socorrido en lo posible... ¿Pero qué podemos hacer, si apenas hay pan, si se ha acabado el vino, y no se encuentra un pedazo de carne de vaca, aunque se dé por él un pedazo de la nuestra?

Principiaba á amanecer. Acerquéme al grupo de mujeres, y ví el lastimoso espectáculo. Con el ansia de salvarlo, la madre y las demás mujeres que le hacían compañía martirizaban al infeliz niño, aplicándole los remedios que cada cual discurría; pero bastaba ver á la víctima para comprender la imposibilidad de salvar aquella naturaleza, que la muerte había asido ya con su mano amarilla.

La voz de D. José de Montoria me obligó á seguir más adelante, y en la esquina de la calle de las Rufas, un segundo grupo completaba el cuadro horroroso de las desgracias de aquella familia. Tendido en el suelo estaba el cadáver de Manuel Montoria, jóven de treinta años, no ménos simpático y generoso en vida que su padre y hermano. Una bala le había atravesado el cráneo, y de la pequeña herida exterior, en el punto por donde entró el proyectil, salía un hilo de sangre, que bajando por la sién, el carrillo y el cuello, escurriase entre la piel y la camisa. Fuera de esto, su cuerpo no parecía el de un difunto.

Cuando yo me acerqué, su madre no se había decidido aún á creer que estaba muerto, y poniendo la cabeza del cadáver sobre sus rodillas, quería reanimarle con ardientes palabras. Montoria, de rodillas al costado derecho, tenía entre sus manos la de su hijo, y sin decir nada, no le quitaba los ojos. Tan pálido como el muerto, el padre no lloraba.

—Mujer—exclamó al fin.—No pidas á Dios imposibles. Hemos perdido á nuestro hijo.

—¡No; mi hijo no ha muerto!—gritó la madre con desesperación.—Es mentira. ¿Para qué me engañan? ¿Cómo es posible que Dios nos quite á nuestro hijo? ¿Qué hemos hecho para merecer este castigo? ¡Manuel, tú, hijo mío! ¿No me respondes? ¿Por qué no te mueves? ¿Por qué no hablas?... Al instante te llevaremos á casa... Pero ¿dónde está nuestra casa? Mi hijo se enfria sobre este desnudo suelo. ¡Ved qué heladas están sus manos y su cara.

—Retírate, mujer—dijo Montoria, conteniendo el llanto.—Nosotros cuidaremos al pobre Manuel.

—¡Señor, Dios mío!—exclamó la madre;—¿qué tiene mi hijo que no habla, ni se mueve, ni despierta? Parece muerto; pero no está, ni puede estar muerto. Santa Virgen del Pilar, ¿no es verdad que mi hijo no ha muerto?

—Leocadia—repitió Montoria, secando las primeras lágrimas que salieron de sus ojos.—Vete de aquí; retírate por Dios. Ten resignación, porque Dios nos ha dado un fuerte golpe, y nuestro hijo no vive ya. Ha muerto por la patria...

—¡Que ha muerto mi hijo!—repitió la madre, estrechando el cadáver entre sus brazos como si se lo quisieran quitar.—No, no, no; ¿qué me importa á mí la patria? ¡Que me devuelvan á mi hijo! ¡Manuel, niño mío! No te separes de mi lado, y el que quiera arrancarte de mis brazos tendrá que matarme.

—¡Señor, Dios mío! ¡Santa Virgen del Pilar!—dijo D. José de Montoria con grave acento.—Nunca os ofendí á sabiendas ni deliberadamente. Por la patria, por la religión y por el Rey he dado mis bienes y mis hijos. ¿Por qué antes que llevaros á este mi primogénito, no me quitásteis cien veces la vida á mí, miserable viejo que para nada sirvo? Señores que estais presentes, no me avergüenzo de llorar delante de ustedes. Con el corazón despedazado, Montoria es el mismo. ¡Dichoso tú mil veces, hijo mío, que has muerto en el puesto del honor! ¡Desgraciados los que vivimos después de perderte! Pero Dios lo quiere así, y bajemos la frente ante el dueño de todas las cosas. Mujer, Dios nos ha dado paz, felicidad, bienestar y buenos hijos; ahora parece que nos lo quiere quitar todo. Llenemos el corazón de humildad, y no maldigamos nuestro sino. Bendita sea la mano que nos hiere, y esperemos tranquilos el beneficio de la propia muerte.

Doña Leocadia no tenía vida más que para llorar, besando incesantemente el frío cuerpo de su hijo. D. José, tratando de vencer las irresistibles manifestaciones de su dolor, se levantó y dijo con voz entera:

—Leocadia, levántate. Es preciso enterrar á nuestro hijo.

—¡Enterrarle!—exclamó la madre.—¡Enterrarle!...

Y no pudo decir más, porque quedó sin sentido.

En el mismo instante, oyóse un grito desgarrador, no lejos de allí, y una mujer corrió despavorida hácia nosotros. Era la esposa del desgraciado Manuel, viuda ya y sin hijo. Varios de los presentes nos abalanzamos á contenerla para que no presenciase aquella escena, tan horrible como la que acababa de dejar, y la infeliz dama forcejeó con nosotros, pidiéndonos que le dejásemos ver á su marido.

En tanto D. José, apartándose de allí, llegó á donde yacía el cuerpo de su nieto: tomóle en brazos y lo trajo junto al de Manuel. Las mujeres exigían todo nuestro cuidado, y mientras Doña Leocadia continuaba sin movimiento ni sentido, abrazada al cadáver, su nuera, poseída de un dolor febril, corría en busca de imaginarios enemigos, á quienes anhelaba despedazar. La conteníamos y se nos escapaba de las manos. Reía á veces con espantosa carcajada, y luégo se nos ponía de rodillas delante, rogándonos que le devolviéramos los dos cuerpos que le habíamos quitado.

Pasaba la gente, pasaban soldados, frailes, paisanos, y todos veían aquello con indiferencia, porque á cada paso se encontraba espectáculo semejante. Los corazones estaban osificados y las almas parecían haber perdido sus más hermosas facultades, no conservando más que el rudo heroísmo. Por fin la pobre mujer cedió á la fatiga, al aniquilamiento producido por su propia pena, quedándose en los brazos como muerta. Pedimos algún cordial ó algún alimento para reanimarla; pero no había nada, y las demás personas que allí ví, harto trabajo tenían con atender á los suyos. En tanto D. José, ayudado de su hijo Agustín, que también trataba de vencer su acerbo dolor, desligó el cadáver de los brazos de Doña Leocadia. El estado de esta infeliz señora era tal, que creímos tener que lamentar otra muerte en aquel día.

Luégo Montoria repitió:

—Es preciso que enterremos á mi hijo.

Miró él, miramos todos en derredor, y vimos muchos, muchísimos cadáveres insepultos. En la calle de las Rufas había bastantes; en la inmediata de la Imprenta (*) se había constituido una especie de depósito. No es exageración lo que voy á decir. Innumerables cuerpos estaban apilados en la angosta vía, formando como un ancho paredón entre casa y casa. Aquello no se podía mirar, y el que lo vió, fué condenado á tener ante los ojos durante toda su vida la fúnebre pira hecha con cuerpos de sus semejantes. Parece mentira, pero es cierto. Un hombre entró en la calle de la Imprenta y empezó á dar voces. Por un ventanillo apareció otro hombre, que contestando al primero, dijo: "sube." Entonces aquél, creyendo que era extravió entrar en la casa y subir por la escalera, trepó por el montón de cuerpos y llegó al piso principal, una de cuyas ventanas le sirvió de puerta.

En otras muchas calles ocurría lo mismo. ¿Quién pensaba en darles sepultura? Por cada par de brazos útiles y por cada azada había cincuenta

(*) Hoy de Flandro.

muertos. De trescientos á cuatrocientos perecían diariamente sólo de la epidemia. Cada acción encarnizada arrancaba la vida á algunos miles, y ya Zaragoza empezaba á dejar de ser una ciudad poblada por criaturas vivas.

Montoria, al ver aquello, habló así:

—Mi hijo y mi nieto no pueden tener el privilegio de dormir bajo tierra. Sus almas están en el Cielo, ¿qué importa lo demás? Acomodémosles ahí en la entrada de la calle de las Rufas... Agustín, hijo mío: más vale que te vayas á las filas. Los jefes pueden echarte de ménos, y creo que hace falta gente en la Magdalena. Ya no tengo más hijo varón que tú. Si mueres, ¿qué me queda? Pero el deber es lo primero, y antes que cobarde prefiero verte como tu pobre hermano con la sién traspasada por una bala enemiga.

Después, poniendo la mano sobre la cabeza de su hijo, que estaba descubierta y de rodillas junto al cadáver de Manuel, prosiguió así, elevando los ojos al cielo:

—Señor, si has resuelto también llevarte á mi segundo hijo, llévame á mí primero. Cuando se acabe el sitio, no deseo tener más vida. Mi pobre mujer y yo hemos sido bastante felices, hemos recibido hartos beneficios para maldecir la mano que nos ha herido; pero para probarnos, ¿no ha sido ya bastante? ¿ha de perecer también nuestro segundo hijo?... Ea, señores —añadió luego,—despachemos pronto, que quizás hagamos falta en otra parte.

—Sr. D. José —dijo D. Roque llorando,—retírese usted también, que los amigos cumpliremos este triste deber.

—No, yo soy hombre para todo, y Dios me ha dado un alma que no se dobla ni se rompe.

Y tomó, ayudado de otro, el cadáver de Manuel, mientras Agustín y yo cogimos el del nieto, para ponerles á entrambos en la entrada del callejón de las Rufas, donde otras muchas familias habían depositado los muertos. Montoria, luego que soltó el cuerpo, exhaló un suspiro, y dejando caer los brazos, como si el esfuerzo hecho hubiera agotado sus fuerzas, dijo:

—En verdad, señores, yo no puedo negar que estoy cansado. Ayer me encontraba jóven; hoy me encuentro muy viejo.

Efectivamente, Montoria estaba viejísimo, y una noche había condensado en él la vida de diez años.

Sentóse sobre una piedra, y puestos los codos en las rodillas, apoyó la cara entre las manos, en cuya actitud permaneció mucho tiempo, sin

que los presentes turbáramos su dolor. Doña Leocadia, su hija y su nuera, asistidas por otros individuos de la familia, continuaban en el Coso. D. Roque, que iba y venía de un punto á otro, llegó diciendo:

—La señora sigue tan abatida... Ahora están todas rezando con mucha devoción, y no cesan de llorar. Están muy caídas las pobrecitas. Muchachos, es preciso que deis una vuelta por la ciudad, á ver si se encuentra algo sustancioso con que alimentarlas.

Montoria se levantó entonces, limpiando las lágrimas que corrían abundantemente de sus ojos encendidos.

—No ha de faltar, según creo. Amigo D. Roque, busque usted algo de comer, cueste lo que cueste.

—Ayer pedían cinco duros por una gallina en la Tripería—dijo uno que era criado antiguo de la casa.

—Pero hoy no las hay—indicó D. Roque.—He estado allí hace un momento.

—Amigos, buscad por ahí, que algo se encontrará. Yo nada necesito para mí.

Esto decía, cuando sentimos un agradable cacareo de aves de corral. Miramos todos con alegría hácia la entrada de la calle, y vimos al tío Candiola, que sosteniendo en su mano izquierda el pollo consabido, le acariciaba con la derecha el negro plumaje. Antes que se lo pidieran, llegóse á Montoria, y con mucha sorna le dijo:

—Una onza por el pollo.

—¡Qué carestía!—exclamó D. Roque.—¡Si no tiene más que huesos el pobre animal!

No pude contener la cólera al ver ejemplo tan claro de la repugnante tacañería y empedernido corazón del tío Candiola. Así es que lleguéme á él, y arrancándole el pollo de la mano, le dije violentamente:

—Ese pollo es robado. Venga acá. ¡Miserable usurero! ¡Si al ménos vendiera lo suyo!... ¡Una onza! Á cinco duros estaban ayer en el mercado. ¡Cinco duros, canalla, ladrón, cinco duros! Ni un ochavó más.

Candiola empezó á chillar, reclamando su pollo, y á punto estuvo de ser apaleado impiamente; pero D. José de Montoria intervino, diciendo:

—Désele lo que quiere. Tome usted, Sr. Candiola, la onza que pide por ese animal.

Dióle la onza, que el infame avaro no tuvo reparo en tomar, y luego nuestro amigo prosiguió hablando de esta manera:

—Sr. de Candiola, tenemos que hablar. Ahora caigo en que le ofendí á usted... Sí... hace días, cuando aquello de la harina... Es que á veces no

es uno dueño de sí mismo, y cuando se sube la sangre á la cabeza... Verdad es que usted me provocó, y como se empeñaba en que le dieran por la harina más de lo que el señor capitán general había mandado... Lo cierto es, amigo D. Jerónimo, que yo me amosqué... ya ve usted... no lo puede uno remediar así de pronto... pues... y creo que se me fué la mano; creo que hubo algo de...

—Sr. Montoria—dijo Candiola,—llegará un día en que haya otra vez autoridades en Zaragoza. Entonces nos veremos las caras.

—¿Va usted á meterse entre jueces y escribanos? Malo. Aquello pasó... Fué un arretrato de cólera; una de esas cosas que no se pueden remediar. Lo que me llama la atención es que hasta ahora no había caído en que hice mal. No se debe ofender al prógimo...

—Y ménos ofenderle después de robarle—dijo D. Jerónimo, mirándonos á todos y sonriendo con desdén.

—Eso de robar no es cierto—continuó Montoria,—porque yo hice lo que el capitán general me mandaba. Cierto es lo de la ofensa de palabra y obra, y ahora cuando le he visto á usted venir con el pollo, he caído en la cuenta de que hice mal. Mi conciencia me lo dice... ¡Ah! Sr. Candiola, soy muy desgraciado. Cuando uno es feliz no conoce sus faltas. Pero ahora... Lo cierto es, D. Jerónimo de Candiola, que en cuanto le ví venir á usted, me sentí inclinado á pedirle perdón por aquellos golpes... yo tengo la mano pesada, y... Así es que en un pronto... no sé lo que me hago... Sí, yo le ruego á usted que me perdone y seamos amigos. Sr. D. Jerónimo, seamos amigos; reconciliémonos, y no hagamos caso de resentimientos antiguos. El odio envenena las almas, y el recuerdo de haber obrado mal nos pone encima un peso insoportable.

—Después de hecho el daño, todo se arregla con hipócritas palabrejas—dijo Candiola, volviendo la espalda á Montoria, y escurriéndose fuera del grupo.—Más vale que piense el Sr. Montoria en reintegrarme el precio de la harina... ¡Perdoncitos á mí!... Ya no me queda nada que ver.

Dijo esto en voz baja, y alejóse lentamente. Montoria, viendo que alguno de los presentes corría tras él insultándole, añadió:

—Dejadle marchar tranquilo, y tengamos compasión de ese desgraciado.



XXVI

El 3 de Febrero se apoderaron los franceses del convento de Jerusalem, que estaba entre Santa Engracia y el hospital (*). La acción que precedió á la conquista de tan importante posición, fué tan sangrienta como

(*) Hoy existe renovado el convento de Jerusalem. Su fachada da al paseo de Santa Engracia. El hospital ocupaba el sitio donde está hoy la fonda de Europa. El actual palacio de la Diputación provincial se ha construido sobre el solar del convento de San Francisco.

las de las Tenerías, y allí murió el distinguido comandante de ingenieros D. Marcos Simonó. Por la parte del arrabal poco adelantaban los sitiadores, y en los días 6 y 7 todavía no habían podido dominar la calle de Puerta Quemada.

Las autoridades comprendían que era difícil prolongar mucho más la resistencia, y con ofertas de honores y dinero intentaban exaltar á los patriotas. En una proclama del 2 de Febrero, Palafox, al pedir recursos, decía: "Doy mis dos relojes y veinte cubiertos de plata, que es lo que me queda.", En la de 4 de Febrero ofrecía armar caballeros á los doce que más se distinguieran, para lo cual creaba una Orden militar noble, llamada de *Infanzones*; y en la del 9 se quejaba de la indiferencia y *abandono con que algunos vecinos miraban la suerte de la patria*, y después de suponer que el desaliento era producido por el *oro francés*, amenazaba con grandes castigos al que se mostrara cobarde.

Las acciones de los días 3, 4 y 5 no fueron tan encarnizadas como la última que describí. Franceses y españoles estaban muertos de fatiga. Las boca-calles que conservamos en la plazuela de la Magdalena, conteniendo siempre al enemigo en sus dos avances de la calle de Palomar y de Pabostre, se defendían con cañones. Los restos del Seminario estaban asimismo erizados de artillería, y los franceses, seguros de no poder echarnos de allí por los medios ordinarios, trabajaban sin cesar en sus minas.

Mi batallón se había fundido en el de Extremadura, pues el resto de uno y otro no llegaba á tres compañías. Agustín Montoria era capitán, y yo fui ascendido á alférez el día 2. No volvimos á prestar servicio en las Tenerías, y lleváronnos á guarnecer á San Francisco, vasto edificio que ofrecía buenas posiciones para tirotear á los franceses, establecidos en Jerusalen. Se nos repartían raciones muy escasas, y los que ya nos contábamos en el número de los oficiales, comíamos rancho lo mismo que los soldados. Agustín guardaba su pan para llevárselo á Mariquilla.

Desde el día 4 empezaron los franceses á minar el terreno para apoderarse del Hospital y de San Francisco, pues harto sabían que de otro modo era imposible. Para impedirlo, nosotros contraminamos, con objeto de volarles á ellos antes que nos volaran á nosotros, y este trabajo arduo en las entrañas de la tierra á nada del mundo puede compararse. Parecíanos haber dejado de ser hombres para convertirnos en otra especie de seres, insensibles y fríos habitantes de las cavernas, lejos del sol, del aire puro y de la hermosa luz. Sin cesar labrábamos largas galerías, como el gusano que se fabrica la casa en lo oscuro de la tierra y con el molde de su propio cuerpo. Entre los golpes de nuestras piquetas oíamos,

como un sordo eco, el de los franceses, y después de habernos batido y destrozado en la superficie, nos buscábamos en la horrible noche de aquellos sepulcros para acabar de exterminarnos.



El convento de San Francisco tenía por la parte del coro vastas bodegas subterráneas. Los edificios que ocupaban más abajo los franceses también las tenían, y rara era la casa que no se alzaba sobre profundos

sótanos. En ellos perecieron muchos enemigos, ya por hundimientos de los arruinados pisos, ya heridos desde lejos por nuestras balas, que penetraban en lo más escondido. Las galerías, abiertas por las azadas de unos y otros, juntábanse al fin en uno de aquellos aposentos: á la luz de nuestros faroles veíamos á los franceses, como imaginarias figuras de duendes engendradas por la luz rojiza en las sinuosidades de la mazmorra; ellos nos veían también, y al punto nos tiroteábamos; pero nosotros íbamos provistos de granadas de mano, y arrojándolas sobre ellos, les poníamos en dispersión, persiguiéndoles luego á arma blanca á lo largo de las galerías. Todo aquello parecía una pesadilla, una de esas luchas angustiosas que á veces trabajamos contra seres aborrecidos en las profundas concavidades del sueño; pero era cierto y se repetía á cada instante en diversos puntos.

En esta penosa tarea nos relevábamos frecuentemente, y en los ratos de descanso salíamos al Coso, sitio céntrico de reunión y al mismo tiempo parque, hospital y cementerio general de los sitiados. Una tarde (creo que la del 5) estábamos en la puerta del convento varios muchachos del batallón de Extremadura y de San Pedro y comentábamos las peripecias del sitio, opinando todos que bien pronto sería imposible la resistencia. El corrillo se renovaba constantemente. D. José Montoria se acercó á nosotros, y saludándonos con semblante triste, sentóse en el banquillo de madera que teníamos junto á la puerta.

—Oiga usted lo que se habla por aquí, Sr. D. José—le dije.—La gente cree que es imposible resistir muchos días más.

—No os desanimeis, muchachos—contestó.—Bien dice el capitán general en su proclama, que corre mucho oro francés por la ciudad.

Un franciscano que venía de auxiliar á algunas docenas de moribundos, tomó la palabra y dijo:

—Es un dolor lo que pasa. No se habla por ahí de otra cosa que de rendirse. Si parece que esto ya no es Zaragoza. ¡Quién conoció aquella gente templada del primer sitio...!

—Dice bien Su Paternidad—afirmó Montoria.—Está uno avergonzado, y hasta los que tenemos corazón de bronce nos sentimos atacados de esta flaqueza, que cunde más que la epidemia. Y en resumidas cuentas, no sé á qué viene ahora esa novedad de rendirse cuando nunca lo hemos hecho, ¡porra! Si hay algo después de este mundo, como nuestra religión nos enseña, ¿á qué apurarse por un día más ó menos de vida?

—Verdad es, Sr. D. José—dijo el fraile,—que las provisiones se acababan por momentos, y que donde no hay harina todo es mohína.

—¡Boberías y melindres, padre Luengo!—exclamó Montoria.—Ya... Si esta gente, acostumbrada al regalo de otros tiempos, no puede pasarse sin carne y pan, no hemos dicho nada. ¡Como si no hubiera otras muchas cosas que comer!... Soy partidario de la resistencia á todo trance, cueste lo que cueste. He experimentado terribles desgracias; la pérdida de mi primogénito y de mi nieto ha cubierto de luto mi corazón pero el honor nacional, llenando toda mi alma, á veces no deja hueco para otro sentimiento. Un hijo me queda, único consuelo de mi vida y depositario de mi casa y mi nombre. Lejos de apartarle del peligro, le obligo á persistir en la defensa. Si le pierdo, me moriré de pena; pero que se salve el honor nacional, aunque perezca mi único heredero.

—Y según he oído—dijo el padre Luengo,—el Sr. D. Agustín ha hecho prodigios de valor. Está visto que los primeros laureles de esta campaña pertenecen á los insignes guerreros de la Iglesia.

—No; mi hijo no pertenecerá ya á la Iglesia—repuso Montoria.—Es preciso que renuncie á ser clérigo, pues yo no puedo quedarme sin sucesión directa.

—Sí, vaya usted á hablarle de sucesiones y de casorios. Desde que es soldado parece que ha cambiado un poco; pero antes sus conversaciones trataban siempre *de re theologica*, y jamás le oí hablar *de re erotica*. Es un chico que tiene á Santo Tomás en las puntas de los dedos, y no sabe en qué sitio de la cara llevan los ojos las muchachas.

—Agustín sacrificará por mí su ardiente vocación. Si salimos bien del sitio y la Virgen del Pilar me lo deja con vida, pienso casarle al instante con mujer que le iguale en condición y en fortuna.

Cuando esto decía, vimos que se nos acercaba sofocada Mariquilla Candiola, la cual, llegándose á mí, me preguntó:

—Sr. de Araceli, ¿ha visto usted á mi padre?

—No, señorita Doña María—le respondí.—Desde ayer no le he visto. Puede que esté en las ruinas de su casa, ocupándose en ver si puede sacar alguna cosa.

—No está—dijo Mariquilla con desaliento.—Le he buscado por todas partes.

—¿Ha estado usted aquí detrás, por junto á San Diego? El Sr. Candiola suele ir á visitar su casa llamada de los Duendes, por ver si se la han destrozado.

—Pues voy al momento allá.

Cuando desapareció, dijo Montoria:

—Es esta, á lo que parece, la hija del tío Candiola. Á fé que es bo-

nita, y no parece hija de aquel lobo... Dios me perdone el mote. De aquel buen hombre, quise decir.

—Es guapilla—afirmó el fraile.—Pero se me figura que es una buena pieza. De la madera del tío Candiola no puede salir un buen santo.

—No se habla mal del prógimo—dijo D. José.

—Candiola no es prógimo. La muchacha, desde que se quedaron sin casa, no abandona la compañía de los soldados.

—Estará entre ellos para asistir á los heridos.

—Puede ser; pero me parece que le gustan más los sanos y robustos. Su carilla graciosa está diciendo que allí no hay pizca de vergüenza.

—¡Lengua de escorpión!

—Pura verdad—añadió el fraile.—Bien dicen que de tal palo tal astilla. ¿No aseguran que su madre, la Pepa Rincón, fué mujer pública ó poco menos?

—Alegre de cascos tal vez...

—No está mala alegría. Cuando fué abandonada por su tercer cortejo, cargó con ella el Sr. D. Jerónimo.

—Basta de difamación—dijo Montoria,—y aunque se trata de la peor gente del mundo, dejémosles con su conciencia.

—Yo no daría un maravedí por el alma de todos los Candiolas reunidos—repuso el fraile.—Pero allí aparece el Sr. D. Jerónimo, si no me engaño. Nos ha visto y viene hácia acá.

En efecto, el tío Candiola avanzaba despaciosamente por el Coso, y llegó á la puerta del convento.

—Buenas tardes tenga el Sr. D. Jerónimo,—le dijo Montoria.—Quedamos en que se acabaron los rencorcillos...

—Hace un momento ha estado aquí preguntando por usted su inocente hija—le indicó Luengo con malicia.

—¿Dónde está?

—Ha ido á San Diego—dijo un soldado.—Puede que se la roben los franceses que andan por allí cerca.

—Quizá la respeten al saber que es hija del Sr. D. Jerónimo—dijo Luengo.—¿Es cierto, amigo Candiola, lo que se cuenta por ahí?

—¿Qué?

—Que usted ha pasado estos días la línea francesa para conferenciar con la canalla.

—¡Yo! ¡Qué vil calumnia!—exclamó el tacaño.—Eso lo dirán mis enemigos para perderme. ¿Es usted, Sr. de Montoria, quien ha hecho correr esas voces?

—Ni por pienso—respondió el patriota.—Pero es cierto que lo oí decir. Recuerdo que le defendí á usted, asegurando que el Sr. Candiola es incapaz de venderse á los franceses.

—¡Mis enemigos, mis enemigos quieren perderme! ¡Qué infamias inventan contra mí! También quieren que pierda la honra, después de haber perdido la hacienda. Señores, mi casa de la calle de la Sombra ha perdido parte del tejado. ¿Hay desolación semejante? La que tengo aquí detrás de San Francisco y pegada á la huerta de San Diego se conserva bién; pero está ocupada por la tropa, y me la destrozan que es un primor.

—El edificio vale bién poco, Sr. D. Jerónimo—dijo el fraile,—y si mal no recuerdo, hace diez años que nadie quiere habitarla.

—Como dió la gente en la manía de decir si había duendes ó no... Pero dejemos eso. ¿Han visto por aquí á mi hija?

—Esa virginal azucena ha ido hácia San Diego en busca de su papá.

—Mi hija ha perdido el juicio.

—Algo de eso.

—También tiene de ello la culpa el Sr. de Montoria. Mis enemigos, mis pérfidos enemigos no me dejan respirar.

—¡Cómo!—exclamó mi protector.—¿También tengo yo la culpa de que esa niña haya sacado las malas mañas de su madre...? quiero decir... ¡Maldita lengua mía! Su madre fué una señora ejemplar.

—Los insultos del Sr. Montoria no me llaman la atención, y los desprecio—dijo el avaro con ponzoñosa cólera.—En vez de insultarme el Sr. D. José, debiera sujetar á su niño Agustín, libertino y embaucador, que es quien ha trastornado el seso á mi hija. No, no se la daré en matrimonio, aunque bebe los vientos por ella. Y quiere robármela. ¡Buena pieza es el tal D. Agustín! No, no la tendrá por esposa. Vale ella más.

D. José Montoria, al oír esto, púsose blanco, y dió algunos pasos hácia el tío Candiola, con intento sin duda de renovar la violenta escena de la calle de Antón Trillo. Después, con expresión dolorida habló así:

—¡Dios mío! Dame fuerzas para reprimir mis arrebatos de cólera. ¿Es posible matar la soberbia y ser humilde delante de este hombre? Le pedí perdón de la ofensa que le hice; humilléme ante él; le ofrecí una mano de amigo, y sin embargo se me pone delante para injuriarme otra vez, para insultarme del modo más horrendo... ¡Miserable hombre, castígame, má-tame, bébete toda mi sangre y vende después mis huesos para hacer botones; pero que tu vil lengua no arroje tanta ignominia sobre mi hijo querido! ¿Qué has dicho, qué ha dicho usted de mi Agustín?

—La verdad.

—No sé cómo me contengo. Señores, sean ustedes testigos de mi bondad. No quiero arrebatarme; no quiero atropellar á nadie; no quiero ofender á Dios. Yo le perdono á este hombre sus infamias; pero que se quite al punto de mi presencia, porque viéndole, no respondo de mí.

Candiola, amedrentado por estas palabras, entró en el portalón del convento. El padre Luengo se llevó á Montoria por el Coso abajo.

Y sucedió que en el mismo instante, entre los soldados que allí estaban reunidos, empezó á cundir un murmullo rencoroso que indicaba sentimientos muy hostiles contra el padre de Mariquilla. El quiso huir, viéndose empujado de un lado para otro; mas le detuvieron, y sin saber cómo, en un rápido movimiento del grupo amenazador, fué llevado al claústro. Entonces una voz dijo con colérico acento:

—Al pozo; arrojarle al pozo.

Candiola fué asido y magullado por varias manos.

—Es de los que andan repartiendo dinero para que la tropa se rinda.

—Sí, sí—exclamaron otros.—Ayer decían que andaba en el Mercado repartiendo dinero.

—Señores—respondió el infeliz con voz ahogada,—yo les juro á ustedes que jamás he repartido dinero.

Y así era la verdad.

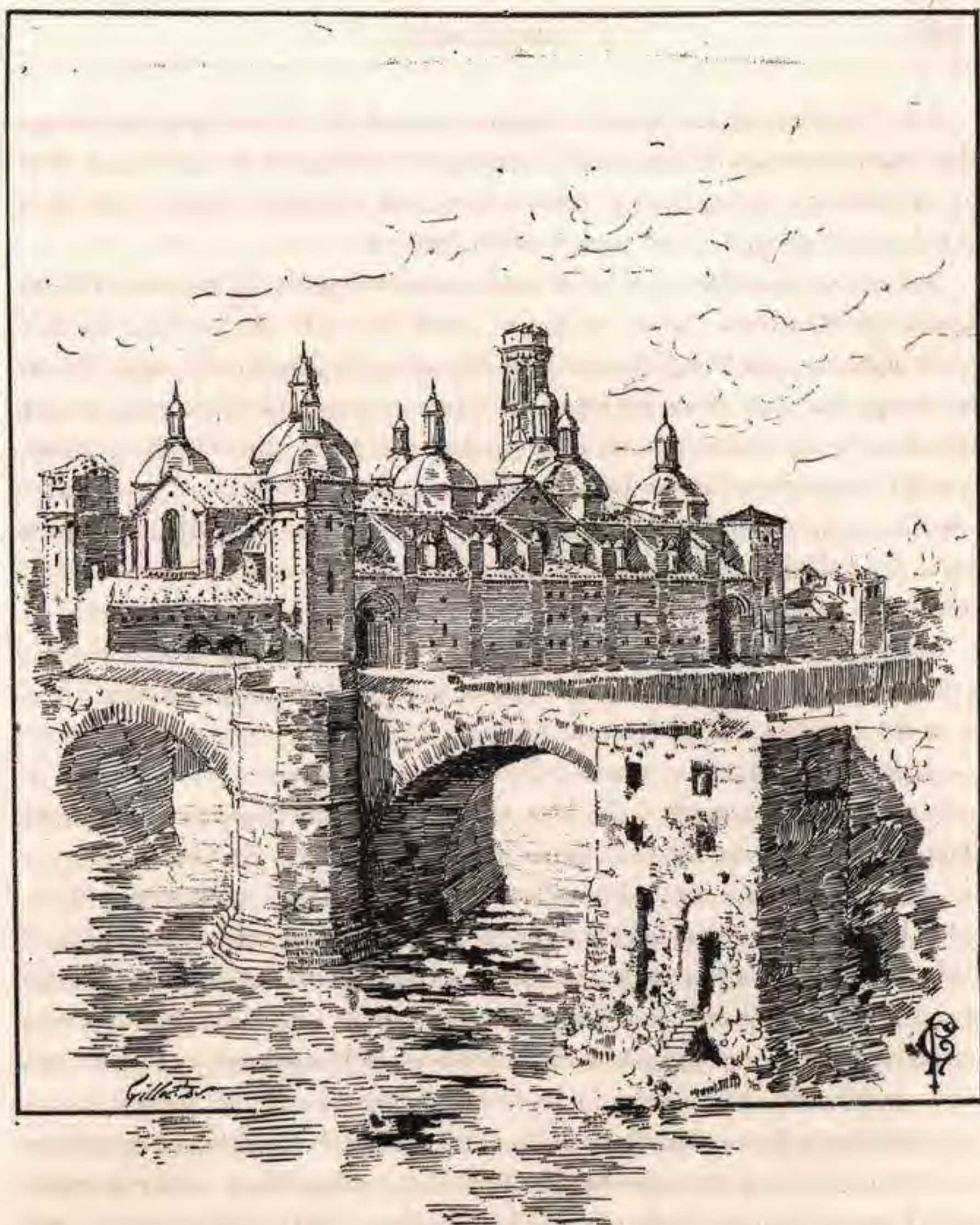
—Anoche le ví traspasar la línea y meterse en el campo francés.

Otro amigo y yo forcejamos un rato por salvar á Candiola de una muerte segura.

—Muchachos, no hagamos una barbaridad. ¿Qué daño puede causar este vejete despreciable?

—Es verdad—añadió él en el colmo de la angustia.—¿Qué mal puedo hacer yo, que siempre me he ocupado en socorrer á los menesterosos? Vosotros no me matareis; sois soldados de las Peñas de San Pedro y de Extremadura; sois todos guapos chicos. ¿Quién dice que yo me vendo á los franceses? Les odio, no les puedo ver, y á vosotros os quiero como á mi propio pellejo. Niñitos míos, dejadme en paz. Todo lo he perdido; que me quede al ménos la vida.

Estas lamentaciones, y los ruegos míos y de mi amigo, ablandaron un poco á los soldados, y una vez pasada la primera efervescencia, nos fué fácil salvar al desgraciado viejo. Al relevarse la gente que estaba en las posiciones, quedó completamente á salvo; pero ni siquiera nos dió las gracias cuando después de librarle de la muerte le ofrecimos un pedazo de pan. Poco después, y cuando tuvo alientos para andar, salió á la calle, donde él y su hija se reunieron.



XXVII

AQUELLA tarde casi todo el esfuerzo de los franceses se dirigió contra el arrabal de la izquierda del Ebro. Asaltaron el monasterio de Jesús y bombardearon el templo del Pilar, donde se refugiaba el mayor número de enfermos y heridos, creyendo que lo santo del lugar les ofrecía allí más seguridad que en otra parte.

En el centro no se trabajó mucho en aquel día. Toda la atención estaba reconcentrada en las minas, y nuestros esfuerzos se dirigían á probar al enemigo que antes que consentir en ser volados solos, trataríamos de volarles á ellos, ó volar juntos por lo ménos.

Por la noche ambos ejércitos parecían entregados al reposo. En las galerías subterráneas no se sentía el rudo golpe de la piqueta. Yo salí afuera y hácia San Diego encontré á Agustín y á Mariquilla, que hablaban sosegadamente sentados en el dintel de una puerta de la casa de los Duendes. Se alegraron mucho de verme, y me senté junto á ellos, participando de los mendrugos que estaban cenando.

—No tenemos donde albergarnos—dijo Mariquilla.—Estábamos en un portal del callejón del Órgano, y nos echaron. ¿Por qué aborrecen tanto á mi pobre padre? ¿Qué daño les ha hecho? Después nos guarecimos en un cuartucho de la calle de las Urreas, y también nos echaron. Nos sentamos después bajo un arco del Coso, y todos los que allí estaban huyeron de nosotros. Mi padre está furioso.

—Mariquilla de mi corazón—dijo Agustín,—espero que el sitio se acabe pronto de un modo ó de otro. Quiera Dios que muramos los dos, si vivos no podemos ser felices. No sé por qué, en medio de tantas desgracias, mi corazón está lleno de esperanza; no sé por qué me ocurren ideas agradables y pienso constantemente en un risueño porvenir. ¿Por qué no? ¿Todo ha de ser desgracias y calamidades? Las desventuras de mi familia son infinitas. Mi madre no tiene ni quiere tener consuelo. Nadie puede apartarla del sitio en que están el cadáver de mi hermano y el de mi sobrino, y cuando por fuerza la llevamos lejos de allí, la vemos luego arrastrándose sobre las piedras de la calle para volver. Ella, mi cuñada y mi hermana ofrecen un espectáculo lastimoso; niéganse á tomar alimento, y al rezar, deliran confundiendo los nombres santos. Esta tarde al fin hemos conseguido llevarlas á un sitio cubierto, donde se las obliga á mantenerse en reposo y á tomar algún alimento. Mariquilla, ¡á qué triste estado ha traído Dios á los míos! ¿No hay motivo para esperar que al fin se apiade de nosotros?

—Sí—repuso la Candiola;—el corazón me dice que hemos pasado las amarguras de nuestra vida, y que ahora tendremos días tranquilos. El sitio se acabará pronto, porque según dice mi padre, lo que queda es cosa de días. Esta mañana fui al Pilar; cuando me arrodillé delante de la Virgen, parecióme que la Santa Señora me miraba y se reía. Después salí de la iglesia, y un gozo muy vivo hacía palpar mi corazón. Miraba al cielo, y las bombas me parecían un juguete; miraba á los heridos, y se me

figuraba que todos ellos se volvían sanos; miraba á las gentes, y en todas creía encontrar la alegría que se desbordaba en mi pecho. Yo no sé lo que me ha pasado hoy; yo estoy contenta... Dios y la Virgen sin duda se han apiadado de nosotros; y estos latidos de mi corazón, esta alegre inquietud, son avisos de que al fin, después de tantas lágrimas, vamos á ser dichosos.

—Lo que dices es la verdad—exclamó Agustín, estrechando á Mariquilla amorosamente contra su pecho.—Tus presentimientos son leyes, tu corazón, identificado con lo divino, no puede engañarnos; oyéndote me parece que se disipa esta atmósfera de penas en que nos ahogamos, y respiro con delicia los aires de la felicidad. Espero que tu padre no se opondrá á que te cases conmigo.

—Mi padre es bueno—dijo la Candiola.—Yo creo que si los vecinos de la ciudad no le mortificaran, él sería más humano. Pero no le pueden ver. Esta tarde ha sido maltratado otra vez en el cláustro de San Francisco, y cuando se reunió conmigo en el Coso estaba furioso y juraba que se había de vengar. Yo procuraba aplacarle, pero todo en vano. Nos echaron de varias partes. Él, cerrando los puños y pronunciando voces coléricas, amenazaba á los transeuntes. Después echó á correr hácia aquí; yo pensé que venía á ver si le han destrozado esta casa, que es nuestra; seguile, volvióse él hácia mí como atemorizado al sentir mis pasos, y me dijo: “Tonta, entrometida, ¿quién te manda seguirme?”, Yo no le contesté nada; pero viendo que avanzaba hácia la línea francesa con ánimo de traspasarla, quise detenerle, y le dije: “Padre, ¿á dónde vas?”, Entonces me contestó: “¿No sabes que en el ejército francés está mi amigo el capitán de suizos, D. Carlos Lindener, que servía el año pasado en Zaragoza? Voy á verle; recordarás que me debe algunas cantidades.” Hízome quedar aquí y se marchó. Lo que siento es que sus enemigos, si saben que traspasa la línea y va al campo francés, le llamarán traidor. No sé si será por el gran cariño que le tengo por lo que me parece incapaz de semejante acción. Temo que le pase algún mal, y por eso deseo la conclusión del sitio. ¿No es verdad que concluirá pronto, Agustín?

—Sí, Mariquilla, concluirá pronto, y nos casaremos. Mi padre quiere que me case.

—¿Quién es tu padre? ¿Cómo se llama? ¿No es tiempo todavía de que me lo digas?

—Ya lo sabrás. Mi padre es persona principal, y muy querido en Zaragoza. ¿Para qué quieres saber más?

—Ayer quise averiguarlo... Somos curiosas. Á varias personas conoci-

das que hallé en el Coso, les pregunté: "¿Saben ustedes quién es ese señor que ha perdido á su hijo primogénito?" Pero como hay tantos en este caso, la gente se reía de mí.

—No me lo preguntes. Yo te lo revelaré á su tiempo, y cuando al decirlo pueda darte una buena noticia.

—Agustín, si me caso contigo, quiero que me lleves fuera de Zaragoza por unos días. Deseo durante un poco de tiempo ver otras casas, otros árboles, otro país; deseo vivir algunos días en sitios que no sean estos, donde tanto he padecido.

—Sí, Mariquilla de mi alma—exclamó Montoria con arrebató;—iremos á donde quieras, lejos de aquí, mañana mismo... mañana no, porque no está levantado el sitio; pasado... en fin, cuando Dios quiera...

—Agustín—añadió Mariquilla, con voz débil que indicaba cierta somnolencia,—quiero que al volver de nuestro viaje, reedifiques la casa en que he nacido. El ciprés continúa en pié.

Mariquilla, inclinando la cabeza, mostraba estar medio vencida por el sueño.

—¿Deseas dormir, pobrecilla?—le dijo mi amigo tomándola en brazos.

—Hace varias noches que no duermo nada—respondió la jóven cerrando los ojos.—La inquietud, el pesar, el miedo me han mantenido en vela. Esta noche el cansancio me rinde, y la tranquilidad que siento me hace dormir.

—Duerme en mis brazos, María—dijo Agustín,—y que la tranquilidad que ahora llena tu alma no te abandone cuando despiertes.

Después de un breve rato en que la creíamos dormida, Mariquilla, mitad despierta, mitad en sueños, habló así:

—Agustín, no quiero que quites de mi lado á esa buena Doña Guedita, que tanto nos protegía cuando éramos novios... Ya ves cómo tenía yo razón al decirte que mi padre fué al campo francés á cobrar sus cuentas...

Después no habló más y se durmió profundamente. Sentado Agustín en el suelo, la sostenía sobre sus rodillas y entre sus brazos. Yo abrigué sus piés con mi capote.

Callábamos Agustín y yo, porque nuestras voces no turbaran el sueño de la muchacha. Aquel sitio era bastante solitario. Teníamos á la espalda la casa de los Duendes, inmediata al convento de San Francisco, y en frente el colegio de San Diego, con su huerta circuida por largas tapias que se alzaban en irregulares y angostos callejones. Por ellos discurrían los centinelas que se relevaban y los pelotones que iban á las avanzadas ó venían de ellas. La tregua era completa, y aquel reposo anunciaba

grandes luchas para el día siguiente. De pronto el silencio me permitió oír sordos golpes debajo de nosotros en lo profundo del suelo. Al punto comprendí que andaba por allí la piqueta de los minadores franceses, y



comunique mi recelo á Agustín, el cual, prestando atención, me dijo:

—Efectivamente, parece que están minando. Pero ¿á dónde van por aquí? Las galerías que hicieron desde Jerusalem están todas cortadas por las nuestras. No pueden dar un paso sin que se les salga al encuentro.

—Es que este ruido indica que están minando por San Diego. Ellos poseen una parte del edificio. Hasta ahora no han podido llegar á las bodegas de San Francisco. Si por casualidad han discurrido que es fácil el paso desde San Diego á San Francisco por los bajos de esta casa, es probable que este paso sea el que están abriendo ahora.

—Corre al instante al convento—me dijo,—baja á los subterráneos, y si sientes ruido, cuenta á Renovales lo que pasa. Si algo ocurre, me llamas en seguida.

Agustín quedóse solo con Mariquilla. Fui á San Francisco, y al bajar á las bodegas, encontré con otros patriotas, á un oficial de ingenieros, el cual, como yo le expusiera mi temor, me dijo:

—Por las galerías abiertas debajo de la calle de Santa Engracia, desde Jerusalem y el Hospital, no pueden acercarse aquí, porque con nuestra zapa hemos inutilizado la suya, y unos cuantos hombres podrán contenerlos. Debajo de este edificio dominamos los subterráneos de la iglesia, bodegas y los sótanos que caen hácia el claustro de Oriente. Hay una parte del convento que no está minada, y es la del Poniente y Sur; pero allí no hay sótanos, y hemos creído excusado abrir galerías, porque no es probable se nos acerquen por esos dos lados. Poseemos la casa inmediata, y yo he reconocido su parte subterránea, que está casi pegada á las cuevas de la casa capitular. Si ellos dominaran la casa de los Duendes, fácil les sería [poner hornillos y volar toda la parte del Sur y de Poniente; pero aquel edificio es nuestro, y desde él á las posiciones francesas en frente de San Diego y en Santa Rosa, hay mucha distancia. No es probable que nos ataquen por ahí, á ménos que no exista alguna comunicación desconocida entre la casa y San Diego ó Santa Rosa, que les permitiera acercársenos sin advertirlo.

Hablando sobre el particular estuvimos hasta la madrugada. Al amanecer, Agustín entró muy alegre, diciéndome que había conseguido albergar á Mariquilla en el mismo local donde estaba su familia. Después nos dispusimos para hacer un esfuerzo en aquel día, porque los franceses, dueños ya del Hospital, mejor dicho, de sus ruinas, amenazaban asaltar á San Francisco, no por bajo tierra, sino á descubierto y á la luz del sol.



XXVIII

La posesión de San Francisco iba á decidir la suerte de la ciudad. Aquel vasto edificio, situado en el centro del Coso, daba una superioridad incontestable á la nación que lo ocupase. Los franceses lo cañonearon desde muy temprano, con objeto de abrir brecha para el asalto, y los zaragozanos llevaron á él lo mejor de su fuerza para defenderlo. Como escaseaban ya los soldados, multitud de personas graves, que hasta entonces no sirvieran sino de auxiliares, tomaron las armas. Sas, Cerezo, La Casa, Piedrafita, Escobar, Leiva, D. José de Montoria, todos los grandes patriotas habían acudido también.

En la embocadura de la calle de San Gil y en el arco de Cineja había varios cañones para contener los impetus del enemigo. Yo fui enviado con otros de Extremadura al servicio de aquellas piezas, porque apenas quedaban artilleros, y cuando me despedí de Agustín, que permanecía en

San Francisco al frente de la compañía, nos abrazamos creyendo que no nos volveríamos á ver.

D. José de Montoria, hallándose en la barricada de la Cruz del Coso recibió un balazo en la pierna y tuvo que retirarse; pero apoyado en la pared de una casa inmediata al arco de Cineja, resistió por algún tiempo el desmayo que le producía la hemorragia, hasta que al fin, sintiéndose desfallecido, me llamó, diciéndome:

—Sr. de Araceli, se me nublan los ojos... No veo nada... ¡Maldita sangre, cómo se marcha á toda prisa, cuando hace más falta! ¿Quiere usted darme la mano?

—Señor—le dije, corriendo hácia él y sosteniéndole.—Más vale que se retire usted á su alojamiento.

—No, aquí quiero estar... Pero Sr. de Araceli, si me quedo sin sangre... ¿Dónde demonios se ha ido esta condenada sangre...? Y parece que tengo piernas de algodón... Me caigo al suelo como un costal vacío.

Hizo terribles esfuerzos por reanimarse; pero casi llegó á perder el sentido, más que por la gravedad de la herida, por la pérdida de la sangre, el ningún alimento, los insomnios y penas de aquellos días. Aunque él rogaba que le dejáramos allí arrimado á la pared, para no perder ni un solo detalle de la acción que iba á trabarse, le llevamos á su albergue, que estaba en el mismo Coso, esquina á la calle del Refugio. La familia había sido instalada en una habitación alta. La casa toda estaba llena de heridos, y casi obstruían la puerta los muchos cadáveres depositados en aquel sitio. En el angosto portal, en las habitaciones interiores no se podía dar un paso, porque la gente que había ido allí á morir se lo obstruía todo, y no era fácil distinguir los vivos de los difuntos.

Montoria, cuando le entramos allí, dijo:

—No me lleveis arriba, muchachos, donde está mi familia. Dejadme en esta pieza baja. Ahí veo un mostrador que me viene de perillas.

Pusímosle donde dijo. La pieza baja era una tienda. Bajo el mostrador habían espirado aquel día algunos heridos y apestados, y muchos enfermos se extendían por el infecto suelo, arrojados sobre piezas de tela.

—Á ver—continuó,—si hay por ahí algún alma caritativa que me ponga un poco de estopa en este boquete por donde sale la sangre.

Una mujer se adelantó hácia el herido. Era Mariquilla Candiola.

—Dios te lo premie, niña—dijo D. José al ver que traía lienzo para curarle.—Basta por ahora con que me remiende usted un poco esta pierna. Creo que no se ha roto el hueso.

Mientras esto pasaba, unos veinte paisanos invadieron la casa, para hacer fuego desde las ventanas contra las ruinas del Hospital.

—Sr. de Araceli, ¿se marcha usted al fuego? Aguarde usted un rato para que me lleve, porque me parece que no puedo andar solo. Mande usted el fuego desde esa ventana. Buena puntería. No dejar respirar á los del Hospital... Á ver, jóven, despache usted pronto. ¿No tiene usted un cuchillo á mano? Sería bueno cortar ese pedazo de carne que cuelga... ¿Cómo va eso, Sr. de Araceli? ¿Vamos ganando?

—Vamos bién—le respondí desde la ventana.—Ahora retroceden al Hospital. San Francisco es un hueso un poco duro de roer.

María en tanto miraba fijamente á Montoria, y seguía curándole con mucho cuidado y esmero.

—Es usted una alhaja, niña—dijo mi amigo.—Parece que no pone las manos encima de la herida... Pero ¿á qué me mira usted tanto? ¿Tengo monos en la cara? Á ver... ¿Está concluido eso?... Trataré de levantarme... Pero si no me puedo tener... ¿qué agua de malva es esta que tengo en las venas? Porr... iba á decirlo... que no pueda corregir la maldita costumbre... Sr. de Araceli, no puedo con mi alma. ¿Cómo anda la cosa?

—Señor, á las mil maravillas. Nuestros valientes paisanos están haciendo prodigios.

En esto llegó un oficial herido á que le pusieran un vendaje.

—Todo marcha á pedir de boca—nos dijo.—No tomarán á San Francisco. Los del Hospital han sido rechazados tres veces. Pero lo portentoso, señores, ha ocurrido por el lado de San Diego. Viendo que los franceses se apoderaban de la huerta pegada á la casa de los Duendes, cargaron sobre ellos á la bayoneta los valientes soldados de Orihuela, mandados por Pino-Hermoso, y no sólo los desalojaron, sino que dieron muerte á muchos, cogiendo trece prisioneros.

—Quiero ir allá. ¡Viva el batallón de Orihuela! ¡Viva el marqués de Pino-Hermoso!—exclamó con furor sublime D. José de Montoria.—Señor de Araceli, vamos allá. Lléveme usted. ¿Hay por ahí un par de muletas? Señores, las piernas me faltan; pero andaré con el corazón. Adios, niña, hermosa curandera... Pero ¿por qué me mira usted tanto?... Me conoce usted y yo creo haber visto esa cara en alguna parte... sí... pero no recuerdo dónde.

—Yo también le he visto á usted una vez, una vez sola—dijo Mariquilla con aplomo,—y ojalá no me acordara.

—No olvidaré este beneficio—añadió Montoria.—Parece usted una buena muchacha... y muy linda por cierto. Adios; estoy muy agradecido,

sumamente agradecido... Venga un par de muletas, un bastón; que no puedo andar, Sr. de Araceli. Deme usted el brazo... ¿Qué telarañas son estas que se me ponen ante los ojos?... Vamos allá y echaremos á los franceses del Hospital.

Disuadiéndole de su temerario propósito de salir, me disponía á marchar yo solo, cuando se oyó una detonación tan fuerte, que ninguna palabra del lenguaje tiene energía para expresarla. Parecía que la ciudad entera era lanzada al aire por la explosión de inmenso volcán abierto bajo sus cimientos. Todas las casas temblaron; oscurecióse el cielo con espesa nube de humo y polvo, y á lo largo de la calle vimos caer trozos de pared, miembros despedazados, maderos, tejas, lluvias de tierra y material de todas clases.

—¡La Santa Virgen del Pilar nos asista!—exclamó Montoria.—Parece que ha volado el mundo entero.

Los enfermos y heridos gritaban creyendo llegada su última hora, y todos nos encomendamos mentalmente á Dios.

—¿Qué es esto? ¿Existe todavía Zaragoza?—preguntaba uno.

—¿Volamos nosotros también?

—Debe haber sido en el convento de San Francisco esta terrible explosión—dije yo.

—Corramos allá—respondió Montoria, sacando fuerzas de flaqueza.—Sr. de Araceli, ¿no decían que estaban tomadas las precauciones para defender á San Francisco?... ¿Pero no hay un par de muletas por ahí?

Salimos al Coso, donde al punto nos cercioramos de que una gran parte de San Francisco había sido volada.

—Mi hijo estaba en el convento—dijo Montoria, pálido como un difunto.—¡Dios mío, si has determinado que lo pierda también, que muera por la patria en el puesto del honor!

Acercóse á nosotros el locuaz mendigo, de quien hice mención en las primeras páginas de este relato, el cual trabajosamente andaba con sus muletas, y parecía en muy mal estado de salud.

—*Sursum Corda*—le dijo el patriota,—dame tus muletas, que para nada las necesitas.

—Déjeme su merced—repuso el cojo,—llegar á aquel portal y se las daré. No quiero morir en medio de la calle.

—¿Te mueres?

—¡Así parece! La calentura me abrasa. Estoy herido en el hombro desde ayer y todavía no me han sacado la bala. Siento que me voy. Tome usía las muletas.

—¿Vienes de San Francisco?

—No señor; yo estaba en el arco del Trenque... allí había un cañón: hemos hecho mucho fuego. Pero San Francisco ha volado por los aires cuando ménos lo creíamos. Toda la parte del Sur y de Poniente vino al suelo, enterrando mucha gente. Ha sido traición, según dice el pueblo... Adiós, D. José... aquí me quedo... los ojos se me oscurecen, la lengua se me traba, yo me voy... la Señora Virgen del Pilar me ampare, y aquí tiene usía mis remos.

Con ellos pudo avanzar un poco Montoria hácia el lugar de la catástrofe; pero tuvimos que doblar la calle de San Gil, porque no se podía seguir más adelante. Los franceses habían cesado de hostilizar el convento por el lado del Hospital; pero asaltándolo por San Diego, ocupaban á toda prisa las ruinas, que nadie podía disputarles. Conservábase en pié la iglesia y torre de San Francisco.

—¡Eh, padre Luengo!—dijo Montoria, llamando al fraile de este nombre, que entraba apresuradamente en la calle de San Gil.—¿Qué hay? ¿Dónde está el capitán general? ¿Ha perecido entre las ruinas?

—No—repuso el padre deteniéndose.—Está con otros jefes en la plazuela de San Felipe. Puedo anunciarle á usted que su hijo Agustín se ha salvado, porque era de los que ocupaban la torre.

—¡Bendito sea Dios!—dijo D. José cruzando las manos.

—Toda la parte de Sur y Poniente ha sido destruida—prosiguió Luengo.—No se sabe cómo han podido minar por aquel sitio. Debieron poner los hornillos debajo de la sala del capítulo, y por allí no se habían hecho minas, creyendo que era lugar seguro.

—Además—dijo un paisano armado y que se acercó al grupo,—teníamos la casa inmediata, y los franceses, posesionados sólo de parte de San Diego y de Santa Rosa, no podían acercarse allí con facilidad.

—Por eso se cree—dijo un clérigo armado que se nos agregó,—que han encontrado un paso secreto entre Santa Rosa y la casa de los Duen-des. Apoderados de los sótanos de ésta, con una pequeña galería, pudieron llegar debajo de la sala del capítulo, que está muy cerca.

—Ya se sabe todo—dijo un capitán del ejército.—La casa de los Duen-des tiene un gran sótano que nos era desconocido. Desde este sótano partía, sin duda, una comunicación con Santa Rosa, á cuyo convento perteneció antiguamente dicho edificio, y servía de granero y almacén.

—Pues si eso es cierto, si esa comunicación existe—añadió Luengo,—ya comprendo quién se la ha descubierto á los franceses. Ya saben ustedes que cuando los enemigos fueron rechazados en la huerta de San Die-

go, se hicieron algunos prisioneros. Entre ellos está Candiola, que ha visitado estos días el campo francés, y desde anoche se pasó al enemigo.

—Así tiene que ser—dijo Montoria,—porque la casa de los Duendes pertenece á Candiola. Harto sabe el condenado judío los pasos y escondrijos de aquel edificio. Señores, vamos á ver al capitán general. ¿Se cree que aún podrá defenderse el Coso?

—Pues no se ha de defender?—dijo el militar.—Lo que ha pasado es una friolera: algunos muertos más. Aún se intentará reconquistar la iglesia de San Francisco.

Todos mirábamos á aquel hombre que tan serenamente hablaba de lo imposible. La concisa sublimidad de su empeño parecía una burla, y sin



embargo, en aquella epopeya de lo increíble, semejantes burlas solían parar en realidad.

Los que no den crédito á mis palabras, abran la historia y verán que unas cuantas docenas de hombres extenuados, hambrientos, descalzos, medio desnudos, algunos de ellos heridos, se sostuvieron todo el día en la torre; mas no contentos con esto, extendiéronse por el techo de la iglesia, y abriendo aquí y allí innumerables claraboyas, sin atender al fuego que se les hacía desde el Hospital, empezaron á arrojar granadas de mano contra los franceses, obligándoles á abandonar el templo al caer de la tarde. Toda la noche pasó en tentativas del enemigo para reconquistarlo; pero no pudieron conseguirlo hasta el día siguiente, cuando los tiradores del tejado se retiraron, pasando á la casa de Sástago.

XXIX



ARAGOZA se rendirá? La muerte al que esto diga.

Zaragoza no se rinde. La reducirán á polvo: de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cién templos; su suelo abriráse vomitando llamas; y lanzados al aire los ciéimientos, caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde.

Llegó el momento de la suprema desesperación. Francia ya no combatía, minaba. Era preciso desbaratar el suelo nacional para conquistarlo. Medio Coso era suyo, y España, destrozada, se retiró á la acera de enfrente. Por las Tenerías, por el arrabal de la izquierda habían alcanzado también ventajas, y sus hornillos no descansaban un instante.

Al fin ¡parece mentira! nos acostumbramos á las voladuras, como antes nos habíamos acostumbrado al bombardeo. Á lo mejor se oía un ruido como el de mil truenos retumbando á la vez. ¿Qué ha sido? Nada: la Universidad, la capilla de la Sangre, la casa de Aranda, tal convento ó iglesia que ya no existe. Aquello no era vivir en nuestro pacífico y callado planeta; era tener por morada las regiones del rayo, mundos desordenados donde todo es fragor y desquiciamiento. No había sitio alguno donde estar, porque el suelo ya no era suelo, y bajo cada planta se abría un cráter. Y sin embargo, aquellos hombres seguían defendiéndose contra la inmensidad abrumadora de un volcán continuo y de una tempestad incesante. Á falta de fortalezas, habían servido los conventos; á falta de conventos, los palacios; á falta de palacios, las casas humildes. Todavía había algunas paredes.



H. L. S. 1848

Ya no se comía. ¿Para qué, si se esperaba la muerte de un momento á otro? Centenares, miles de hombres perecían en las voladuras y la epidemia había tomado carácter fulminante. Tenía uno la suerte de salir ileso de entre la lluvia de balas, y luégo al volver una esquina, el horrible frío y la fiebre, apoderándose súbitamente de la naturaleza, la conducían en poco tiempo á la muerte. Ya no había parientes ni amigos; ménos aún, ya los hombres no se conocían unos á otros, y ennegrecidos los rostros por la tierra, por el humo, por la sangre, desencajados y cadavéricos, al juntarse después del combate, se preguntaban: "¿Quién eres tú? ¿Quién es usted?"

Ya las campanas no tocaban á alarma, porque no había campaneros; ya no se oían pregones, porque no se publicaban proclamas; ya no se decía misa, porque faltaban sacerdotes; ya no se cantaba la jota, y las voces iban espirando en las gargantas á medida que iba muriendo gente. De hora en hora el fúnebre silencio iba conquistando la ciudad. Sólo hablaba el cañón, y las avanzadas de las dos naciones no se entretenían diciéndose insultos. Más que de rabia, las almas empezaban á llenarse de tristeza, y la ciudad moribunda se batía en silencio para que ni un átomo de fuerza se le perdiera en voces importunas.

La necesidad de la rendición era una idea general; pero nadie la manifestaba, guardándola en el fondo de su conciencia, como se guarda la idea de la culpa que se va á cometer. ¡Rendirse! Esto parecía una imposibilidad, una obra difícil, y perecer era más fácil.

Pasó un día después de la explosión de San Francisco; día horrible, que no parece haber existido en las series del tiempo, sino tan sólo en el reino engañoso de la imaginación.

Yo había estado en la calle de las Arcadas poco antes de que la mayor parte de sus casas se hundieran. Corrí después hácia el Coso á cumplir una comisión que se me encargó, y recuerdo que la pesada é infecta atmósfera de la ciudad me ahogaba de tal modo, que apenas podía andar. Por el camino encontré el mismo niño que algunos días antes ví llorando y solo en el barrio de la Tenerías. También entonces iba solo y llorando, y además el infeliz metía las manos en la boca, como si se comiese los dedos. Á pesar de esto, nadie le hacía caso. Yo también pasé con indiferencia por su lado; pero después una vocecilla dijo algo en mi conciencia, volví atrás y me le llevé conmigo, dándole algunos pedazos de pan.

Cumplida mi comisión, corrí á la plazuela de San Felipe, donde después de lo de las Arcadas, estaban los pocos hombres que aún subsistían de mi batallón. Era ya de noche, y aunque en el Coso había gran fuego

entre una y otra acera, los míos fueron dejados en reserva para el día siguiente, porque estaban muertos de cansancio.

Al llegar ví un hombre que, envuelto en su capote, paseaba de largo á largo sin hacer caso de nada ni de nadie. Era Agustín Montoria.

—¡Agustín! ¿Eres tú?—le dije, acercándome.—¡Qué pálido y demudado estás! ¿Te han herido?

—Déjame—contestó agriamente,—no quiero compañías importunas.

—¿Estás loco? ¿Qué te pasa?

—Déjame, te digo—añadió, repeliéndome con fuerza.—Te digo que quiero estar solo. No quiero ver á nadie.

—Amigo—exclamé, comprendiendo que algún terrible pesar perturbaba el alma de mi compañero,—si te ocurre algo desagradable dímelo y tomaré para mí una parte de tu desgracia.

—¿Pues no lo sabes?

—No sé nada. Ya sabes que me mandaron con veinte hombres á la calle de las Arcadas. Desde ayer, desde la explosión de San Francisco no nos hemos visto.

—Es verdad—repuso.—Gabriel, he buscado la muerte en esa barricada del Coso, y la muerte no ha querido venir. Innumerables compañeros míos cayeron á mi lado, y no ha habido una bala para mí. Gabriel, amigo mío querido, pon el cañón de una de tus pistolas en mi sién y arráncame la vida. ¿Lo creerás? Hace poco intenté matarme... No sé... parece que vino una mano invisible y me apartó el arma de las sienes. Después otra mano suave y tibia pasó por mi frente.

—Cálmate, Agustín, y cuéntame lo que tienes.

—¡Lo que tengo! ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Falta una hora!—exclamó con nervioso estremecimiento.—¡Sesenta minutos! Puede ser que los franceses hayan minado esta plazuela de San Felipe donde estamos, y tal vez dentro de un instante la tierra, saltando bajo nuestros piés, abra una horrible sima en que todos quedemos sepultados, todos, la víctima y los verdugos.

—¿Qué víctima es esa?

—¿No lo sabes? El desgraciado Candiola. Está encerrado en la Torre Nueva.

En la puerta de la Torre Nueva había algunos soldados, y una macilenta luz alumbraba la entrada.

—En efecto—dije,—sé que ese infame viejo fué cogido prisionero con algunos franceses en la huerta de San Diego.

—Su crimen es indudable. Enseñó á los enemigos el paso desde Santa Rosa á la casa de los Duendes, de él solo conocido. Además de que no faltan pruebas, el infeliz esta tarde ha confesado todo con esperanza de salvar la vida.

—Le han condenado...

—Sí. El consejo de guerra no ha discutido mucho. Candiola será arcabuceado dentro de una hora por traidor. ¡Allí está! Y aquí me tienes á mí, capitán del batallón de las Peñas de San Pedro; ¡malditas charreteras! aquí me tienes con una orden en el bolsillo en que se me manda ejecutar la sentencia á las diez de la noche, en este mismo sitio, aquí en la plazuela de San Felipe, al pié de la torre. ¿Ves, ves la orden? Está firmada por el general Saint-March.

Callé, porque no se me ocurría una sola palabra que decir á mi compañero en aquella terrible ocasión.

—¡Amigo mío, valor!—exclamé al fin.—Es preciso cumplir la orden.

Agustín no me oía. Su actitud era la de un demente, y se apartaba de mí para volver en seguida, balbuciendo palabras de desesperación. Después, mirando á la torre, que majestuosa y esbelta alzábase sobre nuestras cabezas, exclamó con terror:

—Gabriel, ¿no la ves, no ves la torre? ¿No ves que está derecha, Gabriel? La torre se ha puesto derecha. ¿No la ves? ¿Pero no la ves?

Miré á la torre, y, como era natural, la torre continuaba inclinada.

—Gabriel—añadió Montoria,—mátame: no quiero vivir. No: yo no le quitaré á ese hombre la vida. Encárgate tú de esta comisión. Yo, si vivo, quiero huir; estoy enfermo; me arrancaré estas charreteras y se las tiraré á la cara al general Saint-March. No, no me digas que la Torre Nueva sigue inclinada. Pero hombre, ¿no ves que está derecha? Amigo, tú me engañas; mi corazón está traspasado por un acero candente, rojo, y la sangre chisporrotea. Me muero de dolor.

Yo procuraba consolarle, cuando una figura blanca penetró en la plaza por la calle de Torresecas. Al verla temblé de espanto, porque era Mariquilla. Agustín no tuvo tiempo de huir, y la desgraciada jóven se abrazó á él, exclamando con ardiente emoción:

—Agustín, Agustín. Gracias á Dios que te encuentro aquí. ¡Cuánto te quiero! Cuando me dijeron que eras tú el carcelero de mi padre, me volví loca de alegría, porque tengo la seguridad de que le has de salvar. Esos caribes del Consejo le han condenado á muerte. ¡Á muerte! ¡Morir él, que no ha hecho mal á nadie! Pero Dios no quiere que perezca el inocente, y le ha puesto en tus manos para que le dejes escapar.

—Mariquilla, María de mi corazón—dijo Agustín.—Déjame, vete... no te quiero ver... Mañana, mañana hablaremos. Yo también te amo... Estoy loco por tí. Húndase Zaragoza; pero no dejes de quererme. Esperaban que yo matara á tu padre...

—¡Jesús, no digas eso!—exclamó la muchacha.—¡Tú!

—No, mil veces no; que castiguen otros su traición.

—No, mentira; mi padre no ha sido traidor. ¿Tú también le acusas? Nunca lo creí... Agustín, es de noche. Desata sus manos; quítale los grillos que destrozan sus piés; ponle en libertad. Nadie lo puede ver.

—María... espera un poco...—dijo Montoria con suma agitación.—Eso no puede hacerse así... Hay mucha gente en la plaza. Los soldados están muy irritados contra el preso. Mañana...

—¡Mañana! ¿Qué has dicho? ¿Te burlas de mí? Ponle al instante en libertad, Agustín. Si no lo haces, creeré que he amado al más vil, cobarde y despreciable de los hombres.

—María, Dios nos está oyendo. Dios sabe que te adoro. Por él juro que no mancharé mis manos con la sangre de ese infeliz; antes romperé mi espada; pero en nombre de Dios te digo también que no puedo poner en libertad á tu padre. María, el cielo se nos ha caído encima.

—Agustín, me estás engañando—dijo la jóven con angustiosa perplejidad.—¿Dices que no le pondrás en libertad?

—No, no, no puedo. Si Dios en forma humana viniera á pedirme la libertad del que ha vendido á nuestros heroicos paisanos, entregándoles al cuchillo francés, no podría hacerlo. Es un deber supremo al que no puedo faltar.

—Mi padre no puede haber hecho traición—dijo Mariquilla, pasando súbitamente del dolor á una exaltada y nerviosa cólera.—Son calumnias de sus enemigos. Mienten los que le llaman traidor, y tú, más cruel y más inhumano que todos, mientes también. No, no es posible que yo te haya querido: vergüenza me causa pensarlo. ¿Has dicho que no le pondrás en libertad? ¿Pues para qué existes, de qué sirves tú? ¿Esperas ganar con tu crueldad sanguinaria el favor de esos bárbaros inhumanos que han destruido la ciudad, fingiendo defenderla? ¡Para tí nada vale la vida del inocente, ni la desolación de una huérfana! ¡Miserable y ambicioso egoísta: te aborrezco más de lo que te he querido! ¿Has pensado que podrías presentarte delante de mí con las manos manchadas en la sangre de mi padre?

—María—dijo Agustín,—me estás despedazando el alma; me pides lo imposible, lo que yo no haré, ni puedo hacer, aunque en pago me ofrezcas la bienaventuranza eterna. Todo lo he sacrificado ya, y contaba con

que me aborrecerías. Considera que un hombre se arranca con sus propias manos el corazón y lo arroja al lodo; pues eso hago yo.

La ardiente exaltación de María Candiola la llevaba de la ira más intensa á la sensibilidad más patética. Antes mostraba con enérgica foga-sidad su cólera y después se deshacía en lágrimas, expresándose así:

—¿Qué he dicho, y qué locuras has dicho tú? ¡Agustín, tú no puedes negarme lo que pido! ¡Cuánto te he querido y cuánto te quiero! Desde que te ví por primera vez en nuestra torre, no te has apartado un solo instante de mi pensamiento. Tú has sido para mí el más amable, el más generoso, el más discreto, el más valiente de todos los hombres. Te quise sin saber quién eras; yo ignoraba tu nombre y el de tus padres; pero te habría amado aunque hubieras sido hijo del verdugo de Zaragoza. Agustín: tú te has olvidado de mí desde que no nos vemos. ¡Soy yo, Mariquilla! Siempre he creído y creo que no me quitarás á mi buen padre, á quien quiero tanto como á tí. Él es bueno, no ha hecho mal á nadie, es un pobre anciano... Tiene algunos defectos; pero yo no los veo; yo no veo en él más que virtudes.

Leí claramente en el semblante de Montoria la indecisión. Él miraba con aterrados ojos tan pronto á la muchacha como á los hombres que estaban de centinela en la entrada de la torre, y la hija de Candiola, con admirable instinto supo aprovechar esta disposición á la debilidad, y echándole los brazos al cuello, añadió:

—Agustín, ponle en libertad. Nos ocultaremos donde nadie pueda descubrirnos. Si te dicen algo, si te acusan de haber faltado al deber, no les hagas caso y vente conmigo. ¡Cuánto te amará mi padre al ver que le salvas la vida! Entonces ¡qué gran felicidad nos espera, Agustín! ¡Qué bueno eres! Ya lo esperaba yo, y cuando supe que el pobre preso estaba en tu poder, se me figuró que me abrían las puertas del Cielo.

Mi amigo dió algunos pasos y retrocedió después. Había bastantes militares y gente armada en la plazuela. De repente se nos apareció delante un hombre con muletas, acompañado de otros paisanos y algunos oficiales de alta graduación.

—¿Qué pasa aquí?—dijo D. José de Montoria.—Me pareció oír chillidos de mujer. Agustín, ¿estás llorando? ¿Qué tienes?

—Señor—dijo Mariquilla con terror, volviéndose hácia Montoria.—Usted no se opondrá tampoco á que dejen en libertad á mi padre. ¿No se acuerda usted de mí? Ayer estaba usted herido y yo le curé.

—Es verdad, niña—dijo gravemente D. José.—Estoy muy agradecido. Ahora caigo en que es usted la hija del Sr. Candiola.

—Sí señor: ayer, cuando le curaba á usted, reconocí en su cara la de aquel hombre que maltrató á mi padre hace muchos días.

—Sí, hija mía; fué un arrebato, un pronto... No lo pude remediar... Yo



tengo la sangre muy viva... Y usted me curó... Así se portan los buenos cristianos. Pagar las injurias con beneficios, y hacer bién á los que nos aborrecen es lo que manda Dios.

—Señor—exclamó María, toda deshecha en lágrimas,—yo perdono á mis

enemigos perdone usted también á los suyos. ¿Por qué no han de poner en libertad á mi padre? Él no ha hecho nada.

—Es un poco difícil lo que usted pretende. La traición del Sr. Candiola es imperdonable. La tropa está furiosa.

—¡Todo es un error! Si usted quiere interceder... Usted debe ser de los que mandan.

—¿Yo?...—dijo Montoria.—Ese es un asunto que no me incumbe... Pero serénese usted, jóven... De veras que parece usted una buena muchacha. Recuerdo el esmero con que usted me curaba, y me llega al alma tanta bondad. Grande ofensa hice á usted, y de la misma persona á quien ofendí he recibido un bien inmenso, tal vez la vida. De este modo nos enseña Dios con un ejemplo que debemos ser humildes y caritativos, ¡porr...! ya la iba á soltar... ¡Maldita lengua mía!

—¡Señor, qué bueno es usted!—exclamó la jóven.—¡Yo le creía muy malo! Usted me ayudará á salvar á mi padre.

—Oiga usted—le dijo Montoria, tomándola por un brazo.—Hace poco pedí perdón al Sr. D. Jerónimo por aquel vejámen, y lejos de reconciliarse conmigo, me insultó del modo más grosero. Él y yo no casamos, niña. Dígame usted que me perdona lo de los golpes, y mi conciencia se descargará de un gran peso.

—¡Pues no le he de perdonar! ¡Oh señor, qué bueno es usted! Usted manda aquí sin duda. Pues haga que pongan en libertad á mi padre.

—Eso no es de mi cuenta. El Sr. Candiola ha cometido un crimen que espanta. Es imposible perdonarle, imposible: comprendo la aflicción de usted... De veras lo siento; mayormente al acordarme de su caridad... Ya la protegeré á usted... Veremos.

—Yo no quiero nada para mí—dijo María, ronca ya de tanto gritar.—Yo no quiero sino que pongan en libertad á un infeliz que nada ha hecho. Agustín, ¿no mandas aquí? ¿Qué haces?

—Este jóven cumplirá con su deber.

—Este jóven—repuso la Candiola con furor,—hará lo que yo le mande, porque me ama. ¿No es verdad que pondrás en libertad á mi padre? Tú me lo dijiste... Señores, ¿qué buscan ustedes aquí? ¿Piensan impedirlo? Agustín, no les hagas caso y defendámonos.

—¿Qué es esto?—exclamó Montoria con estupefacción.—Agustín, ¿ha dicho esta muchacha que te disponías á faltar á tu deber? ¿La conoces tú?

Agustín, dominado por profundo temor, no contestó nada.

—Sí, le pondrá en libertad—exclamó María con desesperación.—Fuera de aquí, señores. Aquí no tienen ustedes nada que hacer.

—¡Cómo se entiende!—gritó D. José, tomando á su hijo por un brazo. —Si lo que esta muchacha dice fuera cierto; si yo supiera que mi hijo faltaba al honor de ese modo, atropellando la lealtad jurada al principio de autoridad delante de las banderas; si yo supiera que mi hijo hacía burla de las órdenes cuyo cumplimiento se le ha encargado, yo mismo le pasaría una cuerda por los codos, llevándole delante del consejo de guerra para que le dieran su merecido.

—¡Señor, padre mío!—repuso Agustín, pálido como la muerte.—Jamás he pensado en faltar á mi deber.

—¿Es este tu padre?—dijo María.—Agustín, dile que me amas, y quizás tenga compasión de mí.

—Esta jóven está loca—afirmó D. José.—Desgraciada niña, la tribulación de usted me llega al alma. Yo me encargo de protegerla en su orfandad... pero serénese usted. Sí, la protegeré, siempre que usted reforme sus costumbres... ¡Pobrecilla! Usted tiene buen corazón... un excelente corazón... pero... sí... me lo han dicho; un poco levantada de cascos... Es lástima que por una perversa educación se pierda una buena alma...

—Agustín, ¿cómo permites que me insulten?—exclamó María con inmenso dolor.

—No es insulto—añadió el padre.—Es un consejo.—¡Cómo había yo de insultar á mi bienhechora! Creo que si usted se porta bien, le tendremos gran cariño. Queda usted bajo mi protección, desgraciada huerfanita... ¿Para qué toma usted en boca á mi hijo? Nada, nada: más juicio, y por ahora basta ya de agitación... El chico tal vez la conozca á usted... Sí, me han dicho que durante el sitio no ha abandonado usted la compañía de los soldados... Es preciso enmendarse: yo me encargo... No puedo olvidar el beneficio recibido; además, conozco que su fondo es bueno...

—No—exclamó de súbito Agustín, con tan vivo arrebató de ira, que todos temblamos al verle y oírle.—No, no consiento á nadie, ni aún á mi padre, que la injurie delante de mí. Yo la amo, y si antes lo he ocultado, ahora lo digo aquí sin miedo ni vergüenza para que todo el mundo lo sepa. Señor, usted no sabe lo que está diciendo, ni cuánto falta á lo verdadero, sin duda porque le han engañado. Máteme usted si le falto al respeto; pero no la infame delante de mí, porque oyendo otra vez lo que he oído, ni la presencia de mi propio padre me reportaría.

Montoria, que no esperaba aquello, miró con asombro á sus amigos.

—Bien, Agustín—exclamó la Candiola.—No hagas caso de esa gente. Este hombre no es tu padre. Haz lo que te indica tu buen corazón. ¡Fuera de aquí, señores, fuera de aquí!

—Te engañas, María, repuso el jóven.—Yo no he pensado poner en libertad al preso, ni lo pondré; pero al mismo tiempo digo que no seré yo quien disponga su muerte. Oficiales hay en mi batallón que cumplirán la órden. Ya no soy militar: aunque esté delante del enemigo, arrojo mi espada y corro á presentarme al capitán general para que disponga de mi suerte.

Diciendo esto, desenvainó, y doblando la hoja sobre la rodilla, rompióla, y después de arrojar los dos pedazos en medio del corrillo, se fué sin decir una palabra más.

—¡Estoy sola! ¡Ya no hay quien me ampare!—exclamó Mariquilla con abatimiento.

—No hagan ustedes caso de las barrabasadas de mi hijo—dijo Montoria.—Ya le tomaré yo por mi cuenta. Tal vez la muchacha le haya interesado... pues... no tiene nada de particular. Estos eclesiásticos inexpertos suelen ser así... Y usted, señorita Doña María, procure serenarse... Ya nos ocuparemos de usted. Yo le prometo que si tiene buena conducta, se le conseguirá que entre en las Arrepentidas... Vamos, llevarla fuera de aquí.

—¡No, no me sacarán de aquí sino á pedazos!—gritó la muchacha en el colmo de la desolación.—¡Oh! Sr. D. José de Montoria: usted le pidió perdón á mi padre. Si él no le perdonó, yo le perdono mil veces... Pero...

—Yo no puedo hacer lo que usted me pide—repuso el patriota con pena.—El crimen cometido es enorme. Retírese usted... ¡Qué espantoso dolor! ¡Es preciso tener resignación! Dios le perdonará á usted todas sus culpas, pobre huerfanita... Cuente usted conmigo, y todo lo que yo pueda... la socorreremos, la auxiliaremos... Estoy conmovido, y no sólo por agradecimiento, sino por lástima... Vamos, venga usted conmigo... Son las diez ménos cuarto.

—Señor Montoria—dijo María, poniéndose de rodillas delante del patriota y besándole las manos.—Usted tiene influencia en la ciudad, y puede salvar á mi padre. Se ha enfadado usted conmigo, porque Agustín dijo que me quería. No, no le quiero; ya no le miraré más. Aunque soy



honrada, él es superior á mí, y no puedo pensar en casarme con él. Señor de Montoria, por el alma de su hijo muerto, hágalo usted. Mi padre es inocente. No, no es posible que haya sido traidor. Aunque el Espíritu Santo me lo dijera, no lo creería. Dicen que no era patriota: mentira, yo digo que es mentira. Dicen que no dió nada para la guerra; pues ahora se dará todo lo que tenemos. En el sótano de casa hay enterrado mucho dinero. Yo le diré á usted dónde está, y pueden llevárselo todo. Dicen que no ha tomado las armas. Yo las tomaré ahora: no temo las balas, no me asusta el ruido del cañón, no me asusto de nada; volaré al sitio de mayor peligro, y allí donde no puedan resistir los hombres me pondré yo sola ante el fuego. Yo sacaré con mis manos la tierra de las minas, y haré agujeros para llenar de pólvora todo el suelo que ocupan los franceses. Dígame usted si hay algún castillo que tomar ó alguna muralla que defender, porque nada temo, y de todas las personas que aún viven en Zaragoza, yo seré la última que se rinda.

—Desgraciada muchacha—dijo el patriota, alzándola del suelo.—Vámonos, vámonos de aquí.

—Sr. de Araceli—dijo el jefe de la fuerza, que era uno de los presentes,—puesto que el capitán D. Agustín Montoria no está en su puesto, encárguese usted del mando de la compañía.

—No, asesinos de mi padre—exclamó María, no ya exasperada, sino furiosa como una leona.—No matareis al inocente. Cobardes verdugos, los traidores sois vosotros, no él. No podeis vencer á vuestros enemigos, y os gozais quitando la vida á un infeliz anciano. Militares, ¿á qué hablais de vuestro honor, si no sabeis lo que es eso? Agustín, ¿dónde estás? Sr. D. José de Montoria, esto que ahora pasa es una ruin venganza, tramada por usted, hombre rencoroso y sin corazón. Mi padre no ha hecho mal á nadie. Ustedes intentaban robarle... Bién hacía él en no querer dar su harina, porque los que se llaman patriotas son negociantes que especulan con las desgracias de la ciudad... No puedo arrancar á estos hombres crueles una palabra compasiva. Hombres de bronce, bárbaros, mi padre es inocente, y si no lo es, bién hizo en vender la ciudad. Siempre le darían más de lo que ustedes valen... ¿Pero no hay uno, uno tan solo que se apiade de él y de mí?

—Retirémosla, señores... llevarla á cuestras. ¡Infeliz muchacha!—dijo Montoria.—Esto no puede prolongarse. ¿En dónde se ha metido mi hijo?

Se la llevaron, y durante un rato oí desde la plazuela sus lamentos.

—Buenas noches, Sr. de Araceli—me dijo Montoria.—Voy á ver si hay un poco de agua y vino que dar á esa pobre huérfana.



XXX

Vete lejos de mí, horrible pesadilla. No quiero dormir. Pero el mal sueño que anhelo desechar vuelve á mortificarme. Quiero borrar de mi ima-

ginación la lúgubre escena; pero pasa una noche y otra, y la escena no se borra. Yo, que en tantas ocasiones he afrontado sin pestañear los mayores peligros, hoy tiemblo: mi cuerpo se extremece y helado sudor corre por mi frente. La espada, teñida en sangre de franceses, se cae de mis manos y cierro los ojos para no ver lo que pasa delante de mí.

En vano te arrojo, imagen funesta. Te expulso y vuelves, porque has echado profunda raíz en mi cerebro. No, yo no soy capaz de quitar la vida á sangre fría á un semejante, aunque un deber inexorable me lo ordene.

¿Por qué no temblaba en las trincheras, y ahora tiemblo? Siento un frío mortal. Á la luz de las linternas veo algunas caras siniestras; una sobre todo, lívida y hosca, que expresa un espanto superior á todos los espantos. ¡Cómo brillan los cañones de los fusiles! Todo está preparado, y no falta más que una voz, mi voz. Trato de pronunciar la palabra, y me muerdo la lengua. No, esa palabra no saldrá jamás de mis labios.

Vete lejos de mí, negra pesadilla. Cierro los ojos, me aprieto los párpados con fuerza para cerrarlos mejor, y cuanto más los cierro más te veo, horrendo cuadro. Esperan todos con ansiedad; pero ninguna ansiedad es comparable á la de mi alma, rebelándose contra la ley que la obliga á determinar el fin de una existencia extraña. El tiempo pasa, y unos ojos que yo no quisiera haber visto nunca, desaparecen bajo una venda. Yo no puedo ver tal espectáculo, y quisiera que pusieran también un lienzo en los míos. Los soldados me miran, y yo disimulo mi cobardía, frunciendo el ceño. Somos estúpidos y vanos hasta en los momentos supremos. Parece que los circunstantes se burlan de mi perplejidad, y esto me da cierta energía. Entonces despego la lengua del paladar y grito: ¡Fuego!

La maldita pesadilla no se quiere ir, y me atormenta esta noche, como anoche, y como anteanoche, reproduciéndome lo que no quiero ver. Más vale no dormir, y prefiero el insomnio. Sacudo el letargo, y aborrezco despierto la vigilia como antes aborrecía el sueño. Siempre el mismo zumbido de los cañones. Esas insolentes bocas de bronce no han cesado de hablar aún. Han pasado días, y Zaragoza no se ha rendido, porque todavía algunos locos se obstinan en guardar para España aquel montón de polvo y ceniza. Siguen reventando los edificios, y Francia, después de sentar un pié, gasta ejércitos y quintales de pólvora para conquistar terreno en que fijar el otro. España no se retira mientras tenga una baldosa en que apoyar la inmensa máquina de su bravura.

Y estoy exánime y no me puedo mover. Esos hombres que veo pasar delante de mí no parecen hombres. Están flacos, macilentos, y sus rostros serían amarillos, si no les ennegreciera el polvo y el humo. Brillan bajo la negra ceja los negros ojos que ya no saben mirar sino matando. Se cubren de inmundos harapos, y un pañizuelo ciñe su cabeza como un cordel. Están tan escuálidos, que parecen los muertos del montón de la calle de la Imprenta, que se han levantado para relevar á los vivos. De trecho en trecho se ven, entre columnas de humo, moribundos, en cuyo oído murmura un fraile conceptos religiosos. Ni el moribundo entiende, ni el fraile sabe lo que dice. La religión misma anda desatinada y medio loca. Generales, soldados, paisanos, frailes, mujeres, todos están confundidos.



No hay clases ni sexos. Nadie manda ya, y la ciudad se defiende en la anarquía.

No sé lo que me pasa. No me digais que siga contando, porque ya no hay nada. Ya no hay nada que contar, y lo que veo no parece cosa real, confundiéndose en mi memoria lo verdadero con lo soñado. Estoy tendido en un portal de la calle de la Albardería, y tiemblo de frío; mi mano izquierda está envuelta en un lienzo lleno de sangre y fango. La calentura me abrasa, y anhelo tener fuerzas para acudir al fuego. No son cadáveres todos los que hay á mi lado. Alargo la mano y toco el brazo de un amigo que vive aún.

—¿Qué ocurre, Sr. *Sursum Corda*?—le pregunto.

—Los franceses parece que están del lado acá del Coso—me contesta con voz desfallecida.—Han volado media ciudad. Puede ser que sea preciso rendirse. El capitán general ha caído enfermo de la epidemia, y está en la calle de Predicadores. Creo que se morirá. Entrarán los franceses. Me alegro de morirme para no verlos. ¿Qué tal se encuentra usted, señor Araceli?

—Muy mal. Veré si puedo levantarme.

—Yo estoy vivo todavía, á lo que parece. No lo creí. El Señor sea conmigo. Me iré derecho al Cielo. Sr. Araceli, ¿se ha muerto usted ya?

Me levanto y doy algunos pasos. Apoyándome en las paredes, avanzo un poco y llego junto á las Escuelas Pías. Algunos militares de alta graduación acompañan hasta la puerta á un clérigo pequeño y delgado, que les despide, diciendo: “Hemos cumplido con nuestro deber, y la fuerza humana no alcanza á más.” Era el padre Basilio.

Un brazo amigo me sostiene, y reconozco á D. Roque.

—Amigo Gabriel—me dice con aflicción.—La ciudad se rinde hoy.

—¿Qué ciudad?

—Esta.

Al hablar así, me parece que nada está en su sitio. Los hombres y las casas, todo corre en veloz fuga. La Torre Nueva saca sus piés de los cimientos para huir también, y desapareciendo á lo lejos, el capacete de plomo se le cae de un lado. Ya no resplandecen las llamas en la ciudad. Columnas de negro humo corren de Levante á Poniente, y el polvo y la ceniza, levantados por los torbellinos del viento, marchan en la misma dirección. El cielo no es cielo, sino un toldo de color plomizo, que tampoco está quieto.

—Todo huye, todo se va de este lugar de desolación—digo á D. Roque.

—Los franceses no encontrarán nada.



—Nada: hoy entran por la puerta del Cármén. Dicen que la capitulación ha sido honrosa. Mira, ahí vienen los espectros que defendían la plaza.

En efecto, por el Coso desfilan los últimos combatientes, aquel uno por mil que había resistido á las balas y á la epidemia. El que no puede hallar á los suyos entre los vivos, tampoco es fácil que los encuentre entre los muertos, porque hay cincuenta y dos mil cadáveres, casi todos arrojados en las calles, en los portales de las casas, en los sótanos, en las trincheras. Los franceses al entrar, se detienen llenos de espanto ante tan horrible espectáculo, y casi están á punto de retroceder. Las lágrimas corren de sus ojos y se preguntan si son hombres ó sombras las pocas criaturas con movimiento que discurren ante su vista.

El soldado voluntario, al entrar en su casa, tropieza con los cuerpos de su esposa y de sus hijos. La mujer corre á la trinchera, al paredón, á la barricada, y busca á su marido. Nadie sabe dónde está: los mil muertos no hablan y no pueden dar razón de si está Fulano entre ellos. Familias numerosas se encuentran reducidas á cero, y no queda en ellas uno solo que eche de ménos á los demás. Esto ahorra muchas lágrimas, y la muerte ha herido de un solo golpe al padre y al huérfano, al esposo y á la viuda, á la víctima y á los ojos que habían de llorarla.



XXXI

LRANCIA ha puesto al fin el pié dentro de aquella ciudad edificada á orillas del clásico río que da su nombre á nuestra Península; pero la ha conquistado sin domarla. Al ver tanto desastre y el aspecto que ofrece Zaragoza, el ejército imperial, más que vencedor, se considera sepulturero de aquellos heroicos habitantes. Cin-

cuenta y tres mil vidas le tocaron á la ciudad aragonesa en el contingente de doscientos millones de criaturas con que la humanidad pagó las glorias militares del imperio francés.

Este sacrificio no será estéril, como sacrificio hecho en nombre de una idea. El imperio francés, cosa vana y de circunstancias, fundado en la movible fortuna, en la audacia, en el genio militar que siempre es secundario, cuando abandonando el servicio de la idea, sólo existe en obsequio de sí propio; el imperio francés, digo, aquella tempestad que conturbó los primeros años del siglo, y cuyos relámpagos, truenos y rayos aterraron tanto á la Europa, pasó, porque las tempestades pasan, y lo normal en la vida histórica, como en la de la Naturaleza, es la calma. Todos le vimos pasar, y presenciarnos su merecida agonía en 1815: después vimos su resurrección algunos años adelante; pero también pasó, derribado el segundo como el primero por la propia soberbia. Tal vez retoñe por tercera vez este árbol viejo; pero no dará sombra al mundo durante siglos, y apenas servirá para que algunos hombres se calienten con el fuego de su última leña.

Lo que no ha pasado, ni pasará, es la idea de nacionalidad que España defendía contra el derecho de conquista y la usurpación. Cuando otros pueblos sucumbieron, ella mantiene su derecho, lo defiende, y sacrificando su propia sangre y vida, lo consagra como consagraban los mártires en el circo la idea cristiana. El resultado es que España, despreciada injustamente en el Congreso de Viena, desacreditada con razón por sus continuas guerras civiles, sus malos Gobiernos, su desorden, sus bancarrotas más ó menos declaradas, sus inmorales partidos, sus extravagancias, sus toros y sus pronunciamientos, no ha visto nunca, después de 1808, puesta en duda la continuación de su nacionalidad; y aún hoy mismo, cuando parece hemos llegado al último grado del envilecimiento, con más motivos que Polonia para ser repartida, nadie se atreve á intentar la conquista de esta casa de locos.

Hombres de poco seso, ó sin ninguno en ocasiones, los españoles darán mil caídas hoy como siempre, tropezando y levantándose, en la lucha de sus vicios ingénitos, de las cualidades eminentes que aún conservan y de las que adquieren lentamente con las ideas que les envía la Europa central. Grandes subidas y bajadas, grandes asombros y sorpresas, aparentes muertes y resurrecciones prodigiosas reserva la Providencia á esta gente, porque su destino es poder vivir en la agitación como la salamandra en el fuego; pero su permanencia nacional está y estará siempre asegurada.

Era el 21 de Febrero. Un hombre que no conocí se me acercó, y dijo:

—Ven, Gabriel, necesito de tí.

—¿Quién es usted?—le pregunté.—Yo no le conozco á usted.

—Soy Agustín Montoria—repuso.—¿Tan desfigurado estoy? Ayer me dijeron que habías muerto. ¡Qué envidia te tenía! Veo que eres tan desgraciado como yo, y vives aún. ¿Sabes, amigo mío, lo que acabo de ver? Acabo de ver el cuerpo de Mariquilla. Está en la calle de Antón Trillo, á la entrada de la huerta. Ven y la enterraremos.

—Yo más estoy para que me entierren que para enterrar. ¿Quién se ocupa de eso? ¿De qué ha muerto esa mujer?

—De nada, Gabriel, de nada.

—Mariquilla no tiene heridas, ni las señales que deja en el rostro la epidemia. Parece que se ha dormido. Apoya la cara contra el suelo, y tiene las manos en ademán de taparse fuertemente los oídos.

—Hace bién. Le molesta el ruido de los tiros. Lo mismo me pasa á mí, que todavía los siento.

—Ven conmigo y me ayudarás. Llevo una azada.

Difícilmente llegué á donde mi amigo con otros dos compañeros me llevaba. Mis ojos no podían fijarse bién en objeto alguno, y sólo ví una sombra tendida. Agustín y los otros dos levantaron aquel cuerpo, fantasma, vana imágen ó desconsoladora realidad que allí existía. Creo haber distinguido su cara, y al verla, tristísima penumbra se extendió por mi alma.

—No tiene ni la más ligera herida—decía Agustín,—ni una gota de sangre mancha sus vestidos. Sus párpados no se han hinchado como los que mueren de la epidemia. María no ha muerto de nada. ¿La ves, Gabriel? Parece que esta figura que tengo en brazos no ha vivido nunca; parece que es una hermosa imágen de cera, á quien he amado en sueños, representándomela con vida, con palabra y con movimiento. ¿La ves? Siento que todos los habitantes de la ciudad estén muertos por esas calles. Si vivieran les llamaría para decirles que la he amado. ¿Por qué lo oculté como un crimen? María, Mariquilla, esposa mía, ¿por qué te has muerto sin heridas y sin enfermedad? ¿Qué tienes, qué te pasa, qué te pasó en tu último momento? ¿En dónde estás ahora? ¿Tú piensas? ¿Te acuerdas de mí y sabes acaso que existo? María, Mariquilla, ¿por qué tengo yo ahora esto que llaman vida y tú no? ¿En dónde podré oírte, hablarte y ponerme delante de tí para que me mires? Todo á oscuras está en torno mío desde que has cerrado los ojos. ¿Hasta cuándo durará esta noche de mi alma y esta soledad en que me has dejado? La tierra me es

insoportable. La desesperación se apodera de mi alma, y en vano llamo á Dios para que la llene toda. Dios no quiere venir, y desde que te has ido, Mariquilla, el universo está vacío.

Diciendo esto, un vivo rumor de gente llegó á nuestros oídos.

—Son los franceses que toman posesión del Coso—dijo uno.

—Amigos, cavad pronto esa sepultura—exclamó Agustín, dirigiéndose á los dos compañeros, que abrían un hoyo al pié del ciprés.—Si no, vendrán los franceses y nos la quitarán.

Un hombre avanza por la calle de Antón Trillo, y deteniéndose junto á la tapia destruida, mira hácia adentro. Le veo y tiemblo. Está transfigurado, cadavérico, con los ojos hundidos, el paso inseguro, la mirada sin brillo, el cuerpo encorvado, y me parece que han pasado veinte años desde que no le veo. Su vestido es de harapos, manchados de sangre y lodo. En otro lugar y ocasión hubiérale tomado por un mendigo octogenario que venía á pedir limosna. Acercóse á donde estábamos, y con voz tan débil que apenas se oía, dijo:

—Agustín, hijo mío, ¿qué haces aquí?

—Señor padre—respondió el jóven sin inmutarse,—estoy enterrando á Mariquilla.

—¿Por qué haces eso? ¿Por qué tanta solicitud por una persona extraña? El cuerpo de tu pobre hermano yace aún sin sepultura entre los demás patriotas. ¿Por qué te has separado de tu madre y de tu hermana?

—Mi hermana está rodeada de personas amantes y piadosas, que cuidarán de ella, mientras ésta no tiene á nadie más que á mí.

D. José de Montoria, sombrío y meditabundo entonces, cual nunca le ví, no dijo nada, y empezó á echar tierra en el hoyo, en cuya profundidad habían colocado el cuerpo de la hermosa jóven.

—Echa tierra, hijo, echa tierra pronto—exclamó al fin,—pues todo ha concluido. Han dejado entrar á los franceses en la ciudad, cuando todavía podía defenderse un par de meses más. Esta gente no tiene alma. Ven conmigo y hablaremos de tí.

—Señor—repuso Agustín con voz entera,—los franceses están en la ciudad, y las puertas han quedado libres. Son las diez: á las doce saldré de Zaragoza para ir al monasterio de Vuela, donde pienso morir.

La guarnición, según lo estipulado, debía salir con los honores militares por la puerta del Portillo. Yo estaba tan enfermo, tan desfallecido á causa de la herida que recibí en los últimos días, á causa del hambre y cansancio, que mis compañeros tuvieron que llevarme casi á cuestas.

Apenas vi á los franceses, cuando con más tristeza que júbilo se extendieron por lo

que había sido ciudad. Inmensas ruinas la formaban. Era la ciudad de la desolación, digna de que la llorara Jeremías y de que la cantase Homero. En la Muela, donde me detuve para reponerme, se me presentó D. Roque, que salió de la ciudad, temiendo ser perseguido

—Gabriel— me dijo, nunca creí que la canalla fuera tan vil, y yo esperaba que en vista de la heroica defensa de la ciudad, serían más humanos. Hace unos días vimos dos cuerpos que arrastraba el Ebro en su corriente. Eran las



dos víctimas de esa soldadesca furiosa que manda Lannes; eran mosen Santiago Sas, jefe de los valientes escopeteros de la parroquia de San Pablo, y el padre Basilio Boggiero, maestro, amigo y consejero de Palafox. Dicen que á ese último le fueron á llamar á media noche, so color de encomendarle una misión importante, y luégo que le tuvieron entre las traidoras bayonetas, lleváronle al puente, donde le acribillaron, arrojándole después al río. Lo mismo hicieron con Sas.

—¿Y nuestro protector y amigo, D. José de Montoria, no ha sido maltratado?

—Gracias á los esfuerzos del presidente de la Audiencia ha quedado con vida; pero me lo querían arcabucear... nada ménos. ¿Has visto cafres semejantes? Á Palafox parece que le llevan preso á Francia, aunque prometieron respetar su persona. En fin, hijo, es una gente esa con la cual no me quisiera encontrar ni en el Cielo. ¿Y qué me dices de la hombrada del mariscalazo Sr. Lannes? Se necesita frescura para hacer lo que él ha hecho. Pues nada más sino que mandó que le llevaran las alhajas de la Virgen del Pilar, diciendo que en el templo no estaban seguras. Luégo que vió tal balumba de piedras preciosas, diamantes, esmeraldas y rubíes, parece que le entraron por el ojo derecho... nada, hijo... que se quedó con ellas. Para disimular esta rapiña ha hecho como que se las ha regalado la Junta... De veras te digo que siento no ser jóven para pelear como tú en contra de ese ladrón de caminos, y así se lo dije á Montoria cuando me despedí de él. ¡Pobre D. José, qué triste está! Le doy pocos años de vida: la muerte de su hijo mayor y la determinación de Agustín de hacerse cura, fraile ó cenobita, le tienen muy abatido y en extremo melancólico.

D. Roque se detuvo para acompañarme, y luego partimos juntos. Después de restablecido continué la campaña de 1809, tomando parte en otras acciones, conociendo nueva gente, y estableciendo amistades frescas ó renovando las antiguas. Más adelante referiré algunas cosas de aquel año, así como lo que me contó Andresillo Marijuán, con quien tropecé en Castilla, cuando yo volvía de Talavera y él de Gerona.

Marzo-Abril de 1874.

FIN DE ZARAGOZA

...e a sua importância para a história da literatura brasileira. A obra de Machado de Assis, por exemplo, é considerada uma das mais importantes da literatura brasileira. Ele foi um dos maiores escritores do Brasil e sua obra é estudada e apreciada por muitos leitores.

...e a sua importância para a história da literatura brasileira. A obra de Machado de Assis, por exemplo, é considerada uma das mais importantes da literatura brasileira. Ele foi um dos maiores escritores do Brasil e sua obra é estudada e apreciada por muitos leitores.

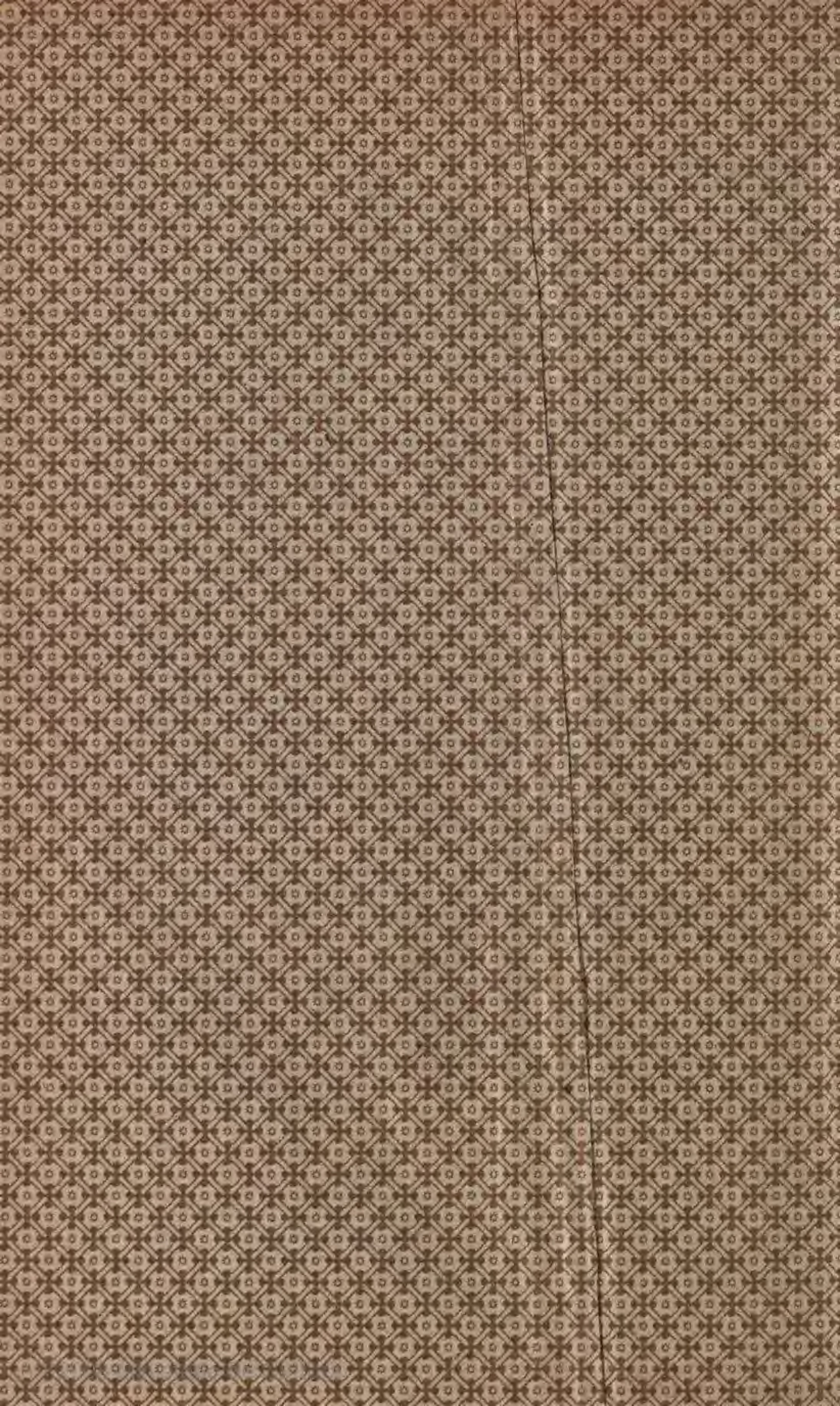
...e a sua importância para a história da literatura brasileira. A obra de Machado de Assis, por exemplo, é considerada uma das mais importantes da literatura brasileira. Ele foi um dos maiores escritores do Brasil e sua obra é estudada e apreciada por muitos leitores.

...e a sua importância para a história da literatura brasileira. A obra de Machado de Assis, por exemplo, é considerada uma das mais importantes da literatura brasileira. Ele foi um dos maiores escritores do Brasil e sua obra é estudada e apreciada por muitos leitores.

...e a sua importância para a história da literatura brasileira. A obra de Machado de Assis, por exemplo, é considerada uma das mais importantes da literatura brasileira. Ele foi um dos maiores escritores do Brasil e sua obra é estudada e apreciada por muitos leitores.

...e a sua importância para a história da literatura brasileira. A obra de Machado de Assis, por exemplo, é considerada uma das mais importantes da literatura brasileira. Ele foi um dos maiores escritores do Brasil e sua obra é estudada e apreciada por muitos leitores.

...e a sua importância para a história da literatura brasileira. A obra de Machado de Assis, por exemplo, é considerada uma das mais importantes da literatura brasileira. Ele foi um dos maiores escritores do Brasil e sua obra é estudada e apreciada por muitos leitores.





DE PEREZ GALDÓS

EPISODIOS
NACIONALES

III

III

44 - 2

5